

# LA PIEDAD DEL PRIMERO

PABLO BUENO



Lectulandia

Eran niños. Los arrancaron de los brazos de sus padres cuando tenían cuatro años. Los arrojaron al Monasterio. Los adiestraron en el uso de la espada y otras artes más sutiles pero igualmente letales. Lo hicieron de un modo tan salvaje que la mayoría pereció.

Solo quince sobrevivieron. Quince jóvenes que recibieron más dolor, más heridas, más brutalidad. Quince jóvenes que ignoraban el propósito de su sufrimiento. Quince jóvenes que no sabían que había uno distinto entre ellos.

Cuando los dejaron salir habían cambiado. Habían olvidado su pasado y el amor de sus padres. Habían perdido las dudas y el miedo. Estaban preparados para enfrentarse a todo.

Excepto a la verdad.

**Lectulandia**

Pablo Bueno

# **La piedad del Primero**

**La piedad del Primero - 1**

ePub r1.0

MaskDeMasque 21.04.18

Título original: *La piedad del Primero*

Pablo Bueno, 2014

Editor digital: MaskDeMasque

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para ti, padre, que aunque te fuiste muy pronto, sigues caminando a  
nuestro lado y dándonos ejemplo.  
Y también para Ani, que me dio la paz que necesitaba para seguir  
escribiendo y me ha apoyado como nadie.*

# Prólogo

Así pues, cuando las brujas atraparon a Thomenn y le anunciaron su inminente suplicio él replicó:

—¿Cómo puede amenazar a mi espíritu lo que le hagáis a esta carne?

Y ningún sonido más salió de sus labios hasta que el Piadoso le encontró, poco antes de morir.

—*El Manual*, tercer capítulo.

El fuego crepitaba y hacía hervir la olla, llenándolo todo de un agradable olor y un ambiente de confortable tranquilidad. Apenas a un par de metros de las llamas, un niño jugaba con varias figuras de madera con formas de animales.

Al otro lado de la sala, un hombre canturreaba una antigua canción. Sus ropas de cuero desgastado, la barba de varios días o quizá su expresión alerta hablaban de un carácter pragmático y poco acostumbrado al aburrimiento. El cuchillo enfundado, que siempre parecía estar cerca de sus manos, no contribuía a desmentir esa apariencia. Sus gestos eran calmados pero precisos y, mientras llenaba la cazoleta de una pipa, miraba al pequeño sin dejar de sonreír.

—Desde luego nadie puede negar que es hijo tuyo. Tienes un verdadero tesoro.

Ella levantó la cabeza y en su rostro se dibujó una sonrisa cansada.

—Eres muy amable.

—Lo que quiero decir es que es idéntico a ti. También en el carácter. Ha heredado tu bondad.

La mirada de la mujer se dirigió a su hijo y, por un momento, el cariño que destilaba se tiñó de preocupación.

—Parece que son pocos los que piensan de ese modo.

—¡No digas eso! —exclamó el hombre dándose una sonora palmada en el muslo—. Siempre ha habido opiniones distintas entre los nuestros, pero todos te quieren.

La mujer dejó escapar el aire en algo parecido a una carcajada.

—Como ya he dicho, eres muy amable. No conozco a nadie que pueda llevar el nombre de Thomenn con más dignidad que tú, pero lo que dices no es cierto —dijo mirándole a los ojos—. Sabes que son muchos los que querrían juzgarme y, algunos, incluso algo peor que eso. Ninguno acudió en mi ayuda cuando decidí escapar y solo tú me diste cobijo. Ni siquiera mi hermana consiguió que me permitieran el paso más allá.

Pero el hombre ya no la estaba escuchando.

—El niño —dijo de pronto, intentando que su voz no mostrara el nerviosismo que comenzaba a embargarle.

—Bendito Creador —susurró ella al volver la cabeza.

El pequeño ya no jugaba, sino que se había erguido y mantenía la vista fija en la pared, como si pudiera ver algo que ninguno de los adultos percibía. Sus manos todavía sujetaban un par de animales de madera.

—Su oído —musitó la mujer—. Aileen lo dijo. Tiene un oído muy fino.

—¿Crees que es él? —Preguntó Thomenn con los ojos muy abiertos.

La mujer miró a su hijo y deseó estar equivocada pero no, no había duda: en esos momentos comenzó a escucharlo ella también.

—Están llegando jinetes —siseó el hombre.

—Demasiados para una pequeña aldea de Quiles como esta —corroboró ella.

Súbitamente, el niño arrojó los juguetes al suelo y corrió para abrazarse a su madre, mirándola con los ojos muy abiertos. Ella le acarició el pelo y escuchó, en silencio.

Se oyó un grito y después unos caballos que se detenían. Una voz autoritaria habló con estridencia, todavía lejos para entender sus palabras.

—Era inevitable —le dijo al hombre—. Esta farsa no iba a durar siempre.

—Pero ¡todos vinieron a darte las condolencias cuando dijimos que tu marido había muerto! —contestó el otro, cerrando apresuradamente los postigos de las ventanas.

—Sí, así lo contamos —respondió ella con un hilillo de voz aplastado por la resignación—. Pero eso no podía detener los murmullos. Esto es la vieja Quiles. Todos son supersticiosos y les encanta fisgar. Solo era cuestión de tiempo que los chismes llegaran a determinados oídos.

—Sea como sea debemos huir ahora mismo ¡vámonos!

—No. Es tarde —dijo ella—. Ya sabes cómo actúan. A estas alturas toda la aldea estará rodeada.

Varios caballos se detuvieron casi al mismo tiempo, muy cerca de allí, como si quisieran corroborar sus palabras.

—La mujer rubia y el niño ¿dónde están? —preguntó una voz rasposa y grave.

—En esa cabaña —respondió otra, trémula y servil.

Inmediatamente, varios jinetes desmontaron. Se oyó el crujido del cuero, el tintineo de los arreos y un golpe seco cuando las botas pisaron la tierra. Unos segundos más tarde, la puerta se abrió con violencia y cuatro hombres entraron apresuradamente con las espadas desenvainadas. Llevaban armaduras de cuero oscuro reforzado con placas de metal y ornamentadas con la Espada y el Roble.

Miraron un instante a uno y otro lado y formaron ante la puerta, sin perderles de vista. Entonces, agachándose para poder pasar, entró él.

Era alto y viejo. Demasiado alto y demasiado viejo para pasar desapercibido, quizá por eso lo habían relegado a ese tipo de tareas. Es posible que su extraordinaria presencia hubiera podido disimularse alguna vez, pero ya no.

El anciano caminaba erguido, con agilidad y vigor en cada movimiento. Los hombros eran anchos pero, al mismo tiempo, encarnaban la viva imagen de la delgadez, como si se tratara de uno de esos galanes de noche que usaban los nobles en Louisant.

La capa le colgaba como si no hubiera más que unos palos debajo. El espadón, ajustado a la espalda, se antojaba imposible de sostener por semejante cuerpo. Incluso

el sombrero que llevaba en una mano o el colgante, con la forma de una hoja de roble, parecían un peso excesivo para tal constitución.

El cuello era todo pellejo, a semejanza de un buitre, y su cabello escaso. Sin embargo, lo más notorio de aquel individuo eran los rasgos, extraordinariamente pronunciados, de su rostro: el mentón sobresalía exageradamente, recortado y cuadrado, como las almenas sobre una muralla; la piel de los carrillos estaba hundida, resaltando aún más los pómulos. Pero lo más inquietante eran sus ojos, exageradamente saltones, que parecían no parpadear jamás. No importaba que estuvieran rodeados de bolsas y arrugas, eran capaces de atravesar a sus interpelados con la misma fuerza que el virote de una ballesta.

Alguien le había contado a la mujer que esos ojos habían quedado así tras enfrentarse con alguna de ellas. Claro que solo era un rumor. Como los que le habían llevado hasta allí.

—Entrégame al niño, Helena —dijo sin más.

La expresión de su rostro era de absoluta severidad y algo en el sonido de su voz bastaba para helar la sangre en las venas.

—¡Por el amor de Lám! —dijo Thomenn cuando parecía que el recién llegado iba a añadir algo más—. Es solo un crío, ni siquiera ha cumplido cuatro años. ¡No podéis separarlo de su madre!

El anciano se volvió con deliberada lentitud y sus ojos parecieron querer salir despedidos hacia él.

—No oses interrumpir jamás a un inquisidor —contestó en un amenazante susurro.

—¡Déjalo, Jhaunan! —ordenó ella con tono autoritario, poniéndose en pie—. No tiene nada que ver con esto.

—Entrégamelo —dijo él de nuevo—. No quiero hacerte daño, pero no lo repetiré.

—Eres un monstruo —contestó la mujer apretando al pequeño contra ella—. ¡Y él también, díselo cuando lo veas! ¡Jamás os entregaré a mi hijo!

El anciano no esperó más. Alzó una mano y la mujer salió despedida hacia atrás, con una expresión de sorpresa en el rostro.

—¡Dejadla en paz! —gritó Thomenn lanzándose hacia él mientras desenvainaba el cuchillo.

Sus movimientos fueron rápidos y el modo en que atacó dejó claro que no era la primera vez que lo hacía. Sin embargo, antes de que pudiera dar dos pasos, antes siquiera de que los soldados pudieran reaccionar, su garganta se encontró con la mano del inquisidor. Era una mano grande, totalmente estirada. Los dedos eran largos y estaban algo torcidos por la edad, pero tenían la consistencia del acero y, probablemente, de algo menos tangible pero más mortífero.

El niño vio, demasiado aterrado para moverse, cómo la mano se hundía en el cuello del hombre y luego se retiraba, más rápida que el ataque de una serpiente.

El amigo de su madre, que los había acogido como si fueran familia, se mantuvo



un instante de pie, todavía empuñando el cuchillo, y luego cayó al suelo entre toses secas. Se llevó las manos al cuello y comenzó a boquear, en un vano intento por llevar algo de aire a sus pulmones.

Entonces, uno de los soldados cogió al pequeño, que seguía petrificado por lo que estaba sucediendo, y se lo echó al hombro como si fuera un fardo.

Salieron al exterior justo cuando su madre intentaba ponerse en pie. Apenas a unos pasos de ella, el rostro de Thomenn iba poniéndose más y más rojo. Por un momento, la mujer dudó entre asistirlo o salir en pos de su hijo. Finalmente, se marchó, con los ojos llenos de lágrimas.

El sol del invierno la deslumbró un instante al salir, y tuvo que parpadear varias veces antes de poder enfocar la vista.

Por la calle principal del pueblo se acercaba un pesado carromato tirado por cuatro caballos. Eran soberbios ejemplares de poderosa musculatura que cabeceaban desafiantes. El vehículo parecía extraordinariamente sólido y su única puerta estaba remachada con acero. Sobre el pescante, un anciano de hombros hundidos y ropa oscura acechaba como un cuervo.

Fue el primero en darse cuenta de que la mujer había salido de la casa y, rápidamente, dio un grito de alarma.

Cuando el pequeño vio aparecer a su madre salió de su estupor y comenzó a revolverse, dando puntapiés y golpeando al soldado que lo llevaba. Este, sin ningún miramiento, tomó su daga y le golpeó en la cabeza con el pomo, dejándolo inconsciente.

—¡Jhaunan! —Gritó ella—. ¡Devuélveme a mi hijo!

El interpelado se dio la vuelta, dedicando una breve mirada a su alrededor, a las gentes que miraban aterrorizadas desde postigos entornados o rendijas en las puertas. Nadie parecía dispuesto a intervenir.

—¿Cómo pude estar tan equivocada? ¿Cómo pude escuchar sus palabras? —dijo la mujer con vehemencia mientras se dirigía hacia él—. Pero a ti también te engaña, lo creas o no.

—Vuelve adentro —contestó el otro.

—¿A dónde te ha dicho que lo lleves? —contestó ella sin hacerle caso.

—Ya sabes cual es su destino.

—No lo permitiré —aseguró ella, desafiante—. Es mi hijo y se quedará conmigo. Tendrías que matarme para llevártelo y ya sabes que eso no está a tu alcance.

—Ni se te ocurra interponerte —contestó el anciano—. Él no te quiere muerta.

—Deja a mi hijo y vete de aquí, Jhaunan. Sabes que puedo destruirte como a un insecto.

—No, Helena. Ya no —contestó el anciano desmontando y llevando lentamente una mano a la empuñadura de su arma—. Vuelve adentro y olvida a este muchacho. Ya no te pertenece.

Sin embargo, ella no obedeció. Sus manos se elevaron y, súbitamente, apareció

ante todos una mujer resplandeciente, orgullosa y de gran belleza, como ungida por la gloria del Creador: los ojos brillaban con un azul claro y limpio; el cabello, más luminoso que el sol, se agitaba con una brisa que antes no soplaba. Parecía, incluso, más alta que antes. Ya no era la joven desarrapada que había pedido cobijo tiempo atrás. Ya no parecía débil ni apocada, sino una reina en todo su esplendor. Todo aquel que miraba podía sentir como el vello de la nuca se le comenzaba a erizar, a medida que ella avanzaba lentamente.

—Vete, Helena, no puedes vencer. Solo obtendrás más dolor. —En la voz del anciano pareció adivinarse un levísimo tono de súplica, casi de tristeza, que resultada inconcebible en un ser como él.

—No hay nada sin mi hijo, Jhaunan. Ni siquiera dolor —contestó ella—. Lo entenderías si todavía quedara humanidad en ti.

El anciano asintió y agarró con más fuerza la empuñadura, mientras separaba levemente los pies.

Los aldeanos que oteaban desde sus casas vieron a una dama caminando entre vasallos y, al momento siguiente, solo un cuerpo destrozado, varios metros más allá, como una marioneta a la que hubieran cortado las cuerdas. Los brazos quedaron en una postura grotesca y el cuello ladeado más de lo que era posible. Un tajo que iba desde la clavícula hasta el vientre comenzaba a teñir de rojo sus ropas. El inquisidor, con el espadón todavía desenvainado, permanecía junto a ella, sujetándole la mano mientras exhalaba su último aliento.

Algo más atrás, el hombre que había cargado con el pequeño y los dos soldados que se encontraban más cerca de él yacían en el suelo, con el rostro enterrado en el polvo del camino. Alrededor de sus cabezas se iba formando lentamente un charco de sangre.

—Las cosas han cambiado —dijo el inquisidor, sin alegría ni satisfacción alguna—. Ya te lo avisé. Debiste haberme hecho caso —añadió en un susurró quebrado, antes de levantarse.

Él mismo recogió al pequeño y lo llevó hasta el carro. La puerta se abrió y unas manos antinaturalmente pálidas lo hicieron desaparecer en su oscuro interior.

Tras una breve mirada hacia atrás, habló con voz alta y clara, para que todos los aldeanos pudieran oír.

—Enterrad a la madre. Olvidad lo que habéis visto.

Se dice que el mismo carromato apareció en diversos puntos del Imperio, siempre por sorpresa y siempre sin dejar rastro.

# Primera Parte

# I

El Creador es el Juez Supremo, sabio y poderoso más allá de la medida. A su lado están sus hijos, a quienes los hombres llamaron Thomenn y Gillean.

—*El Manual*, primer capítulo.

Al principio todos lloraban, especialmente el pálido Jean. Pero a los que dejaban escapar las lágrimas a la vista de los mayores les daban menos comida y volvían de recibir las lecciones con más latigazos que los demás. De ese modo, al cabo de un tiempo aprendieron a esconder su dolor, al menos hasta que se cerraban las puertas de sus celdas, por la noche. Los que no lo soportaban y rompían a llorar abiertamente, aparecían un buen día encima de la larga mesa del comedor, boca arriba, con los ojos en blanco y una mueca de dolor en sus amoratadas y frías facciones. Los niños debían, entonces, comer en absoluto silencio, como siempre, y no se permitía el más leve gesto de miedo o angustia ante la escena.

Cada uno de ellos dormía desde bien entrada la noche hasta muy temprano en unas reducidas celdas en las que no había más que un sencillo jergón y un baúl. En él, debían estar perfectamente ordenadas sus ropas de recambio, una manta y *El Manual*.

Generalmente, se les daba de comer tres veces al día, a horas variables y en cantidades siempre distintas.

Durante unas semanas especialmente austeras, coincidentes con los días más crudos del invierno, varios de ellos cogieron fiebres y murieron. La falta de fuerzas acabó con algunos más, que expiraron de noche, arrebujados entre la aspereza de las mantas.

La rutina diaria comenzaba no más tarde de las seis de la mañana con una ceremonia de casi una hora en la que escuchaban los Hechos de Thomenn y tomaban el agua. Tras ello, tenían que salir al patio sin más abrigo que sus sencillos ropajes. Allí, corrían alrededor del enorme recinto, perseguidos por dos hombres que se iban turnando. Si la velocidad se reducía, azotaban a los últimos con un delicado látigo que dejaba finos trazos en la carne, sin profundizar demasiado.

A veces, alguno de los pequeños caía desfallecido y no podía levantarse ni siquiera ayudado por la caricia del cuero. En ese caso, uno de los perseguidores lo cogía al hombro y se lo llevaba. Solía aparecer al día siguiente, muerto de miedo, y no volvía a permitirse un error con facilidad. Si alguno desfallecía por tercera vez en una misma semana, sus compañeros lo veían por la mañana, sobre la mesa del comedor.

Tras la carrera, tenían unos minutos para asearse con minuciosidad en un pilón cercano en el que un caño vertía agua gélida.

Al entrar al comedor un hombre los examinaba con cuidado y, si descubría algún rastro de suciedad, sonreía con suficiencia e indicaba al niño que esperara fuera, mientras los demás comían.

Tras unos meses allí, la mayoría de las veces podían hartarse de leche y pan recién horneado untado con mantequilla. Ese era el mejor momento del día pero, si a alguno se le ocurría sonreír o hablar con sus compañeros, era apartado de la mesa y lo dejaban sin comer durante toda la jornada. Puede que incluso lo azotasen.

Cuando llegaban a la biblioteca, siempre escoltados por hombres robustos y armados, escuchaban a un anciano seco y vestido con hábito de monje que les enseñaba matemáticas y otras ciencias. A esas alturas, todos prestaban atención y ni se les ocurría hablar o dejar de atender. Se mantenían erguidos y solo bajaban la cabeza para apuntar, con gran diligencia, en los pliegos de papel.

Al acabar la clase tenían bastante tiempo para estudiar lo explicado y realizar los supuestos prácticos que les habían encargado. Era en esos momentos cuando solían cruzar unas pocas palabras en voz baja o algún mensaje, que pasaba de unas manos a otras. Los guardias hacían la vista gorda la mayoría del tiempo o, como mucho, soltaban algún pescozón a los pequeños díscolos.

Una vez acabado el tiempo de estudio sonaba una campana y eran conducidos de nuevo al comedor, donde engullían mucho si podían o poco si tocaba entrenar el arte de sobrevivir en escasez.

De vez en cuando se les concedía un tiempo de descanso en sus celdas para reposar la comida. Si no era así, se les llevaba directamente a una enorme sala en la que cada uno era apartado junto a un instructor que siempre permanecía enmascarado.

Allí ejercitaban la musculatura y la flexibilidad hasta que, a veces, se escapaba un gemido de dolor que empañaba el perfecto silencio. Tal suceso era castigado con severidad.

Según les dijeron, aquellos hombres les ayudarían a hacer ejercicios para que se desarrollaran fuertes y ágiles.

Una nueva visita al pilón daba paso de nuevo a la biblioteca, en la que un orondo monje corregía, ayudado por una vara sumamente inquieta, las tareas impuestas por la mañana.

Tras la cena, pasaban al menos una hora escuchando a un sacerdote de gesto severo hablar del Creador, de los Compañeros de Thomenn, de Gillean, de Santos, profetas, milagros y brujas. En su oratoria se mezclaban tanto los hechos históricos del Imperio, Uruth o Ágarot como los episodios narrados en *El Manual*.

En ocasiones, estas veladas al fuego de una chimenea se convertían en momentos deliciosos para los infantes, todos ya en torno a los cinco años. En su imaginación infantil veían enormes ejércitos enfrentados, héroes que destruían a los enemigos de la fe o al Primer Emperador acabando con los mortificadores de Thomenn.

El día terminaba con largas letanías que recitaban de memoria, mientras otro sacerdote los golpeaba con un junco grueso, de forma ritual.

Los primeros meses todos tenían el cuerpo lleno de hematomas pero, al pasar el tiempo, se fueron endureciendo hasta que ya apenas sentían dolor y las marcas desaparecieron rápidamente. Al menos hasta que otras las reemplazaban.

Así pasaron los días, semanas y estaciones, en perfecto silencio y cuidada disciplina, de tal suerte que los niños casi olvidaron a sus padres, su apellido y todo vestigio de una vida pasada. Nadie se molestó en ocultarles que solo tenían un camino para sobrevivir allí: seguir aprendiendo, trabajando, sudando y, en ocasiones, llorando quedamente por la noche cuando los mayores no les escuchaban.

Al cabo de ese tiempo, los niños conocían de memoria cada centímetro del recinto que les estaba permitido habitar. El Monasterio, como los adultos lo llamaban, parecía tener planta rectangular, con unas altas murallas rodeando todo el perímetro. A intervalos regulares se erigían torres de vigilancia y no era infrecuente ver guardias, ballesta en mano, por el paseo de ronda. Curiosamente parecían mirar hacia el exterior con la misma atención que hacia el interior.

En algunas de las torres más altas ondeaba el escudo de Thomenn: la hoja de Roble sobre fondo verde. En otras, la espada dorada del Emperador destacaba sobre fondo negro.

Justo en medio del Monasterio estaba el patio, empedrado con grandes losas y adornado sobriamente con algunos macizos vegetales y cipreses. La mayoría de las edificaciones que lo limitaban parecían estar conectadas, pero los niños solo conocían parte de la sección occidental. La opuesta, por el contrario, era un misterio. Allí donde llegaba la vista se veían estructuras de corte ciertamente austero, con ventanucos oscuros y torres que llegaban más arriba que las murallas. En las contadas ocasiones en que pudieron atisbar a los habitantes de aquella zona, los muchachos apartaron la vista con una extraña sensación de desasosiego. Los hábitos oscuros y el rostro encapuchado no suponían a aquellas alturas ningún tipo de intimidación para ellos. Pero, aún así, solían evitar ese tema cuando hablaban y, más todavía, estar cerca de aquellas figuras.

En vez de eso, giraban la vista y trataban de imaginar qué habría más allá. Sin embargo, la sobria majestuosidad de las murallas no contribuía a fomentar ningún tipo de fantasía, recordándoles una y otra vez que llevaban mucho tiempo confinados allí dentro.

Durante el transcurso de tan inhumano encierro fueron cayendo la mayoría de ellos, de manera que al final solo quedaron quince.

Estos hablaban poco y lloraban menos. A fuerza de costumbre, eran serios y perspicaces. Cualquiera de ellos, con seis años, tenía más fuerza que muchos niños mayores.

A medida que el grupo se redujo, los períodos de austeridad alimenticia disminuyeron también y las raciones se fueron haciendo más y más generosas, de tal

suerte que crecían vigorosos y bien nutridos. Las clases comenzaron a ser impartidas por varios profesores, cada uno especializado en su materia. El pequeño descanso de la tarde se convirtió, además, en obligado. También fue en esa etapa cuando comenzaron a practicar con los muñecos de trapo:

La clase de la tarde se alargó algo más y, aparte de sus ejercicios habituales, los niños comenzaron a golpear muñecos erguidos rellenos de trapos. Sus instructores, siempre uno por alumno, les enseñaban cómo lanzar el puño o el talón con una pulcritud técnica difícil de igualar. Los ejercicios se repetían lentamente una y otra vez, hasta que fueron capaces de ejecutarlos a gran velocidad con la misma perfección.

De este modo ocurrió un día, cuando ya pasaban largamente los ocho años de edad, que durante la carrera matutina, uno de ellos cayó al suelo. El pequeño había pasado toda la noche con fiebre y su aspecto dejaba a las claras que estaba enfermo, pero eso no fue impedimento para que el perseguidor que iba tras él comenzara a azotarlo entre gritos.

Aunque el niño trató de levantarse con premura para seguir corriendo, sintió una y otra vez la cruel caricia del látigo en sus carnes. De repente, no pudiendo aguantar más, estalló golpeando con todas sus fuerzas el rostro de su agresor con un súbito cabezazo. El guardia, cogido por sorpresa, trastabilló hacia atrás llevándose una mano a la sangrante nariz sin dar crédito a lo que había pasado.

Aquel día, por razones que nadie explicó nunca, no había más hombres en el patio que pudieran ver como los restantes niños volvían atrás y ayudaban al caído a levantarse. Este, cuyos ojos azules refulgían como el hielo, parecía alimentar la rabia que todos habían reprimido durante años. Tanto era así, que los quince que habían sobrevivido hasta ese día se volvieron hacia el perseguidor como si fueran una manada de lobos. Algunos apretaban los puños y mostraban los dientes; otros, sin embargo, clavaban en él unas miradas tan inexpresivas que resultaban incluso más inquietantes. Pero fue el que había caído ese día quien acaparó la atención del hombre, porque en él no vio solo ansia de venganza o la necesidad de dar salida a todo el sufrimiento padecido hasta entonces. Era algo que solo conocía de forma difusa lo que hizo que gritara aterrorizado. Fue un vago conocimiento de un saber reservado solo a unos pocos lo que le dejó claro que aquel pequeño que tenía enfrente no deseaba otra cosa que verter su sangre.

Súbitamente, como si la tensión hubiera llegado a un máximo insostenible que solo ellos podían sentir, se lanzaron al ataque a la vez, cegados por una ira contagiosa y desbordante.

El primero en llegar hasta el guardia recibió una patada que lo dejó sin aliento; el siguiente, un puñetazo que mantuvo un ojo cerrado dos días. Pero, cuando el guardia iba a golpear de nuevo, ya tenía encima a varios niños que pateaban, mordían y arañaban, casi insensibles al dolor tras un entrenamiento tan riguroso.

Al cabo de un minuto, el hombre ya no se movía.

A su alrededor, los pequeños permanecían de pie, jadeando y sintiendo cómo la fuerza que los había impulsado se iba evaporando.

Rápidamente comenzaron a preguntarse unos a otros qué harían con ellos, que habían matado a un hombre, si por estornudar en clase solían azotarles. El pálido Jean se echó a llorar, mientras que el rollizo Philippe reía a carcajadas sin poder contener la alegría que sentía al escuchar tan claras las voces de sus compañeros. Harcher buscaba con su mirada huidiza las murallas, como si valorase la idea de intentar escalarlas, y Gaulton, por su parte, mascullaba en voz baja la temeridad de lo que habían hecho.

Sin embargo, no pasó nada.

Al acabar el tiempo estipulado para la carrera, la escolta armada llegó para conducirlos, como era habitual, al comedor, donde desayunaron como si nada hubiera sucedido. El pequeño que comenzó la reyerta se llamaba Marc y, a partir de ese día, sus compañeros lo miraron de un modo distinto. La mayoría con admiración; el resto con una mezcla de prudencia y temor.

—Pero Señor ¡mataron al guardia!

El sacerdote, vestido con una túnica granate plagada de lujosos brillos, se volvió haciéndole callar con su dura mirada.

—Aquel hombre olvidó por completo que no son unos críos cualesquiera —dijo dirigiéndose con rapidez hasta su interlocutor, al que superaba ampliamente en estatura y constitución—. Los niños hicieron aquello para lo que se les está preparando.

—Pero, Santidad, él era...

—¡Era tu amante, perro invertido! —gritó el otro golpeándolo con el puño. El guardia cayó de rodillas con sangre en los labios—. Lo sé y lo acepto solo porque haces bien tu trabajo. Puedo entender que ansíes venganza, pero ni guiado por toda tu desviación tocarás un solo cabello de esos niños.

El sacerdote se dio la vuelta con arrogancia y se sentó tras el enorme escritorio.

—Tu amante fue un necio. Ni siquiera tienen nueve años y ya han inventado su propio lenguaje de signos y ruidos —tras sacar un dulce de una cajita dorada miró durante un momento al ruborizado jefe de guardias y concluyó:

—Estos pueden ser los mejores que he adiestrado. Eso sin tener en cuenta al invitado especial. Todo continuará como estaba previsto. Y recuerda que te observo de cerca. En el Monasterio, y fuera de él, hasta las piedras tienen oídos que escuchan para mí.

Un escalofrío recorrió la espalda del guardia mientras hacía una burda reverencia, pues sabía que aquella conversación le había llevado un paso más cerca de reunirse con el Creador.



## II

Thomenn se acercó al hombrecillo y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Laíse «el menudo» —contestó el otro, señalando su cuerpo contrahecho.

—A partir de hoy serás mi compañero y te llamarás Elías.

Cuando este se levantó, ningún hombre pudo volver a mirarlo sin tener que alzar la vista.

—*El Manual*, segundo capítulo.

Más de cuatro estaciones habían pasado desde la muerte del guardia. Los niños estaban ya rondando las puertas de los diez años.

Por aquella época, varias veces a la semana durante las clases de la tarde, eran emparejados y tenían que luchar uno contra otro con un palo de madera, simulando que eran espadas. Esto era muy esperado por los pequeños, que se embebían en el combate, gritando y gruñendo, dejando que sus instintos se desataran sin trabas disciplinarias. Cuando uno de los palos les tocaba en la cabeza o el tronco, el combate acababa y el perdedor tenía que dar varias vueltas al patio corriendo a toda velocidad. Sus entrenadores, siempre enmascarados, practicaban con ellos el resto del tiempo, perfeccionando su técnica.

Pero en una ocasión tuvo lugar un terrible suceso en aquellas, por lo demás, gratas sesiones:

Uno de los instructores estaba siendo muy exigente con su pupilo, Gaulton. Ambos se enfrentaban con los palos y, cada vez que el pequeño cometía un error, se lo señalaba dándole un golpe seco en la mano. Aquello exasperaba de tal modo al pequeño que, cuando en uno de los lances recibió un golpe especialmente fuerte, acabó por perder los nervios. Sin dudarle un instante, se lanzó hacia la pared donde se exhibían docenas de espadas y cargó enfurecido contra el profesor.

Con una sangre fría digna de elogio, el hombre esperó el momento justo y lo desarmó utilizando únicamente el palo de madera. Tras hacerle caer al suelo, lo golpeó con el mismo una y otra vez.

Los demás miraban con los ojos como platos al muchacho, que gritaba pidiendo ayuda, pero ninguno se atrevió a hacer nada ante la demostración de pericia del entrenador. Tras una eternidad teñida de rojo, dos hombres entraron y se llevaron a Gaulton en una camilla de tela. Nunca más hubo ningún tipo de insubordinación en una clase.

Esa noche los rezos se omitieron y, en cambio, fueron a recogerlos a sus habitaciones y los hicieron formar. Escoltados por un nutrido grupo de hombres, avanzaron por pasillos que nunca antes habían recorrido y que conducían a la parte oriental del Monasterio. Pese a su corta edad, los niños percibían algo que los incomodaba

sobremanera en aquella zona y, por lo general, siempre evitaban acercarse allí. Todos sabían que esos sacerdotes de hábito oscuro que habitaban aquella zona nunca habían hecho ningún intento por comunicarse con ellos. Pero, aunque sus rostros siempre quedaban ocultos bajo las capuchas, algo en la forma de moverse o inclinar la cabeza en su dirección, aun en la distancia, hacía que se les helaran los huesos.

Por eso, mientras los conducían por allí más de uno rezaba para que no apareciera uno de ellos en medio de la oscuridad. Finalmente, los guardias los condujeron hasta una lujosa sala. No había ningún asiento a la vista, a excepción del que se encontraba tras un enorme escritorio de madera brillante.

Las paredes estaban cubiertas con tapices que mostraban escenas de la Vida de Thomenn, la Piedad y los emperadores más renombrados. El más impresionante de todos estaba tras el escritorio y mostraba al Segundo luchando contra el Rey Brujo de Seléin. La mirada de aquel gran hombre parecía ser suficiente para enaltecer el espíritu de los fieles.

Tras unos instantes de espera, eternos en medio de la incertidumbre, un sacerdote de anchos hombros vestido con una lujosa túnica granate, apareció ante ellos. No les prestó atención inmediatamente sino que, tras entrar por una puerta lateral, inadvertida hasta el momento, se sentó tras la mesa y ojeó brevemente unos pergaminos. Entonces, su mirada los fulminó con tal intensidad que los muchachos se encogieron involuntariamente.

Pese a que era notablemente corpulento, irradiaba una palpable sensación de agilidad y energía. Su rostro estaba presidido por una perilla cana perfectamente recortada que resaltaba sus apretados labios. Los ojos, que fueron pasando de uno a otro en un pausado examen, eran capaces de intimidar como si fueran los de un lobo gigante de Uruth en medio de la noche.

Se mantuvieron así, en un tenso silencio, durante más de un minuto. Entonces, el sacerdote hizo un gesto con la mano y la visita terminó. Los muchachos, perplejos, fueron conducidos de nuevo hasta sus celdas sin más ceremonia ni explicación.

Tras varios días, cuando ya lo daban por muerto, los guardias llamaron a la puerta de la clase y Gaulton entró cojeando. Se apoyaba en una muleta hecha con ramas y llevaba un parche sobre el ojo izquierdo, que ya nunca volvería a ver.

Sin decir una palabra, se sentó en su pupitre y comenzó a anotar en uno de los pliegos de papel, siguiendo las explicaciones del profesor. En su rostro, sus compañeros no encontraron el más mínimo rastro de autocompasión o debilidad, solo el fuego de una determinación absoluta.

Desde ese día todo cambió y una nueva etapa dio comienzo en el Monasterio.

Las clases teóricas se redujeron para dar paso a otras en las que varios profesores les hablaban de política y sociedad, inculcándoles las ideas que debían regir su crecimiento intelectual.

Se les permitía hablar entre ellos en los descansos, apenas volvieron a sufrir castigos disciplinarios y nunca más pasaron hambre dentro de aquellas murallas.

Los palos fueron sustituidos por espadas cortas que cada uno de ellos debía limpiar, afilar y engrasar como si de un tesoro se tratase. No hizo falta ningún estímulo para esto, los muchachos incluso les pusieron nombres de santos o los sobrenombres de los emperadores.

También, ya pasados los doce años, comenzaron a enseñarles el manejo de cuchillos, arcos, y toda suerte de armas.

Sin embargo, fue otro asunto lo que supuso el mayor regalo que les habían hecho hasta el momento dentro del Monasterio: un buen día las puertas de las murallas se abrieron y los llevaron, por primera vez, a los campos colindantes para practicar tiro. Para los muchachos, que apenas recordaban cómo era el mundo exterior, aquello fue un acontecimiento de tal magnitud que ocupó sus sueños durante muchas noches.

Desde entonces, al menos una vez por semana pasaban el día en el campo, siempre escoltados por un nutrido grupo de jinetes armados. Allí practicaban distintas disciplinas, como herbología, equitación, o tiro.

Por todo esto, algunos de los niños llegaron a considerar a sus guardianes como los más bondadosos benefactores que alguien podía desear. El nuevo trato que se les dispensaba, mucho más relajado, propició que los jóvenes se dieran a lo que llamaron «las expediciones», que consistían en paseos por el Monasterio en los que nadie debía descubrirlos merodeando de acá para allá. Aquello no ocurrió en ningún momento, al menos que ellos supieran.

Durante esas prácticas, los muchachos exploraron lugares hasta entonces desconocidos, pero dos reglas tácitas fueron respetadas en todo momento: no ir más allá de las murallas y no acercarse demasiado a la parte oriental, donde moraban aquellos inquietantes sacerdotes.

De este modo, cada uno de ellos fue haciéndose con algún rincón en concreto, al que se retiraban cuando les era posible para pensar, divertirse con el juego o, simplemente, lamerse las heridas.

Marc iba siempre que podía a una capilla que descubrió por pura casualidad. La edificación era modesta, silenciosa y transmitía una aburrida sensación de tranquilidad. Nada permitía presagiar que el muchacho hallaría en su interior un verdadero tesoro.

La música se desbordaba. Fluía como si un impetuoso riachuelo rebosara por una vieja acequia. Crecía y se regocijaba, desarrollando tramas sobre sí misma, imitándose pero girando astutamente en el último momento. Se alborotaba sin llegar a atropellarse, como si las distintas líneas melódicas discutieran sobre cuál de ellas era más importante. Sin embargo, era una discusión de hermanos ante un padre benévolo, ninguna tenía preeminencia y todas se escuchaban con claridad.

Marc solía acurrucarse contra una columna del coro superior, cubierto de banderolas y cálidos tapices. Estos, antiguos y deslustrados, se conservaban limpios y mostraban, a quienquiera que reparara en ellos, escenas de la vida de Thomenn o del pasado glorioso del Primer Emperador.

Sin embargo, lo que realmente cautivaba a Marc era la música de Sebastien, el maestro organero. Su persona, siempre vista desde atrás, poseía una especie de aura de majestad que el muchacho no podía explicar. Aun cuando vestía el sencillo hábito de los monjes del Monasterio, algo en la manera en que se movía o, simplemente, mantenía la espalda erguida, le otorgaba dignidad.

Allí, en lo alto del banco del órgano, sus pies se movían ágilmente por el pedalero y sus elegantes manos brincaban con absoluta puntería de un teclado a otro. Los dedos danzaban con rapidez, recorriendo las teclas con la destreza del maestro que ha dominado su arte.

Tanto era así que Marc siempre se asombraba de que su pericia alcanzara cotas tan altas como para utilizar manos y pies por igual a la hora de controlar el caos que generaban las cuatro o cinco voces con que solía lidiar. Desde su privilegiada posición, observaba la velocidad de sus dedos, la soltura con que una mano recogía el desarrollo de otra para devolverlo poco después. Era realmente sobrecogedor observar cómo el hombre, austero y muy alejado ya de la juventud, dominada con tal autoridad el monstruoso órgano.

Los tubos del instrumento estaban dispuestos en distintas formaciones, diseñadas artísticamente. Algunos, cortos y estrechos, surgían de la caja principal hacia adelante, como las defensas de un erizo. Los más gruesos y largos se alzaban por detrás, curvándose en la última parte para mirar, altivos, hacia cualquiera que se atreviera a contemplarlo. El conjunto estaba repleto de oro envejecido y maderas nobles de brillo ya apagado. Y en el medio de todo aquello, como si fuera el jinete de alguna bestia mitológica, estaba el maestro organero.

Parecía cosa de magia para el joven Marc. De hecho, alguno de los muchachos había contestado, cuando les relató su descubrimiento, que Sebastien debía ser, en realidad, uno de esos sacerdotes oscuros. Escuchando los temibles acordes que a veces surgían de los tubos, nadie se atrevería a descartarlo por completo.

Había momentos en que los registros más delicados del órgano describían gran dulzura, como si acariciaran el oído del oyente. Sin embargo, en otras ocasiones la potencia más rotunda del instrumento se alzaba como si una fuerza de la naturaleza se hubiera desbocado y amenazara con engullirlo todo. En esos momentos, el joven Marc se abrazaba al tapiz más cercano y se encogía al sentir cómo las vibraciones más graves hacían temblar sus entrañas. No obstante, aun en dichas circunstancias, sentía una fascinación absoluta por el espectáculo que se desarrollaba ante él.

Aquel era uno de esos días. La discusión melódica había ido subiendo de volumen hasta crear una verdadera tempestad. Los truenos, con forma de acordes plenos, respondían a furiosos relámpagos que Sebastien creaba con un torbellino de

notas consecutivas en los registros más agudos. Sin embargo, el discurso se interrumpió de pronto al cadenciar de forma inconclusa y no exenta de cierta disonancia, como si el autor se cuestionara algo.

Marc pegó un respingo de forma involuntaria cuando los esquemas musicales a los que estaba acostumbrado fallaron. En ese momento Sebastien se giró y miró directamente hacia las sombras del coro superior.

—Y yo me pregunto —dijo, haciendo que su profunda voz creara ecos por toda la capilla— ¿por qué el aprendiz se queda siempre ahí callado y nunca tiene, siquiera, el decoro de saludar?

Marc, todavía bajo los efectos de la música, se puso en pie, tembloroso, y dio un tímido paso al frente. El maestro organero arqueó una ceja y lo miró de arriba abajo. Después le hizo un gesto para que se acercara y se volvió hacia el atril.

El niño se quedó quieto un momento, muerto de miedo, pero después trepó por la columna y avanzó rápidamente sobre una cornisa hasta quedar al lado del balcón donde se asentaba el banco del instrumento. Con suma delicadeza, llevó una mano a la barandilla, acariciando la suave madera.

El maestro estaba vuelto hacia un trozo de papel en el que se repetían una y otra vez cuatro líneas de color negro, siguiendo una pauta. Se acariciaba la poblada barba blanca con una mano mientras con la otra sujetaba una pluma. Finalmente, como si hubiera desvelado la clave de algún misterio, mojó tinta con decisión y comenzó a garabatear.

—Cuando hablamos —dijo como para sí mismo— nos cuesta definir exactamente lo que pensamos, las sensaciones que tenemos. Podemos dar discursos, podemos describir con muchas palabras cualquier cosa. Pero nos cuesta dar una idea exacta de lo que algo nos hace sentir.

Marc observó la escritura de Sebastien. Era fina, ágil y resultaba elegante, pese a que los símbolos que dibujaban le resultaran indescifrables. Por encima y por debajo de cada grupo de cuatro líneas, escribía ocasionalmente indicaciones en un idioma que el muchacho tampoco entendía.

—Sin embargo —prosiguió el maestro— cuando hablamos, disponemos de mucho tiempo. Incluso en una conversación apresurada podemos dar aclaraciones o matizar ciertos aspectos. Esto no ocurre cuando escribimos. Y menos cuando escribimos música. —El hombre se llevó una mano al mentón y señaló el manuscrito con cierto desagrado—. Es imposible describir todo lo que sentimos y, por supuesto, escribirlo. Y la música es toda emoción.

Sebastien miró a Marc como si se acabara de dar cuenta de su presencia y su rostro dulcificó ligeramente el gesto.

—Ven, acércate. —Marc saltó limpiamente la barandilla y se acercó con reverencia a los remaches dorados de las teclas—. Si yo toco esto —el joven sonrió ante la burlona melodía que ejecutó el otro—, tú te ríes.

Sebastien abandonó la jocosa melodía llena de mordentes, tiró de varias palancas

y usó las dos manos para ejecutar lentamente una serie de acordes. Marc se llenó de un sentimiento que le aceleró el pulso.

—Esto, sin embargo, suena solemne, orgulloso, nos hace hervir la sangre con ardor guerrero.

—¿Es magia? —preguntó él con una tímida vocecilla.

Sebastien lo miró divertido y con cierta sorpresa. Después frunció el ceño y, tras acariciarse la barba nuevamente y sopesarlo unos segundos, contestó:

—¿Conoces a ese? —preguntó señalando uno de los frescos que había a su izquierda.

El muchacho lo miró con atención. La imagen reflejaba a un hombre que llevaba un laúd a la espalda. Los brazos gesticulaban como si estuviera recitando y su sonrisa destacaba como una antorcha en una pintura tan sobria.

—Es Lugh. Uno de los Compañeros de Thomenn.

—En efecto —corroboró el maestro—. ¿Sabes lo que decía Thomenn de la música?

Marc negó con la cabeza. Sabía todo lo que el *Manual* contaba sobre los Compañeros, pero no recordaba que le hubieran hablado de nada semejante antes.

—Dicen que nuestro Salvador encontró a Lugh en un pueblecito y lo invitó a ir con él porque «la música puede henchir de luz los corazones, darnos fuerzas cuando la carga es demasiado pesada y responder preguntas que ni siquiera sabemos formular». ¿Magia? Puede que, en cierto modo, lo sea. ¿Qué es la magia, joven aprendiz?

—Son las acciones que se realizan sin utilizar medios naturales o que no son posibles a través de estos —recitó rápidamente el joven.

—Medios naturales. —Sebastien asintió y volvió a acariciarse la barbilla—. ¿Tú puedes tocar y hacer que yo sienta algo? —preguntó señalando el teclado del instrumento.

El muchacho lo miró incrédulo. Después acercó un dedo a una de las teclas. Tras unos segundos de duda la apretó. Un sonido agudo y ligeramente estridente resonó por la capilla.

—Puedes tocar varias a la vez —le animó Sebastien.

—No necesito tocar más —aseguró Marc mirándole de frente—. Sé que no puedo crear música como vos.

—Entonces ¿podrías hacer magia con el órgano? —preguntó enarcando las cejas—. No, claro que no, porque es algo que no conoces realmente. Y hasta que no comprendes las cosas no las puedes utilizar ni dominar realmente. Pero quédate con esto: en la vida hay maneras muy distintas de cumplir tus pretensiones. A través de medios no naturales. O sí, depende de cómo lo miremos.

Marc apenas entendió algo de las palabras de Sebastien pero, desde el día en que compartieron su primera charla, procuró volver a la capilla siempre que le era posible.

Por esa época los muchachos cumplieron el rito de Confirmación, en una regia ceremonia a la que acudieron algunas personas muy bien vestidas que ninguno de los niños conocía. También aparecieron cuatro hombres que vestían unas exuberantes armaduras y eran muy respetados por todos. Comparados con los visitantes, sus entrenadores y profesores no parecían tan imponentes y autoritarios como solían verlos habitualmente.

Para su sorpresa, fue el robusto sacerdote que habían conocido tiempo atrás el que se encargó de officiar la ceremonia y ofrecerles el agua. Algunos de los otros se refirieron a él como Melquior o *Señor del Monasterio*.

Para la ocasión les entregaron unas suaves túnicas blancas que vistieron no sin cierta incomodidad. Aquella ropa era, sin duda, lo más lujoso que habían llevado nunca, dentro y fuera de aquellas paredes, y se sentían extraños y ridículos con ellas. Nadie podía negar, en todo caso, que la suavidad del algodón y la seda contrastaba brutalmente con la aspereza de sus manos y una piel acostumbrada todo tipo de inclemencias.

Tras los ritos, formaron en una línea, erguidos y serios, con las manos cruzadas a la espalda. De los presentes, se adelantó un hombre de ojos azules y cabello dorado que parecía estar por encima de todos los demás, por importantes que fueran. Su mirada apaciguaba el alma y su rostro era bello y sereno. Emanaba un aura de juventud y vitalidad, pero sus ojos reflejaban la experiencia del que ha visto más de lo que hubiera deseado.

A su paso, los demás inclinaban la cabeza e incluso Melquior adoptó una expresión de absoluta sumisión ante él. Al llegar a la altura de los muchachos, les sonrió y fue como si el cielo se abriera, lleno de luz. Un paje se acercó y abrió una caja de madera de la que el hombre extrajo algo. Se trataba de un colgante de plata en forma de hoja de roble.

—Estos sagrados Símbolos han estado sumergidos durante siete días en agua bendecida por el Embajador del Creador. —Su voz era dulce y estaba llena de cariño—. Fueron labrados dentro de la Catedral, con paciencia y maestría, utilizando solo la plata más pura. Después, cuarenta sacerdotes, diez por cada provincia, dirigieron sus rezos hacia ellos durante semanas.

Los niños inclinaron la cabeza cuando se acercó a cada uno para colgarles los amuletos. Siquiera el roce de su piel les transmitió un cosquilleo que les hizo comprender que estaban frente a un ser maravilloso.

—Son poderosas defensas contra aquello a lo que os enfrentaréis allá afuera, pues no hay mejor armadura que la fe. Vuestra tarea será ardua y peligrosa y toda ayuda será poca. Por eso debéis aprovechar lo que en el Monasterio os enseñan estos magníficos hombres. Que el Creador esté con vosotros.

Los muchachos se sintieron agradecidos y fascinados por el tangible carisma de aquel hombre, aunque no sabían ni quién era ni a qué se referían sus palabras. No

obstante, a partir de aquel día ninguno se quitó el Símbolo del cuello.



### III

—¿Cómo me pides que te mate? —preguntó consternado el Primer Emperador.

—Si en verdad me quieres, acaba con mi tormento —contestó Thomenn.

Con lágrimas en los ojos, aquel que más amaba al hijo del Creador hundió la espada hasta atravesar su corazón.

—*El Manual*, tercer capítulo.

Ya contaban trece inviernos cuando comenzaron a realizar simulacros dentro y fuera del Monasterio. El sigilo era preponderante en los juegos y los niños aprendieron a trepar a los árboles o por un muro con la misma facilidad con que lo hacían por una cuerda. Se camuflaban en las sombras de una pared o bajo una techumbre sin ningún problema y eran capaces de avanzar sin apenas hacer ruido. El hecho de tener que competir con compañeros de su misma pericia les aguzó los sentidos y la percepción aún más.

En ocasiones, las misiones consistían en ir de un lugar a otro sin ser detectados. En otras, un grupo en inferioridad de condiciones debía entrar en el Monasterio y llegar hasta un objetivo. En estos ejercicios, utilizaban cuchillos arrojadizos de madera y una serie de reglas por medio de las cuales simular la muerte de un guardia.

Estas actividades eran supervisadas a menudo por Melquior, el sacerdote de anchos hombros que había presidido la ceremonia de su Confirmación.

Durante las mismas, se iban revelando poco a poco las aptitudes innatas de cada uno de los muchachos.

Así, el rollizo Philippe de rojos cabellos demostró en innumerables ocasiones una fuerza fuera de lo común. Todos temían y admiraban su fortaleza y es que, aunque todavía no llegaban a los catorce años, era el más alto de todos y sus hombros se desarrollaban con más amplitud que el resto.

Jean, al que todos habían considerado débil y poco ducho con la espada, era capaz de desaparecer con la misma facilidad que una voluta de humo llevada por el viento. Su afinada inteligencia parecía predecir en ocasiones los movimientos de sus oponentes y su habilidad con las armas arrojadizas competía con la de sus maestros.

Mathius, el mestizo, se había ganado el cariño de los demás con su amabilidad y buen corazón. Esto no evitaba, empero, que cuando había que pelear lo hiciera con más fuerza de la que se suponía en su estilizado cuerpo.

También Gaulton era muy tenido en cuenta por sus compañeros debido a su coraje y exacerbado orgullo. Algunos comentarían durante muchos años aquella ocasión en la que fue sorprendido por Philippe en uno de los juegos. Este lo agarró de un brazo y lo tumbó en el suelo en una presa inquebrantable. Pese a que le amenazó con dislocarle el hombro si no se rendía, Gaulton continuó forcejeando. Tras el chasquido, se giró con una rabia inimaginable en su ojo y dejó inconsciente a su compañero de un rodillazo en la cabeza. Él mismo se colocó el hombro en su sitio

apoyándose en una pared y, sin emitir el más leve quejido, siguió adelante cumpliendo en solitario la misión.

Había otros, por supuesto; como Julien, a quien habían apodado «bajoancho» por motivos evidentes. O Harcher, que siempre parecía enfadado y taciturno. Pero, sin duda alguna, era el rubio Marc el que los superaba a todos. Con la espada rara vez perdía y su pericia desarmado era también extraordinaria. En realidad, parecía destacar en todas las disciplinas, aunque realmente era su fuerza de voluntad, o un extraño carisma, lo que lo hacía especial. Callado y serio por naturaleza, era querido y respetado por sus compañeros. Incluso sorprendía a sus instructores que, en un aparte, comentaban sus logros, su capacidad de liderazgo y su inteligencia. Los ojos, azules como el cielo de una mañana limpia, eran penetrantes y poseían la capacidad de ver más allá de la apariencia. Sus rasgos, regios y pulidos como los de una antigua estatua, anunciaban ya lo que serían cuando el muchacho fuera algo mayor.

Era una noche nublada y particularmente desapacible cuando llegó la carroza.

Cada poco, la nevada se enfurecía y se encargaba de mantener a los habitantes del Monasterio dentro de las cámaras, bien cerca de las chimeneas. Solo los muchachos parecían desconocer el frío y se dedicaban a sus tareas con la eficiencia habitual. Pese a esto, fueron los primeros en oír el vehículo que se acercaba a las puertas. Cuando el cochero gritó para que le permitieran la entrada, ellos ya se asomaban por los estrechos ventanucos.

No era habitual que llegaran visitantes al Monasterio, especialmente a esas horas de la noche y con el tiempo que hacía, por lo que se desató una curiosidad enorme.

Rápidamente recibieron la orden de ir a acostarse a sus celdas pero, sin que nadie tuviera que sugerirlo, Jean se deslizó a través de una ventana y desapareció en la noche. En su camastro, la almohada simulaba el bulto de su cuerpo de manera tan perfecta que ninguno de los guardias podría haber notado su ausencia.

Al poco de apagar las antorchas del corredor donde estaban sus aposentos, el joven entró sin hacer ruido por el ventanuco de la celda de Marc, tras retirar un barrote que había sido limado mucho tiempo atrás.

—Dos y el cochero. Ambos embozados hasta las orejas.

Marc asintió y se lo comunicó a los demás mediante una serie de suaves golpes en la pared con el pomo de su espada.

—Uno de ellos era una mujer.

Marc parpadeó, sorprendido. Claro que habían visto mujeres en su vida, de pequeños en sus poblados, antes de ser llevados allí. Y también a las hermanas que se ocupaban de la limpieza del Monasterio y que rezaban a todas horas en la capilla más antigua. Eran religiosas ancianas y apacibles que rara vez se giraban para mirarlos. Estaban demasiado centradas en sus plegarias, suponían ellos.

Como si leyera sus pensamientos, Jean se quitó los garfios de escalada y

comentó:

—Era joven. Y muy bella. Más que la mujer de aquel libro de la biblioteca.

Marc casi se tambaleó, asombrado. ¿Cómo era posible? Nunca habían visto a una mujer joven allí. Aquella ilustración en un desastrado libro que reflejaba a la antigua Reina Hada de Seléin era lo más cerca de los conceptos de belleza y sensualidad femenina que habían estado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó rápidamente—. Dijiste que iban cubiertos.

—Sí. Pero me descubrió.

Marc se volvió, doblemente sorprendido. Por una parte, si eso era verdad los castigarían severamente. Por otra, era casi imposible descubrir a Jean cuando se ocultaba en la oscuridad de la noche, especialmente en una tan desapacible como aquella.

—¿Cómo sucedió?

—Estaba inmóvil cerca del campanario, enganchado a un saliente de la balconada más alta, muy lejos de ella —contestó Jean encogiéndose de hombros—. De repente se quitó el embozo y se giró directamente hacia mí. Luego lo hizo su acompañante. Los guardias los miraron extrañados y miraron también, pero ellos no parecieron verme.

Marc se sentó en su camastro sin dar crédito a lo que oía. Desde la entrada del Monasterio hasta la parte más alta de la capilla principal, donde estaba el campanario, había una buena distancia. Demasiada para haber visto a Jean de noche.

El muchacho permaneció inmóvil, sumido en sus propios pensamientos, mientras Jean salía por la ventana para volver a su celda.

Cuando se transmitieron las nuevas, todos, sin excepción, pidieron que les confirmaran aquello de la mujer joven. Poco se durmió aquella noche.

A la mañana siguiente, tras la carrera y el aseo, conocieron a los recién llegados.

Estaban acabando de desayunar cuando Melquior apareció en el comedor en silencio, seguido de una mujer y un hombre.

Los muchachos se apresuraron a apartar la comida y levantarse, poniéndose en posición de firmes con las manos enlazadas a la espalda.

—Sentaos —dijo el sacerdote en voz baja.

Ellos obedecieron al instante, sin quitar ojo a los desconocidos.

El hombre les pareció enseguida un petimetre, un cortesano fofo como los que habían asistido a su ceremonia de Confirmación. Vestía ropajes ridículos y coloristas que, aunque no lo sabían, eran la moda que causaba furor en Hÿnos, la capital del Imperio. Sin duda, estaban confeccionados con tejidos exóticos y eran de un altísimo valor. Pero para ellos, acostumbrados como estaban a la sobriedad del Monasterio, la sensación estrafalaria que les transmitía no hizo más que aumentar su animosidad.

Llevaba a la cintura un espadín dorado, probablemente tan frágil y escaso como él

mismo. Su rostro no les causó mejor impresión: la sonrisa de suficiencia estaba rematada por una pequeña perilla que terminaba en forma de punta y un finísimo bigote tan rubio como su cabello. Esto contrastaba con unos ojos pequeños, muy oscuros, que se movían constantemente con una chispa de nerviosa curiosidad. La nariz, recta y afilada, dotaba a su rostro de cierta belleza noble y elegante como la que ya habían visto en otros hombres parecidos.

En todo caso, no fue él quien acaparó la atención del grupo, sino la fascinante mujer que lo acompañaba.

Vestía colores muy oscuros y su piel era, en contraste, del mismo tono pálido que el mármol. El vestido era largo y allí donde acababa solo se veían unas manos de dedos elegantes y unas suaves botas de piel. El cuello, que se intuía largo y delicado bajo el tejido, sostenía un semblante regio e imperturbable. Su cabello, negro como una noche trágica, caía hasta más allá de los hombros.

Al contrario que la de su acompañante, su mirada era sosegada pero penetrante como los clavos de Thomenn. Aquellos ojos poseían la virtud de desconcertar e incluso asustar. Su color era de un verde intenso, casi antinatural.

Ninguno de los chicos pudo aguantar esa mirada más que unos pocos segundos. Sin embargo, algunos lograron sostenerla algo más que el resto.

Una figurilla con la forma del Roble, muy parecida a la que ellos llevaban, colgaba sobre los fruncidos del pecho.

Melquior se dirigió a ellos en seguida, con el tono incontestable que le caracterizaba:

—Os presento a vuestros nuevos profesores. —Con un escueto gesto de la mano, les anunció sus nombres—: Ferdinand y Aurore.

Ninguno de ellos hizo el más leve gesto; no obstante, los chicos notaban cómo los observaban en silencio, evaluándolos.

—Aquí empieza una nueva etapa en vuestro aprendizaje. Todos sabéis ya que la fe tiene muchos y poderosos enemigos, algunos de naturaleza extraña y aberrante.

Los compañeros se miraron inquietos, pues era la primera vez que se les hablaba de manera tan directa de lo que esperaban de ellos. Al menos desde que aquel hombre les entregara los Símbolos, hacía ya tanto tiempo.

—Estas dos personas se encargarán de añadir una nueva dimensión a vuestro entrenamiento. Respetadlos y obedecedlos, pues son sabios entre los sabios.

Y, sin más, fueron conducidos a la sala donde se ejercitaban. Allí, les indicaron que se sentaran en el suelo. Sus entrenadores, todos ellos orgullosos de sus alumnos, se hallaban en la parte opuesta, a la expectativa.

Tras unos minutos que se hicieron eternos, entró Ferdinand, sonriente como si paseara por el campo en una radiante mañana de junio. Fue hasta uno de los extremos de la sala con despreocupación y se detuvo junto a una vieja silla que nunca se había usado. Allí se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo. Entonces, se desabotonó el chaleco, lo dobló primorosamente y lo colocó sobre el asiento con cuidado. Después

miró por la ventana, la abrió e inspiró profundamente con los ojos cerrados.

Esta pantomima se prolongó durante unos cuantos minutos más, en los que aquel curioso hombrecillo consultó un pergamino, volvió a mirar por la ventana, se paseó por el perímetro con las manos enlazadas a la espalda, admirando las armas colgadas en las paredes e, incluso, se paró a hablar con uno de los instructores. Mientras tanto, las miradas de los muchachos se iban ensombreciendo más y más.

Al fin, como si acabara de recordar para qué estaba allí, se colocó frente a los muchachos y desenfundó su ridículo espadín. En aquel lugar, entre los fornidos entrenadores y los adustos aprendices, entre mazas, sudor y músculo, aquel apuesto galán perfumado parecía sobrar.

—¿Un voluntario, por favor? —preguntó poniéndose cómicamente en guardia.

Sin dudarle, varios muchachos se pusieron en pie como un resorte, animados por la creciente antipatía que les causaba aquel hombre. Sin embargo, cuando Philippe se alzó, con la mirada puesta en el otro, quedó decidido quién sería el voluntario.

No intercambiaron palabras. Simplemente, se alejaron unos pasos del grupo y el grandullón desenfundó.

El contraste era brutal. Pese a la gran diferencia de edad, el chico aventajaba al otro en no menos de veinte kilos y unos cuantos centímetros. Incluso la espada corta parecía más amenazante en aquellas manos encallecidas, capaces de reducir a esquirolas por sí solas el espadín.

Hubo unos instantes de tanteo, rotos por un grito de Philippe, que se lanzó a la carga. Lo que siguió fue una lección de maestría para todos los presentes: Ferdinand esquivó con agilidad el envite y, con la punta del espadín, hirió la mano de su oponente. Mientras la espada corta caía, y prolongando unas décimas de segundo lo que en conjunto había sido una acción fugaz, asestó un potente punterazo a las partes nobles de Philippe.

El joven quedó en el suelo, sin aliento y con los dientes apretados por el dolor.

Unos segundos de silencio permitieron que Ferdinand abandonara la sádica mueca mantenida durante el brevísimo combate y adoptara una actitud mucho más moderada.

—Nunca caigáis en una trampa tan burda como la provocación. Si tenemos tantas ansias de abalanzarnos contra el enemigo, quizá sea mejor pensárnoslo dos veces. — El hombrecillo se giró hacia los demás, que contemplaban la escena boquiabiertos—. Tranquilos, no es grave ¡pero pudo serlo! —aseguró guiñando un ojo—. Estirad un poco antes de que empecemos de verdad.

Un par de entrenadores llevaron a Philippe aparte para que se recuperara. Ferdinand le permitió unos instantes más antes de acercarse a él y susurrarle algo al oído. Las carcajadas resonaron al otro lado de la sala, donde los aprendices trataban de decidir qué opinión tenían del nuevo profesor.

De esta guisa se presentó el Caballero Ferdinand. Y desde ese mismo momento se ganó, como mínimo, el respeto de todos los jóvenes.

El recién llegado se convirtió en el supervisor de los entrenamientos. Solía dedicar, al menos, un par de sesiones semanales a cada uno, mientras los demás miraban con atención y aprendían tanto de los aciertos como de los errores de sus compañeros.

Además, Ferdinand hablaba constantemente. En medio de un combate, mientras observaban una pintura o durante las comidas en las que a menudo decidía acompañarles. Intercalaba sin parar sentencias y dichos populares entre sus enseñanzas y les aseguraba que sus consejos podrían salvarles la vida del mismo modo que aprender a esquivar un cuchillo.

El tiempo que no pasaban en la sala de entrenamientos les enseñaba prácticas cortesanas. Fue con él con quien aprendieron a catar el vino y a llevarse una copa a los labios. Conocieron los licores, las comidas y los distintos cubiertos. También practicaron las danzas clásicas, lo que les pareció en un principio ridículo y, después, sencillamente humillante.

Ferdinand les enseñó todo lo que había que saber sobre protocolo. Aprendieron a dirigirse a un barón, a un sacerdote o al mismísimo Emperador. En definitiva, el Caballero resultó ser, no solo un excepcional oponente, sino también un perfecto cortesano.

Conocía tanto la literatura clásica como la más pícaro. Era poeta y bardo aficionado, bohemio y, en sus ratos libres, galán. Les mostró las estrictas reglas de la esgrima clásica pero también sucios trucos que podían poner fin a un combate antes siquiera de que empezara.

En ocasiones, sus palabras tenían más de sádico que de refinado miembro de la nobleza. Los muchachos pronto comprendieron que se servía del engaño, la lisonja o el soborno con la misma destreza con que arrojaba un puñado de tierra a los ojos de su oponente o paraba una estocada. Ferdinand utilizaba todos los recursos que podía encontrar para vencer en un combate y les enseñó a hacer lo mismo. No fueron pocas las ocasiones en que los muchachos se rindieron, entre tremendos dolores, incluso luchando cuerpo a cuerpo contra él.

—No mostréis debilidad jamás —les gritaba el Caballero mientras entrenaban—. No permitáis que el enemigo sepa que sus ataques tienen el más mínimo efecto sobre vosotros. A no ser que queráis utilizar esa imagen como una herramienta más.

Ese era El Caballero Ferdinand. Y, por otro lado, estaba Aurore.

Apenas un par de días después de presentárselos, tras el descanso de sobremesa, fueron conducidos a la biblioteca. Allí, sentada tras la enorme mesa del profesor estaba ella, con las manos cruzadas. Sus ojos, que contenían alguna esencia hecha de pura maldad, eran capaces de mirarlos a todos a la vez, escrutando hasta la médula.

Su rostro estaba encuadrado por dos velas rojas que ardían con extraña alegría. Sin embargo, la estancia parecía estar más oscura y fría de lo habitual.

Cuando los alumnos se sentaron en los pupitres se dirigió a ellos sin que mediara ningún tipo de presentación.

—Copiad —dijo haciendo un leve gesto hacia la pizarra.

Los muchachos tomaron las plumas y comenzaron a escribir, preguntándose para qué sería el cuenco que cada uno tenía encima de la mesa.

La nueva profesora, no obstante, no explicó nada y ellos no osaron romper el silencio. Sin embargo, cualquiera que alzara la vista siempre se encontraba sus ojos clavados en él. Parecía ser capaz de conocer exactamente cuanto ocurría a su alrededor. Su mera presencia, sin más palabras ni gestos, resultaba intimidante.

Cuando los muchachos acabaron de copiar, les indicó que bebieran, señalando el recipiente que tenían en cada pupitre. Alguno se mostró reacio, pero al sentir su mirada clavada fijamente en él, obedeció sin rechistar. Cuando todos hubieron bebido, Aurore hizo un gesto con la mano y la mitad de las velas de la sala se apagaron.

—En esos vasos había Sombra de Muerte, uno de los venenos más potentes que se conocen. Inodoro e insípido —dijo ella.

Un silencio pesado se instaló de pronto en la estancia, mientras se miraban horrorizados.

—Habéis tenido clases de herbología, ¿verdad? Es hora de que demostréis vuestros conocimientos.

Y sin más, señaló la lista que habían copiado de la pizarra, en la que estaban escritos los nombres cultos de varias plantas y los órganos de un par de animales.

—Estos son los ingredientes del antídoto. Tenéis más o menos tres horas antes de que el veneno paralice vuestro corazón. Buscadlos afuera y, cuando los tengáis, volved y añadiré el componente que falta.

Salieron en tropel de la clase, abarrotándose en las puertas. Algunos saltaron desde los muros más bajos y Jean, siempre con sus garfios a mano, salió directamente por la ventana. Solo Marc se quedó sentado donde estaba, mirando extrañado la huida de sus compañeros.

—¿Por qué no corres, niño?

Marc no contestó enseguida. Miró a la profesora a los ojos y sostuvo su mirada unos instantes más de lo que había aguantado la mayoría.

—Usted estaba mintiendo —dijo al fin.

Ella enarcó una ceja y lo miró fijamente con sus ojos de jade.

—¿Qué te hace pensar eso?

Sin bajar la mirada, el muchacho señaló uno de los ingredientes que había en la pizarra.

—Solo hay *hoja maga* en Selén.

Desde el día en que llegaron los dos nuevos profesores, los niños maduraron de una

manera espectacular y siguieron creciendo hasta ser unos jóvenes apuestos y vigorosos. Cada uno potenció sus propias aptitudes y, sin excepción, se convirtieron en instrumentos mortíferos, ya fuera con la espada, el arco o los puños.

No pasó mucho tiempo antes de que comenzaran a estudiar nuevas materias que contribuyeron a afinar aún más sus capacidades:

Un hombre al que no habían visto jamás en el Monasterio comenzó a instruirles en el arte de la estrategia militar. Estaba ya entrado en años y tenía el cabello muy corto y casi totalmente cano. Sin embargo, se mantenía erguido como una vela y sus brazos, cuando se remangaba la túnica, se veían fuertes y con ese tono que poseen los que han pasado mucho tiempo al sol.

Todos sospecharon enseguida que debía tratarse de algún antiguo mando militar, pero él nunca habló con ellos de nada que se acercara, ni remotamente, a temas personales.

—Podéis llamarme Señor o Capitán. No es necesario que sepáis más de mí —les dijo, escuetamente, a modo de presentación.

Desde ese momento, comenzó a hablarles de los distintos tipos de unidades militares que existían y la utilidad y puntos flacos de cada una, tanto del Imperio como de más allá. Les enseñó cómo se debía planificar un asedio, o el modo de desbaratarlo. También les mostró de qué modo podían utilizar una colina para defenderse, lanzar un ataque con mayor impulso o esconder una parte de sus tropas.

En algunas ocasiones, se valía de una pizarra que habían colgado en una de las paredes de la sala para ayudarse en sus explicaciones. En otras, utilizaba unas enormes maquetas que simulaban distintos tipos de terreno o edificaciones en las que colocaba figurillas a modo de regimientos.

—No lo dudéis jamás —solía repetir con frecuencia—, no hay un cuerpo más temible en este mundo que la legión imperial. Ni los perros uruthianos, ni los cobardes agorianos, ni siquiera los hombres mejor entrenados de un barón pueden igualar su disciplina y eficacia en un enfrentamiento. Y, en el campo de batalla, la disciplina es tan importante como las armas que empuñáis. Siempre que tengáis que valorar una situación táctica, contad a los regimientos de legionarios como si tuvieran el doble de hombres.

Como complemento a las sesiones de teoría, a veces los muchachos se enfrentaban unos a otros utilizando las figurillas que desplegaban sobre una de las maquetas. En estos casos, debían justificar cada movimiento según los preceptos que el Capitán les iba enseñando y sus compañeros puntuaban los mismos hasta que uno resultaba ganador. No obstante, no importaba que comandaran un ejército de varios regimientos o un solo pelotón de quince hombres: ninguno consiguió jamás derrotar al maestro, aunque los que más se acercaron fueron Gaulton y Marc.

Casi al mismo tiempo que comenzaban a estudiar estrategia, conocieron también a otro profesor totalmente distinto.

—Me llamo Burg —dijo mientras su frente se iba perlado de sudor y se aflojaba



el pañuelo que llevaba al cuello— y vengo de Rock-Talhé.

Algunos de los muchachos casi se habían echado a reír ante el evidente nerviosismo del recién llegado. Solo la disciplina inculcada durante años hizo que mantuvieran las formas.

—Pensaba que los tahlianos eran los más altos y robustos dentro del Imperio —susurró Philippe a Julien *bajoancho*, señalando la regordeta figura del profesor.

—Pues parece que nos han mandado al más fofo de todos —respondió el otro.

—En los días que pasaré con vosotros vamos a intentar aprender cómo funcionan algunas cosas —dijo Burg acercándole una caja a Gaulton—. Reparte esto entre tus compañeros, si eres tan amable.

El joven miró en la caja y alzó de nuevo la vista hacia el nuevo maestro. Durante unos segundos pareció que iba a contestarle con la agresiva mordacidad que le caracterizaba pero, finalmente, se levantó y obedeció sin replicar.

Encima de cada pupitre dejó un juguete de madera con la forma de una bailarina y una pequeña herramienta. Los aprendices abrieron los ojos sin dar crédito a lo que veían y más de uno comenzó a mostrar sin disimulo un creciente enojo.

—Nuestro primer ejercicio —dijo el tahliano secándose el sudor con el pañuelo— será desmontar este ingenio.

Los muchachos se miraron unos a otros y, sin estar muy convencidos, comenzaron a retirar la carcasa, ayudándose del instrumento que les había dejado Gaulton. Por dentro, estaba lleno de pequeñas piezas metálicas.

—Así, bien, sí. Tened cuidado con ese muelle, podría salir despedido si no lo aflojáis con cuidado —iba diciendo Burg mientras se paseaba, algo más calmado, entre sus mesas.

Cuando todos hubieron desmontado por entero el juguete, se puso de nuevo frente a ellos y, con una sonrisilla astuta, alzó un índice y dijo:

—Ahora, volved a montarlo.

Tras media hora de esfuerzos, únicamente Jean y Mathius fueron capaces de encajar de nuevo todas las piezas. Y de ellos dos solo el primero logró que la bailarina girase cuando le daba cuerda.

—Espero ser capaz de explicaros —dijo Burg mientras cogía el desastre que había creado Philippe— que el mecanismo de un juguete no es muy distinto del de una cerradura. O del de una trampa. Las piezas encajan en su sitio y hacen su magia. Todo obedece a una serie de principios básicos y, según mi modesto parecer, es más seguro aprenderlos con estos ingenios inofensivos, que con otros bien distintos que podríais llegar a encontrar.

Mientras hablaba, sus dedos, pequeños y regordetes como él mismo, se movían con una rapidez pasmosa.

—Aspiro a que, al final, apreciéis estas enseñanzas pero, sobre todo, a que os sean útiles un día —dijo con una sonrisa, enseñándoles el juguete que había montado en apenas un minuto.

Desde ese día, todos asistieron con enorme interés a sus clases.

Burg les enseñó a abrir cerraduras de grilletes o de puertas únicamente con un par de puntas finas. A través de sus explicaciones aprendieron a utilizar una palanca o un sistema de poleas para mover pesos que, de otro modo, habría sido imposible. También les mostró como fabricar, detectar o desmantelar prácticamente cualquier trampa. Pero, lo que más les gustaba del afable tahliano, era que sus clases siempre resultaban divertidas. Les enseñaba los nuevos conceptos a través de juegos o experimentos y, a menudo, disfrazaba los ejercicios como si fueran competiciones.

Durante aquella época, los jóvenes aprendieron mucho, pero algo más profundo y, de alguna manera maravilloso, fue cuajando en ellos. Las clases con el Capitán les cambiaron la manera de afrontar los problemas, a fuerza de tratar con cuestiones tácticas. Se acostumbraron a pensar con distintas perspectivas pero también, gracias a Burg, a ver muchas cosas con otros ojos, a encontrar soluciones donde antes solo habrían visto una serie de elementos aislados. No obstante, sin lugar a dudas, lo que más les hizo crecer durante esos años fueron los otros dos profesores, Ferdinand y Aurore.

Por una parte, mientras les enseñaba a combatir, el Caballero les inculcó eficazmente las artes de la retórica y la persuasión. Al poco de aparecer él, los muchachos eran capaces de hablar con refinamiento y elegancia, imitando las formas de su mentor, pero también les enseñó a ser feroces y terriblemente prácticos en sus métodos si era necesario.

Aunque, lo que realmente creó ese misterioso clima, fueron las enseñanzas de Aurore.

Comenzó haciéndoles dudar de todo, incluso de sus propias palabras. Les enseñó mostró venenos capaces de matar al instante o al cabo de meses; pociones que podían curar o hacer que el que las tomaba aguantara días sin dormir. Incluso otras que podían enajenar a una persona y volverla peligrosa para cualquiera que se le acercara.

Aquellas fueron sus primeras lecciones pero, poco después, comenzó a hablar de cuestiones aún más oscuras.

Los muchachos la escuchaban embelesados, con una mezcla de miedo supersticioso y malsana curiosidad, absorbiendo todo conocimiento con avidez.

Casi sin que se dieran cuenta, el verbo de Aurore se inclinaba cada vez más hacia símbolos secretos, criaturas terribles y prácticas ocultistas. Fue entre las paredes de la biblioteca donde escucharon hablar por primera vez acerca de la necesidad de amordazar y encapuchar a una bruja para que no usase su poder. O de los pocos métodos eficaces para defenderse del mismo.

Un día, incluso, un incrédulo y maravillado Mathius observó cómo su maestra corría las cortinas y, en la oscuridad, hacía brotar de sus manos suaves haces de luz. Por la noche, rodeado por sus compañeros, les mostró que, repitiendo con cuidado los

complicados gestos mostrados por la mujer, conseguía crear apenas una minúscula fracción de esa luz.

—Los gestos no son más que una ayuda —insistía ella—, una manera de concentrarse mejor. Lo realmente importante es la Voluntad con que se acompañan. No sirve de nada ejecutarlos a la perfección si la cabeza no está concentrada y la Voluntad no se esfuerza.

Y así, casi sin darse cuenta, cumplieron dieciséis años y fueron llamados al castillo de Vendemire, cerca de allí.

## IV

—Yo maldigo a tu Imperio. ¡Sed por siempre desgraciados! —Gritó el Rey Brujo de Selén.

—Nada tememos de ti, pues el Creador nos asiste —contestó el Tercer Emperador antes de darle muerte.

—*El Manual*, cuarto capítulo.

Sucedió un quince de Diciembre. Las calles estaban llenas de nieve y hacía mucho, mucho frío. La tarde era oscura y se hizo prácticamente noche cerrada a las seis. Sin embargo, las mujeres que se asomaban a las ventanas, o los hombres que venían de talar o de calentar con fogatas las extensas viñas de su Señor, pudieron ver la extraña comitiva avanzando por la calzada principal, camino de los muros del castillo de Vendemire.

Había una pequeña fuerza de jinetes armados en vanguardia y también cerrando la marcha. Entre medias viajaban varios religiosos acompañados de dos personajes anónimos, todos ellos montados también. Justo detrás, un grupo de algo más de una docena de individuos se resguardaban bajo pesadas capas de viaje y avanzaban a pie con paso vivo.

Llegaron hasta las mismas puertas del castillo sin que un solo guardia les diera el alto o les pidiera identificación. Allí, los que se encontraban suficientemente cerca observaron cómo uno de los encapuchados se retiraba el embozo para mirar hacia las almenas, admirado. El cabello era pelirrojo y en su mofletuda cara se reflejaban la juventud y el vigor. Plantado de pie, con las piernas separadas y una sonrisa desafiante, soportando impertérrito la lluvia, dejaba claro para cualquiera que no era un muchacho común.

Pocos minutos después, entraron en la sala de audiencias del barón Ezéchil de La Flere.

Las columnas se repartían de manera simétrica a lo largo de la estancia y multitud de velas y lámparas de aceite la mantenían perfectamente iluminada. Ricos tapices decoraban con profusión las paredes y por doquier se veían expuestos cuadros y bellos productos de la más refinada orfebrería. Al fondo, el trono se hallaba flanqueado por dos guardias pretorianos y los consejeros de más confianza. En la parte superior, por encima del respaldo donde se sentaba el barón, estaba tallado en piedra el escudo de armas de la familia de La Flere: una parra sobre campo dorado cruzado por la lanza de caballería. A ambos lados, decorados con sus colores, se situaban dos enormes banderolas con la hoja de roble y la espada dorada del Emperador.

Ferdinand se acercó hasta el trono antes que los demás y abrazó calurosamente al noble, con el que parecía tener una gran amistad.

Ezéchil vestía lujosos ropajes de un tono azul oscuro plagados de terciopelo y piedras brillantes. Sin embargo, el atuendo estaba diseñado para resaltar su figura atlética y la fuerza que desprendían sus movimientos, pese a la treintena que parecía rondar. Llevaba el cabello a media melena recogido con una diadema de oro blanco y lucía una barba impecablemente recortada.

Una vez cruzadas unas quedas palabras con el Caballero, se apresuró a descender del entarimado para saludar al sacerdote.

—Tal y como pedisteis, gran señor, solo tengo conmigo a mis hombres de mayor confianza. El resto han sido invitados amablemente a abandonar la sala —dijo inclinándose ante él y besándole la mano que le ofrecía Melquior—, incluida mi esposa, gracias al Altísimo.

A ninguno de los muchachos se le pasó por alto que era un barón del Imperio el que agachaba su cabeza ante el Señor del Monasterio y no al revés.

Tras esto, Ezéchil besó la mano de Aurore con rapidez y, sin mirarla a los ojos, balbució una fórmula de cortesía.

A un gesto del sacerdote, los muchachos avanzaron para formar en dos filas. Una vez hechos los honores, el barón se giró hacia ellos y los examinó con una mezcla de curiosidad y respeto.

—¿Por qué sus botas están tan terriblemente manchadas de barro? —preguntó al momento.

—Han hecho el camino a pie —contestó Melquior.

—Oh, vaya, tenía entendido que saldríais del Monasterio esta mañana.

—Así fue —contestó él, apenas amagando una sonrisa.

El noble lo miró con escepticismo y luego se giró de nuevo hacia ellos. Bajando la voz e inclinándose hacia el sacerdote preguntó:

—Eso es impresionante, pero ¿estás seguro de que podrán hacerlo? Los incursores ya se han atrincherado y...

Melquior lo fulminó con la mirada por debajo de sus espesas cejas y el barón se encogió como si lo hubiera golpeado.

—Fueron reclutados sesenta y tres niños en total, ninguno con más de cuatro años —contestó, ofendido, sin molestarse en bajar el tono de voz—. Tras la primera parte del entrenamiento solo quedaron estos. Y llevan años preparándose desde entonces.

El barón lo miró espantado, pero enseguida recobró la compostura y, tras un carraspeo, se volvió hacia ellos.

—Bien, sea como fuere, os conducirán sin más demora a vuestras habitaciones. Espero que las encontréis de vuestro agrado. —Los muchachos no pudieron evitar sonreír para sus adentros al recordar sus espartanas celdas—. Debéis estar exhaustos. Descansad un rato, pronto os mandaré llamar para exponeros con todo lujo de detalles la situación.

Y así se hizo. Los jóvenes fueron acompañados por varios criados hasta las habitaciones que, efectivamente, encontraron muy de su agrado. Abajo, los hombres

y la mujer trazaron planes y hablaron de las gestas que los chicos ya habían llevado a cabo sin saberlo.

Apenas una hora más tarde, los criados del castillo acudieron para despertar a los huéspedes, pero no hubo un solo caso en que lo consiguieran: segundos antes de llamar a las puertas de las habitaciones los jóvenes ya estaban de pie, algunos con un arma en la mano.

Sin duda el personal del servicio había sido avisado de algún modo, pues se mostraban nerviosos y parecían reticentes a darles la espalda.

Marc también esperaba despierto cuando lo fueron a buscar, disfrutando de ese extraño y nuevo placer que le producía el contacto con suaves sábanas y un mullido colchón.

—Seguramente es la primera vez que cualquiera de nosotros duerme en una cama como esta —murmuró levantándose al oír unas tenues pisadas que se acercaban.

En cuanto se asearon y se vistieron fueron conducidos a una sala llena de trofeos de caza en la que un fuego crepitaba alegremente en una chimenea. Allí les ofrecieron pan reciente, leche, mantequilla, queso, frutas, miel y unos exquisitos pasteles de crema. Cada uno de ellos dio cuenta de la ración de varios hombres antes de que los criados acabaran de traer toda la comida.

—¿Habéis visto esas camas? —dijo Philippe con dos pastelillos en la boca—. ¡Cabríamos tres de nosotros sin llegar a rozarnos!

—Eso es lo que te gustaría a ti —contestó Gaulton dándole un codazo.

—¿Qué me decís de esta tela? —preguntó Mathius mirándose la camisa blanca que habían dejado en sus habitaciones—. Es tan suave que casi me hace cosquillas.

—Yo me he fijado en las criadas —reconoció Harcher cuando la última de ellas se marchó.

—¡Todos nos hemos fijado en las criadas! —exclamó Julien *bajoancho* con una carcajada.

Los aprendices siguieron charlando y comiendo durante un rato, comentando todas las novedades que les ofrecía aquel lugar. Después, saciada su hambre, y dado que nadie acudía para llevarlos de nuevo a sus aposentos o darles instrucciones, comenzaron a practicar sus ejercicios.

Finalmente, cuando Jean ya se estaba ajustando los garfios de escalada para salir a explorar por la ventana, entró Ferdinand.

—¿Cómo estáis, queridos míos? ¿Habéis dormido bien? ¿Os satisfacen los perfumes y aceites que han puesto a vuestra disposición? —preguntó con voz de pito.

Los muchachos rieron, recordando los frasquitos que habían visto en sus habitaciones, a los que no habían dedicado más que una breve mirada.

—Me han pedido que elijáis un delegado —anunció adoptando un tono mucho más serio—. En cinco minutos vendrá un paje del barón para conducirle hasta donde

estamos reunidos.

Los jóvenes se dieron cuenta enseguida de que las ojeras que lucía el Caballero no hacían sino resaltar el hecho de que, fuera cual fuera el asunto que tenían entre manos, lo consideraba sumamente importante.

Comunicado su mensaje, Ferdinand se marchó y ellos quedaron en silencio, mirándose unos a otros sin comprender del todo.

—Me gustaría saber para qué demonios nos han traído aquí —dijo Gaulton sentándose en uno de los butacones de piel que había cerca de la chimenea.

—Parece que pronto lo sabremos —contestó Marc acomodándose en otro.

Philippe, Mathius y Jean tomaron asiento en los butacones que quedaban libres. Los demás lo hicieron en el enmoquetado suelo sin que mediara ningún tipo de parlamento. Tras un breve intercambio de ideas, votaron con rapidez.

El resultado fue casi unánime: todos votaron a Marc, menos Gaulton, que se votó a sí mismo, y el propio Marc, que también lo votó a él.

—Es una estupidez elegir un representante si ni siquiera sabemos qué tenemos que hacer —dijo Gaulton alejándose para mirar de cerca una cabeza de venado que había colgada, mientras se restregaba el parche.

—Quizá nos vamos a quedar a vivir aquí —dijo Harcher.

—Eso no estaría mal. Creo que podría acostumbrarme a dormir en una cama de mi tamaño y a comer pasteles de crema todas las mañanas —contestó Philippe palmeándose la barriga, satisfecho.

—No hay camas de tu tamaño, pedazo de buey —le espetó Gaulton, malhumorado.

Apenas unos instantes después llamaron a la puerta y entró un joven con el encargo de conducir al delegado a una oscura sala donde ya esperaban los mayores.

Melquior y el barón intercambiaron una mirada cómplice cuando lo vieron aparecer.

Ferdinand le indicó que permaneciera de pie ante la mesa sobre la que había desplegados varios manuscritos y una pequeña maqueta. Entonces comenzó a exponerle los pormenores de la misión.

Ezéchil alzó la voz un par de veces para complementar sus explicaciones y, por último, Melquior le expuso el plan que habían ideado entre los tres.

—Queremos conocer tu opinión —dijo Ferdinand con media sonrisa en los labios—. ¿Crees que nuestro planteamiento es acertado? ¿Cómo supones que abordaría el problema alguien como el Capitán?

Marc se tomó un instante antes de contestar. Miró a los tres hombres que tenía ante él y luego a la mujer que permanecía en silencio, ligeramente apartada y con la mirada fija en el suelo.

—Creo que es un buen plan —dijo al fin, para satisfacción de los tres hombres, que se volvieron entre ellos como para terminar de matizar sus ideas—. Sin embargo, quizá podríamos ajustarlo un poco más a los preceptos del Capitán. E incluso a

vuestras propias enseñanzas, Caballero Ferdinand.

Los cuatro adultos se giraron sorprendidos.

—¿A qué te refieres? —preguntó inmediatamente el aludido.

—Vos siempre decís que debemos utilizar todos los medios a nuestra disposición para asegurarnos el éxito o la supervivencia. El Capitán también nos ha insistido en ese extremo.

—¿Qué es lo que, según tú, no estamos teniendo en cuenta? —preguntó Melquior con un tono en el que se adivinaba una leve nota de desprecio.

—Nos sería de mucha utilidad la ayuda de Aurore para asegurar el éxito de la misión —dijo Marc.

La mujer dio un respingo y Ferdinand abrió mucho los ojos por la sorpresa. El barón frunció el entrecejo, sin comprender, y Melquior miró a la mujer con el rostro rojo de enfado para volverse inmediatamente hacia Marc.

—Y ¿cómo consideras que debería actuar Aurore en este asunto? —preguntó con un siseo amenazante.

—¿Puedo hablar sin reservas? —preguntó él sin llegar a señalar al barón.

Los labios de Melquior estaban tan apretados que formaban una línea recta privada de todo color. Su robusta figura transmitía en esos momentos una sensación de amenaza tan palpable que, cuando hizo un levísimo gesto afirmativo con la cabeza, incluso Ferdinand respiró aliviado.

—Podemos cumplir la misión sin dificultades —dijo entonces Marc que, aunque había mantenido en todo momento una expresión neutra, por dentro estaba tan nervioso que temió que sus piernas comenzaran a temblar—. Pero la situación que se plantea es complicada y se prolonga ya por varios días. En estas circunstancias el margen de imprevistos es alto y, si bien nosotros podemos resolver las desviaciones del plan que nos afecten, un hombre diestro no necesita ni medio segundo para hundir un cuchillo en la garganta de un prisionero.

El barón tragó saliva ante esa afirmación y cruzó sus manos como si rezara.

—He visto como Aurore consigue que en sus clases haya menos temperatura que en la cámara contigua. También la he visto crear luz e incluso apartar las hojas caídas sobre un banco del Monasterio con un gesto de la mano. Por eso, me pregunto si sería posible que un pequeño banco de niebla alentado por su poder nos asegurara un éxito total.

Aurore lo miraba atónita, pero no dijo nada. El barón, en cambio, se giró enseguida hacia Melquior y, aunque sus palabras fueran indescifrables en la distancia, el muchacho pudo notar la vehemencia de estas. El sacerdote torció el gesto, sumamente contrariado, y fulminó al aprendiz con la mirada.

Cuando Marc ya pensaba que había intentado ser demasiado audaz, Ferdinand susurró algo al oído de Melquior y este, con ciertas reticencias, acabó aceptando la propuesta.



La lluvia no había cesado en días y los caminos estaban aún más empantanados que cuando fueron hasta el castillo de La Flere. La oscuridad de la noche era casi total y apenas podían ver más allá de unos cuantos metros pese a que casi todos llevaban faroles.

De vez en cuando sonaba algún trueno lejano y un relámpago iluminaba el cielo como si el sol se hubiera asomado por entre las nubes un instante. Los árboles lloraban continuamente y no parecía que se fueran a cruzar con un ser vivo en aquel escenario tan desolador.

Así, con grandes cuidados para no lastimar las patas de los caballos, avanzaba el pequeño grupo comandado por Marc. Encapuchados, cubiertos totalmente por las capas de viaje y encorvados sobre sus monturas, parecían más una compañía de almas en pena que unos muchachos a caballo.

Pocas palabras se cruzaron durante el viaje y ninguna había salido de los labios de Aurore, rojos como sangre fresca. Marc, sin embargo, se sentía orgulloso y avanzaba en cabeza, con ella a su lado.

El joven esperaba que su gesto hubiera sido bien recibido; a fin de cuentas, le había otorgado un protagonismo que los otros le negaban siempre. Ni Ferdinand ni Melquior pedían jamás su consejo y, simplemente, la dejaban de lado sumida en el silencio. Incluso en el Monasterio, nunca la había visto pasear acompañada.

Probablemente ninguno de sus compañeros se había percatado de aquello, pero él siempre observaba con atención a las personas. Precisamente por eso sospechaba que la mujer que cabalgaba a su lado sufría. Y que era algo más que una profesora con ciertos conocimientos poco frecuentes.

Al cabo de un rato, sintiéndose incómodo por su inexperiencia en esas lides, carraspeó y se dirigió a la capucha que tenía a su izquierda:

—Lamento que el tiempo no haya decidido mejorar para hacernos esta excursión algo más agradable —dijo temiendo que la mujer no estuviera en absoluto complacida con aquello. Al fin y al cabo, salvo en las horas de clase, siempre veía a Aurore sola; eso cuando decidía salir de sus habitaciones.

—¿Creéis que saldremos airosos de la empresa? —preguntó entonces, comenzando a pensar, ante el mutismo de la mujer, que todo aquello había sido un gran error.

Aurore se mantuvo inmóvil unos instantes y cuando por fin se giró hacia él, una irónica sonrisa iluminaba su rostro.

—Dos de vosotros bastarían para hacerlo.

Marc no pudo evitar sonrojarse. Asintió y frunció el entrecejo para reprimir la mueca de satisfacción que amenazaba con aflorar. Era la primera vez que veía una expresión semejante en el rostro de su profesora.

—Dime una cosa —solicitó entonces la mujer—, ¿por qué me has hecho venir?

La sonrisa había desaparecido y, en la inabarcable profundidad de sus ojos, había una mirada que el muchacho no había visto nunca y le daba miedo.

Marc bajó la vista mientras su cabeza trabajaba a marchas forzadas. Sabía que una mala contestación podía acarrearle un severo castigo y, lo que era peor, lo desacreditaría delante de sus compañeros. Tras observar de reojo una vez más a su maestra, respondió.

—Pensé que, quizá, os agradara dar un paseo. Fuera del Monasterio, quiero decir. Lejos de Melquior.

Aquella simple afirmación, ingenua y sincera, contenía tantas implicaciones sin saberlo que la mujer no pudo evitar que la sorpresa acudiera a su rostro.

Recomponiéndose rápidamente, se giró de nuevo escondiendo la cabeza en la capucha.

No hubo más palabras hasta llegar a la envejecida torre, rodeada por los hombres del barón.

La compañía desmontó y varios soldados corrieron para encargarse de sus monturas.

Marc reunió a sus compañeros en un aparte y repasaron el plan. A los pocos minutos habían desaparecido en una densa niebla y, a excepción de Aurore, nadie pudo verlos hasta que acabó todo.

Tan solo unos días atrás, una partida de incursores uruthianos se había adentrado en Louisant. Atravesando territorios potentados, y avanzando mucho más al sur de lo que se los había visto en décadas, habían llegado a las inmediaciones del Castillo de Vendemire. En un gesto especialmente intrépido, se infiltraron en su interior y lograron robar gran cantidad de monedas destinadas a la asignación de los guardias. Sin embargo, fueron descubiertos y su sigilosa audacia se convirtió en un violento baño de sangre. Al final, diezmados, se hicieron fuertes en una pequeña torre de vigilancia medio derruida, amenazando con degollar a varios rehenes si no les dejaban huir.

La fortuna quiso que, por aquel entonces, un buen amigo del barón viviera en el cercano Monasterio.

—Sin duda esto podría ser una ocasión magnífica para probar a nuestros jóvenes aprendices más allá de estas murallas —dijo Ferdinand cuando le presentó la situación a Melquior, vistiéndola como una gran oportunidad.

Solo por esa casualidad estaban los muchachos allí, acechando a los bárbaros como si fueran cazadores a punto de abatirse sobre sus presas.

Se habían despojado de las capas de viaje y en medio de la niebla y la noche sus ropas oscuras les hacían casi invisibles.

Poco a poco se acercaron hasta la fortificación, arrastrándose a ras de suelo. Cada vez les llegaban más nítidas las voces de los huruthianos, hablando en su lengua sonora y dura, y la luz de las antorchas con que iluminaban el terreno cercano a la torre. Vieron las siluetas de varios hombres que oteaban por entre las grietas de las

paredes y estudiaron sus posiciones hasta dar con la mejor manera de evitar su vigilancia.

Jean fue el primero en moverse, escalando en silencio hasta el techo, a punto de derrumbarse, con la misma facilidad que si hubiera subido por una escalera. Por detrás de él, Marc ascendió casi con idéntica pericia. Una vez juntos, avanzaron lentamente hasta el hombre que vigilaba de espaldas a ellos, armado con un arco. El ataque fue tan rápido y coordinado que el único ruido que se oyó fue el de su sangre goteando sobre la piedra.

Entonces, los dos jóvenes se acercaron a la trampilla que daba acceso al interior. Allí, por delante de unos barriles desvencijados, se encontraban atados y amordazados el molinero, su esposa, su hijo y dos hijas y aquella mujer de la que le había hablado el barón. No hizo falta que Ferdinand le explicara discretamente la relación que mantenían; Marc lo había intuido por la ansiedad con que hablaba el señor de Vendemire.

La estancia inferior era amplia y estaba iluminada por una pequeña fogata. Algunas de las paredes interiores habían cedido y, por algún punto de los gruesos muros se podía ver el cielo. Alrededor de las llamas, seis hombres discutían acaloradamente con otro que parecía ser el cabecilla. Había cuatro apostados en las ventanas, armados con arcos, y otros cinco vigilaban a los cautivos, especialmente a las mujeres jóvenes. Unos cuantos más dormitaban en un hueco bajo la escalera, envueltos en sucias mantas.

Analizando la situación y sin parar de contar mentalmente Marc empuñó la espada y una pequeña rodela. A su lado, Jean mantenía la vista fija en los hombres mientras en su diestra sostenía dos cuchillos, agarrados por el filo.

Las sombras danzaban al son de los crepitantes leños, que ardían ajenos a lo que se avecinaba.

Cuando Marc llevaba contados ciento ochenta, tensó y destensó sus músculos, preparándose para la acción. Al llegar a doscientos, todo sucedió muy deprisa.

Súbitamente abrió la trampilla y, al instante, los cuchillos de Jean desde arriba y las ballestas de Mathius y Gaulton desde abajo, acabaron con los centinelas apostados. Antes de que los bandidos se percataran de ello, Marc saltó al interior y acabó con dos de los que vigilaban a los rehenes en la parte superior.

Philippe irrumpió en tromba, echando abajo la puerta, y seguido por varios compañeros que acabaron con dos más antes de que se llegara a entablar un combate real. En esos instantes, los muchachos que habían pasado a través de un agujero practicado en la pared de atrás, degollaron a los que dormían y se lanzaron a la refriega.

En el altillo, Marc se enfrentaba a los tres que estaban allá, aunque no parecía que la lucha fuera a prolongarse. Uno de ellos recibió simultáneamente dos cuchillos de Jean y un virote de Mathius. Marc aprovechó la sorpresa para hundir la espada en el vientre del que se había girado apenas y cortarle el brazo al último.

Tras asegurarse de que los prisioneros estaban bien, evaluó la situación. Sus compañeros habían acabado el trabajo en el piso inferior y lo miraban expectantes. Por doquier se veían miembros amputados y la sangre teñía el suelo. Algunos gemidos todavía se escapaban de gargantas a punto de expirar.

Marc hizo un asentimiento y bajó su arma.

La misión había sido un éxito rotundo.

Horas más tarde llegaron al castillo. Pese a que apenas clareaba, el barón salió a recibirlos al patio abrigándose únicamente con una túnica blanca y un batín de seda que ondeaba desordenado a su espalda. Tras él corrían sus guardias pretorianos y sus consejeros.

Pese a que no la abrazó y trató de disimularlo, para todos los presentes fue evidente lo que sentía por la joven que lo miraba con los ojos anegados en lágrimas.

Marc era el único de los muchachos al que le habían contado la verdad, pero aquello lo confirmó para los otros. Aquella muchacha era demasiado importante para él como para arriesgarse a que los bandidos la hirieran, o algo peor, si se decidía a atacarlos con sus hombres. Marc pensó, con cierta tristeza, que si no hubiera estado ella el noble habría arrasado la fortificación sin importar lo que le sucediera al molinero o a su familia.

Sumido en hondas cavilaciones, se preguntó que opinaría Aurore de aquello.

Mientras tanto, el barón se deshacía en elogios y estrechaba uno a uno la mano a los muchachos.

Poco después, Marc fue conducido a una sala en la que esperaban Melquior, Ferdinand y Aurore, esta última ataviada con su habitual máscara imperturbable. Enseguida llegó Ezéchil de La Flere, con los ojos notablemente enrojecidos.

El joven les explicó la situación al llegar a la torre, el desarrollo de la misión y el resultado final. Todos le escucharon muy atentos, aunque Melquior todavía se mostraba visiblemente enfadado. Cuando salió de la sala, no obstante, la opinión fue unánime.

—Demasiado fácil para ellos —dijo el sacerdote, malhumorado—, demasiado fácil. Me pregunto si no hemos perdido el tiempo aquí.

—No digáis eso, gran señor —dijo Ezéchil poniéndose en pie—, pues al margen de lo que suponga en el entrenamiento de estos jóvenes, nos habéis prestado un enorme servicio y estamos en deuda con vos.

—Eso no lo dudes —contestó Melquior dándole la espalda mientras se dirigía a la puerta—. No lo dudes ni por un momento.

Un escalofrío recorrió la espalda del barón.

Había sido un día duro. Aunque ninguno lo dijera en voz alta, todos estaban

ligeramente conmocionados. Aquella había sido la primera vez que mataban. O la segunda, para los que recordaban aquel lejano asunto del guardia perseguidor.

Los habían preparado para eso, todos se habían comportado como cabía esperar, pero enfrentarse a tanta crudeza era una experiencia impactante.

Algunos afilaban las espadas, taciturnos; otros reían nerviosos. Incluso Philippe se había sumido en sus propios pensamientos desde que volvieron al castillo. Solo las lágrimas de alivio de la familia campesina aportaban una visión algo más amable en todo aquello.

Marc recordaba cómo el molinero, intuyendo que era el líder de la expedición, le había agarrado con fuerza del brazo cuando pasó junto al carro en que viajaba junto a los suyos.

—Escúchame —dijo con la voz quebrada por la emoción—. No importa el motivo o las condiciones en que te encuentres. Si alguna vez estás necesitado, en mi familia siempre encontrarás ayuda y refugio.

El joven no supo qué contestar, así que correspondió al apretón de manos y farfulló una fórmula de agradecimiento, restándose importancia.

Mientras avanzaba por corredores oscuros, Marc se dio cuenta de que todavía estaba alterado. Sentía los nervios a flor de piel. Aún estaba viviendo esos segundos irreales en los que había acabado con varios hombres. Lo recordaba vívidamente, como si lo estuviera viendo en un libro en que las páginas dibujadas avanzaran muy deprisa.

Los incursores vestían con pieles que desprendían un olor penetrante que hablaba de dureza y de intemperie. Portaban numerosos talismanes hechos con huesecillos e incluso alguno decoraba su atuendo con el cráneo de un lobo.

Eran altos y morenos, con el pelo largo, lleno de trenzas y pequeñas coletas recogidas con cuentas y abalorios. Tenían una constitución robusta pero atlética y quedaba claro que estaban acostumbrados a sobrevivir gracias tanto a sus músculos como al coraje.

Sin embargo, no eran más que hombres.

Casi antes de que Marc cayera desde la trampilla, uno de ellos se llevó la mano a la garganta intentando retener la vida que se le escapaba a borbotones. Un segundo después, cuando su compañero apenas había vuelto la cabeza para mirarlo, esta salió despedida, rodando escaleras abajo.

Tres pares de ojos se habían vuelto hacia él en ese momento. Los recordaba como si los tuviera delante. Tenía grabado a fuego el olor a sudor y suciedad; las mandíbulas apretadas por la determinación; cicatrices y tatuajes... pero sobre todo sus miradas: los ojos saltando de las órbitas por el terror y un atisbo de desesperación en lo más hondo.

Casi podía ver ante él cómo el primero de los uruthianos dejaba caer el cuchillo y se llevaba las manos a la herida, mirándolo como si no comprendiera del todo lo que pasaba. Recordó cómo resbalaba el suelo por la cantidad de sangre vertida en un

instante.

Marc miró sus manos y se dio cuenta de que aún estaban manchadas. De repente se sintió sucio y pensó que correría cien vueltas al patio del Monasterio a cambio de un baño.

Justo cuando llegaba a su habitación observó que uno de los sirvientes que les había sido asignado cruzaba por un pasillo transversal. Con timidez, lo detuvo y le formuló su deseo. El muchacho, aproximadamente de su edad, le contestó con educación e hizo una corta reverencia.

—En seguida os prepararemos el baño, señor.

Marc quedó allí, confuso por semejante tratamiento. Se dio cuenta de que el muchacho al que acababa de dirigirse podría haber sido él mismo si hubiera tenido otra vida. Pero aquello distaba mucho de la realidad. Aquel joven apuesto, refinado y cubierto de ricas telas y perfumes se parecía tanto a él como una montaña abrupta a las nubes de primavera.

Entró a su habitación notando el cuerpo pesado y, mientras los sirvientes llenaban con cubos de agua tibia la bañera, se fue desvistiendo. Ni siquiera se dio cuenta de las miradas impresionadas que le dirigían al ver su cuerpo musculoso y atlético plagado de cortes y cicatrices y todavía manchado de sangre.

Cuando acabaron su tarea, el último en salir le deseó buenas noches y se marchó cerrando la puerta. Marc se acercó a la ventana vistiendo únicamente sus holgados calzones. Afuera, las nubes se habían despejado y la luna parecía velar por todos ellos.

La temperatura del agua era perfecta. La suave luz de unas velas le relajaba y adormecía. Poco a poco su angustia pareció empequeñecer y, al cabo de unos momentos, evaporarse. Podía notar como los músculos palpitaban por efecto del desconocido placer del agua caliente. Su respiración se fue tranquilizando, los ojos se cerraron y se sintió muy cerca del Creador.

Se incorporó súbitamente, salpicando y buscando la empuñadura de su espada entre remolinos de agua. Pero la hoja estaba lejos, encima de la cama, junto a sus ropas.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que se quedara dormido, pero estaba seguro de que allí había alguien. Refugiada entre las sombras de la esquina más alejada, percibía una queda respiración que no había notado hasta ese momento. Marc calculó la distancia que lo separaba de su arma y, cuando ya iba a saltar fuera de la bañera, la presencia dio un paso y un pálido rostro apareció bañado por el resplandor de la luna.

—Quería darte las gracias —dijo simplemente Aurore.

Su rostro, en la penumbra pero iluminado parcialmente por la suave luz lechosa, era más bello que nunca. El verde de sus ojos casi brillaba con luz propia, destacando en las sombras con maligna viveza. El misterio de sus rasgos hallaba en la noche su

cumbre.

Tras unos segundos inmóvil, Marc recordó con pudor que estaba desnudo y se apresuró a salir del agua para ponerse encima una pesada bata que alguien había dejado allí.

—No hay motivo por el que debierais darlas —farfulló, rojo hasta el cuello.

La mujer se acercó un poco más y, tragando saliva, el joven observó que no llevaba encima más que un camisón cuyos bordados apenas ocultaban sus voluptuosas formas.

Puede que fuera en ese momento cuando se dio cuenta de hasta qué punto se sentía atraído por ella.

A medida que se había ido acercando quedó patente que la mujer le sacaba por lo menos media cabeza. El cabello le caía cubriendo sus delicados hombros; la piel, aún más blanca de lo que recordaba, se veía suave y apetecible; en sus labios ya se mostraba una sonrisa sesgada.

—Quería agradecerte que me sacaras a pasear. —Aurore estaba apenas a un metro de él, con los brazos relajados y pegados al cuerpo—. Hacía tiempo que nadie tenía ese tipo de detalles conmigo.

—No tenéis que agradecer nada; no fue nada, yo...

—En realidad estoy aquí para eso.

—No quería privaros de vuestro descanso —consiguió balbucir él.

Antes de contestar, Aurore dio un paso más, quedando tan cerca que podía sentir su aliento en la piel húmeda.

—Procuro no dormir nunca durante la noche —susurró.

Marc todavía intentó decir algo pero, de repente, una mano audaz se perdió en su entrepierna y tuvo que agarrarse al mueble más cercano para no caer.

La mujer se inclinó sobre su poderoso cuello y le acarició la oreja con la lengua. El muchacho sintió que, de pronto, sus brazos no le obedecían y salían disparados hacia la atractiva anatomía que tenía delante.

Ella le presentó sus labios y él respondió con un inexperto beso. Sin saber muy bien lo que hacía, la levantó sin dificultad y la dejó caer sobre la cama. Instantes después, ella se hallaba sobre él y su vaporoso camisón no era más que un lejano recuerdo arrugado bajo una silla.

—Aurore, ¿qué sois? —preguntó Marc casi sin aliento.

Entre jadeos, la mujer le clavó las uñas en el costado y llevó la cabeza hacia atrás con lujuria. El Símbolo de plata, muy ceñido al cuello, brincaba como si estuviera vivo. Sus generosos pechos apuntaron hacia arriba un instante mientras se agarraba a los muslos del joven.

—¿Qué soy según tú, niño? —contestó la mujer sin detener su rabiosa cabalgada.

Marc, mareado por las oleadas de placer, se agarró a sus caderas, ligeramente asustado. El brillo verde de los ojos era muy real y no se debía a la luz de la extinguida vela.

—Sois... ¿sois una bruja?

La mujer se echó sobre él y lo besó con fuerza, mordiéndole después el cuello. Su lengua comenzó a jugar de nuevo con el lóbulo de la oreja y, deteniendo por un momento el vaivén, susurró:

—¿Quién sino una bruja podría entrenarte para matar brujas?

Marc la apartó por los hombros con violencia y la miró conmocionado. La mirada de Aurore era dura y no permitía concesiones.

Sin saber si obraba bien o mal, Marc la acarició con delicadeza en un lateral del cuello y atrajo sus labios suave pero firmemente. La otra mano comenzó a navegar a lo largo de sus piernas.

Al poco, quedos gemidos volvieron a flotar por la estancia.

Cuando despertó, la brillante luz del sol entraba a raudales por las ventanas abiertas, acompañada por el gélido viento invernal. Era el día del Encuentro y, afuera, se escuchaban risas y conversaciones animadas que auguraban la celebración que tendría lugar más tarde. Esa noche, los amigos se reunían y celebraban que eran familia. No de sangre, pero sí por unos vínculos igual de fuertes, tal y como dijo Thomenn siglos atrás a sus Compañeros.

Con los ojos aún cerrados, Marc estiró un brazo. Ella ya no estaba allí, aunque la cama todavía conservaba su tibieza.

Al levantarse, se dio cuenta de lo cansado que estaba. Sentía las piernas débiles y al principio le costó hacer sus ejercicios de estiramiento.

Debían ser aproximadamente las once cuando, ya lavado y vestido con la ropa limpia que habían puesto a su disposición, salió de sus habitaciones.

Philippe no se encontraba en las suyas, ni tampoco Jean. Cuando bajaba hacia el patio, un paje le informó de que sus compañeros estaban acabando de desayunar.

Todos aplaudieron y vitorearon con alegría al verlo llegar, aunque sin perder la oportunidad de lanzarle también alguna pulla.

—¡Aquí viene nuestro perezoso capitán! —gritó Mathius con una sonrisa.

—¡Capitán de sábanas y almohadas! —respondió Julien *bajoancho*.

—¡Y comandante de las siestas y los descansos! —añadió Gaulton.

Marc se dirigió hacia la mesa con una sonrisa y algo ruborizado, pero sus compañeros estaban radiantes de felicidad y pronto siguieron hablando de las experiencias que habían vivido en las últimas horas. Todos charlaban animadamente de su valentía en combate, de las cómodas camas que habían puesto a su disposición o de la exquisita comida que tenían ante ellos. Harcher seguía comentando con todo aquel que quería escucharle la cantidad de mujeres jóvenes que había visto pero, cada vez que entraba alguna criada trayendo algo a la mesa, quedaba mudo.

Entre la algarabía, no obstante, destacaban las risotadas de Philippe, que hablaba y comía con idéntico denuedo. Este, al ver a Marc, le hizo hueco a su lado de un



empujón y lo abrazó con fuerza.

—Escúchame bien, no puedes levantarte de esta mesa sin probar las hogazas de pan tostado acompañadas de manteca roja —le dijo inmediatamente, con la boca llena—. La miel, el bizcocho y la fruta son más que decentes también, pero eso lo tenemos en el Monasterio a diario. Esos pastelillos de allí, en cambio, han sido un descubrimiento notable, así que date prisa antes de que el tragón de *bajoancho* termine con ellos.

Marc sonrió y se apresuró a cumplir los deberes impuestos.

—Melquior ha dicho que tenemos la mañana libre. No sabía que eso era posible, pero te aseguro que pienso aprovecharlo —dijo untando otra rebanada.

El pelo, cada vez más rojizo a medida que crecían, estaba revuelto y aplastado en algunas zonas. Marc se dio cuenta de que todos habían dormido hasta casi tan tarde como él.

Tal y como les habían dicho, tuvieron la mañana libre. Algunos dedicaron esas horas a pasear por el castillo, admirando la soberbia construcción y charlando tranquilamente con sus compañeros; otros trabaron rápidamente amistad con los soldados acuartelados, quienes les enseñaron varios juegos de tabas y un par de bebidas de las que los jóvenes nunca habían oído hablar. Los más audaces, sin embargo, trataron de poner en práctica ciertas enseñanzas de Ferdinand por primera vez. De estos últimos, solo Harcher fue visto acompañado de una sirvienta regordeta cuando entraban de la mano en una de las bodegas.

Cuando las campanas dieron las dos, siguiendo las indicaciones que habían recibido, se reunieron en el patio de armas y varios criados fueron a buscarlos.

El comedor a donde los llevaron era una amplia estancia muy iluminada a través de grandes ventanales. En el centro de la misma habían dispuesto unas enormes mesas que se hallaban repletas de los más exquisitos manjares para honrar a los visitantes.

El barón presidía la comida, con el resto de los adultos sentados a su lado, en la mesa transversal. Los aprendices se colocaron en los extremos opuestos de las dos que había a lo largo. No había más invitados a excepción de los guardias pretorianos, los consejeros principales, que se mantenían en un segundo plano, cerca de su señor, y los criados que atendían a los comensales.

En cuanto comenzaron a servir la comida, Philippe demostró su insaciable apetito, pese a que los demás comieron casi sin ganas, saciados por el copioso y tardío desayuno.

En la cabecera de la mesa, Ezéchil hablaba en voz baja con Melquior a su izquierda y Ferdinand a su derecha. Al lado de este último, en silencio, se hallaba Aurore, pálida y bella como la luna de la noche anterior. La mujer se llevaba, de vez en cuando, pequeños pedacitos de carne a la boca y miraba ensimismada el plato.

Marc giraba la cabeza con disimulo para que sus compañeros no lo notaran y sentía que algo se le removía por dentro cada vez que la miraba. La perfección de sus

rasgos lo encandilaba, pese a que sus ojos reflejaban un conocimiento profundo de cuestiones oscuras e inquietantes.

El joven no podía entender cómo los hombres la dejaban siempre de lado de ese modo, sin permitir que entrara en la conversación. Ferdinand, que siempre era exquisitamente cortés en su trato con ella, estaba ligeramente girado, dándole la espalda y protegiendo con su engalanado hombro el inaudible coloquio que mantenía con los otros dos. En el caso del barón, para Marc no cabía la menor duda de que sentía un temor evidente hacia ella. En cuanto a Melquior, no estaba seguro de qué pensar. Incluso para su aguda percepción resultaba un hombre extraño, lleno de misterio y falsedad.

Ligeramente contrariado por no recibir ni una sola mirada de Aurore, Marc continuó comiendo, sumido en su mutismo. Philippe, en cambio, haciendo gala de su buen humor e inquebrantable optimismo, charlaba a diestra y siniestra como si en ello le fuera la vida. Lo mismo se dirigía a sus compañeros que a los sirvientes o incluso a los guardias pretorianos que permanecían imperturbables ante sus preguntas. Su voz parecía un torrente de montaña que se precipitara hacia abajo, impetuoso e imparable.

Tiempo después, cuando la comida se dio por finalizada, volvieron a darles un buen rato de descanso y no fue hasta media tarde cuando los mandaron llamar.

Esta vez fueron dos de los pajes del barón los que se encargaron de llevarlos ante su señor, a la sala de audiencias del castillo de Vendemire.

A una indicación de Melquior formaron frente al trono y, al unísono, echaron una rodilla a tierra.

A su derecha, junto al entarimado, el sacerdote, Ferdinand y Aurore los observaban atentamente. Al lado del barón solo se encontraban sus tres consejeros principales y dos guardias pretorianos.

—Hoy es el día del Encuentro —dijo Ezéchil poniéndose en pie—. Hoy conmemoramos el momento en que Thomenn encontró a su último Compañero y los nombró familia suya a todos ellos. No ha de ser casualidad que sea precisamente esta la jornada en que nos encontremos aquí, amigos míos, para celebrar vuestra victoria. Me hubiera gustado organizar una gran fiesta en vuestro honor —dijo encogiéndose de hombros con sincero pesar—, pero, por recomendación de vuestros instructores, he limitado dicho acto. Quiero agradeceros lo que habéis hecho por mí y por mi pueblo. Sin vosotros, la situación podría haber acabado de forma bien distinta.

El barón bajó del entarimado y se puso a la altura de los chicos, haciéndoles un gesto para que se alzaran.

—Estos no son más que unos pequeños obsequios, pero espero que os sirvan para recordar la gratitud y la amistad del barón de La Flere. ¿Quién sabe si la próxima vez que nos veamos seré yo el que tenga que saludaros agachando la cabeza? —añadió con una risa alegre.

Los muchachos no sabían qué quería decir con eso, pero asintieron con agradecimiento.

El primer consejero se acercó entonces y puso en manos de su señor un bulto. El noble retiró el paño de lino que lo cubría y abrió una caja alargada que ofreció a Marc. Este sacó una espada cuya empuñadura, forrada de suave cuero, formaba una bella imitación de la silueta del Roble en el pomo. Los filos se veían finos como una brizna de hierba y la hoja había sido forjada con maestría.

Marc inclinó nuevamente la cabeza con respeto y esperó a que uno de los pajes le ajustara un cinturón con una vaina. En ella habían grabado el Símbolo, el escudo imperial y también el escudo de armas de la familia La Flere.

De este modo, todos recibieron un arma de manos del barón: Gaulton enfundó con orgullo un sable recto y a Jean le entregaron un cuchillo soberbiamente forjado que se unía a un brazalete por medio de un cordel. Mediante un mecanismo retráctil, el cuchillo siempre volvía a la mano de su propietario. Mathius recibió un soberbio arco cuya talla era, por sí sola, un pequeño tesoro. Philippe, por su parte, alzó sonriente un enorme martillo de guerra.

Tras estrecharles la mano a cada uno de ellos, Ezéchil se despidió de Melquior y Ferdinand y besó la mano de Aurore bajando la vista.

No hubo trompetas ni aplausos, pero los aprendices del Monasterio se marcharon de allí más queridos y con más reconocimiento que cualquier gran dignatario.

Aunque Marc se esforzó por ir a la cabeza de sus compañeros, Aurore no lo miró ni una sola vez durante el viaje de regreso. Tampoco le dedicó mayor atención que al resto durante las clases, ya en el Monasterio.

La rutina volvió y atrás quedaron, como los mejores que recordaban, esos días que estuvieron en el cercano castillo de Vendemire.

En ocasiones, Marc miraba la espada que le regaló Ezéchil de La Flere y sentía nostalgia de los aires de libertad que había respirado pero, aún más, de la tibieza de Aurore.

## V

En esencia, solo hay dos cosas que nos distinguen de Uruth y Ágarot en el combate: la falta de disciplina de que adolecen los primeros, y la valentía que desconocen los segundos.

—*Memorias del Cuarto Emperador, El Sabio.*

Tras cumplir los diecisiete años, los muchachos comenzaron a especializarse en las artes que mejor dominaban.

Todos siguieron practicando con la espada como arma básica, pero algunos se decantaron, como Philippe, por otras más grandes y destructivas.

Jean fue acentuando cada vez más su carácter reservado y esquivo. Era capaz de desaparecer en cualquier sombra para lanzar tres cuchillos con una sola mano antes de que su oponente parpadeara.

Gaulton hacía tiempo que no usaba un escudo y prefería, sin embargo, utilizar un arma ligera en la mano libre. En la diestra, siempre que podía empuñaba el sable que le había reglado el Señor de Vendemire.

Mathius se había decantado por las armas largas y manejaba la lanza con endiablada destreza. Era, sin embargo, igual de capaz con los arcos, hasta tal punto que pocos podían igualar su puntería en el Monasterio.

Marc, diestro en todas las disciplinas, desarrolló también sus propias preferencias. La espada larga era incuestionable, pero en el antebrazo izquierdo solía llevar ajustada una pequeña rodela que había afilado por los bordes y que le dejaba la mano libre. De este modo podía atacar, agarrar o defenderse.

Poco más podían enseñarles sus instructores. Incluso Ferdinand tuvo que reconocer que ganar o perder un combate frente a ellos era ya, prácticamente, solo cuestión de suerte.

Todos, acompañados siempre por Melquior, el Caballero y Aurore, realizaron una serie de viajes a las ciudades más importantes del Imperio, visitando las cuatro provincias. Aprendieron costumbres y conocieron lugares por los que, de seguro, tendrían que moverse más adelante. Por allí por donde pasaban, se les indicaron posadas y establecimientos en los que serían atendidos con discreción y lealtad.

También, disfrazados de mercaderes, recorrieron territorios cercanos de Uruth, aprendiendo de los enemigos y poniendo en práctica sus conocimientos de idiomas.

Durante aquel año tuvieron también otras dos misiones que abordaron todos juntos.

En la primera viajaron para perseguir a una banda de forajidos que se había acercado demasiado a Champs d'Or, la capital de Louisant. Pese a que los muchachos eran superados en número, se enfrentaron a ellos en campo abierto. Nada más empezar el combate Philippe redujo el cráneo del cabecilla a pulpa con tanta facilidad que tuvieron que lanzarse en persecución de los muchos que huían.

En la otra hubo más dificultades, pues se enfrentaron a una pequeña comunidad

de adoradores de Gillean que operaba en una villa de la provincia de Seléin. Tras varios días escondidos para averiguar quién era el líder, Jean se ocupó de silenciarlo y evitar que los hechizara. Una de sus pociones bastó para acabar con todos los que probaron la bebida que usaban en los ritos. En medio de la ceremonia, varios cuchillos se clavaron en la espalda de aquellos que montaban guardia. Los que todavía quedaban en pie cayeron ante la impetuosa acometida de los muchachos. No quedó ni uno con vida.

También les encomendaron misiones en solitario, otorgándoles por primera vez el don de la confianza. Ni uno solo osó despreciarlo.

Gaulton fue enviado de nuevo a Vendemire, donde investigó tenazmente hasta descubrir a un sacerdote que desviaba dinero de los impuestos hacia las arcas de un círculo ocultista. La sentencia por traición se consumó sobre dichas arcas y el resto de su grupo huyó en desbandada solo para ser cazados uno a uno poco después.

Philippe fue llevado junto a una expedición imperial para participar en una operación de castigo contra un poblado enemigo, muy cercano a la frontera con Ágarot.

—Las tropas de refuerzo enemigas llegaron justo cuando cargábamos contra las posiciones de la frontera —les contó después Philippe a los demás—. Hubo una terrible lucha que se prolongó durante mucho tiempo. Tendrías que haber estado allí, ¡fue muy divertido!

Los comandantes alabaron personalmente la fuerza del joven, que derribó a decenas de enemigos entre risotadas.

Jean fue llamado a la Catedral, la masiva construcción dedicada al Creador en Hÿnos, la capital del Imperio. Allí le enseñaron a preparar *Sombra de Muerte*, el veneno con el que consiguió regar la comida del barón de Lautwass, sospechoso de haber atentado contra los sagrados intereses del Embajador. Cuando murió súbitamente, semanas después, su apenado primogénito se apresuró a mejorar las relaciones que su padre había estropeado y ni siquiera llegó a sospechar.

A Mathius se le puso al mando de otros tres compañeros para perseguir a unos bandidos que habían robado un precioso Símbolo que estaba siendo transportado a Rock-Talhé. Los muchachos siguieron con gran pericia un rastro difuso que acabó por conducirlos hasta un pequeño pueblecito de la baronía de Trockhof. Allí consiguieron recabar la suficiente información para descubrir dónde habían sentado su guarida los forajidos. Los cuatro acabaron con más de una docena de hombres sin sufrir más que rasguños. Ellos mismos se encargaron de transportar el Roble hasta su destino.

Marc estuvo varios días persiguiendo al hijo del primer delegado de Pasevalle, la Capital de Seléin, que había sido acusado de violar y matar a una joven. Cuando lo encontró y el otro vio el Símbolo que le colgaba del cuello, su rostro quedó lívido y comenzó a balbucir.

—Te aseguro que cuando lo hice estaba totalmente borracho —gritó con voz

lastimera—. Aun así, no es culpa mía ¡maldita sea! Ella se me insinuó ¡Me provocó!

Marc le indicó que desmontara y arrojara su espada al suelo sin que en su rostro se pudiera adivinar ningún tipo de emoción.

El otro asintió y alzó las manos sin parar de formular excusas. Sin embargo, cuando parecía que iba a echar el pie a tierra tomó una pequeña ballesta de su silla y disparó.

Gracias a los reflejos de años de práctica, Marc tuvo tiempo de arrojarse tras el cuello de su animal, que se encabritó y salió desbocado solo para caer, no lejos de allí.

Tras aquello, el noble trató de escapar azuzando a su montura, pero Marc se lanzó sobre él, arma en mano, y lo hizo caer. Segundos después, esquivó una estocada, bloqueó un torpe mandoble y atravesó la garganta de su oponente. La sangre todavía estaba caliente cuando tomó el caballo del noble y se fue.

Pero, por encima de todas aquellas aventuras, todos recordarían de modo especial la primera batalla en que participaron juntos.

Un sol casi rojo se desdibujaba en el horizonte. La pesadez del desierto uruthiano se presentaba con toda su fuerza pese a estar ya avanzado el atardecer.

Los muchachos permanecían firmes dentro del pabellón del General Ricard mientras la plana mayor discutía la estrategia a seguir sobre un mapa desplegado en el centro. Las figurillas tenían diversos tamaños y colores y simbolizaban las distintas compañías.

A medida que los comandantes reunidos trataban de exponer estrategias brillantes para sorprender a sus adversarios, Melquior comenzaba a dar muestras de impaciencia. El fornido sacerdote iba de un lado para otro con evidente malhumor mientras trataba de aliviar sus sudores con un abanico y un pañuelo de fino algodón.

—Cuando las divisiones de infantería C y D carguen, la A y la B avanzarán para apoyar y relevar el frente —recitaba vehementemente un capitán.

Los jóvenes se fijaron en la coraza dorada que llevaba puesta. Un gran artesano había labrado una prominente musculatura en la delantera del peto. Las grebas y los brazales tenían también asombrosos diseños que mostraban las cabezas de rugientes leones. Su pelo, de un color rubio sospechosamente intenso, estaba rígido y formaba curiosos caracoles.

—La abuela de Melquior lo tumbaría de un salivazo —anunció Gaulton en voz baja.

—Eso si no se ahoga antes en su propio perfume de orín —contestó Philippe.

Los muchachos disimularon con dificultad una carcajada.

—Mi querido amigo —respondía en aquellos momentos otro—, las compañías de infantería pesada serían mucho más capaces de resistir el envite, especialmente si adoptan una formación en triple hilera con despliegue en dos bloques. Recordemos

las enseñanzas de la Academia Militar: «Hay que atacar al fuego con agua, al agua con...».

—¡Maldita sea! —bramó Melquior aporreando súbitamente la mesa. Las figurillas cayeron por doquier y se hizo un silencio sepulcral en la estancia—. ¡Son uruthianos! ¡No tienen estrategia! ¡No tienen plan de batalla! Tú —dijo señalando a Gaulton—, ven aquí. ¿Cómo atacarán los bárbaros?

Gaulton se adelantó y, tras frotarse distraídamente el parche, contestó con seguridad:

—Comenzarán a amontonarse en alguna elevación, seguramente ahí —dijo señalando un punto en el mapa que correspondía al frente del campamento imperial—. Poco a poco empezarán a gritar, a entonar sus himnos de batalla. Cuando lleguen al clímax, se lanzarán como carneros hacia nuestras posiciones.

Melquior asintió, satisfecho, y cruzó una mirada cómplice con el general Ricard. Con un gesto distraído de la mano le indicó a Gaulton que volviera a su lugar.

—Estos muchachos estudiaron la estrategia básica para enfrentarse a batallas como esta en su primera clase de teoría militar. Déjense de tantas estupideces academicistas y atajen el problema antes de que todos muramos de viejos.

Los capitanes que habían llevado la voz cantante hasta el momento enmudecieron y se retiraron un par de pasos, visiblemente avergonzados.

—Si me permiten —continuó el General Ricard con ironía—, expondré lo que haremos.

A ninguno de los jóvenes les pasó inadvertido que su mentor acababa de abofetear públicamente a algunos de los militares más importantes del Imperio sin que ninguno se atreviera a replicar.

Apenas había llegado el amanecer cuando comenzó todo. Los jóvenes permanecían en una colina cercana al frente, a lomos de poderosos caballos. Tras ellos, una compañía de cien lanceros montados esperaba el momento de seguirlos.

Un poco más adelante, Gaulton, Jean, Marc, Mathius y Philippe estaban tumbados en el suelo y oteaban el campo de batalla escondidos tras unos arbustos.

La escena era realmente estremecedora: decenas de tribus unidas bajo un mismo adalid habían enviado guerreros al combate. Ante ellos se encontraban no menos de cinco mil hombres, vociferantes y enardecidos, amontonados sobre una elevación del terreno. Sus cánticos se oían desde lejos y, para los que conocían su idioma, hablaban de sangre, violencia y gloria.

En el otro extremo, las ordenadas filas imperiales aguardaban.

—Las fuerzas están muy igualadas —comentó Gaulton.

—Ligeramente más numerosos los de Uruth —apostilló Jean.

—No tienen la más mínima oportunidad —contestó Marc.

—Los guerreros de Uruth son fuertes. Su vida es dura. Pero esto... —Philippe

negó con la cabeza.

—No tienen disciplina, ni estrategia. Es como Melquior dijo. No son más que perros —escupió Gaulton.

—Perros o no, su acero es bien real —comentó Mathius.

—Sea como sea, no nos confiemos —aconsejó Marc—. Una batalla es algo muy distinto a una reyerta en una calle o a la persecución de un fugitivo. No sería difícil separarse del grupo y morir, rodeado por el enemigo.

—Entonces mantengámonos unidos —dijo Philippe con una sonrisa mientras los abrazaba afablemente.

—Limitaos a cumplir las órdenes y no orinaros encima —contestó Gaulton, zafándose de él—. Todo irá bien si no os echáis a llorar.

—¡Mirad! —dijo entonces Mathius.

Justo en ese momento, los uruthianos cargaron. Casi al mismo tiempo, las compañías de arqueros imperiales se adelantaron y comenzaron a arrojar una auténtica nube de flechas sobre ellos.

Pese a las bajas, los bárbaros no aflojaron su marcha. La fama de su coraje era bien merecida. Mientras corrían hacia adelante, gritaban y lanzaban promesas al cielo.

Justo cuando llegaban a las líneas de infantería, los arqueros se echaron atrás ordenadamente y los lanceros de Quiles se adelantaron. En sus largas picas quedaron ensartados docenas de cuerpos antes de que también ellos volvieran atrás para desenfundar sus espadas cortas. La infantería pesada, preparada desde el principio, recibió entonces el principal impulso de la carga uruthiana.

El avance tenía tal fuerza que, poco a poco, comenzaron a perder terreno y sangre. Sin embargo, el adiestramiento los hizo aguantar hasta que sonaron las clarinas. En ese momento, tres compañías de jinetes se precipitaron desde distintas direcciones hacia los flancos del ejército bárbaro.

Ante la visión de casi quinientos caballeros cargando contra ellos, la moral comenzó a resentirse. Cuando las lanzas se quebraron contra la carne, los destrozos fueron tales que la batalla se rompió por completo. La determinación de los de Uruth acabó por ceder y la poca organización que presentaban falló. Aquel momento se convirtió para ellos en una lucha desesperada por la supervivencia.

En el flanco derecho, llegando por detrás de los lanceros, los jóvenes penetraron entre las fuerzas enemigas como una tromba de fuerza incontenible, acabando con los de Uruth del mismo modo que un campesino siega el trigo. Los jinetes, enardecidos por su valentía, los siguieron sin dudar.

En la punta del ataque, Philippe destacaba como una atalaya humana. Tenía un gran escudo redondo y una pesada hacha de doble hoja que se revolvía como si pesara menos que el aire. Muy cerca de él, Gaulton mataba con mecánica precisión, sin piedad ni asomo de duda. Su estoque punzaba y detenía ataques con la misma precisión, mientras el sable que le regalaran hacía tiempo se movía igual que una



guillotina implacable. Marc, un poco más atrás, atacaba, defendía a sus compañeros y gritaba órdenes a los jinetes que lo acompañaban. Su cabello rubio se agitaba mientras miraba a uno y otro lado, controlando continuamente la situación. Mathius, muy cerca de él, manejaba su lanza con una rapidez imposible, acabando con los enemigos antes de que llegaran hasta él.

Sin embargo, todo acabó en poco tiempo. Cuando los uruthianos abandonaron todo intento que no fuera el de huir, las cornetas imperiales comenzaron a tocar a retirada. Todavía hubo algunas persecuciones y no pocos disparos certeros con los arcos. Sin embargo, el combate había terminado y la batalla había sido un completo éxito.

Los muchachos se agruparon de nuevo y compartieron apretones de manos y gritos de triunfo. Al poco, el mismísimo general Ricard se unió a ellos. Su armadura, dorada y con un trabajo de labrado exquisito, estaba manchada no solo por el polvo. La espada que llevaba desenvainada también tenía restos de sangre.

—Permitamos que huyan. Que cuenten en sus mugrientas cabañas que la fuerza imperial no es algo que tomar a la ligera. El miedo que hoy hemos infundido en sus corazones será un arma tan fuerte como el acero que les ha golpeado. ¡Gloria al Creador! ¡Gloria al Emperador!

Todos gritaron con orgullo.

## VI

El Emperador y el Embajador son dos caras de una misma moneda, y dicha moneda la bendice el Altísimo para que se cuide y proteja a su pueblo. Por eso les debemos obediencia y lealtad.

—*El Código.*

Y llegó un buen día en que Melquior declaró que los jóvenes habían cumplido, todos a la vez, dieciocho años y que eran mayores de edad. Se fijó la celebración para la festividad de La Conquista, en que se conmemoraba la victoria del Tercer Emperador sobre el Rey Brujo de Seléin y la anexión de la última provincia. Por lo que sabían, en el exterior los niños se disfrazaban de magos con túnicas en las que sus madres cosían siluetas brillantes de lunas, estrellas y otros símbolos que se les ocurrían. Cuando sonaban las campanadas de las diez de la noche, se encendían multitud de antorchas y algunos de los mayores entraban disfrazados de soldados imperiales o sacerdotes y daban dulces y chucherías a los hechiceros que arrancaban sus símbolos arcanos. Evidentemente, todos los niños cambiaban gustosos los adornos por regalos.

Ellos celebraron la festividad de una manera distinta: se les convocó a una pomposa ceremonia, presidida por Melquior, que tuvo lugar en la capilla principal del Monasterio. Entre los presentes había otros religiosos que vestían ropajes similares, aunque no tan lujosos. Además, había varios militares de alta graduación, algunos nobles que no conocían y dos oscuros personajes tocados con un sombrero de ala ancha y cuya posición no quedaba demasiado clara.

Algo más atrás estaban también Aurore, el Capitán, Ferdinand y Burg. Estos dos últimos parecían mostrar una curiosa expresión de orgullo. El orondo tahliano, incluso parecía emocionarse en algunos momentos y se pasaba disimuladamente un pañuelo por los ojos. Solo Aurore y el Capitán permanecían impertérritos, como si nada de lo que sucedía a su alrededor tuviera que ver con ellos.

Tras el acto, los llevaron al salón que habitualmente habían utilizado como comedor. Allí tuvieron un momento de descanso que los muchachos utilizaron para hablar en voz baja con nerviosismo, algo apartados de los demás. Únicamente Philippe parecía inalterablemente jovial, charlando con uno, riendo con otro y, por supuesto, probando cuantas viandas y bebidas se encontraban sobre la mesa.

Finalmente, Melquior apareció en la sala acompañado de algunos de los desconocidos. Al momento se hizo el silencio.

—Por fin, tras años de preparación habéis llegado a este punto clave, fruto del esfuerzo de todos. Para algunos será el final de los días que habéis pasado entre estos muros. —Los muchachos abrieron mucho los ojos y dejaron a un lado las copas—. Para otros, en cambio, todavía queda un último tramo en vuestra preparación. La decisión es solo vuestra.

Sin saber a qué se refería, los jóvenes se miraron inquietos. Incluso Jean, que siempre parecía imperturbable, dio muestras visibles de nerviosismo.

Todos los presentes aguardaron respetuosamente a que Melquior continuara hablando.

—Hoy haréis una elección que marcará vuestra vida. Hoy decidiréis si seguís aquí u os marcháis para, en ambos casos, llevar la voluntad del Creador hasta donde se os ordene. —Con gran parsimonia, el poderoso Señor del Monasterio se acercó un poco más a ellos, que continuaban petrificados—. La decisión es simple: podéis elegir ser árbitros, en cuyo caso esta será vuestra última noche aquí. Viajaréis hasta Hÿnos para recibir de manos del mismísimo Emperador el bastón de arbitraje y se os enviará junto a un veterano que se encargará de instruiros. Pasado un tiempo, os será asignada vuestra jurisdicción. Tendréis hombres a vuestro cargo y os encargaréis de llevar la paz, la justicia y la voz del Emperador a vuestras tierras.

Los muchachos permanecían en silencio, abrumados por la magnitud de sus palabras. El planteamiento que se les mostraba, tras tantos años encerrados entre aquellas gruesas paredes, suponía un cambio difícilmente asimilable. Ninguno se atrevió a abrir la boca hasta que, por fin, Philippe preguntó:

—¿Cuál es la otra opción, Señor?

Melquior, al igual que el resto los presentes, se giró hacia él.

—La otra opción, querido Philippe, es convertirse en inquisidor.

La cena no tuvo aquella vez ni el bullicio ni la alegría que habían protagonizado otros momentos remarcables en la vida de los jóvenes. No hubo chanzas ni risas, como cuando disfrutaron de la hospitalidad del barón de La Flere.

Los adultos comieron en una parte del comedor, charlando quedamente, mientras en el otro extremo, los jóvenes apenas probaban bocado, sumidos en un mutismo casi absoluto.

Tras la cena, cuando los invitados se hubieron marchado, ellos quedaron allí, en la sala que los había visto crecer, mirándose unos a otros sin atreverse a abrir la boca. Comprendían que la camaradería de tantos años quizá no volvería a repetirse nunca. Pese a todo, habían sido unos para otros la única familia posible. Se habían consolado y apoyado en los momentos más duros. Cualquiera de ellos recordaba alguna ocasión en que unas manos infantiles habían puesto algún ungüento robado sobre marcas de latigazos. Eran demasiados años y, sobre todo, demasiada convivencia al límite como para asimilar la ruptura con facilidad. Ni siquiera Philippe hablaba, aunque en varias ocasiones abrió la boca sin llegar a decir nada.

Podían ser árbitros, había dicho Melquior. Pero la otra opción era quedarse en el Monasterio dos años más, aprender los conocimientos secretos que allí podían ofrecerles y convertirse en inquisidores.

Aunque todos lo habían sospechado en algún momento, ninguno supo hasta entonces cuál era realmente el objetivo de su preparación. Y, cuando por fin les había sido revelado, lejos de reportarles tranquilidad, el conocimiento solo hizo que se

sintieran aún más inquietos.

—¡Ya está bien! —exclamó Harcher de repente, para sorpresa de todos sus compañeros—. Hemos sido educados durante demasiados años para no saber lo que esto significa. ¿Dónde está el maldito dilema? Se nos da a elegir entre padecer dos años más aquí o vivir una vida de lujo y reconocimiento. ¿Qué demonios es lo que hay que pensar? —dijo dando un golpe encima de la mesa.

—Cazar brujas hasta la muerte. Perseguir adoradores de Gillean y luchar contra fuerzas más allá de la comprensión humana —musitó Julien—. Una vida de esfuerzo y soledad. ¿Es eso lo que se nos ofrece si no elegimos ser árbitros? Para mí la decisión es evidente.

La mayoría de los que tenía cerca parecían más que de acuerdo, pero algunos de los presentes no parecían verlo tan claro.

Tras unos instantes de incertidumbre, el primero en levantarse fue Marc, con los ojos brillantes y enrojecidos. Tras abrazar uno a uno a sus compañeros, sabiendo que aquella podía ser su única opción de despedida, se marchó hacia la oscuridad de la noche.

Sobre la torre más alta del Monasterio se dominaba un vasto espacio de bosque y de las verdes colinas de Louisant. Los caminos parecían serpientes gigantescas que se retorcían de acá para allá.

Hacía tiempo que los pasos de los jóvenes se hallaban únicamente restringidos en algunas zonas de la parte oriental del Monasterio, donde vivían aquellos monjes de hábito oscuro. Antaño, su sola visión habría bastado para helarles los huesos. En aquellos días, sin embargo, habían llegado incluso a cruzarse con alguno. En dichas ocasiones, los misteriosos personajes habían pasado de largo, sin gesto o comentario alguno.

Era cerca de aquellas zonas donde se encontraba la torre a la que Marc solía ir cuando necesitaba estar solo. La estructura estaba parcialmente derrumbada y el lamentable estado de los escalones hacía que solo alguien capaz de trepar a los tejados adyacentes y escalar por la engañosa pared pudiera llegar hasta arriba.

Con una asombrosa serenidad, Marc posó sus ojos de águila sobre un carromato oscuro que se acercaba. Estaba custodiado por la guardia del Monasterio, cuyos jinetes de negra armadura avanzaban con un vigoroso trote hacia las murallas.

Mientras contemplaba su avance, el joven intentó aprehender los vagos recuerdos de aquel día que él mismo bajó de aquel carromato. No lo había vuelto a ver desde entonces y no quiso ni imaginar los terribles momentos que les esperaban a los niños que seguramente iban dentro.

En cuanto a ellos, no entendía por qué les daban a elegir. Hasta donde se remontaban sus recuerdos no habían hecho otra cosa que obedecer. Siempre se les había guiado con mano férrea a través de conocimientos, destrezas y disciplina pero,

de repente, se dejaba en sus manos algo tan importante. Y, tanto si elegían una opción, como si optaban por la otra, deberían enfrentarse al mundo por sí mismos sin contar con sus compañeros.

—¿Podría ser un árbitro? —se preguntó Marc, encarando por fin la cuestión.

Sabía que en dicho puesto había que ejercer muchas veces con diplomacia y no estaba seguro de tener la suficiente paciencia para mediar entre conflictos territoriales o reconciliar a familias nobles enfrentadas. Marc no tenía dudas acerca de su capacidad para liderar a cuantos hombres debiera y cumplir con la parte más dura del trabajo, pero ser un personaje público era otra cuestión bien distinta.

Justo en ese momento, una voz sonó a su espalda.

—¿Has hecho ya tu elección?

Aurore se recortaba contra el oscuro cielo nublado. Llevaba una suave manta sobre los hombros y sus cabellos revoloteaban a su alrededor.

Solo entonces se apercibió Marc del fuerte viento que le azotaba la cara. Volviendo la vista de nuevo hacia las lejanas tierras, le respondió con voz neutra:

—No creo que tenga elección.

La respuesta pareció sorprender a la mujer, que se acercó para sentarse a su lado, dejando también que sus pies descalzos se balancearan en el vacío.

—Dicen que siempre hay elección, Marc.

Era la primera vez que alguien pronunciaba su nombre de ese modo desde hacía mucho tiempo.

—Apenas has hablado conmigo en años —replicó de pronto, sin dejar de mirar al frente—. ¿Por qué lo haces ahora?

La mujer quedó en silencio y sus labios se convirtieron en una fina línea apretada. Lo miró un unos ojos que echaban fuego y comenzó a levantarse.

—No, espera. —Marc la agarró del brazo en un gesto que sorprendió a ambos—. Por favor, quédate.

Ella se apartó, furibunda, pero tras titubear un instante, se volvió a sentar casi dándole la espalda.

—Lo siento —dijo el muchacho—, no tengo ningún derecho a hablar así a una profesora del Monasterio. Ni a recriminar tu ausencia. Cada uno tenemos nuestras obligaciones.

—Sin duda —apostilló la mujer.

A lo lejos sonó un trueno. La oscuridad de la lluvia se iba superponiendo a la de la noche poco a poco, pero se quedaron allí, disfrutando del olor a tierra mojada que se iba acercando.

—Todo esto es extraño —dijo Marc—. Hasta hace poco éramos niños. Ahora me doy cuenta de que las pruebas, los viajes y las misiones no eran más que un juego, porque sabíamos que, tras nosotros, estaban aquellos que nos supervisaban. Sin embargo, de repente, podemos elegir entre ser árbitros o inquisidores. Todo lo que siempre hemos anhelado es algo más de libertad pero, ahora que la tenemos, no

sabemos qué hacer con ella.

Aurore se giró un poco hacia él con una extraña expresión en el rostro que la hacía parecer mucho más mayor.

—A veces hay que tener cuidado con lo que se desea —susurró.

—En el fondo, comprendo la razón por la que nos dan la posibilidad de elegir —continuó él, mirándola de reojo—. Los inquisidores son agentes inquebrantables. Sus órdenes solo provienen del Emperador, del Embajador o de sus superiores en la Orden. Son fieles hasta donde puede serlo un hombre y más. Actúan con independencia y tienen un poder casi absoluto sobre las gentes. Es por eso por lo que, si decidimos pasar en el Monasterio dos años más, tiene que ser por nuestra propia voluntad.

En las palabras de Marc no había ni rastro de satisfacción, solo un regusto amargo.

—Y, ¿por qué no eliges la otra opción? —preguntó ella y en su voz pareció adivinarse un levísimo matiz de esperanza.

—Celebrar juicios en las plazas para regocijo y acallamiento de las gentes; ejercer una justicia lenta y espectacular que nos obligue a participar en fiestas y ceremonias. Vestir de gala y colgarnos medallas a cada paso —contestó con un bufido, mirando a lo lejos—. No, sé que no podría ser un árbitro; ni tampoco Philippe, Jean o Gaulton. ¿Crees realmente que podríamos ser unos amantes padres de familia? ¿Convertirnos en modelos para los demás, como han de serlo los árbitros? No soy tan obtuso, me he dado cuenta de que a nosotros nos han estimulado de un modo especial durante todos estos años. Han presionado sobre una u otra fibra para hacernos imposible esta elección. Jean sería incapaz de vivir una vida medianamente normal. Ama demasiado el acecho y la muerte. Esas son las enseñanzas que ha recibido. Han cambiado su sangre por veneno.

Aurore lo miraba ya sin disimulo, entre abrumada e inquieta por esa extraña capacidad de percepción que demostraba el joven.

—Philippe vive para combatir —prosiguió Marc—, es lo que mejor hace y lo que más le gusta. Y Gaulton tiene demasiadas ambiciones para ser solo un árbitro. Si lo dejaran, derrocaría al Emperador y conquistaría él solo Uruth y Ágarot. Y también las tierras de más allá, si es que existen.

—Y ¿qué hay de ti? —preguntó ella, inquieta.

Marc se giró y contempló su rostro, bañado cada vez más por una penumbra que parecía iluminarla a medida que oscurecía.

Allá abajo, la mayoría de sus compañeros salían por las puertas del Monasterio, rumbo a la más cercana aldea de la baronía de La Flere. Iban a emborracharse y a disfrutar de las bondades que pudieran comprar en algún burdel.

Todos ellos, en el transcurso de sus recientes viajes, habían disfrutado de los placeres profesionales. Melquior les daba en aquellas ocasiones bastante libertad y algo de dinero para que experimentaran. Y ellos aprovechaban para beber y probar

casi cualquier cosa que se les pusiera por delante. Marc sospechaba que el sacerdote no desaprobaba del todo aquel comportamiento. Al fin y al cabo, era un tipo de enseñanza útil en su formación que no podían obtener de otra manera. Además, ellos debían ser guerreros, no eunucos. El celibato siempre había sido propio de los sacerdotes, no de los encargados de administrar justicia.

Sin embargo, si bien Marc había gozado de la carne, en el momento más encumbrado de pasión siempre se le aparecía el recuerdo de aquella noche en que yació con Aurore.

—Si fuera un árbitro, llevaría a juicio al barón de La Flere —dijo al fin, con decisión—. Es indecente, impropio de alguien que dice defender las leyes y la fe de Thomenn solicitar la asistencia del Monasterio para rescatar a su amante cuando las vidas de un molinero y su familia no le importan lo más mínimo —añadió, satisfecho de haber sido capaz de decir todo aquello en voz alta delante de ella, de confesar unos pensamientos tan poco correctos.

A lo lejos resonaron las risotadas de Philippe.

—Me parece bien, pero no me has contestado ¿qué harás con los años que están por llegar? —preguntó ella de nuevo, con una mirada que dejaba claro que su idea no le había impresionado en absoluto.

—No sé qué decir —contestó él, sonriendo ligeramente a la mujer—, salvo que me gustaría saber cosas que tú sabes y no cuentas a nadie. Sobre diversos asuntos. Incluido yo mismo.

Ella enarcó una ceja y, poco a poco, sus labios se curvaron para compartir la sonrisa.

—Te has vuelto poderoso, Marc; más de lo que todos suponíamos. Quizá te conviertas algún día en un gran hombre. En un gran líder.

—Es gracioso que digas eso —comentó Marc.

—¿Por qué? —preguntó ella.

El viento los azotó en varias ráfagas antes de que el muchacho contestara:

—En el último viaje que hicimos, pasamos por un pequeño pueblecillo del norte de Selén. En sus afueras, reparé en la pequeña huerta que había tras una casa. —Marc tenía la mirada perdida mientras recordaba—. Los rosales en flor decoraban la cancela y los surcos estaban trazados con precisión en el reducido espacio. Allí, una joven observaba atentamente una tomatera. Sopesaba los frutos con tranquilidad y escogía algunos, colocándolos en una cesta de mimbre.

—Es, realmente, un relato lleno de emoción —comentó Aurore simulando un bostezo.

Marc sonrió.

—No lo entiendes. Yo habría podido ser feliz en aquel lugar, plantando y viendo crecer cosas en compañía de aquella joven.

—Nunca hubiera sospechado que el aprendiz de inquisidor tenía metas tan humildes —dijo ella, burlona—. Entonces, ¿qué harás cuando salgas de aquí? ¿Te

dedicarás, acaso, a sembrar trigo?

—No —contestó él, cortante. Se giró hacia otro lado y apretó los dientes—. Eso es ya imposible.

—¿Por qué? —preguntó ella con cautela ante el dolor que reflejaban sus palabras.

—Porque hasta yo sé que, una vez que la inocencia se pierde, es imposible recuperarla.

Aurore inspiró profundamente, pero no contestó.

El viento se iba volviendo más insistente. Algunas pequeñas gotas comenzaron a anunciar el chaparrón que se avecinaba. La luna estaba oculta y no se veía ni una sola estrella.

El aire del otoño era fresco en Louisant. Tras unos minutos allí sentados, la mujer comenzó a tiritar. Sin pensar lo que hacía, Marc la rodeó con el brazo. Al principio, ella hizo un amago para separarse, pero finalmente lo aceptó y se quedó a su lado.

—¿Cómo es posible que haya una bruja en medio de esta *escuela* de inquisidores? —preguntó Marc al poco.

—Ya te lo dije —contestó ella— ¿quién sino una bruja podría enseñarte a cazar brujas?

—No, me refería a cómo es posible que llegaras aquí. Percibo mucho poder en ti, Aurore. Me cuesta creer que vinieras por tu propia iniciativa, pero también que alguien pudiera haberte obligado.

La pregunta fue formulada con absoluta inocencia, pero Aurore no pudo evitar dar un respingo. Tras unos segundos en silencio comenzó a hablar.

—Un día, un inquisidor me encontró y me derrotó. No pude hacer nada pese a mi poder. Estaba sola y el hombre tenía una Voluntad muy fuerte. Me amordazó, cubrió mi rostro y me llevó ante la Orden con las manos anudadas a la espalda y el cabello atado a la cola de su montura.

Marc conocía los procedimientos pero, aun así, le produjo una gran impresión imaginarlos en las carnes de Aurore.

—Melquior me dio la oportunidad de retractarme y servir al Creador. Tras confesar, me torturaron para que me desprendiera de todo conocimiento impuro —continuó ella intentando que su voz no dejara traslucir la emoción que sentía. Marc la apretó con más fuerza—. Finalmente, el Señor del Monasterio me dio la absolución y pasé a servir a la Orden aquí, siendo vuestra profesora.

—A las brujas que se retractan, en caso de ser absueltas, se les impone una Penitencia Perpetua para que su alma pueda ganar la redención.

Ella asintió y, separándose un poco, sacó el roble plateado que colgaba de su cuello.

—Tú y yo somos de distinta naturaleza. Este Símbolo, tan parecido al que tú llevas, te resultaría totalmente anodino, pero a mí me produce dolor a cada instante.

Marc quedó consternado. Nunca había visto en aquella mujer la menor queja, pese a que aquel castigo era, sin duda, un suplicio exagerado.



—¿Por qué no te lo quitas?

—Yo no puedo quitarlo. Su poder impide que lo haga. Una vez lo intenté —dijo intentando sonreír—. Solo agarrarlo con ambas manos casi me hizo perder la consciencia. Al intentar que pasara por encima de la cabeza quedé sin aliento y caí al suelo. Nunca más he vuelto a probar.

Su mirada quedó prendida en la lejanía. Tras unos momentos preguntó:

—Sabes a dónde iban tus amigos ¿verdad? ¿Por qué no les has acompañado?

Marc se giró hacia sus ojos verdes, que lo escrutaban desde muy cerca.

—Desde que yacimos juntos, ninguna otra mujer ha ocupado mis sueños.

Ella compuso una mueca de fingido asombro, pero fue sorprendida realmente cuando Marc besó sus labios sin previo aviso. Hubo un momento de duda, pero después le correspondió y pareció sentirse dichosa junto a él.

—¿Cómo conseguiste subir hasta aquí? —preguntó entonces el joven.

Ella lo miró, desdeñosa, y se cruzó de brazos.

—Pero ¿con quién te piensas que estás hablando? ¡Soy una bruja poderosa aun entre las más poderosas! Las fuerzas de la naturaleza se pliegan ante mí. —El muchacho la miró, sin comprender—. Además, allí donde nací, todos escalábamos por diversión.

Marc soltó una carcajada y volvió a besarla. Poco después, la mujer bajaba agarrada a su espalda, que la transportó por cornisas y tejados directamente a su habitación.

Al entrar por la ventana, el gato de la mujer bufó, asustado, y se escondió, pero al escuchar la voz de su ama se acercó algo más calmado para olisquear al extraño.

—Es un animal muy bello —comenzó a decir Marc.

No pudo acabar la frase. Aurore lo arrojó sobre la cama y se abalanzó sobre él, besándolo hasta dejarlo sin aliento. En pocos segundos las ropas volaron y Marc se encontró con ella encima, poseyéndolo de la misma forma que la primera vez. El muchacho llevó las manos a las nalgas de la mujer, pero esta se las retiró con furia y le mordió en el hombro. Lo miraba con deseo y, tomándolo de las muñecas, impidió que la tocara mientras continuaba moviendo rítmicamente las caderas. Pero, sin previo aviso, Marc la agarró con fuerza y le dio la vuelta, colocándose sobre ella. Un grito de sorpresa escapó de la garganta de la mujer.

Al poco, un dolor que no era tal la hacía suspirar de placer.

Marc despertó sobresaltado varias horas después. Apenas había algo de claridad, pero sus agudizados instintos le hicieron incorporarse precipitadamente. Medio en sueños, había sentido una ominosa sensación y el recuerdo de un sonido metálico parecía resistirse a abandonar su consciencia.

—No puedo hacerlo, no puedo hacerlo, que Thomenn me perdone, no puedo hacerlo —susurró una voz—. No tiene maldad, no existe el mal en él.

Aurore estaba sentada a los pies de la cama, abrazándose a sí misma y, con la cabeza hundida en el pecho, musitaba palabras que Marc casi no podía entender. Cuando se acercó a ella comprobó que estaba llorando y se llevaba las manos al Símbolo, para luego retirarlas como si quemara.

—Aurore, ¿estás bien?

Ella inspiró profundamente y se giró hacia él.

—No, Marc, no estoy bien.

—¿Qué te perturba? —preguntó el joven, acercándose para abrazarla.

Ella rehuyó el contacto y se alejó un poco de la cama.

—No es nada que tú puedas arreglar, Marc. Ha sido un error traerte aquí.

El muchacho se levantó y se dirigió hacia ella. Lentamente, le apartó el cabello de la cara. Los ojos estaban rojos y las lágrimas rodaban por su cara. La firme seguridad de la mujer se hallaba quebrada por completo.

—No tengo derecho a preguntarte —dijo él—, pero sí hay algo que puedo hacer por ti.

Despacio, pero con determinación, Marc le quitó el Roble del cuello y lo cambió por el suyo. La mujer quedó petrificada, con la boca abierta, como un cuadro que refleja una fracción estática de algo en movimiento. Cerró los ojos y movió el cuello lentamente, como si descubriera una sensación olvidada. De nuevo, aunque por distinto motivo, las lágrimas acudieron a sus ojos.

Intentó articular una respuesta dos veces, pero le fue imposible. Finalmente, se abrazó con fuerza al muchacho y rompió a llorar. Marc la cogió en brazos para llevarla a la cama, donde la acunó con ternura entre sus brazos hasta que se durmió.

Cuando despertó, ella ya se había levantado. Estaba junto a la ventana y miraba a lo lejos, perdida en sus propios pensamientos. Marc se quedó contemplándola, admirado una vez más por su belleza. El sol entraba radiante por la ventana y se oía cómo los pajarillos cantaban con alegría.

—Ayer me hiciste un gran regalo —dijo ella de repente—. Ha sido la primera vez que he dormido plácidamente en años.

Volvió por fin la vista hacia él, para luego bajarla hacia el Roble que colgaba ahora de su cuello.

—No sé si Melquior se dará cuenta del cambio, pero me arriesgaré.

—No creo que merezcas la Penitencia Perpetua, Aurore. Eres buena y leal. Lo has demostrado largamente.

—Te sorprendería la cantidad de matices que hay todavía más allá de tu conocimiento —contestó ella con una sonrisa amarga—. Ojalá llegues a entenderlos cuando seas inquisidor.

—Tus palabras son —Marc buscó las palabras adecuadas— turbias.

—No hagas demasiado caso de ellas. Todavía me siento extraña por la ausencia

de dolor —dijo ella acariciándose el cuello—. Te lo agradezco una vez más, pero ahora tienes que irte.

Marc arqueó una ceja para luego levantarse también y acercarse hacia ella con una sonrisa.

—¿Tan fría será esta despedida que no me darás nada para recordarte?

—Vete —contestó ella, tajante—. No me obligues a echarte.

El muchacho quedó perplejo. La mujer lo miraba con un rostro inexpresivo y sus palabras no dejaban lugar a la más mínima concesión.

Furioso, sin entender ese cambio tan brusco de actitud, se volvió para recoger apresuradamente sus ropas. Su espalda y pecho estaban todavía marcados por las uñas de la mujer. Incluso la mano con que había tratado de ahogar sus gemidos había sido mordida hasta dejarle marcas. Sin embargo, lo que realmente le produjo un escalofrío fue ver la daga que yacía bajo la cama, parcialmente oculta por las mantas.

Horas más tarde, tras desayunar, Marc se vistió con las elegantes ropas que habían dejado en su habitación. Taciturno y silencioso, acudió junto a sus compañeros a la capilla del Monasterio.

Allí se celebró un sencillo acto presidido por Melquior en el que tomaron el agua y, después, unos dijeron que sí y otros que no. Aquellos que contestaron negativamente recibieron unos pergaminos que debían entregar a sus tutores. Para los ojos más avisados, no pasó desapercibido el hecho de que Melquior parecía tener ya preparados los documentos antes de que los muchachos se pronunciasen.

En todo caso, al acabar hubo muchos abrazos y enérgicos apretones de manos. Philippe alzó uno a uno a los compañeros que habrían de marcharse y lloró con lágrimas mezcla de tristeza y alegría. Se pronunciaron juramentos de amistad y no faltó tampoco quien miró a los que se quedaban con cierta envidia.

Aquellos que habían elegido ser árbitros se marcharon en seguida, con sinceras sonrisas de felicidad. Marc los envidió durante muchos años.

Cuando hubieron salido, Melquior se volvió hacia los cinco que quedaban y les dijo que estaba orgulloso de ellos. Besó sus frentes y les entregó una pequeña ballesta reluciente a cada uno junto a un estuche de virotes bendecidos.

—Y ahora, subid a la biblioteca —añadió con aspereza sin más ceremonia.

Así empezó la verdadera preparación de los futuros inquisidores.

## VII

—Marchaos, yo le asistiré en sus últimas horas —dijo Lám.

—¿Te quedarás con este hombre mientras la enfermedad se cobra su precio? —preguntó Thomenn y Lám asintió, solemnemente.

—Este es un buen alumno, pues sabe que el bien que siembra un solo hombre hace crecer frutos que alimentan a todo aquel que camina bajo el sol.

—*El Manual*, segundo capítulo.

Desde el momento en que los muchachos aceptaron convertirse en inquisidores y hasta que lo lograran, si es que tenían éxito, serían considerados árbitros casi a todos los efectos. Dormían en una cama digna de un barón y sus habitaciones eran espaciosas. Comían como si todos los días se celebrara algo en el Monasterio. Aquellos con quienes se cruzaban debían saludarlos con un respetuoso asentimiento de cabeza y, si en algún momento querían algo, no necesitaban más que chasquear los dedos para que apareciera a su lado un sirviente.

En añadidura a los compañeros que Marc había vaticinado que se quedarían, el último aprendiz de inquisidor fue Mathius, lo que le reportó una enorme alegría.

Era un joven sociable y bondadoso; divertido cuando hablaba con Philippe y sobrio y reflexivo si charlaba con Marc. Nada presagiaba que fuera a contestar con una negativa a la idea de ser árbitro, a juicio de todos.

De él admiraban su ingenio y su rapidez con las armas. Su constitución, delgada y atlética, no permitía adivinar la dureza de sus golpes. En el combate sacaba provecho de su gran agilidad y, en muchas ocasiones, la usaba para anular la mayor fortaleza de sus oponentes.

Su tez era evidentemente más bronceada que la de sus compañeros y, junto con un cabello especialmente indomable, hacía que su condición de mestizo uruthiano fuera evidente. Sin embargo, la mezcla lo había dotado de un gran atractivo de matices exóticos.

Cada uno a su modo había madurado en los últimos tiempos, también en lo físico. De hecho, la alimentación que recibían los jóvenes había hecho que terminaran por crecer con más fortaleza y salud de lo que era habitual en el exterior. No obstante, ni todas las comodidades y reconocimientos del mundo bastarían para compensar lo que tenían por delante.

En los largos meses que siguieron, Marc padeció más dolor que la suma de todo el que había sufrido antes. Durante ese período no hubo viajes ni misiones en el exterior. Tampoco simulacros ni nada que no fuera esencial para su formación como inquisidores. Había mucho que enseñar y solo dos años para hacerlo.

Recibieron la primera clase el mismo día que confirmaron su decisión. Un sacerdote que era poco más que pellejo y huesos se encargó de mostrarles los entresijos de *El Código* durante el tiempo que estuvieron en el Monasterio. El

inmenso volumen que regía la legalidad del Imperio había sido ya estudiado por los muchachos, pero aprendieron que sus normas podían interpretarse con ciertos matices según la coyuntura. Y ellos, como inquisidores, podrían tener que enfrentarse a situaciones en las que debieran someter la coyuntura a sus propósitos.

Practicaban regularmente tanto los idiomas como el conocimiento popular o cortesano. También siguieron recibiendo las enseñanzas del Capitán y de Burg. No obstante, en esta etapa de su formación, fueron otras las materias que atraparon realmente su interés.

Aunque la misión de Ferdinand como profesor había terminado, las clases con Aurore continuaron, si bien centradas en cuestiones que antes apenas habían tocado de soslayo. La mujer les enseñó a identificar señales donde otros solo verían una rama medio rota, un pajarillo muerto o una baldosa amarilla decorando un patio. A los cinco aprendices les habló sin tapujos de la naturaleza de las brujas, de su poder y de cómo ellos podían tratar de aprehender una parte del mismo. Con ella pasaron largas horas tratando de dominar lo que llamaba la «Voluntad».

Una y otra vez realizaban ejercicios en los que debían empujar una varilla de madera por el pupitre sin utilizar más medios que aquella fuerza interna que ninguno podía entender del todo. En otras ocasiones, uno de los muchachos soplabla sobre un pequeño braserillo y otro, situado frente a él, debía impedir que el humo llegara a rozarle.

Estas y otras prácticas iban encaminadas, según la bruja, a que los jóvenes aprendieran a utilizar de manera efectiva lo que antes solo había sido una curiosidad, un pequeño juego.

—Esta es una de las grandes diferencias que hay entre un inquisidor y un árbitro—repetía a menudo—. Ellos conocen vagamente la Voluntad. Pueden mostrarle una cierta resistencia, pero no utilizarla.

Marc intentó varias veces hablar con ella durante los infrecuentes descansos que les daban. Sin embargo, cuando lograba encontrarla, ella contestaba escuetamente o incluso con abierta hostilidad. De este modo, fue dejando de buscar una explicación a su comportamiento y trató de olvidar. Atendía en clase e ignoraba, cuando era posible, el dolor que le causaba su indiferencia y la soledad.

Sin embargo, lo peor de aquella nueva etapa en que se encontraban, sucedería una o hasta dos veces a la semana. Y no lo supieron hasta que aparecieron por primera vez.

La comida de ese día era realmente excepcional. Tan solo llevaban dos días de aprendizaje como inquisidores y todos coincidían en que habían tomado la decisión correcta. Las exigencias eran altas y tenían que trabajar duro pero, al menos, se los trataba con dignidad y les daban buenos alimentos y comodidades. Marc, Philippe y Gaulton charlaban animadamente en el comedor cuando sucedió por primera vez.

—¡Por el Roble que esta carne debe de estar entre las cinco mejores que he comido! —exclamó Philippe con la boca llena.

—Algún día una bruja te ofrecerá un asado y te someterá sin tener que usar la magia —le espetó Gaulton con sorna.

—Si es como la bruja que conocemos, me la comeré a ella también —rio el otro.

—Y todavía te quedarías con hambre —añadió Marc, disimulando su disgusto.

Sin previo aviso, una pequeña comitiva formada por aquellos oscuros sacerdotes que habían visto en algunas ocasiones, entró en el salón. Todos vestían un hábito similar y llevaban la capucha echada. Ninguno superaba con holgura el metro sesenta. Llevaban las manos metidas en las mangas y unas zapatillas de tela les cubrían los pies.

El que iba delante se paró a unos metros de ellos y alzó un índice para señalar a Philippe. La carne que se veía era de un blanco antinatural y presentaba unas feas marcas rojizas.

—Tú. Vienes con nosotros. —La voz que salió de la capucha era hueca, desagradable y tenía un acento que ninguno pudo reconocer.

Los muchachos quedaron petrificados. Nunca se había dado en el Monasterio una situación en la que el miedo hubiera calado hasta tan hondo en sus huesos. Incluso los pajarillos parecían haber enmudecido en el exterior. Sin embargo, Marc se adelantó hacia los recién llegados.

—¿Qué autoridad lo ordena? —preguntó con decisión.

Tras unos segundos, el cabecilla volvió a señalar a Philippe.

—Tú —repitió con un matiz imperioso.

—No desobedeceré una orden que me impongan entre estos muros —anunció Philippe apartando suavemente a Marc—, pero exijo saber quién la da, hombrecillo.

Hubo unos segundos de tenso silencio. Después, el encapuchado extendió hacia Marc la palma abierta. Hubo un sonido de succión y luego un golpe seco, como si el viento más potente fuera captado por el oído durante una fracción de segundo. Marc se precipitó hacia atrás hasta chocar con la pared que tenía a su espalda y quedó aturdido. A su derecha, Gaulton se puso en guardia y retrocedió. Algo más adelante, Philippe cogió una pesada silla con ambas manos para estrellarla contra el agresor. Sin embargo, esta se le destrozó en las manos ante el gesto de uno de los sacerdotes. Sin perder la inercia, el gigantón se abalanzó sobre el primero, atrapándolo entre sus brazos y arrojándose hacia la comitiva. Pero, para cuando aterrizaron, él ya estaba inconsciente y con una mueca de dolor en el rostro. El sacerdote que había hablado le retiró las manos de la cabeza y, entre todos, lo arrastraron sin mirar atrás.

Pronto quedó claro el propósito de todo aquello: una o dos veces a la semana, los sacerdotes oscuros se llevaban a uno de los muchachos por pasillos hasta aquel entonces desconocidos. Después, en una horrible estancia, lo torturaban hasta que

pedía a gritos la muerte. Pero lo hacían con una pericia tal que apenas dejaban marcas en sus cuerpos, ni mucho menos lesiones permanentes.

Melquior les explicó un día que aquello fortalecería su determinación y los entrenaría por si alguna vez tuvieran que afrontar un trance parecido.

—Podéis estar orgullosos —les dijo—. Los inquisidores son conocidos por tener un ánimo inquebrantable y una gran capacidad de sufrimiento. Además, debéis conocer bien el dolor, pues será un compañero fiel en el desempeño de vuestro trabajo.

Los muchachos veían el asunto de manera muy diferente, pero ninguno se atrevió a cuestionarlo ni a preguntar por la verdadera naturaleza de aquellos desconocidos.

El gimnasio fue abandonado y las cuestiones más físicas se trasladaron a los sótanos de un edificio en el que no habían entrado antes. Estaba en la sección oriental del Monasterio y, en su interior, escondía un foso cubierto de arena con varias secciones de gradas en la parte superior. La piedra con que estaban hechos los muros del círculo tenía marcas de golpes y, en muchos lugares, la sangre los había teñido de forma indeleble.

El primer día que los llevaron allí, fueron recibidos por los nuevos instructores.

Sus yelmos solo dejaban al descubierto los ojos y tenían un orgulloso penacho de color dorado. Llevaban una falda compuesta por tiras de cuero, como las que usaba la legión. En la parte de arriba, sin embargo, lucían un peto de metal en el que habían labrado el escudo del Emperador. La silueta de la espada también refulgía con el color del oro.

Los recién llegados les pidieron que practicasen entre ellos, turnándose por parejas, mientras los observaban. Cada pocos minutos, uno de los guerreros se adelantaba y detenía el combate para señalar fallos o deficiencias en la técnica de los aprendices.

Los muchachos no podían dar crédito a lo que oían, pues los conocimientos de aquellos hombres de rostro oculto parecían no tener fin. Más adelante, descubrieron que eran antiguos guardias pretorianos del Emperador, seleccionados entre los soldados más bravos de las legiones y acreditados como los más mortíferos de las cuatro provincias.

Pese a todo, la mayor parte del aprendizaje se produjo por el contacto con sus compañeros y otros elementos que no podían haber previsto.

El segundo día de esta nueva etapa, con Melquior presidiendo la escena, señalaron a Gaulton para que bajase al foso. El joven saltó con agilidad los tres metros de muro y uno de los pretorianos le lanzó un sable, su arma predilecta. Casi al mismo tiempo, una de las rejas del foso se abrió y tres bárbaros uruthianos fueron empujados hacia afuera. Llevaban por única vestimenta el típico calzón corto hecho de pieles, propio de sus tierras, y todos iban armados. El mismo instructor que había

lanzado el sable se adelantó hacia el borde de la grada y anunció con potente voz:

—Se acabaron los simulacros. Solo uno de vosotros puede salir vivo.

Casi al mismo tiempo, los de Uruth se pusieron en guardia. Claramente apercibidos de lo que se esperaba de ellos, avanzaron cautelosamente para rodear a su enemigo. Eran más altos que él y solo con los primeros amagos de las armas quedó claro que estas no les resultaban ajenas.

Súbitamente, uno de ellos se adelantó y lanzó un golpe con su maza que pasó muy cerca de la cabeza de Gaulton. Enseguida, la escena se convirtió en un frenesí difícil de seguir con los ojos. El joven esquivaba, bloqueaba y, saltaba de acá para allá huyendo de los aceros. Sin embargo, poco a poco, la superioridad física y numérica de los otros se fue imponiendo a la mayor destreza del aprendiz.

En medio de la vorágine, una poderosa patada le impactó en el pecho, haciendo que cayera hacia atrás.

Sus compañeros, con el alma en vilo, se levantaron de sus asientos como uno solo pero inmediatamente dos de los pretorianos se pusieron delante de ellos.

—Ni se os ocurra —dijeron.

Solo hizo falta que Melquior volviera la cabeza para que se sentaran de nuevo, mascullando maldiciones.

Abajo, Gaulton reculaba, esquivando como podía los golpes de sus enemigos. Se arrastró y rodó sobre la arena hasta que, de pronto, uno de ellos consiguió traspasar su guardia y le produjo un feo corte en la pierna.

Como si el tiempo se hubiera detenido, la mirada de Gaulton cambió al enfrentar directamente la muerte. Aquella herida le hizo comprender que la prueba a la que se enfrentaba no le haría digno de orgullo o elogios. Tampoco obtendría desdén o castigo. Era su misma supervivencia lo que estaba en juego.

En ese instante, la determinación volvió y el coraje que le había hecho merecedor de reconocimiento lo llenó de una rabia cegadora.

Tras ese momento de tiempo congelado, Gaulton se impulsó hacia adelante y arremetió, sorprendiendo a sus enemigos. Antes de que el primero pudiera bajar la vista, un potente revés le cercenó la pierna que tenía más adelantada.

El uruthiano cayó al suelo entre gritos, tiñendo la arena con su sangre.

Sin dar un momento de respiro a los otros, Gaulton se puso en pie y los acosó con una lluvia de golpes hasta que acabó con ellos. Más arriba, Melquior sacó uno de sus dulces con indiferencia y se lo introdujo delicadamente en la boca.

Aquella fue la primera vez que los futuros inquisidores lucharon directamente contra enemigos reales dentro del Monasterio. Desde ese día, practicaban entre ellos si había suerte o contra hombres y fieras de todos los confines si no la había. En ocasiones, se les dejaba elegir las armas. En otras, incluso, se les privaba de ellas. Al menos un par de veces al mes se tenían que enfrentar a pruebas especialmente duras que Melquior llamaba «Desafíos» y que supervisaba personalmente.



Aquella tarde, los jóvenes se hallaban en la cámara donde Aurore impartía sus lecciones. La bruja les había vendado los ojos y les acercaba a la nariz distintas hierbas que ellos debían reconocer solo con el olfato.

Sin duda, Jean destacaba sobre los demás en este campo, si bien era cierto que los usos que sugería para la mayoría de los componentes eran bastante más concretos de lo que trataba de mostrarles la mujer.

—Las bayas de esta planta pueden bloquear la absorción de un veneno no muy potente si tomáis rápidamente su esencia. Aconsejo llevarla siempre encima, pues os encontraréis frecuentemente con el uso de sustancias letales durante vuestras misiones.

—Si tenemos que cargar con todo lo que nos recomienda acabaremos por parecer sucios buhoneros —murmuró Gaulton a Mathius.

—Si mañana te ves en la necesidad de tener que usarla, puede que encuentres más sentido a mis consejos. Y si vuelves a hablar sin respeto te arrepentirás hoy.

La mirada de la bruja fue tan penetrante que amedrentó incluso al aguerrido joven, que no se explicaba como el oído de la mujer podía ser tan fino. Los demás se giraron hacia él, no sin cierta mofa pero, en medio de las burlas, Jean permanecía serio. Súbitamente, se dirigió a la mujer.

—Disculpadme, profesora, pero me gustaría preguntaros algo, aunque no está relacionado con las materias que estudiamos hoy.

Tras unos momentos, Aurore apartó la cajita en la que guardaba las muestras y se apoyó en el gran escritorio que presidía la estancia.

—¿Cuál es tu duda?

—Querría que nos contarais acerca de los sacerdotes que visten hábitos oscuros y que, periódicamente, nos dedican... su atención.

—Es cierto —apostilló Marc con astucia—. Nuestra preparación en los usos de la Voluntad parece no ser suficiente para alterar la facilidad con que nos obligan a acompañarlos.

La pregunta acaparó rápidamente la atención de los demás, que se giraron inquisitivamente hacia la bruja. No era frecuente que un alumno se tomara la libertad de preguntar a un profesor sobre algo ajeno a la clase. Sin embargo, el comentario de Marc lo había relacionado de manera directa con las enseñanzas de Aurore.

Casi imperceptiblemente incómoda por el asunto, la mujer se giró y caminó lentamente hasta las ventanas, donde terminó de correr las pesadas cortinas.

—Los sacerdotes oscuros —murmuró mientras se sentaba en su sillón—. No hablaré de ellos sino para decir que son, sin duda, aquellos que mejor dominan la Voluntad fuera del colectivo de las brujas.

—Sí, pero ¿a quién se deben? Sus métodos o su mera presencia parecen no seguir las enseñanzas de Thomenn —insistió Jean.

—Y no llevan ningún tipo de Símbolo o emblema —apuntó Mathius con suspicacia.

—Su orden se haya presente dentro de la Catedral —contestó ella, inflexible.

—Yo tengo otra pregunta, profesora —solicitó Gaulton—. Si bien ellos nos aportan una supuesta preparación, una resistencia al dolor como se nos dijo, parece que hay algo de desafío en el modo en que nos asaltan, una y otra vez, para conducirnos por la fuerza a sus dominios. ¿Cómo podemos defendernos de ellos?

Aurore apretó los dientes y sus labios dibujaron una apretada línea.

—Con la mera Voluntad —contestó.

—No creo que los trucos de juglares que practicamos en clase nos vayan a proteger de ellos —comentó discretamente Philippe, utilizando el lenguaje de signos que compartían.

—La próxima vez que vengan a por mí les amenazaré con hacer correr la varilla de madera por delante de ellos —susurró Gaulton como respuesta.

Súbitamente, Aurore se incorporó y alzó los puños. Hubo un fogonazo, su cabello se alborotó y un sonido demasiado grave para ser oído se sintió en el vientre de los presentes. Antes de que ninguno pudiera girar la cabeza, Gaulton se estrelló contra la pared del fondo con un feo ruido de cristales rotos.

—¡Estúpidos críos! ¡Inútiles parodias de virtud! Pensáis que estamos aquí por juego, que lo que antes llamabais magia y ahora Voluntad es una mera diversión. Lo más grande que posee el hombre, su único vínculo directo con el Creador y lo desdeñáis.

Con esas palabras Aurore se fue, hecha una furia y dando un portazo sin que llegara a tocar siquiera la puerta.

Los jóvenes quedaron boquiabiertos y tras unos momentos, comenzaron a mirarse con inquietud. En la parte de atrás, Gaulton se levantó dolorido.

El ambiente de la cámara se fue haciendo terriblemente incómodo. En medio del silencio, la incertidumbre los apretaba como el lazo de un trampero tahliano. Hasta las velas parecían oscilar con timidez. Pronto, los minutos comenzaron a pesar como si fueran semanas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó de repente Mathius, visiblemente nervioso.

Nadie supo qué contestar hasta que Philippe abrió la boca:

—¿Vamos a merendar?

Jean le dio un cachete en el cogote.

—No —contestó Marc—, el tiempo de la clase no ha terminado todavía.

—Es cierto —apostilló Jean—, no podemos marcharnos.

—Quizá debiéramos ir a disculparnos —propuso Philippe—, aunque no tengo muy claro si eso serviría de algo.

—Parece que esta vez tus gracias han logrado emponzoñarnos a todos —comentó Jean mirando a Gaulton.

—¡No te atrevas a hablarme así, alfeñique! —le espetó él alzando un índice—. Yo no tengo culpa más que de decir la verdad.

—¿Sí? Pues por una vez te podías haber guardado en el trasero esa lengua tan

aguda que tienes —le espetó el otro.

—A lo mejor debería arrancártela a ti y librar al Imperio de tus taimados susurros.

—¿Y cuantos de tus novios uruthianos te ayudarían?

Philippe y Mathius ya se dirigían a separarlos cuando, súbitamente, un carraspeo de Marc les hizo conscientes de que había alguien más en la sala.

Melquior estaba plantado junto al escritorio de Aurore y los miraba con una calma que no presagiaba nada bueno. Sus cabellos se hallaban desordenados y tenía manchas de grasa en la túnica.

Cuando los muchachos se sentaron con la mayor compostura que les fue posible, se dirigió con pasos tranquilos a la parte de atrás de la clase.

—Al parecer no solo no apreciáis los conocimientos que nuestra buena bruja se esfuerza en transmitir, sino que tampoco entendéis la actitud que se le supone a un inquisidor. No me esperaba un comportamiento tan poco adecuado.

Su voz sonó como si al terciopelo más suave le hubieran untado una generosa ración de veneno.

Los muchachos se mantenían sentados muy erguidos, sin atreverse a mirar hacia atrás. Sin embargo, oían sus pasos. Súbitamente se pararon al pisar la zona que había quedado cubierta de cristales. Se oyó cómo recogía algo del suelo.

—Por lo visto pensáis que el estudio de la Voluntad no reviste demasiado interés. Quizá sea momento de probar algunas líneas de pedagogía algo más explícitas.

Los jóvenes sabían, sin necesidad de explicación, que las palabras de Melquior solo podían presagiar algún terrible castigo. En medio del silencio, cada uno se imaginó las fatídicas consecuencias de sus actos. Consecuencias que, de seguro, pasarían por las manos de aquellos sacerdotes de apariencia tan tétrica. Casi esperaban que el Señor del Monasterio llamara a gritos a esos oscuros personajes en cualquier momento, pero las palabras no llegaban. De nuevo, el silencio se había apoderado de la cámara. Tras un lapso de tiempo que les pareció una eternidad, Philippe se atrevió a mirar hacia atrás de reojo.

—No está —susurró.

Los muchachos giraron rápidamente la cabeza.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Gaulton.

—La pregunta no es esa —respondió Jean—. ¿Cómo es posible que entrara sin que nos diéramos cuenta? —preguntó mirando a Marc.

—Cierto —recalcó Mathius—. ¿Y por dónde infiernos lo hizo?

—Por ningún lado —respondió Marc, frotándose la sien ante un incipiente dolor de cabeza—. De repente estaba al lado del escritorio, como si fuera un aparecido.

La reacción al incidente de la clase de Aurore no se hizo esperar, aunque tomó una forma que ninguno podía prever. No hubo ningún castigo; las visitas de los sacerdotes oscuros no aumentaron, ni en frecuencia ni en intensidad; no se les volvió a racionar

la comida; nadie cuestionó ninguno de sus recientes privilegios. En vez de eso, Melquior convocó un torneo entre los muchachos que tenía como fundamento los dos ejercicios que practicaban más frecuentemente con Aurore. A tal efecto, se instaló una elegante mesa en el centro de la arena. Mediante un sorteo, se determinaron los emparejamientos y el tipo de enfrentamiento de cada uno.

La primera fase comenzó con Jean sentado frente a Gaulton. En medio de ellos se colocó cuidadosamente una de las varillas de madera de Aurore. Al lado de cada uno, en los extremos de la mesa, pintaron unas líneas rojas hasta donde cada uno debía empujarla en el lado contrario.

Presidiendo el torneo estaba Melquior, acompañado por algunos sacerdotes y uno de aquellos que vestían hábitos oscuros. Repartidos entre las distintas secciones de gradas estaban los demás muchachos, los guardias pretorianos, algunos de sus profesores y, algo más apartada, Aurore.

Pese a la sobriedad de la enorme sala y el tenue murmullo que se oía entre los presentes, los jóvenes sentían una excitación más propia de los pocos días de fiesta que habían conocido. Los tres que miraban desde arriba comentaban entre susurros; mientras, los otros dos trataban de parecer tranquilos, pero sus nervios se traducían en la forma en que Jean movía rítmicamente una pierna y Gaulton carraspeaba una y otra vez sin darse cuenta. No obstante, en cuanto Melquior dio la señal, los dos jóvenes se acomodaron bien erguidos y apoyaron las manos a los lados de la mesa. Segundos después, uno de los pretorianos hizo sonar una pequeña campana plateada en cuanto el sacerdote así se lo indicó.

Inmediatamente, los muchachos centraron toda su atención en la varilla que tenían delante. Tal y como les había enseñado la bruja, trataron de vaciar su cabeza de todo pensamiento que no fuera el objeto que debían mover en la dirección que ellos deseaban. Sin embargo, esta vez contaban con la fuerza en contra que ejercía uno de sus compañeros.

Muy tímidamente al principio, la madera comenzó a temblar, como si las diminutas hojas de roble y filigranas que habían tallado en la superficie se agitaran.

El silencio se había impuesto ante el esfuerzo de los jóvenes, que tenían la mirada fija en la varilla que intentaban mover.

Melquior observaba, muy atento, en el palco superior, mientras se rascaba un lateral de la perilla. Los otros aprendices estaban centrados en sus compañeros, animándolos en silencio. Marc, sin embargo, no dejaba de mirar de soslayo hacia el sacerdote y, especialmente, al oscuro personaje que se sentaba a su lado. Cuando este, súbitamente, volvió la capucha en su dirección, Marc se giró con rapidez, disimulando que buscaba algo en un bolsillo.

Más abajo, Jean le llevaba ya más de un palmo de ventaja a Gaulton.

Ambos empezaban a mostrar signos de esfuerzo. El rostro del más robusto comenzaba a perlarse de sudor. Tenía el ceño fruncido y las manos ya no reposaban sobre la mesa, sino que estaban apretadas en forma de puños crispados.

Pese a todo, la contienda se iba decidiendo inexorablemente de parte del menudo Jean. La varilla de madera se hallaba en esos momentos a escasos centímetros de la línea roja pintada del lado de Gaulton, que apretaba los dientes y respiraba con fuerza.

De repente, Jean alzó la vista. Al sentirse observado, Gaulton elevó ligeramente la mirada para encontrarse con una sonrisa de burlona suficiencia, lo que le hizo perder los nervios e, inevitablemente, la concentración.

La varilla salió volando por su lado hasta rodar varios metros detrás de él y fue imposible que los allí congregados reprimieran al menos una contenida muestra de emoción.

Jean se levantó, con lentitud deliberada, y le dio la espalda a su compañero, rojo de furia y con su orgullo herido.

—Gana Jean —declaró uno de los pretorianos.

Y, de este modo, dio comienzo el torneo, que se prolongaría durante varios días.

Durante las siguientes jornadas, algunas de las clases se alteraron para celebrar las distintas fases del torneo. Regularmente, abandonaban la rutina para acudir a la arena, lo cual hacía hervir de emoción a los jóvenes.

Desde que había comenzado aquella prueba estaban constantemente pensando en ella. Se evitaban unos a otros para entrenar en secreto y trataban de urdir argucias con las que vencer a su próximo oponente. Parecía que la estrategia de Melquior había dado sus frutos, para entusiasmo de los aprendices. Aurore, en cambio, se mostraba taciturna y, cuando acudía a presenciar los enfrentamientos, se la notaba nerviosa e incluso más esquiva de lo habitual.

Para cuando acabó la primera ronda, todos habían competido contra cada uno de sus compañeros.

Gaulton demostró ser el menos diestro en aquellas lides, aunque ganó un emocionante enfrentamiento contra Mathius cuando trataban de empujar el humo del braserillo hacia su oponente. El exacerbado orgullo del primero hizo que, pese a las lágrimas que le rodaban por el rostro, congestionado y lleno de venas palpitantes, aguantara a fuerza de coraje. Con los dientes apretados, gruñendo por el esfuerzo y medio mareado, comenzó a ganar terreno a medida que el cansancio iba haciendo mella en Mathius. Al final, el mestizo uruthiano comenzó a toser descontroladamente y el humo lo sobrepasó, dando la victoria a Gaulton.

Mathius era, pese a todo, el más capaz de los cinco. Cuando se trataba de llevar la varilla hasta la línea roja, lograba contrarrestar los esfuerzos del contrario a base de empuje y pericia. Si la prueba se realizaba con el braserillo de por medio, era capaz de dominar el humo hasta conseguir colarlo por las defensas de su oponente o lanzárselo directamente a los ojos o la nariz. Salvo su enfrentamiento con Gaulton, ganó todos los demás. El más duro, sin duda, fue contra Marc, que aguantó la varilla

de madera en el límite durante casi cinco minutos.

Philippe era rudo y algo patoso en el manejo de la Voluntad, pero a veces daba la impresión de que parte de su poderío físico alentaba sus capacidades internas. O, quizá, al revés.

Le costaba dar continuidad al control sobre la varilla o el humo pero, en ocasiones, desarrollaba potentes arrebatos de energía que desequilibraban a sus oponentes. Así obtuvo sus dos únicas victorias: una fue contra Gaulton. La otra, contra un Jean desprevenido que estuvo a punto de caer al suelo cuando lo arrolló con una fortísima descarga.

Marc cerró la ronda enfrentándose a este último. Jean era hábil en el uso de la Voluntad y sus progresos se parecían a los movimientos que utilizaba en el combate: astutos, certeros y sucios la mayor parte del tiempo. Sin embargo, Marc los conocía bien y sabía que le faltaba fortaleza para resistir un hostigamiento continuado o potencia al toparse con una defensa bien plantada. En muchas ocasiones, los ataques de Jean eran meras fintas sin más intención que la de dejarle avanzar para ponerle una zancadilla después. Marc supo contrarrestar todo eso y actuar con prudencia ante los engaños. Al final, quedó patente que sus capacidades solo eran superadas por Mathius.

—Así pues, un inquisidor es, a la vez, ley y siervo de la ley —recitaba *el esqueleto*, como habían bautizado los jóvenes al delgadísimo sacerdote que les enseñaba el *Código*. Los pómulos le resaltaban bajo una piel que más parecía una fina capa de pergamino reseco—. Por este motivo, puede reclutar a cuantas personas necesite para enfrentar una amenaza. Sea o no conocida —remarcó, mirándolos con evidente condescendencia.

Los jóvenes fingían prestar atención con gran interés aunque, en realidad, tenían la mente más puesta en el torneo que en cualquier otra cosa. En cuanto el profesor se daba la vuelta para apuntar en la pizarra, cruzaban mensajes entre ellos.

—Perdí solo porque lograste distraerme —decía Gaulton sin emitir sonido alguno. Tenía una mueca feroz en la cara y no podía evitar enseñar los dientes.

Un poco más allá, Jean le leía los labios.

—Te gané porque eres un patoso afeminado —le respondió de la misma forma.

—Todo cargo público ha de mostrar respeto ante la aparición de una figura inquisitorial, pues es a la vez enviado del Embajador de lo más Sagrado y del mismísimo Emperador —continuaba, ajeno a todo, *el esqueleto*.

—Dice la verdad —corroboró Philippe— todos sabemos que te gusta ponerte faldas.

Marc tuvo que forzar al máximo su autocontrol para no reír.

La lección de aquel día era ya conocida por los jóvenes: se trataba de uno de los temas capitales para unos futuros inquisidores que habrían de lidiar tanto con las

amenazas más oscuras que con personalidades imperiales incapaces de razonar. O que pudieran llegar a suponer un peligro para el orden.

—Este respeto, según estipula *El Código*, se mostrará echando una rodilla a tierra e inclinando la cabeza. Sin embargo, en los siguientes casos suele obviarse por cortesía —continuaba el profesor—: barones, potentados, consejeros, delegados, rangos militares medios y altos y religiosos en general podrán evitar este gesto, siempre y cuando se muestren respetuosos y solícitos ante el inquisidor.

—No te enfades tanto, amigo —vocalizaba en esos momentos Philippe—. Por mí puedes quedarte con el premio del torneo, sea cual sea. Estoy harto de jueguitos mentales. Echo de menos los combates de verdad en la arena.

—Lo que realmente sucede es que eres un manazas sin cerebro —contestó Gaulton sentándose de tal modo que les diera la espalda a todos.

En ese momento Marc, pudo ver como Jean atraía la atención del pelirrojo y le comunicaba algo en el lenguaje de gestos que habían inventado tanto tiempo atrás.

Philippe hizo el signo de repetición y, poco después, volvió a pedir a Jean que confirmara de nuevo.

—La obligación de mostrar respeto puede utilizarse en un momento dado para apoyar vuestro Derecho de Llamada ante una amenaza, algo así como un recordatorio de vuestra autoridad.

Philippe se había quedado inmóvil. Súbitamente se le habían acabado las bromas. Sus ojos estaban brillantes y una honda emoción le iluminaba el rostro. En cuanto le fue posible, Marc le preguntó qué pasaba.

—Jean jura que vio llegar una jaula enorme tirada por cuatro caballos —anunció Philippe por gestos. Pese a utilizar el lenguaje de signos, era evidente su excitación—. Estaba cubierta por telas oscuras.

—¿Sabemos de qué se trata? —preguntó Marc con el mismo método.

—No importa la edad, ni si es hombre o mujer —continuó el sacerdote—, ni siquiera su posición. Ante el Derecho de Llamada que ejerce un inquisidor, todo ciudadano ha de responder. Analicemos esto con más profundidad.

—Creo que lo han traído por fin —gesticuló Philippe.

Marc encogió los hombros sin comprender.

—El troll —anunció el otro con una gran sonrisa.

La siguiente ronda, una vez eliminado Gaulton, comenzó con solo cuatro competidores y sirvió para dejar fuera a Philippe. Quizá porque era algo previsible, el muchacho se encogió de hombros y, en el fondo, se sintió feliz al poder dedicar más tiempo a los ejercicios de índole estrictamente física.

De este modo, la arena volvió a congregarse a un buen número de espectadores para ver cómo se desarrollaba el torneo antes de decidir quiénes se disputarían la victoria en la final.

La suerte dictaminó que comenzaran Jean y Marc utilizando el braserillo.

Melquior, situado en el lugar de honor, se incorporó para pronunciar unas palabras una vez que todo estuvo preparado. Llevaba una imponente túnica escarlata que resaltaba la anchura de sus hombros.

—Tres aprendices han llegado hasta este punto y todos debemos estar orgullosos de ellos, pues han demostrado coraje y destreza en el manejo de la Voluntad.

El sacerdote oscuro que lo acompañaba, los pretorianos, algunos sacerdotes, Aurore y, por supuesto, los compañeros, escuchaban con atención y miraban de reojo a los dos competidores que aguardaban más abajo, en el centro de la arena.

—Puedo deciros que habrá un merecido reconocimiento para todos los que han participado pero será, sin duda, especial para estos tres. ¡Empezad!

Marc y Jean se sentaron y apoyaron las manos sobre la mesa. El líder de los pretorianos se encargó de hacer sonar la campana en cuanto Melquior le dio la señal.

Casi al mismo tiempo, Jean lanzó un rápido ataque desplazando el humo del braserillo en una diagonal que flanqueara la figura del otro. No obstante, Marc estaba preparado para algún tipo de movimiento fugaz como ese y recogió el humo haciéndolo avanzar de nuevo hacia el centro.

Empezó, de ese modo, un juego en el que Jean trataba de sorprender a su oponente y Marc, una y otra vez, anulaba sus emboscadas y volvía a convertir la contienda en un tira y afloja controlado en el centro de la mesa.

Entre las gradas, Melquior tomaba un dulce tras otro de la pequeña bolsita que siempre llevaba a la cintura; mientras comía se rascaba un lateral de la cara, demasiado concentrado en el torneo como para darse cuenta de que comenzaba a enrojecer. Los sacerdotes y los pretorianos permanecían en silencio, muy atentos a los avances de los jóvenes. Aurore también los observaba, percibiendo con más claridad que ningún otro los flujos de energía que se movían. Los jóvenes miraban con emoción a sus compañeros y los animaban en silencio.

Cuando ya habían pasado cinco minutos, Jean comenzó a dar claras muestras de cansancio. El desgaste de sus audaces incursiones le empezaba a pasar factura. Sus ojos se movían con nerviosismo siguiendo la dirección del humo y las manos, extendidas sobre la mesa, se crispaban con cada nuevo esfuerzo. Marc mantenía la vista fija al frente y solo sus labios apretados traicionaban una pequeña muestra de tensión.

En un momento dado, cuando Jean se apresuraba a bloquear un creciente empuje por la izquierda, Marc cambió súbitamente la orientación y lanzó el humo en un decidido ataque. Sus manos se cerraron en sendos puños y su rostro comenzó a sonrojarse por el esfuerzo.

Jean, desbordado por completo ante la súbita fuerza de Marc, trató de recomponer su defensa para contrarrestar el cambio de dirección del ataque pero sus esfuerzos, aunque muy meritorios, no pudieron evitar que el humo lo sobrepasara.

Los espectadores dejaron salir el aire que habían contenido por la emoción y de



entre los compañeros que los observaban se escapó alguna pequeña exclamación ante la victoria.

Ajena a todo, la campana volvió a sonar y se declaró ganador a Marc sin más ceremonia. En las gradas, Melquior se dirigía en voz baja hacia el encapuchado que lo acompañaba. Aurore permanecía sumida en sus pensamientos, con la mirada baja.

La suerte, que había dictaminado quiénes serían los primeros que se enfrentaran, también había querido que el siguiente combate lo protagonizaran Mathius y Marc.

Este último, visiblemente más cansado y, de nuevo, con un cierto dolor de cabeza, ni siquiera salió de la arena en los minutos que les dieron de descanso hasta que comenzara el siguiente enfrentamiento.

Mathius bajó hasta la elegante mesa y se sentó enseguida, observando la varilla de madera que protagonizaría esta vez la pugna. Su elegante constitución estaba relajada y se lo veía tranquilo y concentrado.

Marc se mantuvo en cuclillas, apoyado contra la pared y con los ojos cerrados, tratando de recuperar fuerzas hasta que le indicaron que ocupara su asiento.

Sin embargo, en esos momentos, Melquior continuaba hablando animadamente con el sacerdote oscuro que lo acompañaba.

Los pretorianos se mantenían erguidos, con el orgulloso penacho coronando sus cascos, mientras esperaban la señal que haría sonar la campana. Los sacerdotes que se hallaban presentes murmuraban en voz baja e incluso Aurore lanzó alguna rápida mirada hacia donde se encontraba el Señor del Monasterio.

Tras unos minutos, que se hicieron moleestamente largos, Melquior gesticuló vagamente para dar por fin la orden de comenzar y el pretoriano encargado golpeó la campana.

Marc tomó el control de la varilla, mientras intentaba ignorar las molestias de su cabeza. Rápidamente, sintió cómo Mathius hacía contacto y comenzaba a presionar aquí y allá, evaluando su fortaleza.

Marc probó a empujar con decisión, a lo que Mathius respondió con un esfuerzo amortiguado que apenas le dejó avanzar unos centímetros antes de frenar su avance. Rápidamente, la situación se estabilizó de nuevo.

El mestizo, consciente de que Marc no aguantaría mucho tiempo debido al cansancio acumulado, empezó a hostigar la varilla con pequeñas punzadas de poder.

Pronto, fue evidente que Marc no podría mantenerla en el centro de la mesa más tiempo. Sus dientes estaban apretados y los ojos fijos en el trozo de madera. Algunas gotas de sudor comenzaron a aparecer en su frente.

En esos momentos, Mathius empujaba con decisión uno de los extremos de la varilla, haciendo que, poco a poco, esta girara hasta convertirse en una flecha que apuntaba hacia su contrincante.

Marc trataba de compensar dicho avance forzando el otro extremo pero, súbitamente, Mathius utilizó el esfuerzo de Marc para lograr que la varilla comenzara a dar vueltas y, antes de que pudiera reaccionar, aprovechó la fuerza centrífuga y

deslizó su presión para que saliera volando hasta chocar contra el pecho de Marc.

Mathius había obtenido fácilmente la victoria.

Marc saltó al siguiente tejado y la capilla quedó a la vista. Era modesta, antigua y achaparrada. En medio de las torres más altas y ampulosas del Monasterio, podría perfectamente pasar por la modesta iglesia de un pequeño pueblo de Quiles.

La piedra con que la habían construido mostraba toda una suerte de tonalidades, entre ocre y miel, dependiendo de cómo incidieran los rayos del sol o la caricia de la luna.

En el exterior, como era habitual, no se oía nada que no fuera el canto de los pájaros o el murmullo de los arbolillos cercanos, que se mecían ligeramente con la brisa del atardecer. Pero, cuando Marc accedió por el estrecho ventanuco, la música se hizo presente como si nunca hubiera dejado de sonar.

Dentro, Sebastien tocaba el órgano, encaramado sobre el pequeño balconcillo donde estaban los teclados.

La figura, pese a su edad, resultaba imponente. La poblada barba le escondía parte del rostro pero sus ojillos brillantes siempre resaltaban aun en la distancia.

El maestro organero se cernía sobre un manuscrito plagado de esa caligrafía delgada y nerviosa que Marc no podía descifrar. Las manos se movían con elegante precisión. De vez en cuando, se inclinaba hacia uno u otro lado para acceder a los registros más graves o agudos del pedalero.

La música que, en definitiva, era la dueña y protagonista de todo aquel espacio, rebullía, se agitaba y chocaba como si fuera un oleaje de magma. Incluso la luz, procedente de un atardecer casi extinto, dotaba a la capilla de un aura rojiza sobrecogedora.

Los tubos más graves del órgano rugían y conformaban cimientos sobre los que se construían acordes plenos que se derrumbaban casi antes de haber nacido. Los registros de trompetería clamaban a los cuatro vientos con fuerza.

Poco a poco, la tempestad fue aclarándose y, ante varios tirones de palancas, Sebastien logró que los timbres más dulces tomaran el relevo. Casi de manera imperceptible, se fue precipitando el final de la obra, que llegó con la misma suavidad que la caída de una pluma. Las sensaciones que quedaron flotando dentro de la capilla fueron de paz y esperanza.

—Parece que hoy no he conseguido conmover al aprendiz —comentó Sebastien tras unos segundos.

—¿Qué? Oh, no, maestro, vuestro arte ha sido soberbio, como siempre —respondió Marc saliendo de su ensoñación.

—Muchos lo dudarían, ante un rostro tan serio —comentó el otro.

El semblante de Marc era una máscara dura y concentrada. Las cejas estaban bajas; los ojos, entrecerrados; unas incipientes ojeras remarcaban la preocupación que

sentía.

—Es por el torneo, Maestro —dijo Marc.

—Ah, la competitividad, supongo —dijo Sebastien, haciendo alguna anotación en la partitura—. ¿Los resultados no marchan como desearías?

—No es eso. Las cosas van como era de esperar. —Marc se descolgó por la balconada para acercarse al maestro organero—. Mathius domina la disciplina más que cualquier otro, sin ninguna duda. Gaulton está al nivel de Philippe, pero es igual de impulsivo y diez veces más orgulloso. Jean es hábil y astuto. Tiene un buen manejo de la Voluntad pero no se encuentra cómodo en enfrentamientos directos.

—Y ¿qué hay de ti? —preguntó Sebastien como de pasada.

Marc se encogió de hombros.

—He llegado a la ronda final.

—Ah —contestó distraídamente el maestro—. ¿Ya no hacéis otra cosa que esa competición?

—Sí. Seguimos estudiando con Aurore, el Capitán, Burg y practicando los idiomas de Ágarot y Uruth. También el antiguo habla de Seléin. Y se nos continúa instruyendo en el manejo de *El Código*. Practicamos la lucha en la arena... —Marc iba a añadir algo más, pero calló.

—¿Cuánto tiempo lleváis ya preparándoos para ser inquisidores? —preguntó de nuevo Sebastien.

—Ya ha pasado un año y dos meses.

—Y, aun así, ¿estás tan preocupado por el resultado de este pequeño teatro?

—No. Sé que Mathius es superior a mí. Trataré de vencer, por supuesto, pero...

—Marc se acercó un poco más hasta apoyar la mano en la suave madera que rodeaba el banco del instrumentista—. Es que, últimamente, me encuentro incómodo cuando nos reunimos en la arena. Me duele la cabeza y percibo el ambiente enrarecido. Hay algo que me desconcierta y no sé qué es.

—Bueno, eso suele pasar cuando compones. Algo no encaja y no logras saber por qué —respondió Sebastien trazando una finísima línea para unir varios símbolos—. La pregunta que debes hacerte entonces es, sencillamente: ¿dónde encaja? Y ¿qué tiene de diferente ese pasaje con el que estás trabajando?

El hombre siguió añadiendo símbolos sobre las cuatro líneas que parecían constituir la pauta sobre la que se escribía la música. Sus palabras quedaron flotando unos segundos sobre ellos hasta que Marc logró hacerlas suyas.

—Lo cierto es que solo pasa cuando estamos en la arena. Al menos últimamente. Pero no logro ver más allá.

—Escucha esto. —Sebastien pulsó una tecla y un sonido claro envolvió la estancia—. Es uno de los registros del órgano. Uno que nos regala un timbre aflautado, suave. Pero observa lo que pasa si hago esto.

El maestro organero tiró de una palanca sin dejar de tocar la primera nota. Con la otra mano pulsó la misma tecla en un teclado superior. Inmediatamente, un sonido

potente y de una ligera estridencia se sumó al anterior.

—¿Puedes oír la flauta ahora?

Marc negó con la cabeza. Sebastien se giró hacia él y lo miró directamente a los ojos.

—Sin embargo, puedo asegurarte que sigue ahí.

Un momento después, dejó de tocar y se volvió hacia la partitura.

Marc quedó en silencio, con el ceño fruncido. Sus ojos iban, desde algún punto perdido frente a él, hasta la espalda del hombre. Pese a que debía de tener una edad muy avanzada, no daba en absoluto la apariencia de ser un anciano. El porte, la dignidad con que se mantenía en el asiento o anotaba algo en el manuscrito le distinguían como si, en realidad, fuera un rey entre hombres. Tras unos momentos, Marc acabó sacudiendo la cabeza y reconociendo:

—La verdad es que también estoy pensando en la última fase del torneo. Me gustaría ganar a Mathius; creo que puedo, aunque no sé cómo. Después de vencerme, y sin tomarse ningún descanso, fue capaz de derrotar a Jean en medio minuto.

—Bueno, hasta el más poderoso tiene debilidades —contestó Sebastien mojando otra vez la pluma en el tintero.

—No lo creo —replicó Marc—. Mathius es fuerte en el empuje y habilidoso en el manejo de la Voluntad.

—Es más poderoso que tú —afirmó el maestro organero.

—Sí.

—Y ¿él lo sabe?

—Claro que sí —contestó Marc—. Todos lo saben.

—Bien, ahí tienes sin duda una herramienta que podrías utilizar. —Marc se volvió hacia él con una mirada inquisitiva—. Bueno, ¿qué sé yo? ¿Qué podría llegar a enseñar este pobre monje a un futuro inquisidor?

—Respeto vuestra sabiduría al menos como la de los maestros del Monasterio. Probablemente más —añadió Marc con solemnidad.

Sebastien se aclaró la garganta y quedó unos instantes pensativo. Finalmente, todavía con dudas, se agachó y extrajo un pequeño librito de entre sus papeles.

—Creo que encontrarás esta lectura muy interesante —dijo acercándose.

—*La insidia de Ágarot* —leyó Marc—. Sé que es un escrito muy antiguo que narra en primera persona las maldades del enemigo. Un soldado de esos tiempos lo escribió antes de morir.

—Sí, sí. Veo que estás versado en la literatura más antigua. De todos modos, échale un vistazo y devuélvemelo pronto. —Sebastien se dio la vuelta para encararse con la partitura.

Marc lo miró y entrecerró los ojos.

—Maestro, disculpad otra pregunta. —El maestro organero resopló y se volvió de nuevo hacia el muchacho. En medio de la creciente penumbra, Marc permanecía ante él con una expresión de suspicacia—. ¿Cómo es posible que la música del órgano no

se oiga fuera de esta capilla?

El anciano le sostuvo la mirada durante unos instantes.

—Bueno, ¡déjame que guarde alguno de mis secretos! —contestó finalmente, volviéndose hacia los teclados.

Entonces, hizo un gesto con la cabeza y las velas se encendieron.

## VIII

Cuando el Tercer Emperador marchó realmente sobre Seléin, pronto se dio cuenta de que eran muchas las aberraciones que el Rey Brujo escondía tras sus fronteras.

Sin embargo, el mayor de los peligros era su crueldad.

—*El Manual*, Cuarto capítulo.

Para la ocasión, la arena se había llenado de un público ávido de ver el resultado del torneo. Había más sacerdotes que nunca, mezclados entre los guardias pretorianos. Uno estos era, de nuevo, el encargado de hacer sonar la campana.

Estaban también casi todos los profesores que los habían acompañado en el Monasterio, algunos de los cuales no veían desde hacía mucho tiempo.

Por supuesto, Melquior ocupaba el lugar de honor, aunque esta vez lo acompañaban, no solo el sombrío sacerdote, sino también el barón Ezéchil de La Flere, que mostraba una expresión grave y adusta. Su jovial atractivo parecía haber desaparecido casi por completo bajo el peso de la preocupación y unas ojeras muy pronunciadas.

Más abajo, en los lugares menos favorecidos, se encontraban sus antiguos entrenadores, siempre encapuchados. No lejos de ellos estaba Aurore, con varios huecos vacíos a su alrededor.

Un poco más allá, Philippe, Gaulton y Jean aguardaban con impaciencia. El primero estaba claramente nervioso. Se retorció las manos y no paraba de parlotear. Miraba a todos lados, pero apenas perdía de vista a los compañeros que aguardaban más abajo.

Jean, en cambio, permanecía serio y tranquilo. Parecía consciente de cuanto sucedía a su alrededor, pero mantenía la atención fija en la arena. La expresión de su rostro era totalmente opaca.

Gaulton, con los brazos cruzados y una mueca de cierto desdén, se concentraba en no mostrar lo mucho que le dolía haber sido derrotado tan pronto. Las miradas que dirigía a los dos finalistas destilaban envidia y rabia a partes iguales.

Marc y Mathius, de pie en el centro de la arena, se mantenían a ambos lados de la mesa, erguidos y con las manos enlazadas a la espalda.

Quizá en consideración al noble que los acompañaba, se había adornado modestamente la arena con telas verdes y doradas. Justo encima del palco, además, se fijó una bella imagen de la Hoja de Roble.

—Hemos llegado a la parte final de esta competición —anunció Melquior, levantándose por fin. Al instante, todos los murmullos cesaron—. Y, para culminarla, el barón de La Flere nos honra con su presencia.

Ezéchil hizo un breve asentimiento con la cabeza. Cuando volvió a bajar la vista, sus ojos se cruzaron con los de Marc. Lo que el muchacho percibió en ellos no le gustó en absoluto.

—Habéis competido bien y con gran esfuerzo —continuó Melquior—. Estoy orgulloso de que este elemento tan importante de vuestra formación haya suscitado al fin la atención que merece. —Los cinco aprendices se removieron, casi imperceptiblemente, ante el recordatorio de lo que había sucedido durante la clase de Aurore—. Habéis mejorado de forma notable vuestro dominio de la Voluntad, pero os prevengo: el aprendizaje sobre la misma todavía no ha acabado.

Melquior dejó unos segundos en suspenso y, después, proclamó con voz clara.

—Y, ahora, ¡que se decida quién es el vencedor!

Los dos protagonistas de la liza se sentaron y apoyaron las manos sobre la mesa.

—Suerte, amigo —dijo Mathius con una sonrisa franca.

—Voy a necesitar más que eso —respondió Marc con humildad.

Ambos sabían, pese a todo, que una vez que comenzara la pugna, no habría el más mínimo resquicio para la piedad. En sus ojos solo se veía decisión y hambre de victoria.

Entre ellos, la varilla de madera marcaba el centro exacto de la mesa. Entonces, ante el gesto de Melquior, un pretoriano hizo sonar la campana e inmediatamente ambos lanzaron sus sentidos hacia adelante.

Marc probó a enviar un súbito impulso por un lateral, que fue contrarrestado sin esfuerzos por su compañero. Mathius le tanteó del mismo modo, demostrando un contacto fuerte y seguro.

Casi antes de que se dieran cuenta, habían aumentado notablemente la intensidad con que empujaban y recogían la varilla. Pronto, el rostro de ambos comenzó a tomar cierto color y fue haciéndose más y más evidente la fuerza que se estaba desarrollando entre ellos.

La varilla, sin embargo, cada vez se encontraba más lejos de Mathius que, centímetro a centímetro, iba ganando distancia.

Marc cerró los puños con fuerza cuando comprendió que su oponente había abandonado toda floritura. Ya no intentaba hacer girar la varilla utilizando la fuerza contraria, ni presionaba allá donde notaba un flujo menor de resistencia. Mathius estaba mandando un empuje continuado al que acompañaba con breves descargas de fuerza aquí y allá, que hacían avanzar poco a poco la madera. Era innegable que habían aprendido mucho el uno del otro en sus anteriores enfrentamientos y el mestizo de Uruth sabía que su fuerza y resistencia eran mayores. Al final, el agotamiento o la inferior capacidad de Marc le darían la victoria.

En las gradas, Philippe agarraba tan fuerte la barandilla que sus nudillos estaban blancos. Su rostro, siempre expresivo, reflejaba una tremenda angustia y no paraba de vocalizar mudas palabras de ánimo hacia Marc.

Jean mantenía la mirada fija en los dos y trataba de percibir los flujos de fuerza que se desarrollaban entre ellos. A su lado, Gaulton seguía con los brazos cruzados pero, pese a la mueca de desprecio que le adornaba el rostro, estaba tan nervioso como la mayoría. Seguramente más por no ser reconocido con los premios que

aguardarían a los primeros que por lo que sucedía más abajo.

El barón Ezéchil de La Flere cruzaba de vez en cuando quedas palabras con Melquior, que no paraba de devorar, uno tras otro, los dulces de su bolsita. En su concentración por la lucha, el fornido Señor del Monasterio no se daba cuenta de que tenía la cuidada perilla manchada y restos de comida sobre la túnica.

Aurore, siempre a cierta distancia del resto, mostraba un interés sensiblemente mayor por el discurrir de la competición que en ocasiones anteriores. Tenía los brazos apoyados en el regazo y sus ojos miraban fijamente hacia los dos jóvenes. No obstante, alguien situado en una perspectiva similar, se habría dado cuenta de que el objeto de su atención era, preferentemente, el muchacho rubio que comenzaba a respirar de manera agitada. Esa persona incluso podría haber llegado a notar que un ligero rictus de extrañeza iba apareciendo en su rostro.

Abajo, en medio de la arena, cada vez iba siendo más evidente que Marc se encaminaba inexorablemente a la derrota. Sus puños estaban apretados. El rostro comenzaba a brillar por el sudor y se veía congestionado. En los ojos, fijos ya únicamente en la vara, se leía una expresión de angustioso esfuerzo.

Mathius, por el contrario, permanecía tranquilo. Para aquellos que podían sentir las oleadas de empuje que desarrollaba era evidente que se estaba esforzando al máximo. Sin embargo, pese a que respiraba con rapidez, su cuerpo se hallaba mucho más relajado que el de su oponente.

Marc todavía trató de devolver hacia adelante el trozo de madera un par de veces, pero sus intentos fueron fútiles. Mathius le permitió recuperar apenas unos centímetros antes de avanzar todavía con más fuerza.

El último de estos asaltos llevó la varilla tan cerca de la línea roja que, cuando recibió uno de los frecuentes impulsos de Mathius, se giró parcialmente. El extremo inferior quedó fuera.

Desesperado, Marc se ancló a algún punto de la parte superior como un hombre que se agarrara a una cuerda para no caer al vacío. El otro, viendo muy cercana su victoria, apretó los dientes y elevó el empuje al máximo. Marc soportó el envite sintiendo que parte del esfuerzo se transformaba en un dolor muy real.

En las gradas, todos los presentes habían quedado mudos. Incluso Melquior había detenido su mano, a punto de tomar otro dulce.

Hasta para el más desconocedor de esos temas, era evidente que el rostro de profunda agonía del muchacho de cabello rubio describía un sufrimiento que estaba cercano al colapso.

Marc soportaba la varilla con los párpados apretados, sintiendo, más que viendo, cómo casi de manera imperceptible iba avanzando para sobrepasar la línea roja.

Frente a él, Mathius estaba dando todo lo que tenía. Ante la evidencia de su superioridad, sabía que solo debía agotar la férrea resistencia de su compañero.

Sin embargo, lo que parecía imposible, sucedió.

En medio de un creciente grito desgarrado, Marc abrió los brazos y su mirada se



clavó en los ojos de Mathius.

La varilla avanzó, ante la incrédula mirada del otro, como si pasara por la mesa. Atravesó las oleadas de energía como si fuera un ariete, lento e imparable. Apenas frenó un poco antes de sobrepasar limpiamente el borde contrario de la mesa y caer al suelo.

Marc tomó y exhaló aire una última vez antes de derrumbarse entre vítores.

El día comenzó con normalidad. Se asearon, desayunaron y acudieron a la primera clase de la mañana con *el esqueleto*, pero los muchachos estaban llenos de excitación. Melquior había anunciado, tras la victoria de Marc, que en tres días se celebraría la entrega de premios, lo que los mantenía muy nerviosos.

El primer gesto distinto fue el abrazo de oso que dio Philippe a Marc. El pelirrojo cogió a su compañero y lo levantó, zarandeándolo con efusión.

—¡Es increíble! ¡Por los clavos de Thomenn, todavía no puedo creerme lo que hiciste ayer!

Sin parar de hablar, dejó que Jean se acercara para felicitarle escuetamente. Incluso Gaulton le dio una palmadita en la espalda pero, cuando Mathius se le acercó, los demás guardaron silencio.

—Enhorabuena, Marc —dijo tendiéndole la mano.

—Gracias, Mathius —contestó él estrechándose.

Sonrieron con franqueza y se fundieron en un sincero abrazo.

—Oh, bueno, quizá debiéramos dejarles solos —comentó Gaulton, irritado, mientras se encaminaban a desayunar.

—Tienes que decirme cómo lo hiciste —dijo Mathius sin hacer caso—. Todavía me parece imposible que vencieras.

—Es cierto, rubito, nos tienes en ascuas —apostilló Gaulton—. ¿Cómo diablos lo conseguiste?

—¿Es cierto que Jean te dio una poción que aumentó tus fuerzas? —preguntó inocentemente Philippe.

—Por el amor de Thomenn —bufó el más delgado—. Eso fue solo una broma, idiota.

Todos estallaron en risas e incluso el pelirrojo, con cierto rubor en las mejillas, se sumó de buena gana a la alegría de sus compañeros.

—No hizo nada que no hubiéramos trabajado en clase ¿no es cierto? —preguntó Aurore.

La bruja había aparecido súbitamente por un paseo arbolado cercano al comedor, sorprendiéndolos. Los muchachos se enderezaron rápidamente y la expresión de sus rostros adquirió al instante la acostumbrada seriedad.

Eran muy poco frecuentes las ocasiones en que la mujer se dejaba ver tan temprano. Tenía ojeras y parecía incluso más pálida de lo habitual. Allí, bajo el sol de

la mañana, se hacía evidente que había perdido peso en los últimos días.

—Creo que sí —contestó Marc a su pregunta.

—Vuestro compañero solo recordó algunas cuestiones que ya habíamos señalado. —Aurore alzó el dedo índice—. La Voluntad se maneja con más dificultad cuanto más lejos está nuestro objetivo; la Voluntad se puede acumular ligeramente para utilizar una mayor intensidad momentánea; como todo esfuerzo físico, si lo llevamos al extremo, podemos pagarlo con la propia salud.

Cuando acabó de hablar, tenía tres dedos levantados.

Los jóvenes quedaron mudos, pues las palabras de la bruja eran las mismas que habían oído anteriormente en sus clases y a las que no habían prestado demasiada importancia.

—Venid a verme después de vuestra clase con *el Esqueleto* —añadió antes de dar la vuelta y marcharse.

—¿Cómo demonios sabe que lo llamamos así? —preguntó Philippe antes de ver que sus compañeros tenían la misma mirada incrédula que él.

Los cinco se quedaron allí unos momentos, reflexionando sobre sus palabras, antes de dar la vuelta y encaminarse lentamente al comedor.

—Hice el ridículo —dijo Mathius—. Si hubiera prestado atención en las clases podría haber ganado.

—Claro que sí —dijo Gaulton—, y yo.

—Se refiere al torneo —contestó Philippe, burlón—, no a la clase de costura.

Gaulton le dio un puñetazo en el hombro y los cinco volvieron a reír.

—Creo que está enfadada —comentó Jean tras unos momentos.

Marc no dijo nada, pero sospechaba que no era enfado lo que notaban en la bruja.

Durante tres días todo continuó con normalidad. Incluso los sacerdotes oscuros, que habían respetado la última parte del torneo, volvieron a asaltarlos uno a uno para conducirlos a sus cámaras.

No hubo ningún tipo de repercusión aparente ante el resultado de la competición; ninguno de los profesores mencionó absolutamente nada. Sin embargo, había dos cuestiones que parecían ciertamente diferentes.

Una era la distante presencia del barón Ezéchil de La Flere, a quien habían visto en varias ocasiones, paseando en compañía del Señor del Monasterio.

—¿No os da la impresión de que está muy cambiado? —había dicho Philippe—. Cuando acudimos a su llamada para liberar a los rehenes era un hombre alegre y enérgico, pero ahora parece estar sumamente preocupado.

—Yo lo he visto alzar los puños, como si maldijera —apuntó Jean.

—Pues si han raptado de nuevo a su concubina, iré yo mismo a rescatarla y la dejaré en medio de los Desiertos Prohibidos —dijo Gaulton, zanjando la cuestión.

Y, en segundo lugar, estaban las clases de Aurore.

La bruja se mostraba ansiosa y actuaba de manera apresurada, contagiándoles cierto nerviosismo durante las clases.

Siguieron practicando los anteriores ejercicios y recuperaron algunos de los más antiguos pero también les enseñó otros que eran totalmente desconocidos. En todo momento, Aurore evitó hablar de cualquier cosa que estuviera fuera de su área de enseñanza y les exigió un enorme esfuerzo.

Marc, habituado como estaba a su lejanía, no dejaba de preguntarse cuál sería la razón. Estaba casi seguro de que nadie la conocía mejor entre aquellas murallas. Quizá por eso su actitud le generaba un gran desasosiego.

Por fin, tres días más tarde, llegó el momento de celebrar la entrega de premios.

Era por la mañana. El sol lucía radiante en un límpido cielo azul apenas salpicado por alguna nube de apariencia algodonosa.

Los muchachos se enfrentaban a un supuesto legal realmente enrevesado con *el esqueleto* cuando los guardias pretorianos entraron en la sala. El flacucho sacerdote hizo un gesto de asentimiento y dejó la tiza que sostenía.

—Seguiremos hablando de ello —dijo despidiendo a los muchachos.

Los escoltaron con gran solemnidad hasta llevarlos de nuevo a la arena, donde estaban Melquior, Ezéchil de La Flere y el sacerdote oscuro que en los últimos tiempos acompañaba casi siempre al Señor del Monasterio.

Dos guardias hicieron bajar a Marc hasta situarlo en medio de la arena. Los otros aprendices se sentaron en la sección inferior de las gradas. Entonces, Melquior se levantó.

—Marc, aprendiz de inquisidor —dijo con voz alta y clara—, has triunfado en el torneo que celebramos entre estas sagradas paredes hace tan solo unos días. Sin duda, la victoria se logró con gran esfuerzo y entrega y, por tanto, en reconocimiento a la misma, se te otorga el primer premio.

Inmediatamente los portones de la arena se abrieron y las sombras dieron paso a uno de los sacerdotes oscuros, que portaba sobre una bandeja cubierta de terciopelo la espada y la rodela de Marc.

El muchacho tomó las armas sin comprender, tratando de acercarse lo menos posible a las blanquecinas manos que se las ofrecían. Entonces, para sorpresa de los compañeros, Ezéchil se levantó y tomó la palabra.

—Hace ya mucho tiempo yo mismo te regalé esa espada.

El hombre tenía las ojeras muy pronunciadas; su rostro mostraba una mezcla de dolor y rabia contenida que afeaba sus facciones.

—Hoy se te da la oportunidad de que limpies el nombre del Imperio mismo. Te regalo lo que, por derecho, me pertenece. Te lo regalo y te pido, además, que seas la mano de la justicia que ha de resarcirme y devolver el honor a mi casa.

Entonces se alzó una reja y, en medio de un tremendo estupor, varios guardias

condujeron afuera al Caballero Ferdinand, cargado de grilletes.

Marc, con los ojos como platos, miró alternativamente al preso y al barón.

—Sí, Marc, lo que se te pide y, a la vez se te concede, es que des a este traidor la muerte que se ha esforzado en merecer.

—Esto sí que es inesperado ¿eh, Marc? —dijo Ferdinand con una sonrisa triste cuando lo hicieron detenerse junto a él.

—Pero ¿qué os ha sucedido? —preguntó el muchacho sin dar crédito a lo que veía.

El antiguo profesor llevaba el pecho descubierto, con los jirones de lo que antes habría sido una elegante camisa colgando. El torso y la espalda se hallaban cubiertos por el rastro de latigazos, algunos todavía abiertos. La cara no mostraba un aspecto mejor: tenía el labio partido y multitud de magulladuras. Todo rastro de su anterior porte elegante, e incluso estafalario, había desaparecido.

—Sobre el Caballero Imperial Ferdinand, pesan los siguientes cargos: rapto, tres asesinatos de guardias imperiales, lesiones graves sobre otros seis y traición —pronunció Melquior.

Los jóvenes miraban atónitos a su antiguo profesor, que se mantenía con la cabeza baja y sonreía con amargura. Todos sabían lo que significaba la última palabra, incluso para un personaje tan reconocido como un Caballero.

—Tiene gracia que lo llamen así —murmuró Ferdinand.

—El Emperador mismo propuso que esta escoria sirviera una última vez al Imperio con su muerte —dijo Ezéchil escupiendo la palabras—. Bendito sea en su sabiduría.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Marc en voz baja.

—Ya lo sabes, amigo. No se puede simplemente colgar a un Caballero en la plaza de algún pueblucho. Se nos ha concedido demasiada dignidad —respondió Ferdinand, escupiendo un salivazo rosado.

—Pero ¿qué habéis hecho para ganáros esto?

—Oh, nada —contestó el antiguo profesor—. La predilecta de Ezéchil y yo nos encariñamos e intentamos huir a Uruth.

—¿Cómo? ¿La concubina del barón y tú? ¡Pero no puedes tomar a la mujer de otro!

—Desde luego, ya no. —De repente la mirada del hombre comenzó a afilarse hasta no mostrar más que odio—. Ezéchil la destripó delante de mí.

En esos momentos, los guardias le quitaron los grilletes y se apartaron.

El Señor del Monasterio tomó dos pequeñas espadas cortas y las arrojó a la arena, cerca del preso.

—Cumple con la ley del Emperador, Marc. Solo hay una sentencia para los traidores. Acaba con él.

El muchacho miró a su antiguo profesor y no supo qué hacer. El hombre que tenía delante había sido duro con ellos. Los había golpeado, en ocasiones herido con las

armas. Incluso casi dejó a Philippe sin su virilidad cuando se conocieron. Pero, en medio de esa violencia, siempre supieron que se esforzaba por enseñarles bien. Fue amable con ellos; les habló sin tapujos de la naturaleza del hombre e incluso compartían una suerte de camaradería.

—No pueden pedirme que te mate —susurró Marc.

—No dudes, amigo —dijo Ferdinand mientras recogía las armas del suelo. Cortó el aire con ellas en un ágil movimiento y evaluó su equilibrio con la seguridad que da la experiencia—. No tienes ninguna decisión en tus manos. Si no obedeces no serás válido como inquisidor. Y lo más grave que puedes hacer en esta cloaca que llaman Imperio es traicionar la confianza puesta en ti.

Marc abrió mucho los ojos ante las palabras del otro.

—Además, lo único que me queda es la voluntad de resistir, ya que todo lo demás me ha sido arrebatado —añadió Ferdinand saltando hacia adelante.

Marc esquivó la espada gracias a unos reflejos muy entrenados. Bloqueó el siguiente golpe con la rodela y paró uno más con su propia hoja antes de recibir un leve corte en la pierna.

Su oponente era uno de los hombres más diestros del Imperio. Nadie que él conociera podía enfrentarle con seguridad. Sus movimientos eran rápidos y fluidos, con una extraña capacidad para encadenar los ataques en una corriente imparable. Su precisión a la hora de alcanzar la carne, era temible. Además, Ferdinand conocía todos los trucos sucios y las estrategias más rastreras que circulaban entre los profesionales del acero. Marc sabía que, ante él, podía lo mismo esperar una diestra estocada que una inesperada zancadilla. Pero, pese a todo, no lograba encontrar la determinación necesaria para enfrentarse a él como era necesario.

Una y otra vez paró sus golpes y esquivó por poco el filo de las espadas sin decidirse a atacar. Pero, cuando la punta de una de ellas le atravesó el lateral del justillo, Philippe no pudo resistirse más y gritó desde las gradas:

—¡Lucha, idiota! ¡Lucha, maldita sea!

La angustiada llamada de su compañero hizo que el instinto de supervivencia reaccionara. Rápidamente encadenó una serie de movimientos que culminaron en un golpe con el canto afilado de su rodela que hirió el brazo de su oponente.

En ese momento, Marc tomó conciencia de que lo que tenía enfrente era la mismísima muerte si no hacía algo.

El combate entró, de ese modo, en una fase mucho más igualada en la que el antiguo Caballero y el aprendiz de inquisidor intercambian diestras combinaciones en una sucesión de movimientos de gran velocidad.

Pocas veces se vio en el Monasterio una lección tan sublime de esgrima. Sin embargo, poco a poco, Ferdinand iba ganando terreno.

Marc empezó a sentir que no sería capaz de superar aquella prueba. Uno tras otro, intentaba recordar los consejos que le habían dado durante su larga formación, mientras escapaba del acoso infatigable de su enemigo. «Guardar el equilibrio»;

«sorprender con movimientos inesperados», «buscar las debilidades del oponente». El muchacho conocía bien los puntos flacos de Ferdinand pero este, consciente de que si vencía solo habría sido para aplazar su ejecución, asumía riesgos impensables en otras situaciones. Y eso lo hacía extraordinariamente peligroso.

—Te han entrenado bien en mi ausencia —comentó cortando el aire con las espadas, tomándose un instante de descanso.

—Los pretorianos son magníficos guerreros —respondió Marc ajustándose la rodela.

—Son una panda de relamidos.

Sin saber de dónde la había sacado, Ferdinand le arrojó a la cara un puñado de arena. El muchacho trastabilló hacia atrás al volver la cara mientras intentaba rechazar la lluvia de golpes que se le venía encima. Uno, otro y luego otro de los ataques de su antiguo profesor llegaron al objetivo en forma de sendos cortes en las piernas y una fea incisión en el hombro. En las gradas se oyó una exclamación de angustia.

Mientras Ferdinand paraba un segundo para recobrar el aliento, la cabeza de Marc trabajaba a marchas forzadas. Sabía que, en esos momentos, era un blanco fácil para su oponente. Había lastrado su agilidad y la herida del hombro le impedía levantar debidamente la rodela.

El Caballero, sin embargo, no parecía sentir la más mínima satisfacción ante su inminente victoria. Miraba con indiferencia una de sus hojas con ojos tristes y cansados, antes de prepararse para reanudar su ataque. La expresión de su rostro era, no obstante, la de un hombre decidido a terminar algo, pues no le queda otro propósito en la vida. Marc sabía que aquello lo convertía en puro peligro y no sabía cómo enfrentarlo.

La solución le llegó en el mismo momento en que Ferdinand se abalanzaba sobre él, presto a terminar el combate. «Usa algo que tu oponente no tenga», le había dicho él mismo hacía ya años.

Para los que contemplaban la pugna, la imagen quedó inmovilizada un segundo en la retina. El Caballero estaba en el aire, cerniéndose sobre el muchacho con las dos espadas en alto. Marc subía el codo intentando elevar un poco más su defensa y había cruzado la espada en un claro gesto defensivo.

En ese momento hubo un destello y, por unos momentos, nadie vio nada. Solo Marc fue consciente de haber parado un golpe con la rodela y haber sentido otro pasando muy cerca de la cabeza, justo de dónde se había movido para esquivar.

Cuando los demás recobraron la vista, el arma de Marc atravesaba el abdomen del Caballero.

Los dos oponentes se miraron un instante y luego Ferdinand dejó caer las espadas. Tambaleándose, agarró la empuñadura del arma de Marc y se la arrancó con decisión. Los restos de la camisa comenzaron a teñirse rápidamente de rojo.

El antiguo Caballero comenzó de inmediato a respirar entrecortadamente. Su piel

se tornaba blanquecina por momentos, a medida que se desangraba. Sin embargo, todavía se mantenía orgullosamente de pie.

—Nunca pensé que mi hora llegaría de esta manera —dijo mirando a Marc a los ojos—. Siempre supuse que moriría en algún sucio callejón, apuñalado por la espalda.

El joven se lo agarró por el brazo, frenando su caída.

—Ferdinand, no podéis morir, seguro que hay alguna solución a esto —suplicó el muchacho.

—Gracias, Marc —dijo el otro mientras la arena comenzaba a confundirse con su sangre—. No se me ocurre mejor manera de zanjar este asunto que por una mano tan pura y bondadosa como la tuya.

—Lo siento mucho, Ferdinand —contestó él—. Yo no creo que fuerais un traidor.

—Es fácil serlo cuando... —Los ojos del hombre se abrieron mucho y pareció atragantarse. Sin embargo, consiguió terminar la frase antes de morir—... cuando ser fiel implica renunciar a la razón.

En las gradas, Melquior se levantó y dijo escuetamente:

—Se ha hecho justicia.

El barón, con expresión grave, se marchó sin mirar atrás.

Marc se quedó junto al Caballero hasta que los postreros estertores de la muerte finalizaron. Cuando alzó la vista, aun había algunos presentes con perplejidad e incluso tristeza en el rostro. El Señor del Monasterio, en cambio, lo miraba no solo con cierto desdén sino, incluso, con un matiz de decepción.

Esa misma tarde se los volvió a convocar a la arena para entregar los siguientes premios.

Marc permanecía junto a Philippe, Jean y Gaulton. Sus heridas ya habían sido tratadas y pronto sanarían. Sin embargo, el dolor que sentía por dentro no parecía que fuera a mermar con tanta facilidad.

No solo se trataba de la molestia en su cabeza, que había aumentado desde que la tensión del combate se disolviera. Era, en cambio, por la muerte que había causado esa misma mañana. Marc había tenido el dudoso honor de acabar con un antiguo Caballero Imperial en un combate mano a mano. Era tal la hazaña que algún monje artesano se había llevado su rodela para reflejar la escena en el metal. Pero él no se sentía ni mucho menos honrado, sino triste y lleno de decepción consigo mismo.

—Es cierto que ya hemos llevado la muerte otras veces, pero no de esta manera; no a alguien conocido y querido —había dicho Philippe, mientras abandonaban el edificio, intentando paliar el mutismo de Marc.

—Habíamos compartido muchas cosas con Ferdinand, algunas de ellas muy felices —señaló Mathius—. No puedo creer que esto haya pasado de verdad.

—El bendito Emperador, loado sea siempre, así lo había decretado —apuntó

Gaulton con cierta inseguridad.

—O, al menos, eso nos han dicho —masculló Jean, sumiéndoles en un silencio intranquilo.

Aquel mediodía, poco después de visitar a los sanadores, Marc evitó el comedor para subir directamente a su torre. Le habría gustado hablar con Aurore, pero la mujer seguía siendo tan inaccesible como siempre, así que prefirió estar allí solo.

Desde la envejecida estructura pudo ver a los nuevos aprendices corriendo en el patio. Habría jurado que ya había menos de la mitad de los que trajeron en un principio.

—Y todo para llegar a esto —susurró en un gruñido ahogado, sintiendo como la garganta se le cerraba intentando sofocar los sollozos—. Para acabar asesinando a una de las pocas personas que se han interesado de verdad por nosotros.

Sus compañeros habían tratado de hablar con él más tarde pues, cada uno a su manera, también estaban afectados. Pero de nuevo, Marc apenas había abierto la boca. Agradeció la consideración, pero no había nada que pudieran decirle para aplacar la culpabilidad que sentía. Por suerte, mientras marchaban de nuevo a la arena, la charla había ido apartándose de los sucesos de la mañana para centrarse en los premios que recibirían Jean y Mathius.

Este último fue el primero que bajó para situarse en el espacio reservado a la lucha. Así firmemente su lanza, preparado para lo que hubiera de venir, pues ninguno se hacía ya ilusiones sobre lo que Melquior les tendría reservado como premios. Y, en este caso, el Señor del Manantial presentó con gran pompa a un caudillo de Uruth que había sido capturado recientemente.

—Parece que, al menos en este caso, no hay gato encerrado —comentó Philippe con alivio.

Pero pronto quedó claro que, cuando se trataba de Melquior, nunca se podían confiar.

El guerrero era alto, como la mayoría de los habitantes de Uruth. Tenía una anatomía formidable que hablaba de una vida entera dedicada a la lucha. El pelo estaba enmarañado y no vestía más que el típico calzón de pieles. Su tez, bellamente bronceada, se parecía más a la de Mathius que a la de ningún otro en la sala. Esto tampoco pasó desapercibido para el uruthiano que, en cuanto estuvo cerca de él, le escupió a los pies.

Sin embargo, lo que dejó a todos sin respiración fue que, en cuanto le quitaron las cadenas, se arrojó contra los guardias que lo escoltaban. Mató a uno de ellos con sus propias manos antes de arrebatarle la espada y solo la intervención de Mathius logró que el resto pudiera salir con vida de la arena.

Melquior, privado de su derecho de anunciar el comienzo del combate parecía, empero, estar disfrutando con el espectáculo. Comía un dulce tras otro y reía a carcajadas ante el pánico de los guardias. Marc observó que había cogido peso últimamente y que cada vez era menos pulcro con sus vestimentas.



Más abajo, el combate se recrudeció rápidamente, pues los dos contendientes abandonaron casi de inmediato todo tanteo.

El uruthiano se había lanzado a por el joven con mucha agresividad solo para encontrarse con un oponente formidable. Pese a ello, se podía apreciar una gran destreza en sus movimientos. Hasta para Philippe quedó claro que no era, ni mucho menos, un bruto sin cabeza. Continuamente buscaba enfrentar a Mathius desde la más corta distancia, consciente de su mayor corpulencia. Cuando el muchacho conseguía ponerlo en apuros con su lanza, el caudillo daba un paso atrás y hacía valer su estatura.

No obstante, el joven había aprendido bien la lección durante el combate de Marc y comenzó a utilizar la Voluntad enseguida.

Casi sin darse cuenta, el guerrero perdió pie y trastabilló hacia atrás, momento en que el muchacho atacó con mayor profundidad y consiguió herir a su oponente en el costado. Cuando, por segunda vez, el guerrero volvió a sentir que una fuerza sutil le empujaba, gritó con furia:

—*¡Brujería! ¡Estás usando la magia! ¡Lucha limpiamente como un hombre!*

En el idioma de Uruth, las palabras sonaron fuertes y amenazadoras, pero el muchacho no perdió la calma y siguió trabajando del mismo modo, demoliendo poco a poco la defensa de su oponente. Por mucho que el guerrero lo intentara, no pudo hacer caer al aprendiz en la provocación. Una y otra vez, Mathius utilizaba su mayor agilidad para escapar de los diestros ataques de su adversario.

Continuamente se podía ver como el caudillo parecía tropezarse o sacudía la cabeza, como si un zumbido le molestara insistentemente. Pronto los sutiles usos de la Voluntad fueron haciendo que las heridas pesaran en el cuerpo del guerrero hasta que, finalmente, Mathius aprovechó la creciente cojera de su adversario para realizar un profundo ataque que acabó con él.

Melquior aplaudió con estrépito cuando el aprendiz arrancó la lanza del cuerpo y ordenó a gritos que continuasen con el siguiente premio.

No hubo ninguna transición ni se adornó aquello con ceremonia alguna. Mathius fue llevado a tratar sus heridas mientras su compañero bajaba de un salto a la arena.

Para el turno de Jean trajeron a un orgulloso guerrero de Ágarot que, vistas sus insignias, debía ostentar un elevado rango en el ejército. Pero, para disgusto de Melquior, no se comportó como habían esperado.

Aceptó la cimitarra y el puñal que le entregaron pero, en ese mismo instante, bajó los brazos y se negó a enfrentarse al aprendiz. No pronunció palabra, pero tampoco hizo amago de esquivar los ataques de Jean que, confuso, se volvió hacia el sacerdote sin saber qué hacer.

No obstante, cuando el Señor del Monasterio, exasperado, dio la orden de que lo ejecutaran allí mismo, el guerrero hizo su jugada: con una destreza impecable lanzó la cimitarra, que salió volando hacia la cabeza de Melquior. Solo los reflejos casi inhumanos del sacerdote oscuro que lo acompañaba impidieron que ocurriera lo

impensable. El tétrico personaje se alzó como un resorte e interceptó el arma con los brazos, salvando así la vida de Melquior. Si aquello le causó algún tipo de herida no dio muestras de sentir dolor.

Sin embargo, el incidente hizo perder los nervios a su protegido.

—¡Malditos estúpidos! ¿Acaso no habéis visto lo cerca que ha estado? —gritó Melquior lleno de ira a los guardias que estaban tras él—. ¡Sois unos ineptos! ¡Me encargaré personalmente de que os azoten mil veces!

El Señor del Monasterio, rojo de furia, comenzó a golpearlos mientras chillaba y lanzaba un exabrupto tras otro. La escena se prolongó hasta que el mismo sacerdote oscuro lo tomó del brazo para acompañarlo fuera de la estancia.

Mientras los muchachos se miraban sin comprender, Jean extrajo su arma del cadáver que debía haber sido su adversario.

Tuvieron que pasar dos días más para que, de nuevo, se los convocara a la arena.

Quedaban por entregar los premios de Philippe y Gaulton, los peor clasificados en el torneo. Tras todo lo sucedido, ninguno dudaba ya que Melquior les habría preparado algo desagradable. Por eso, cuando les hizo bajar a ambos a la arena, sus amables palabras fueron toda una sorpresa.

—Queridos alumnos, no niego que cuando me fue dicho que vuestro comportamiento durante las clases que versaban sobre los usos de la Voluntad no era el adecuado, sentí una profunda desazón. —Marc observó por el rabillo del ojo que Aurore daba un casi imperceptible respingo.

Melquior se hallaba de pie, con las manos cruzadas a la espalda. Su túnica era, de nuevo, de un rojo resplandeciente y mostraba una actitud seria pero conciliadora. Estaba calmado y su voz era profunda y equilibrada.

—Se espera mucho de vosotros como representantes del Emperador y, por eso, me enorgullezco al decir que habéis progresado notablemente. Vuestra actuación durante el torneo ha sido más que digna.

Los dos muchachos que estaban en el centro de la arena alzaron la cabeza, sorprendidos. Lo cierto era que lo habían dado todo durante la competición y, desde que aquello comenzara, se habían esforzado al máximo por dominar la Voluntad.

—Es por eso que, pese a no haber sido los ganadores, os ofrezco un regalo sorprendente —continuó Melquior bajando el tono de voz.

Los cinco aprendices prestaron la máxima atención al Señor del Monasterio.

—Desde tiempos de nuestro bienamado Segundo, sabemos de la existencia de criaturas terribles cuyo origen no es natural. —De pronto, el ambiente de la sala parecía haberse oscurecido para acompañar el tono confidente de Melquior—. Existen fieras terribles en la inmensidad de Uruth o en las Colinas Eternas que limitan el oeste de nuestro querido Imperio. Sin embargo, los brujos de Seléin nos enseñaron con crueldad que podían crear seres que no eran propios de este mundo. —

Los muchachos miraban ahora con los ojos muy abiertos, sin atreverse a imaginar qué horrores iban a contemplar—. Os hablo de la existencia de los flagelantes.

Los jóvenes ahogaron una exclamación de emoción. Los flagelantes habían sido estudiados durante su aprendizaje como una curiosidad histórica, vestigios de épocas ya pasadas. Nunca pensaron que tendrían la oportunidad de verlos. Eso sería, sin duda, uno de los mayores acontecimientos que habían presenciado aquellos muros.

—Pero, debemos añadir algo de dificultad —continuó Melquior con una sonrisa amable—. Este es un premio por vuestra actuación en el torneo, por lo que es justo que la Voluntad tenga un papel importante hoy.

Varios sacerdotes oscuros entraron en el recinto de combate de la arena. Ante las miradas desconfiadas de ambos, les entregaron sus armas predilectas y les indicaron que se acercaran a la pared de piedra. Allí le colocaron a cada uno un cinturón metálico unido a una cadena que fijaron a los gruesos muros. A varios metros de ellos situaron una pequeña mesilla sobre la que colocaron las llaves que habrían de liberarles. Estaba claro que, para alcanzarlas, deberían utilizar los recursos que Aurore les había tratado de enseñar.

Cuando todo estuvo listo, Melquior dio una señal y los sacerdotes oscuros hicieron entrar dos enormes bultos tapados con gruesas telas. Cuando las retiraron, los flagelantes quedaron a la vista de todos.

Alguna vez habían sido humanos, pero ya no. Todavía conservaban algunos mechones de pelo en sus cabezas pero la piel tenía un matiz cercano al translúcido gelatinoso de algunos peces. Los miembros se habían deformado, alargándose ligeramente, y las manos ya no tenían su forma habitual, pues se asemejaban más a un agudo apéndice.

Estaban confinados en sendas jaulas fabricadas con gruesos maderos y, en cuando retiraron la cobertura, la luz los hizo reaccionar, como sacándolos de un letargo.

Abrieron unos ojos muy oscuros en los que no se distinguían iris o pupila y, casi simultáneamente, profirieron un agudo chillido. Entonces comenzaron a golpear con una fuerza sorprendente los tablonos.

Los dos jóvenes ya estaban alargando sus manos para concentrarse en hacer llegar a ellas las llaves cuando Melquior añadió en un susurro:

—Vamos a poner algo más de emoción a todo esto.

En ese momento otro portón se abrió y, del mismo, salieron a empujones una mujer y una joven.

Los muchachos ahogaron un grito de horror; Aurore se agarró a la barandilla y solo los pretorianos se mantuvieron impertérritos. Melquior se recostó en su sillón y enlazó las manos sobre la tripa con una sonrisa de suficiencia.

—Veamos ahora, queridos aprendices, si encontráis inservible el uso de la Voluntad.

Las mujeres se abrazaron aterrorizadas en cuanto vieron a los flagelantes y sus gritos se mezclaron con los rugidos de los monstruos.

Marc observó, con demasiado estupor todavía, que parecían sencillas campesinas. Por sus ropajes, e incluso por las manchas de tierra, podían haber sido sacadas de un campo de labranza apenas una hora antes. En ellas no había ningún distintivo de delincuencia o condena, como en otros a los que se habían enfrentado en aquel escenario. Parecían estar allí simplemente para adornar la prueba a la que se enfrentaban los dos jóvenes.

Ante aquella visión, Philippe quedó unos momentos trastornado, olvidando por completo las llaves.

—¡Venid aquí! ¡Acercaos a nosotros! —les gritaba una y otra vez—. ¡Os protegeremos!

Pero las mujeres tenían demasiado miedo para hacer nada que no fuera temblar y abrazarse la una a la otra en la pared opuesta a los flagelantes. Estaban aterrorizadas y los gritos del muchacho solo contribuían a amedrentarlas aún más.

—Cállate e intenta liberarte, idiota —dijo Gaulton apretando los dientes y tratando de concentrarse pese a la terrible situación.

Los flagelantes, poseídos por el frenesí del que les habían hablado, golpeaban una y otra vez la madera que los aprisionaba allí. Pronto, sus brazos estuvieron cubiertos de cortes y magulladuras, pero parecían no darse cuenta. Arremetían contra los tablones continuamente, golpeando con todo su cuerpo; incluso se ayudaban de unos dientes anormalmente alargados y numerosos.

Tal era su fuerza que, de pronto, uno de ellos casi logró hacer pasar el cuerpo por el hueco que había despejado. Sus garras parecieron intentar llegar hasta las mujeres, que chillaron entre lágrimas.

En ese momento, sin poder aguantar más, Marc se levantó e hizo amago de saltar hacía abajo.

—¡Siéntate ahora mismo! —gritó Melquior.

Su vozarrón se oyó por toda la estancia con una autoridad que no admitía cuestión. Incluso los dos malignos seres alzaron un momento la vista, con curiosidad.

—¡Este es el premio de los que se rieron de la Voluntad! —El Señor del Monasterio había pasado de un estado de calma fingida a una rabia palpable.

Tenía el rostro rojo y apretaba los puños con fuerza. Su mirada atravesaba a Marc con tanta intensidad que el muchacho había quedado petrificado.

Tras un instante de duda se sentó, sin atreverse a cuestionar una orden. Mathius le puso una mano en el hombro tratando de calmarlo, pese a que parecía compartir por entero su desazón.

Más abajo, uno de los flagelantes quebró la última tabla que le impedía el paso. Al mismo tiempo, Gaulton consiguió arrastrar lo suficiente su llave para alcanzarla con la mano.

El monstruo pisó despacio la arena, como con precaución; pero al segundo siguiente dio una poderosa zancada y, con un salto imposible, se precipitó sobre las mujeres.

Gaulton logró abrir el candado al mismo tiempo y se abalanzó hacia adelante, dando una voltereta para alcanzar su arma.

Se irguió a tiempo de ver cómo el flagelante atravesaba a la mayor con un extasiado gemido de placer.

—¡No! —Gritó Philippe—. ¡No, maldita sea!

Gaulton cargó contra la bestia a tiempo de apartarlo de la más joven y enzarzarse en un violento combate que los alejó unos metros más allá.

La muchacha agarraba a la otra sin dejar de llorar. Le dirigía palabras que se entrecortaban y ponía las manos en su pecho, intentando que la sangre dejara de manar.

Philippe, no muy lejos, lloraba abiertamente y gritaba, rabioso.

Gaulton arremetía con el sable una y otra vez contra el flagelante, que se protegía con las extremidades superiores y contestaba con unos ataques al menos tan peligrosos como los de la espada. La sangre le brotaba de un sinfín de cortes pero, por debajo de la piel, el joven notaba que había algo extraordinariamente duro.

En las gradas, los compañeros observaban la escena con el corazón en un puño. Jamás habían presenciado nada igual. Aurore parecía inmóvil, pero al mirarla con atención, se hacía evidente que se encogía cada vez que un golpe estaba a punto de alcanzar a Gaulton.

Melquior, confortablemente sentado en el sillón del palco, reía entre dientes y hablaba con el sacerdote oscuro que permanecía a su lado. Por dos veces mandó a uno de los guardias a por más dulces.

Súbitamente, un alarido se impuso a la refriega, cuando el segundo flagelante se liberó por fin. Sin perder tiempo, descartó la opción de Gaulton y se dirigió a una velocidad sorprendente hacia el otro extremo de la arena, donde estaban las mujeres.

En ese momento, algo se desencajó en la cabeza de Philippe. El joven aulló con una voz inhumana y se abalanzó hacia adelante. La cadena se puso tirante un momento y, después, la gruesa piedra en la que estaba anclada se resquebrajó, arrancando un buen pedazo de la pared.

El pelirrojo cargó hacia su objetivo como una fuerza de la naturaleza, sin molestarse en recoger su martillo.

La embestida derribó al segundo flagelante y el muchacho aprovechó para golpearle con el generoso trozo de piedra que arrastraba tras él, como si fuera un gigantesco mangual. Después, se arrojó encima y, evitando por poco uno de sus afilados brazos, le agarró el otro para retorcerlo mientras hacía palanca contra sus propias piernas. El crujido hizo gritar de dolor al monstruo, que golpeó con todas sus fuerzas al muchacho. Philippe se tambaleó varios metros más allá y acabó cayendo al suelo al tropezar con su arma.

El flagelante miró a uno y otro lado, dudando y Philippe se dio cuenta de que, esta vez, no llegaría a tiempo.

Como un rayo, el monstruo se abalanzó sobre la joven, que seguía sujetando entre

sus brazos a la otra, demasiado conmocionada como para reaccionar.

En una fracción de segundo, el pelirrojo agarró el martillo y lo lanzó hacia adelante con las dos manos, convirtiendo todo su cuerpo en un arco para darle más impulso.

El arma voló, pese a su volumen, tan rápido como el virote de una ballesta. Dio varias vueltas en el aire y la pesada cabeza impactó contra la nuca del monstruo, que cayó antes de alcanzar su objetivo.

Un poco más allá, Gaulton había tenido tiempo de analizar la situación y modificar su estrategia: las piernas del flagelante al que se enfrentaba sangraban por innumerables heridas. El fluido que manaba lentamente de ellas era violáceo y pegajoso. Allá donde había rozado al muchacho, la piel se le había puesto roja y le escocía. Pero, debido a dichas heridas, el flagelante había ido perdiendo su extraordinaria vitalidad. Los movimientos eran más lentos y sus ataques ya no hacían temblar los brazos de su oponente cuando los bloqueaba.

Justo cuando erró un nuevo golpe, quedando descubierto, Gaulton empuñó con las dos manos su arma para lanzar el terrible tajo que había estado preparando. El impacto alcanzó la articulación del antebrazo con la precisión de un carnicero.

El monstruo se detuvo un instante para mirar con incredulidad como el apéndice quedaba unido al resto del brazo apenas por unos hilillos de carne. Después, se lo arrancó de un mordisco y siguió atacando.

En el otro extremo, Philippe había recuperado su martillo y sangraba profusamente de una herida en el abdomen, pero su determinación seguía intacta. Tenía los dientes apretados y su mirada destilaba un odio ardiente.

En su ansia de sangre, el ser al que se enfrentaba buscaba una y otra vez la manera de flanquearle. La niña que sollozaba más allá era, sin duda, una pieza más apetecible y fácil que el gigantón que se le había puesto delante.

Pero el aprendiz de inquisidor no pensaba permitirlo y, cuando el flagelante dio un nuevo salto hacia un lateral, se encontró con un martillo que le estaba esperando. Philippe estiró la diestra en un amplio arco y, nuevamente, golpeó al monstruo. Sin embargo, esta vez Philippe no esperó prudentemente el contraataque, sino que se lanzó hacia adelante.

Aprovechando la fuerza del giro de su pesada arma, la agarró con la otra mano para completar un círculo entero. Cuando la cabeza del martillo se acercaba a su objetivo, Philippe volteó todo su cuerpo para asestar un sonoro golpazo a la cara del flagelante.

Algo sonó a roto y el ser quedó aturdido durante unos segundos, tiempo más que de sobra para que Philippe, con un grito rabioso, saltara hacia adelante y descargara el arma con toda su fuerza.

El martillo hendió el cráneo del monstruo, que se derrumbó entre espasmos.

Un poco más allá, Gaulton también había acabado con su oponente.

Los compañeros respiraron con alivio y miraron hacia el estrado, donde Melquior

mantenía una cierta mirada de decepción.

Sin mucha ceremonia, felicitó a los dos jóvenes y se levantó.

—Retirad los cuerpos —dijo a los guardias cuando salía, sin hacer distinción entre unos y otros.

Philippe, con una delicadeza que todos desconocían, se acercó a la joven y tomó asiento a su lado mientras le susurraba palabras de cariño.

Para cuando Marc saltó hasta la arena y se acercó a ellos, el pelirrojo la consolaba entre sus brazos. Del cuello de la pequeña colgaba una hoja de roble tallada en madera.

—No debe tener más de diez años —le susurró su compañero con una profunda tristeza—. No me había dado cuenta hasta ahora: es tan solo una niña.

La muchacha, entre la masiva musculatura de Philippe, transmitía una mayor impresión de fragilidad. Tenía los ojos muy abiertos y la mirada estaba fija en algún punto más allá de las paredes.

Gaulton y Jean estuvieron estudiando los cuerpos de los flagelantes junto con Mathius hasta que los guardias se los llevaron. Unos minutos después, varios sacerdotes entraron para limpiar el recinto. Dos religiosas los acompañaban para hacerse cargo de la niña.

Tuvieron que llevársela contra su voluntad, porque se aferraba con todas sus fuerzas a los brazos de Philippe.

—Es por tu bien, pequeña. Ellas te cuidarán. Aquí no puedes quedarte —le decía el muchacho intentando darle ánimos.

Cuando se la llevaron, no obstante, las lágrimas volvieron a correrle por el rostro. Con una pena infinita recogió del suelo el Símbolo de madera, que había caído en el forcejeo, y lo guardó entre su ropa.

—Me dijo que era su madre —dijo pasándose la mano por la cara—. La otra mujer era su madre, Marc.

## IX

Un día un quileño preguntó a Thomenn:

—¿Cómo puede un hombre protegerse de las insidias del maligno?

—Con la mera Voluntad —contestó él.

—*El Manual*, segundo capítulo.

Les dieron libre el resto del día.

Sin que ninguno lo expresara en voz alta, los compañeros decidieron salir del Monasterio y encaminarse al pueblo más cercano de la baronía de La Flere.

Avanzaron en silencio por un camino que, en otras circunstancias, les habría maravillado con colores y aromas, extasiando sus sentidos por la novedad. Todo lo que se saliera de la rutina del Monasterio era más que bienvenido. Pero ese día no.

Caminaban a buen paso, más por la necesidad de dejar atrás las murallas que por las ganas de llegar a su destino. En algo menos de dos horas alcanzaron la posada que precedía al pequeño pueblo.

—Es un cruce de caminos relativamente transitado debido al comercio. Eso lo hace ideal para que los viajeros vengan aquí a descansar y calmar sus necesidades — les había explicado hacía ya tiempo Ferdinand con una sonrisa. Pero la única necesidad que sentían los compañeros cuando cruzaron la puerta era la de olvidarse de todo por unas horas. Marc, por su parte, solo pedía que el dolor de cabeza, que lo había abandonado con la caminata, tardara lo más posible en volver.

Apenas anochecía cuando Philippe comenzó a cantar.

Poco a poco, las jarras de cerveza y de vino especiado habían ido llenando la mesa.

El ambiente y la más que amable compañía de las camareras había acabado por animarlos. La bebida solo le había dado al pelirrojo el último empujón para unirse a varios hombres que desentonaban junto a él. Eran unos albañiles de Rock-Talhé, rudos y sencillos. Sus corpachones se movían a uno y otro lado mientras vociferaban las aventuras de una mercenaria que, al parecer, apenas se batía fuera de la alcoba.

Pronto, los cinco muchachos se habían aprendido el estribillo y lo cantaban entre risas, esperando durante cada estrofa:

*Con gran esfuerzo luchará,  
Por algo es mercenaria.  
Sus armas muy diversas son  
Y siempre afiladas.*



Philippe, con un talento excepcional para todo lo festivo, solo necesitó oírla un par de veces para agarrar por los hombros a dos de sus nuevos camaradas y cantar como uno más.

En medio de la algarabía, Gaulton fue el primero en ausentarse para recibir las atenciones de una de las jóvenes. No había vuelto todavía cuando Jean se fue con otra y Mathius agarró la mano de uno de los camareros y se marchó también.

Poco después, Philippe les enseñaba a los albañiles una canción que había aprendido durante su estancia junto al ejército imperial cerca de Ágarot. Hablaba de un soldado enemigo que, una y otra vez, herraba sus golpes. Cada estrofa de la canción describía adónde iba a parar la hoja de su espada con cada nuevo intento.

Justo cuando el soldado clavaba su arma en la nalga del comandante, Philippe empujó a Marc haciéndole chocar con las jóvenes que les traían más bebida.

—¡Marc! ¿Qué has hecho? —gritó su compañero—. Fíjate, muchacha, se ha manchado su preciosa ropa con el vino.

Philippe miraba desaprobadoramente al otro con los brazos en jarras, ante las risas de los demás.

—Por favor, bella princesa, atiende a mi amigo pues no querría que la humedad le hiciera resfriar —añadió entregándole unas monedas.

Sin saber muy bien cómo, Marc se encontró en una de las habitaciones de arriba, disfrutando de una piel suave y cálida. La muchacha, con quien no cruzó una sola palabra, se colocó sobre él y comenzó a moverse rítmicamente.

El aprendiz, entre los vapores del alcohol, sentía cómo la tensión acumulada se liberaba cada vez con mayor empuje.

Cerca de la culminación se dieron la vuelta, y Marc alcanzó el éxtasis encima de ella.

Quedó unos segundos inmóvil, con la espalda arqueada y todos los músculos tensos, para luego dejarse ir, acogido entre unos brazos que lo acunaron con ternura.

La joven se mantuvo a su lado durante unos minutos, acariciando su espalda. Luego, se levantó para abandonar la habitación sin decir nada.

Marc se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos y creía haber pronunciado el nombre de Aurore en algún momento.

Se vistió con lentitud, sintiéndose algo más despejado.

En la habitación encontró un pequeño recipiente con agua limpia y una toalla. Tras lavarse, se sintió refrescado y con la mente mucho más clara.

Al otro lado de la puerta se oían las risotadas de Philippe y algo de música. Cuando bajó, pudo comprobar que algunos hombres habían sacado instrumentos y tocaban una alegre danza campesina. El pelirrojo bailaba en medio de un círculo, con una moza de la mano y una jarra de cerveza en la otra.

Marc sonrió, incapaz de resistirse a la alegría que irradiaba su compañero. La

vitalidad de Philippe se contagiaba incluso a los más reservados.

Jean daba palmas y jaleaba a los bailarines, con unos coloretos que destacaban cómicamente en su pálida piel. Gaulton cantaba abrazado a uno de los albañiles y sostenía la jarra en alto. Mathius, mostrando un talento que nadie conocía, tocaba una flauta de madera imitando a uno de los músicos, que le enseñaba los rudimentos sobre la marcha.

Pero pese a la algarabía, Marc vio entre los rincones más alejados una cara que no esperaba encontrar allí.

—Saludos, maestro —dijo acercándose tímidamente a Sebastien.

—Hola, Marc. Bonita verbena habéis montado —le saludó el otro.

Estaba sentado holgadamente en una mesa, con una jarra de cerveza frente a él. Llevaba puestas unas ropas discretas y pasaba totalmente inadvertido entre la muchedumbre. Seguía el ritmo de la música con la cabeza y marcaba el pulso con el pie.

—Philippe sería capaz de hacer bailar a una estatua —contestó Marc, algo avergonzado por el espectáculo.

—Esa es una cualidad que no solemos apreciar —contestó el otro sin quitar ojo al improvisado baile—. Dicen que Lugh podía hacer bailar a las estrellas. Sin duda eso sería un bello espectáculo.

—Pensé que no aprobaríais este tipo de... —Marc buscó la palabra adecuada, asombrado— festejos.

Sebastien se giró hacia él y lo miró con una franqueza que el otro todavía no le había conocido.

—¿Y eso por qué, joven Marc?

—Bueno, vuestra práctica es mucho más elevada que todo esto. —Marc hizo un gesto vago con la mano—. Suponía que os parecería impropio.

—En la vida hay solo dos tipos de música —dijo Sebastien—. ¿Sabes cuáles son?

—Supongo que una de ellas es la culta, y la otra...

—La buena y la mala —sentenció el otro sin dejarle acabar—. Y, entre otras cosas, dependen del contexto en que se utilizan.

Marc quedó unos momentos en silencio, visiblemente sorprendido.

—No me malinterpretes, estrangularía a tu amigo si se le ocurriera cantar eso en mi capilla. —Sebastien rio por lo bajo—. Pero aquí... ¿te has fijado en la gente? ¿Puedes notar cómo la alegría está en el aire? Se respira felicidad.

El muchacho comprobó que, en efecto, el ambiente era totalmente festivo.

—Por un rato, estas buenas gentes han olvidado todos sus problemas —continuó Sebastien mirándolos con los ojos entrecerrados—. Mañana vuestros amigos albañiles llegarán a su destino y tendrán que trabajar de sol a sol durante varias jornadas para poder dar de comer a sus familias. Pero hoy, ahora, todo es perfecto.

Quedaron nuevamente en silencio, observando la escena.

Tras la barra, el posadero servía bebidas con denuedo. Los músicos se habían

subido a una pequeña tarima y tocaban desde allí. Mathius, entre ellos, iba acompañando cada vez con más seguridad las canciones. De vez en cuando, algún cliente bajaba de las habitaciones superiores acompañado de una de las meretrices. Algo más allá, dos guardias vigilaban discretamente para que la noche transcurriera sin altercados.

En medio del salón, los parroquianos bailaban, con Philippe en el centro. El muchacho, que sobresalía entre todos, danzaba y reía acompañado de una u otra. Apenas a unos pasos de él, otros daban palmas o taconeaban con fuerza.

Jean y Gaulton estaban abrazados por los hombros y se palmeaban las rodillas mientras lanzaban vítores al pelirrojo. Mathius reía con fuerza mientras dejaba a sus camaradas músicos para ir a buscar nuevas jarras de cerveza.

—Es curioso que, hace tan solo unas horas, todos estábamos rotos por dentro —dijo Marc—. Ahora reímos y bailamos.

—Me he enterado de ese asunto de la arena —contestó Sebastien, girándose de nuevo hacia él.

—Entonces ya sabéis lo de esa pobre mujer. Philippe dice que la niña era su hija. —Marc cerró los puños—. No deberíamos estar aquí.

—En realidad esta es la reacción más lógica —dijo para su sorpresa. El maestro organero reflexionó un momento, mientras se mesaba la barba, antes de explicarse—. Verás, la cabeza es como uno de esos embalses de Rock-Talhé. Si no dejas de echar agua encima, acabará desbordándose y anegándolo todo a su alrededor. Antes de que eso ocurra, los tahlianos prefieren dejar salir ellos mismos el agua, de manera controlada.

—No creo que esto que sentimos ahora mismo vaya a mejorar por estar aquí esta noche.

—Es solo una cuestión de tiempo. El ser humano no está hecho para cargar eternamente con reproches y culpas. No deberíamos empeñarnos en penar de esa manera, por tanto. —Sebastien dio un largo trago a su cerveza—. Y, sin embargo, lo hacemos.

Marc creyó percibir algo más, aparte de lo que decían sus palabras, pero no consideró oportuno indagar.

—Los jóvenes sois incluso más resistentes que todo eso —añadió el maestro mirándolo con un atisbo de sonrisa—. Tenéis una capacidad increíble para hacer el idiota y olvidaros de las cosas. ¿Quién puede decir si, acaso, no serán esos los mayores regalos del Creador?

—Estupidez y poca memoria; es curioso que los llaméis regalos —murmuró Marc, avergonzado nuevamente cuando vio que Philippe subía con dos muchachas por las escaleras.

El gigantón se había echado a cada una en un hombro y se dirigía a las habitaciones de arriba como si cargara con dos suaves almohadas. Marc calculó que entre las dos no sumaban el peso de su compañero.

Mathius y Gaulton le imprecaban desde abajo, dudando de su capacidad de aguante ante tan duros rivales. Sin embargo, Philippe no paraba de gritar alabanzas hacia su tremenda destreza y poderío, también en dichas lides. Las jóvenes no podían evitar reírse sin parar.

Marc y su acompañante saborearon la bebida durante unos minutos, disfrutando del ambiente, la música y las bromas de los otros compañeros.

—Creo que es importante, Marc, que no te reproches estos momentos tras lo que habéis pasado —insistió Sebastien al fin.

—Estamos aquí, como si nada hubiera sucedido —respondió él.

—No —contestó el maestro con suavidad—. Es evidente que ninguno de tus compañeros lo ha olvidado.

Era cierto. Las carcajadas de Philippe contenían una estridencia y una ansiedad que Marc no había notado antes; las bravuconadas de Gaulton parecían faltas de aplomo, como repetidas a fuerza de costumbre; Mathius conservaba el ingenio, pero sus hombros estaban algo hundidos y una sombra de tristeza le cubría el rostro; Jean, pese a su perenne opacidad, se quedaba a veces abstraído mirando la cerveza. Era evidente, en efecto, que los sucesos de esa mañana se habían cobrado un tributo.

—No te tortures, Marc. Me consta que no estuvo en vuestra mano hacerlo mejor. —El sacerdote le apretó el hombro con afecto—. Y gracias por devolverme tan pronto el libro. No esperaba encontrarlo al día siguiente de prestártelo. Fue un detalle esconderlo en el pedalero del órgano. Aprecio la discreción.

—A decir verdad, ya había leído *La insidia de Ágarot*, pero desconocía algunos de los pasajes que vuestra versión contiene —contestó él, muy interesado.

—La historia es larga y algunos párrafos pueden haberse perdido con el pasar de los siglos —contestó el maestro, encogiéndose de hombros.

—Es curioso, sin embargo, que todos esos fragmentos perdidos se refieran a derrotas del Imperio.

Sebastien carraspeó y bebió apresuradamente.

—Es posible que las autoridades de aquellos tiempos censuraran ciertas partes que podrían haber menoscabado la moral de las tropas.

—Sea como fuere —continuó Marc—, vencí a Mathius gracias a vos. Le dejé avanzar por mi terreno hasta que su centro estuvo muy lejos. Entonces atacé con toda la fuerza y sorpresa que fui capaz de reunir.

—Así es como lo cuenta el libro, en efecto. Por cierto ¿cómo van esos dolores de cabeza? —preguntó el anciano cambiando de tema.

—Esta mañana fueron un verdadero suplicio.

—Quizá deberías comentarlo a los sanadores —propuso Sebastien.

—No —contestó Marc—, no creo que sea tan importante. Solo es molesto. Y curioso. A propósito, ¿cómo conseguisteis ese ejemplar? —preguntó volviendo de nuevo al tema anterior.

—Oh, bueno, eso no es relevante, creo yo. En todo caso, creo que deberías

controlar a tu amigo. Me parece que está siendo demasiado incluso para él —dijo el maestro organero señalando con la cabeza a Philippe.

El gigantón había bajado ya de las habitaciones y bebía directamente de un odre que no tenía muy buen aspecto.

—Gracias, Sebastien. Creo que iré a cuidar del bebé más grande del mundo.

—Por supuesto. Nos veremos —se despidió el maestro tomando su jarra.

Marc se acercó a los otros, que lo recibieron entre risas y abrazos llenos de una cómica fraternidad ética. Sin embargo, era evidente que Philippe había bebido mucho más que cualquiera. Demasiado incluso para su privilegiada constitución.

—Marc, amigo mío, prueba esta bebida ¡es magnífica! —dijo ofreciéndole el odre. Luego se lo quedó mirando, pensativo, como si de repente dudara de lo que contenía—. Sabe a orín de cabra.

La boca del pelirrojo olía como si se usara habitualmente para destilar aguardiente uruthiano. Sus ojos estaban medio cerrados y se tambaleaba al intentar bailar.

—Philippe, es muy tarde, debemos irnos.

—¡Oh, vamos! La fiesta apenas acaba de empezar. Ven, te voy a presentar a una chica. No recuerdo su nombre, pero es muy simpática. —Al girarse, tropezó con Gaulton—. ¡Eh! He dicho que se la voy a presentar a él. Tú ya tienes suficiente con esa vieja hilandera del pueblo.

Mathius y Jean rieron hasta que se les saltaron las lágrimas.

Les costó largos minutos convencer a Philippe de que la taberna no se había quedado casi desierta porque la gente jugara a esconderse, sino porque se habían ido a dormir. En algunas de las mesas, incluso, había parroquianos que descansaban entre los vapores del alcohol. Por fin, cuando lograron sacarle de allí, tuvieron que ayudarlo a caminar todo el camino.

—Maldita mole, pesas más que una vaca —gruñía Gaulton cada vez que llegaba su turno de cargar con él.

Ya clareaba cuando divisaron las murallas del Monasterio. Philippe se puso tan contento de tener un poco más cerca su cama que comenzó a desafinar la canción que le habían enseñado los albañiles.

—Sus armas muy diversas son... —Philippe hipó sonoramente—... por algo es uruthiana.

Marc y Mathius se pasaron sus brazos por los hombros y lo ayudaron con el último tramo.

—Vamos, amigo, trata de guardar silencio. No creo que sea buena idea despertar a Melquior —le dijo este último.

—Soy un malnacido —balbució Philippe, sin poder pronunciar bien las palabras —, tenía que haber salvado a su madre.

—¿Qué has dicho? —preguntó Marc.

Philippe se lo quedó mirando un momento y lo abrazó entre risas. Después, cayó

cuan largo era.

La mañana llegó mucho antes de lo que hubieran deseado.

Marc entró en el comedor muerto de sueño y se encontró con Mathius, que lo saludó con un vago gesto de la cabeza.

—Deberíamos entrenar esto también —gruñó el mestizo—. Seguro que hay una maldita manera de evitarlo.

Marc sonrió y le palmeó la espalda antes de coger unas rebanadas de pan recién horneado.

Un momento después, entraron Jean y Gaulton, que tenían los ojos casi cerrados. El primero todavía se tambaleaba ligeramente.

—¿Y Philippe? —preguntó Jean frotándose la cabeza—. ¿Tan mal está que todavía no ha bajado?

—¿Has visto alguna vez una mula con resaca? —escupió Gaulton.

—Creo que estaría aquí, comiendo como un hambriento, si se hubiera despertado ya —murmuró Mathius.

Pero en el comedor no estaba.

Rápidamente se levantaron para ir corriendo, entre maldiciones, hasta sus aposentos. Se lo encontraron durmiendo como un niño, tirado en la cama con la ropa a medio quitar. Una de sus enormes botas estaba apoyada en la almohada, junto a él.

Gaulton lo despertó de una bofetada. Le lavaron la cara y lo vistieron entre todos. Philippe logró mantenerse en pie a duras penas.

—¿Estás bien? —preguntó Mathius.

El otro se lo quedó mirando un momento y eructó sonoramente. Después, se rascó la barriga y se tiró sobre la cama, riendo.

—Todavía está borracho —dijo Mathius asombrado—. Pero ¿qué demonios bebió anoche?

—Por lo que yo sé, media cosecha de Louisant —contestó Gaulton.

—Tenemos que hacer que coma —sentenció Jean— será la mejor manera de que se le pase.

Prácticamente lo tuvieron que llevar a rastras al comedor aunque, una vez allí, Philippe se sintió muy dichoso. Al punto, comenzó a canturrear unos versos, ciertamente obscenos, que ninguno recordaba. No obstante, ni siquiera habían empezado a desayunar cuando los pretorianos entraron por la puerta.

—Se os reclama en la arena —dijo escuetamente uno de ellos.

Los compañeros se miraron con preocupación antes de levantarse.

Melquior los recibió en cuanto llegaron. Tenía la túnica manchada de comida y parecía estar de muy mal humor.

Formaron en las gradas, ante el palco, y se pusieron en posición de firmes, aguardando sus instrucciones.

—Hoy tenéis un desafío —anunció el Señor del Monasterio tras unos momentos—. Uno de vosotros se va a enfrentar a un oponente formidable.

Entonces se volvió para recoger una nueva bolsa de dulces e hizo un gesto. Al momento entraron varios sacerdotes que llevaban las armas de los muchachos.

—Contra él no habrá más remedio que utilizar todas las enseñanzas que habéis recibido, esgrimir la Voluntad como nunca antes...

En ese momento, Melquior se dio cuenta de que Philippe se balanceaba ligeramente, incapaz de guardar del todo el equilibrio. Tenía una sonrisa bobalicona en el rostro y parecía musitar algo.

El sacerdote se abalanzó hacia él como un rayo y puso la cara muy cerca de la suya. Marc se dio cuenta, alarmado, de que la diferencia de estatura no era tan grande como le había parecido siempre.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó con un tono tan cortante como una cuchilla.

Philippe forzó una mueca de seriedad que no pudo, sin embargo, reprimir del todo una risa sofocada.

—¡Maldito gusano! ¡Baja ahí ahora mismo! Veremos si después de ver a tu oponente te ríes tanto —gritó Melquior fuera de sí.

Marc sintió como el dolor de cabeza regresaba poco a poco, pero con fuerza.

Philippe, totalmente borracho, bajó lentamente hasta la Arena y saltó desde el muro, tropezando torpemente al caer.

Melquior estaba rojo de ira y maldecía por lo bajo mientras comía un dulce tras otro. Él mismo agarró el arma del pelirrojo y la lanzó hacia abajo.

—Abrid el portón —ordenó secamente.

Un guardia hizo girar el mecanismo y luego subió precipitadamente a las gradas. Una profunda negrura quedó a la vista cuando la hoja terminó de moverse.

Los muchachos guardaron silencio. Después de todo lo visto en las últimas jornadas no se atrevían a imaginar qué podía salir de allí. Philippe, sin dejar de sonreír, se agachó para recoger su arma. Después se ajustó el pantalón mientras silbaba una de las canciones de la noche pasada.

En ese momento, un rugido hizo temblar la sala.

Poco a poco, el sonido de unas pisadas precedió a una criatura que tuvo que encorvarse para salir a la arena.

Ante ellos, tal y como había predicho Philippe tiempo atrás, estaba el troll.

Pese a que el joven era ya un coloso entre sus semejantes, aquel ser le sacaba al menos tres codos. Miraba hacia arriba con unos ojillos hundidos y brillantes y olisqueaba con un ruido grave. Tenía unos brazos desproporcionadamente grandes y gruesos como troncos. Por el contrario, las piernas eran muy cortas, aunque musculosas. La espalda, tan ancha que parecía una pared, mostraba por la parte de

arriba y sobre los hombros una pelambre dura como esquirlas de metal. La piel tenía en ciertas partes una composición escamada que formaba una suerte de placas con aspecto de ser extremadamente duras.

Philippe se había quedado sumido en un asombrado silencio, pero pronto su expresión fue cambiando hacia la de un niño al que acaban de entregar un hermoso regalo.

Como el que se dirige con diligencia a su trabajo, se echó el martillo al hombro y echó a andar hacia el animal.

El troll se giró con rapidez para agacharse en una postura claramente amenazadora. Al ver que el joven seguía acercándose lanzó un rugido que hizo temblar los pilares del edificio. Unos colmillos oscuros quedaron a la vista a la vez que el pelaje se le erizaba.

Philippe se echó a reír cuando vio la saliva que se escapaba por la boca de su adversario y se acercó un poco más con paso tambaleante. Pero, cuando la criatura se lanzó al ataque, toda diversión pareció esfumarse para dar paso a la tragedia: el joven dejó caer el martillo y quiso golpear con un arma que ya no sostenía. Mientras miraba extrañado hacia sus manos, el envite del monstruo lo levantó del suelo para hacerlo caer algo más allá con una mueca de dolor.

Philippe quedó tendido sin poder ponerse en pie. Ya no reía.

—Hay que ayudarlo —musitó Marc con extrema preocupación.

Sus puños estaban apretados y sentía como las migrañas le roían por dentro. Más abajo, el animal golpeaba al caído, pisoteándolo con furia. Philippe apenas podía hacer otra cosa que intentar defenderse con los brazos mientras de su boca se escapaban gotas de brillante color rojo.

—¡Debemos parar esto! —gritó el joven.

—Ni se te ocurra moverte de donde estás —gruñó Melquior, algo más allá.

El Señor del Monasterio se había puesto en pie y se cernía sobre la arena con avidez, agarrado al borde del palco. Sus ojos estaban fijos en el terrible espectáculo que se desarrollaba ante él y se estremecía de placer cada vez que el muchacho era golpeado. Una carcajada perversa se escapó de entre sus labios cuando el pelirrojo alzó una mano, intentando bloquear las acometidas de la bestia.

Al ver la insana sonrisa que cruzaba su rostro las piezas encajaron de pronto para Marc. El dolor de cabeza arreció durante unos segundos y luego, súbitamente, se evaporó.

Sin pensárselo dos veces, saltó a la arena, moviéndose hacia la espalda del monstruo.

De nada sirvieron los gritos de Melquior o las advertencias de los pretorianos. El joven recogió el martillo de su compañero a la carrera y saltó para imprimir toda la fuerza posible al golpe.

El troll rugió de dolor y se tambaleó hacia un lado. Cuando apartó la enorme manaza de la herida, su cabeza estaba cubierta de una espesa sangre parduzca.



Ante tal agresión a las normas Melquior se puso a gritar con el rostro congestionado y ordenó que detuvieran al desobediente aprendiz.

Pero súbitamente Mathius desarmó a uno de los guardias y se encaró con los pretorianos que llegaban desde más atrás, bloqueándoles el acceso a la arena. Jean y sobre todo Gaulton, mucho más reticentes, actuaron más por la inercia del entrenamiento que por ningún tipo de convicción. Cuando todo parecía estar algo más controlada arriba, Mathius saltó sobre el troll. En medio de la sorpresa le clavó su lanza hasta la empuñada. Marc solo tuvo que rematarlo de un potente revés con el martillo de Philippe, bien asido con las dos manos.

Tras asegurarse de un vistazo de que su compañero respiraba regularmente saltó, furioso y cubierto de sangre, hacia donde estaba Melquior.

—¡Eso ha sido una maldita temeridad! —le gritó en la cara.

—Te aseguro que vas a lamentar haber desobedecido mis órdenes —dijo el otro, alzando los brazos amenazadoramente.

A tan corta distancia, Marc fue consciente del desagradable olor de su aliento. La cara estaba recubierta de una telaraña de serpenteantes venillas y enrojecida en algunos puntos.

—No fuisteis capaces de salvar a aquella mujer y ahora pretendes redimirte ayudando al borracho de tu amigo.

—No eres mejor que la bestia que hemos matado —respondió él, sintiendo que el odio le quemaba por dentro, como un horno que comienza a adquirir demasiada temperatura.

—Me voy a asegurar de que este sea tu fin —siseó Melquior, llamando con un gesto a los pretorianos.

—Como aprendiz de inquisidor tengo el rango de árbitro —contestó él alzando la voz— y, por la autoridad que me ha conferido nuestro Emperador ¡exijo que la inquisición investigue a este sacerdote tocado por la mano del Demonio!

Todos los allí reunidos ahogaron una exclamación de asombro. Los pretorianos quedaron inmóviles, sin saber muy bien qué hacer ante el evidente conflicto de autoridad. Incluso su capitán miró a uno y otro con dudas por la magnitud de lo que acababa de escuchar.

Pero ni siquiera tuvo opción alguna: Melquior, rojo de furia, se abalanzó sobre Marc y le agarró del cuello. Al instante, el joven notó como el calor comenzaba a escaparse de su cuerpo.

Sus brazos cayeron a los costados mientras un poder desconocido comenzaba a drenarle hasta el último hálito de vida. Al contacto con el sacerdote, Marc pudo sentir que su supuesta humanidad no era más que un subterfugio. Lo que estaba ante él provenía de algún abismo lejano e insondable que escapaba a su comprensión. Aquel era un ser ignoto y más antiguo que las piedras sobre las que se asentaba el Monasterio. No había en el hombre que tenía ante sí nada de humano. Sus ojos parecían a punto de salirse de las cuencas, en un rictus de odio desquiciado. El color

de los mismos parecía retemblar mientras se movía, como si el iris estuviera formado por alguna viscosidad reptante.

—¡Os voy a mandar a todos al infierno! —gruñó Melquior apretando sus manos con más fuerza—. Te aseguro que no te gustará.

Mientras sus otros sentidos se apagaban, la capacidad de percepción de su mente se volvió más lúcida. Con la misma tranquilidad que si el tiempo se hubiera detenido, Marc sintió la presencia de sus compañeros cerca de él. A su alrededor había otras almas, que pertenecían a guardias y sacerdotes pero, sin duda, había una que resplandecía con más fuerza que las demás.

Se acercó a ella con nebulosa lentitud, solo para descubrir que ya conocía ese brillo. Era una energía benigna y amable, que le resultaba reconfortante en comparación con la otra. En el extremo opuesto, si giraba el foco de su atención, podía apreciar una negrura llena de maldad que solo podía pertenecer a Melquior.

El sacerdote se cernía sobre un ser que, poco a poco, se iba apagando. La sensación era angustiosa y, pese a que la luz de Aurore le reconfortaba, también parecía animarle a avanzar hacia esa llama, casi extinta.

El contraste entre esas dos fuerzas antagónicas pareció despertar la consciencia de Marc. De pronto, se encontró luchando con toda su fuerza de voluntad, tal y como le había enseñado la bruja, para recuperar el control de su cuerpo.

Muy lentamente al principio, el conocimiento almacenado durante largas jornadas acudió a su mente. Las varillas de madera, moviéndose hacia uno y otro lado, se convirtieron en las insidiosas garras que el sacerdote clavaba en el centro de su ser. Y, del mismo modo que había luchado en los ejercicios, Marc comenzó a utilizar la Voluntad para enfrentarse a lo oscuro por primera vez.

Poco a poco logró contrarrestar el poder de Melquior ante su mirada estupefacta. El empuje de Marc comenzó a ganar terreno hasta expulsar al sacerdote de su interior y, en cuanto sintió que sus entumecidos miembros volvían a responderle, lanzó su ataque.

Ferdinand solía decir: «si vuestra arma no está a mano, coged lo que tengáis más cerca y utilizadlo allí donde más daño pueda hacer».

Sin pensarlo un instante, Marc apartó los brazos de Melquior de un golpe y le hundió los pulgares en las cuencas de los ojos. El Señor del Monasterio le agarró de las muñecas, intentando detenerle, pero su resistencia cedió enseguida. Hubo unos angustiosos momentos de silencio y, después, el cuerpo del sacerdote cayó pesadamente.

Los presentes se quedaron mirando al joven, incluso el medio inconsciente Philippe. Los guardias asieron con temor sus espadas y se prepararon para lo peor.

Los compañeros, todavía con las armas en sus manos, se miraron unos a otros antes de volverse hacia Marc, en busca de dirección. Sin embargo, cuando el cuerpo de Melquior tocó el suelo Marc cayó también de rodillas, exhausto.

No hubo luchas, ni disquisiciones.

No pasó nada, hasta que Melquior habló con su profunda voz.

—Empezaba a dudar que superarais esta prueba.

Inmediatamente, los ojos se volvieron hacia la parte de atrás de la cámara, por donde acababa de entrar el Señor del Monasterio.

Llevaba la túnica escarlata absolutamente impoluta. La perilla estaba recortada con perfección y su rostro no presentaba ningún signo que no fuera el desdén y su acostumbrada seriedad.

Los guardias, los pretorianos y los muchachos lo miraban con la boca abierta, volviéndose para comprobar que el cuerpo que acababa de morir seguía donde había caído, pero él los observaba impassible.

—Sí, así es. Una prueba —insistió Melquior bajando hasta el palco—. Esta sucia copia lleva varios meses dando signos cada vez más evidentes de su naturaleza diabólica.

—Los dolores de cabeza —murmuró Marc.

—Sí, pero no solo eso —continuó el otro con evidente desprecio—. A todos os ha provocado alguna reacción extraña ¿no es cierto?

Ante su penetrante mirada, Gaulton no pudo por menos que agachar la cabeza. También Mathius parecía incómodo.

—Los pensamientos impuros os asaltaban intensamente sin comprender el motivo, pero no fuisteis capaces de razonar, pese a que las pistas estaban ahí. Tú ni siquiera te diste cuenta de que una gula voraz sustituía tu apetito, al placer que te reporta la comida —continuó Melquior señalando a Philippe, que se levantaba con dificultad protegiéndose una lesión en el pecho.

—Los sarpuillos que ocultas ¿no pensaste que pudieran tener algún significado? —Preguntó a Jean—. ¿Acaso pensáis que cuando estéis fuera y os encarguen una misión las brujas vendrán a apoyar sus cuellos en el filo de vuestras espadas? Compulsión, lujuria, pinchazos en la cabeza, los eccemas... pero tuvo que morir aquella mujer para que uno solo de vosotros comenzara a atar cabos. No os engañéis, este era un ser diabólico, pero dijo la verdad: podíais haberla salvado y no lo hicisteis. Su muerte es vuestro fracaso.

Los compañeros se encogieron ante las palabras del sacerdote. Por mucho que les dolieran sabían que eran ciertas.

—En todo caso, vuestro entrenamiento acaba aquí. Ya sois inquisidores.

## X

—¡Oh, sí! Penetramos en Ágarot con valentía y arrojo. Matamos y quemamos sin que nadie pudiera detenernos. La bandera del Emperador se alzaba orgullosa en vanguardia. La espada dorada resplandecía en nuestra armadura. Éramos la justa mano vengadora del Creador, el puño de su ira.

Pero, cuando súbitamente cortaron nuestra línea de suministros en la retaguardia, las cosas se tomaron mucho menos brillantes.

Sus flechas oscurecieron el cielo y la sangre de nuestros camaradas amenazó con ahogarnos.

—*La insidia de Ágarot*, versión desconocida.

La serenidad de la noche no había traído ningún tipo de sosiego a los muchachos. Las últimas palabras que habían escuchado del Señor del Monasterio los habían dejado estupefactos.

—Entonces ¿ya está? ¿No más sacerdotes oscuros? ¿Hemos terminado aquí? —preguntó Mathius.

—Tratándose del canalla de Melquior yo no me lo acabo de creer —contestó secamente Gaulton.

Estaban en uno de los jardines de la parte norte, entre unos arbolillos. Habían despejado un trozo de terreno para preparar una fogata y en ella cocinaban pequeños pedazos de carne pinchándolos en unas delgadas ramas. Pese a que el fuego crepitaba con alegría, los muchachos se mostraban taciturnos.

—Esto es demasiado serio para que se trate de otra de sus artimañas —dijo Jean.

—Pero no ha pasado todavía el tiempo suficiente. ¡Nos dijeron que tardaríamos dos años en completar la formación! —insistía Mathius.

—Parece que no quisieras terminar con esto —murmuró un Philippe bastante más callado de lo habitual.

—No es eso —contestó el otro—, es que me temo que nos esté preparando otra encerrona.

—No puede hacer nada —dijo de pronto Marc—, al menos, hasta que llegue el inquisidor.

—¡Es cierto! —Exclamó Mathius—. Según *El Código*, la petición de un árbitro no puede ser desoída.

—Entonces, ¿dentro de poco estaremos realmente frente a un inquisidor? —preguntó Gaulton con escepticismo.

—Eso parece —contestó Marc—. Aunque seamos aprendices se nos considera árbitros a casi todos los efectos. Por mucha autoridad que tenga Melquior no creo que pueda anular la intercesión de la Orden.

—Entonces veremos a un futuro compañero —murmuró Philippe.

—No veremos a un compañero, idiota, sino a un superior —le espetó Gaulton.

—No creo que manden a un caballero inquisidor solo para darnos unas palmaditas en la espalda —apostilló Jean.

—Sea como sea, estará muy por encima de nosotros —concluyó Mathius—.

Como mucho, somos aprendices en la Orden.

El momento era agradable. El verano había llegado antes de tiempo y la brisa era más que bienvenida. Tan cerca del fuego, los perfumes de la noche se disimulaban entre el humo y el olor de la comida. Las estrellas los observaban desde lo alto y una luna enorme brillaba con luz clara en el cielo.

—Estás muy callado, amigo —dijo Philippe tras unos minutos.

Marc hizo un gesto con la mano, como restándole importancia.

—Pensaba en la copia de Melquior. Cuando me sujetó.

—Quedaste como muerto —dijo Mathius—. Por un momento pareció que te habías desvanecido.

—Sentí que la vida se me iba. Las fuerzas me abandonaron y solo la Voluntad permitió que me aferrara a mí mismo. —Marc disimuló un escalofrío al recordar aquellos momentos.

—Me pregunto si Melquior tendrá también esa capacidad —dijo Mathius.

—No creo que sepamos nunca qué se esconde detrás de ese hombre —contestó Marc.

—Sería interesante saber cuál es realmente su autoridad. Todo el mundo le muestra algo más que respeto —comentó Philippe.

—Miedo —concluyó Mathius—. Ese hombre pondría los pelos de punta al mismísimo Elías.

—Es extraño —dijo Marc con cautela—, pero cuando esa copia me sujetó, sentí que no había ningún tipo de humanidad tras él.

—Un cascarón vacío —concluyó Gaulton—. El poseído no era sino un cuerpo vacío.

—No lo creo —contestó Marc—. Había una identidad muy clara en ese ser y era evidente que estaba profundamente vinculado a Melquior.

—Desde luego hablaba como él. Y se hacía odiar del mismo modo —dijo Philippe recuperando ligeramente su sonrisa.

—¿A qué te referías con que no había humanidad en él? —preguntó Jean con el ceño fruncido.

Marc se tomó su tiempo antes de contestar.

—Había un ser consciente controlándolo. Y su contacto resultaba extraño. Era algo antiguo, sabio y maligno. —Marc miró al suelo—. Por alguna razón, creo que esa presencia que controlaba la copia era el mismísimo Melquior.

—¿Estás diciendo que el muy bastardo no es humano? —preguntó Philippe.

Marc no contestó.

—Hay algo que no entiendo —dijo de pronto Jean—. Si Melquior se mantuvo oculto todo el tiempo ¿qué o de quién era ese cuerpo?

Por unos minutos, solo se oyó el sonido de la hoguera mientras los compañeros comían con cierta desgana. Al final, como solía suceder siempre, fue Philippe quien rompió el silencio.

—Oh, demonios, ¡se acabó! —dijo revolviendo en una bolsa—. Había robado esta botella para un momento especial. Si librarnos de Melquior no lo es, ¡que me caiga encima el mismísimo Roble!

Ni siquiera Gaulton pudo evitar sonreír.

Al tercer día desde la muerte de aquel ser llegó un jinete al Monasterio. Vestía ropas de viaje que habían sido curtidas a lo largo de muchas jornadas. El polvo del camino adornaba la capa y el sombrero de ala ancha. Llevaba una espada al cinto y una ballesta a la espalda.

El cuero oscuro, plagado de rozaduras y deslucidos, apenas disimulaba las robustas protecciones que había por debajo.

Sus ojos eran del mismo color castaño que los licores de Louisant. Sin embargo, la mirada era tan dura y penetrante como los puñales que llevaba al cinto. Todo en él daba una apariencia de brutal pragmatismo.

Lo recibieron en el patio que los había visto correr tantas veces. Los jóvenes se cuadraron ante él y Melquior saludó con forzado formalismo, inclinando la cabeza. Para los más perspicaces quedó claro que ya se conocían y que dicho conocimiento no se traducía, ni por asomo, en agrado.

El inquisidor adelantó una mano y sondeó al sacerdote. Después se volvió hacia los jóvenes para observarlos con detenimiento. Una media sonrisa precedió a sus palabras.

—Enhorabuena, hermanos. Ya sois ley.

—Saludos, maestro —dijo Marc.

Sebastien ojeaba varios legajos en los que se podía ver la compleja escritura musical que utilizaba. Estaba sentado en el banco del órgano, en lo alto de la pared frontal.

—Saludos, muchacho. —El maestro organero se volvió un instante después, extrañado ante el silencio del joven—. ¿Va todo bien?

—Nos vamos, señor.

Marc lo miraba desde la puerta de la capilla. Era la primera vez que no entraba por los ventanucos superiores.

—¿Alguna misión? Me pregunto de quién nos salvaréis esta vez. ¿Los salvajes uruthianos? ¿Esos taimados de Ágarot tal vez?

—No, maestro. Hemos terminado. Ya somos inquisidores.

El muchacho pudo sentir cómo la postura del otro cambiaba imperceptiblemente. Tras un momento se levantó y se inclinó.

—Entonces creo que debo disculparme por no haberos saludado debidamente. Su voz produjo tímidos ecos en la silenciosa capilla.

—Si fuera posible, preferiría consideraros mi amigo —respondió Marc trepando por una columna—. Y, por lo que tengo entendido, los amigos se tratan como iguales.

La sonrisa de Sebastien se perdió entre su barba. Esperó a que el muchacho subiera hasta el banco y le dejó un hueco.

—Vaya. Así que ya está. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que os hicieron árbitros?

—Un año y medio, aproximadamente.

—Chicos precoces. ¿Qué edad tenéis ahora?

—Cumpliremos veinte el día de la Conquista —contestó Marc.

—Oh, es cierto. Había olvidado que cumplís años todos a la vez.

Marc quedó callado durante unos momentos en los que su mirada se perdió entre los tapices.

—Vértigo ante el cambio ¿verdad?

—Sí, maestro —contestó Marc.

—Todo lo que amenaza nuestras costumbres tiende a crearnos intranquilidad aunque, a la postre, sea para mejor —dijo el otro con una significativa mirada—. Pero, lo importante es que aquello que realmente necesites siempre esté contigo, dentro de ti.

Sebastien se dio unos toquécitos con un dedo en la frente. Marc asintió.

—Estoy bien, maestro. Es solo que son muchos años entre estas murallas y siento que —el muchacho calló un momento— ya no recuerdo nada de antes.

Sebastien lo miró con algo muy cercano a la ternura.

—No me malinterpretéis. Ardo en deseos de presentarme ante el Emperador y comenzar a cumplir con mi deber; ¿vos lo conocéis? —dijo de pronto.

—¿Al emperador? Sí, lo he visto alguna vez —respondió Sebastien—. Supongo que ya sabréis que el hombre de cabello rubio que os entregó los Símbolos hace ya tiempo era él en persona.

Marc tragó saliva.

—¿Es cierto que es tan fuerte? ¿Se sirve, acaso, de la Voluntad? —preguntó, ávido de información.

—No sabría responder a eso, pero sí puedo decirte que he visto a hombres muy poderosos postrarse de rodillas ante él. Seguro que nuestro invitado puede añadir mucho al respecto —dijo haciendo un gesto hacia abajo.

En el pasillo central, cruzado de brazos, estaba el inquisidor que habían conocido esa misma mañana.

—Salve, Sebastien.

—Saludos, inquisidor. ¿Podría este humilde siervo del Imperio ofreceros algo de su música?

—Ojalá tuviera más tiempo para rozar el cielo en brazos de vuestro arte, pero he de partir inmediatamente. Tan solo quería compartir unas palabras con mi nuevo hermano.

Sebastien le dedicó una inclinación y se volvió hacia Marc.

—Te deseo suerte y felicidad. Allá donde vas, tanto una como otra serán regalos efímeros y necesarios.

—Gracias maestro. Gracias por todo —contestó Marc inclinando la cabeza. Después se volvió para saltar por encima de la baranda. Sin embargo, el maestro organero le agarró del hombro y lo atrajo hacia sí. Disimulando un abrazo, le susurró unas últimas palabras:

—No cambies, Marc. No dejes que la desazón nuble tu juicio. Permanece fiel a tu sentido de la justicia.

Antes de saltar hacia abajo, Marc no pudo evitar la mirada de Sebastien. Había un leve destello de esperanza en ella que no lograba entender.

El inquisidor caminaba sin el porte que Ferdinand desprendía. No reflejaba una palpable autosuficiencia como Melquior, ni la seguridad de Aurore. Todo en él era discreto y resuelto, privado de cualquier artificio. Se inclinaba ligeramente hacia adelante con cada paso y no podía evitar mirar imperceptiblemente a uno y otro lado.

Llevaba una curtida capa de viaje que ondeaba ligeramente a medida que sus vigorosas zancadas los llevaban hacia una de las portezuelas de la muralla.

—¿Puedo preguntar a dónde vamos, señor? —preguntó Marc cuando salieron al exterior.

El otro lo miró de reojo por debajo de su sombrero, sin detenerse.

—Puedes llamarme Adler —contestó dirigiéndose hacia un bosquecillo cercano—, sin más título. Ya no hay muchos señores a quien debas reconocer dignidad alguna.

En el momento en que alcanzaron la primera línea de árboles, relajó el paso, y se volvió hacia el joven.

—Se me dijo que tuviste un papel más que destacado en la cuestión del poseído.

Marc se encogió de hombros como respuesta.

—¿Todo acabó, finalmente? ¿Acude a ti en sueños? ¿Has escuchado susurros en algún lenguaje desconocido?

El muchacho negó con la cabeza.

—Solía tener migrañas cuando estaba cerca, pero todo eso acabó.

—Entiendo —dijo Adler sentándose en unas rocas que afloraban del suelo—. Sé por experiencia que es la prueba más dura. Siempre es difícil. ¿Cuántos murieron?

—Una mujer —contestó Marc torciendo el gesto.

—Me refiero a vosotros. ¿Cuántos aprendices?

—Ninguno.

Adler se levantó con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo es posible? ¿Acaso no consiguió agarraros a ninguno?

—Fue a mí a quien agarró.



El inquisidor quedó unos segundos en silencio, digiriendo las palabras de Marc.

—Entiendo —repitió finalmente, pero las rendijas en que se habían convertido sus ojos no hablaban sino de más preguntas.

—¿Es frecuente que mueran aspirantes en esa prueba?

—Tres buenos compañeros cayeron a mi lado antes de que lográramos acabar con él —contestó el inquisidor—. El que estaba en sus manos el primero, en cuestión de segundos.

—¿Cuántos inquisidores se confirmaron junto a ti? —preguntó Marc.

—Doce —contestó el otro.

El muchacho quedó en silencio unos segundos.

—Son muchos más que nosotros.

Adler se encogió de hombros y lo miró sin dejar entrever sus pensamientos.

—No acabo de entender el propósito de esta prueba —dijo de pronto Marc—. ¿Por qué matar a buenos servidores del Imperio? Cualquiera de nosotros podría ser un árbitro, un pretoriano, o un espía si no se nos considera dignos de la Orden. ¿Por qué destruir años de adiestramiento?

—La cuestión no es esa, hermano. Los inquisidores no somos únicamente guerreros, sino también un símbolo. Y un fallo, la pérdida de uno solo de nosotros se concibe como una tragedia para las gentes del Imperio.

Sus palabras se volvieron amargas, pero llenas de una vehemencia que emocionó a Marc. Sin darse cuenta, el muchacho abandonó la idea de preguntarle por la verdadera naturaleza del poseído. O lo que se escondía detrás de Melquior.

—Te temerán, sentirán más miedo que respeto, porque tú eres ley y tu palabra habrá de cumplirse sin cuestión. Se esconderán en sus casas por miedo a que los reclutes, los acuses o a que percibas algo oscuro en sus retoños. Las gentes son ignorantes y supersticiosas, sobre todo en Quiles —Adler chasqueó la lengua con desagrado—, pero acércate a una aldea que haya sufrido un ataque y te recibirán como si fueras el mismísimo Lám.

Marc asintió, dubitativo.

—Es por lo que no podemos sino ser perfectos, o lo que más se le parezca. Si uno de nosotros cae en un momento crítico, las consecuencias podrían ser terribles.

—Sea como sea, no comprendo por qué Melquior expuso a dos mujeres para seguir adelante con la prueba —contestó el muchacho, con gesto obstinado—. ¿Acaso no estamos para proteger a nuestras gentes?

—No te negaré que Melquior es despreciable, pero también condenadamente bueno en su tarea preparando inquisidores —contestó Adler—. Todavía no lo comprendes, pero sobrevivirás gracias a él.

—Aun así, deberíamos habernos dado cuenta antes. Había indicios. —Marc apretaba los puños y miraba al suelo con rabia—. Podríamos haber salvado a la mujer. La niña todavía tendría una madre.

—Marc, hermano. —Adler se acercó a él y le apretó afectuosamente el hombro.

En su rostro, casi se podía apreciar la compasión—. Él siempre dice que tendríamos que haberlo descubierto antes, pero no es fácil. Es condenadamente difícil detectar a un poseído y solo cuando hayas despachado a una docena podrás decir que estás preparado para enfrentarte a ellos.

Marc apretó los labios hasta que temblaron, pero no contestó.

—Verás más muertes en tu vida, hermano. Muchas más. Y no pocas serán inocentes. —Adler endureció su expresión—. Solo reza para que esas últimas no las causes tú.

Quedaron unos minutos allí fuera, entre árboles antiguos y el sonido un cercano riachuelo. Marc se fijó en que, bajo la capa de viaje del inquisidor, en ocasiones quedaba a la vista un peto metálico. La inusitada cantidad de grabados que se atisbaban en él no hacían sino remarcar las gestas que había protagonizado su portador.

—Me dio la impresión de que antes dijiste que te habían hablado de mí.

—Solo diré —contestó Adler— que las altísimas expectativas que has creado están justificadas. Los inquisidores somos duros como el martillo de un herrero. Cuando más nos golpean, más fuertes nos volvemos. Pero hay que estar hecho de una pasta que no conozco para liberarse del abrazo de un poseído y matarlo con las manos desnudas.

Marc agradeció sus palabras con un asentimiento.

—Al menos cuando eres un simple aprendiz —añadió con una sonrisa—. He de irme, algo me aguarda en Seléin, pero quiero que sepas que es un verdadero orgullo saludarte como hermano. Eres ley, Marc.

—Eres ley, Adler —contestó el joven devolviéndole el saludo y ambos se estrecharon calurosamente la mano.

—Todavía restan varios meses de lo que es el período usual de formación, pero habéis superado la última prueba, así que en dos días partiréis hacia la Catedral, donde os nombrarán inquisidores con toda la parafernalia que los cánones dictan. Marc —añadió con voz cómplice—, lo habéis hecho muy bien. No os apresuréis. Disfrutad estos días.

Sin saber qué más decir, Adler asintió y se marchó.

La noche siguiente, los cinco jóvenes fueron hasta una aldea cercana donde, ya en la taberna, Philippe les presentó a todas las mozas presentes.

Bebieron hasta no decir más que tonterías, pero también rieron como nunca y se juraron amistad eterna, pasase lo que pasase.

Marc volvió al Monasterio antes que los demás y fue directamente a ver a Aurore pero, cuando ya iba a llamar a su puerta se detuvo. Permaneció allí varios minutos, mirando fijamente la oscura madera. Después, dio media vuelta y se marchó.

Sin saber qué les deparaba el destino, los cuatro compañeros se reunieron al

amanecer para cabalgar pausadamente hasta Hýnos, la capital del Imperio.

## Segunda Parte

# I

De entre todas las brujas que torturaron a Thomenn Lysanna fue, sin duda, más cruel. Laceró una y otra vez a nuestro Salvador y, después, le echo sal en las heridas.

Se mofó de su sufrimiento y le aseguró que, cuando falleciera, los cuervos officiarían el entierro. Pero el Primer Emperador la buscó y la juzgó según la ley que Él le había enseñado.

La bruja, que podía derretir las piedras con su fuego impío, sucumbió a la justa ira del Primero.

—*El Manual*, cuarto capítulo.

Pese a que comenzó de un humor más bien taciturno, el largo camino hasta Hÿnos en compañía de sus compañeros fue toda una experiencia para Marc.

Todavía no habían cumplido veinte años pues, tras la muerte del supuesto Melquior, los juzgaron dignos de la Orden antes de lo previsto. Aun así, los jóvenes ya se habían convertido en hombres.

Todos, cada uno a su manera, eran apuestos y se los veía fuertes y saludables. Jean era el más delgado y apenas llegaba al metro setenta. Por contra, el coloso Philippe estaba a punto de superar los dos metros de altura y tenía unas espaldas anchas como las puertas de su antigua celda. Marc no podía por menos que compadecerse de su caballo.

Gaulton había endurecido aún más su carácter. La mirada de su ojo era afilada y su orgullo inquebrantable. No había entre ellos ninguno con más coraje y, en cuanto a sus habilidades en la lucha, podía rivalizar con cualquiera.

Mathius también había espigado en los últimos tiempos y, aunque su constitución distaba de ser robusta, tenía musculatura de acero. Su piel mostraba un característico tono bronceado que lo señalaba como un mestizo de Uruth, hecho que atraía no pocas miradas.

En cuanto a Marc, su cabello rubio lo distinguía de los demás. Tenía un tono tan claro que brillaba al sol y resultaba aún más infrecuente que el tono de piel de su compañero. Sus ojos eran de un azul suave, limpio y sincero, pero resultaban totalmente opacos a cualquier intento de adivinar lo que ocultaban.

Todos vestían ropajes oscuros aunque, por el momento, no llevaban el atuendo que los identificaría como inquisidores. No había sombreros de ala ancha ni capas ondeando vivamente tras ellos. Solo los Símbolos de plata revelaban su condición, a falta de ser confirmados por el Emperador y el Embajador.

En las aldeas, los campesinos les ofrecían comida, bebida y alojamiento en cuanto se percataban de su autoridad. Sin embargo, Marc notaba que lo hacían con más miedo que devoción. No era este el ambiente que recordaba en los pueblecillos de Louisant cuando viajaban de incógnito con Melquior.

—Hay mucha superstición —había comentado Philippe con cierta inseguridad—. Las gentes saben que la Orden lucha contra lo oculto. Seguramente crean que podemos estar embrujados. O que les vamos a pegar algún mal de ojo.

—No le des tantas vueltas —había respondido Gaulton—. Es normal que se porten así. Nos deben respeto y *El Código* dice claramente que han de mostrarnos hospitalidad.

A Marc no acababan de convencerle las opiniones de sus amigos, pero guardó silencio.

Finalmente, hartos de murmullos y rostros demasiado tensos, optaron por ocultar el Símbolo entre sus ropas. De este modo, los jóvenes avanzaron tranquilos hacia el oeste, disfrutando de una extraña sensación de anónima libertad. Cuando así les apetecía, paraban en pequeños pueblecillos haciéndose pasar por estudiantes de una academia militar. Sin embargo, también hubo alguna noche en que prefirieron dormir al raso, saboreando la ausencia de paredes a su alrededor. Por encima de ellos, una bóveda plagada de puntos brillantes les resultaba tan fascinante como, casi, desconocida.

Una noche Philippe cocinaba con cuidado la pieza que se había cobrado Mathius. Aquella misma tarde, ante la sorpresa de los demás, el mestizo se había lanzado hacia la espesura al galope, ballesta en mano. A los pocos minutos volvía con una cría de jabalí.

—Va a resultar que no solo tú tienes oídos, paliducho —espetó Gaulton a Jean.

Y allí estaban, a medio camino de la capital, bajo un cielo iluminado y una noche que olía a banquete y camaradería.

Gaulton afilaba con cuidado el sable ayudándose de una piedra de amolar; Marc charlaba tranquilamente con Mathius, algo más allá del fuego, pues la temperatura era agradable en esos días en que ni siquiera se intuye el otoño. Jean, por su parte, paseaba despacio y, de vez en cuando, se agachaba para reconocer alguna planta.

—Queridas mías, la cena está servida —anunció Philippe de pronto, con evidente satisfacción.

En el brazo sostenía un trapo en una burda imitación de los petulantes mayordomos que poblaban los palacios de Louisant o Hÿnos.

—Ya era hora —murmuró Gaulton haciendo caso omiso de la broma.

—No te quejes —dijo Philippe—. Estoy seguro que no comiste mejor en tus días de misiones en solitario.

—Lejanos quedan ya —contestó Mathius acercándose al fuego—, parece que hubieran pasado siglos.

—No me importaría repetir aquello —contestó Gaulton—. Fue liberador trabajar solo sin tener que estar cuidando de vuestros débiles traseros.

—Hacedle caso, él sabe mucho de traseros —murmuró Jean apenas con una sonrisa.

—¿Seguro que no echaste de menos el de esa oveja que tanto querías? —añadió Philippe.

—Aquella fue la primera vez que estábamos realmente solos a nuestra suerte — comentó Mathius con voz seria, mirando hacia la lejanía.

—No creo que lo digas en serio —contestó Jean tomando el trozo de carne que Philippe le ofrecía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Marc.

—Melquior no nos dejaría solos correteando por ahí. Somos unos juguetes demasiado valiosos para arriesgarse a que alguno decidiera por su cuenta que su formación ya había acabado.

—¿Estás diciendo que nos vigilaban? —Gaulton tomó un buen pedazo de carne sin quitar ojo a su compañero.

—¿Recordáis a aquel tahliano desmañado que decidió ser árbitro?

—¿Harcher? Manejaba bien la espada —dijo Mathius.

—No he conocido nunca a otro hombre al que le gusten más las mujeres —dijo Gaulton.

—Todos nos acordamos de él, evidentemente —confirmó Philippe—. Pero lo que realmente le gustaba era ejercitar su verga. La diana hacia la que la dirigía era, en realidad, lo menos importante.

—En el Monasterio se rumoreaba algo sobre una vaca —señaló Mathius entrecerrando los ojos.

—¡Por el falo del Rey Brujo! —exclamó Philippe con una mueca asqueada—. ¿Es posible que hayamos convivido con tal degenerado?

—Lo cierto es que Harcher realizó brillantemente su misión —prosiguió Jean—. Localizó y ejecutó sin pérdida de tiempo a un sargento desertor que había asesinado a dos de sus subordinados. Sin embargo, cuando nuestro antiguo compañero se vio solo y victorioso en medio de Seléin, no fue inmediatamente hacia el Monasterio como nos habían indicado expresamente. De hecho, dio media vuelta y se marchó en dirección noroeste.

Los compañeros miraron extrañados a su amigo. A ninguno se le habría ocurrido en ningún momento desobedecer una orden directa de Melquior.

—¿Hacia Rock-Talhé? —preguntó Mathius.

—¿Tan necesitado estaba de descanso? —preguntó Philippe—. Porque iría a una posada, claro.

Jean no contestó. Masticó lentamente y, tras pegar un sorbo al pellejo de vino que iban pasando entre ellos, prosiguió.

—Nuestro buen Harcher partió a toda velocidad hacia Cordes.

Philippe escupió cuanto tenía en la boca en una potente carcajada y sus compañeros se unieron a las risas.

—¿A dónde iba ir sino a la ciudad del vicio? —preguntó el gigantón enjugándose las lágrimas.

—El caso es que el burdel al que se dirigió estaba un poco más allá del desvío que hay que tomar para dirigirse directamente al norte. Hacia Rock-Talhé; o Ágarot.

—Jean, ¿cómo es posible que sepas eso? —preguntó Marc de pronto.

—Cuando estuve en la Catedral hice buenas migas con una o dos personas —respondió él, esquivo—. Alguna de ellas tiende a hablar cuando bebe.

—Eres un sucio embaucador —gruñó Gaulton.

—Sea como fuere, Harcher hizo la elección de su vida cuando decidió torcer a la izquierda y dirigirse hacia el burdel. Allí lo esperaba un pelotón entero de la guardia del Monasterio.

—¿Es eso algo bueno? —preguntó Mathius arqueando una ceja.

—No, pero la otra opción habría sido agonizar en una sucia cuneta del Camino Nuevo, donde lo esperaba Adler.

Philippe lanzó un silbido y quedaron enmudecidos. Tras unos segundos, Gaulton rompió el silencio:

—Bah, en el fondo es normal. La lealtad es incuestionable entre aquellos que sirven al Imperio. Cualquiera hubiéramos condenado su deserción.

Ninguno replicó, pero quedaron sumidos en sus propias reflexiones durante largo rato.

Al día siguiente llegaron a la ciudad más grande que dejarían atrás antes de ver Hÿnos.

Champs d'Or era la capital de Louisant. Los campos de trigo que la habían hecho famosa, se extendían como un mar de oro alrededor de ella hasta perderse en la lejanía. La prosperidad de sus cosechas permitían medrar a muchos y, por lo general, los campesinos que labraban sus tierras vivían de manera holgada.

Al tener una producción agrícola tan importante, la actividad ganadera había ido ganando también interés con el pasar de los siglos y las ferias que se celebraban extramuros eran de las más importantes del Imperio.

Champs d'Or era en aquellos tiempos el centro comercial más importante de la segunda provincia. El mercado de la ciudad constituía un bullicioso espacio atestado de puestecillos que atraía a comerciantes de todos los rincones del Imperio, e incluso de más allá.

En sus callejuelas se podía encontrar cualquier tipo de alimento o especia que pudiera requerir hasta el más exquisito de los nobles. Había ropas y vestidos de todo tipo de facturas y calidades; juguetes y animales de compañía; también se ofrecían objetos de decoración y algunas de las forjas de la ciudad habían obtenido un merecido prestigio.

No era infrecuente tampoco ver algún Uruthiano vendiendo frutas exóticas de piel muy dura, pañuelos de vivísimos colores, piedras preciosas o sus característicos puñales de fundas enjoadas.

Incluso podía encontrarse algún mercader de Ágarot, pero estos eran mucho menos frecuentes y, por lo general, procuraban evitar las calles más transitadas. La



guardia de la ciudad no era conocida por ser demasiado transigente con los extranjeros. No obstante, la orfebrería y, especialmente, la calidad de su seda eran muy apreciadas por los más adinerados, por lo que se solía tolerar su presencia.

—Si por mí fuera, enviaría a esos adoradores de Gillean de vuelta a su apestado país de una patada —había declarado Gaulton la primera vez que vieron a uno de estos mercaderes.

—Puede que adoren al demonio —replicó Mathius—, pero la mitad de las mujeres nobles del Imperio viste con sus telas.

—Y la otra mitad lo desearía —añadió Philippe con sorna.

A medida que se aproximaban a la población, los muchachos observaron un creciente flujo de viajeros que se dirigía también hacia allá. Para cuando los guardias les dieron el alto junto a las puertas, a los pies de la muralla, ya habían desmontado para avanzar lentamente a pie.

Mientras Mathius hablaba con los guardias y les mostraba discretamente el Símbolo, Marc dejó que su mirada se perdiera entre el gentío.

Había un hombre que regateaba con otro el precio de unas gallinas. El primero permanecía con los brazos cruzados y fingía sentirse ofendido. El otro, con el rostro arrebolado, gesticulaba exageradamente.

Más allá, una mujer demasiado maquillada se dejaba engatusar por un elegante caballero, sin dejar de mirar furtivamente hacia su bolsa.

Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue una familia que lloraba desconsolada al otro lado de la puerta. El padre hablaba con el superior que había sido requerido por los guardias, mientras la mujer trataba de consolar a una niña pequeña. Otro niño, poco mayor, se le abrazaba a las piernas, entre llantos.

Por las palabras que pudo leer de los temblorosos labios del hombre, Marc dedujo que habían sido asaltados mientras transportaban su mercancía a la ciudad.

Cuando ya estaba a punto de dirigirse hacia allá, Philippe lo retuvo agarrándolo por el hombro.

—Amigo, esta ciudad ya tiene sus guardias y sus buenos agentes. Y nosotros tenemos nuestras órdenes.

Sin estar muy convencido, Marc asintió y se encaminó hacia el centro de la ciudad con sus compañeros, no sin mirar varias veces hacia atrás.

La posada en la que se hospedaron mientras duró su estancia en Champs d'Or era un negocio discreto, en una parte más bien modesta de la ciudad. Allí les ofrecieron dos pequeñas habitaciones sin grandes ornamentos pero acogedoras y con sábanas limpias. El hombre que estaba a cargo les anunció de carretilla que había dos camas por pieza y un baño cada dos días incluido en el precio. La comida tendría un descuento para huéspedes tan distinguidos.

Los muchachos pagaron, pero usaron menos esas camas que otras. Y los baños

que se dieron no fueron, precisamente, en ese lugar.

La ciudad les ofrecía tantas posibilidades que las dos jornadas que se pusieron como máximo para permanecer allí se les hicieron cortas y llenas de emoción.

La mañana del primer día madrugaron para visitar el mercado, repleto productos que desconocían. Mathius compró un bello y carísimo pañuelo uruthiano de un tono oscuro que se puso al cuello. El mercader le cobró veinte emperadores de plata sin quitarle el ojo de encima, pues su piel era apenas un poco más bronceada que la del muchacho. Sin embargo, Mathius no se dio por enterado y siguieron adelante.

Gaulton pagó una cantidad similar por un puñal que tenía la marca inconfundible de los artesanos de Rock-Talhé. La hoja era recta y tenía un matiz azulado que la hacía brillar ligeramente bajo el sol. La empuñadura estaba protegida por una cubierta de cuero en la que habían impreso a fuego una espiral. El pomo era una sólida roca negra pulida, el símbolo inequívoco de la tercera provincia.

Philippe gastó su dinero, sobre todo, en distintos placeres culinarios. Compró dulces típicos de la ciudad y se dejó engatusar por vinateros que ofrecían bebidas especiadas. Probó un par de frutas que ninguno conocía, originarias de las costas sureñas, según el vendedor. Uno de los puestos que visitó exhibía quesos cuyo olor era tan penetrante que hacía salivar al muchacho. Por último, se dejó guiar por su nariz hasta tres puestos distintos en los que probó otros tantos pedazos de carne, uno de los cuales era llamado ostentosamente «lengua de bruja».

Philippe estaba charlando con la boca llena acerca de la naturaleza de la carne cuando, de pronto, se llevó la mano a la bolsa e izó a un pequeño ratero. El niño, que difícilmente tendría más de siete años, forcejeó contra la presa implacable que lo sujetaba hasta que se vio elevado a casi dos metros del suelo. Ante él estaba la sonrosada cara de un joven pelirrojo que comía a dos carrillos.

Philippe acabó su aperitivo de un mordisco y luego acercó sus ojos a los del pequeño.

—No lo volverás a hacer, ¿verdad?

El muchacho miró de nuevo hacia un suelo demasiado lejano y negó con la cabeza. Su cara estaba sucia y la ropa era poco menos que unos jirones remendados.

—Maese cocinero —dijo el gigantón dirigiéndose hacia el dueño del puesto en el que se encontraban—, creo que tengo la suficiente autoridad y conocimiento del tema para reconocer que sois mucho mejor que cualquiera de esos cuecepatos que pululan por aquí. ¿Aceptaríais este pago como beca para tomar a este muchacho de aprendiz? —preguntó Philippe mostrándole dos relucientes emperadores de oro.

El vendedor abrió mucho los ojos y asintió con la boca abierta, sin ser capaz de articular palabra. Tomó las monedas con la misma delicadeza que si temiera que se le fueran a romper entre los dedos y se las quedó mirando, embobado.

—Muchacho, si sigues los consejos de este hombre, no pasarás hambre ni frío nunca más. Tendrás un trabajo honrado en el futuro y la gente te respetará. —El niño miraba fijamente al gigantón, que lo seguía manteniendo en las alturas—. Sin

embargo, si sigues por el mismo camino, alguien te atrapará más pronto que tarde, como he hecho yo.

La mirada de Philippe comenzó a endurecerse lentamente, haciéndolo parecer tan peligroso como cuando blandía su martillo en combate.

—Un día recibirás un mal golpe, quedarás tullido de por vida y ya no podrás correr. Entonces, te verás obligado a mendigar o algo peor. —Llegados a este punto, el niño tragó saliva, asustado—. Y te aseguro que el poco tiempo que te reste antes de morir, solo y enfermo en algún sucio rincón, será triste y agónico.

Casi parecía que el silencio se hubiera hecho alrededor de los presentes. El pequeño miraba aterrado a los ojos del inquisidor, mientras que el comerciante sostenía los dos emperadores embobado, como si fuera una estatua.

—Sin embargo eso no pasará —dijo Philippe, sonriendo de pronto.

Súbitamente todos tuvieron la misma sensación que si una tormenta hubiera escampado justo cuando estaba a punto de descargar un infierno.

—No pasará porque prestarás atención a lo que este buen hombre puede enseñarte y lo ayudarás en el trabajo. A cambio, él te protegerá, te dará alimento y cobijo. Dentro de poco, serás un respetado cocinero, ¿verdad?

Con la última frase, Philippe se estiró para acercarle un pedazo de carne que el muchacho cogió entre sus manitas, asintiendo sin dudar. En el gesto, casi por descuido, el símbolo y una significativa mirada de Philippe quedaron a la vista para el impresionado comerciante.

—Acabará aburrido de él y lo echará a las mismas calles de las que proviene —dijo Gaulton cuando partieron.

—No lo creo —contestó Philippe olisqueando de nuevo—. De hecho, me estaba preguntando ahora mismo cual es el más afortunado de los dos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Marc.

—Cuando estábamos en el puesto de enfrente una pareja se acercó y le dio el pésame por la muerte de su mujer. No preguntaron por hijos. —Philippe desenvolvió una empanada de carne que había guardado en un trapo—. Si mi intuición culinaria no me falla, se llevarán bien.

Los compañeros quedaron atónitos ante la perspicacia del muchacho.

El mercado era ya un bullicioso hormiguero cuando apenas habían pasado un par de horas desde que llegaron. Los clientes se mezclaban con mozos que acarreaban mercancías a los puestos. Los tenderos anunciaban a voces la calidad sin par de sus productos y sus gritos se mezclaban con los de los niños que correteaban de acá para allá.

Incluso en los puestos más alejados, Philippe podía identificar todavía un buen número de olores familiares y otros totalmente desconocidos. Allí, en la periferia del mercado, se arracimaban los vendedores de animales.

Dejaron atrás un puesto en el que aseguraban que sus gallinas eran las más generosas del Imperio; otro, según el vendedor, era el único lugar donde obtener un

lechón con la carne tan tierna como la mantequilla; un poco más allá, un comerciante enmarcado por telas de colores vivísimos ofrecía todo tipo de mascotas, desde pájaros exóticos a cachorros juguetones.

Pero, por detrás de estos últimos puestos, fue el templo del Santo Lám lo que acaparó la atención de los compañeros.

Llegaron a sus puertas justo cuando las campanas hacían su llamada matinal. Docenas de fieles ocupaban ya los bancos cuando los cinco jóvenes entraron para presentar sus respetos.

En aquel sagrado recinto guardaban una de las pocas reliquias que quedaban de aquel hombre. En medio del altar, justo debajo de una gran Hoja de Roble bañada en oro, había un pequeño cofre en el que los sacerdotes conservaban todavía un hueso del Santo. Miles de peregrinos de todas partes del Imperio acudían a Champs d'Or para rezar en la capilla o pedir su intercesión en algún asunto.

*El Manual* hablaba de la bondad con que Lám había ayudado en tiempos de Thomenn a todos los necesitados. Lo mismo había asistido al que estaba solo o enfermo que al que, simplemente, se veía invadido por la tristeza.

Las gentes todavía vertían lágrimas cuando los sacerdotes narraban los Hechos y la manera en que había muerto a manos de las brujas el más querido de los Compañeros de Thomenn. Tal era el cariño que se había ganado en vida que, a su muerte, se fundó la Compañía de Lám. La organización continuaba desde entonces ayudando a los más desfavorecidos en las Cuatro Provincias.

Fue en la puerta de uno de sus comedores donde Marc vio por segunda vez a la familia que había llamado su atención en las puertas de la muralla.

Acababan de salir del Templo, junto con un buen número de fieles, cuando el muchacho se fijó por casualidad en ellos.

La pareja estaba sentada en un banco con gesto abatido mientras sus hijos jugaban un poco más allá, felices en su ignorancia infantil. Pero, en ese momento el padre se levantó para dirigirse decididamente a un par de soldados que también salían de la iglesia.

Marc se detuvo para observar cómo el de más graduación lo recibía con un gesto cansino y negaba una y otra vez con la cabeza. El padre hablaba con gran vehemencia y la mujer se acercó rápidamente con los ojos llenos de lágrimas. El otro soldado se interpuso entre la pareja y su superior y alzó un índice amenazadoramente.

Justo cuando hacía el amago de llevarse mano a la espada Marc llegó a su altura. De nada sirvió la mano que Philippe le puso en el hombro.

—¿Qué sucede? —preguntó escuetamente el muchacho a tiempo de detener una discusión que iba intensificándose por momentos.

Los soldados lo miraron y el más joven le recriminó con la mano todavía en el pomo de la espada:

—¿Quién eres tú para preguntar nada?

Marc enseñó discretamente el símbolo.

El soldado bisoño se quedó mirándolo embobado, sin alcanzar a comprender del todo la magnitud de ese simple gesto. Sin embargo, su superior le apartó de un empujón y saludó a Marc con una profunda inclinación de cabeza.

—Saludos, inquisidor. Sois ley —dijo en voz baja—. Ruego disculpéis a mi acompañante, es un buen soldado, pero la sangre le corre joven e impulsiva por las venas.

—Sargento —saludó Marc al más veterano.

La pareja los miraba con los ojos muy abiertos, mientras el soldado más joven se retiraba un par de pasos con la mirada baja.

—¿Qué es lo que sucede?

—Mi señor —contestó el soldado, cuyo rostro serio se veía acentuado por un rotundo bigote—, esta familia fue asaltada cuando conducían su carromato al mercado de la ciudad.

—¡Nos han robado todo, buen señor! —dijo el hombre dirigiéndose directamente a Marc. Tenía unas ojeras muy pronunciadas y los ojos enrojecidos—. Todas las prendas de cuero que fabricamos mi mujer y yo, el carro y el caballo. ¡No nos queda nada!

Marc se giró hacia el sargento, que carraspeó con un nerviosismo que intentaba disimular.

—Hace poco se divisó una partida de guerra de Uruth, cerca de la frontera. Los barones se pusieron enseguida de acuerdo para movilizar un gran número de efectivos. He mandado investigar lo que le sucedió a esta familia, pero no tenemos ni un solo rastreador disponible, todos están en el norte. Mandé dos pelotones a los bosques, pero no dieron con nada.

Marc seguía mirándolo inexpresivamente.

—¿Ha sopesado la posibilidad de dividir los pelotones en partidas de exploración para cubrir más terreno? —preguntó Gaulton con gesto hosco, desde más atrás.

—Mi señor —contestó el sargento, abriendo mucho los ojos y saludando de nuevo.

En ese momento, pareció darse cuenta de que los otros tres jóvenes también tenían una mirada dura y peligrosa, así que se inclinó de nuevo, una vez por cada uno de ellos.

—No he mandado partidas de exploración por miedo a perder a mis hombres —dijo con un ligero temblor en la voz—. Esos bandidos son peligrosos y su número elevado. No es el primer informe que tenemos de sus actividades.

Marc giró la cabeza para ver llegar a los pequeños, que se agarraron de la mano de sus padres. Tenían el cabello revuelto y los mofletes sucios. Ambos llevaban unas zapatillas hechas con la tela basta que usaban los hermanos de Lám para confeccionar sacos y miraban con unos enormes ojos llenos de temor.

—Indicadnos el lugar en que os asaltaron —le dijo a la pareja. Después, saludó al sargento con un breve gesto de la cabeza y al otro soldado con una intensa mirada.

—El emperador nos guarda —recitó Philippe sonriendo a todos.

En Rock-Talhé apenas hay bosques. Encontrar un árbol alto, más o menos recto y bien formado como los que pueblan Seléin o, en menor medida, las otras dos provincias, es algo casi inaudito. Lo que si abunda, en cambio, son esos arbolillos retorcidos que llaman «encorvados». Son pequeños, apenas levantan del suelo más de dos o tres metros como mucho y sus ramas crecen desordenadamente, otorgándoles una apariencia desmañada.

No es frecuente, por tanto, que un tahliano se convierta en consumado trepador. Sin embargo, Kerk lo era.

Aquella tarde le tocaba el turno de guardia, por lo que, no sin cierto orgullo, se encaramó a un hermoso pino desde el que podía observar cualquier ruta de aproximación al campamento. Dudaba que alguno de sus compañeros pudiera igualar su destreza en la escalada.

Había conocido a uno de los muchachos de Frinz cuando, por pura casualidad, los contrataron para robar en una casa de Champs d'Or. Chispa era un quileño que, al parecer, carecía del carácter huraño de su gente. Era divertido, risueño y bromeaba hasta con cuestiones que ahondaban en el mal gusto. Fue él quien le puso en contacto con un sacerdote que reclamaba la imagen de una de las pocas santas que reconocía el Imperio. Un colega de su capilla se la había llevado para colocarla en su propia residencia sin ser digno de ello.

A Kerk y a Chispa les importaba muy poco quién era su legítimo custodio, pero la suma que les habían prometido sí que se adecuaba a los preceptos de su propia religión.

Todo fue bien y dieron un par de golpes más antes de que lo llevaran ante Frinz.

El líder de los bandidos era un antiguo soldado del Imperio, cínico, socarrón y temido por todos los que lo rodeaban. No es que cualquiera de ellos no fuera suficientemente peligroso o no se hubiera curtido en mil refriegas, es que Frinz, además, era astuto e impredecible como un gato salvaje.

Bajo su mando habían ido moviéndose por las cuatro provincias, para volver periódicamente a la base que habían sentado en Stromferst. Lo cierto es que sus golpes habían ido muy bien y, poco a poco, Kerk se había labrado una reputación debido a la facilidad que tenía para moverse en silencio.

Sin embargo, el muchacho que vio cuando giró la cabeza, hacía que su reconocido sigilo fuera comparable al que demostraría un troll en una vidriería.

Kerk, sentado a horcajadas sobre una gruesa rama, permaneció inmóvil unos instantes mirando incrédulo al joven que permanecía en la otra, colgado boca abajo. Era imposible que hubiera subido por el mismo tronco sin que se hubiera dado cuenta. Y, sin embargo, parecía que así había sido.

Tragó saliva. Después, en el tiempo que necesitó para llenarse los pulmones de

aire para gritar, el otro se abalanzó sobre él y le golpeó con el canto de la mano en la garganta. Kerk no pudo volver a hablar correctamente en más de una semana. Y, por supuesto, no gritó.

El golpe hizo que cayera hacia atrás, precipitándose en una maraña de rasguños y golpes secos contra las ramas a una velocidad creciente. Sin embargo, una mano fuerte lo sujetó y detuvo la caída. Inmediatamente, Kerk desenfundó su cuchillo y trató de apuñalar al joven. El otro lo desarmó de un manotazo y el ladrón volvió a caer.

Mientras veía el suelo acercarse, cada vez a más velocidad, se preguntó de dónde sería el muchacho, que tenía una piel tan pálida, y cómo era posible que se moviera con tanta seguridad entre las ramas.

Casi se había despedido ya de los placeres que hubiera podido disfrutar en vida cuando, de nuevo, fue sujetado en medio de la caída. Notó cómo su cuerpo se frenaba poco a poco de un modo extraño, como si el mismo aire lo impulsara hacia arriba. Sus tripas se revolvieron y, en el último momento, una manaza lo agarró por el jubón.

Quedó colgando cerca de la base del árbol sin creerse del todo que estuviera vivo. A su lado, un caballo lo miraba con indiferencia. Sobre el animal iba montado uno de los hombres más grandes que el tahliano había visto nunca. Sonreía abiertamente y su rostro, amable y lleno de pecas, culminaba en un llamativo cabello rojo y rizado.

—No hagas ruido, o tendré que golpearte —le dijo sin mudar la expresión de su rostro.

Kerk contempló el rotundo brazo que lo sujetaba como si fuera un conejillo y llegó rápidamente a la conclusión de que no le agradaría lo más mínimo ser golpeado por ese gigante.

Por detrás, llegaron otros dos muchachos, y el bandido se dio cuenta de que eran igual de jóvenes. Uno era muy apuesto. Tenía el cabello rubio y sus rasgos eran finos y bellos. Se movía con decisión y una elegancia natural poco común. El otro tenía un parche en un ojo y su mirada era torva y amenazante. Kerk fue consciente del miedo que sentía solo cuando este último se le acercó.

El que bajaba del árbol se desenganchó un garfio de escalada y, a un gesto suyo, los tres desmontaron y ataron a los caballos.

—¿Cuántos sois? —le preguntó el que tenía los ojos azules.

El ladrón intentó contestar, pero solo sonó un gorgoteo sordo. Carraspeo, tragó saliva y lo volvió a intentar con idéntico resultado. Finalmente, abrió las dos manos y luego mostró seis dedos.

—Dieciséis —dijo el otro.

Kerk asintió.

Los jóvenes se lanzaron un par de gestos y comenzaron a avanzar. El que lo sujetaba le ató las manos y luego le dio una palmada en la espalda para indicarle que se moviera.

En los siguientes minutos, Kerk comprobó con cierta envidia que aquellos

muchachos eran aún más sigilosos que él. De hecho, el más pálido había desaparecido sin que se diera cuenta, casi como si se hubiera esfumado.

El grandullón iba un poco más atrás con él, mientras los otros se movían en un arco amplio más adelante. Todos llevaban la vista fija al frente, como si vieran algo que a él se le escapaba, y no cabía duda de que se dirigían en línea recta hacia el campamento de Frinz. Lo que no podía entender era cómo sabían exactamente donde se encontraba. Ni qué esperaban hacer una vez que llegaran allí. El líder de los bandidos contaba con un buen número de hombres, aun teniendo en cuenta que algunos habían partido tras el último golpe.

Los jóvenes abordaron el claro por la parte que tenía una vegetación más poblada, como si ya conocieran el terreno. Escondido entre el follaje, Kerk observó cómo se detenían para estudiar a sus colegas y, por un momento sopesó la idea de intentar advertirlos. Sin embargo, una mirada más detenida al gigantón que tenía al lado le hizo abandonar definitivamente esa idea: el muchacho debía de ser, al menos, diez o quince años más joven que él. Su piel, no obstante, estaba tan curtida como la suya y mostraba pequeñas cicatrices por doquier. En cuanto a la musculatura de sus brazos remangados o aquella que se intuía bajo los ropajes, no había uno solo de los bandidos que pudiera comparársele. Cuando, de nuevo, volvió su rostro hacia él, confiado y sonriente como si estuviera paseando por el campo, Kerk decidió definitivamente que sería mejor que asistiera a aquello solo como espectador.

Frinz estaba tirado sobre una esterilla, absorto en la lectura de un viejo tomo. Algunos de sus subordinados dormitaban, no muy lejos, y otros jugaban a los dados. Según el número que había dado Kerk faltaban unos cuantos más, Chispa entre ellos.

Los dos jóvenes que permanecían en vanguardia murmuraron algo y el que llevaba el parche sacudió la cabeza, con aparente desagrado. Entonces, el rubio se levantó y avanzó, seguido de mala gana por el otro.

—Estáis detenidos, por el poder del Emperador. Deponed las armas y no sufriréis daño —dijo con voz alta y firme, penetrando en el claro con decisión.

El silencio que siguió estaba cargado de sorpresa. Los bandidos los miraron sin dar crédito a lo que veían, y se giraron hacia su líder. Frinz tenía una ceja enarcada y los contemplaba fijamente. Mucho más atrás, Kerk era el más sorprendido de todos. No entendía por qué los muchachos abandonaban la ventaja que les había otorgado el sigilo para mostrarse abiertamente ante ellos.

—No veo por qué deberíamos hacerlo, amigo —contestó finalmente el líder de los bandidos, poniéndose en pie con gran parsimonia.

Frinz miró a uno y otro lado, como esperando que aparecieran en cualquier momento varios pelotones de soldados.

—Se os acusa de robo y agresión —contestó el joven—. Si os entregáis ahora tendréis un juicio justo. Si no, nos obligaréis a utilizar la fuerza.

—Lo cual sería mucho más divertido —apostilló su compañero mientras se frotaba el parche.



Los bandidos permanecieron unos instantes en silencio, oteando la espesura, pero pronto se oyeron las primeras risillas y empuñaron las armas entre burlas y sonrisas desdeñosas. El lugarteniente de Frinz sujetó su arco contra el suelo para colocarle lentamente la cuerda.

—Mi buen señor de cabellos dorados —contestó este, realizando una cómica reverencia—, me temo que eso no será posible. Somos buenos ciudadanos del Imperio ¿verdad? —Sus hombres le dieron la razón entre risas—. Así que tenemos el deber de protegernos de los desconocidos que nos amenazan en medio del bosque sin que hayamos hecho nada malo.

Hubo un momento de tensión hasta que, de repente, el joven del parche desenvainó y se lanzó hacia adelante.

A partir de ahí todo sucedió a una velocidad asombrosa.

El muchacho rubio se desenganchó una rodela de la espalda y empuñó su arma mientras se dirigía directamente hacia Frinz.

En un extremo del claro, fuera de la vista de los otros, Kerk percibió movimiento y vio a un joven muy moreno que tensaba un arco. La flecha se clavó en la garganta del lugarteniente de Frinz con una precisión sobrecogedora. Entonces, tomó una lanza y se lanzó a la refriega, revelando un cuerpo a sus pies. Era Chispa.

Cuando Kerk volvió a girar la cabeza, su enorme guardián se erguía de nuevo, tras lanzar un hacha demasiado grande como para ser arrojadiza. Uno de los bandidos cayó hacia atrás con casi un palmo de acero en el pecho. Entre risas, el pelirrojo tomó el martillo de guerra que llevaba enganchado a la cintura y se lanzó hacia adelante.

El tahliano observó con los ojos muy abiertos como el joven más pálido, que había desaparecido minutos atrás, caía de repente encima de dos de sus antiguos compañeros, de forma letal.

Frinz, que intercambiaba golpes con el muchacho rubio, pareció caer de pronto en la cuenta de que los ropajes que vestían aquellos feroces guerreros eran oscuros. Rigurosamente oscuros. Kerk vio por primera vez el pánico en sus ojos y dio un respingo cuando dejó caer la espada y levantó las manos. Frinz agachó la cabeza y la hoja de su oponente se detuvo a pocos centímetros de su cuello.

Los pocos hombres que quedaban en pie lo imitaron. Ninguno estaba herido, aquellos jóvenes apenas habían dado un solo golpe que no fuera mortal.

Por unos momentos solo se oyó algún macabro gorgoteo. Los pájaros habían enmudecido. Ni siquiera el viento hacía susurrar a las hojas de los árboles. En medio del ensangrentado claro, la magnitud de la masacre era evidente.

—¡Podías haber evitado esto! —rugió el oponente de Frinz.

El joven del parche también se dirigió a él, apartando a su compañero.

—Así que tú eres el líder de los temibles bandidos —dijo situándose muy cerca—. Tú y tus niñas no nos habéis dado mucho trabajo, la verdad.

Kerk vio como el rostro de Frinz comenzaba a tomar color y erguía la cabeza. Se miraron durante unos momentos, directamente a los ojos, y el muchacho comenzó a

esbozar una sonrisa de desafío.

Aquello era una mala idea. Kerk sabía que la diferencia de edad y el modo en que habían sido derrotados escocían a su jefe de un modo inimaginable. Lo conocía, Frinz era muy orgulloso. Además, tenía algo de locura en su interior, era una parte de su genio que hacía que fuera imprevisible, como un gato salvaje, todos lo decían. Esa sonrisa era más humillación de la que podía soportar.

Como si quisiera darle la razón, Frinz arqueó los labios para lanzar un salivazo al joven. Pero, antes de que pudiera expulsar el aire, el otro le estrelló el guardamanos del sable contra la nariz.

El crujido fue escalofriantemente audible en medio del silencio del bosque.

Cuando los muchachos llegaron a Champs d'Or ya era de noche. Para entonces, la noticia se había extendido como una plaga y la muchedumbre se iba congregando a su alrededor.

Tres carros mostraban el resultado de la expedición. Dos de ellos iban cargados con mercancías robadas y varios cofres llenos de riquezas. El otro, era un macabro recordatorio de la justicia implacable del Emperador.

Los siete bandidos que habían sobrevivido, incluido el líder, cuyo destrozado rostro estaba lleno de sangre, montaban atados y cabizbajos. Unos cuantos caballos más iban sin montura.

Entraron en la capital escoltados por una representación de la guardia de la ciudad y el primer delegado, que les comunicó que habían preparado un fastuoso banquete en su honor. El Palacio del Gobernador los esperaba.

Los jóvenes descubrieron el Símbolo de mala gana y se irguieron sobre sus monturas. Sin embargo, dirigieron a la comitiva hasta uno de los cuarteles imperiales. En el patio, convocaron al sargento encargado de la investigación, al matrimonio que había sido asaltado y a cualquiera que hubiera sufrido robo o agresión por parte de los bandidos.

El primer delegado e incluso alguno de los grandes nobles de la ciudad seguían insistiendo en que acudieran al palacio y dejaran a las autoridades esa fatigosa tarea. Incluso se atrevieron a mencionar manjares, bebidas y bailarinas esclavas de las exóticas tierras del norte, pero Marc se adelantó para tomar la palabra. Ante su mirada furibunda, los dignatarios asumieron una actitud más discreta y se retiraron prudentemente.

Los bandidos permanecían de pie, atados y con un nutrido grupo de la guardia de la ciudad custodiándolos.

El sargento permanecía firme y se había cuadrado ante el inquisidor. Un poco más allá, la pareja a la que habían mandado llamar se abrazaba, y miraba a uno y otro lado con nerviosismo.

—Vosotros, que sufristeis el robo, ¿son estos hombres los culpables? —preguntó

Marc, inmediatamente.

El hombre miró a los bandidos uno por uno. Se detuvo un momento ante el rostro de Frinz y luego asintió.

—Hablad, por favor —dijo Philippe con amabilidad, cerca de ellos.

—Sí, mi señor. Sin duda son ellos.

—Y vos ¿lo confirmáis? —preguntó a la mujer.

—Sí. Reconozco varios de estos rostros —contestó ella.

—¿Os hicieron daño? —preguntó de nuevo el muchacho.

La pareja contestó negativamente.

—Y vosotros ¿tenéis algo que decir? —preguntó Marc dirigiéndose hacia los bandidos.

—Solo dos cosas —dijo Frinz tomando la palabra—. Hemos robado para alimentar a los nuestros, pero no somos ni asesinos ni violadores. Nos hemos defendido cuando ha sido necesario, pero no hemos hecho daño por placer. Yo soy el líder de estos hombres y ellos han actuado bajo mi mando. Que recaigan sobre mí las consecuencias de sus actos.

—Thomenn dijo que somos libres para elegir nuestro camino —contestó Mathius con una mirada impasible—. Cada persona ha de ser responsable de sus acciones.

Marc se tomó unos momentos y luego, inspiró profundamente.

—En el nombre del Emperador os condeno por robo reiterado y por la violencia que habéis esgrimido. Además, tú serás acusado por desertión y por liderar a estos hombres en la comisión de los delitos. —Marc se dirigió entonces al primer delegado de la ciudad—. Poned a disposición de vuestros jueces a estos hombres para que sus actos presentes y pasados sean investigados en profundidad.

El interpelado inclinó la cabeza.

—A vosotros —dijo dirigiéndose al matrimonio que aguardaba ante él—, se os devolverá el carro y el caballo que os fue robado. Recibiréis cinco emperadores de oro en compensación por vuestras pérdidas y las graves calamidades que habéis pasado.

La pareja abrió mucho los ojos, sin dar crédito a lo que oían, y balbucieron su agradecimiento.

—Podéis marcharos —les susurró Philippe todavía junto a ellos, sin dejar de sonreír.

—Primer delegado —dijo Marc tomando de nuevo la palabra—, todas las mercancías que no puedan ser entregadas a sus legítimos dueños serán repartidas de este modo: las provisiones, los carros, las ropas, un cuarto de las riquezas recuperadas, la mitad de los caballos y todo aquello que pueda ser aprovechado por ellos, será entregado a la Compañía de Lám cuanto antes. El resto se subastará en beneficio de las arcas de la ciudad.

El hombre asintió con rapidez, sorprendido por la decisión y algo desilusionado ante la idea de que las riquezas obtenidas no les fueran entregadas íntegramente.

—El resto de las monedas y las joyas serán destinadas a resarcir a las víctimas de estos hombres, que ellos mismos señalarán y ustedes investigarán —dijo dirigiéndose a él de nuevo—. De esta última cantidad deduciremos diez emperadores de oro.

Marc se acercó al sargento de la guardia y lo miró con dureza. El hombre permanecía cuadrado y mirando al frente.

—Con esa cantidad se creará un pequeño fondo para la defensa de la capital. Con él, se podrá contratar a un rastreador en caso de necesidad, para que la guardia pueda cumplir su labor y proteger a los buenos ciudadanos del Imperio.

El sargento permaneció firme, aunque una gota de sudor comenzó a recorrerle el rostro. Marc permaneció inmóvil y, durante un momento, sus miradas se cruzaron.

—Siento no haber cumplido mi labor con eficiencia —dijo el veterano soldado.

—Hacedlo mejor la próxima vez o la ciudad tendrá un sargento menos y un soldado raso más —dijo Gaulton a su espalda.

Sin más ceremonia y sin hacer caso de los ofrecimientos de agasajo que les hacían las personalidades allí reunidas, los muchachos montaron y se marcharon con rapidez.

## II

Thomenn y sus compañeros pasaron al lado de una mujer que regaba un rosal. Lám se paró a su lado y observó.

—Mujer, esa planta está seca —le dijo.

—Lo sé —contestó ella— pero es la única familia que tengo, ahora que mi hija ha muerto.

Lám asintió, conmovido, y rozó las hojas con sus manos. Al momento, el color volvió al rosal. Cuando abandonaban aquella ciudad, la mujer llegó corriendo y le entregó a Lám una pequeña rama en la que había florecido una rosa roja. Desde ese entonces, la Siempreverde fue su símbolo y nunca se marchitó.

—*El Manual*, segundo capítulo.

Hýnos era la joya del Imperio. Situada en el vértice en que convergían las cuatro provincias, sus límites se extendían por una pequeña parte de cada una. De esa forma el Cuarto Emperador, el Sabio, había ilustrado de forma incuestionable la unión entre sus territorios tanto tiempo atrás.

Habían visitado diversas ciudades de las provincias, pero la capital era muy diferente a cualquiera que hubieran visto los muchachos. En ella se encontraban, al fin y al cabo, la Catedral y el Palacio del Emperador. Estas enormes estructuras eran visibles desde mucho antes de alcanzar las imponentes murallas blancas que rodeaban la ciudad.

Incluso antes de llegar a verla, en la lejanía, el tráfico por el Camino del Norte se había ido convirtiendo en una verdadera riada. Multitud de comerciantes, peregrinos o soldados se mezclaban en él. Había vinateros que acudían a la ciudad para vender en el mercado sus barriles; no pocos campesinos avanzaban llevando en sus carretas sacos de trigo o jaulas de madera llenas de pollos. Los agricultores que tenían sus huertas más cerca de Hýnos acudían con productos frescos que llenaban de color el camino.

En un punto en que la calzada culminaba un ascenso pudieron oír las exclamaciones de admiración de un grupo de peregrinos. Todos llevaban prendida a la chaqueta la hoja de roble y una figurilla con la forma de una espada dorada. El que fuera símbolo del Primer Emperador había acabado por convertirse en el de todos los de su casta. Era frecuente que los ciudadanos y los fieles que acudían a la capital para honrar los restos del Piadoso lo mostraran con orgullo.

Cuando los muchachos llegaron hasta donde estaban los peregrinos vieron cómo, a lo lejos, en una suave elevación de la planicie, se alzaba Hýnos.

—Blanca e imponente; bella e inmaculada. Sagrada —recitó Mathius, conmovido.

Muchos años atrás, las naciones enemigas de Uruth y Ágarot se habían aliado para atacar el Imperio con un poderoso ejército. Tras ganar varias batallas, se dirigieron hacia Hýnos, pero el Creador no permitió siquiera que mancillaran sus campos. El Emperador de aquellos tiempos juntó las fuerzas de las cuatro provincias

y se enfrentó personalmente al enemigo en Rock-Talhé, en una sangrienta batalla. Se decía que, mientras los hombres luchaban, podían ver la capital del Imperio a lo lejos.

Finalmente, los seguidores de Thomenn vencieron y, desde entonces, nunca se permitió avanzar tanto al enemigo.

A medida que los jóvenes se acercaban, fueron siendo conscientes de la magnitud de la ciudad. Las murallas dejaban reducidas a un mero castillo de arena las de Champs d'Or. Tenían gran altura y un grosor sorprendente, casi exagerado. Los soldados podrían patrullar cómodamente a caballo por sus adarves, de proponérselo. Los ventanucos, matacanes y fortificaciones que se alzaban a lo largo de su perímetro se contaban por docenas.

El mismo tamaño de la ciudad resultaba abrumador. El perímetro era, de por sí, inmenso y por dentro se desplegaba con elegancia la ciudad alta. Sin embargo, a lo largo de casi un kilómetro desde los pies de la muralla, multitud de viviendas se arracimaban por los terrenos circundantes, expandiéndose extramuros. Esta era llamada, como no podía ser de otro modo, la ciudad baja y solo el majestuoso paso del Río Largo ponía coto a la expansión del arrabal.

Muy cerca de allí avanzaban los jóvenes en silencio, admirados y con los ojos muy abiertos.

A su paso, veían casas modestas y multitud de negocios. Las panaderías llenaban el aire de un delicioso aroma. Se cruzaron con varios puestecillos que ofrecían carne a la brasa. Un par de mujeres se les quedaron mirando a las puertas de un taller, mientras remendaban prendas. Varios chiquillos pasaron corriendo con palos de madera en las manos, en una épica batalla. Un poco más allá, mucho más pragmático que el que se instalaba en la Ciudad alta, estaba el populoso mercado.

El Camino del Norte había dado paso a la avenida principal que los llevó hasta la Puerta de Louisant. La entrada por la que penetraron a la ciudad alta era un verdadero túnel que los transportó a un mundo distinto.

Cuando salieron de nuevo a la luz del sol, se encontraron con dos estatuas enormes que reflejaban a Thomenn, en un lugar de honor, y al Primer Emperador, unos pasos más atrás. El Salvador, que daba nombre a la avenida, sostenía una hoja de roble con la mano, y miraba hacia adelante con expresión amable. El Primero, en una estatua del mismo tamaño, estaba arrodillado tras él y, en su rostro cabizbajo, habían tallado unas lágrimas.

Un poco más allá, estaban los jardines de Lám, presididos por otra talla, también enorme, del Compañero. En ella se lo veía poniendo su mano sobre la cabeza de un niño, siempre con semblante bondadoso. A su alrededor, se desplegaba un espacio verde, exquisitamente cuidado, con un estanque en el centro. En esos días de verano, había gente que lo disfrutaba, renegando de unas aguas algo frescas.

Las calles estaban adoquinadas con piedra clara de Rock-Talhé y las juntas se habían rellenado con arena fina traída directamente de las costas del sur. Por doquier se veían fuentes y plazas rodeadas de verdor, donde las rosas crecían perfectas. Se

decía que estas flores, especialmente las rojas, eran las preferidas del Emperador, así que su pueblo solía utilizarlas para decorar los balcones. Además, allí donde había alguna celebración, siempre había un hueco para ellas. Las bodas, los nacimientos y las grandes festividades solían traer siempre beneficios a los vendedores que las trabajaban.

Los templos del Creador que iban dejando atrás revelaban siglos del saber arquitectónico de los ingenieros imperiales. La mayoría mostraban el estilo que era característico desde hacía mucho tiempo, con líneas altas y esbeltas, numerosos ventanales y estatuas bellísimas en las hornacinas. En ellos y, en general por toda la ciudad, las tallas de la hoja de roble estaban siempre presentes, ya fuera en piedra, madera o en figuras de metal trabajadas con gran maestría.

Había numerosos jardines, que llenaban Hÿnos de color. Casi en todas las encrucijadas de las calles se alzaban orgullosas las estatuas de los héroes o pequeños altares espigados con la hoja de roble.

La ciudad estaba atravesada por dos enormes avenidas. De norte a sur la del Creador y de este a oeste la del Salvador, llamada comúnmente «de Thomenn». Estas, y todas las vías más importantes tenían farolillos de los que pendían cestos con flores.

La profusión de ornamentos llegaba hasta los tejados donde, muy frecuentemente, las gárgolas de mármol piedra o metal supervisaban lo que sucedía más abajo. Del mismo modo, en muchos puntos había monolitos conmemorativos que relataban en grandes placas de metal los hechos más relevantes del Imperio. También se habían erigido, aquí y allá, grandes estatuas con algunas de las profesiones más reconocidas del Imperio. En su camino, pasaron delante de un marinero que arponeaba a una espantosa criatura sobre la que se alzaba, todo en un precioso mármol pálido. Apenas unos metros más allá, un leñador de bronce se secaba el sudor mientras apoyaba su hacha en el suelo.

Cualquier dirección hacia la que se dirigiera la vista topaba con belleza. El conjunto era tan impresionante que, incluso Jean, que ya conocía la capital, miraba a uno y otro lado con asombro.

Pero, por encima de todas las maravillas que se pudieran contemplar destacaban, como montañas en medio de una pradera, la Catedral y el Palacio Imperial. Ambas estructuras se alzaban tan alto que las agujas más elevadas podrían enredarse en las nubes un día que no hubiera un cielo tan azul como aquel.

En cada pináculo de la Catedral ondeaba una bandera con el escudo del Emperador, la espada dorada sobre fondo negro. Como contrapartida, en el Palacio Imperial se podían ver aquellas con la silueta de la hoja de Roble, también dorada, sobre fondo verde. De este modo, se hacía pública la cordial relación entre las dos instituciones.

Todo relucía en la capital del Imperio. En su avance se cruzaron con varias patrullas que les saludaron con un puño en el pecho mientras pasaban marcando el paso. Sus armaduras brillaban y los uniformes se veían pulcros, con los petos, los

brazales y las grebas, e incluso los remaches de las túnicas, relucientes. Los muchachos, poco acostumbrados a tanta pompa, terminaron por erguirse en las sillas y centrar el Símbolo sobre su pecho.

Le gente también los miraba. Algunos, incluso, inclinaban la cabeza con respeto y admiración. Marc sospechaba que sucedía incluso antes de mostrar públicamente sus insignias de inquisidores. Allí las gentes estaban acostumbradas a ver entrar y salir a los más reputados Caballeros del Imperio. Los principales generales eran reconocidos por la calle y, cualquiera que frecuentara las cercanías de la Catedral o el Palacio, había visto más de una vez a algún agente de la Orden vistiendo de oscuro.

Jean los guiaba en silencio por paseos arbolados o vericuetos sombríos con seguridad hasta que, casi sin darse cuenta, torcieron una calle y se encontraron directamente con la enorme fachada de la Catedral. La gigantesca arcada mostraba escenas de la vida de Thomenn, hijo del Creador, muerto por la espada piadosa del Primero. Por debajo de los monumentales relieves, dos hojas tan altas como una casa, remachadas con brillante metal, guardaban la entrada a la sede del Embajador del Creador.

La catedral tenía una torre, con su respectivo campanario, por cada uno de los extremos que formaba la planta en forma de hoja de roble y otra por cada punto en que las perpendiculares cruzaban el pasillo central.

La parte superior podría encontrar cierta semejanza con la columna vertebral de algún ser mitológico, repleto de arbotantes y erizado de pináculos. En los laterales, las uniones con los contrafuertes tomaban a veces un carácter más estético que funcional. En otras secciones, incluso habían sido techados para conformar una suerte de soportales donde multitud de puestos ofrecían imágenes de Thomenn, el Primero o figurillas con el Símbolo en diversas facturas.

Respirando profundamente para ahogar los nervios, los muchachos avanzaron hasta las puertas, donde dos guardias vestidos de negro y verde los saludaron con respeto. Uno de ellos se giró para abrir una pequeña puerta encajada en la monumental entrada. Inmediatamente, varios jóvenes salieron corriendo de la nada y se hicieron cargo de los caballos.

El interior destilaba una paz como no habían conocido antes. Las bóvedas eran altísimas y sus dibujos casi no se distinguían en la distancia. Las vidrieras dejaban pasar rayos de luz tamizados que otorgaban al espacio una atmósfera celestial. Los cantos, sobrios y contenidos, terminaban de colorear el ambiente. Los bancos estaban vacíos y apenas se veía, aquí o allá, algún religioso rezando o dedicándose a sus tareas.

Enseguida un sacerdote les pidió amablemente que lo acompañaran y los condujo por un lateral hasta una discreta puerta. Tras atravesar varios pasillos y subir unas escaleras, llegaron a unas estancias secundarias, reservadas a los huéspedes.

Los jóvenes aceptaron de buen grado un baño de agua caliente y, cuando volvieron a sus habitaciones, encontraron agua y comida para que pudieran



recuperarse como era debido de su viaje.

Una vez aseados y afeitados les entregaron las oscuras ropas de inquisidor. Su factura solo hablaba de los rigores y la dignidad de su oficio. La túnica, de lana abatanada, se ceñía al cuerpo con un cinturón de piel y estaba abierta desde la cintura para no impedir sus movimientos. En el pecho, varias cintas de cuero negro se cruzaban en un pasador con forma de hoja de roble. Los pantalones, también de cuero y lana, ocultaban parcialmente unas botas con remaches de acero oscurecido. Las mangas estaban ajustadas al antebrazo por medio de unos brazales reforzados con láminas de metal.

Les dejaron unas horas de descanso en las que los muchachos permanecieron sumidos en sus propios pensamientos, ante la trascendencia de lo que estaba a punto de pasar. Apenas cruzaron unos pocos comentarios nerviosos antes de que un sacerdote acudiera para indicares que la ceremonia estaba a punto de comenzar.

Cuando se hubieron vestido, y con el Símbolo orgullosamente centrado sobre el pecho, les condujeron hasta el pasillo central de la Catedral.

Al llegar allí, todos los murmullos cesaron.

En las bancadas había una docena de sacerdotes, varios nobles de aspecto muy distinguido y algún que otro oficial del ejército, todos ellos desconocidos para los muchachos.

Al fondo estaba el gigantesco retablo enmarcado por columnas doradas. Dentro de su marco, Thomenn yacía sangrante en los brazos del Primer Emperador, el Piadoso. Un halo de oro puro coronaba la cabeza del Salvador y lágrimas de plata tallada rodaban por el rostro del hombre que le había dado muerte. El cabello del Primero se había pintado parcialmente de blanco.

En la parte central había un trono, cuyo respaldo tenía forma de hoja de roble, donde estaba sentado el Embajador. Vestía una túnica blanca inmaculada con ribetes verdes y pequeños adornos formados por piedras preciosas. En su cabeza, la mitra llevaba bordada en hilo de oro la silueta del Símbolo.

A su derecha, algo apartado, estaba el inquisidor Adler, de pie y con los brazos cruzados. Los ojos tenían una mirada neutra que no permitía adivinar sus pensamientos.

A una señal de su acompañante, los muchachos avanzaron en absoluto silencio hasta llegar al entarimado cubierto flores, ante el que se arrodillaron. Ante ellos se alzaba la brillante imagen de un Roble de Plata fina, cuyas hojas eran idénticas a las que ellos llevaban al cuello.

Tras unos dramáticos momentos, el máximo representante del Creador, recipiente de la sabiduría y el amor de Thomenn, se dirigió a ellos.

—Habéis sufrido lo indecible para estar hoy aquí —dijo levantándose. Su voz era dulce y les acariciaba como un bálsamo. El tono y la cadencia de sus palabras transmitían paz—. Os habéis esforzado hasta más allá de lo humanamente posible. Vuestra preparación ha sido rigurosa y habéis soportado dolor y privaciones que

habrían acabado con otros. Pero habéis recorrido el camino.

El Embajador los miró uno a uno con detenimiento. Aunque llevaba la mitra, era un hombre de pequeña estatura. La túnica le marcaba una generosa barriga. Sus ojillos se movían con viveza y dejaban entrever un agudo intelecto.

—Pese a todo esto —prosiguió—, es ahora cuando vuestra verdadera lucha comienza. ¡Sois lo mejor del Imperio! Sois ley y vuestra responsabilidad pasa por combatir peligros impensables que deben permanecer ocultos para nuestros hermanos. Hemos de protegerlos del mal en todas sus formas y del dolor de su conocimiento.

El embajador se giró para mirar el retablo. Su mirada se tiñó de gravedad y permaneció en silencio durante unos segundos.

—Thomenn dio la vida por todos nosotros. Bajó a la tierra de los hombres para salvarnos de la oscuridad y la ignorancia pero, a cambio, nosotros permitimos que las brujas lo torturaran. —El Embajador se volvió de nuevo—. Y fue, precisamente, el hombre más virtuoso que haya existido en el Imperio quien hubo de matarlo para poner fin a su suplicio ¡El hombre que más lo amaba acabó con su vida! El Primer Emperador, a quien debemos la paz y prosperidad que gozamos hoy, hizo el sacrificio supremo.

Los jóvenes escuchaban en silencio, con una rodilla en tierra y los ojos clavados en el suelo. La vergüenza de actos pasados les golpeaba inmisericorde.

—Que ellos dos nos miren desde el cielo en este día en que os consagramos como protectores de su legado.

El Embajador comenzó entonces a officiar la ceremonia que los convertiría en inquisidores.

Las antiguas fórmulas eran respondidas a veces por dos coros situados en las balconadas laterales cercanas al retablo. Cuando el Embajador tomó el cáliz sagrado del que, se decía, había bebido el mismísimo Thomenn antes de morir, un organista llenó el silencio con música cargada de solemnidad. Marc recordó a Sebastien por un momento y se preguntó si volvería a verlo.

El sumo representante del Creador llenó de agua el cáliz y se volvió hacia la imagen de Thomenn. Derramó una pequeña cantidad en su honor y otro poco ante la gran hoja de Roble. Después, él mismo bebió un sorbo.

Entonces, se acercó a los muchachos mientras la música, lenta y sobria, lo llenaba todo de un carácter profundamente trascendental.

Uno a uno tomaron el agua que se les ofrecía y el Embajador hizo la señal de la hoja de roble sobre ellos.

—De este cáliz bebió Thomenn. Con sus propias manos, cuando estaba sediento, derramó agua en honor a su padre. Después se lo ofreció también al Primero. Al beber de ella, vosotros confirmáis ahora vuestra absoluta fidelidad al Creador, a Thomenn y al Emperador. Al tomar su agua os fundís en la historia y recibís un honor que no puede ser rechazado o mancillado. ¿Aceptáis esa responsabilidad? ¿Juráis

cumplir con lo que esta conlleva?

—La aceptamos —contestaron los jóvenes con una sola voz, clara y decidida—. Juramos cumplir con ella.

En ese momento, Adler fue llamado. Cuando penetró en la zona más iluminada, cerca del Embajador, se hizo evidente la grandeza con que iba vestido. No había rastro en aquel hombre del polvoriento viajero que había llegado al Monasterio, semanas atrás. El pragmatismo y la sencilla discreción habían dado paso a la nobleza de su rostro y la dignidad de su cargo en un momento de tanta trascendencia.

Como ellos, llevaba unos ropajes que conjugaban la tela, el cuero y el metal oscurecido. Sin embargo, la luz arrancaba otros detalles al acero.

Los brazales y las grebas estaban tallados por la mano de un maestro. En ellos se había grabado el Símbolo en distintos tamaños, pero la espada del Emperador ocupaba el centro de cada pieza. El Peto, de un metal mucho más reluciente, mostraba un halcón que sujetaba en sus fuertes garras a una bruja que tenía un ojo en la frente. Marc sospechaba que aquella escena no era simplemente decorativa.

El Embajador saludó con una inclinación de cabeza al inquisidor, que se arrodilló ante él antes de situarse frente a los jóvenes.

—Vos, caballero inquisidor, ¿confirmáis a estos jóvenes como hermanos e iguales?

—Sí. Doy fe de su entrega y capacidad —contestó él con voz profunda.

—¿Los aceptáis, entonces, en la sagrada Orden inquisitorial para que, de este modo, sean protectores y salvaguarda de todo lo que es bueno en el Imperio?

—Son aceptados, para hacer cumplir la ley del Creador, honrar a Thomenn y obedecer a su Emperador. Para proteger al Imperio de todo mal y luchar contra lo oscuro allá donde lo encuentren.

Entonces, el Embajador abrió los brazos y los jóvenes subieron al entarimado como signo de que se los consideraba dignos. Uno a uno, se arrodillaron y besaron la mano del Embajador, jurándole lealtad. El hombre los miró con cariño paternal y, tocándolos en la coronilla pronunció:

—Yo os declaro inquisidores.

Un escalofrío de emoción recorrió a Marc por todo el cuerpo. Después de todo lo que habían pasado, tanto dolor, tanta incertidumbre, por fin su vida cobraba verdaderamente sentido. Qué lejos parecía estar el Monasterio en esos momentos en que Adler se acercó a ellos para saludarlos uno a uno.

—Enhorabuena, hermano, eres ley —dijo el más veterano dándole un fuerte abrazo.

Varios sacerdotes se acercaron entonces y les ajustaron las capas negras a los broches que tenían en los hombros.

Después, les entregaron sus armas, las mismas que habían llevado los últimos años, pues ninguno quería desprenderse de ellas.

—Ahora partid hacia el Palacio Imperial —dijo el Embajador—. Allá os aguarda

nuestro querido y bendito Emperador para confirmaros en vuestra sagrada misión. Id, hijos míos, con mis bendiciones y las del Creador. Él os ama y estará siempre a vuestro lado.

Ellos, ya convertidos en inquisidores, se inclinaron una última vez y se giraron entre un revuelo de capas negras. A sus espaldas, los coros y el órgano refulgían en un canto de emocionado fervor.

### III

—Dame agua —pidió Thomenn.

El futuro Emperador tomó un sencillo cáliz que estaba tirado en el suelo, lo limpió con su capa y vertió el agua de su odre. Después, le incorporó para que pudiera beber.

Thomenn acercó sus manos y derramó parte del agua.

—Esto es para mi padre, al que veré pronto —después, tomó un sorbo y le indicó a su amigo más fiel que hiciera lo mismo.

Cuando hubo bebido, Thomenn cerró los ojos un momento:

—Has bebido de mi copa —dijo entonces—, has saciado mi sed. Solo por eso eres mi hermano y mi padre te ama.

De este modo, Thomenn aseguró por siempre el amor del Creador y la salvación de toda la humanidad.

—*El Manual*, tercer capítulo.

No pronunciaron ninguna palabra en su camino al Palacio Imperial. Estaban demasiado impresionados por lo que acababa de suceder. Incluso Philippe se mantenía en silencio.

La gente se los quedaba mirando, pues no era común ver a un inquisidor, mucho menos a cinco y tan jóvenes.

Marc no se acostumbraba al revoloteo de su capa. Tampoco al sombrero que les habían entregado. Era una soberbia pieza de ala ancha, fabricado en cuero. Alrededor de la copa tenía un cinturón cuya hebilla mostraba el Roble. Este era, quizá, el símbolo más conocido de la Orden y llevarlo era como manifestar a voces su condición. Las botas, sin embargo, le parecieron sumamente agradables: Marc notaba su solidez pero, al mismo tiempo, eran muy cómodas y no hacían ruido al caminar.

Pese a todo, el joven notaba con disgusto las miradas de la gente. Algunas eran de sorpresa o curiosidad; otras de respeto, e incluso había algunas llenas de admiración. Sin embargo, él no se sentía cómodo sabiéndose tan observado mientras avanzaban por la capital.

Sus pasos los condujeron hasta la muralla del Palacio, que se alzaba no lejos de la Catedral.

Una vez ordenados inquisidores, los guardias les franquearon el paso con una inclinación de la cabeza.

Sin detener su avance, subieron una pequeña escalinata en la que se cruzaron con varios nobles que se los quedaron mirando con curiosidad no disimulada.

En seguida salió a recibirles el delegado Principal de Hýnos. La capital era tenida en tal consideración que todos sus diez delegados se consideraban Primeros. Sobre ellos estaba el Principal, que atendía directamente las cuestiones del Emperador y del palacio.

Era un hombre muy delgado, de mirada seria e inteligente. Su rostro era fino y elegante, de piel pálida. El cabello estaba pulcramente recortado y llevaba una lujosa túnica oscura bordada con hilo verde. El cinturón estaba adornado con figuras de

animales resaltadas con tintes de colores muy vivos. Marc se fijó especialmente en dos serpientes que se enroscaban la una sobre la otra.

—Sed bienvenidos, en nombre del Emperador. Me llamo Septem. Seguidme, si sois tan amables. —Su voz sonó tan sedosa como hueca de toda emoción.

—¿Qué clase de nombre es ese? —susurró Philippe.

Marc negó con la cabeza y se llevó el índice a los labios.

Dejaron a su paso varias galerías llenas de lujo y belleza antes de llegar a las puertas del Salón del Trono. A cada lado permanecía firme una pareja de guardias pretorianos. Llevaban unas armaduras sin adornos ni tallas, con el metal liso y desnudo a la vista. Sin embargo, la espada dorada estaba marcada en los petos y los yelmos tenían su característico penacho, del mismo color.

Septem les hizo un gesto vago con la mano, sin llegar a detenerse, y abrieron las puertas a su paso.

La sala del trono del Emperador constituía todo un monumento a la técnica de los ingenieros imperiales: era una estancia rectangular en la que el techo se elevaba a tanta altura que apenas se podían percibir las vueltas y revueltas que los arcos trazaban en toda la superficie. Tal profusión ornamental se había evitado en unos espacios que se habían cubierto con placas doradas de tal suerte que, al mirar desde el suelo, dibujaban la forma de la espada imperial.

A lo largo de la sala, de forma simétrica, se alzaban gigantescos pilares de forma humana que cargaban con el techo y la bóveda central sobre sus hombros y espaldas inclinadas.

Las imágenes de santos, héroes, bestias mitológicas y hojas de roble plagaban toda la parte superior de la estancia.

Al fondo, elevado del suelo, se alzaba el trono. El respaldo, de varios metros de alto, culminaba con la forma del Símbolo. Los jóvenes no repararon en que estaba hecho por entero de reluciente oro hasta que estuvieron muy cerca. Por detrás, una gran vidriera mostraba al primer emperador acabando con el suplicio de Thomenn mientras las lágrimas caían por su faz y el cabello encanecía por el dolor.

Al llegar a unos pasos del entarimado, los muchachos hincaron la rodilla y agacharon la cabeza, quitándose los elegantes sombreros.

—Mi señor, estos son los nuevos inquisidores —anunció Septem.

—Nada de nuevos —dijo una voz, fuerte y clara—. Los inquisidores son ya veteranos a una edad a la que los niños todavía juegan.

Al subir la mirada vieron al Emperador, revestido de toda su gloria: el Símbolo adornaba cada centímetro de una coraza de oro, tallado con absoluta maestría sobre el metal y con piedras preciosas engastadas en él.

A su espalda, una capa de pieles blancas se derramaba sobre el trono.

Estaba inclinado hacia adelante y los miraba con sumo interés.

Ya desde antes de entrar en el Salón del Trono, Marc había percibido una Voluntad extraordinaria. En ese momento, ya ante él, sentía que las oleadas de poder

que emitía el Emperador le superaban hasta tal punto que no había podido evitar bajar la mirada. Aquellos ojos, tan azules como los suyos, lo habían atravesado hasta perderse más allá, sintiéndose como algo físico.

Los cinco jóvenes habían escuchado a menudo que la línea de los Emperadores poseía una gran fuerza, pero ninguno sabía exactamente en qué consistía. Por fin quedaba claro cómo era posible que los antepasados de aquel hombre hubieran acabado con Lysanna o el Rey Brujo de Seléin.

Marc sintió que se le erizaba el vello de la nuca al escuchar el crujido del metal cuando el Emperador se puso en pie.

—Levantaos, hijos míos.

Cuando volvió a sonar su voz toda la tensión pareció evaporarse.

Los inquisidores se alzaron para contemplar el rostro, regio y amable, del Emperador. Su cabello le caía liso hasta más allá de la marcada mandíbula y era dorado, como la espada de su blasón. Sin embargo, igual que sus antepasados, tenía un visible mechón cano.

Eran aquellos unos rasgos que conocían, pues ya habían estado frente a él cuando acudió a la ceremonia de Confirmación en el Monasterio. Era el mismo rostro, algo más maduro y surcado por preocupaciones, pero con la misma chispa de ilusión.

Los contemplaba con gesto amable y orgullo paterno aunque se alzaba imponente y espectacular enfundado en su armadura.

A un gesto suyo, Septem se retiró con una reverencia y los pretorianos que se encontraban junto al trono se hicieron a un lado. Los cortesanos que habían permanecido en la sala hasta ese momento se marcharon discretamente.

—Puedo ver en vuestros ojos que Melquior ha hecho un gran trabajo —dijo al fin—. ¿Cómo está el Señor del Monasterio?

Los muchachos se miraron unos a otros, dubitativos, hasta que Gaulton se atrevió a responder.

—Cuando abandonamos el Monasterio su Señoría gozaba de salud y fortaleza.

—Y apuesto a que sigue siendo tan odioso como siempre —añadió el Emperador. Sus palabras sorprendieron a los inquisidores, arrancándoles una sonrisa.

—No esperéis más pompa y misticismo aquí que el estrictamente necesario. Esta es mi casa y, bajo mi techo, sois como hijos para mí. —Los muchachos asintieron con agradecimiento—. Una cosa es lo que tenga que mostrar a todos esos petimetres —dijo señalando hacia el lugar por donde habían salido Septem y los demás cortesanos— y otra muy distinta el vínculo que existe entre nosotros.

El Emperador se giró para contemplar la espectacular vidriera que tenía detrás.

—A veces lo noto ¿sabéis? Es como algo que se haya transmitido de padres a hijos. Todavía puedo sentirlo, aquí —dijo llevándose una mano al pecho—. ¿Sabéis por qué el cabello de los emperadores tiene un mechón blanco?

—La tristeza que sintió su antepasado... —Mathius carraspeó— cuando hizo lo que tenía que hacer fue tan honda que encaneció.

—Cuando mató a Thomenn —apostilló el Emperador y, de nuevo, comenzó a dejarse sentir una fuerte tensión—. Tristeza, sí, pero también rabia, impotencia y dolor. Porque las brujas dejaron agonizar al ser más puro que haya hoyado esta tierra. Y allí donde estén ¡yo os juro que acabaré con todas!

Los jóvenes sintieron la fuerza palpitante que emanaba de aquel hombre extraordinario. La energía se dispersó a su alrededor con una sensación de violencia contenida, pero el Emperador todavía tardó unos momentos en serenarse antes de proseguir.

—Mi antepasado, con lágrimas en los ojos, se enfrentó a las brujas que lo habían torturado. Mató a Lysanna y consiguió rescatar a Elías solo para verlo morir poco después, tan grave era su estado —añadió con los ojos perdidos en algún punto muy lejano.

»Cuando entregaron a Lám, totalmente descuartizado, fue como si una cortina se descorriera y las gentes del viejo país de Quiles se alzaron junto a mi ancestro para apoyar su Santa Guerra. Mientras esta tenía lugar, el Creador iluminó a nuestro bienamado Primer Emperador quien, en solo una noche, escribió *El Manual*.

Los jóvenes conocían la historia de memoria, la habían oído y recitado miles de veces. Sin embargo, escuchar las palabras de aquellos labios, descendientes del Primero, les hizo sentirse de pronto pequeños e insignificantes.

—Nuestro Primer Emperador murió al término de la última batalla, que consumó la alianza de los dos antiguos reinos de Louisant y Quiles. Su esfuerzo trajo una paz duradera dentro de las fronteras del recién fundado Imperio.

El Emperador bajó del entarimado y les hizo un gesto para que caminaran a su lado por el salón. Uno a uno, fueron viendo tapices o gigantescos murales que recreaban la historia que les contaba. Los jóvenes le seguían, sintiéndose humildes en su compañía. Incluso Philippe parecía más bajo, pues caminaba encorvado, como por miedo a elevarse por encima de su Señor.

—Su hijo —continuó él—, tomando la espada dorada de las manos todavía calientes de su padre, juró proteger aquella línea de justicia y honor. No muchos años después, Rock-Talhé vio la verdad y se unió pacíficamente al Imperio.

En ese momento llegaron a un enorme lienzo cuyos marcos envejecidos hablaban de una gran antigüedad. En él se veía a un hombre robusto ataviado con una armadura llena de arañazos y golpes. Sostenía un yelmo con penacho dorado en una mano y una espada del mismo color en la otra. Su mirada era dura y la sensación de energía que mostraba trascendía la pintura.

—La vida entera del Segundo estuvo dedicada a luchar contra la perfidia de Seléin —sentenció el Emperador—. El rey Brujo, poderoso hasta términos no mesurables, había mantenido sometida la futura cuarta provincia con puño de hierro durante siglos. Sin embargo, el Segundo se enfrentó a él. Cuentan que, ya antes de morir a manos de tan terrible enemigo, sus cabellos se habían vuelto de color blanco.

—Pero el Segundo mató al rey Brujo —dijo Gaulton antes de darse cuenta de que



había interrumpido a su Señor—. Es decir, al menos eso nos habían dicho.

—El Segundo fue el más poderoso de todos nosotros —contestó el emperador—, incluso más que el Primero. Y, sin embargo, sucumbió ante el tirano de Seléin, tan terrible era su fuerza. Bien es cierto que su enemigo quedó herido de muerte y, cuando el Tercero recogió la espada, el terrible Rey Brujo ya había caído, agonizante. La victoria acompañó de nuevo a los justos.

Un tapiz mostraba una batalla más adelante. En ella, los bárbaros de Uruth cargaban contra las disciplinadas líneas imperiales. En el centro de las mismas, un hombre tenía una espada dorada en alto y arengaba a los suyos.

—El Tercero, El Estratega, luchó contra Uruth y Ágarot hasta que una flecha le atravesó el corazón. Fue él quien fijó nuestras fronteras en el norte. Y de nuevo, cuando murió, sus cabellos también mostraban hebras blancas. Lo mismo ocurrió con el Cuarto —continuó señalando una talla en mármol que había un poco más adelante.

En ella se veía a un hombre anciano, que apoyaba su poblada barba en un puño y sostenía un enorme libro en sus rodillas.

—El Sabio comprendió que no debía ir más allá en el norte. Fortificó nuestros límites, fundó Hÿnos, creó *El Código* y muchas cosas más.

La mirada del Emperador traslucía el respeto y orgullo que sentía por sus antepasados.

—El Cuarto fue el primer Emperador que moría de viejo, con más de cien años. Tuvo casi toda su vida un mechón blanco en su cabeza —añadió llevándose una mano a su propio cabello—. Ha sido así desde entonces y, como veis, mi pelo también ha encanecido.

El Emperador sonrió con franqueza y los condujo hacia un rincón de la sala. Allí, detrás de una columna, había un discreto cuadro en el que se veía a un hombre vestido con traje oscuro. Las sombras con que se había pintado el retrato no podían ocultar del todo sus canas. En la mano llevaba un sombrero de cuero negro con una hebilla en el centro de la copa.

—¿Sabéis quién es? —preguntó.

Los jóvenes observaron detenidamente el óleo intentando distinguir alguna pista que confirmara sus sospechas.

—¿Es un Emperador? —preguntó Marc finalmente.

—Lo es —contestó él—, uno de los menos conocidos. El Quinto.

—El hijo del Cuarto, por tanto —murmuró Mathius—. ¿Cómo es que su memoria no se honra con la fama?

—Porque este hombre salvó más vidas que ningún otro actuando con discreción y a menudo cubierto por el velo del anonimato —contestó el Emperador con una mirada enigmática—. En su época, las fronteras estaban claramente delimitadas. Las legiones que el Sabio había fundado crecían y aseguraban el territorio, pero quedaba mucho que hacer dentro de nuestros límites. El Quinto viajó durante años por las Cuatro Provincias. Cazó brujas y bestias, intentando librar a su pueblo de la oscuridad

pero, cuando acababa con una, le llegaban noticias de otras dos y, finalmente, comprendió que ni siquiera él podría cumplir la tarea solo.

En el silencio que siguió, el Emperador los miró con una media sonrisa, esperando su respuesta.

—Fundó la inquisición —dijo por fin Marc.

—Fundó la inquisición —confirmó su Señor, asintiendo— e impuso otra ley que pocos conocen. ¿Sabéis cuál es mi nombre?

Los muchachos se miraron incrédulos, porque era una cuestión en la que nunca habían reparado. El señor de las cuatro provincias era conocido, simplemente, como Emperador.

—No lo conocéis porque no existe. Alguna vez lo tuve, cuando era muy joven y estudiaba lejos de aquí, pero ya no. —El Emperador se giró de nuevo hacia el retrato—. No lo tengo porque el Quinto comprendió que nuestro cargo era más importante que cualquier otra cosa. Mi familia ha estado aquí para proteger a las gentes del Imperio y defender las enseñanzas de Thomenn desde que el Piadoso le diera el descanso. En el momento en que un nuevo descendiente llega al Trono del Hÿnos, toda su vida se centra en esto. No oiréis hablar jamás de las mujeres de los emperadores ni de otros hijos que no sean los que se proclaman sucesores a su muerte. No hay nada más allá de nuestra tarea. Todo se limita a continuar el legado del Primero, ese es nuestro sagrado deber.

Nuevamente, su mirada era dura y un matiz de preocupación le cruzaba el rostro.

—No os negaré que estamos en guerra. Es una amenaza constante que solo conocemos totalmente nosotros. —El Emperador puso una mano en el hombro de Philippe y otra en el de Jean—. Una guerra contra la insidia de Ágarot y la brutalidad de Uruth. Pero, especialmente, contra la oscuridad de las brujas y las bestias que nos arrojan.

El emperador tocó después los hombros de Marc, Mathius y Gaulton.

—Esta es una guerra que solo puedo ganar con vosotros, por eso la preparación ha sido tan dura. Los inquisidores sois la única defensa capaz de proteger realmente a las buenas gentes del Imperio de la oscuridad.

Los jóvenes sentían como la sangre les hervía en las venas, mientras el Emperador volvía de nuevo al Trono. Allí cogió su espada y se volvió hacia ellos.

Era un arma muy grande y parecía extraordinariamente pesada, pero la sostuvo como si no fuera más que un cuchillo. La hoja tenía un generoso nervio central y los filos eran agudos como el ingenio de Shacon. Unos intrincados grabados reflejaban hojas de roble y figuras geométricas hasta llegar a la punta. El acero era de un elegante color oscuro y casi parecía vibrar en consonancia con la energía de su amo.

El Emperador observó cómo los cinco jóvenes se humillaban a sus pies. Con gran solemnidad, puso su espada en el cuello a Marc. Este alzó la cabeza con los ojos cerrados ofreciéndole su garganta.

—¿Juras cumplir con tu obligación, honrar al Creador, obedecer los dictados de

Thomenn y las órdenes de tu Emperador?

—Lo juro —contestó él sin el menor atisbo de duda.

Los demás repitieron uno a uno el juramento.

—El Embajador os ha confirmado en vuestra tarea y yo lo celebro. Vosotros sois los verdaderos guardianes de esta tierra. —El Emperador clavó la espada en la tarima con un gesto enérgico, sin poder contener su alegría—. ¡Levantaos pues, inquisidores!

Los abrazó uno por uno con los ojos enrojecidos mientras ellos derramaban lágrimas por la honda emoción que los embargaba.

—Desde hoy sois ley. Los hombres se inclinarán ante vuestro poder y sabiduría. Si alguna vez necesitáis asistencia, no dudéis en pedirla, en esta casa o en cualquier otra —por un momento, sus ojos dejaron traslucir un relámpago de ira—, pues aquel que os negara ayuda o auxilio sufrirá mi justa cólera. Y ahora ¡partid! Jhaunan, el Gran Maestre de la Orden, os dará vuestra primera misión.

Los jóvenes se inclinaron una vez más y salieron de la sala del trono con grandes zancadas.

—Hoy es el día más feliz de mi vida —dijo Mathius mientras marchaban hacia las dependencias de la Orden situadas en la Catedral—. ¡Hemos estado con el Emperador! ¡Y el mismísimo Embajador ha oficiado nuestra confirmación!

—Casi parece un sueño todo lo que hemos pasado para llegar hasta aquí —murmuró Marc.

—¿Os habéis fijado en la espada del Emperador? —preguntó Philippe—. ¡Debe de ser fuerte como un troll!

—No creo que al Emperador le guste que lo comparen con un sucio troll —replicó Gaulton.

—¡No es eso lo que quería decir!

—En lo que me he fijado —dijo Marc— es que la cubierta de cuero de la empuñadura estaba muy gastada y la hoja tenía algunas melladuras.

—No es el tipo de arma con que los nobles adornan su supuesta gallardía —contestó Mathius, asintiendo.

—Si me lo pidiera —dijo de pronto Gaulton, con una mirada llena de fervor—, sería capaz de conquistar Ágarot y Uruth para él.

—Eh, deja algo para los demás —rio Philippe, dándole una palmada en la espalda.

—El caso es que por fin tanto sufrimiento va a tener sus frutos. Nos hemos librado de las manos de Melquior y podemos servir al Emperador —sentenció Mathius mientras llegaban de nuevo a la Catedral.

Las dependencias de la Orden estaban en un conjunto de edificios anexos de dos o tres plantas en los que no había carteles ni símbolos que anunciaran el uso que se

les daba. Eran simples y modestos, sin ornamentación de ningún tipo, pero todo el mundo en la ciudad sabía que era prudente no acercarse demasiado a ellos. Se decía que las dependencias subterráneas ocupaban mucho más espacio y que, a veces, los presos que llevaban hasta allí abajo no volvían a salir por su propio pie.

—Sé que el Gran Maestro es un hombre de edad avanzada —dijo Jean mientras los guiaba—, pero lo cierto es que nunca lo vi cuando estuve aquí.

Avanzaron a través de salas y corredores igual de sobrios que el exterior y todo aquel con el que se cruzaban se inclinaba respetuosamente ante ellos. Los guardias se llevaban un puño al pecho y bajaban la cabeza.

El despacho del superior de la Orden estaba custodiado por dos diligentes sacerdotes que trabajaban en silencio en una sala de espera abarrotada de pergaminos. Uno de ellos les indicó unas sillas en un rincón y dejó con cuidado la pluma con la que escribía para dar el aviso. Apenas entreabrió la puerta y susurró unas palabras al interior. No oyeron ninguna respuesta, pero el hombre les hizo un gesto para que pasaran.

Cuando entraron en el despacho se dieron cuenta de que solo con un extraordinario ejercicio de diplomacia podía calificarse como de avanzada la edad del Gran Maestro de la Orden. Ninguno de los muchachos se atrevió a aventurarla, pues lo más probable es que tal número se formara con tres cifras.

Era extremadamente delgado y vestía una sencilla túnica oscura ajustada con un cinturón de piel raído. Por debajo asomaban unos pantalones de cuero con aspecto de haber tenido bastante uso.

Su rostro, en el que sobresalían exageradamente los ojos, tenía un perpetuo rictus de severidad y unas facciones muy marcadas. El mentón destacaba como una fortaleza construida en lo alto de una montaña y tenía un hoyuelo en medio que, quizá, en algún momento le hubiera otorgado algún atractivo. Sin duda, tal encanto no existía desde hacía décadas.

Las arrugas se centraban en torno a sus ojos y la frente, dándole el aspecto de alguien con muchas preocupaciones. Los pómulos destacaban en el ajado rostro y la mano con que escribía era poco menos que pellejo colgando de los huesos. El rostro estaba curtido por las inclemencias del tiempo y la nariz, ligeramente aguileña, aportaba un matiz de fiereza a la expresión.

Pese a su evidente vejez, una energía imparable lo animaba: escribía con rapidez y, en ocasiones, se levantaba de su asiento con agilidad para ir con largas zancadas a consultar algún pergamino. Pese a estar algo encorvado, su altura era más que notable. El cabello, escaso y peinado hacia atrás, era todavía tan negro como el carbón.

Los jóvenes no tardaron en sospechar que aquel hombre había sido un gran inquisidor en algún momento.

—Buenos días —fue el escueto saludo que les lanzó Jhaunan en cuanto terminó de ordenar unos pergaminos.

Su despacho era una sobria estancia donde, a excepción de una hoja de roble tallada en metal, nada decoraba las paredes. Una cajonera a un lado, la silla en la que se sentaba, una mesa abarrotada de pergaminos y varias estanterías plagadas de documentos componían todo el mobiliario de la pieza. No había sillas para los invitados, seguramente porque nadie que hubiera ido allí lo era.

—Sois novatos —dijo con brusquedad, levantando la vista de los papeles—, así que os voy a encomendar unas misiones que hasta un niño ciego y cojo podría cumplir. Si lo hacéis bien puede que os deje de considerar aprendices.

La voz era grave y rasposa, como si algo no funcionara bien dentro de su garganta. Los ojos, por el contrario, los miraban con claridad, sin un pestañeo. Cuando volvió a centrarse en sus papeles los cinco se miraron unos a otros, sin comprender muy bien aquellas primeras palabras.

—Jean, dicen que no eres del todo malo escondiéndote como los conejos —dijo el Gran Maestre tomando un pergamino. El joven dio un respingo que podría ser lo mismo de sorpresa que de ira—, así que te voy a mandar al norte, al extremo de la provincia de Rock-Talhé con la Espina del Mundo. Nos han informado de que la Familia Real de Ágarot suele acudir a una residencia cerca de las montañas, a unos cincuenta kilómetros de nuestra frontera. Te reunirás con un contacto que te guiará hasta allá e irás a darles recuerdos.

—No sabía que hubiera hostilidades abiertas con Ágarot ahora mismo —respondió Jean.

El Gran Maestre alzó la cabeza y lo atravesó con la mirada. En menos tiempo del que se tarda en parpadear estaba ante Jean, agachándose para mirarlo directamente a los ojos.

—¡Los paganos de Ágarot se ríen del tormento de Thomenn! —gritó.

Los muchachos tuvieron que usar toda su disciplina para no dar un paso atrás cuando notaron la fuerte Voluntad que animaba al anciano, rojo de furia. Su voz ya no parecía el lúgubre silbar del viento a través de una ventana. Era, más bien, el rugido amenazante de un león.

Marc no volvió a dudar que aquel hombre ajado hubiera sido uno de los inquisidores más grandes del Imperio.

—¡La Guerra sagrada del Primero aún no ha terminado! ¡Hasta que no se lleve la verdadera palabra del Creador a todos los rincones de este mundo no habrá paz! ¿Te queda claro?

Jean, que miraba al frente impertérrito, cruzó su mirada con la del anciano por un momento, sin alterar un solo músculo de sus delicadas facciones, y asintió.

—Bien, así me gusta. —El anciano volvió a su asiento, sin dejar de mascullar improperios—. Se te proporcionará de inmediato todo lo necesario para cumplir la misión.

Entonces consultó otro papel y miró a Philippe. Volvió a mirar el papel y tachó algo para anotar unas breves palabras.

—Tú parece capaz de enfrentarte a un buey a cabezazos —dijo al fin—, incluso es posible que sepas donde llevas los calzones. Veamos si eres capaz de dar con un troll cerca de Arroyo Oscuro, al oeste de Seléin. —Philippe se puso tan rojo como sus cabellos y tuvo que hacer esfuerzos para no reír de nerviosismo y emoción.

»Mathius, veo que tu piel es oscura. No te vendrá mal un baño. Bajarás por el Río Largo en dirección sur hasta la población costera de Palko. Sus habitantes están asustados por unas criaturas nuevas que han visto en el agua. Investígalo y, si está dentro de tus dudosas posibilidades, halla una solución.

Mathius no dijo una palabra, pero Marc observó que, pese a su buen humor, apretaba con fuerza los puños.

El Gran Maestro se quedó entonces mirando a los dos jóvenes restantes, que le devolvieron la mirada sin parpadear.

—Tenéis buena presencia, buena planta, sí señor —dijo el anciano chasqueando la lengua—. Seguro que haríais un buen papel en un desfile.

Mientras revolvía entre los papeles de la mesa hasta dar con los que estaba buscando, los muchachos apretaron los dientes pero no dijeron nada.

—Tú, ojitos, irás a Uruth por la costa este e investigarás el robo de una embarcación que contenía oro para las milicias de la frontera —dijo señalando con un gesto vago a Gaulton—. Los bandidos hundieron el barco escolta y se apoderaron del que llevaba el cargamento. En el Puerto de la Frontera te esperará alguien para darte toda la información que haya recabado. Tú —dijo girándose hacia Marc sin dar opción a réplica—, si no tienes miedo de mancharte los tirabuzones, irás a la vieja Quiles e investigarás una serie de asesinatos. Es todo, retiraos. Mis secretarios os darán los detalles.

Los jóvenes se llevaron la mano al pecho al unísono, pero el Gran Maestro los despachó con un gesto de la mano sin alzar la vista siquiera.

Salieron a la sala contigua confusos por el trato recibido. Allí, los sacerdotes les entregaron varios manuscritos y prometieron que todo el equipo que iban a necesitar estaría listo en poco tiempo. Después siguieron trabajando frenéticamente.

Los jóvenes subieron hasta las habitaciones que les habían asignado en la Catedral y, al poco, estaban reunidos en la de Philippe, que guardaba una botella de tinto quileño.

—A mí no me gusta el mar —dijo Gaulton, visiblemente contrariado— y ese vejstorio me envía a la costa este.

—Es para que lo puedas ver con esos «ojitos» —contestó Philippe con una risilla mientras se tumbaba en la cama.

—Serás estúpido —contestó el otro—, a ti también te ha insultado.

—Bueno, dijo que era capaz de tumbar a un buey a cabezazos.

—Dijo que «quizá» fueras capaz de seguir el rastro de un troll —le explicó Marc sentándose a su lado.

Philippe todavía tardó unos segundos en darse cuenta de que esos seres podían

derribar un árbol solo para rascarse la espalda.

—¡Maldición! —dijo golpeando un puño contra su manaza.

—Yo... —Mathius parecía especialmente molesto— no esperaba que nadie hiciera aquí mención a mi ascendencia.

—¡Deja de lamentarte! —dijo Gaulton—. Puede que ese hombre haya estado luchando toda su vida contra Uruth. Quizá no les tiene simpatía, eso es todo.

—¡Pero yo no soy uruthiano! —Exclamó Mathius—. Soy un inquisidor imperial. Eso debería ser suficiente.

—Puede que un día yo me esconda como un conejo para situarme detrás de él —murmuró Jean, apoyado en el quicio de la puerta.

—¿No os dais cuenta de lo que está haciendo? —dijo Marc tras unos momentos. Los otros lo miraron con el ceño fruncido—. El Gran Maestre nos ha herido en nuestro orgullo, nos ha puesto en una disposición que hará que cumplamos nuestro deber con un celo absoluto.

Sus compañeros asintieron, dubitativos.

—No somos más que los nuevos inquisidores. Nuestras misiones no serán sencillas. Venimos aquí tras ver al Emperador y al Embajador y pensamos que somos importantes. Pero Adler se confirmó con otros once compañeros.

—Más del doble que nosotros —murmuró Mathius sorprendido.

—Es porque queríamos acaparar toda la gloria —respondió Gaulton con una sonrisa.

—El caso es que hay otros inquisidores ahí fuera —dijo Philippe—. No somos más que los recién llegados.

—Muchos tendrán título —dijo Gaulton con cierta envidia.

—Razón de más para demostrar lo que valemos —dijo Marc sonriendo.

—¿Os habéis fijado en su altura? —preguntó entonces Philippe.

—Claro que nos hemos fijado —respondió Gaulton—, es imposible no hacerlo cuando mide casi tanto como tú.

—Creo que es algo más alto que yo —respondió él con prudencia.

—¡No digas estupideces! Todavía no nos hemos cruzado con nadie más alto que tú.

—Me refiero a que, a fin de cuentas, es muy mayor. Está encorvado y seguro que la edad le ha hecho menguar.

—Philippe tiene razón —sentenció Jean—. Es un hombre altísimo pese a su edad. Sus brazos casi parecían más largos de lo normal.

Los compañeros permanecieron en silencio unos instantes.

—Voy a cazar al troll —anunció repentinamente Philippe—. Ni siquiera lo mataré. Lo traeré hasta aquí y lo meteremos en su despacho a empujones —añadió riendo a carcajadas—. En ningún momento dijo que lo quisiera muerto ¿verdad?

Sus compañeros aplaudieron entre risas.

—El puerto de la frontera está lleno de buscavidas y malhechores —dijo entonces

Gaulton—. Sacudiremos a alguno hasta que nos diga a dónde han llevado el oro. Después daremos con los ladrones y atacaremos en medio de la oscuridad de la noche. Me encargaré personalmente de que no roben más. Puede que, incluso, me pase por algún burdel de la frontera, siempre me gustaron las uruthianas. No te ofendas, Mathius —dijo con malicia.

—Esta vez estaremos solos —dijo de pronto Jean, chasqueando la lengua—. Nuestra etapa yendo juntos a todas partes ha acabado. Ya no estamos dentro del Monasterio.

Sus palabras los dejaron mudos.

—Es cierto —dijo Marc en un susurro—. Puede que tardemos meses o incluso años en volver a estar los cinco juntos.

—Tras tantos años sin separarnos —dijo Mathius con la mirada baja—, no me hago a la idea de estar tanto tiempo sin veros.

—No te pongas a llorar como una mujer —dijo Gaulton sin conseguir sonar demasiado convincente.

Tras unos momentos de silencio, Philippe se levantó de un salto y los abrazó con fuerza.

—¡Bebamos! ¡El Gran Maestre invita!

Las cuatro calzadas principales que vertebraban el Imperio confluían en Hýnos. La primera, conocida como la Marcha del Emperador, llevaba hasta Abadía, la capital de Quiles, en el extremo sur del Imperio. Más allá se extendían los Desiertos Prohibidos.

La segunda, el Camino del Norte, llegaba hasta Uruth, ligeramente al oeste del Puerto de la Frontera.

La tercera era conocida simplemente como el Camino Nuevo y conectaba la Capital con las fortificaciones que protegían la frontera norte con Ágarot.

La última, pese a ser la que más tarde se había construido, se conocía como el Camino Viejo, quizá porque Seléin siempre fue más antigua y misteriosa que cualquier otra provincia.

Las gentes del resto del Imperio la consideraban un territorio lleno de hechizos y peligros sobrenaturales. De hecho, en muchas pequeñas aldeas se pensaba todavía que todos los peones camineros que habían trabajado en la calzada habían muerto misteriosamente poco después de finalizar su culminación en la baronía de Agua Clara.

Había también varios astilleros en el Imperio, pero la navegación siempre había sido costera y su uso muy minoritario. Únicamente existía un cierto tránsito de mercancías entre Louisant y Quiles; el peligro que suponían los seres que poblaban las aguas más profundas bastaba para desestimar cualquier intento más audaz. Por ese motivo, la mayoría de los viajes involucraban al menos algún tramo de las cuatro grandes calzadas.



Tal era el caso de los cinco inquisidores: Mathius y Philippe compartirían un trecho del Camino Viejo, antes de que el mestizo se desviara al este hacia el Río Largo, en dirección a la costa. Probablemente, Gaulton avanzara por el Camino del Norte para dirigirse después hacia el Puerto de la Frontera. Jean seguiría por un trecho el Camino Nuevo para luego torcer rumbo norte y reunirse con su contacto. Marc, por último, cabalgaría por la Marcha del Emperador hasta llegar a las aldeas donde se habían producido los asesinatos.

Esa misma mañana les entregaron ropa de recambio, provisiones y todo el material que habían solicitado. Los mozos del cuartel inquisitorial lo habían empacado en alforjas de cuero negro en las que no había más adorno que un gran Roble cincelado.

También estaban citados con el jefe de cuadras para entregarles las que serían sus monturas durante mucho tiempo, si todo iba bien. Hasta el más ignorante sabía que el caballo de un inquisidor era mucho más que un vulgar jamelgo, así que los jóvenes se sentían como niños en la víspera de La Conquista.

Jonás era un hombre robusto, aunque apenas más alto que Jean, que caminaba con rapidez y seguridad. Tenía un rostro serio que siempre parecía mostrar una barba de varios días y raramente mudaba de expresión.

Cuando llegaron ya los estaba esperando a las puertas de las caballerizas. Respondió con descuido a su saludo y los miró críticamente, con los brazos cruzados. Después les hizo un gesto y penetró en sus dominios.

Mientras avanzaba por las umbrías estancias, iba gritando constantemente a sus aprendices.

—¡Echa más avena a Trueno! ¿No te dije que cepillaras a Mora? —Un muchacho que estaba sentado recibió un bofetón un poco más adelante—. No le des más zanahorias a Zarpa ¿crees que no te he visto?

Caminaba ligeramente encorvado por el pasillo central a un ritmo vivo, sin volverse para ver si lo seguían. A los lados, docenas de muretes delimitaban el espacio de cada montura, cubierto de paja limpia.

Por doquier se veían aprendices llevando carretillas de avena y heno, cambiando la paja o cepillando a los equinos. Un oficial atendía una pezuña y otro, más allá, volvía de entrenar a un joven potro. Las cuadras de la inquisición, a ojos de Marc, eran una especie de caos controlado en el que era imposible abarcarlo todo. Sin embargo, Jonás parecía tener ojos en el cogote.

—No hagáis eso —le dijo a Gaulton dándose la vuelta súbitamente.

El muchacho se detuvo cuando se acercaba para acariciar a un caballo que comía cerca de él.

—Me consta que habéis montado antes y no dudo que sois diestros jinetes —dijo con cierto desdén—, pero aquí tenemos caballos entrenados para la tarea que han de cumplir, no animales de recreo. No me gustaría tener que atender a más visitantes lesionados, no es mi trabajo.

Los jóvenes se miraron, confundidos, pero ni siquiera Gaulton replicó. En vez de eso siguieron a Jonás hasta atravesar una puerta y salir al patio interior de las caballerizas.

El hombre todavía les echó una última mirada antes de hacer un gesto a dos de sus aprendices.

—Traed a Cometa y a Perla.

Los muchachos salieron corriendo y volvieron al poco con dos preciosos caballos de complexión ligera y aspecto ágil. Cometa era un alazán nervioso cuyo pelaje, con ciertos matices rojizos, brillaba intensamente y tenía unas calzas oscuras que le llegaban hasta el carpo y el corvejón.

—Cometa es muy joven y todavía no ha tenido dueño, aunque presenta buenas maneras. Es posible que todavía crezca algo más —dijo Jonás dirigiéndose directamente a Mathius. El muchacho se adelantó y le palmeó el cuello con cariño—. Tratadla bien y será una buena compañera. Pero no la dejéis mandar o acabará siendo ella la que os lleve a vos.

—Gracias, maestro —dijo Mathius. Cometa cabeceaba ligeramente y miraba al joven con cierta desconfianza—. Es un animal soberbio.

El hombre masculló una respuesta y se giró hacia el otro caballo. La llamó por su nombre y Perla acudió mansamente. Era una yegua de pelaje ruano, tranquila y paciente. Mordisqueó un trozo de zanahoria de la mano de Jonás y después se quedó a su lado.

—Perla ha tenido dos dueños —le dijo a Jean—. Te servirá bien. Obedece sin rechistar y es rápida cuando se le sueltan las riendas. Tiene mucha experiencia, aunque todavía le quedan años de servicio. Es tranquila incluso en medio de un combate y no la oirás relinchar si no es necesario.

—Eso me vendrá bien en el norte —dijo escuetamente Jean.

—No la forcéis más de lo necesario. Es un buen animal. —Jonás dijo sus palabras con toda la cortesía, pero el tono y su mirada eran duros.

Jean no contestó, sino que se cruzó de brazos mientras los aprendices comenzaban a ajustar los arreos y las sillas a sus monturas.

El Jefe de cuadras miró a los jóvenes una vez más y pronunció dos nombres sin dirigirse a nadie en particular.

Dos niños que no contarían más que ocho o nueve veranos salieron corriendo. El hombre se dedicó a supervisar a los que preparaban a Perla y Cometa mientras volvían. Hizo un retoque aquí y otro allá antes de darle un pescozón a uno de ellos.

—¡El bocado más suelto! Por el Roble, no somos salvajes.

Poco después aparecieron dos nuevos caballos, sensiblemente más robustos.

—Kado ha participado ya en dos batallas —dijo acercándose a Gaulton—. En la última, su jinete estaba trabado en combate cuando otro soldado le atacó. Este animal se puso de manos y lo aplastó con sus cascos. Si entras en liza te ayudará, especialmente si te tiene cariño, pero mejor no cuentes con él para un desfile. Al

poco, comenzará a dar patadas o morderá a alguien que le incordie demasiado.

El inquisidor se acercó al animal, un zaino de Rock-Talhé casi negro, que cabeceó en cuanto lo vio venir. Gaulton le palmeó en un costado y apreció la poderosa musculatura que se ocultaba bajo su piel.

—Me gusta —dijo asintiendo—. Tiene carácter y nervio. Me servirá bien.

Mientras le presentaban su montura, Marc se había acercado lentamente al otro animal. Era un bayo de patas largas y fuertes que mantenía la cabeza alta. Tenía la crin y la cola muy pobladas y permanecía en su sitio con elegancia.

—Hola, amigo —dijo el joven acariciándole el cuello.

El caballo bajó la cabeza para mirarlo más de cerca y le olisqueó. Taconeó un par de veces antes de adoptar una postura más relajada. Cuando Marc se volvió, Jonás los miraba fijamente.

—Noble es uno de mis preferidos. —La mirada del hombre era igual de seca que siempre, pero tenía un matiz que el inquisidor no pudo identificar—. Montarlo debería ser un privilegio para cualquier hombre.

Sin más palabras, se giró hacia Philippe con los brazos en jarras.

—¿Qué hacemos con este? —susurró para sí mismo antes de preguntar—. ¿Soléis usar armadura?

—A parte de las placas de inquisidor llevaré este peto y cota de malla con mangas. No hay armaduras tan grandes en la sede de la inquisición —contestó el muchacho poniéndose rojo—, aunque me han asegurado que me harán una pronto; por si tuviera que entrar en batalla.

—Eso es todavía más peso. —Jonás se acercó y le tocó un brazo—. Y ese no es todo el problema, también está la altura.

El maestro de cuerdas tenía que alzar la cabeza para mirarle a los ojos. Tras unos instantes de duda, se dirigió a uno de los aprendices.

—Dile que traiga a Furioso. —El niño lo miró con los ojos muy abiertos antes de salir corriendo al interior.

Al poco tiempo, un hombre moreno al que le faltaban varios dientes hizo pasar, con ciertas dificultades, al garañón más grande que hubieran visto jamás. Tenía el pelaje negro como una noche cerrada, pero brillaba del mismo modo que si estuviera mojado. Las crines eran largas, como la cola, y una espesa pelambreira le crecía desde la caña hasta la corona de cada pata.

La musculatura era muy desarrollada sin que el porte dejara de ser elegante y autoritario. Los ojos desafiaban y, al cabecear, parecía que fuera a encabritarse en cualquier momento. Las herraduras golpeaban con fuerza hasta el punto de que los otros animales dieron un paso atrás cuando lo vieron aparecer, aunque él los ignorara por completo.

Tras él salieron un buen número de aprendices y oficiales, que se quedaron mirando, expectantes.

—Lupo es mi mejor oficial —dijo Jonás presentándoles al hombre que lo guiaba

—. Solo él y yo hemos sido capaces de montar este caballo. Sinceramente, inquisidor, no creo que tengáis ni la madurez ni la maña suficiente para dominarlo pero ¡por todos los tormentos de las brujas! Si Furioso no ha nacido para llevaros a vos, no llevará a nadie.

Philippe se acercó y tomó las bridas. Inmediatamente el semental cabeceó, pero él mantuvo su brazo firme. El caballo intentó zafarse un par de veces más con fuertes tirones, incluso hizo el amago de levantarse, pero la presa de Philippe era fuerte como el acero. Jonás iba a decir algo, pero calló en el último momento.

—Amigo mío —dijo el muchacho mirando al garañón con una sonrisa—, te aseguro que no me ganas a cabezota. Por otra parte, llevarnos bien puede tener sus ventajas.

Philippe comenzó a acariciarle un lateral de la cabeza y, cuando el maestro de cuadras se giró para decirle algo a un aprendiz, el joven le dio un dulce. El caballo se lo comió de un bocado y resopló con delectación.

Jonás observó, extrañado, como el gigantón acariciaba la frente de su animal más fiero como si se tratara de un cachorrillo. Aunque en su rostro se fue formando una peligrosa expresión de sospecha, finalmente decidió volverse hacia los demás para dirigirles unas últimas palabras.

—Todos tenéis buenas monturas y os aseguro que os servirán bien pero, por favor, cuidado a estos animales. Son buenos y se esforzarán por dar lo mejor de sí mismos. No digo que tengáis que hacerlo vosotros, sé que la vida de un inquisidor es ocupada, pero procurad que los cuiden bien allá donde vayáis —añadió agarrándose las manos con nerviosismo—. Si no han podido pastar libremente, pedid que les den heno con avena. Ellos agradecerán mucho algunas zanahorias, o algo de remolacha, quizá incluso unas piezas de fruta. Si se las dais con la mano, las tomarán como un regalo.

Marc, Gaulton y Mathius escuchaban con atención, mientras que Jean miraba con cierta indiferencia hacia otro lado. Philippe tenía su frente pegada a la de su caballo y le susurraba promesas de batalla y otras diversiones. Furioso parecía masticar algo nuevamente.

—Si les habéis hecho sudar procurad que los sequen y deberían ser cepillados varias veces a la semana. Estos animales no han nacido para ir por ahí llenos de barro. —Jonás suspiró y acarició a Noble—. Han sido herrados hace dos semanas, así que deberíais cambiar sus herraduras no mucho más tarde del mes. Y, por el Roble, procurad que no les corten demasiado los cascos, el dolor que sienten al caminar así es... —El maestro de cuadras carraspeó algo azorado e hizo un gesto vago con la mano—. Qué tonterías, todo eso ya lo sabéis. Estarán bien.

Cuando ya se iba, el oficial le puso una mano en el hombro y le susurró algo en la oreja.

—Ah, sí, claro. Las espuelas. —Uno de los aprendices ya tenía preparado un pequeño cofre del que sacó cinco pares—. Aquí las tenéis.

Las piezas estaban fabricadas de tal forma que la punta acababa en forma de hoja de roble. Los aprendices se arrodillaron a los pies de los inquisidores y se las ajustaron pero Marc tomó las suyas antes y las sopesó en la mano. Sus ojos se cruzaron con los de Noble y, finalmente, se las devolvió al aprendiz que aguardaba a su lado.

—Creo que no las necesitaré —dijo mientras el maestro de cuerdas lo miraba con intensidad.

Por fin, una vez colocado su exiguo equipaje, los muchachos montaron. Furioso y Cometa caracolearon brevemente hasta que Mathius y Philippe se hicieron con ellos. Jonás se acercó un momento a este último y, mientras ajustaba una de las cinchas, le susurró algo. Su última caricia fue para Noble. A los inquisidores solo les dedicó un rudo ademán.

—Me pregunto cuántos de ellos volverán —le dijo a Lupo cuando los muchachos partieron.

—Su trabajo es duro, maestro. Luchan contra las brujas y cosas peores.

—Me refería a los caballos —respondió él con los ojos brillantes.

—¿Qué es lo que te dijo cuándo nos íbamos? —Le preguntó Mathius a Philippe mientras avanzaban hacia la avenida del Salvador.

—Que no le dé más dulces o, cuando lo necesite con urgencia, Furioso se detendrá para tomar el té.

—¡Maldito viejo! —exclamó Gaulton con una carcajada—. ¿Es que ese hombre tiene ojos en la nuca?

—No sé si será cierto, pero hay quien dice que su buen hacer tiene algo de sobrenatural —comentó Jean mirando hacia una tienda de ungüentos.

—¿Cómo es eso? —preguntó Marc.

—Me contaron que, hace unos años, un inquisidor llegó montado en su caballo hasta la misma puerta de Seléin —contestó Jean—. Estaba malherido e inconsciente. Dicen que el animal lo transportó durante más de cien kilómetros hasta llegar aquí sin dejarlo caer ni permitirse un instante de descanso.

—Me pregunto cómo les enseñará esas cosas —dijo Philippe dándole un trozo de galleta a Furioso.

—No lo sé y no me importa lo más mínimo mientras se porten como deben —contestó Jean con indiferencia.

—Por el Roble, realmente odias a los animales ¿verdad? —preguntó Mathius, molesto.

—No me gustan. No son más que otra herramienta —contestó el más pálido deteniendo de pronto su montura y mirando hacia la avenida a la que acababan de llegar.

—Supongo que aquí nos separamos —dijo Marc.

—Yo también tomaré la avenida del Creador —dijo Gaulton, situándose junto a Jean.

—Amigos míos, cuidaos mucho —dijo Philippe acercando su montura hasta que les pudo dar un fuerte apretón de manos a ambos—. Si ves algún burdel interesante dame la dirección, Jean. Y tú, cuídate mientras no te ponga el ojo encima.

—Cualquier cosa con tal de que no te pongas tú encima, maldita vaca —contestó Gaulton, sonriendo a su pesar.

—Cuídate, hermano —le dijo Mathius a cada uno—, nos veremos pronto.

—No acapares tú solo toda la gloria —le dijo Marc a Gaulton con una sonrisa.

—Puede que conquiste un trozo de Uruth si me aburro. —El joven le dio un fuerte apretón—. No te manches los cabellos ¿eh?

—No pienso ni despeinarme. —Marc estrechó entonces la mano de Jean—. Ten cuidado, hermano, el norte siempre es incierto.

—Tranquilo, si hay problemas me esconderé como un conejo. —Jean se despidió con una media sonrisa de suficiencia.

Al poco, Philippe, Mathius y Marc montaban lentamente por la avenida del Creador en dirección sur. El gigantón tenía los ojos llorosos, aunque sonreía al detallarles la fiesta que iba a organizar cuando se reunieran de nuevo.

A la espalda, cada uno llevaba su arma preferida; en el cinturón, muy cerca de la mano, la ballesta que les había entregado Melquior. Y, ajustadas tras la silla o a los costados de los animales, el resto de sus pertrechos.

El sol ya había comenzado a descender cuando los tres compañeros se fundieron en un abrazo.

—Tened mucho cuidado —les dijo Mathius—. Es la primera vez que estamos realmente solos a nuestra suerte.

—Sí, maldición, sería una pena perderos ahora que somos hermanos. ¿A quién le pediría dinero? —dijo Philippe.

—Hemos pasado por cosas terribles —contestó Marc con afecto—, ya éramos hermanos antes de que nos confirmaran.

—Me pregunto qué ordinariez soltaría Gaulton respecto a eso —rio Mathius.

—Pide perfección a tus amigos y no tendrás amigos —contestó Marc, sonriendo ampliamente.

—Sí —dijo Philippe cambiando de forma radical su risueño semblante—, pero pide, al menos, que tus amigos lo sean realmente.

La seriedad con que Philippe se despidió asustó a Marc.

## IV

El que se convertiría en el primer Emperador, llorando amargamente, cumplió la voluntad de Thomenn y le concedió el descanso de una sola estocada.

Mientras las lágrimas le caían por la cara, un gran mechón de su cabello encaneció por la infinita pena que sentía.

—*El Manual*, tercer capítulo.

El otoño parecía querer ganar la partida al verano demasiado pronto. La brisa era fresca y el aire olía a humedad. Había nubes en el cielo y daba la impresión de que los cálidos días de libertad que habían disfrutado mientras se dirigían a Hýnos estuvieran muy lejanos. La Marcha del Emperador se mostraba en aquellos primeros momentos de soledad más vieja y huraña de lo que la recordaba.

Tras dejar atrás las murallas de la capital, Marc había cabalgado a buen ritmo varias horas antes de parar para dar descanso a Noble y permitir que pastara. Mientras probaba una deliciosa empanada de carne que le había recomendado Philippe, aprovechó para observar con detenimiento a su montura.

Aunque habían estado cabalgando al trote durante un buen trecho, el bayo se mostraba relajado y ágil. Comía con tranquilidad, seleccionando las hierbas que quería sin perder en ningún momento la elegancia que tanto había sorprendido a Marc cuando lo vio por primera vez. Era un animal soberbio, con largas patas en las que se apreciaban las venas que nutrían unos músculos fuertes y bien formados.

El animal había respondido rápidamente a sus órdenes. Giraba con agilidad y se detenía con un suave tirón de las riendas. En cuanto las llevaba a la mano, Noble se concentraba en cumplir las indicaciones casi antes de que las diera. Tal y como había supuesto, en cuanto le clavó suavemente los talones, Noble se impulsó hacia adelante en un trote vivo del que parecía no cansarse nunca.

La gente con que se había cruzado era, en su mayor parte, comerciantes que se dirigían a Hýnos. Los viajeros lo saludaban con nerviosismo en cuanto veían el sombrero de inquisidor y bajaban la cabeza enseguida.

Cuando se dirigió a un hombre mayor que conducía un carro, pareció por un momento que fuera a darle un ataque.

—Tranquilo, amigo, solo quiero compraros unas zanahorias. Con una docena será suficiente —le dijo señalando la mercancía que llevaba.

—¡Tomadlas, mi señor, tomad todas las que queráis! ¡Son vuestras, por favor, guardad el dinero! —contestó el campesino vaciando una cesta de mimbre que llevaba a su lado y llenándosela con zanahorias, cebollas y patatas.

—No, buen hombre. —Marc habló con la mayor calidez que fue capaz de expresar—. Solo quiero unas pocas zanahorias.

El inquisidor bajó del caballo y tomó una docena que guardó en un improvisado hatillo.

—¿Cuánto os debo? —preguntó Marc.

—Nada, mi señor, son vuestras —repitió el otro negando con la cabeza, ligeramente tembloroso.

—Amigo, no dudaría en pedir os asistencia si realmente la necesitara, pero este no es el caso. —Marc echó mano a la bolsa que llevaba al cinto—. Os ruego que me digáis cuánto costaría esto en el mercado de Hÿnos.

El hombre lo miró dubitativamente unos momentos más antes de responder.

—Dos piezas de cobre, mi señor.

—Gracias —dijo Marc poniendo el doble de esa cantidad en su mano—. Os deseo suerte en los negocios, que Hÿnos os sea propicia.

—Gracias —tartamudeó el otro, sin dejar de mirarlo boquiabierto.

El inquisidor montó ágilmente y partió. Noble parecía ansioso por reemprender la marcha.

Marc paró una vez más para desentumecer las piernas y permitir que Noble comiera y se relajara, pero enseguida volvió a ponerse en camino. Aprovechó hasta que el atardecer estuvo avanzado antes de hacer una nueva pausa. Tiró suavemente de las riendas y se apartó hacia un lateral de la calzada. Entonces, miró a un lado y a otro y se dio cuenta de que no había nadie a su alrededor. Únicamente le acompañaba su animal, que taconeaba impaciente por pastar con un poco de tranquilidad.

—Creo que es la primera vez que estoy solo. —El caballo bajó ligeramente la cabeza, mientras Marc le quitaba el bocado para que pudiera alimentarse con más comodidad—. No te lo tomes a mal, amigo, eres una compañía grata, pero desde que maté a aquel noble en una misión no me había alejado de mis compañeros. Y, por lo visto, incluso en esas ocasiones nos vigilaban.

Marc notaba los matices en la Voluntad de su animal: cierto cansancio por la marcha continuada aunque también ímpetu por seguir corriendo; una creciente afinidad con el ser que había llevado encima; también alegría por estar a cielo abierto. Sin embargo, no había nadie más allí al que le importara, poco o mucho, el devenir del inquisidor. Por primera vez, sentía la soledad que implicaba su trabajo.

—Somos dichosos, amigo mío —le dijo a Noble dándole una de las zanahorias—. El Emperador confía en mí; el Embajador nos ha confirmado como inquisidores y tú y yo aclararemos este asunto de Quiles ¿verdad que sí? La responsabilidad de las decisiones recae esta vez solo en nosotros y debemos hacerlo bien.

Toda la prisa del mundo no era comparable con la que acuciaba al muchacho, pero quería que su montura descansase o tendría que cambiarla en pocas jornadas. De ese modo, tras esperar unos minutos, Marc volvió a prepararlo, se acomodó en la silla y le taconeó levemente con los estribos. Al momento, estaban avanzando casi al galope por La Marcha del Emperador.



A esa hora en que las sombras comienzan a alargarse de forma exagerada, se topó con un hombre que tiraba de un burro. El animal, incapaz de arrastrar una pesada carreta llena de bultos, se había quedado parado en la calzada. A su lado, una niña pequeña lloraba y se apretaba contra su madre.

Marc hizo desviarse a Noble y se dirigió hacia la familia por un lateral.

—¿Qué sucede? —preguntó.

El hombre se percató súbitamente de su presencia y, al momento siguiente, tiraba con todas sus fuerzas del animal mientras farfullaba una respuesta.

—Mi señor, lamento estar bloqueando la calzada, mi señor, enseguida apartaré la carreta de aquí, si sois tan amable de esperar unos instantes. —En cuestión de segundos, la frente del hombre se perló de sudor. Tras él, la niña había dejado de llorar y lo miraba fijamente.

Marc desmontó y el hombre dio un paso atrás asustado.

—Tranquilo, no pasa nada. —Marc se quitó el sombrero, tomó la cuerda que usaba para atar a Noble y la fijó a la carreta y a la silla del caballo.

—Mi señor —decía el hombre llevándose las manos a la cabeza—. ¡Os vais a manchar! Por el amor de Thomenn, no os preocupéis, no es ningún problema.

—Calla y tira de tu animal —respondió Marc.

Ayudados por la fuerza de Noble, lograron sacar la carreta del camino enseguida.

—Gracias, mi señor, sois muy amable, os estamos muy agradecidos.

Marc miró a la mujer, que mantenía la mirada baja. La niña, por el contrario, tenía los ojos muy abiertos. Eran unos ojos grandes y preciosos, de un suave color azulado, que lo miraban fijamente y sin pestañear.

—Déjate de tanto señor y dime, ¿adónde os dirigís a estas horas con tanto equipaje? —preguntó interrumpiendo los interminables agradecimientos del padre.

—Mi señor, la verdad es que... —el hombre carraspeó— no lo teníamos muy claro.

Marc enarcó una ceja y el campesino se apresuró a explicarse.

—Hasta hace unas horas yo era jardinero y cuidador de la residencia de verano del barón Jacov de Mulars, pero su segundo consejero decidió que, de alguna manera, mis servicios ya no eran necesarios.

—¿Te echó de allí sin darte tiempo para preparar un viaje? ¿Qué es lo que habías hecho? —preguntó Marc cruzándose de brazos.

El cuero de sus ropas crujió con un sonido nada reconfortante.

—¡Oh, no mi señor! Por supuesto que no hice nada malo. Es solo que el consejero no me consideraría apto para ese trabajo, pero no me echó de allí. Bueno, sí, pero no es que sea mala persona, por supuesto que no, el Creador lo guarde, es solo que se preocupa de que al barón no le falte de nada, nuestro amado barón...

—Deja de farfullar y contesta sin rodeos —dijo Marc, tajante—. ¿Me estás diciendo que os expulsó sin razón y sin tiempo para preparar el viaje?

—Mi señor. —El jardinero lo miró a los ojos, muerto de miedo. Sin embargo, se

irguió cuando la mujer se puso a su lado y le apretó la mano—. El segundo consejero amenazó con soltar a los perros y darnos caza si no estábamos en camino en un par de horas.

Marc asintió lentamente y se acercó a Noble mientras sopesaba sus opciones. Sacó de sus alforjas una lustrosa manzana y se la ofreció a la pequeña. Los labios del inquisidor se convirtieron en una fina línea cuando se dio cuenta de que estaba descalza. La pequeña miró a sus padres y, ante su negativa, no se atrevió a cogerla. Sin embargo, el joven tomó una de sus manitas y la puso en ella.

—Comamos, amigos —dijo entonces Marc—. La noche se acerca y hay que darse prisa.

El matrimonio obedeció con temor, ayudando a Marc a encender una pequeña fogata en el lateral de la calzada. El hombre sacó unas patatas y algo de carne seca que hicieron al fuego. Echaron unas hierbas por encima y se sentaron en círculo alrededor de las llamas.

—¿Cuánto tiempo llevabais en camino para que vuestro animal estuviera tan cansado? —preguntó el joven mientras comían.

—No menos de cuatro horas, mi señor, estos animales son lentos y tozudos —contestó el hombre con la boca llena.

Era alto y sus manos se veían ásperas y llenas de durezas. Su rostro estaba curtido por el sol y se veía claramente que estaba acostumbrado a trabajar.

—No me llames así, todos somos ciudadanos del Imperio —dijo Marc con amabilidad.

—Por supuesto, como queráis —contestó algo confundido.

—Esa residencia de verano que has mencionado antes, ¿no es aquella que queda en lo alto del cerro desde el que se domina el pueblo de Vallelargo?

—Oh, no, mi señor —dijo el hombre dándose una palmada en el muslo—. Vallelargo queda lejos de aquí. La residencia de nuestro querido barón de Mulars está a cuatro kilómetros escasos de Robledal Alto, en un precioso bosque de pinos.

—Vaya, me he equivocado por mucho —dijo el joven resoplando por su torpeza—. A propósito, tenéis una niña preciosa. Y parece muy despierta.

La pequeña, que se había sentado a su lado en cuanto comenzaron a comer, lo seguía mirando fijamente.

—A veces demasiado —rio la mujer—. No acaba de comprender ciertas normas de educación. Laurell, ya tienes seis años ¡no te quedes mirando así al señor!

La niña asintió en silencio, pero no se movió.

Al poco, charlaban sobre frutos o el cuidado de las plantas y Marc repetía continuamente que no era señor de nadie. Cuando la pequeña se quedó dormida, lo hizo sobre él, arropada con su capa de viaje.

Un poco más tarde, Marc se despidió de ellos y les dijo que esperaran en ese mismo

punto hasta la mañana, cuando alguien enviado por él pasaría a recogerlos.

El matrimonio le dio infinitas gracias y se prepararon con un par de gruesas mantas para pasar la noche al raso. El jardinero todavía se deshacía en agradecimientos cuando el inquisidor se alejó al galope, ya con el sol detrás del horizonte.

Utilizando las indicaciones que, sin darse cuenta, le había dado el hombre, Marc encontró rápidamente Robledal Alto. Poco después, llegaba al pinar en que debía estar la residencia de verano y cuando la luna, con forma de medio queso, estaba ya asentada en el cielo, a la enorme mansión.

En una ventana se veía luz.

Ahogando un juramento, Marc desmontó y ató al caballo a unos doscientos metros de la entrada principal.

—Come algo y descansa, amigo, pero sé discreto, por el Roble —le dijo Marc palmeándole el poderoso cuello.

Después, con el mismo ruido que hubiera hecho su sombra, se coló en el recinto y esquivó a los dos guardias que trataban de mantenerse despiertos en la puerta de la residencia. En medio del patio de bienvenida había un enorme seto que había sido recortado con maestría hasta tomar la forma del animal que figuraba en el blasón de Mulars.

Sin detenerse, Marc subió por la fachada y se coló en el interior de la habitación contigua a la que estaba iluminada. En la pieza anexa se oían gemidos.

El inquisidor abrió la puerta sin producir el más leve sonido. Entonces vio, asqueado, al segundo consejero. Cuando este alzó la cabeza y vio la figura, recortada contra la puerta, saltó de la cama y se ocultó detrás de un sillón.

—¡No me hagas nada! ¡El barón me quiere como a un hijo! —chilló con una voz desagradablemente aguda.

—Dudo que el joven barón de Mulars pueda tener hijos tan viejos, cobardes y ruines como tú —dijo Marc.

Tratando de contener la rabia que le invadía, hizo un gesto a la rolliza campesina que intentaba taparse con la sábana y esta salió corriendo escaleras abajo.

—Tú, segundo consejero, vístete y saluda al inquisidor —dijo Marc mientras atrancaba la puerta.

El hombrecillo, temblando de la cabeza a los pies, se puso rápidamente un pantalón y una camisola y se irguió, manteniendo la cabeza inclinada. Delgado, con una calvicie muy avanzada y un fino bigote recortado sobre el labio superior, el segundo consejero de la baronía de Mulars tenía una apariencia lamentable.

—Quiero saber por qué has expulsado al cuidador y su familia de estas tierras.

El hombrecillo abrió la boca sorprendido y luego se volvió hacia la puerta, donde los guardias comenzaron a gritar.

—¡Abrid la puerta! —Se oyeron varios golpes—. Sabemos que estás ahí. Maldito ladrón ¡vamos a clavar tu cabeza en una pica!

—Te he hecho una pregunta —repitió Marc de brazos cruzados, sin alterarse lo más mínimo.

—Ese hombre no sabe hacer su trabajo. ¡Es un inútil! —dijo el consejero, tratando de sonar convincente.

—No es esa la impresión que me ha dado. El jardín es soberbio. Y sus conocimientos también. ¿Es por la mujer con que os acostabais?

—¡No! —Gritó apresuradamente—. No es por eso. Es que nos roba. ¡Roba el dinero de nuestro barón! Y la vajilla, también ha robado varias piezas de la vajilla.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Marc entrecerrando los ojos—. Que un campesino robe a su Señor es un delito gravísimo, pero emitir esa acusación de forma espuria lo es aún más.

El consejero lo miró con la respiración entrecortada y se mordió los labios con nerviosismo.

—Es... ¡es esa niña demoníaca! —estalló de pronto—. Lo ve todo, lo sabe todo. Me vio con Flora. Pensé que iba a contárselo a su marido. Mi mujer se habría escandalizado. Vos entenderéis que, entre hombres notables, ha de primar la discreción. Sin duda la medida fue algo dura, pero pueden trabajar en otro...

El consejero no pudo acabar la frase porque la mano de Marc salió disparada como una flecha y le propinó un sonoro bofetón.

—Mañana por la mañana, el jardinero y su familia han de estar debidamente acomodados en estas tierras —dijo Marc con un tono de voz cortante—. Tú te encargarás de que, a la hora de comer, sus bultos estén ya colocados y la comida caliente en el plato. Además, en una semana como muy tarde, te habrás convertido en el padrino de la niña.

El hombre sollozaba en el suelo mientras los guardias comenzaban echar abajo la puerta con un hacha.

—Le vas a comprar vestidos y la cuidarás, no quiero que le falte de nada. —Marc se acercó a la ventana—. Y no se te olvide añadir cinco monedas de plata de tus propios bolsillos al sueldo de esa gente honrada que no quiso declarar contra ti.

Antes de saltar hacia el exterior, Marc se giró una vez más.

—Espero no ver los pies de esa niña descalzos nunca más.

El inquisidor desapareció con la misma rapidez con que se había presentado.

Al segundo siguiente, los guardias se precipitaron al interior con las espadas desenvainadas. El consejero estaba de rodillas, intentando controlar sus temblores y se pasaba las manos por la cabeza.

—Señor, ¿estáis bien? —preguntó uno mientras el otro registraba la habitación.

—Sí, sí —respondió él con un hilillo de voz—, todo está bien.

Cuando su pulso se fue normalizando, se levantó y pareció recobrar algo de su carácter.

—No digáis a nadie lo que ha pasado aquí —dijo antes de darles una moneda de plata a cada uno—. Id a descansar, tomaos un día libre.

Los guardias agradecieron el regalo y se marcharon encogiéndose de hombros, sin comprender nada.

En el interior de la habitación, el hombrecillo se puso a dar vueltas pensando qué podía hacer ante lo que acababa de suceder.

Afuera, las voces de los guardias se alejaban en dirección a un edificio más modesto donde tenían sus habitaciones. La luna seguía inmutable en lo más alto y el viento del otoño silbaba ligeramente.

De repente, la punta de un puñal se posó en su garganta y el inquisidor apareció de nuevo junto a él.

—Pasaré de nuevo por aquí dentro de poco. Si esa familia no ha sido resarcida, lo lamentarás. Si alguna vez dejas de cuidar de la niña u olvidas tus obligaciones, me enteraré y también lo lamentarás.

El consejero se desmayó justo después de que Marc se desvaneciera definitivamente.

Aquella noche, el muchacho durmió en las tierras de Mulars, abrigado con su capa de viaje.

Se levantó antes de que hubiera salido el sol y, al poco rato, había dejado atrás Louisant para internarse en la antigua Quiles.

La primera provincia, antiguamente país, donde nació el Primer Emperador, era una tierra de gente austera, fuerte y endurecida por los elementos. La vida allí estaba plagada de supersticiones y cuentos, pero la gran devoción que sentían por Thomenn y el Creador era honesta y firme.

Las fachadas de las casas mostraban la piedra y la madera con que se habían levantado, sin artificios ni colores que las disimularan. Los templos eran bajos y oscuros, propios de la época antigua en que los habían construido. Las imágenes de Thomenn lo mostraban en medio del martirio, sin capas aterciopeladas ni piedras preciosas simulando lágrimas o halos. Los robles y sus hojas eran de madera barnizada o, si se lo podían permitir, de acero pulido.

Los ayuntamientos y edificios oficiales tenían una espada dorada en la fachada, pero pocos ornamentos más. Los rosales, en cambio, crecían fuertes y hermosos como muestra del carácter resistente que era necesario en aquellos territorios. Sus flores suavizaban con frecuencia el resto del paisaje.

La madera que provenía de los tupidos bosques de hayas, cedros o robles era muy apreciada en el resto del Imperio. La plata, los frutos secos, el vino y, sobre todo, el embutido ahumado o en salazón, eran artículos con los que sus comerciantes hacían negocio en las otras provincias.

También era frecuente que los peregrinos acudieran a Quiles para visitar santuarios y sepulturas que tenían siglos de antigüedad.

La Capital de la provincia, Abadía, cerraba el paso a los Desiertos Prohibidos y

contaba con varias compañías acuarteladas allí. En virtud de un antiguo tratado, los barones de Quiles se turnaban para que sus soldados apoyaran permanentemente a la guardia de la ciudad.

Más allá, se extendía el vasto erial en el que había muerto Thomenn y donde, se decía, moraban todos los pecadores en eterna penitencia. Antes había sido la parte más próspera del enorme país de Quiles pero ya no. En tan solo unos kilómetros, la frondosidad de los bosques se degradaba rápidamente para dar paso a tan terrible territorio y nadie se atrevía a aventurarse mucho más allá de las murallas, al sur de la ciudad.

Tras su segunda noche en territorio quileño, Marc se internó en un hayedo. Dejó suelto a Noble para que pastara libremente y se dio rápidamente un baño en un pequeño torrente. El agua era fría, pero le tonificó el cuerpo y agudizó sus sentidos.

Cuando se hubo secado, guardó su atuendo de inquisidor y se vistió con bellas ropas de gran calidad. La túnica verde tenía bordado un caballo alzado sobre los cuartos traseros. El pantalón era de suave lana reforzada con cuero y los brazaletes, del mismo material, tenían un complejo ornamento de plata. Por encima se echó la capa de viaje, que no tenía ningún distintivo inquisitorial. En los cabellos se colocó una elegante diadema de cuero que completaba el equipo que le habían proporcionado en la Catedral.

La ballesta iba oculta entre sus bultos, pero la espada la colocó, bien visible, a la cintura.

Vestido con tal atuendo, se desvió ligeramente de su camino para llegar a una posada situada a las afueras de un pequeño pueblo.

—Toma una moneda, pilluelo —le dijo al mozo que atendía las caballerizas— y cuida bien a mi caballo. Que sea cepillado y no le falte heno ni avena.

Sin esperar respuesta entró con pasos elegantes y porte orgulloso. El local, empero, era más que modesto.

—Saludos, maese tabernero —dijo con una sonrisa brillante—. Ponme una jarra de tu mejor cerveza.

—Aquí no hay ni maeses ni mejores —contestó el otro, masticando una castaña seca—. Lo que sí hay es cerveza.

—Espero que también algo de esa sabrosa costilla que solo sabéis hacer bien en Quiles. Y una cama en la que pasar la noche —contestó Marc poniendo una moneda de plata ante él sin dejar de sonreír.

—De eso también —confirmó el posadero cambiando ligeramente su humor—. Sentaos, forastero, mi camarera os servirá.

El inquisidor tamborileó con las manos en el mostrador antes de girarse hacia la sala. Unos parroquianos jugaban a las cartas en una mesa mientras lo miraban de reojo; varios ancianos charlaban entre gruñidos en un rincón y, un poco más allá, dos

jóvenes algo mayores que él, con las botas manchadas de barro, remoloneaban en torno a dos jarras de cerveza a punto de agotarse.

—Saludos, amigos, soy Jean de Blancatierra. —Marc les dedicó una ligera inclinación de cabeza—. ¿Os importaría que os invitara a una jarra y compartiéramos la mesa?

Uno de ellos miró extrañado en dirección a las otras mesas vacías, pero el más avisado le dio un codazo y se apresuró a contestar:

—Claro que no nos importa, compadre. Nosotros te hacemos hueco.

Marc le hizo un gesto al posadero levantando dos dedos.

—Gracias, amigos. El viaje desde Louisant es duro y el camino solitario. Se agradece la compañía. ¿Puedo preguntaros vuestros nombres?

—Yo soy Tom y él es Elías, como el Compañero de Thomenn.

—¿Eres de Louisant? —preguntó el más fornido de los dos.

—En efecto. Mi padre es el propietario de los viñedos. —Marc miró significativamente a los muchachos, pero ninguno pareció comprender—. ¡Los viñedos de Blancatierra! ¿No los conocéis?

—Ah, sí, la baronía... o el potentado de Blancatierra —dijo el que le había invitado a sentarse. Sus ojillos se movieron hacia un lado antes de contestar—. Son muy buenos.

—¿Buenos? ¿BUENOS? —contestó Marc levantándose y poniendo las manos sobre la mesa, fingiéndose ofendido. Los muchachos se miraron intentando dilucidar en qué habían agraviado al noble—. ¡Los meados de una vaca moribunda saben mejor!

Los tres rieron a carcajadas y brindaron con las jarras que les trajo la joven camarera. Marc le miró el trasero sin ningún pudor mientras se alejaba y les guiñó un ojo a sus compañeros de mesa.

—El vino de Quiles tiene cuerpo, fuerza y el color de la sangre. Raspa al pasar por la garganta, porque es una bebida de hombres. El agüilla clara que hacemos en Louisant no es más que un refresco de señoritingas o invertidos. —Los jóvenes rieron de nuevo y volvieron a beber. Marc se limpió los labios con la manga y preguntó—. ¿A qué os dedicáis, amigos, si no es indiscreción?

—Nosotros no somos más que agricultores, compadre —dijo Elías.

—No digas «nada más» —respondió inmediatamente Marc, muy serio—. Si los agricultores no dieran de comer al Imperio, el mismísimo Emperador no se sentaría en el trono.

—Larga sea su vida —contestaron a la vez.

—¿Cuántos años lleváis aprendiendo tan noble labor?

—Yo... —Elías se quedó pensando mientras se rascaba un lateral de la cabeza. Finalmente lo explicó de otro modo—. Empecé a los cuatro o cinco, y tengo dieciséis.

Marc asintió y bebió un trago. Aquellos muchachos aparentaban casi el doble. A Elías le faltaba ya algún diente y el otro tenía la nariz torcida por un golpe. Ambos

tenían venillas rojas en la nariz y las manos ásperas y encallecidas.

—Y ¿qué vienes a hacer a la primera provincia, Jean de Blancatierra? —preguntó Tom.

—Mi padre quiere abrir nuevas rutas de comercio. Piensa que en Abadía hace mucho calor casi todo el año, así que apreciarán su brebaje. —Marc chasqueó la lengua—. Yo le dije que un quileño preferiría beber la arena de los desiertos antes que esa porquería. Pero es él quien paga mis vicios, así que aquí estoy, rumbo al sur intentando cerrar un negocio.

La camarera trajo la carne y el muchacho volvió a dedicarle una mirada más larga de la cuenta.

—¡Por cierto! —dijo Marc posando la jarra con un golpe—. Oí algo de unos asesinatos algo más al sur. ¿Qué sabéis sobre ellos? ¿Corro algún peligro avanzando por La Marcha del Emperador?

—Mi tío vive más al sur —dijo Tom bajando la voz y haciendo la señal del roble— y me contó que un poderoso brujo es el responsable.

El muchacho miró a su alrededor antes de proseguir.

—Por lo visto está reuniendo cuerpos para asaltar las murallas de Abadía. Quiere marchar hacia donde Thomenn murió para hacerse con alguna cosa mágica de mucho poder.

—¡Sandeces! —dijo de pronto Elías, ofendido—. ¡Ya no hay brujos! Los inquisidores acabaron con todos. Siempre te he dicho que tu tío es un patán. Yo creo —dijo dirigiéndose al supuesto noble— que la culpa es de una de esas fieras de largos colmillos de Rock-Talhé. Dicen que las víctimas aparecieron en el medio del bosque.

—Vaya —murmuró el joven antes de que Tom volviera a tomar la iniciativa.

—Te digo que no. Los cuerpos se levantaron una vez muertos. Sin duda es un brujo.

Marc mantuvo su papel un rato más, mientras los otros dos discutían, hasta que terminó de cenar.

—Ruego me disculpéis, señores, pero estoy agotado tras un día entero cabalgando y mi espalda se resiente. —Les dio la mano a ambos y después se levantó—. Os deseo prosperidad y suerte en vuestras cosechas.

—Gracias, amigo, ojalá consigas cerrar ese trato —dijo Tom.

—No dudes que cumpliré la misión que me ha traído hasta aquí —dijo él con una sonrisa.

Marc dejó su habitación cuando todavía era de noche, pagó al somnoliento posadero y fue a buscar su montura. Noble lo recibió con un cabeceo de alegría y aceptó con gusto la última zanahoria que quedaba.

El muchacho lo ensilló y, unos minutos después, ya estaban de nuevo en la



Marcha del Emperador.

—Hemos sacado poco en claro aquí —le dijo palmeándole el cuello—, pero si algo sobra en la calzada son tabernas donde escuchar rumores.

El malogrado Caballero Ferdinand solía insistir en que no había ningún sitio mejor para recabar información que en dichos establecimientos. «A ser posible, con parroquianos borrachos y alegres por vuestra presencia», les había dicho, guiñando un ojo, «así que gastaos unas monedas en cerveza, divertíos y, de paso, oíd lo que no os contarían en otra situación».

—Eras un pendenciero, pero hablabas con sabiduría —murmuró Marc mirando hacia el amanecer—. La muerte no cambia el hecho de que tus palabras fueran ciertas, ni puede evitar que sigamos acordándonos de ti y tus enseñanzas.

Marc tenía prisa por llegar a Valle Sombrío, pero era muy consciente de que un crimen del que no se sabía nada era un crimen imposible de resolver, así que estaba decidido a reunir más información, aparte de la versión oficial que pudieran darle las autoridades.

A mediodía, paró en una taberna a las afueras de un precioso pueblecito y, cuando anochecía, también en una posada. En esa ocasión se hizo pasar por Philippe de Troncoancho.

Al día siguiente fue Mathius, un mayordomo de la baronía de La Flere y en la que vino después lo aplaudieron cuando Gaulton de Largavista invitó por tercera vez a sus compañeros de mesa.

A medida que se iba acercando a la zona en que se habían producido los asesinatos los rumores iban haciéndose más abundantes. Según la información que consiguió reunir, siete personas habían aparecido muertas el mes anterior en los alrededores de Valle Sombrío, descuartizadas de manera terrible. Esto había sucedido en un lapso de tan solo cuatro o cinco días, y el bulo había rodado hasta adquirir proporciones escandalosas. En algunos comentarios, las personas muertas habían estallado por dentro al salir los demonios que albergaban; en otros, una fiera invencible de varios metros de altura procedente del infierno se disponía a atacar el Imperio; un viejo desdentado le aseguró haber visto con sus propios ojos un ejército invasor de más allá de los desiertos prohibidos comiéndose la carne de sus víctimas e incluso habló con un par de soldados de patrulla que le dijeron conocer el caso, pero no tenían ninguna información relevante.

Al final, Marc tuvo que aceptar el hecho de que nadie parecía saber qué había pasado, de modo que, harto de subterfugios, cambió sus ropas y siguió avanzando vestido de inquisidor. No le extrañaba que lo hubieran mandado allí. Aquel misterio no parecía que fuera ser resuelto por medios convencionales.

Llevaba ya siete días de viaje cuando llegó a una posada que era utilizada habitualmente por la Orden. Entró por la parte de atrás y pidió una habitación al hombre que la regentaba, que le entregó una llave inclinando la cabeza sin hacer una sola pregunta. Volviéndose hacia un muchacho de unos quince años, le indicó que se

hiciera cargo de la montura del caballero y colocara en sus alforjas una empanada, carne seca y algunas piezas de fruta.

Tras bañarse y afeitarse, Marc guardó sus ropas de inquisidor y se puso otras para pasar desapercibido en la sala común. Tenía mucho sueño, pues apenas se permitía unas horas de descanso cada día, pero sacó fuerzas para bajar y tomó asiento en el rincón más apartado que el posadero pudo proporcionarle. Comió en silencio atento a las conversaciones, pero no pudo descubrir ninguna información interesante.

Sin embargo, cuando estaba a punto de subir a su habitación, entraron dos comerciantes que hablaban atropelladamente entre ellos. Marc no podía oír bien sus voces, pero pudo leer parcialmente sus labios.

—Muchacha joven... desgracia... manera terrible, anoche —dijo el primero.

—Morir a manos... salvaje. Thomenn no lo quiera... —contestó el segundo.

Marc se dirigió como una flecha hacia ellos y les enseñó el Símbolo de plata.

—¿Dónde ha sucedido eso? —preguntó sin más saludo.

Los hombres se quedaron estupefactos ante la aparición de un inquisidor, pero uno de ellos se sobrepuso y contestó con voz temblorosa:

—En una aldea, no lejos de aquí. Han llevado su cuerpo al pueblo de Valle Sombrío.

Marc salió corriendo, subió las escaleras de dos en dos, se vistió y partió al galope.

Apenas comenzaba a amanecer cuando entró en Valle Sombrío, con Noble echando espumarajos por la boca. Todo el mundo estaba fuera de las casas. Pese a la hora que era, los hombres permanecían en las calles, en vez de dirigirse a trabajar los campos o a los talleres. Se hablaba en corrillos y se respiraba un gran nerviosismo.

Cuando las gentes lo vieron llegar, con el Símbolo de plata colgando sobre el pecho, lanzaron gritos de alegría, suspiraron con alivio y recuperaron la esperanza. Era la primera vez que Marc percibía esa sensación en las personas con que se cruzaba.

Le dirigieron hacia una pequeña ermita, donde ya se había congregado una pequeña fuerza de la baronía de Cerro Viejo, a la que pertenecía la población. Afuera, una mujer lloraba quedamente y un hombre pedía justicia a gritos. Muchas personas lo miraron con lágrimas en los ojos, pero también con agradecimiento y fe.

Enseguida, un soldado se hizo cargo de su caballo y otro le abrió paso a través de la multitud para que pudiera acceder al modesto edificio.

Cuando entró en los despachos del párroco lo sorprendió un sutil olor a carne podrida que le hizo torcer el gesto. Allí, sobre una mesa, rodeado por un sacerdote y varios soldados, se encontraba el cuerpo inerte de una joven. Marc apretó los dientes en un mudo reproche por no haber llegado antes.

—Inquisidor —dijo el teniente encargado inclinándose ante él—, sois ley.

—Decidme todo lo que sepáis —contestó Marc a modo de saludo.

El cadáver acababa de ser lavado y estaba tendido sobre una sábana blanca que, presumiblemente, le serviría de mortaja. Un brazo presentaba una fractura externa y tenía profundas marcas de garras en el abdomen. Además, el muslo izquierdo había sido parcialmente devorado.

—Tras los asesinatos de hace unas semanas, el capitán de la milicia de Cerro organizó patrullas de vigilancia —le explicó el oficial—. Anoche, mientras patrullábamos cerca de aquí, oímos gritos. Nos dirigimos corriendo hacia el lugar de donde procedían, bajando por el terraplén que flanqueaba nuestra ruta.

Marc daba vueltas lentamente alrededor de la mesa, recabando información tanto con sus ojos como con medios que los otros hombres no percibían.

—Cuando llegamos la joven ya estaba muerta, pero pudimos ver algo que salía huyendo. No fue más que una sombra, la noche estaba nublada. No le podría decir siquiera de qué tipo de bestia se trataba, solo que se movía con rapidez. Es la segunda muerte que conocemos en dos días. La otra tuvo lugar en una aldea al sur de aquí, anteayer.

El joven quedó en silencio mientras examinaba el cuerpo.

—Eso eleva el número de muertes a nueve —murmuró sin levantar la vista—. ¿Cómo llegó la muchacha hasta ese lugar?

—Vivía en este pueblo. Su familia dice que salió a llevar una cazuela con asado a sus tíos, unos ancianos que viven en una de las casas de las afueras. Apenas había anochecido cuando, presumiblemente, la atacaron y la arrastraron hasta la zanja en que fue encontrada, bastante resguardada a la vista. Si oímos sus gritos fue por pura casualidad. Si me permite la sugerencia —prosiguió el sargento inclinándose hacia él como si le fuera a revelar un gran secreto—, seguramente sea algún oso que se ha habituado a la carne humana. Ya pasó una vez cuando mi abuelo era sargento, allá en Cerro. La zarpa es muy grande, como puede ver.

Marc, sin embargo, se mostró en desacuerdo.

—La zarpa es grande, en efecto, pero las garras están muy separadas unas de otras y son relativamente finas, demasiado para tratarse de un oso. —Marc señaló la herida del abdomen y en seguida dirigió la vista hacia el muslo—. Además, si se fija en esta marca de mordisco, con los colmillos aquí, no es tan alargada como la de un oso. O totalmente curva, como la de una persona.

—Santo Lám, no puedo creer que haya dicho eso. —El sacerdote hizo el símbolo del Roble—. Espero que no piense realmente que alguno de nuestros hermanos pueda ser responsable de esta desgracia.

Marc no contestó, pero su frente estaba repleta de arrugas de concentración.

—No creo que una persona pudiera arrastrar el cuerpo de esta joven los cinco kilómetros de distancia donde la encontramos con la rapidez que los hechos indican —dijo el teniente.

—Por lo que me ha contado, yo tampoco —contestó escuetamente el inquisidor.

Marc permaneció unos minutos más ante la joven antes de abandonar el despacho para examinar someramente la ermita.

Cuando salió afuera la gente se apartó de su camino.

—Quiero un buen pedazo de la carne más succulenta que pueda conseguir, un embudo, un cordel largo y una gallina —dijo dirigiéndose directamente al delegado de la aldea.

La gente lo miró con sorpresa, pero mantuvo una actitud profundamente respetuosa.

—Los métodos de los inquisidores son secretos —susurró una comadre.

—Y sus oídos finos —contestó otra mandándola callar.

Cuando le entregaron lo que había pedido, Marc le cortó el pescuezo al animal y, con ayuda del embudo, vertió su sangre en un odre. Después, hizo un hatillo con la carne y la guardó.

—Señores, lamento profundamente su pérdida —dijo dirigiéndose con todo el respeto a los padres de la muchacha—. Si bien no puedo devolverles a su hija, les aseguro que voy a hacer lo imposible por aclarar este asunto.

La mujer asintió en silencio, agarrando la mano de su marido, entre lágrimas.

Entonces, ante la mirada estupefacta de aldeanos y soldados, Marc se dirigió al sacerdote.

—Padre, necesitaré su asistencia. Dadle un caballo —dijo al teniente que le había recibido en la ermita.

—Pero señor, mi delicada espalda...

—No hay excusa —contestó Marc mientras montaba a Noble—. Necesito su ayuda y va a prestármela.

Los presentes se removieron inquietos ante sus palabras pero, finalmente, el sacerdote asintió y tomó una de las monturas de la milicia, muy indignado.

Marc abandonó la aldea bajo miradas reprobadoras, cuando no de odio abierto. Aquellas gentes parecían apreciar a su párroco y no aceptaban de buena gana que se lo llevara. No obstante, su palabra era ley.

Avanzaron por verdes colinas hasta bien entrada la tarde y penetraron en un oscuro bosquecillo ya casi de noche. El sacerdote, cerca de los sesenta años, llevaba los hombros hundidos y, de vez en cuando, se quejaba de dolor. Sus cabellos eran blancos y abultados en los laterales de la cabeza y escasos en la parte de arriba. La mirada era triste y simplona.

Sobre la túnica, con un roble bordado, llevaba la capa que un vecino le había echado por encima cuando salían del pueblo.

Más o menos una hora después llegaron a un claro y desmontaron. El anciano se estiró, dolorido, mientras Marc encendía una fogata.

—Si seguimos así me vais a matar —dijo con voz temblorosa—. Ya no tengo

años para estos esfuerzos.

—No creo que hagamos mucho más ejercicio, padre, al menos no hoy —contestó el muchacho.

—¿Puedo saber ya para qué me habéis hecho venir? —preguntó arrebujándose en la capa antes de dejarse caer cerca del fuego—. No creo que os pueda ser de mucha ayuda en una batalla.

—No os preocupéis —contestó Marc terminando de preparar la hoguera—. Solo teneros aquí ya me ayuda.

—Me alegro de que mi presencia te reconforte, hijo. ¿Comeremos ahora algo de esa deliciosa carne que habéis traído? —preguntó entonces.

—No. Esa pieza es para un invitado. Nosotros comeremos fruta. A no ser que preferáis ayunar. Dicen que es una buena práctica para depurar el cuerpo y ponerse en contacto con el Creador.

—No necesito morir de desnutrición para hablar con el Altísimo —farfulló el sacerdote, quedando de brazos cruzados, ostensiblemente enfadado por el trato recibido.

Marc tomó un par de manzanas. Cuando acabó el frugal refrigerio llevó los caballos fuera del claro, donde pudieran alimentarse con mayor abundancia y los ató juntos, dándoles mucha cuerda.

Después de volver al claro, colgó el pedazo de carne a una rama con el cordel que le habían entregado.

—¿Por qué hacéis eso con tan suculento manjar en vez de cocinarlo de una vez? Esa carne vale más de lo que algunos buenos hombres ganan en varias jornadas.

—Como ya he dicho, espero un invitado, así que dejaréis la carne donde está —contestó Marc escuetamente.

—Es indecente tirar la comida —gruñó el otro.

El sacerdote estuvo rezongando durante un buen rato pero, al final, acabó por tumbarse cerca del fuego y se quedó dormido.

La noche era fresca y el viento corría silbante entre los árboles, llevando los perfumes de las antiguas historias que habían sucedido en aquellas tierras. Los grillos cantaban afanosamente y, muy arriba, un disco blanco, rodeado de su cohorte de estrellas, relucía con fuerza.

Al cabo de un par de horas, Marc destapó el odre que contenía la sangre y derramó unas gotas sobre la carne. Repitió el proceso varias veces más antes de que amaneciera.

Cuando el párroco despertó, Marc estaba encima de un árbol.

—¿Habéis pasado la noche ahí arriba? —preguntó extrañado.

—Prácticamente acabo de subir, padre.

Su interlocutor miró en derredor y se encogió de hombros.

—¿Dónde están nuestras monturas?

—Las volví a cambiar de lugar para que se alimenten a gusto —contesto Marc balanceando las piernas—. ¿Cómo os encontráis esta mañana? Espero que estéis mejor de vuestra espalda.

—Estoy bien —dijo el hombrecillo secamente—. Y ahora, ¿me vais a explicar de una vez para qué estoy aquí en lugar de en el pueblo oficiando la ceremonia matinal?

—Ya os lo dije: me vais a ayudar. —La mirada de Marc era neutra y no permitía adivinar lo que pensaba.

El sacerdote se encogió de hombros y se mostró conforme.

—De acuerdo, hijo ¿me daréis, al menos, algo para desayunar? —pidió con esperanza.

—Por supuesto. En mi bolsa tenéis varias manzanas y alguna pera.

—¡Podéis guardaros para vos la fruta y toda la hierba del mundo! —explotó el otro, rojo de furia—. ¡Que Gillean maldiga para siempre el alimento de asnos y vacas! ¡Que se pudra toda la fruta del mundo!

El sacerdote permaneció un buen rato despotricando contra todo tipo de vegetales y, por poco, contra el propio inquisidor.

Permanecieron así toda la mañana hasta que llegó la tarde y el hombrecillo quedó de nuevo dormido un buen rato. Cuando se despertó, Marc estaba vertiendo, de nuevo, el contenido de su odre sobre el pedazo de carne.

El párroco hizo un nuevo intento, pero Marc lo remitió otra vez a la bolsa que estaba a los pies del árbol. El arrebató de cólera fue esta vez más violento que el anterior y el sacerdote pateó el suelo y gritó al cielo una y otra vez que tenía hambre.

—¡Esta no es manera de tratar a un hombre de mi edad! ¡Soy sacerdote! ¡Me debéis respeto!

Marc hizo caso omiso y continuó sentado sobre la rama.

A medida que la noche caía, el anciano comenzó a gemir y llorar quedamente.

—Me duele el estómago, inquisidor. ¡Por la piedad del Primero, dadme de comer o moriré de hambre! —pidió entre lágrimas.

Había avivado de nuevo el fuego con pequeños palos y se sentaba muy cerca de la hoguera, meciéndose hacia adelante y hacia atrás mientras abrazaba sus rodillas.

—¿No tienes miedo de la bestia que anda suelta? —preguntó Marc de pronto.

El sacerdote se quedó quieto, como si de repente recordara el peligro que corrían.

—Por supuesto, pero vos estáis a mi lado y me protegéis —tragó saliva—. ¿Por qué no me dais algo de esa carne para estar fuerte cuando tenga que ayudaros?

Marc no respondió, pero la regó nuevamente con la sangre.

El párroco comenzó a balancearse de nuevo, con los ojos fijos en el chuletón. A medida que la oscuridad caía, estaba más y más nervioso. Marc constató con tensión que tenía mucho vello en los brazos.

—Quizá podría conseguir algo de carne —susurró.

Al instante, la cabeza del sacerdote se volvió hacia él. Marc destapó el odre y dejó

caer unas gotas sobre el pedazo que colgaba del árbol. Estas resbalaron a lo largo de la enorme chuleta para caer, perezosamente, al suelo.

—Algo de carne cruda para ti ¿te gustaría?

El párroco se relamió y asintió varias veces con ilusión.

—Sí, sí, algo de carne para mí, eso estaría muy bien. La carne es buena, da fuerzas al cuerpo y me sacia.

Marc arrojó el odre cerca del hombre y este se abalanzó sobre él, chupando la boquilla y apurando hasta la última gota de sangre. Las gotas salpicaron la túnica y mancharon el Roble bordado.

Hubo un momento de silencio. El anciano se giró lentamente hacia él y las miradas se cruzaron. Sus ojos se abrieron mucho, consciente de pronto de lo que estaba haciendo. Entonces, rugiendo sin poder contenerse más, la bestia comenzó a transformarse y gritó con tal fuerza que los campesinos a más de diez kilómetros de distancia se removieron en sus camas.

El cabello, hirsuto y oscuro, brotó como hierba, a demoníaca velocidad; sus músculos se hincharon como un pellejo de vino que se va llenando hasta amenazar con romperse; los huesos se estiraron con chasquidos y la mandíbula se le adelantó y creció, mientras los colmillos asomaban de manera amenazadora.

De nuevo, extendiendo sus poderosos brazos y alzándose en toda su estatura con los ojos fijos en el cielo, rugió con rabia.

Sin esperar más, se dirigió como un rayo hacia la carne que colgaba pero, de pronto, un chasquido cruzó la noche y un virote apareció en su cuello, muy cerca de una arteria.

Rugiendo de dolor, se lanzó contra el árbol y atacó, pero Marc ya había saltado y las garras solo dejaron unas profundas marcas en la corteza. El inquisidor, en cambio, fue más rápido y antes de que su enemigo se volviera lo atravesó desde atrás.

El párroco se giró súbitamente llevándose con él la espada del inquisidor. Todavía con el acero atravesándole el pecho, atacó con increíble velocidad. Sus garras hendieron el aire varias veces, apenas un instante después de que Marc se moviera. Este esquivó sus golpes casi por suerte, sufriendo apenas unos rasguños y de un certero tajo con el cuchillo le cercenó dos dedos. Un nuevo aullido atravesó la quietud de la noche.

—Te voy a hacer pagar por esto, gusano —gruñó aquel ser con una voz que ya no era humana.

—Ven a demostrármelo —respondió Marc.

Cuando se lanzó de nuevo a la carga, el joven le dio una patada a la hoguera y lanzó una lluvia de chispas sobre él.

El fuego prendió rápidamente en el pelaje de la bestia, que lanzó alaridos de dolor mientras intentaba extinguir a palmetazos las llamas que lo consumían. Marc aprovechó el momento para concentrarse y, a un gesto de sus manos, las llamas parecieron avivarse de golpe. El sacerdote quedó convertido en una antorcha que se

movía a espasmos y se golpeaba el cuerpo en medio de un terrible sufrimiento.

El inquisidor avanzó entonces hacia él y le arrancó la espada de un tirón. La sangre manó a borbotones y la bestia cayó al suelo. Rodó a duras penas hasta lograr que el fuego se apagara y, tras unos instantes, consiguió ponerse en pie de nuevo.

Presentaba unas heridas terribles y uno de los ojos estaba cerrado. Sus movimientos habían perdido ya la vitalidad de antes.

—Que el Creador te perdone.

Con la escueta fórmula de los inquisidores, Marc tomó impulso y le hundió la espada en el corazón.

—Lamento esas muertes —susurró la bestia mientras la vida le abandonaba—. No pude contenerme.

Su voz sonaba ligeramente humana, pese a los matices extraños que contenía. La sinceridad parecía real. Sin embargo, Marc se le acercó hasta que sus rostros quedaron muy cerca.

—El Creador es piadoso. Arrepiéntete aquí y quizá seas perdonado allá.

Y sin más, le cortó la cabeza de un potente revés, tal como le habían indicado en el Monasterio.

A los pocos minutos, Marc asaba el pedazo de carne, sentado cerca de la hoguera. Permanecía en silencio mientras limpiaba la espada con un trozo de tela y la aceitaba para protegerla de la corrosión de la sangre y el óxido.

No había alegría en su rostro, ni sentía satisfacción alguna. El párroco le había susurrado unas palabras más antes de morir que lo habían sumido en hondas reflexiones.

Cuando se fue, el trozo de carne se quedó donde estaba.

La multitud se apiñaba en la ermita para poder ver de cerca la cabeza de la bestia. El cuerpo que había arrastrado hasta la aldea llevaba aún los jirones chamuscados de la túnica del párroco, por lo que todo el mundo comprendió el destino que había corrido el anciano. Sin embargo, muchos no acababan de creerse que fuera el causante de aquellas muertes tan espantosas.

Apenas había despuntado el sol cuando Marc llegó a Valle Sombrío, pero la noticia se había extendido con tal rapidez que cuando fue a hablar con el sargento, una comitiva le seguía. De este modo, decidió dar un breve resumen a los soldados y congregarse al pueblo ante la ermita.

—Cuando entré en este templo por primera vez —explicó Marc— me sorprendió un olor nauseabundo a carne podrida. Confundido, porque la joven apenas llevaba unas horas muerta, busqué en todos los rincones de este santo lugar, pero no pude encontrar la fuente de tales efluvios. Al salir de nuevo al exterior comprobé que el olor estaba cerca de mí y sospeché de los hombres con los que había inspeccionado el cadáver.



Marc carraspeó y dejó que el auditorio fuera asimilando sus palabras. Era la primera vez que hablaba delante de tanta gente y se sentía más nervioso que cuando había tenido que luchar contra la bestia.

—Pude percibir en el sacerdote cierta energía que me resultaba extraña. —No sabía cómo explicar la Voluntad a la muchedumbre, así que esperó que aquello fuera suficiente—. Y por precaución decidí alejarlo de aquí. Pedí al delegado carne y sangre para poner un cebo a la supuesta bestia pero, mientras cabalgaba con el sacerdote el Creador me iluminó: los anteriores asesinatos habían tenido lugar en un lapso de tiempo muy corto y estos últimos comenzaron súbitamente hacía solo unos días, precisamente cuando la luna era casi llena, como entonces. Por fin comprendí. El olor a podrido procedía del propio sacerdote, que se había alimentado recientemente de carne humana. —Algunos gritos se escaparon de gargantas asustadas, pero otros eran de indignación—. La primera noche se quedó dormido enseguida, indiferente al hecho de encontrarse en medio del campo con una bestia rondando, por lo que mis sospechas se confirmaron. Cada vez que abría el odre donde llevaba la sangre, él alzaba la cabeza y olisqueaba. Al día siguiente, tras una jornada en ayunas, pues se negaba a comer nada que no fuera carne, hablaba de forma incoherente y se comportaba de manera extraña. Estaba irascible y, en varias ocasiones, usó el nombre de nuestro Salvador con ligereza.

Las miradas de la gente se iban tornando más y más duras. Algunas mostraban terror o incredulidad pero otras, simplemente, contenían odio.

—Al final utilicé el pedazo de carne que llevé de aquí para forzar la transformación de una bestia de sangre que siempre se había encontrado entre vosotros.

Los parroquianos estaban aturcidos, sin poder dar crédito a lo que oían. Un escalofrío recorrió la espalda a más de uno al sopesar detenidamente aquella idea; otros manifestaban su disconformidad a voces. Por suerte, alguien mencionó una larga serie de vacas y ovejas descuartizadas y algunas desapariciones que habían tenido lugar años atrás.

Viendo su tarea cumplida, Marc montó y comenzó a alejarse, sin más.

Apenas había recorrido unos metros cuando una mujer gritó, refugiada en la multitud.

—¡Asesino! ¡Asesino de un hombre piadoso!

—¡No ha podido dar respuesta a las muertes y acusa a un anciano! —respondió otro.

De repente, toda la tensión de aquellos días, todos los desvelos e incertidumbres se transformaron en una rabia amarga. Marc giró a Noble de un tirón y se alzó sobre los estribos. A su alrededor se elevaron remolinos de tierra y una ráfaga de algo que no era viento golpeó al populacho.

—¡Si tanta lástima sientes por este ser, que no hombre, piensa que, si el teniente pudo oír los gritos de vuestra hermana muerta fue solo porque la estaba devorando

viva! —gritó dirigiéndose directamente a la mujer que había hablado en primer lugar.

Tras unos segundos en medio de un silencio sepulcral, Marc volvió grupas y se abrió paso entre el gentío sin miramientos.

A su llegada, la gente había lanzado vítores y lo miraban con esperanza y alivio. Al irse, ni siquiera la madre de la joven asesinada mostraba la más mínima satisfacción por haber resuelto el crimen.

«A veces la verdad duele más que la ignorancia», había dicho una vez Aurore, aunque no conseguía recordar por qué.

—Pues maldito sea el complaciente que prefiera lo segundo —gruñó el muchacho.

Abandonó Valle Sombrío al galope y se dirigió de nuevo a Hÿnos, ansioso por alejarse de tan funestos parajes y, si era posible, reencontrarse con caras amigas.

## V

Thomenn y sus compañeros pararon para descansar en una posada. Junto al fuego había un joven enmudecido, cuya mirada estaba perdida en las llamas.

—No perdáis el tiempo con Shacon —les dijo una mujer— su padre lo sienta ahí todas las mañanas y no hace otra cosas que permanecer inmóvil, como un vegetal.

Sin embargo, Thomenn se acercó y se puso de rodillas para mirarlo frente a frente. Permaneció así hasta que, al cabo de varios minutos, el muchacho parpadeó y le imprecó con una mueca:

—¿Se puede saber qué miras?

Desde ese día, fue su compañero inseparable y todos lo conocieron como el consejero o el bufón.

—*El Manual*, segundo capítulo.

Marc soñaba con una cama en la que dormir veinte días seguidos. Sentía escozor en los ojos y había estado a punto de dejar que se cerraran varias veces. Solo la fuerza de voluntad le permitió llegar hasta la posada que ya había visitado anteriormente manteniendo un porte digno y tranquilo.

De nuevo el posadero le entregó una llave y se ocuparon de Noble con diligencia y sin preguntas. Ya en su habitación, Marc dio una cabezada en la bañera antes de salir para secarse. Durmió en una cama limpia y sencilla hasta que la tarde estaba ya avanzada y, cuando se levantó, se sentía atontado y más fatigado aún. Sin embargo, decidió afeitarse y se vistió con ropas que no lo señalaran como inquisidor. Después, bajó a ver a su montura.

Noble se mostró feliz y aceptó gustoso las caricias en la cabeza y el cuello. Marc le ofreció una manzana que había tomado de la cocina y el animal se la comió sin dudarle.

Lo habían cepillado y su pelaje bayo lucía hermoso, con los matices anaranjados del trigo cuando el sol está ya bajo.

Mientras estaba allí sentado, viendo como Noble comía tranquilamente, Marc se dio cuenta de que estaba muerto de hambre, así que se despidió de él y se marchó a la sala común.

Ya era de noche cuando se vio delante de un plato de carne con patatas y una jarra de cerveza.

A su alrededor, algunos hombres comentaban las últimas noticias de Valle Sombrío, pero la mayoría de las mesas albergaba a jugadores de cartas o amigos en torno a unas bebidas.

Marc había pedido su segunda jarra cuando un joven subió a una pequeña tarima que no le había llamado la atención hasta ese momento. Llevaba un laúd que comenzó a puntear, afinándolo con rapidez. Inmediatamente, el ruido se redujo ligeramente en la sala. Entonces el músico comenzó a tocar, construyendo una base de acordes arpegiados que crearon una atmósfera mágica a su alrededor.

Marc no entendía nada de música, pero habría podido afirmar que su arte era muy diferente al de Sebastien. El maestro organero del Monasterio era capaz de unir hasta cinco melodías en una misma discusión cuya increíble complejidad él solo podía aventurar. El bardo, por el contrario, mantenía una sucesión de notas punteadas que, si bien no revestían una gran dificultad, resultaba muy evocadora. Pero, cuando sumó su voz al instrumento, Marc se dio cuenta de que estaba ante un gran artista.

La balada contaba la triste historia de un caballero enamorado de una muchacha de noble cuna. Sin embargo, la hermana de esta, loca de celos y enamorada de él, la acusaba de brujería.

El laúd acompañaba perfectamente la narración, adoptando un aire marcial cuando el caballero luchaba y una extremada delicadeza cuando describía el amor de los protagonistas. Pero, cuando la historia llegaba a su punto culminante, el inquisidor se dio cuenta, con enfado, que la mayoría de los parroquianos habían vuelto a sus juegos, sus charlas y sus risas. Tan absorto estaba en el disfrute del arte que apenas se había dado cuenta del creciente ruido que había a su alrededor.

Molesto y disgustado, Marc trató de escuchar el final de la obra, pero ya no pudo sumergirse en ella como antes.

Una pieza instrumental que apenas pudo oír lo acompañó mientras finalizaba su plato de carne y, para cuando una camarera dejó ante él un buen pedazo de tarta de moras, el bardo se preparaba para tocar la siguiente.

Con cierta sorpresa, el inquisidor escuchó la primera estrofa de aquella canción de borrachos que habían aprendido en un burdel, cerca de la baronía de La Flere. Todavía vivían en el Monasterio cuando oyeron por primera vez hablar de esa mercenaria que únicamente parecía luchar en las alcobas.

Sin embargo, lo que fascinó a Marc fue la transformación que se había producido en el músico que tenía enfrente. Gritaba obscenidades con una voz estridente totalmente desconocida y taconeaba con fuerza. Pronto, todo el mundo estuvo vuelto hacia él, cantando entre risas el estribillo de la canción:

*Con gran esfuerzo luchará  
Por algo es mercenaria  
Sus armas muy diversas son  
Y siempre afiladas*

Tras esa canción, el bardo les relató, entre aplausos, las aventuras de un sacerdote cuya picardía y gusto por el placer lo hicieron ascender en la jerarquía hasta llegar a Embajador, de un burdel.

Marc estaba atónito ante la facilidad con la que el bardo había pasado de un registro a otro y, especialmente, por el modo en que la audiencia había abandonado lo que se traía entre manos para sumarse al jolgorio.

Prácticamente toda la posada se había unido a los cánticos y lo acompañaban con

palmas y risas.

—¿Todo es de su agrado? —preguntó el posadero a través de su generoso mostacho. Marc ni siquiera se había dado cuenta de que se acercaba, tan absorto estaba—. ¿Necesita alguna cosa, señor?

—Todo está bien, gracias —contestó Marc.

La música prosiguió un rato más, hasta que el bardo abandonó el escenario entre fuertes aplausos.

Marc se giró hacia la pared con una sonrisa y pidió un vaso de vino dulce. Pese a los ruidos de la posada, acabó sumido en sus propios pensamientos, repasando los acontecimientos de los últimos días.

Ya iba a levantarse para ir a dormir cuando alguien puso dos jarras de espumosa cerveza ante él.

—Rheros el Tahliano es mi nombre, el único bardo no mediocre de Rock-Talhé a excepción del mismísimo Lugh, si hemos de hacer caso a los escritos —dijo el espigado hombre al sentarse a su lado. Adoptando un tono mucho más reservado, añadió—. Como sin duda sabréis, inquisidor.

—No es frecuente que se comparta mesa con uno de los míos —contestó Marc, sorprendido—. Y aún menos que este lo consienta.

—Estoy de acuerdo, señor. Y siempre que he visto uno de vuestros oscuros sombreros en esta taberna, me he mantenido tan alejado como de una cortesana con picores —afirmó el músico—. Sin embargo, nadie había escuchado La balada del caballero con más atención que vos y quería agradeceréoslo.

—Habéis interpretado esa obra con maestría —respondió Marc, sin saber muy bien qué decirle a un artista.

—No solo la he interpretado —Rheros sonrió con inmodestia y sus ojos, de un color castaño clarísimo, casi emitieron chispas—, además la he compuesto yo. Voz, música y texto han salido de aquí.

El Tahliano se dio unos toquécitos en la sien y Marc no pudo evitar sonreír.

El bardo tenía una expresión jovial que le hacía parecer más joven de lo que en realidad era. Se vestía con ropas elegantes de cuero fino en tonos marrones y telas que tenían un azul profundo de gran elegancia. Un broche, con forma de león, sujetaba una media capa de terciopelo de aspecto delicado. Marc dudaba que pudiera abrigarse con ella en una noche fría pero, sin duda, muchas mujeres nobles la considerarían hermosa y gallarda.

—Lamento que el público no os prestara algo más de atención, es una obra muy bella —dijo con una inclinación de cabeza.

—¿Estos tarugos? —contestó el otro señalando con la cabeza hacia la sala—. No distinguirían un tinto agoriano del agua estancada.

—Son gentes sencillas, probablemente no estén habituados a un arte tan elevado.

—He estado tocando en varios salones de Louisant recientemente. —Marc miró a su alrededor y dudó que el bardo cambiara con tanta facilidad de auditorio, pero el

otro no se dio por aludido—. Las damas de rancio abolengo se abanicaban haciendo más ruido que el aleteo de un águila. Nobles con más títulos que los volúmenes de una biblioteca bostezaban e incluso llegaron a comentar algún chisme entre risas. ¿Sabéis quién, de entre todo aquel gentío, se conmovió al escuchar mi arte? Un paje que escanciaba vino y una viejísima aya medio ciega.

El bardo dio un puñetazo en la mesa y bebió un largo trago.

—No, señor, el buen gusto no depende de la calidad de nuestra cuna, sino de la capacidad de escuchar que tiene cada persona. No de oír, de escuchar, insisto. Algunos tienen sus sentidos obstruidos, da igual que sea por su poco interés, o por comer demasiado faisán. —Rheros se atusó el cabello, castaño y a media melena, antes de asentir, como para sí mismo.

—Es una curiosa forma de verlo —concedió Marc.

—Es la realidad. Tardé en componer la balada casi tres meses, dedicándole muchas horas todos los días. Pero tanto esta como las otras audiencias de las que os he hablado, solo comenzaron a aplaudir cuando interpreté La Mercenaria. —La sonrisa de Rheros se volvió muy triste, llegados a ese punto—. Os aseguro que la trabajadora de un burdel no se sentiría más profanada que yo en esos momentos. Me hubiera gustado gritar y estrellarle el laúd en la cabeza a más de uno, pero los bardos también hemos de comer y, en este mundo, cada uno tenemos nuestro roble, ¿no es cierto? Espero que no toméis mis palabras como una ofensa, estoy muy agradecido a todos mis anfitriones. A propósito, ¿de dónde os viene a vos el buen gusto por la música?

Marc contempló al bardo y no pudo evitar sentir simpatía por él. Hablaba con rapidez, pero pronunciaba cada palabra con exactitud y acompañaba su discurso con profusión de movimientos de las manos y gestos de la cara. Su voz estaba llena de matices y podía pasar de un timbre melodioso al rugido propio de un guerrero con envidiable facilidad. Sus estrafalarias formas, en cierto modo, le recordaban a Ferdinand.

—Tuve un amigo que cultivó mi gusto por la música —respondió escuetamente.

—No sabía que los inquisidores tuvieran más amigos que sus compañeros, y nunca oí de uno que cultivara el noble arte de la música. ¿Me vais a hablar de vuestro amigo o me daréis la suficiente información como para componer La saga del inquisidor flautista?

—No lo conocéis —respondió el joven con una carcajada, sin poder evitarlo.

Imaginarse a Philippe mirando incrédulo una flauta en sus manazas había sido más de lo que su compostura podía soportar.

—Es anciano y vive recluso —añadió.

—Probad —lo desafió Rheros—. Conozco a todos los músicos que merece la pena conocer.

Marc lo miró con intensidad, pero lo cierto es que no iba a hablar de nada relacionado con el Monasterio, y aquello incluía a Sebastien. Su recuerdo, además, le

producía una cierta nostalgia y tampoco quería que aquello trasluciera en una conversación.

—¿Sabéis de dónde viene el nombre de mi orden? —preguntó Marc con una media sonrisa—. Solemos ser nosotros los que hacemos las preguntas.

—Ruego me perdonéis, entonces —contestó el bardo inclinándose cómicamente—, pero permitidme una última cuestión antes de volver a interpretar el papel que se me supone. ¿Habéis sido vos el que acabó con la bestia de sangre de Valle Sombrío?

—Pudiera ser —contestó Marc notando como la cerveza se le agriaba en la boca. Torció el gesto y giró la cabeza hacia otro lado.

—La bestia tenía aterrorizados a los quileños en kilómetros a la redonda, sin duda es una gran hazaña.

—Los aldeanos no parecen opinar lo mismo —murmuró el inquisidor apurando su jarra.

—Oh, sí, algo oí sobre el párroco —contestó Rheros con cautela.

—Las noticias vuelan.

—No lo sabéis bien —afirmó el bardo con una sonrisa—. Dicen que una vez el emperador estornudó y, al mismo tiempo, Dolente le ofreció un pañuelo desde Ágarot.

Marc no fue capaz de sonreír esta vez.

—Vuestras palabras no parecen especialmente respetuosas hacia nuestro Emperador —dijo Marc algo incómodo.

—¡A eso me refiero! —contestó Rheros dando una palmada contra la mesa—. Un hombre menos temerario que yo se escondería bajo la mesa ante lo que acabáis de decir. Tenéis la facultad de señalar a un hombre con el dedo y marcar su destino. ¿Cómo esperáis que alguien no tema, siquiera, vuestra mirada?

—¿Me estáis diciendo que los inquisidores no somos especialmente populares? Creo que es algo obvio.

—Mi señor, ante todo me considero un hombre culto y sé que vuestra labor es ingrata pero necesaria. —Rheros el Tahliano había adoptado un rictus de seriedad que resultaba extraño en su jovial rostro—. Cuando el anterior Emperador puso en cuarentena y después ordenó quemar aquella fortaleza de Rock-Talhé, hubo muchas familias que perdieron a los suyos. Y, sin embargo, fue necesario para detener la peste que aquellos malnacidos de Ágarot habían propagado.

Antes de que Rheros pudiera proseguir, el tabernero se situó entre ellos.

—¿Os está molestando este hombre, señor? —preguntó señalando al bardo.

Cuando se cruzó de brazos, quedó claro que se bastaría él solo para lanzar al trovador fuera del local, si hiciera falta.

Marc miró a uno y a otro antes de negar con la cabeza.

—No maese tabernero, gracias, solo estábamos charlando.

—De acuerdo —dijo dirigiéndole una mirada amenazadora al artista.

El músico se la devolvió y con aire triunfal, cuando ya se alejaba, le pidió más

bebida. El bigote del hombre se crispó, pero no osó responder.

—Lo que trato de decir, inquisidor —continuó, girándose de nuevo hacia él—, es que aquellas personas de Valle Sombrío se enfrentaban a un terrible peligro. Y, como suele pasar, todos deseamos que nuestros problemas se arreglen, aunque no estemos conformes con el precio que la solución requiera.

—Mostráis una extraña sabiduría, trovador —dijo Marc.

—Extraña, pues —dijo proponiendo un brindis—, pero sabiduría, al fin y al cabo.

—Aquellas gentes de Valle Sombrío —dijo el inquisidor con cautela— me recibieron con alegría. Pero, cuando me fui, pude sentir tal hostilidad que parecía que hubiera cometido yo los asesinatos.

—Inquisidor, no pretendo ser condescendiente, ni mucho menos, pero sois muy joven —dijo Rheros con remarcado afecto—. Sé que habréis visto maravillas de las que yo solo puedo cantar, puede que ni eso. Pero dejadme que aporte algo de esta sabiduría, adquirida a lo largo de tantos veranos: no pretendo justificar a nadie, pero miradlos —dijo señalando la sala—. La mayoría no sabe ni escribir ¿cómo puede esperarse que se tomen algo como lo sucedido en Valle Sombrío? El sacerdote, que ha oficiado el nombre de la mitad de sus habitantes, ha resultado ser una bestia terrible. Aunque, bien pensado, puede que hayáis hecho más de lo que podáis pensar. Sin duda les habéis dado tema de conversación para años.

Marc rio y, tras unos momentos, se puso en pie.

—Marc es mi nombre y no sé de dónde provengo —dijo estrechando la mano del bardo—, pero ha sido un verdadero placer charlar con vos, Rheros el Tahliano. Si alguna vez se encuentra entre mis obligaciones organizar un concierto os buscaré para que interpretéis la Balada del caballero.

—Y yo acudiré gustoso y sin opción legal para negarme —rio el otro como despedida.

Marc todavía cabalgó un buen trecho antes de salir de Quiles, pero esta vez no se detuvo en ninguna posada. Avanzaba durante las horas de sol y dormía por la noche, arropado con la pesada capa de viaje. Podría montar unas horas más cada jornada, pero no quería que el caballo tropezara en la penumbra y se rompiera una pata. Noble le había servido bien y sentía un profundo afecto por él.

De este modo deshicieron con tranquilidad el camino emprendido hacía casi dos semanas por La Marcha del Emperador. Nuevamente se cruzó sobre todo con comerciantes y peregrinos, que bajaban la cabeza en cuando veían el sombrero negro y miraban hacia otro lado cuando el Roble de Plata confirmaba sus sospechas.

Una mañana, tras atravesar la frontera entre las provincias, Marc vio a lo lejos un par de hombres que cruzaban furtivamente la calzada para internarse con rapidez en la espesura.

Intrigado, condujo a su corcel fuera del camino y lo ató, oculto entre la broza.



Después avanzó sin hacer ruido por un lateral de la calzada para observarlos de cerca.

Llegó enseguida hasta su posición sin que se percataran de su presencia.

La pareja vestía con ropajes toscos llenos de remiendos y su rostro estaba cubierto con capuchas oscuras. Llevaban unos gruesos palos a modo de garrotes, pero parecían tan nerviosos que no estaba muy claro que fueran capaces de utilizarlos. Permanecían agachados y oteaban la calzada tratando de permanecer ocultos. No obstante, hablaban tan fuerte que el joven dudaba que pudieran pasar desapercibidos ante una posible víctima.

Marc avanzó un par de pasos más antes de erguirse y carraspear, con la ballesta apoyada con indolencia sobre el brazo. Los hombres saltaron del susto y dejaron caer las improvisadas cachiporras cuando vieron ante quien se encontraban.

—¡Piedad, señor! —gritó uno de ellos, mientras se arrodillaban, humillándose a sus pies entre temblores.

—Espero una explicación —respondió Marc—. ¡Y quitaos esas capuchas!

Los hombres se las quitaron con rapidez y uno de ellos, alto y desgarbado, comenzó a hablar. El otro, de hombros anchos y corta estatura, estaba tan aterrorizado que, simplemente, se agachó aún más y se llevó las manos a la cabeza mientras sollozaba.

—Mi señor, yo... nosotros... —La mirada de Marc era tan amenazante que el hombre volvió a bajar la cabeza mientras hablaba—. Esperábamos el carruaje que lleva la recaudación al castillo del barón.

—¿Pensabais asaltar vosotros solos el carruaje de la recaudación? ¿Con esto? —El joven dio un puntapié a los garrotes y preguntó—: ¿Hay más asaltantes?

—No, señor, no que yo sepa —contestó el otro, ligeramente ofendido—. Y sí, pretendíamos hacerlo con los garrotes. ¡Teníamos un plan! —añadió con orgullo.

Marc alzó una ceja.

—Veréis, señor, no pretendíamos hacer daño a nadie. Pensábamos que si conseguíamos llegar ante el recaudador y lo amenazábamos, lograríamos hacernos con el botín y huir campo a través.

—¿Piensas que la escolta iba a dejarte llegar hasta el dinero?

El hombre abrió la boca para contestar algo pero se dio cuenta de que no había sopesado ese detalle.

—¿Realmente pensáis que podríais huir de hombres a caballo campo a través? Se necesita ser un estúpido o estar muy desesperado para intentar algo así —sentenció Marc.

El que había permanecido encogido alzó la cabeza en ese momento y lo miró con ojos suplicantes.

—Señor, nuestras familias se mueren de hambre. Si nosotros no estamos... —Marc lo hizo callar inmediatamente, sintiendo como algo se agitaba dentro de sí.

—¿Qué has dicho? —preguntó con un susurro.

—Tenemos hijos, señor —dijo el otro—, pero hemos perdido la posibilidad de

mantenerlos.

—¡No nos quedaba más opción que asaltar el carruaje! —exclamó su compañero, con los ojos enrojecidos.

El inquisidor guardó silencio durante unos instantes.

—Llévame ante los vuestros. Veamos qué hay detrás de todo este sinsentido y cuál es la razón de que no os ganéis la vida honradamente. Tendréis la oportunidad de explicaros pero si mentís, os arrepentiréis de vuestras palabras.

Los hombres alzaron la cabeza con miedo, pero Marc pudo ver también determinación en sus ojos.

Los dos hombres lo guiaron por caminos de tierra hasta llegar a su aldea. La población era poco más que cuatro cabañas cochambrosas edificadas con ladrillos de adobe, piedras y algo de madera. La techumbre consistía en ramas y hojas gruesas atadas con cuerdas medio destrenzadas.

Nada más acercarse, una niña de diez años escasos salió corriendo, seguida de otras dos más pequeñas. La muchacha se interpuso delante de su padre, tratando de ocultarlo tras sus brazos abiertos.

—¡No le haga daño! —gritaba una y otra vez.

Situada justo ante el masivo cuerpo de Noble, la imagen habría resultado cómica si no hubiera revestido tanta gravedad.

Marc miró a su alrededor y no vio más que miseria. En la puerta de una de las cabañas, una vieja desdentada había dejado de remover en una marmita algo que olía a raíces; se oían los llantos de varios niños, algunos de los cuales no tenían ni ropa; un poco más allá, varias mujeres aparecieron con el terror dibujado en sus rostros.

Volviendo la vista hacia los dos hombres, el inquisidor observó cómo la joven se mantenía entre el caballo y el más alto. Las otras dos niñas abrazaban a su compañero, protectoramente. También sus mujeres corrían en ese momento hacia él gritándole que no les hiciera daño. Una niña pequeña, que no tendría dos años, se dirigía tambaleante hacia ellos, siguiendo a una de las mujeres. Ellos tenían la cabeza gacha y sollozaban.

Solo entonces se dio cuenta Marc de lo delgados que estaban y de que pocos de los presentes tenían zapatos.

El inquisidor se quitó el sombrero y desmontó, con todas las miradas puestas en él. En ese momento, la niña pequeña llegó hasta su altura y lo cogió de la pierna con curiosidad, ante el sobresalto de los padres.

El joven la miró durante unos instantes, maravillándose de la pequeña manita que trataba de llamar su atención. Era minúscula y los dedos lo agarraban con decisión, pese a que se veían delicados y frágiles. Unos ojos enormes lo miraban desde allí abajo, expectantes.

Marc revolvió en una de sus alforjas y sacó una jugosa pera. La niña la miró y

abrió mucho los ojos. Sonriendo feliz, se dirigió hacia sus padres mientras, con las dos manos, les mostraba su trofeo. El hombre que había relatado el plan de atacar el carruaje la cogió en brazos y miró al inquisidor con miedo.

—No creo que esta aldea aparezca en ningún mapa —dijo Marc.

—No, señor —contestó él—. Nuestras familias han trabajado los campos del barón de Mulars cercanos al castillo desde hace generaciones.

Marc apretó los puños al oír otra vez ese nombre.

—Pero desde hace unos meses —continuó el otro— el segundo consejero se ha dedicado a expulsar a gentes honradas.

—¿Cuáles son vuestros nombres? —preguntó Marc.

—Luc, señor. Y él es mi compadre, Pascal —añadió señalando al más espigado.

—¿Cuáles son los motivos de esa expulsión? —preguntó entonces en un susurro, sintiendo temor ante la respuesta que preveía.

—El consejero vino un día a nuestras casas y nos dijo que era inevitable instaurar un nuevo suplemento a los impuestos que ya pagábamos —dijo Pascal—. La baronía estaba pasando por tiempos difíciles y se nos invitaba a hacer un pequeño esfuerzo.

—Nadie nos explicó nunca cuáles eran esas dificultades —añadió Luc, cruzándose de brazos.

—Los que no pudimos seguir soportando ese sobrepago, o nos negamos a realizarlo, fuimos expulsados de la baronía y otros campesinos ocuparon nuestras casas —concluyó Pascal—. Nuestros hogares, que también lo fueron de nuestros padres y abuelos, e incluso de generaciones anteriores en algunos casos, nos fueron arrebatados.

El rostro de Marc se había ido congestionando a medida que el relato avanzaba. Cuando terminaron las explicaciones, tuvo que tomar aire lentamente para que su Voluntad no se desbocara, fuera de control.

Tratando de temperar su ánimo, se dirigió al caldero que atendía la anciana y lo levantó de la lumbre. Avanzó con dificultad hasta detrás de la casa y lo volcó.

Los lugareños se quedaron mirándolo, entre indignados y atónitos.

Sin embargo, el muchacho hizo caso omiso y se fijó en que el contenido de la sopa no era otro que raíces y hojas de plantas cercanas. Con un gruñido, volvió a levantar la marmita y la puso de nuevo al fuego. Mientras montaba en Noble, pidió que la enjuagaran y la llenaran de agua. Después, se alejó del poblado.

Volvió cuando el agua ya hervía alegremente, con un par de conejos colgados de la silla atravesados por sendos virotos.

De las alforjas sacó un par de trozos de carne seca y los partió en tacos, arrojándolos a la marmita. Añadió unas hierbas aromáticas y algo de sal. Los conejos los despellejó y troceó con habilidad, echándolos también al agua.

Mientras estaba allí, la joven que tan fieramente había protegido a su padre se le acercó y le entregó un par de cebollas y unas patatas, seguramente robadas. Marc le sonrió, apesadumbrado, y constató que bajo la suciedad la joven era muy hermosa.

Algunas de las mujeres se acercaron para colaborar con unos puñados de arroz, alubias, y ajos.

Cuando la improvisada comida estuvo lista, el inquisidor se volvió hacia la humilde comunidad, que había formado un semicírculo a su alrededor.

—La comida está lista —anunció con una leve sonrisa—. No es mucho, pero por ahora servirá para calmar los estómagos.

Los presentes, una veintena escasa, rieron con profunda alegría y se aprestaron a traer cuencos de madera.

Cuando Pascal, el más alto de todos, le echó su ración, no pudo evitar hacer un comentario:

—De todas las maravillas que esconde el Imperio, nunca pensé que vería a un inquisidor cocinar para mí.

Todos rieron, incluso Marc, y aunque compartieron un rato agradable, el muchacho hervía por dentro. Comió con ellos y escuchó sus historias, pero habló poco. Cuando terminó, se puso el sombrero y montó sobre su corcel.

—Quedaos aquí hasta mañana. Cuando el sol esté en lo más alto volved al castillo de Mulars. Os aseguro que recuperaréis vuestras casas y tierras.

—Mi señor. —Luc, que hacía unas horas había llorado a sus pies, tenía el rostro bañado por una gratitud que no podía expresar con palabras—. Que el Creador os bendiga —dijo finalmente—. Si alguna vez os podemos ser de ayuda en algo, no tenéis más que pedirlo.

Bajo un cielo de otoño, con algo menos de dos docenas de rostros humildes mirándole sin pestañear, Marc sintió que la piel se le ponía de gallina.

Él, que era ley; que podía movilizar a todos los soldados de la baronía con solo ordenarlo; que atesoraba en su interior más poder del que aquellos sencillos aldeanos podían comprender, sintió que se emocionaba. Marc, que tenía el poder de dictar y ejecutar sentencias, comprendió que lo que esos hombres le ofrecían valía más que el rescate de un rey. No se le ocurría nada que alguna vez pudiera llegar a necesitar de aquellas personas pero, no obstante, asintió con solemnidad. Después, volvió grupas y marchó hacia el castillo de Mulars.

Antes de estar demasiado lejos se giró de nuevo y arrojó una bolsa llena de monedas con todas sus fuerzas. Pascal la cogió al vuelo.

—¡Por el susto! —gritó Marc.

A medida que se aproximaba a su destino, la cólera iba creciendo dentro de él. En el Monasterio les habían dicho que los campesinos trabajaban en ocasiones de sol a sol para sacar adelante una cosecha. Por lo general, eran gentes sencillas que vivían vidas sencillas sin hacer mal a nadie.

Marc sentía cómo la sangre le golpeaba con fuerza en las sienes y tuvo que controlarse para no clavar los talones a su caballo. Noble, percibiendo su agitación,

emprendió un galope todavía más vivo sin que mediara señal alguna.

En cuanto entró al patio de armas desmontó de un salto, rojo de furia, antes de que su corcel se hubiera detenido siquiera. Rápidamente un guardia se hizo cargo del animal, que echaba espumarajos por la boca, y otro lo saludó sorprendido al cruzar las puertas de la torre del homenaje.

—¿Cómo es posible que un alto cargo que mora en un castillo como este quiera arañar unas pocas monedas a los más humildes? —masculló Marc para sí mismo, fijándose el lujo que le rodeaba.

Inmediatamente, el primer consejero le salió al paso, con la respiración agitada y una túnica a medio abotonar. Tras él, varios secretarios llevaban bandejas de plata con aperitivos y una jarra con bebida fresca.

—Saludos, inquisidor, sed bienvenido al castillo de Mulars. —Marc no se detuvo ante las reverencias y siguió avanzando a grandes zancadas, seguido apresuradamente por la improvisada comitiva—. Esperamos que la estancia os sea agradable, no dudéis en pedir cuanto pudierais necesitar.

—No pienso quedarme mucho —murmuró Marc al hombrecillo que resoplaba tras él.

Avanzaron por largos pasillos de piedra en los que las pisadas resonaban con fuerza, pero las botas de Marc se mantenían atterradoramente en silencio.

El primer consejero seguía dándole la bienvenida mientras corría para mantener su paso.

—Mi señor, el barón de Mulars, os recibirá enseguida —decía el hombre entre jadeo y jadeo—. Ahora mismo está ocupado, pero le informaré de vuestra llegada y os hará llamar en unos minutos.

Justo entonces llegaron hasta las puertas de acceso al salón de audiencias. Allí, dos guardias se cuadraron ante él, pero Marc las abrió de una patada sin esperar a que le franquearan el paso. Un poco más atrás el primer consejero ahogó una exclamación y estuvo a punto de desmayarse.

En la sala, un bufón enmudeció ante su impetuoso avance y los cortesanos quedaron congelados antes de retirarse, entre asustadas reverencias, para dejarle pasar.

Casi al final de la estancia, había un trono de oscura madera pulida, donde vio por primera vez al barón Jacov de Mulars.

Era un joven obeso y tranquilo, con una apariencia complaciente que indicaba su costumbre de delegar en manos de sus tres consejeros todos los asuntos importantes. Daba la impresión de que encontraba mucho más apetecibles las historias de los bardos o las ocurrencias de sus bufones que el tedioso arte de gobernar.

Por eso, cuando vio entrar como un ariete al oscuro personaje, no hizo otra cosa que sonreír con nerviosismo y mirar al primer consejero.

—¡Arrodillaos ante el inquisidor! —gritó Marc mientras subía al entarimado casi a la carrera.

El barón de Mulars mantuvo una sonrisa bobalicona en el rostro y se giró para pedir asistencia a su tercer consejero.

El bofetón le llegó tan rápido que no lo vio venir. Súbitamente fue derribado al suelo y se puso a llorar de miedo, orinándose encima.

Sus dos guardias pretorianos dieron un paso adelante pero, antes de que sus pies llegaran al suelo, la intensa mirada de Marc los detuvo. Retrocedieron inclinando la cabeza y echaron una rodilla a tierra.

Marc pateó al barón y le ordenó de nuevo que le ofreciera el tratamiento que merecía. La segunda vez que gritó, muy cerca de su rostro, el orondo noble se apresuró a arrodillarse ante él.

Una vez cumplido el formalismo, Marc lo levantó tirando de la pechera de sus ropajes y lo devolvió al trono de un empellón.

Los cortesanos y sirvientes quedaron atónitos ante la estricta observación de *El Código* que se demandaba de un noble de tal altura. Generalmente, dicho tratamiento se obviaba y el anfitrión se limitaba a mostrarse sumamente respetuoso.

—¿Estáis al corriente de las prácticas que vuestro segundo consejero lleva a cabo entre las gentes que labran vuestros campos? —gritó más que preguntó Marc.

—No sé de qué me habláis —gimió el barón, encogiéndose sobre sí mismo.

—Ese malnacido ha expulsado ya al menos a cinco familias de sus hogares. Una, a estas alturas, ya debería estar instalada en su antigua residencia. Quedan cuatro, pues, que están viviendo como proscritos en cabañas construidas con barro y pasando hambre, cosa que vos desconocéis.

—Mi señor, el exilio es una pena que se impone por determinados delitos —se apresuró a señalar el primer consejero, llegando apresuradamente desde atrás.

—¡Conozco *El Código* mejor que vos, consejero! —gritó Marc girándose con lentitud, haciéndole callar y palidecer al mismo tiempo—. A la familia que cuida la residencia de verano de este patán la expulsó para amancebarse con una campesina a salvo de miradas curiosas. —El auditorio ahogó una exclamación—. A las otras por no poder pagarle un tributo que, he de suponer, también desconocéis.

El barón estaba encogido con las manos alzadas a la altura de la cara para protegerse de otra posible bofetada. Los dos consejeros presentes se miraban con desconcierto, sin dar crédito a lo que oían.

—Veo que no tenéis ni idea de a quién colocáis en los puestos de responsabilidad, barón —dijo Marc con desprecio—. En cuanto a ustedes, consejeros, deberían proteger con más celo los intereses de su pueblo.

Los interpelados se encogieron ante sus palabras e inclinaron la cabeza. El joven se dio cuenta de que no sabían nada de los delitos de su compañero. No obstante, el barón le provocaba tanta repulsa que tuvo que contenerse para no seguir golpeándolo.

—Hagan venir al segundo consejero inmediatamente —dijo al fin, con tono cortante— y al cuidador de la residencia de verano.

Al instante, un guardia salió corriendo y, poco después, se oían cascos de caballo

que se alejaban al galope.

Marc estuvo esperando de pie, con los brazos cruzados, sin pronunciar palabra.

La gente que se encontraba en la sala estaba quieta y en silencio, sin atreverse a salir por miedo a provocar la ira del inquisidor. Prácticamente solo se oían los sollozos del barón y las únicas palabras fueron las que el primer consejero musitó en la oreja de un paje.

—¿Puedo ofreceros algo de comer o beber, señor? —dijo este acercándose tímidamente a Marc, con el miedo pintado en el rostro.

—No, gracias —contestó él en voz baja.

—Mi señor —dijo entonces el tercer consejero—, permitidme ofreceros al menos un diván para que podáis sentaros.

Marc lo hizo callar con una mirada fulminante.

El hombre se retiró y, nuevamente, quedaron en silencio.

La tensión comenzó a hacerse insoportable hasta que, finalmente, se volvieron a oír cascos de caballos y voces apremiantes en el exterior.

Casi una hora después de que Marc hiciera su demanda, las puertas se abrieron. Por ellas entraron cuatro guardias escoltando al segundo consejero y al cuidador de la residencia de verano.

El rostro del hombrecillo quedó al instante blanco como la cera.

—Que se marche toda esta gente —dijo el inquisidor, haciendo un gesto hacia la sala.

Inmediatamente, todos salieron, a excepción de los consejeros, el barón, el cuidador y algunos guardias.

Entonces, Marc alcanzó una silla y se sentó. Después hizo un gesto al barón para que procediese. El señor de Mulars asintió con nerviosismo y comenzó a interrogar a su segundo consejero, asistido por los otros dos.

Este pareció inicialmente a punto de querer negar los hechos pero al contemplar la amenazante faz del inquisidor se lo pensó mejor y decidió confesar. Lo hizo de manera patética, llorando como un niño y suplicando al barón a cada instante que lo protegiese.

—Devolveré todo el dinero, mi señor, resarciré a los afectados por mis errores —tartamudeó entre lloros—. ¡Me arrepiento profundamente de mis actos!

Haciendo caso omiso, Marc se dirigió al cuidador de la residencia de verano.

—¿Cómo se resolvió vuestra situación?

El padre de Laurell estaba cohibido por la situación. Tenía enfrente a su Señor y también al culpable de que su familia hubiera sido expulsada. Estaba en la sala de audiencias del castillo, rodeado de personajes ilustres y, sin embargo, apretó la mandíbula con determinación y miró sombríamente al acusado. El consejero tenía los ojos llorosos y los hombros hundidos por el miedo. En ese momento se dio cuenta de que, con toda probabilidad, su vida estaba en las humildes manos del jardinero.

—Mi familia y yo hemos vuelto a la residencia de verano —contestó ponderando

las palabras—. El segundo consejero nos fue a buscar en una carreta, junto a dos hombres. Se encargaron de devolver nuestras cosas a la casa y volví a trabajar como antes.

Marc asintió.

—¿Cómo está la pequeña? —preguntó después.

—Mi hija está muy bien. Goza de salud y el segundo consejero le compró, además, dos pares de zapatos.

Marc volvió a asentir y lo hizo de nuevo cuando el hombre confirmó que su sueldo había aumentado.

Mientras hablaba, el segundo consejero miraba al suelo con las manos unidas en una muda plegaria. Sus dedos se retorcían y un sudor frío perlaba su cabeza.

Por fin, tras escuchar al cuidador, el noble se volvió hacia él y lo miró interrogante.

—Si de mí dependiera —comenzó Marc ante el terror del acusado—, la sentencia sería extremadamente severa. Pero *El Código* debe ser observado y acatado por todos. El consejero no ha sido causante de ningún delito de sangre así pues, con vuestra conformidad —Marc dedicó al fin el tratamiento debido al barón y este asintió, prometiendo con la mirada no volver a fallar—, será desposeído de su cargo. Se le considerará un ciudadano más y vivirá al pie del castillo, en una casa nueva que él y los suyos construirán.

El hombre no sabía si reír o llorar. Miraba a Marc con los ojos muy abiertos y esperaba que el barón contradijera al inquisidor, pero eso no sucedió.

—Deberá trabajar como los demás campesinos y pagará los mismos impuestos. Los aldeanos expulsados volverán a sus hogares y los que los habitan ahora mismo pasarán a residir en la mansión del segundo consejero. Si alguno tuviera que marcharse, se le entregará una cuantiosa indemnización que se pagará de los ahorros y bienes de este hombre. Si, tras devolver el dinero y ofrecer una generosa compensación a todos los expulsados, quedara algo, le sería devuelto al consejero para ayudarle a iniciar su nueva vida.

—Así sea —sentenció el barón.

Marc percibió un cambio en la postura del noble. Se sentaba más erguido y su rostro poseía un matiz distinto en forma de ceño fruncido. Por un momento se permitió pensar que quizá hubiera arreglado en Mulars más de lo que pretendía inicialmente.

—Una cosa más —añadió—. Que le sea conservado el aumento en su retribución a este hombre —dijo señalando al cuidador— y que mañana mismo, antes del mediodía, sean recogidos los campesinos expulsados.

Sin más ceremonia, Marc salió de la estancia sintiéndose pesado. A su espalda, consejeros y nobles le ofrecían una cómoda habitación, comida, provisiones o un caballo de refresco, pero él ni siquiera se giró. La cabeza le dolía y solo deseaba alejarse del castillo para tenderse a dormir al raso.



Un viento fresco le saludó en el exterior. Las estrellas iban apareciendo poco a poco en el cielo y del sol no quedaba más que un tímido resplandor en el horizonte.

Las fuertes emociones del día lo habían dejado exhausto, así que agradeció enormemente que un soldado le entregara las riendas de Noble en cuanto salió al patio de armas.

A la media hora escasa de avance por la Marcha del Emperador, Marc se alejó de la calzada y desmontó.

Todavía sentía el corazón acelerado. No tanto por haberse tenido que enfrentar de ese modo a uno de los notables del Imperio. Tampoco por haber hablado con autoridad incuestionable ante todos los presentes en el salón de audiencias de un barón. Lo que le tenía desconcertado y furioso era la certeza de haber visto lo más ruin del alma humana en tan solo unos pocos días. Los últimos acontecimientos, en concreto, habían despertado en él una ira terrible que casi había desembocado en una justicia mucho más rápida y directa.

Noble interrumpió sus pensamientos piafando tras él y Marc se dio la vuelta para dedicarle un poco de atención.

—Eres un buen caballo, amigo. Haces honor a tu nombre —dijo palmeándole el cuello.

Noble cabeceó ligeramente e inclinó la cabeza. Marc apoyó su frente en la del animal y la acarició.

—Sé, en el fondo, que me quedan muchas cosas como estas por ver —susurró con tristeza—. Prácticamente acabamos de salir del Monasterio y ya hemos luchado más contra los hombres que contra la oscuridad.

Sin embargo, el muchacho encontró un cierto consuelo al pensar que la situación se había arreglado allí.

—Los campesinos serán reinstalados y Laurell tendrá zapatos nuevos —dijo con una sonrisa—. Incluso el barón parece haber madurado en cuestión de minutos. Y, probablemente, yo también —murmuró mirando al cielo con expresión reflexiva.

Cuando se dirigió a Valle Sombrío había sufrido dolores y calambres en las piernas, pues nunca había cabalgado tanto tiempo seguido. En esos momentos, sin embargo, se veía capaz de montar hasta los confines de Uruth sin necesidad de descanso.

Ató a Noble dándole mucha cuerda para que pudiera alimentarse y descansar a su antojo. Después, se tendió en el suelo, arropándose con la capa. Lo último que pensó antes de caer dormido, fue que la baronía de La Flere estaba relativamente cerca. No le haría ningún mal visitar a algunas de las personas que habían quedado en el Monasterio.

## VI

Horas después de que Thomenn muriera, la tierra tembló y se resquebrajó. Los pecadores cayeron en terrible agonía para morir ante la mirada sorprendida de los justos.

Estos, que habían sido avisados por un heraldo del Creador, huyeron pronto de allí.

Poco después, los muertos se levantaron para sufrir un terrible dolor penitente por toda la eternidad.

Todo lo que estaba cerca de ellos fue presa de su agónica furia.

—*El Manual*, cuarto capítulo.

El día amaneció con un cielo límpido y luminoso. Los caminos presentaban un aspecto magnífico y la temperatura era muy agradable. Una fresca brisa acompañaba al muchacho, que cabalgaba al trote con alegría en el corazón.

Su primer encargo como inquisidor había sido un éxito, como atestiguaba la prueba que llevaba en las alforjas. Se sentía feliz al haber ayudado a las buenas gentes de Mulars pese a que la mezquindad se había mostrado con fuerza.

Sin importar las preocupaciones del día anterior, Marc se había despertado con un ánimo optimista. La cabeza ya no le dolía y los nervios habían desaparecido. Se sentía fuerte y lleno de vitalidad.

Mientras cabalgaba, intentaba silbar algún pasaje de La balada del caballero, pero tuvo que desistir, admitiendo que el talento musical no estaba entre los dones que se le habían otorgado.

No obstante, la memoria sí lo era y, poco a poco, los caminos se fueron haciendo más conocidos. Aquí y allá había algún recuerdo que hablaba de su pasado en el Monasterio. Enseguida comenzó a ver lugares en los que había estado escondido, había luchado o, quizá, en los que le habían explicado las propiedades de alguna planta.

Al llegar al cruce que conducía al castillo de Vendemire, supo que ya estaba muy cerca. Apenas unos minutos más y vería el que había sido su hogar durante casi toda su vida.

Marc se extrañaba del cariño que sentía en aquellos momentos hacia aquel lugar. Tanto dolor y penurias no podían evitar que recordara a Philippe atiborrándose de comida o a Mathius curando las heridas que los látigos habían dejado en la espalda de Jean. Allí se habían convertido en verdaderos hermanos.

Tan solo había pasado fuera algo más de un mes, pero ya extrañaba los oscuros pasillos y sobrias estancias, la serenidad que reinaba entre aquellas gruesas paredes.

—Al menos cuando no nos jugábamos la vida —le dijo a Noble rascándole alrededor de las orejas.

Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que, al llegar a lo alto de una pequeña loma y dejar atrás los árboles, la silueta del Monasterio lo sorprendió.

Sobre una elevación de la llanura estaba su antiguo hogar. Las murallas se alzaban fuertes y desafiantes, ligeramente achaparradas. Las puertas, robustas y

plagadas de metal, parecían capaces de desafiar a todos los siglos venideros.

Algunos tejados sobrepasaban con dificultad el perímetro de defensa y, aquí y allá, sobresalía alguna torre. En la parte este, medio derruida, se recortaba aquella que tantas veces albergó sus preocupaciones. La cúspide estaba ligeramente inclinada, como el gorro puntiagudo que se ponían los niños en la festividad de la Conquista. Parcialmente ocultos en las almenas, podía distinguir numerosos hombres armados. Tal y como recordaba, estos miraban tanto hacia el exterior como al interior. Sin duda, ya lo habían divisado.

El muchacho permaneció allí unos instantes, con una mezcla de nostalgia y respeto, hasta que se decidió a avanzar. A medida que Noble se acercaba al Monasterio, Marc notó que se le iba acelerando el corazón.

Cuando casi había llegado a los pies de las murallas, las puertas se abrieron y los guardias lo saludaron con una profunda inclinación. Marc entró y, una vez en el patio interior, desmontó. Al instante se encargaron de su caballo y un sacerdote se dirigió a él con una reverencia.

—Bienvenido al Monasterio —dijo retirándose la capucha y metiendo las manos entre las mangas de su hábito—. Espero que vuestra estancia sea agradable. Melquior os espera en su despacho.

—Bien —dijo Marc despidiéndolo con un gesto de la mano.

Lo cierto es que no tenía ninguna intención de ver a aquel hombre. En vez de eso, permaneció donde estaba, dejando que su mirada vagara libremente.

A su alrededor se extendían lugares que conocía como la palma de su mano. Sabía que si se aupaba hasta el tejado de las caballerizas sería fácil trepar por la muralla y llegar hasta el siguiente edificio. Desde allí, bordeando por par de cornisas podía acceder al comedor o hasta el balcón de las cocinas, si saltaba desde una gárgola. Y, si giraba la cabeza algo más allá, podría ver claramente algunos de los edificios de la parte más oriental.

Marc disimuló un escalofrío al recordar a los tenebrosos monjes que poblaban aquella zona. Los nervios se convirtieron en algo muy distinto cuando evocó las angustiosas sesiones que habían sufrido a sus manos. Eran unas manos blanquecinas, pálidas hasta lo antinatural, que salían de los hábitos solo para causarles dolor.

Avanzando por caminos de los que conocía cada bache, Marc fue ascendiendo hasta llegar al pilón cercano al comedor, donde tantas veces se habían lavado entre tiritonas. Sonrió con cierta tristeza, acariciando la piedra, y se agachó hacia el caño para echar un trago. El agua era dulce y muy fría, como siempre.

Un apagado sonido rítmico lo llevó hasta el borde del murete cercano. Abajo, en el patio, los aprendices corrían.

Los estuvo observando unos minutos sin saber muy bien qué pensar. Dudaba que la mayoría de ellos hubiera cumplido seis años, sin embargo, los rostros, concentrados en el esfuerzo, les hacían parecer mayores. Tenían una expresión que nunca debería verse en un niño; parecían adultos que no han acabado de crecer.

—Supongo que nosotros teníamos la misma apariencia —murmuró para sí mismo.

Eran veinticinco y había un par de ellos que se rezagaban continuamente. El perseguidor se estaba cebando en sus espaldas, que ya estaban teñidas de sangre. En ese momento, Marc apartó la vista. Sabía que ninguno de los dos sobreviviría mucho más así. Tal era el sentido de esas pruebas: eliminar a los más débiles.

Cuando ya se volvía, el inquisidor dio un respingo al darse cuenta de que Melquior estaba tras él.

El fornido sacerdote lo miraba con una sonrisa que resultaba burlona, sin poder identificar exactamente por qué. Llevaba su habitual túnica escarlata, que resaltaba la robusta complexión.

Sin poder disimular su disgusto, Marc se preguntó cuánto tiempo llevaría allí.

—Saludos, inquisidor, sed siempre bienvenido a esta, vuestra casa —dijo solemnemente a la vez que ejecutaba una exagerada reverencia—. Espero que vuestros viajes hayan sido provechosos al Imperio.

—Saludos, Señor del Monasterio —respondió Marc sin moverse un milímetro.

—¿Qué os trae por aquí? —dijo Melquior tras un incómodo silencio en el que no perdió la sonrisa.

—Una cama limpia y una noche de descanso —contestó él.

—Lo primero lo tenemos, lo segundo os lo deseo —dijo Melquior con una voz mucho más melosa de lo que la recordaba.

Marc no podía soportar la sonrisa de aquel hombre. Sabía que su naturaleza no era la que aparentaba y que, tras aquella mueca forzada de dientes demasiado blancos, había algo oscuro y perverso.

—¿Ya habéis visto a los aprendices? —preguntó acercándose a él para mirar por la balconada—. No valen ni la mitad que vosotros —añadió con rudeza sin esperar contestación—, pero te aseguro que haré de ellos unos buenos siervos del Imperio.

Marc observó cómo los ojos de Melquior se entrecerraban para mirar a los pequeños igual que un águila acecharía a una liebre. Sin embargo, solo fue un momento. Al instante siguiente ya volvía a tener esa curiosa expresión en la cara y Marc no se molestó en recordarle el tratamiento que le debía cuando se dirigiera a él.

—En cuando a vos —continuó el sacerdote—, me preguntaba cuándo volveríais.

Marc se mantuvo en silencio mientras Melquior lo tomaba del brazo y lo invitaba a acompañarle. Sin saber muy bien cómo reaccionar, el muchacho caminó a su lado. Sin embargo, el contacto le recordó enseguida la ocasión en que aquel engendro, el poseído, se había aferrado a él. Casi sin darse cuenta, su Voluntad se lanzó hacia adelante para sondear al sacerdote.

Lo que percibió fue aquella aterradora conciencia desprovista de humanidad que ya conocía. Un cúmulo de maldad acogió la proyección de su Voluntad y la envolvió en una infecta negrura, aplastándola, asfixiándola. Marc apartó de un tirón su brazo y el contacto se rompió inmediatamente. Melquior continuaba hablando, sin darse por

enterado de nada. Sin embargo, el inquisidor habría podido jurar que lo último que había percibido en ese espacio indeterminado donde se había desarrollado todo había sido una risa lenta y satisfecha que tenía la misma forma que la mueca del sacerdote.

—Pero ¿qué demonios es este hombre? —susurró Marc.

—Los inquisidores vuelven, ¿lo sabíais? Siempre, siempre vuelven —decía en esos momentos Melquior, como si nada hubiera pasado—. Se podría decir que es como si necesitaran regresar al lugar donde nacieron.

Marc lo miraba en silencio y apretaba los dientes casi tanto como los puños.

—Mathius también estuvo aquí hace unos días —comentó como por casualidad.

—¿Mathius visitó el Monasterio? ¿Había acabado ya su misión? ¿Estaba bien? —preguntó Marc.

—Oh, sí —contestó el sacerdote con una risilla—, la misión fue cumplida con éxito y se permitió una pequeña visita en su camino de regreso a Hÿnos, como vos. Estuvo aquí mismo —Melquior hizo un gesto con la mano, señalando el espacio que acababan de dejar atrás— y observó a los aspirantes, igual que vos.

—Aspirantes —dijo Marc—. Es una curiosa forma de llamar a unos niños que no saben ni para qué se los ha apartado de sus familias.

Melquior hizo un gesto de indiferencia con la mano y alcanzó uno de sus dulces.

—Y vuestra misión ¿fue exitosa? —preguntó entonces con curiosidad.

—Todo fue bien —contestó Marc escuetamente.

—Me pregunto en qué consistiría —comentó Melquior andando tras él—. Sin duda habrán delegado un asunto de suma importancia en un inquisidor de vuestra valía.

—Me encargué de unos sucesos en Quiles —dijo Marc sin esforzarse en ocultar cierta molestia en su voz.

—Oh, me doy cuenta de que os estoy retrasando —dijo Melquior de pronto—. Haré que os prepararen una habitación y que os sirvan la comida en ella ahora mismo. Cerrarán los postigos y podréis dormir inmediatamente.

—Diréis que me preparen una habitación —contestó Marc deteniéndose de repente— y no haréis nada más. Todo lo que pueda necesitar lo pediré yo mismo.

Su mirada era dura y la voz estaba llena de esa autoridad con que había aprendido a revestirla recientemente.

Melquior mantuvo los ojos clavados en los suyos unos momentos de más, hasta que se inclinó levemente.

—Como deseáis, inquisidor. —En su cara había un atisbo de diversión que el muchacho no pudo comprender.

Finalmente Marc le dio la espalda para continuar su camino. No obstante, solo había dado un par de pasos cuando Melquior se dirigió a él una vez más:

—A propósito, quizá vuestra poderosa Voluntad podría ayudarnos con un asunto. —Hasta que giró la vista de nuevo, la mirada del sacerdote fue claramente sádica—. Sebastien huyó y nuestros guardias lo están persiguiendo. ¿Sería posible contar con

vuestra asistencia? Aunque, bien pensado, llevaron perros y no creo que sea necesario que os molestéis en darle caza.

—¿Sebastien? —Marc volvió sobre sus pasos como una exhalación y agarró al sacerdote de la túnica—. ¿Qué le habéis hecho?

Melquior esperó hasta que tuvo su rostro estuvo a un palmo de distancia antes de contestar.

—Yo no he hecho nada, inquisidor. —Su voz era suave, pero los ojos solo mostraban amenaza—. El Embajador reclamó al maestro organero en la Catedral y este desapareció. Si no damos con él, quizá os encarguen a vos su captura. ¿No sería emocionante?

Marc sentía que sus labios estaban tensos y los dientes apretados. Allí donde las manos agarraban al Señor del Monasterio unos tentáculos de maligna Voluntad comenzaban a enroscarse a su alrededor de manera casi visible. El muchacho estuvo a punto de desenvainar, pero se contuvo lo suficiente para dar media vuelta y marcharse, andando a grandes zancadas.

La capilla era tan tranquila como la recordaba.

Los bancos estaban perfectamente alineados y vacíos, como siempre. Las paredes mantenían el mismo aspecto, cubiertas de tapices que narraban la historia de Thomenn o los hechos de los emperadores. Sin embargo, el impresionante órgano atrapaba inevitablemente la mirada de quien entrara allí.

Los tubos relucían con un discreto brillo apagado y se alzaban hacia el cielo como queriendo hacerse oír aún más lejos. Algunos se adelantaban ofensivamente, como las lanzas de los piqueros, y otros se desplegaban como la cresta de alguna criatura formidable.

No obstante, faltaba la música. Sin la magia de Sebastien, la capilla resultaba solitaria y triste, muy alejada de los momentos de emoción que había sentido allí en otras ocasiones.

Marc se paseó lentamente por el pasillo central, recordando sus escapadas hasta allí: el ventanuco por el que siempre se había colado seguía cerrando mal; parecía que el hueco en el que se había sentado tantas veces para escuchar al maestro era igual de cómodo y resguardado a la vista. Daba la impresión de que hubieran pasado siglos desde aquello.

En un arrebato de impulsividad, Marc trepó por una de las columnas y llegó a la cornisa desde donde se había dirigido por primera vez a Sebastien. Apenas unos cuidadosos pasos más allá estaba la barandilla, tras la que se sentaba el maestro. La madera seguía siendo suave y elegante.

Marc saltó hacia adentro para estar más cerca del lugar donde se habían gestado tantas obras. No osó sentarse en el mismo banco que Sebastien, ni poner un dedo en el instrumento, pero simplemente estar allí ya le resultaba sobrecogedor.

Solo por curiosidad, se agachó hasta el pedalero donde, tanto tiempo atrás, había escondido aquel libro para devolverlo.

El inquisidor sintió cómo su corazón se aceleraba al percibir que allí, justo en la misma palanca donde él había puesto el otro, había un bulto.

Con los nervios a flor de piel estiró la mano para alcanzar un ajado volumen. Tuvo que pasar varias hojas para poder leer el título, pues en la portada era irreconocible y algunas de las primeras páginas ya no estaban allí. La obra se llamaba *El buen padre* y le resultaba totalmente desconocida.

Marc lo abrió por un punto al azar y leyó en voz baja:

*El pueblo debe obediencia a su Señor. Aquel a quien se entrega el gobierno de unas tierras es merecedor de respeto y dignidad. Sin embargo, él mismo tiene que velar, no solo por la seguridad de su pueblo, sino por su felicidad. Un Señor no ha de ser únicamente responsable del estricto cumplimiento del Código, sino que ha de acometer cuantas acciones sean necesarias para que sus gobernados vivan con bienestar y aporten su esfuerzo colectivo de forma solidaria. En definitiva, el Señor ha de ser como un padre: estricto en las normas pero amable con sus hijos; exigente en el trabajo pero consecuente y generoso con sus frutos. De no comportarse así, estará faltando a su deber y responsabilidad.*

Por más que hacía memoria, Marc no recordaba ningún fragmento del Código u otros escritos legales que se expresaran en tales términos.

Finalmente, guardó el libro dentro de sus ropas, preguntándose por qué Sebastien le habría dejado ese volumen. Llegó a cuestionarse, incluso, si habría sido el maestro organero quien lo había escondido allí.

Al marcharse sintió que, pese a ser un inquisidor del Imperio, estaba cometiendo algún tipo de acto prohibido.

Cuando llegó a la puerta, se detuvo. Súbitamente, todo su aplomo lo había abandonado y empezaba a dudar que aquello fuera una buena idea. Ya se había llevado un disgusto con la desaparición de Sebastien y no estaba seguro de que la visita a Aurore acabara bien. A fin de cuentas, era ella la que lo había rechazado primero e ignorado después. Sin embargo, sabía que no podía irse de allí sin verla. Sin intentarlo, al menos.

Ya estaba alzando la mano para llamar, cuando la puerta se abrió y sus dudas se le echaron encima de golpe.

Aurore alzó sus enormes ojos verdes y se encontró con el azul de los del muchacho.

—Marc —dijo sin asomo de sorpresa.

Tenía el rostro demacrado. Los pómulos sobresalían más que antes, señalando la

evidente pérdida de peso. Las ojeras, que afearían cualquier otro rostro, remarcaban en cambio la profundidad de su mirada. La elegancia que siempre la acompañaba se veía difuminada por unos hombros algo hundidos pero, pese a todo, su belleza era innegable.

—Oh, disculpadme —dijo rápidamente, y se inclinó en una respetuosa reverencia que sonó a burla.

—Por favor —dijo Marc con exasperación—, no es necesario.

—Como queráis —respondió ella con cierto desdén.

—No hace falta que me trates como si no nos conociéramos, Aurore —dijo Marc.

—Es a un inquisidor al que estoy hablando, no a un muchacho ignorante —respondió ella.

—Hemos vivido suficientes cosas juntos para no tener que pasar por esto —respondió Marc sin moverse del marco de la puerta—. Situaciones de diversa índole —remarcó.

Ella lo miró enarcando una ceja.

—Solo quiero charlar —añadió él.

—Bien ¿cómo están vuestros compañeros? —preguntó la bruja.

—Nos separamos hace un mes, aproximadamente. Todos gozaban de salud y se dirigían a cumplir sus obligaciones con impaciencia. Y ¿por aquí?

—Oh, muy bien —contestó Aurore—. Melquior se dio cuenta de que alguien había cambiado el Símbolo que me impuso, así que me mandó con los sacerdotes oscuros una semana. Después me colgaron otro roble al cuello —los ojos echaban chispas—, así que todo va muy bien, inquisidor.

—No alcanzo a concebir vuestro suplicio —contestó Marc lentamente—. Quizá podría hablar con Melquior.

—Y ¿qué le diríais? —preguntó ella poniendo los brazos en jarras.

—Sin duda podría recomendarle que cambiara sus métodos. Quizá...

—No os canséis —le interrumpió Aurore con un bufido—. Nadie va a desautorizar a ese hombre entre estas murallas. Ni el Embajador, ni el Emperador. Aquí estamos a su merced.

Marc pensó, por primera vez desde que la conocía, en lo sola que debía sentirse.

—Supongo que no tenéis mucha compañía aquí —comentó torpemente.

En cuanto las palabras salieron de su boca, se dio cuenta de lo que había dicho. Por el rostro de la mujer pasó una sombra, pero lo disimuló quitándole importancia.

—Bueno, es cierto que no veo a mi familia ni a mis amigos desde hace años. Y que no los volveré a ver nunca. —Su voz casi se quebró en el último momento y Marc maldijo en silencio su estupidez—. La buena compañía no abunda en el Monasterio, es cierto. Pero supongo que vos me entendéis bien. También debéis echar terriblemente de menos a esos compañeros de los que os separasteis hace un mes ¿no es cierto?

Su voz se había llenado de acidez y remarcó ostensiblemente el poco tiempo que



Marc llevaba sin ver a los otros.

—Por favor, es suficiente —dijo el joven. De repente, la tristeza y el cansancio de los últimos días se hicieron muy evidentes en su rostro—. Quería verte, no discutir ¿podemos dar un paseo?

La mujer lo miró furiosa unos instantes más antes de encogerse de hombros y entrar en sus habitaciones para tomar un suave chal. Sin decir una palabra, Marc la condujo entre edificios y jardines hasta llegar a una de las poternas de la muralla.

—Abrid —ordenó escuetamente a los guardias.

Estos miraron a su acompañante y dudaron un momento pero, a una fulminante mirada del joven, se apresuraron a obedecer.

En el exterior, fuera del resguardo de las murallas, la brisa se había convertido en un viento insistente que presagiaba que el frío iba a llegar pronto ese año. Los árboles se mecían ajenos a todo lo que no fueran las conversaciones de las hojas y el alimento de sus raíces.

—Lo que hiciste con Mathius, aquella vez, fue sorprendente —dijo Aurore de pronto, mientras paseaban a la vera de un pequeño arrollo.

—Lo cierto es que un amigo me ayudó —contestó Marc mirando al suelo.

—Sí, yo también he pasado algún tiempo con Sebastien —dijo ella con una sonrisa triste.

Marc la miró de reojo preguntándose si el viejo maestro organero le habría contado algo o, simplemente, Aurore esperaba que se delatase.

—¿Lo conoces? —preguntó mientras entraban en un claro en el que la luz del sol resultaba cálida y amable.

—Un poco —contestó ella sentándose en un tronco caído—, tanto como un extraño puede conocer a alguien tan inteligente. ¿Te haces una idea de la cabeza que hace falta para componer como lo hace ese hombre? —preguntó con la mirada perdida—. La mayoría de la gente no es capaz de hacer dos cosas a la vez. Él, en cambio, puede inventar y planificar a varios niveles mientras toca.

Marc quedó unos momentos en silencio, sopesando sus palabras, sin ser capaz de comprender del todo el alcance de las mismas.

—Siempre me dio buenos consejos. También me ayudó con el torneo de Voluntad.

—Sí, lo sé. *La Insidia de Ágarot*. —Aurore se alisó el remate del vestido con un atisbo de sonrisa en el rostro—. No hace falta que digas nada. Es una lectura muy interesante, al menos la parte sin censurar. —Marc la miraba con los ojos muy abiertos—. Olvídalo, estoy desvariando.

—Pero es cierto —dijo él rápidamente—, la lectura de ese libro me ayudó.

—«Penetramos en Ágarot», «cortaron nuestra línea de suministros» —recitó la mujer imitando la voz grave de un soldado—. Aquello fue una jugada maestra, Marc. No sé de dónde sacaste el control para lograr algo así.

—Bueno —dijo él con timidez—, supongo que lo que Sebastien trataba de

mostrarme era algo que ya nos habías enseñado tú.

—Sí, pero acumular de ese modo la Voluntad para lanzarla en un solo golpe a la vez que frenabas a un oponente tan diestro... eso fue lo realmente impresionante.

Marc miró al suelo unos instantes sin saber qué contestar. Después preguntó:

—¿Qué ha pasado con él? —preguntó sentándose en una roca—. Melquior me dijo que Sebastien ha huido y que lo están persiguiendo. ¿Sabes por qué el Embajador requirió su presencia?

—Sé menos que tú, Marc —contestó ella—. No puede decirse que fuéramos íntimos.

—Entiendo.

Unos pajarillos revolotearon sobre el claro, jugueteando entre ellos. Se posaron en una rama cercana y, después, desaparecieron sobre las copas de los árboles.

La mujer se había quitado los zapatos y movía graciosamente los dedos de los pies entre la hierba. Con una punzaba de dolor, Marc pensó que quizá ni ella misma recordaba cuándo había hecho algo así fuera del Monasterio por última vez.

—Los has visto ¿verdad? —preguntó Aurore tras unos momentos—. A los aspirantes.

Marc asintió.

—Ya han muerto la mayoría y, por lo que sé, esta vez trajeron muchos más de lo habitual.

El Inquisidor se removió inquieto sobre su improvisado sitio.

—No es una preparación sencilla —dijo sin saber muy bien qué responder.

—¿Sabes cómo se selecciona a los candidatos? —Él negó con la cabeza—. Los dedos de la Orden son largos, capaces de evaluar a todos los niños que nacen en el Imperio. Hay cientos de espías repartidos por las provincias controlando aldeas e informando permanentemente.

—Informando ¿de qué? —Preguntó Marc—. Nunca hemos tratado estos temas en ninguna clase.

—Se toman en consideración varios aspectos —continuó ella—. Si el niño nace fuerte y sano o si desde los primeros meses se nota una cierta agilidad intelectual. Pero, especialmente, se evalúa si muestra ciertos signos menos convencionales que lo facultan para luchar contra la oscuridad.

Marc rebulló inquieto, pero no se atrevió a interrumpirla.

—En el caso de Jean, fue esto último lo que lo convirtió en candidato, según me dijeron.

—¿Por qué? —preguntó él, extrañado.

—Porque era débil, enclenque y había sufrido una enfermedad que casi acaba con él. —Aurore lo miró directamente a los ojos—. Sin embargo, el movimiento de sus ojos al dormir y la manera de levantar los juguetes en la cuna aconsejaron su ingreso en el Monasterio.

—No lo entiendo —dijo Marc—. ¿Qué tiene que ver la manera en que duerme un

niño?

—Jean dormía sin cerrar los ojos y, mientras soñaba, algunos objetos se elevaban a su alrededor.

El inquisidor quedó unos momentos en silencio, sorprendido, antes de preguntar de nuevo.

—¿Cómo es posible que manejara la Voluntad siendo tan joven?

Aurore se encogió de hombros, como si fuera algo habitual.

—En cierto modo, a medida que crecemos olvidamos muchas cosas que sabemos muy bien cuando somos niños.

—¿Pero qué pensaban sus padres de algo tan extraño?

—No creo que eso lo sepamos nunca —dijo ella torciendo el gesto—. Si se resisten, a menudo los padres de los aspirantes son asesinados en el momento en que la Orden toma a sus hijos.

—¿Cómo? —Marc la miró atónito—. ¿Qué has dicho?

—No puede haber vínculos afectivos para un inquisidor, Marc. Te lo enseñaron en la primera clase tras aceptar la formación —dijo ella con dureza.

Él apoyó la cabeza sobre las manos, pensando en cómo habría sido en su caso.

—Más muertes por nosotros —murmuró respirando agitadamente—. Nuestros propios padres.

—No fue culpa vuestra, Marc, apenas teníais uso de razón.

—No, es algo terrible. ¿Y todos esos aspirantes también?

Ella asintió.

—Esto es... —No fue capaz de terminar la frase.

—Eso no cambia nada Marc —dijo ella—. Todavía no has aprendido que las cosas raramente son solo blancas o negras. —La voz de Aurore parecía haberse dulcificado sensiblemente.

—¡Te aseguro que sé muy bien dónde está el mal! —contestó él con ojos enrojecidos—. He luchado contra él en Quiles. ¡Y lo haré hasta que lo expulse de nuestras tierras! —gritó con voz ronca.

—El mal nunca se podrá erradicar —dijo ella con más suavidad.

El inquisidor se volvió hacia ella con los dientes apretados.

—Te aseguro que sí. Las legiones del Emperador luchan contra la maldad, bendecidas por el Creador. Al final venceremos —proclamó con vehemencia.

—No, no es así. —Aurore lo miró cada vez más entristecida—. Tus preciosas legiones llevan siglos de Guerra Santa; de perpetuo enfrentamiento. Y los inocentes siguen muriendo.

—No alcanzo a comprender del todo tus palabras, pero sí sé que exceden los límites de lo admisible.

—Lo sé —contestó con un gesto de indiferencia—, pero no por eso son menos ciertas. El mal es el hombre. Y por eso nunca podrá vencerse.

Marc quedó en silencio, mirándose las botas.

—¿Cómo fue aquello que mencionaste de Quiles?

El joven se tomó un momento antes de contestar.

—Todo comenzó muy bien. Nos entregaron unos fabulosos caballos. El mío se llama Noble —añadió mirando hacia las murallas—. Es un buen animal, soy muy afortunado. Con él recorrí la Marcha del Emperador rumbo sur. Me sentí libre y dichoso. —Marc pareció animarse un poco con el relato pero, en ese momento, recordó que Aurore estaría presa por siempre y volvió a avergonzarse de sus palabras—. Una joven murió justo antes de que llegara. Cumplí la misión, pero ella murió.

—A veces, cuando se lucha, no hay más remedio que aceptar perder —susurró la bruja.

—Maldita sea ¡No! —Marc se puso en pie y apretó los puños—. Todavía se me aparecen en sueños los flagelantes. Allí también murió una mujer y nosotros podríamos haberla salvado.

—No, no habrías podido —contestó ella abrazándose con suavidad—. Eso fue lo que dijo Melquior, pero no es verdad. Siempre muere alguien para adiestrar a un inquisidor. De hecho suelen morir muchos más que en vuestro caso.

Marc estaba cabizbajo, sin saber muy bien qué decir.

—¿Echáis de menos a Ferdinand? —preguntó entonces.

Ella lanzó una suave carcajada, sorprendida.

—Ferdinand, el virtuoso Caballero del Imperio. Nunca me faltó al respeto, pero siempre me rehuyó como a la peste. No he visto a nadie moverse más dentro de una carroza que cuando nos trajeron aquí. —Aurore recordaba la escena con una media sonrisa en la cara—. Sin embargo, Ferdinand era el único sincero en este lugar. Vivió su vida según las creencias que lo guiaban y nunca trató de engañar a nadie. Al final, eso fue lo que le costó la muerte.

—Cortejó a la mujer del barón de La Flere. Es un delito —añadió Marc.

—¡Oh, por favor! —dijo ella levantándose—, las personas deberíamos ser libres para ir y venir a nuestro antojo. No habría que culpabilizar a alguien por sentir amor hacia otro. ¿Qué mayor signo de respeto hacia el Creador puede haber que amar a nuestros semejantes? —Cuando la bruja se dio cuenta de la pasión con que hablaba, sus mejillas comenzaron a arrojarse y bajó la cabeza, haciendo como si se colocara el pelo—. Pero qué sé yo, solo soy una malvada bruja.

—Nunca he podido verte como algo malvado —dijo Marc. Aurore se giró hacia él con algo que podría ser gratitud, pintado en el rostro—. Me cuesta pensar que alguna vez lo hayas sido.

—Inocente. Inocente e ignorante —dijo ella sonriéndole con afecto. Aurore se acercó un poco a él y le acarició el rostro—. Siempre fuiste lo mejor de este lugar.

—No es cierto —farfulló él sintiendo la suave piel de la bruja—, mis compañeros son, al menos, tan diestros como yo.

—No me refiero a eso, ya lo sabes. —Aurore lo miraba con una mezcla de ternura y tristeza en el rostro—. Tienes la bondad cosida a tu alma. Me costó tiempo darme

cuenta, pero ahora lo veo aún más claro. Pensé que, al haberte ordenado inquisidor, algo habría cambiado. Pero no, tú eres realmente así.

—¿Qué habría cambiado? ¿En qué sentido? —preguntó él.

Sin embargo, la bruja le dio la espalda y Marc sintió nuevamente que ese vínculo que había existido entre ellos, y que parecía haber brotado de nuevo, volvía a perderse.

—Por favor, Aurore, contéstame, quiero comprender tus palabras.

—Da igual, Marc. —Aurore sollozó y, aunque no podía ver su rostro, supo que comenzaba a llenarse de lágrimas—. Si algo me gustaría que te llevaras de este sitio, es esa ambición por proteger al inocente, ese ansia de justicia verdadera.

—Pero ¿cómo podría no ser una justicia verdadera, si todos servimos al Emperador y a nuestro Señor Altísimo? —preguntó él.

Ella no contestó.

Permanecieron en silencio largos minutos hasta que, por fin, Marc lo rompió tomándola por los hombros y girándola hacia sí suavemente.

—¿Qué es lo que te atormenta, Aurore? —preguntó mirándola directamente a los ojos—. Quiero ayudarte. Ahora puedo hacerlo.

Ella volvió a girar la cabeza, pero el muchacho no se dio por vencido.

—¿Por qué me ignoraste una y otra vez cuando estaba aquí? ¿Por qué me rechazaste? —La voz de Marc se volvió Imperiosa—. Por el amor de Thomenn, ¡necesito saber qué es lo que ocurre!

—Déjalo, Marc —dijo ella sollozando.

—Te veo sufrir, pero también veo el amor en tus ojos —contestó él rozando sus lágrimas con la mano—. ¿Por qué no me dejas intentar hacer algo con esta situación? Puedo hablar con Melquior. Hablaré con el Gran Maestro de mi orden si es preciso.

—Es suficiente, Marc —insistió ella revolviéndose entre sus brazos.

—No —contestó él con tozudez—. El mismísimo Emperador me invitó a visitarlo siempre que tuviera alguna inquietud. Le hablaré de ti. Le pediré como un favor personal que te libere, que te permita vivir sin la Penitencia Perpetua.

—¡He dicho que es suficiente! —gritó ella, dando un tirón y separándose de él—. Esto ya no tiene sentido; mi tarea acabó.

—He anhelado estar contigo durante años, Aurore. —Los ojos de Marc estaban húmedos, a punto de verter lágrimas—. He pensado y he soñado con este momento muchas veces. Me he imaginado qué haría, qué te diría y ahora que por fin puedo hablarte me rechazas de nuevo. Por favor, no hagas esto otra vez.

Aurore alisó el vestido y se ajustó el chal sobre los hombros, después se dirigió a él por última vez.

—Como he dicho, esto ya no tiene sentido. Hace tiempo que mi tarea acabó.

En su rostro había desaparecido todo signo de debilidad. No había rastro de lágrimas y la barbilla volvía a alzarse en un gesto de orgullo y desafío. Los hombros estaban firmes y la espalda recta. A su alrededor, la Voluntad reverberaba de nuevo,

plena y poderosa.

Sin embargo, fue en sus ojos donde Marc vio algo que no había visto antes. Algo que le dio miedo.

Al día siguiente, Marc despertó pronto. Se vistió y tomó un frugal desayuno antes de salir hacia las cuadras. No quería permanecer en aquel lugar más de lo necesario. Las murallas le oprimían como si se tratara de las paredes de una minúscula celda. Apenas podía recordar qué le había animado a visitar la que antaño fuera su casa. En esos momentos, solo sentía la imperiosa necesidad de salir de nuevo a los caminos.

Sin embargo, mientras iba a buscar a Noble, no pudo evitar asomarse de nuevo al patio donde tantas veces había corrido.

Melquior se dirigía a los aspirantes, que habían formados perfectamente ante él. Se mantenían firmes ante su agresivo discurso, con la mirada al frente y las manos cruzadas a la espalda. Uno de los dos que más habían sufrido la carrera del día anterior estaba a punto de echarse a llorar abiertamente.

Pero, en ese preciso instante, el tiempo se paró.

De repente, Aurore apareció por el otro extremo del patio. Mientras avanzaba, con gran dignidad en cada paso, su oscura melena se agitaba pese a que no soplaba el viento.

Marc pensó que su porte era tan regio y solemne que casi parecía otra persona, pues nunca la había visto así. No, al menos, a la luz del sol. Encontrar a la bruja a esas horas, caminando a cielo abierto, era tan extraño que el joven pensó que quizá se había equivocado. Sin embargo, su percepción le hizo consciente de que era ella aún antes de que su vista la enfocara del todo. No cabía la menor duda: sentía su Voluntad, henchida de orgullo, aún a esa distancia. Todo lo inmaterial que recubría a la bruja brillaba como un sol en miniatura para aquel que podía percibirlo.

El Señor del Monasterio también la había visto. Su discurso se había interrumpido bruscamente en cuanto sintió el poder que recubría a Aurore. En esos momentos, no era la mujer callada y distante que todos veían cuando otras personalidades se hallaban presentes, sino algo mucho más temible y magnífico.

Los aspirantes comenzaron a mirar con inquietud hacia la mujer que se acercaba, mientras esperaban instrucciones del sacerdote. Sin embargo, Melquior parecía tan asombrado como ellos mismos.

Sin perder la seguridad con que avanzaba, Aurore alzó una mano para señalarle. Al momento siguiente, su voz se oyó y se sintió, como un golpe de aire capaz de atravesar montañas. Solo fue una palabra, pero retumbó entre las paredes del Monasterio como si el trueno definitivo se hubiera estrellado contra el mundo de los hombres. Las nubes avanzaron junto al sonido, a una velocidad imposible, y cubrieron el cielo como una mortaja.

—¡IMPOSTOR! —pronunció la bruja, y todo ser con capacidad de oír se sintió

sobrecogido en kilómetros a la redonda. Incluso la misma tierra pareció rebullir, inquieta.

El sacerdote miraba perplejo, quizá por primera vez, a la mujer que se acercaba y pareció decir algo, aunque Marc no pudo oírlo.

Los aprendices se volvían hacia Melquior, asustados, y algunos comenzaron a temblar, pues sentían a su alrededor fuerzas que no comprendían. Al menos una parte de esas corrientes que se desplazaban entre ellos pertenecía a una naturaleza oscura y terrible que no debiera tener cabida allí donde el sol brilla.

Marc, elevado junto al murete que rodeaba ese lateral del patio, contemplaba aquello estupefacto. La imagen ya era por sí misma extraordinaria, pero sus sentidos, mucho más afinados que los de los niños, captaban además toda la violencia que se estaba generando más abajo.

Aurore seguía caminando hacia Melquior, recubierta de una fuerza gloriosa que todos los presentes notaban, pero que solo tres podían ver.

Súbitamente, el polvo y la arenilla alrededor del sacerdote salieron despedidos hacia atrás, como si un imprevisto cambio de viento hubiera golpeado la zona en medio de una tormenta. El sacerdote no hizo ningún gesto pero, apenas un instante después, tuvo lugar una reacción similar alrededor de Aurore.

La mujer frenó su avance, pero no se detuvo. El cielo, que se había oscurecido como respuesta a su voz, comenzó a generar violentas ráfagas de aire y electricidad.

Los aprendices ya se habían apartado de la trayectoria de la mujer, abriéndole paso como la madera de un tronco joven separada por el hacha de un leñador. Sus ojillos asustados la observaban desde ambos lados sin saber qué hacer y sin atreverse a intervenir.

Alrededor de ellos, el aire parecía tener más peso. Una tensión palpable comenzó a dificultar sus movimientos y erizarles el vello de la nuca. Energías que no pertenecían al reino de lo habitual se volvieron, poco a poco, visibles incluso para el más desconocedor.

En un punto intermedio entre los dos, el aire comenzó a tornarse rojizo y se hizo visible una suerte de rozamiento circular que comenzaba a generar vapor. Cada pocos segundos, un estallido de energía alrededor de la bruja o el sacerdote hacía levantar nuevas nubes de arenilla y polvo. Sin embargo, era evidente que aquellos impulsos eran cada vez más violentos. Con cada nuevo golpe, las corrientes de aire enfrentadas volaban en todas direcciones y obligaban a los presentes a cerrar los ojos y protegerse con las manos.

Bajo Aurore, el suelo comenzaba a agrietarse peligrosamente pero, tras un ataque mucho más fuerte, la piedra que pisaba Melquior se partió y sus pies se hundieron varios centímetros.

Ninguno de los dos parecía ser consciente de lo que ocurría a su alrededor. Tenían la mirada fija el uno en el otro, ignorando todo lo que pasara más allá.

Marc se dio cuenta de que movían los labios, pero no era capaz de comprender

sus palabras. Se sentía como en trance, demasiado impactado por lo que estaba sucediendo como para intervenir. Que se atacara a Melquior de ese modo resultaba increíble, pero que fuera Aurore la que lo hacía era algo que no podía concebir. No obstante, había una pequeña parte de sí mismo, oscura y recóndita, que se alegraba y no dejaba de gritarle que, quizá, aquello estaba bien.

En esos momentos, los dos oponentes estaban muy cerca uno del otro y ya no avanzaban, sino que permanecían frente a frente, mirándose fijamente a los ojos.

Los de Aurore, intensamente verdes, contenían un brillo que nada tenía de poético o figurado. Relucían por la Voluntad de la bruja, pero aquel que la mirara no podría evitar fijarse también en sus manos donde, muy poco a poco, iba tomando consistencia un fulgor rojizo.

Marc alcanzó a entender solo una de las palabras que dibujaron los labios de Melquior antes de que todo se precipitara. Dijo Lysanna, y Aurore se lanzó hacia él con un ímpetu que no podía ser solo fruto de músculos y tendones.

La bruja cruzo el círculo que el aire se negaba a traspasar alrededor del sacerdote y golpeó una y otra vez, con unas manos que ya no eran sino dos estrellas, rojas como la sangre. Allí donde Aurore balanceaba los brazos para volver a atacar, una estela encarnada los seguía.

Por mucho que su oponente tratara de eludir o desviar sus puños, estos llegaron varias veces a su destino, hasta que la mujer se agachó y uno de los golpes le destrozó la rodilla.

Marc pudo ver con claridad como la pierna del hombre se doblaba de lado en una articulación que no está hecha para girarse así.

Melquior, sin embargo, no dio muestras de flaqueza ante el envite y, tras soportar varios golpes más, consiguió agarrar a la bruja del cuello.

Al instante, la Voluntad de la mujer comenzó a resquebrajarse. Sus brazos todavía consiguieron forzar varias veces la presa del sacerdote para golpearlo, pero el brillo de sus manos había perdido intensidad y su rostro estaba congestionado en una mueca de sufrimiento.

Apenas un instante después, Aurore echó una rodilla a tierra y toda la tensión que se había acumulado alrededor de ambos pareció diluirse, como un poco de azúcar en demasiada agua.

La bruja quedó colgando como un trofeo en las manos de Melquior, que sonreía abiertamente en una mueca de sádica satisfacción. Allí donde los golpes habían llegado, su piel se veía levantada y rodeada de rastros violáceos, pero sin una sola gota de sangre. Debajo, solo había una piel muy pálida.

A la altura de la rodilla se apreciaba un bulto, como si la pierna estuviera quebrada hacia ese lado. No obstante, si Melquior sentía dolor no había nada en su rostro que lo reflejara.

Sin aparente esfuerzo, alzó a la bruja hasta tenerla ante sus ojos y la llevó hasta uno de los extremos del patio. Se inclinó un momento hacia ella y le susurró algo al



oído. Después, alzó una mano y la golpeó con tanta fuerza que el sonido, seco y escalofriante, fue perfectamente audible para todos los presentes.

Aurore cayó por el borde del patio. Después, no se oyó nada.

Marc fue el que reaccionó primero. Saltó el murete y cayó al patio. Desde allí, pasó como una exhalación entre los aprendices, corriendo con toda la rapidez que le permitían su cuerpo y su Voluntad. Atravesó metros de suelo adoquinado en cada zancada y saltó los dos metros de desnivel con la misma facilidad con que un niño pasaría por encima de un bordillo. Forzó sus músculos hasta donde un ser humano puede exigirse pero, por mucho que quisiera negarlo, cuando llegó hasta ella, ya hacía mucho que Aurore se había estrellado contra el suelo.

Yacía boca arriba y de sus oídos manaba un hilillo de sangre. Aun así, cuando el joven se arrodilló a su lado, los ojos lo miraron, llenos de dulzura y paz.

Marc tenía el rostro desencajado y sus propias lágrimas se mezclaban con la sangre de la bruja.

—No te vayas, por favor —le dijo.

—Tranquilo Marc —contestó ella con un hilillo de voz—. Todo está bien. Esto es lo mejor; por fin soy libre.

El joven, temeroso, se escondió entre sus cabellos.

—No quiero perderte. Quédate conmigo.

Aún en la muerte, Aurore fue capaz de reír débilmente.

—Por favor, eres solo un niño.

—Soy joven —replicó él, ahogando el llanto—, pero sé que tú eres lo que más he querido.

La bruja logró alzar una mano para acariciarle la mejilla. No había en ella signos de ese fuego que la había recubierto antes.

Marc alzó la vista y la vio consumirse. En la palidez de la muerte, Aurore estaba más bella que nunca. Su expresión malvada había desaparecido y únicamente la paz y una leve expresión de dolor teñían su rostro.

—Marc, mi dulce Marc —dijo con un cariño infinito—. Bésame, quiero que mi último suspiro viva por siempre dentro de ti.

El joven se sobrepuso unos instantes al miedo y al dolor y cubrió con sus labios los de la mujer. Inclinado sobre su rostro, no vio la mirada llena de esperanza de Aurore.

—Ya era hora de ocuparse de ella —dijo justo entonces una voz a su espalda—. Últimamente no parecía cumplir sus obligaciones con el debido celo. Y ese asunto del Símbolo...

—Marchaos —dijo Marc con rabia contenida.

—Las brujas son todas unas rameritas —añadió Melquior, como si no le hubiera oído—. Son útiles una temporada, pero luego se vuelven peligrosas y resabiadas. En el fondo no sirven ni para alimentar a los cerdos.

—¡He dicho que os vayáis! —gritó Marc, volviéndose lleno de rabia—. Alejaos

de aquí. ¡Os lo ordena un inquisidor!

Melquior le sostuvo la mirada unos segundos, con una sonrisa de burlona felicidad. Se apoyaba en la pierna sana y parecía incapaz de andar con normalidad. Su rostro, no obstante, no daba la menor muestra de que sintiera dolor y parecía estar disfrutando realmente con la situación.

A su alrededor, las oleadas de fuerza que emanaban del joven comenzaron a volverse más agresivas.

—Por supuesto —contestó por fin—. Como vos ordenéis.

El Señor del Monasterio hizo una reverencia exagerada y se marchó cojeando, mientras silbaba una estridente melodía.

Marc, haciendo esfuerzos para no ir tras él, se giró de nuevo hacia la mujer que tenía en los brazos.

El cuerpo de la bruja temblaba levemente mientras la muerte se la llevaba, pero sus ojos no dejaron de mirarle. Cuando el aire abandonó por última vez los pulmones, su rostro mostraba una tranquila expresión de felicidad.

Los gritos del inquisidor fueron lo único que se oyó entonces. Unos gritos teñidos de tal rabia y agonía, que nadie se atrevió a acercarse.

## VII

Sin que nadie supiera muy bien cómo, las brujas comenzaron a asestar un golpe tras otro a las fuerzas imperiales de Seléin.

Nada parecía ser capaz de detener su audacia. Atacaban allí donde éramos más débiles y, cuando estaban cerca de la derrota, se retiraban.

Sortearon trampas, emboscadas y partidas de exploradores mientras sangraban a nuestros hombres y a nuestro pueblo.

Sin embargo, el águila apareció de la nada y surcó los aires con sus ojos omniscientes.

Cuando ya lo dábamos por muerto, el inquisidor llamado Adler surgió en medio de una terrible carnicería. En sus manos llevaba la cabeza de una mujer que tenía un ojo en la frente.

—Diario de un delegado de Seléin.

Pocos días después de su visita al Monasterio, Marc llegó a Hýnos.

La temperatura había cambiado mientras viajaba hacia el oeste y, para cuando vio a lo lejos la capital del Imperio, había tenido que cerrarse la capa y protegerse de la lluvia con la capucha. El otoño parecía tener prisa por llegar y dejar paso a un invierno que se preveía duro e inclemente.

Nada más traspasar la muralla, el ruido de músicas discordantes y cientos de conversaciones a gritos lo agredió casi tanto como los fuertes olores que percibía. Las calles estaban abarrotadas de gente venida de todo el Imperio para celebrar la Festividad del Bufón.

Pese al mal tempo, cientos de personas andaban de acá para allá, muchos de ellos ataviados con los tradicionales gorros de varias puntas, a las que se cosían cascabeles.

Las tiendas estaban llenas y por doquier se veían puestecillos en los que se asaban tiras de carne dulce y picante. Cerca de estos, los vendedores de vino tibio alimentaban el fuego de las marmitas. El tradicional caldo llenaba el aire de empalagosos aromas dulzones.

*El Manual* describía a Shacon como el compañero más histriónico y alocado de Thomenn. Durante un largo fin de semana que comenzaba el viernes a mediodía y a menudo terminaba la mañana del lunes, la fiesta se desbocaba en las principales ciudades del Imperio en su honor. La gente bailaba, reía y trataba de olvidarse de sus problemas mientras duraba el tiempo del Bufón.

Sin ánimo para soportar tanta alegría, Marc decidió dar un rodeo para dirigirse por calles menos animadas a la sede de la Orden, anexa a la Catedral. Los sucesos recientes eran demasiado oscuros como para no sentirse ofendido por tanta algazara.

Nada más aproximarse a las gigantescas puertas, tomaron las riendas de su caballo y le aseguraron que, en unos minutos, tendría un baño caliente preparado, pero él declinó la oferta por el momento.

Se dirigió, en cambio, al despacho del Gran Maestro para arrojar a sus pies la cabeza de la bestia de sangre que todavía llevaba envuelta dentro de la bolsa.

Este la observó con indiferencia y apuntó algo en sus papeles.

—¿Te costó mucho que se transformara? —preguntó el huesudo anciano.

—Solo un poco de sangre de pollo y un pedazo de carne.

—Bien —respondió el otro sin dar muestras de sorpresa—. Tómame unos días de descanso, inquisidor. Después, vuelve por aquí para tu siguiente misión.

Marc se despidió con una inclinación de cabeza y salió del despacho sin mirar atrás. No había habido desdén ni burla en la voz del Gran Maestro. Lo había llamado inquisidor, sin ningún tipo de adjetivo.

Marc suponía que, de algún modo, había pasado su última prueba.

Salía al exterior para dirigirse a la Catedral cuando vio a un jinete apenas a unos metros de él. Su mirada era dura y penetrante, lo más destacado de un rostro discreto, mal afeitado y prácticamente inexpresivo. Sin embargo, el hombre iba vestido de negro y llevaba un característico sombrero de ala ancha. Tenía una pequeña ballesta a la cintura y una espada notablemente grande a la espalda. Cabalgaba ligeramente encorvado, inclinado hacia adelante como si quisiera llegar lo antes posible a su destino pero, en el momento en que lo vio, hizo girar a su montura y se dirigió hacia él.

—¡Saludos hermano! Es un verdadero placer verte —dijo Adler desmontando ágilmente.

—Saludos, hermano —dijo Marc saludándolo con calidez.

—Veo por tus ropas que acabas de llegar ¿cómo ha ido tu primera misión?

—Bien —contestó Marc.

El joven le hizo un breve resumen de sus pesquisas y de la batalla contra la bestia de sangre.

—Vaya, no es algo fácil para ser la primera —le concedió Adler— y veo en tus ojos que el coste ha sido alto.

Marc sacudió la cabeza, quitándole importancia.

—Aquellas gentes no asumieron que el párroco ocultara una naturaleza tan maligna.

—Y no se tomaron demasiado bien que lo mataras, pese a ello ¿verdad?

Marc asintió con pesar.

—Amigo mío, la vida de un inquisidor es dura —dijo apretándole afectuosamente el hombro—. La mayoría de las veces nadie notará nada cuando hayas hecho las cosas bien y en la sombra. Puede que salves una ciudad entera de un destino terrible, pero nadie sabrá ni dirá nada.

Adler sonrió ligeramente y su mirada de halcón relampagueó.

—Pero falla en tu tarea o, incluso haz aquellos sacrificios necesarios para lograr un bien mayor, y todos te condenarán.

Marc suspiró con evidente tristeza.

—¿Vale la pena? —preguntó con voz cansada.

El hombre quedó pensativo y, cuando contestó, la sonrisa había desaparecido.

Marc se dio cuenta de que, en esos segundos de duda, el hombre habría rescatado horrores sin nombre de su memoria.

—En ocasiones, simplemente hay que hacer las cosas que creemos justas. — Adler lo miraba con la comprensión que da la experiencia—. Tenemos una obligación para con el Emperador y el legado de Thomenn.

Marc asintió.

—Desde luego, pero qué difícil resulta que incluso las gentes a las que protegemos nos rechacen aun cuando las salvamos de un destino incierto.

—Siempre que te sea posible, sé como la sal, Marc, de modo que solo piensen en ti cuando no estés. Para nosotros, la misión mejor cumplida es aquella de la que nadie llega a tener noticias. Pero ven —dijo dándole una amistosa palmada—, aunque ya me iba, siempre ha de haber tiempo para que dos hermanos compartan una jarra de cerveza. ¿Quién sabe cuándo volveremos a reunirnos?

—Por supuesto —contestó Marc con algo más de ánimo.

Adler llamó a uno de los asistentes de la Catedral para que se encargaran de su caballo y condujo a Marc a una taberna cercana.

—Es costumbre que los inquisidores nos reunamos aquí, por lo que no suelen tener mucha clientela —le explicó con una risilla—. Es por eso que la Catedral le da una generosa ayuda económica al tabernero.

Marc iba a responder cuando se quedó petrificado. Un poco más adelante, Philippe y Mathius se dirigían hacia el mismo local. En ese momento, los otros dos lo vieron y corrieron hacia él.

—¡Marc! —gritó Philippe dándole un abrazo capaz de partir un árbol—. Bienhallado seas, amigo ¿cómo estás?

Mathius se les unió y, juntos, rieron hasta que las lágrimas se les saltaron. Después parecieron recordar que un inquisidor más veterano estaba ante ellos y se apresuraron a saludarle con respeto.

—Tranquilos, hermanos, también yo sé lo que es encontrarse con viejos camaradas.

—Entremos, pues, y compartamos una bebida —proclamó Philippe—. ¡Tú! —dijo, llamando a uno de los mozos de la Catedral—. Corre y avisa al inquisidor Jean de que sus compañeros están aquí.

Mathius les explicó, mientras el pelirrojo pedía las bebidas, que él había sido el primero en llegar. De hecho, llevaba ya sus ropas de viaje, pues partía inmediatamente para una nueva misión.

—Philippe llegó después. Jean hace tan solo hace unas horas —añadió el mestizo.

—Y ahora apareces tú —dijo el grandullón trayendo cuatro jarras de espumosa cerveza quileña—, únicamente falta Gaulton. Esto parece obra del bendito Thomenn.

—¿Cómo fueron vuestras primeras misiones? —preguntó Adler con una sonrisa.

—Muy bien —contestó Mathius—. La voluntad del Emperador se cumplió allí donde nos mandaron.

—Fue más que bien —rio Philippe—. No solo destruimos a nuestros enemigos, sino que fue lo más divertido que habíamos hecho en mucho tiempo.

Marc notó como a su lado, Adler se removía.

—Por fin encontré un adversario que quisiera jugar conmigo durante un buen rato —añadió el pelirrojo sonriendo con fiereza.

—Ah, divertido, entonces —contestó Adler mientras su expresión se iba oscureciendo—. Deja que te diga una cosa, joven hermano: nuestras obligaciones son de todo, menos divertidas.

Los tres compañeros callaron ante la autoridad que reconocían en el otro.

—Ahora hay buenos tiempos, somos bastantes. —Adler dio súbitamente un puñetazo en la mesa—. Pero, de repente, las estrellas se alinean, las líneas de la tierra reverberan o yo qué demonios sé y nace una bruja que acaba con dos o tres de nosotros de un solo golpe.

Los otros escuchaban en silencio y Philippe había bajado la cabeza, algo avergonzado.

—He visto morir a varios de mis hermanos cuando luchábamos en Selén. —El inquisidor hablaba vehementemente y una punzada de tristeza le cruzaba el rostro—. Una sola bruja acabó con ellos y casi conmigo. Así que no, no hablemos de divertimentos cuando nos refiramos a nuestro trabajo.

—Os pido disculpas, hermano —dijo el pelirrojo, visiblemente conmovido—. Siento vuestra pérdida.

—No te tienes que disculpar —dijo Adler dándole una fuerte palmada en la espalda—. Había olvidado esa energía que tenéis los jóvenes. En el fondo, me pregunto si no será mejor así. Puede que lo que este Imperio necesite es esa ilusión. En todo caso, como he dicho, ahora tenemos buenos tiempos. Hace casi cuatro años que ningún inquisidor es asesinado. Brindo por vosotros, hermanos —dijo chocando su jarra con las suyas—, que el Creador os proteja en vuestros viajes.

—También a ti, hermano —contestaron los tres.

—Y, ahora, he de dejaros —dijo Adler levantándose—. No puedo demorarme más. Tened cuidado, es todo lo que puedo deciros. Nuestra vida es más peligrosa de lo que podáis imaginar.

Los tres compañeros estrecharon la mano del más veterano con profundo respeto.

—Cuídate mucho —le dijo a Marc en un susurro cuando se despedía de él—. No permitas que la hiel oculte todo lo bueno que hay en ti.

Cuando Adler se fue, Philippe todavía aguardó un momento más antes de reír de nuevo:

—¡He cazado un troll! —dijo abriendo los brazos— ¿no es fantástico?

—Veo que el discurso de nuestro hermano ha calado hondo en tu corazón —murmuró Mathius con una sonrisa.

—Calla, mestizo apestoso —contestó el gigantón—, deja que le cuente a Marc. Tú ya has oído la historia.

—Cuatro veces —puntualizó Mathius con una carcajada.

—Tal y como me dijisteis —comenzó Philippe sin hacerle caso—, su rastro era más que evidente. Los aldeanos de Aldeajada se apresuraron a darme todo tipo de indicaciones, aunque ninguno me quiso guiar por las colinas cercanas. Estaban muertos de miedo. En la última incursión, el troll había atacado una granja a las afueras del pueblo y había matado a casi una docena de vacas.

—¿No hubo pérdidas humanas, al menos? —preguntó Marc.

—No —contestó el gigantón para alivio de su compañero—, pero las gentes ya casi no salían del pueblo, ni siquiera a labrar los campos. Nunca se había dado un ataque en aquella zona tan cerca de una población.

Philippe paró un momento para vaciar su jarra y levantó la mano para ordenar otra.

—Así que me dirigí hacia la granja que había sido atacada. Por Thomenn, que todavía quedaban manchas oscuras en algunos lugares. Se veían huellas de arrastre y tablas rotas por donde el troll se había marchado. —Philippe eructó con satisfacción y rio de nuevo—. Tal y como dijo nuestro buen Jhaunan, ¡incluso yo podía seguir un rastro así!

—Al menos cuando no has bebido demasiado —apostillo Mathius.

Marc rio y palmeó la espalda de su hermano.

—En cualquier caso, Furioso y yo nos encaminamos hacia las Colinas Eternas detrás de nuestro troll.

—¿Qué tal se portó esa mole que tienes por montura? —Preguntó Marc con una sonrisa.

—Mucho mejor de lo que puedas imaginar, pero deja que continúe —respondió él enigmáticamente—. Pronto vimos árboles jóvenes que habían sido partidos sin motivo aparente y, no lejos del pueblo, encontramos los restos de un ternero. Los buitres ya habían dado cuenta de él, por lo que el cráneo partido fue aún más evidente.

En ese momento, Jean entró en la taberna. Llevaba una túnica ceñida al cuerpo que resaltada su delgadez. Los pantalones de piel ocultaban parcialmente unas botas de cuero pardo.

—¿Ya estás de nuevo con la historia del troll? —preguntó con voz suave—. Apenas llevo unas horas en Hÿnos y ya la he escuchado dos veces. Si sigues adornándola acabarás por decir que has luchado contra el mismísimo Gillean.

Marc se levantó inmediatamente para abrazar a su hermano, inmensamente feliz por poder estar allí con ellos después de lo que había sucedido en los últimos días.

—Estaba llegando a la mejor parte, flacucho —dijo Philippe cruzando los brazos—, pero si me seguís interrumpiendo moriré de viejo antes de acabar.

—Ruego me perdonen —contestó el otro haciendo una elegante reverencia— y te

imploro ¡oh poderosa vaca uruthiana! Que nos honres con el relato de tus hazañas.

—El caso es —dijo el gigantón, disimulando un gruñido— que, de repente, allí estaba. Había desmontado para asomarme por un pequeño saliente y entonces lo vi: estaba sentado, con la espalda apoyada en un árbol y se hurgaba en la nariz con toda la tranquilidad del mundo. Marc, te puedo asegurar que su estampa era tan impresionante como sorprendente.

Philippe se tomó un momento para echar un trago.

—Medía algo más de tres metros de alto. Sus espaldas eran anchas y encorvadas como la popa de un barco. Por la parte de arriba, especialmente sobre los hombros, tenía una pelambre dura como las agujas de una costurera. Los brazos, de un grosor similar al torso de un hombre, le llegaban a las rodillas pero había otra cosa aún más importante. —Philippe miró a Marc a los ojos—. ¿Recuerdas lo que nos dijeron sobre la edad de estas bestias?

—Sé que los más viejos son más fuertes —contestó él, haciendo memoria.

—La piel —asintió Philippe— mostraba algún tipo de escamas que, en ciertas partes, no eran sino huesos que sobresalían formando placas. Ya no tenía pelo en la parte de arriba de la cabeza, aunque la mata de las extremidades era muy tupida.

Philippe esperó un momento sin apartar la mirada de Marc, pero este se encogió de hombros.

—Quiere decir que era viejo —dijo Mathius con indiferencia.

—¡Era un puñetero gran anciano, maldita sea! —proclamó Philippe con exasperación—. ¡Si fuera un humano, podría haber llegado a cenar con el mismísimo Thomenn!

—Quizá fuera el padre de todos los trolls —apuntó Jean llevándose su copa de vino a los labios.

—Podéis burlaros —contestó el pelirrojo enfurruñado—, pero os aseguro que daba verdadero respeto. Allí estaba yo —dijo dirigiéndose de nuevo a Marc—, cuando comenzó a mirar hacia arriba, con unos ojillos pequeños y brillantes. Olisqueaba haciendo un ruido grave y no tardó en levantarse.

Philippe se inclinó hacia adelante, enfrascado de nuevo en el relato.

—Entonces me vio. Por un momento, se agachó en una postura amenazadora. El pelaje se le comenzó a erizar y mostró unos colmillos oscuros de aspecto muy feo. —Philippe se mantuvo en silencio durante un instante—. Entonces lanzó un rugido que me hizo temblar el pecho y se lanzó hacia mí como un rayo.

—Pese a que tienen las patas muy cortas —puntualizó Jean.

—Cierto, pero corría apoyándose en los puños, como si fuera un animal de cuatro patas —respondió Philippe—. Casi sin darme cuenta se abalanzó sobre mí y tuve que saltar a un lado para que no me arrollara. —Su rostro destilaba dramatismo y los ojos se entrecerraban con fingida preocupación. Gesticulaba exageradamente con las manos en un intento de ilustrar mejor la historia—. La saliva le caía por la boca y gruñía con fuerza mientras me atacaba. Lo golpeé dos o tres veces con el martillo



antes de que me levantara del suelo de un manotazo y me hiciera caer por la pendiente.

—¡Solo el más sutil de entre nosotros se enfrentaría al troll de frente y con un martillo! —proclamó Mathius imitando la voz de un heraldo.

—Quedé tendido sin poder levantarme —continuó Philippe, haciendo caso omiso a la pulla—. Por un momento me sentí desorientado y vi que el golpe había quebrado el peto metálico que me dieron en la Catedral.

Marc había tenido la oportunidad de sostener dicha pieza antes de que se despidieran. El grosor era tal que había dudado de la capacidad de su amigo para luchar con aquello puesto.

—Estaba quitándomelo para desenganchar el hacha cuando se lanzó de nuevo sobre mí. Pero, en ese momento, todos mis desvelos de los últimos días se manifestaron de forma sorprendente —dijo con una risotada.

—Esto es lo mejor —le susurró Mathius a Marc.

—¡Furioso atacó al troll! —rugió Philippe con una fiera sonrisa—. Llegó al galope y, poniéndose de manos, lo golpeó con sus cascos.

—Eso sí tuvo que ser una imagen digna de canciones —murmuró Jean.

—¡Por supuesto que sí! Mi animal, negro como el carbón y brillante como las estrellas, arremetió contra él una y otra vez relinchando con fuerza.

Philippe había alzado las manos y miraba a su público como esperando una ovación.

—Todavía me cuesta creer que ese animal indómito arriesgara su vida para enfrentarse a una bestia semejante —reconoció Mathius.

—Amigos míos, no puede haber un caballo más consentido, ni que coma mejor en todo el Imperio —admitió Philippe—. Me ha costado domarlo pero por Thomenn que el animal me quiere.

—Entonces Furioso atacó al troll y tú ¿te quedaste mirando? —preguntó Marc con tono burlón.

—Por supuesto que no. Mientras mi animal distraía a la bestia, yo tomé de nuevo el martillo y me subí a unas rocas.

—¿No habías dicho algo de un hacha? —volvió a preguntar Marc.

—Me estaba divirtiendo con aquello —puntualizó el pelirrojo— y no le quería poner fin de una manera tan sucia.

—Santo Lám... —murmuró Mathius.

—Cualquier día alguien te separará la cabeza del cuerpo —murmuró Jean llevándose la copa a los labios.

—Querido Marc, salté lo más alto que pude y, con ambas manos, descargué sobre la cabeza de aquel ser el golpe más fuerte que he dado en mi vida.

—¿Y qué pasó entonces? —inquirió Marc.

—Nada. El troll se paró en seco y pareció aturdido, pero casi alcanzó a Furioso con un manotazo. Después se giró de nuevo hacia mí.

Marc silbó. Le costaba entender cómo un ser vivo, aunque se tratara de un troll, podía resistir el impacto de toda la fuerza bruta de Philippe.

—Ya os lo he dicho. Aquel era un ser viejo, sabio y fuerte. Había resistido muchas décadas, siglos diría yo, y no iba a caer con tan poco. Algunas esquirlas del hueso que le recubría el cuerpo yacían por el suelo pero, aun así, aguantaba.

—¿Cómo conseguiste acabar con él? —Marc tenía la cabeza apoyada en el puño y escuchaba absorto el relato de su compañero.

—Me di cuenta de que, tras aquel golpe, sus movimientos habían perdido vigor. Sin embargo, también comprendí que, en algún momento, había utilizado inconscientemente la Voluntad para golpearlo. Era poco más que un eco, la sentía de forma residual, como un leve hormigueo.

—¡Eso no me lo habías contado! —Mathius parecía genuinamente ofendido.

—Tenía que dejar algo para cuando tuviera más público. —El pelirrojo sonreía con expresión satisfecha.

—¿En qué sentido usaste la Voluntad? —preguntó Jean, súbitamente interesado en el relato.

—Al principio no lo supe, aunque notaba una sensación rara en mis piernas —contestó el otro—. Tardé en darme cuenta, empero, de que no habría podido escapar de algunos de los envites del troll sin ayuda. La Voluntad había sido lo que dio rapidez a mis piernas para apartarme a tiempo en más de una ocasión.

—¿Todo eso lo dedujiste tú solo? —preguntó Jean, sin molestarse en ocultar su asombro.

—Quizá Furioso le ayudó —apuntó Mathius sonriendo.

—Nadie me ayudó, hijos de una ramera muy comprometida con su trabajo —contestó el otro dando un puñetazo sobre la mesa—. Es algo que ya había experimentado y que, en aquellos momentos, comencé a controlar.

—¿Estás diciendo que la Voluntad te dio fuerza? —preguntó Marc.

—No creo que sea tan sencillo pero, en el fondo, sí, algo así.

—¿Qué pasó con el troll? —Los ojos azules del muchacho miraban al otro sin parpadear.

—Estuve experimentando con aquello —contestó Philippe inseguro—. Me llevé un par de buenos golpes entre medias pero, poco a poco, fui siendo capaz de controlar la Voluntad. Hasta que le rompí algo en el pecho.

—¿Algo?

—Sí. Demonios, supongo que esos animales también tienen costillas o huesos similares, no lo sé. El caso es que, cuando esquivaba uno de sus brazos, giré sobre mí mismo y tracé un movimiento de barrido que acabó con el arma en su pecho. —Philippe se miraba las manos—. Sentí que la Voluntad fluía por mis brazos y cuando el martillo chocó contra él, algo se partió.

Los otros tres guardaban silencio, pues su hermano permanecía serio y aquello no era frecuente.

—Alguna costilla debió clavarse en algo importante más adentro, porque el troll comenzó a toser sangre y se derrumbó en el suelo.

—Vaya —dijo Marc llevándose las manos a la cabeza—, esta sí ha sido una gran historia.

—No es lo mejor —murmuró Philippe agachándose para revolver en una bolsa en la que ninguno había reparado antes. Entonces, para sorpresa general, alzó su trofeo.

—¡Mirad lo que he mandado hacer!

El pelirrojo sostenía en alto un terrorífico casco confeccionado a partir del cráneo del troll. Habían añadido remaches de acero oscurecido y unas cinchas de cuero para ajustárselo.

—No me digas que piensas ponerte eso —dijo Mathius con una mueca de asco.

—No creo que te lo permitan —añadió Jean.

—En realidad —contestó el otro muy orgulloso—, no hay ninguna norma acerca de la vestimenta de los inquisidores. Y, en palabras del maestro herrero de la Catedral, no encontraré mejor materia prima para un casco.

—Una cabeza de troll, pues, para aquel que tiene la cabeza más dura de todos —gruñó Gaulton entrando por la puerta.

Al instante, los demás se levantaron y acudieron a abrazar a su hermano.

El recién llegado todavía llevaba el polvo del camino sobre la capa y las botas estaban llenas de barro. Sin embargo, su ojo brillaba y una fiera sonrisa le cruzaba el rostro.

—¿Cómo ha ido tu primera misión, hermano? —preguntó Marc.

—Solo podía ir de una manera —contestó él—. Triunfé incluso más allá de lo que el encargo dictaba. ¿Es eso un cráneo? —Gaulton se quedó mirando el casco de Philippe.

—Es una gran historia, pero si la vuelvo a contar ahora nuestros hermanos me colgarán bocabajo —rio Philippe.

—No hay un árbol lo bastante fuerte para sostenerte —contestó Gaulton, riendo.

—Tampoco creo que tú llegaras a verlo bien —dijo Philippe con sorna—, pero, cuéntanos ¿cómo fue todo?

—Demonios, dadme un momento para mojar la garganta, todavía llevo la sal del mar pegada al cuerpo.

Marc observaba a sus compañeros con una sonrisa. Tras dar la bienvenida a Gaulton, habían vuelto a su mesa, al fondo del local. El techo bajo y la luz tenue creaban un ambiente misterioso y acogedor, muy apropiado para el reencuentro. Apenas se habían sentado en los tajos cuando el gigantón se marchó para ordenar más jarras de cerveza y vino. En cuanto llegó a la mesa los volvió a sepultar bajo sus abrazos de oso, riendo a carcajadas.

—¡No sabéis la alegría que siento por estar otra vez juntos! —dijo con los ojos enrojecidos.

—No te emociones tanto o tendremos que hacerte un vestido enorme y enseñarte

a coser para que te juntes con las comadres de alguna aldea —dijo Mathius.

—Solo hay una razón por la que he llegado más tarde que tú a Hÿnos —dijo Philippe con cierta presunción— y, con esto, terminaré mi relato. El cometido que me había llevado al oeste de Seléin se cumplió con tanta facilidad que mi ardiente vigor guerrero necesitaba más actividad. El delegado de la aldea insistió en organizar una comida en mi honor, pero llevaba tanta prisa que me marché ese mismo día.

—Esto no lo has contado antes, pero ya supongo por donde vas —murmuró Jean.

—Por supuesto que sí. Como me había sobrado bastante tiempo, cuando acabé con el troll me dediqué a repartir mis atenciones entre las tabernas del Camino Viejo. —Philippe se echó hacia atrás y se rascó la nuca—. Dejadme que os recomiende encarecidamente todos y cada uno de los burdeles que hay en Seléin.

—Deben de haberse quedado sin alcohol en la vieja provincia —rio Marc.

—Y sin vacas, todas estarán enamoradas de nuestro hermano —añadió Gaulton.

Todos rieron ante la chanza, incluso el aludido.

—Bueno, amigo mío —contestó Philippe poniendo una manaza en el hombro a Mathius—, estabas a punto de partir, por lo que es justo que te cedamos el siguiente turno.

El pelirrojo y Jean ya habían oído su historia, pero a ninguno le disgustaba un buen relato en compañía de amigos y espumosa cerveza. Especialmente si el buen humor y las risotadas del pelirrojo estaban por medio.

—Queridos amigos, yo cabalgué con Philippe durante un tramo del Camino Viejo antes de desviarme hacia un embarcadero, no lejos de Hÿnos. Allí me recogieron en una barcaza y levaron anclas inmediatamente, dejando que la corriente nos llevara por el Río Largo hasta su desembocadura en el Mar del sur. —Mathius permitió que su mirada se perdiera en algún punto muy lejano—. El río baja muy vivo y, como también avanzábamos de noche, la distancia a nuestro objetivo se redujo con rapidez.

—Un momento —dijo Philippe—. Antes no lo pregunté pero ¿qué hiciste con Cometa?

—Mi yegua montó en la barcaza sin ningún temor —contestó el otro—. Es un animal bravo y decidido. Si hubiera estado en tu lugar ella sola habría acabado con el troll, no como tu garañón.

—Veremos lo valiente que es cuando mi animal la monte —respondió el otro con una risilla.

—Probablemente lo castre de una coz. —Mathius carraspeó antes de continuar—. Como os decía, el río baja majestuoso a lo largo de muchos kilómetros. A su paso, la hierba crece fresca y los árboles se alzan con respeto, creando un pasillo de jade en torno a él.

—Nuestro hermano se está convirtiendo en un poeta —murmuró Gaulton.

—Su caudal es tan generoso que, en algunos puntos, se pierden de vista las orillas —continuó Mathius—. Puedo decir, sin temor, que el Río Largo es una de las maravillas del Imperio.

—Olvidas que nace en la vertiente uruthiana de la Espina del Mundo —apuntó Jean mientras el mestizo mojaba los labios en el vino.

—El reseco país de los bárbaros no es lugar apropiado para que se muestre en todo su esplendor, sino para establecer granjas de polvo y piedras. Sin embargo, en tierras de nuestro Señor, alcanza la majestad que oculta allí. —Mathius miró a sus compañeros, uno por uno, antes de continuar—. El Río Largo es hermoso, sí, pero ha de inclinarse con respeto ante la imponente estampa del Mar del Sur. El azul se pierde en la lejanía y, hasta donde llega la vista, no hay más que agua.

Los jóvenes seguían el relato como si pudieran ver realmente las imágenes que describía.

—Yo lo vi desde la costa, pero algún día confío en poder adentrarme en el mar y que, mire a donde mire, no vea más que el azul más puro que se puede observar en esta vida. —Mathius sonrió y dio otro sorbo, paladeando el vino e ignorando la mirada desdeñosa de Gaulton.

—A mí no me parece tan maravilloso estar flotando en medio de la nada sin un suelo en que apoyarte —rezongó frotándose el parche—. Da un maldito vértigo pensar que, por debajo de ti, no tienes más que cientos de metros de algo oscuro e ignoto.

—Y plagado de monstruos —añadió Philippe, incómodo con la idea—. Todos los días mueren pescadores, aun permaneciendo cerca de la costa.

—Creo que, por el momento, sus argumentos me convencen más que los tuyos —dijo Marc mirando al mestizo con una sonrisa.

—Decid lo que queráis —contestó Mathius sin mostrar el más mínimo enfado—, pero fue maravilloso sentir el rumor de las olas arrullándome mientras dormía. Al amanecer, o cuando la tarde está casi agotada, el sol crea una estela sinuosa a lo largo de la superficie del agua que parece fuego líquido. Por la noche, las estrellas iluminan el mar como si se hubieran sumergido miles de candiles. El día de mi partida se formó una tormenta que observé desde los acantilados. Las olas se alzaban altas como montañas y luchaban furiosas entre ellas, rompiendo violentamente contra las rocas. La fuerza que se desató habría bastado para desmigajar la Espina del Mundo si el Mar del sur no se hubiera contentado con quedarse allí.

—Creo que deberíamos poner algo de dinero entre los cuatro —dijo Philippe— para regalarle a nuestro hermano un laúd.

Todos rieron y el gigantón le palmeó la espalda con fuerza.

—Reíd, hermanos, pues vuestra risa alegra mi corazón. Pero he de deciros que, tras nuestra vida en el Monasterio, nunca había tenido una sensación de libertad tan grande como en aquellos momentos. Por primera vez estaba solo con la posibilidad de decidir por entero cuáles serían mis pasos.

—Te comprendo muy bien, hermano —dijo Marc—. Yo también sentí eso.

—Demonios, no hace falta recitar una poesía para decirlo. Incluso yo me emocioné al poder tirar de las riendas hacia donde quisiera —dijo Philippe.

—Todo eso es muy bonito —gruñó Gaulton con desdén—, pero ¿qué fue de aquellas criaturas marinas?

—Cuando llegué a Palko, no pude apreciar nada fuera de lo normal en las aguas. Cierto que únicamente sabía lo que nos habían enseñado en el Monasterio, pero todo parecía tranquilo. —Mathius cruzó las manos y miró con el ceño fruncido hacia la mesa—. A lo lejos, vi las estelas de animales que se deslizaban bajo el mar e incluso crestas que, en ocasiones, aparecían por encima del agua, pero más tarde me aseguraron que eso era normal.

»Al llegar al pueblo, me hice conducir inmediatamente hasta el delegado. El hombre había sido un reconocido pescador hasta que una criatura lo atacó en su bote, años atrás, y le seccionó la pierna. Pese a sus formas algo rudas, era respetado por todos y desde el primer momento me pareció un hombre noble.

Cuando cesaron los gritos de Philippe pidiendo jarras de cerveza más grandes, el narrador continuó su historia.

—El delegado me aseguró que el aire olía distinto desde hacía semanas. Yo notaba el olor de la costa y la humedad, pero nada extraño. Sin embargo, coincidiendo con la aparición de tales efluvios, habían visto por primera vez a los espectros acercarse a la costa. Tal fue el nombre que les dieron y con el que han quedado anotados en los registros inquisitoriales —señaló Mathius—. Los aldeanos estaban aterrorizados y me aseguraron que jamás se había visto cosa semejante. Hablaban de aquellos seres como si realmente tuvieran una naturaleza sobrenatural. Sin saber a qué me enfrentaba, le pedí al delegado que mantuviera a sus hombres alejados del agua y comencé a investigar. Durante un día entero permanecí sobre los acantilados, oteando una vasta extensión de agua en busca de los misteriosos espectros, pero no conseguí nada. Por debajo de mí, Palko parecía reírse de la broma. Sin embargo, al amanecer del segundo día, los vi. ¡Eran espectros realmente! —dijo Mathius recordando el momento—. Del agua sobresalía una cabeza blanca, casi transparente, pero con unos ojos íntegramente negros que miraban sin parpadear. La forma era similar a la humana, pero no había pelo, ni orejas y los rasgos eran extraños y desconocidos. Era un grupo de cinco individuos, que se desplazaban velozmente por la superficie, como si buscaran algo.

—No conozco ningún pez que tenga cabeza humana —murmuró Gaulton—, pero la idea me incomoda sobremanera.

Mathius asintió.

—Bajé con presteza de mi atalaya y me acerqué a ellos por el muelle. Nada más olerme se acercaron a mí con una inquietante mirada que no mostraba ninguna emoción. No obstante, mantuvieron las distancias y no pude atrapar ninguno. Antes de que me decidiera a hacer nada, se sumergieron y los perdí de vista.

Mathius reflexionó unos instantes, antes de continuar.

—Durante el día siguiente me mantuve cerca de la costa a bordo de un pequeño bote. En ocasiones volvía a verlos pero nunca conseguía acercarme lo suficiente. Se

alejaban de mí y parecían esperar a que me internara en aguas más profundas donde yo no tenía ninguna intención de ir.

—¿Esos cobardes huían de ti? —preguntó Gaulton incrédulo.

—No lo creo. Supongo que solo trataban de alejarme de la costa para atacar —dijo Mathius—. Parecían bastante más inteligentes que cualquier otro animal y al tercer día de vigilancia me lo demostraron.

Los compañeros lo miraban con expectación, pese a que Philippe y Jean ya conocían la historia.

—Unos gritos me hicieron alzar la cabeza de las redes de metal que estaba confeccionando. Un pescador había decidido hacerse a la mar pese a mi prohibición y varios espectros iban hacia él. Avanzaban a gran velocidad, dejando tras ellos estelas en el agua. Rápidamente, tomé los remos de mi embarcación como me habían enseñado e intenté acercarme a él. —Mathius tenía los puños apretados como si la escena estuviera sucediendo en ese preciso instante—. El hombre iba a bordo de una simple barca, poco más que una bañera, y las pálidas cabezas estaban ya a su altura. De improviso, comenzaron a balancear su embarcación, cada vez más fuerte. Sin saber a qué me enfrentaba y, debo confesarlo, muerto de miedo, tiré el ancla y me lancé al mar. En la boca llevaba un cuchillo alargado, pues sabía que las espadas iban a ser inútiles en el agua.

Marc silbó ante su valentía.

—No puedo negar que a veces tienes agallas —reconoció Gaulton.

—Nada más sumergirme —continuó Mathius— los espectros abandonaron su presa y se volvieron hacia mí. Yo, desorientado por un momento, abrí los ojos bajo el agua y pude comprobar que aquellos seres no tenían nada de fantasmal. Eran, obviamente, algún tipo de criatura venida de alta mar. Sus cabezas eran todo lo que sobresalía del agua. Por debajo solo tenían una boca, desagradablemente grande y llena de dientes, y unos poderosos tentáculos.

—El Creador nos proteja —exclamó Philippe con auténtico desasosiego—. ¿Cómo esperas que me guste el mar?

—Qué seres tan repulsivos —añadió Jean con desagrado.

—Desde luego, pero su feo aspecto era la menor de mis preocupaciones en esos momentos. Los espectros comenzaron a rodearme como harían nuestros cazadores con un oso al que abatir. Sus apéndices me causaron un terrible dolor por el simple contacto y no quiero recordar los angustiosos momentos que pasé bajo el agua, con los pulmones ardiendo por la falta de aire. —Mathius se pasó una mano por la cara—. Digamos únicamente que, tras cortar, clavar y batirme como un poseso, conseguí liberarme. Dejé a dos muertos y a los otros tullidos mientras el pescador no dejaba de gritar que volviera a mi embarcación pero, ya que me encontraba en el agua, volví a sumergirme.

Gaulton, muy a su pesar, lo miraba lleno de nerviosismo.

—Y bien, Mathius ¡dime de una maldita vez qué es lo que viste! —dijo con

exasperación.

Jean y Marc permanecían en silencio con gran ansiedad, mientras que Philippe asía con fuerza una jarra ya vacía y se aplastaba los rojizos cabellos.

—Bien, amigo, te lo diré, aunque tendría que ser el mismísimo Lugh para hacer justicia al gigantesco monstruo que yacía en las profundidades. —Mathius asintió ante la cara de espanto del otro—. Cuando comencé a bucear descubrí un mundo que me dejó cautivado. Pese a estar ya cerca de la playa, la profundidad era tan grande que cabría holgadamente la mismísima Catedral y solo sus torres más altas asomarían por la superficie. Miles de criaturas de todos los colores y formas nadaban de un lado a otro, solos o en grupo. Había plantas marinas que brillaban con los colores más vivos que os podáis imaginar y otras que expulsaban burbujas cada pocos segundos. —Mathius reflexionó unos momentos, buscando las palabras exactas—. Pues bien, medio enterrado ya por la arena y las algas, estaba lo que quedaba del ser más grande que os podáis imaginar. Su cabeza, de la que no quedaba sino el cráneo deslucido, tenía una mandíbula que sería capaz de tragarse sin problemas el bote que me habían prestado y otros dos a la vez. Los colmillos, situados en dos filas, eran puntiagudos y delgados pero ni los más pequeños medirían menos de un codo.

Philippe se miró el brazo con espanto.

—Se apreciaba una poderosa cola en forma de aleta y otras cuatro extremidades —prosiguió Mathius—. Las traseras tenían la forma habitual en cualquier pez, pero las delanteras parecían algún tipo de poderosos brazos acabados en garras.

—No se me ocurre qué presa podría escapar de tal abrazo —comentó Jean.

—Yo no quiero ni imaginarme el monstruo capaz de enfrentarse a semejante titán —exclamó Gaulton.

—Y, sin embargo, creo que en las profundidades ese animal habría tenido que luchar por su vida —dijo Mathius.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Marc.

—Mirad esto —dijo el mestizo sacándose de entre las ropas algo que llevaba cerca del corazón—. Es una de sus escamas.

Los compañeros observaron una sólida placa, algo más grande que su mano, en la que habían horadado tres ranuras por las que pasaban unas correas de cuero. La pieza era de un color azul oscuro y tenía un extraño brillo irisado.

—Las escamas del animal eran duras como el acero.

—Dado su tamaño, es normal que fueran tan grandes y fuertes —argumentó Gaulton.

—Cierto —concedió el otro—. A lo largo de la columna vertebral se elevaban también unas prolongaciones de lo que debió haber sido una cresta que llegaba hasta la base del cráneo. Pero lo más curioso era que los restos del esqueleto mostraban también multitud de protuberancias afiladas de gran tamaño.

—¿Me estás diciendo que tenía una suerte de gigantescas púas? ¿Para defenderse? —Preguntó Philippe.



—Efectivamente, de hasta tres metros —corroboró Mathius.

—Es una idea espeluznante que pueda haber otros seres capaces de enfrentarse a este —dijo Jean, inquieto.

—Bien, pero ¿qué tiene que ver esto con los espíritus? —preguntó de pronto Gaulton.

—Tiene que ver que, arracimados sobre lo poco que quedaba ya de carne, varias docenas de ellos se alimentaban de la carroña.

—¡Y tú estabas en medio del agua! —recordó Marc.

—Efectivamente y los que había dejado malheridos nadaron rápidamente a su encuentro. Al instante, todos giraron sus oscuros ojos hacia mí.

Mathius paró para beber de nuevo.

—Podéis creerme si os digo que no ha habido ocasión en que alguien haya nadado más rápido en todo el Imperio.

Todos resoplaron con alivio al oír, aunque fuera por segunda vez, que su amigo se había salvado.

—Una vez comprobado que aquellos espíritus no eran sino seres de carne y hueso y, teniendo en cuenta lo que vi bajo el agua, los marineros comenzaron a recopilar historias que habían escuchado alguna vez. Nadie sabía por qué aquel gigantesco ser había muerto ni el motivo por el que lo había hecho al lado de la costa, pero todo parecía indicar que los espíritus habían llegado tras la promesa del triste banquete.

—No siento lástima en absoluto por un animal que puede tragarse un barco entero como aperitivo —murmuró Gaulton por lo bajo.

—Era por eso que el aire de Palko olía extraño —concluyó Mathius—. Los efluvios procedían del gigantesco cuerpo en descomposición que había bajo el agua. Tras determinar esto, puse a una docena de pescadores a mis órdenes y nos preparamos para acabar con la amenaza. Avanzamos en varios de los barcos pesqueros de la aldea hasta situarnos cerca de los restos del gigante marino. Entonces, me lancé al agua chapoteando, para hacer de cebo. Rápidamente, los carroñeros dejaron los restos del leviatán para atacarme pero, a mi orden, los pescadores comenzaron a lanzar redes metálicas al agua. Algunas llevaban atadas pesadas piedras que arrastraron a muchas de las criaturas al fondo, donde fueron devoradas al quedar indefensas; otras tenían ganchos y anzuelos cosidos, de forma que, una vez se habían enredado, era prácticamente imposible escapar. Los espíritus más inteligentes decidieron huir, pero la mayoría fueron destruidos.

Cuando Mathius acabó de contar su historia, Philippe aplaudía y no paraba de alabar la astucia de su compañero. Tenía las mejillas encendidas y las jarras apenas habían ya en su parte de la mesa pero, aun así, no se mostraba menos lúcido que cuando empezaron a beber.

—Querido Mathius, me inclino sin vergüenza ante tu ingenio. He de reconocer que tienes más recursos que un maldito misionero en Seléin.

—Y no solo eso —replicó Jean—. Como buen misionero, no acudió a todos los

burdeles de la zona. Quizá por eso llegó antes que tú.

—Sin embargo he de reconocer, en honor a la honestidad de nuestro compañero, que me detuve por dos veces —anunció Mathius—. La primera en el mismo Palko.

—¿Que atractivo podía tener un apestoso pueblucho de costa? —preguntó Gaulton, con desdén.

—En primer lugar, en las pocas jornadas que permanecí allí compartí mucho tiempo con aquellas personas. Eran trabajadores sencillos que habían aprendido a aceptar la dureza y el peligro de su trabajo. Al principio se mostraron recelosos e incluso abiertamente hoscos conmigo. Sin embargo, cuando salvé a aquel pescador y empecé a pasar algún tiempo con ellos hilando las historias que recordaban, surgió entre nosotros algún tipo de camaradería. Me habían visto oteando la costa durante horas, o patrullando en aquel maltrecho bote. Presenciaron mi lucha contra los seres que los habían atacado y sabían que fui herido en aquel enfrentamiento.

—Demonios ¿cómo no iban a estar contentos contigo? También lo estuvieron conmigo —exclamó Philippe—. ¡Nos estábamos jugando el pellejo por ellos!

Marc no decía nada, pero su rostro se iba ensombreciendo a medida que el relato de su compañero avanzaba.

—No solo eso —decía Mathius—. Cuando hubo que asestar el golpe definitivo, lo hicimos juntos. Y debo confesar que, en más de una ocasión, los arpones que utilizaban aquellos hombres resultaron providenciales.

—Los hiciste partícipes de la lucha y la victoria —resumió Jean—. Eso es muy inteligente.

—Les diste la oportunidad de pelear por su tierra y los suyos —añadió Marc—. Sin duda es algo que un hombre agradece.

—Hasta tal punto fue celebrada la victoria —dijo Jean asintiendo— que, cuando anuncié que me marchaba, me rogaron que al menos fuera su invitado esa noche. Para aquellas gentes, la oración siempre va encaminada a Thomenn. Respetan al creador y lo honran en las festividades y los ritos pero, en su día a día, siempre se encomiendan a nuestro Salvador. Por eso, iban a preparar un banquete para darle gracias.

—Me pregunto qué opinaría el Embajador de eso —gruñó Gaulton.

—Hermano, no había nada irrespetuoso en aquel pueblo. Aquella misma noche prepararon un tremendo banquete y dejaron el puesto principal vacío, en honor al Salvador. En su plato sirvieron las mejores piezas y, a la mañana siguiente, las enterraron a los pies de un gran roble, tierra adentro. Sus costumbres son distintas a las que conocemos, pero no por ello censurables. El Símbolo que cuelga de su cuello, por ejemplo, no es una filigrana de plata como la que llevamos nosotros, o una figurilla de madera o cuero. En vez de eso se arriesgan a tomar un tipo de arcilla negra que solo se da bajo el agua del mar, lejos de la playa. Después de darle forma y cocerla, la tallan hasta dejar grabada la silueta de la hoja de roble. El resultado es muy hermoso y todos en el pueblo llevan una de esas piezas. No dudo, sin embargo,

que muchos en el Imperio denunciarían que ese color no es el apropiado para reflejar la fe de Thomenn, pero te aseguro que para ellos en un verdadero acto de fe y valentía confeccionar cada uno de esos Símbolos.

—Supongo que es inevitable —murmuró Jean—. El Imperio es vasto y dispar. Por fuerza tienen que existir costumbres distintas en nuestras tierras.

—Sin duda tienes razón, hermano —añadió Philippe.

—En todo caso, puedo decirte que aquella noche probé una de las comidas más deliciosas de mi vida. Los pescadores asaron directamente al fuego distintas piezas que se habían cobrado tan solo unas horas antes. La compañía era afable y en el ambiente reinaba la alegría.

Marc observaba a su hermano con mirada apagada, como si tratara de disimular la tristeza.

—Aquella noche bailé, canté y, cuando caí en la suave cama que me habían preparado, lo hice en compañía.

—¡Sabía que tú también habías probado los placeres carnales! —rio Philippe.

—Y he de decir que, cuando desperté, mi amante me entregó esto —el muchacho volvió a mostrarles la escama.

Cuando la luz de los candiles se reflejó en la pieza, vieron que había distintos motivos tallados, desde la hoja de roble o figuras marinas, a cenefas de factura intrincada.

—No dejaré de usar armadura, pero me siento tranquilo llevando esto sobre el corazón.

—Me conmueves —contestó Gaulton frotándose el parche.

—Te aseguro que los aldeanos también se conmovieron al darse cuenta de que tenían, a unos pocos metros de sus casas, un verdadero tesoro con el que comerciar —rio Mathius—. Dentro de poco todo el Imperio estará lleno piezas de artesanía hechas con esas escamas.

—Marc —dijo Philippe en ese momento, mirándolo fijamente—. ¿Puedo preguntarte qué te preocupa?

El joven se hallaba sumido en sus pensamientos, con la mirada fija en las botas, cuando las palabras de Philippe lo hicieron salir de su ensimismamiento.

—Nada hermano, es solo que creo que quizá yo no fui demasiado brillante en la ejecución de mi cometido.

—¿Por qué dices eso? —Preguntó Mathius—. ¿Acaso no pudiste satisfacer tu encargo?

—No, la misión fue cumplida con éxito, pero no hubo alegría ni celebraciones para mí.

—Cuéntanos, pues —demandó Philippe— y veamos qué es lo que te atormenta.

Marc comenzó su relato hablándoles de la Marcha del Emperador, de la perfidia del segundo consejero de la baronía de Mulars y de los oscuros bosques de Quiles. Pese a su tono, triste y apagado, todos rieron cuando describió cómo se había hecho

pasar por Jean de Blancatierra o Philippe de Troncoancho.

—¿Gaulton de Largavista? —preguntó su hermano señalándose el parche—. Te aseguro que, si no tuviera algo de dignidad, en mi próxima misión me haría pasar por Helen de Marc, la famosa cortesana rubia de Hÿnos.

Todos rieron y animaron a Marc a proseguir su relato.

—A medida que me acercaba a la zona de los sucesos los rumores se multiplicaban, aunque nadie sabía a ciencia cierta qué había pasado. Sus testimonios solo parecían coincidir en que aquellas personas habían muerto de forma violenta. Todos aseguraban conocer de primera mano la naturaleza del mal que se había llevado aquellas vidas, pero las versiones distaban abismos enteros unas de otras.

Sus palabras describieron la taberna donde se enteró del descubrimiento de otra víctima, el consiguiente galope hasta Valle Sombrío y las pesquisas que llevó a cabo allí.

—Desde el primer momento percibí algo extraño en la Voluntad del sacerdote —dijo Marc—. Su energía mostraba un matiz impulsivo y agitado que era difícil de encajar en un religioso tan entrado en años, por lo que decidí alejarlo del pueblo. Supongo que fue en ese momento cuando comenzaron las miradas de reproche de los aldeanos.

Los cuatro se sorprendieron cuando describió la manera en que había utilizado la sangre de gallina y el trozo de carne. Del mismo modo, comenzaron a sentir un hondo nerviosismo a medida que iban comprendiendo la verdadera naturaleza del anciano.

—¡Santo Thomenn! —exclamó Philippe cuando Marc les describió el enfrentamiento—. Una bestia de sangre. Sin duda, lo cambiaría por el troll. Son menos comunes y, al menos, tan peligrosos como estos. Creo que, por esta vez, tú te has cobrado la pieza más valiosa.

Marc sonrió con tristeza, y pasó a describirles su recibimiento en la aldea.

—Todos pudieron ver los restos de la túnica allí donde no se había quemado —dijo el joven con vehemencia—. Aun así, se negaban a creerlo y me culparon de la muerte de su sacerdote.

—¡Demonios! —Rugió Gaulton—. No necesitas justificarte ante unos desarrapados. La palabra de un inquisidor es ley y verdad. ¡Si dices que era el párroco es porque lo era y punto!

—Sin embargo —añadió Mathius con suavidad—, es más complicado que todo eso. Yo también he notado hostilidad allí por donde he pasado. La gente nos teme tanto como nos necesita.

—Un hombre me dijo —recordó Marc— que nos temen porque nuestro poder es grande y ostentamos una autoridad absoluta. También mencionó que, en ocasiones, esperan que se solucionen sus problemas, pero no están dispuestos a pagar el precio que requieren.

—Además, tratamos con brujas —añadió Jean con desprecio no disimulado—. Podríamos contagiarles un mal de ojo.

—Hermano —dijo Gaulton haciendo gala de una inusual comprensión—, no esperes cariño ni reconocimiento por tu trabajo. La gente te temerá y rehuirá tu presencia siempre que pueda. Si te sirve de consuelo, diré que yo también coseché odios en el cumplimiento de mi deber.

—Igual que yo —apuntó Jean— aunque en mi caso estuve fuera del Imperio.

—No es nuestro cometido organizar festejos, ni llevar alegrías, sino hacer que el puño de nuestros señores caiga sobre los enemigos del Imperio —finalizó Gaulton.

—Y, sin embargo, estamos para servir a ese pueblo del que hablas —dijo Mathius.

—A ellos no —puntualizó el otro—. Al Emperador y al Embajador.

—Servimos a la ley de Thomenn —insistió el mestizo.

—Nos debemos a las órdenes que nos dan.

—Que obedecen a dicha ley.

—De acuerdo —concedió Gaulton, con mirada desafiante—. Pero, para mí, solo hay dos intérpretes de la misma, y a ellos me debo.

—Hermano —terció Philippe levantando las manos para imponer calma—. Antes dijiste que te habías detenido en dos ocasiones. ¿A dónde fuiste tras finalizar tus tareas en Palko?

—Es cierto —recordó Mathius—. Pensé que, al haber bajado por el Río Largo hasta mi destino, había ahorrado mucho tiempo, por lo que podía permitirme un pequeño capricho. Así que, mientras viajaba rumbo norte hacia Hÿnos, decidí cruzar un gran puente de piedra para penetrar en Quiles. Desde ahí, viaje al norte desviándome ligeramente al este.

—Para dirigirte al Monasterio —concluyó Marc—. Yo también estuve allí, algo después —reconoció ante su sorpresa.

—¿Qué demonios se os había perdido entre esas murallas? —preguntó Gaulton.

—Nada —Mathius se encogió de hombros—, pero me apetecía volver. Observar el que había sido nuestro hogar durante tanto tiempo desde la perspectiva del que, por fin, ha escapado para siempre de un encierro.

Gaulton hizo un gesto de incompreensión, pero no respondió.

—¿Visteis a Melquior? —preguntó Jean.

—Por supuesto —contestó Mathius. Marc también asintió—. Sigue siendo el mismo canalla arrogante de siempre.

—¿Y los niños? —preguntó Philippe con cierta preocupación.

—Se llaman aspirantes —apuntó Marc.

—Aspirantes —repitió el pelirrojo con sorna—. Me pregunto a qué pensarán que aspiran.

—A nada —respondió Mathius—. ¿Acaso tú sabías lo que te esperaba cuando tenías su edad? Estos todavía eran unos chiquillos, no creo que el más mayor contara mucho más que seis inviernos.

—¿Cuántos eran? —preguntó Jean.

—Había veintisiete corriendo en el patio, varios de los cuales se rezagaban continuamente.

—Cuando yo llegué solo quedaban veinticinco, y dos de ellos no parecía que lo fueran a conseguir —añadió Marc con disgusto—. Espero equivocarme.

—Pero ¿qué estamos criticando? —dijo de pronto Gaulton—. Nosotros pasamos por ello y aquí estamos, bebiendo y riéndonos de los peligros de nuestra primera misión.

—Que pasáramos por ello no quiere decir que fuera menos terrible —contestó Marc.

—No digo que no lo sea. Pero todos sabemos que fue necesario para hacer lo que tendremos que hacer. ¿O no? ¿Alguno puede contradecirme? —los desafió.

Ninguno dijo nada, aunque las molestas miradas tampoco confirmaron sus palabras.

—¿Viste a Sebastien? —preguntó Marc a Mathius.

—¿Sebastien? Ah, ese sacerdote que tocaba a veces en los ritos ¿no es cierto? —Marc asintió, sonriendo ante el tremendo simplismo que suponía calificar así a un hombre de su talla—. Me temo que no ¿requerías su presencia por algo?

—No, simplemente me hubiera gustado saludarlo. Apreciaba su música.

Hubo un momento de silencio ante la expresión de dolor que mostraba, hasta que tomó la palabra para anunciar las noticias:

—Hermanos, he de deciros algo sobre aquel lugar —dijo, intentando sin mucho éxito que su voz sonara neutra—. Aurore ha muerto.

Al momento, sus compañeros ahogaron una exclamación de sorpresa.

—¿Qué? —Gruñó Philippe plantando sus manazas sobre la mesa.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Mathius visiblemente afectado.

—El día que partía del Monasterio, vi como ella —Marc calló durante unos segundos, sin saber muy bien cómo explicarlo— atacaba a Melquior.

Sus hermanos se mostraron atónitos, incapaces de concebir algo así.

—¿Estás diciendo que la bruja agredió al Señor del Monasterio? —preguntó Gaulton sin dar crédito a sus palabras.

Marc asintió.

—Pero ¿por qué motivo? —preguntó Mathius—. Yo no vi nada extraño durante mi visita. ¿Observaste algo que pueda explicar eso mientras estuviste allí?

—No hubo nada fuera de lo habitual —respondió él, obviando su conversación con la bruja.

—Quizá la Penitencia Perpetua fue demasiado dura —dijo Philippe—, puede que no pudiera soportarlo más.

—Ella dijo algo antes de lanzarse hacia Melquior. Lo llamó impostor.

—¿Impostor? ¿Por qué habría de dirigirse así al Señor de Monasterio? —preguntó Gaulton, extrañado.

Por toda respuesta, Marc se encogió de hombros.

Sin tener muy claro qué contestar a sus preguntas, les relató como Aurore había aparecido en el patio para enfrentarse a Melquior. No obstante, se limitó a describirles lo que había visto, sin entrar en detalles ni mencionar que había muerto en sus brazos.

Sus palabras fueron recibidas con una mezcla de asombro y dolor. Ninguno profesaba el más mínimo cariño hacia Melquior. En cambio, las enseñanzas de Aurore habían sido muy útiles y la bruja siempre los había tratado con educación, pese a su carácter seco y mordaz. Todo el respeto que sentían por ella, empero, no hacía menos inverosímil la idea de que hubiera atacado al Señor del Monasterio.

—Es muy extraño —dijo Mathius—. No alcanzo a comprender qué pudo pasar por la cabeza de esa mujer para hacer algo así.

—Su vida no debió ser fácil allí —apuntó Philippe, cabizbajo.

—¡Aun así! —dijo Gaulton dando un golpe en la mesa—. Es una bruja y, si se arrepintió de su condición, fue para servir al Imperio hasta que Thomenn la reclamara.

—Sea como sea, no es fácil de entender —insistió Mathius.

—Pero ¿qué querría decir con eso? —preguntó Philippe—. Melquior está en las cloacas de la categoría humana, pero no creo que incumpla sus funciones. ¿Creéis que puede haber cometido algún delito?

Marc no quiso recordar la oscura naturaleza que parecía ocultarse bajo la apariencia del robusto sacerdote. En vez de eso, agachó la cabeza y trató de olvidar los últimos instantes de Aurore, cuando la vida se escapaba, gota a gota, de su cuerpo.

Por unos minutos quedaron en silencio. A su alrededor, las conversaciones de los escasos parroquianos se superponían al ruido de afuera. El jolgorio de la festividad del Bufón contrastaba brutalmente con el pesar que sentían. Cada uno a su modo recordaba con afecto a la que había sido su profesora durante largos años.

Marc se levantó y se dio la vuelta para ir a por más bebida. Pese a haber tenido tiempo para digerirlo, su rostro estaba desencajado y las lágrimas parecían a punto de aparecer. Philippe miraba al vacío con los ojos enrojecidos y una evidente tristeza en su cara. Gaulton fruncía el ceño y apretaba con fuerza los puños. Solo Jean mantenía una máscara que hacía imposible saber lo que estaba pensando. Mathius miraba a uno y otro lado lentamente, como buscando entre las mesas de la taberna respuestas que no conocía. Sin embargo, fue él quien finalmente rompió el silencio.

—¿Os dais cuenta de que no tenemos que remontarnos mucho tiempo atrás para recordar la última vez que perdimos a alguien tan importante?

—¿Te refieres a Ferdinand? —preguntó Philippe—. Maldición, ahora los dos profesores que más respetaba están muertos.

—Da vértigo pensarlo —susurró Marc al volver, disimulando a duras penas sus emociones.

—Lo que sí sabemos es la magnitud del poder de Melquior —dijo Jean.

—Realmente no —contestó Mathius—. Solo sabemos que acabó con Aurore sin mucha dificultad, por lo que nos ha contado.

—Y ninguno de nosotros habríamos podido con ella —dijo Philippe, señalando lo que todos pensaban.

De nuevo se sumieron en un inquieto mutismo. El tabernero se acercó un par de veces a su mesa para llevarse un buen número de jarras vacías sin que ninguno hubiera abierto la boca.

—¡Demonios! —dijo Gaulton de pronto—. La bruja ha muerto y todos lo lamentamos pero, maldita sea, acabamos de reencontrarnos tras triunfar en nuestra primera misión. Tú te tienes que marchar —dijo señalando a Mathius— y yo vengo de partirme la espalda luchando desde la costa de Uruth hasta el Puerto de la Frontera. Así que, aunque los cielos envíen fuego sobre nosotros, contaré mi historia y brindaréis para celebrar el arrojito de vuestro hermano, que es el orgullo de la Orden.

—Esos títulos te los han concedido en regia ceremonia, supongo —murmuró Jean.

—No es más que la pura verdad. Espera y lo comprobarás —contestó Gaulton con arrogancia.

—Si vas a hablar, hazlo ya —dijo Mathius, todavía visiblemente afectado.

—Bien. De mi viaje hasta el Puerto de la Frontera solo diré que el norte de Louisant deja paso, ya cerca de territorio bárbaro, a un secarral más propio de Uruth que de nuestro amado Imperio. De vez en cuando se ve algún triste pueblucho lleno de polvo que vive del cultivo de dátiles, la minería o un poco de todo. Sin embargo, a medida que me iba aproximando a la costa, el paisaje comenzó a cambiar. Había algo más de vegetación, aunque allí no tienen árboles como aquí, sino esos troncos altos y peludos con cuatro hojas en la copa que llaman palmeras. También había más poblaciones, aunque ninguna ciudad grande. El Puerto de la Frontera, en sí, no es sino la prolongación de la antigua fortaleza que diseñó el Cuarto Emperador. Allí sigue, desafiando el paso de los siglos con altanería.

—Por algo lo llaman el Sabio —apuntó Philippe.

—Hace ya tiempo que la fortaleza detuvo por última vez algún ataque uruthiano pero, aun así, la población aumenta y la ciudad se ha ido extendiendo desde las antiguas edificaciones. La pesca, el comercio y, sobre todo, el contrabando con Uruth la han hecho medrar. Pero esto ha sucedido de tal forma que parece más un nido de cucarachas que una ciudad Imperial. Las casas se arraciman unas sobre otras y los pocos palacios que acoge tienen tal mezcolanza de estilos que resultan una agresión para la vista. En ellos, hombres de negocios venidos a más tratan de imitar las formas de la nobleza de Louisant con poco éxito, pues no son más que una tropa de tarugos.

—Bonita descripción de la ciudad —señaló Jean—. Ardo en deseos de visitarla.

—Abandona tal idea —contestó Gaulton sin hacer caso de su tono irónico—. Aún con el otoño en ciernes, el clima es caluroso y la cercanía al Gran Mar le confiere una humedad empalagosa.

—Yo encontré muy agradable el aire de la costa —replicó Mathius.

—Sí, pero tú estabas en la bella Seléin —dijo Philippe— y no eres un inquisidor



amargado procedente de la región de Largavista.

Los jóvenes rieron recordando la broma de Marc y por un momento casi pareció que hubieran dejado atrás la tristeza de las últimas noticias.

—Sois una pandilla de invertidos —gruñó Gaulton antes de continuar—. Teniendo tanta agua cerca, resulta incomprensible cómo puede haber tanto polvo y suciedad por todas partes. En algunos callejones hay cúmulos de basura que nadie limpia y por todas partes se percibe el olor del pescado que ha pasado demasiado tiempo al sol. Todo esto hace que la ciudad apeste como el estercolero que es.

Gaulton se tomó unos momentos para beber de su jarra. Después, prosiguió.

—El puerto en sí es realmente un bastión inexpugnable situado en un cabo desde donde se divisan kilómetros de mar en una y otra dirección. En él viven varios cientos de soldados, con su propio personal auxiliar. Está fortificado en todo su perímetro y alberga varios barcos de guerra. Incluso la parte que da al agua está protegida por un malecón que solo concede una pequeña abertura al mar. En las almenas siempre hay balistas y arqueros, encargados tiempo atrás de persuadir a piratas y asaltantes de Uruth. Sin embargo, el espíritu defensivo de la fortaleza está, hoy en día, pervertido. En el puerto militar entran y salen constantemente barcos de pesca o pequeños botes mercantes que bajan hasta la costa quileña. ¡Incluso algunos ascienden por el norte para comerciar con Uruth! Todos los días llegan no menos de cuarenta o cincuenta barcas de remos cargadas de cocos hasta los topes. La nobleza afincada allí los consume como si les fuera la vida en ello. Pegan un tajo a la parte de arriba e introducen una caña para beber su apestosa leche, que consideran un manjar. Después, lo tiran y vuelven a pegar otro tajo. Demonios, había tal número de vendedores que llegué a preguntarme si habíamos visto tantos uruthianos juntos cuando nos convocaron contra aquella fuerza invasora, hace tiempo.

—Ah, qué buenos recuerdos —suspiró Philippe.

Gaulton se acomodó en su taburete y se inclinó hacia delante. Los muchachos escuchaban la historia de su compañero con ávido interés, protegidos por las sombras de la taberna y respirando la camaradería de tantos años.

—Me reuní con mi contacto en una de las mejores tabernas del lugar, que es decir bastante poco. Allí, me informó de que el oro había sido robado por un pirata uruthiano llamado Mkall el Rojo. Tal nombre se había estado oyendo bastante en los últimos tiempos por la zona. Sin embargo, su golpe más audaz había sido la captura de aquel barco. Al parecer, se había aproximado al mismo en un destartado bote de pesca, cuando los imperiales iban a atracar. En medio del trasiego del puerto, nadie había reparado en una embarcación más. Pero cuando el bote llegó a su altura, los piratas emergieron en tropel de la bodega y abordaron la embarcación Imperial. No hubo piedad para los nuestros; acabaron con todos y los lanzaron por la borda. Solamente respetaron al capitán y a su segundo de a bordo, a los que tomaron como rehenes.

—¿Y el barco escolta? —preguntó Mathius.

—En él se declaró un violento incendio momentos antes de comenzar el ataque y se vio a varios de los hombres de Mkall huyendo de la embarcación. El capitán, los mandos y algunos soldados imperiales, en cambio, aparecieron degollados cuando se consiguió controlar la situación. Los tiradores apostados en las almenas no dispararon por miedo a herir a los rehenes y, cuando la guarnición del puerto se organizó para perseguir a los piratas, el barco estaba ya lejos y habían arrojado al agua a algunos de nuestros hombres. Los perseguidores tuvieron que detenerse para rescatarlos de las agitadas aguas y, cuando ya se habían adentrado en la costa uruthiana, vieron como desde varias calas y por el norte, comenzaban a aparecer botes de guerra que habían permanecido ocultos. No tuvieron más remedio que dar media vuelta.

—Hay que reconocer que fue un golpe valiente —exclamó Philippe, extasiado con la historia.

—Sí, en el que murieron muchos de los nuestros —respondió Gaulton con amargura—. No hubo piedad para marineros ni soldados. Y yo tampoco pensaba tenerla. —La mirada de Gaulton echaba chispas—. Habían humillado al Imperio pero, como que el Creador nos observa desde las alturas, que vengaría tal afrenta.

—En momentos como estos me alegro de no ser un pobre uruthiano —contestó Mathius con una sonrisa—. ¿Qué hiciste entonces, hermano? El oro estaba ya lejos y el pirata había volado con él.

—Si de mí dependiera, organizaría una operación de castigo contra Uruth —dijo Philippe con los ojos brillantes—. Convocaría a la legión de Louisant y les infligiría tal golpe que ellos mismos nos entregarían al Rojo.

—Claro —contestó Gaulton con evidente desdén en la voz—. Harías que todos los barones de la segunda provincia pusieran dinero y recursos para movilizar a miles de hombres. Les granjearías paso franco a través de al menos dos baronías y aportarías unas generosas pagas a los legionarios por movilizarlos. Y lo mejor de todo: cuando los nobles te preguntaran cuál es el motivo, les dirías que un pirata de tres al cuarto se había meado encima de nuestra guarnición del Puerto de la Frontera.

—Movilizar a la legión sería como soltar una manada de trolls en medio de un taller de vasijas —murmuró Mathius.

—Y haría quedar a los mandatarios y a la población de Puerto de la Frontera como unos ineptos —concluyó Marc.

—Que, de hecho, lo son —corroboró Gaulton—. Sin embargo, estáis en lo cierto: no se puede movilizar a la legión sin un motivo de peso. Y este no lo era. Por eso me mandaron a mí, para arreglar aquel desastre.

—Bueno, y ¿qué hiciste? —preguntó Jean.

—Mi contacto me habló de una pequeña aldea costera, casi ochenta kilómetros más al norte. Allí, la población vive de la ganadería y la pesca pero, especialmente, del trueque que hacen con las mercancías u oro robado que llega allí. Su puerto resulta una discreta entrada a Uruth que, seguramente, Mkall el Rojo habría aprovechado. De momento, era el mejor punto por donde comenzar la investigación.

—Es decir —añadió Philippe—, que a esas alturas, el pirata podía estar en cualquier parte.

—Sin duda —confirmó el otro—, pero no teníamos otra pista. Así que, con esta información, me dirigí esa misma noche a la residencia de Julien.

—¿Julien? —preguntó Mathius con sorpresa—. ¿Julien *bajoancho*?

—El mismo —rio Gaulton—. Estableció su arbitrazgo hace un año en el Puerto de la frontera.

—¿Sigue haciendo honor a su apodo? —La risa de Philippe resultaba tan contagiosa que todos habían estallado en carcajadas cuando Mathius pronunció el nombre.

—En efecto. Apenas levanta algo más de un metro y medio del suelo, por lo que casi mide más si se tumba de lado. Sin embargo, ahora tiene barriga, una preciosa mujer rubia y una amante uruthiana no menos hermosa. Está claro que nos equivocamos al elegir ser inquisidores —añadió con una sonrisa.

—¡No digas estupideces! —exclamó Philippe con una estruendosa carcajada—. ¿Por qué conformarse con dos mujeres cuando puedes tener todas las que puedas pagar?

—Julien, por el Roble, hacía tiempo que no pensaba en él —dijo Marc—. Creo que es la única persona a la que he visto comer más que a ti.

—Nunca comió más que yo —replicó Philippe fingiendo enfado—, aunque hay que reconocer que si tuviera mi altura no habría hombre más fuerte en todo el Imperio. Todavía me duele la mandíbula del cabezazo que me dio aquel día, cuando practicábamos con Ferdinand.

—«Si no tenéis armas a vuestro alcance, convertid en arma aquello que tengáis más a mano» —recitó Mathius, imitando la petulante voz del Caballero.

—Y Julien se liberó de tu presa dándote un cabezazo —exclamó Gaulton riendo entre dientes.

—Maldito mono, Gillean lo condene —dijo Philippe mientras se llevaba la mano donde le había dado el golpe—. ¿Qué solicitaste de él?

—Le dije que necesitaba bajo mi mando a diez de sus mejores hombres.

—¿Para qué demonios necesitabas tantos? Con un guía te habría valido —exclamó sorprendido Mathius.

—Porque, querida señorita, yo cumplo mis misiones y, si es posible, las cumplo dos veces.

—Me parece que sé a dónde quieres llegar —comentó Jean—, pero tus órdenes eran investigar el robo.

—Cierto y por el Santo Lám que lo iba a investigar. Allí donde estuviera. —La mirada de Gaulton estaba llena de orgullo y desafío—. Julien me llevó hasta la parte de atrás de la casa, donde sus hombres se alojaban. Eran en total veinticinco, todos bien entrenados, valientes y con una disciplina incuestionable, según me dijo. En menos de un cuarto de hora estábamos reunidos en una habitación con los diez que

había seleccionado. Alumbrados por velas y envueltos en el humo de pipa que fumaba su segundo, les expuse los datos que tenía y un resumen de mi plan.

—Me cuesta imaginarte trabajando en equipo —comentó Philippe— no eres propenso a hacer amigos.

—La verdad es que no me hacía ninguna gracia tener que confiar la misión y mi pellejo a una banda de desarrapados, pero cuando llegó el momento se portaron como hombres. —Por un instante, en la mirada de Gaulton apareció algo similar al respeto—. No había amanecido cuando abandonamos el puerto en un bote, disfrazados de pescadores. Por Thomenn que di gracias al dejar atrás el hedor de la ciudad.

—A partir de ahora te llamaremos Gaulton el sabueso —rio Philippe— y todos sabrán que el olfato te funciona tan bien que compensa tu escasa visión.

Su compañero le hizo un gesto bastante obsceno y continuó.

—Los hombres de Julien manejaban el bote con pericia, especialmente dos de ellos. Tenían la piel curtida y las manos llenas de callos. No me extrañó enterarme de que, tiempo atrás, habían ejercido como marinos para el Imperio. No obstante, las pocas conversaciones que tuve fueron con el segundo de nuestro antiguo compañero. Era un hombre mayor, de al menos cuarenta años. Lucía una barba que se afilaba hacia la punta y parecía duro como las piedras de la Catedral. Era extraordinariamente juicioso y su ferocidad en combate me sorprendió incluso a mí. Se dirigía a los hombres con autoridad y precisión, dando las órdenes necesarias en cada momento.

—Una alegre pandilla —comentó Mathius—. ¿Eres consciente de que tú has sido el único que necesitó ayuda para cumplir la misión?

—Calla, mestizo. Escucha y comprenderás que tus baños en la costa de Seléin no pueden compararse con la gesta que yo protagonicé —respondió con una sonrisa de suficiencia—. Tuvimos que defender nuestro subterfugio un par de veces en nuestro viaje al norte, de modo que no llegamos hasta la aldea donde Mkall había atracado hasta dos días después. Allí estaba el barco que habían robado y que entregaron como algún tipo de pago. No fue difícil enterarse de esto en una de las tabernas de la aldea. Allí estaba lo más florido de la sociedad uruthiana: mercenarios, comerciantes de dudosa mercancía, ladrones y un alarmante número de ciudadanos del Imperio.

—¿Qué podría querer un ciudadano Imperial decente de aquel sitio? —preguntó Philippe, extrañado.

—Me he expresado mal —dijo Gaulton—. Exiliados y huidos de la justicia imperial, quería decir. Aquel sitio es una auténtica cloaca, pero nos sirvió para dar con dos hombres que comentaban la audacia de Mkall. Uno de ellos lo había visto avanzando hacia el interior con varios carros. Tras interrogarlo en un callejón, obtuvimos los datos que buscábamos y ordené partir inmediatamente en esa dirección. Sin embargo, el segundo de Julien aconsejó marcharnos en el bote para que nadie sospechara.

—Tiene sentido —dijo Mathius, pensativo—. Seguramente aquellas gentes

adoran a cualquiera que pueda poner en evidencia al Imperio.

—No habría tardado en extenderse el rumor de que unos marineros venidos del sur se habían olvidado de llevarse su barco —añadió Marc.

—Exacto. Maldito sea ese hombre canoso, tenía toda la razón, pero irnos en barco y hundirlo en una cala apartada nos llevó mucho tiempo y no comenzamos a avanzar hasta el día siguiente. Nos dividimos para comprar caballos, evitando así levantar sospechas y volvimos a reunirnos a la noche.

»Estuvimos cabalgando hasta que el sol comenzó a salir por el horizonte. Al frente iba un mestizo que conocía bien el terreno y en más de una ocasión se paró para hablar con otros viajeros imitando perfectamente el acento de Uruth. Tardamos una semana en dar con el paradero del pirata, bastante más al norte. Estaba en su hogar, en un pequeño pueblo situado cerca de la costa. Él y sus tripulantes se lo estaban pasando en grande con el dinero del Imperio. Reían, bailaban y la noche estaba llena de fuegos y el aroma de la carne asada. Cerca de la hoguera, atados a unos postes, los dos rehenes eran insultados y golpeados de vez en cuando.

—¿Todavía estaban vivos? —preguntó Philippe, sorprendido.

—Probablemente los quisieran para cobrar un rescate —apuntó Mathius.

—Sin duda —respondió Gaulton—, pues los guardias en ningún momento consintieron que la muchedumbre se propasase.

—Unos rehenes muertos no valen nada —sentenció Jean.

—Mientras los uruthianos festejaban, me deslicé sigilosamente para observar más de cerca. —En ese punto, Gaulton cruzó una fugaz mirada con Jean que no pasó desapercibida, pero ninguno dijo nada. Marc frunció el entrecejo y Mathius se revolvió, incómodo. Solo Philippe permaneció ajeno a todo lo que no fuera la narración, tan extasiado estaba.

—Pude descubrir dos pequeños cofres llenos de relucientes Emperadores de oro y plata. Del mismo modo, había piedras preciosas y joyas, así como robles y cálices de gran valor, sin duda el resultado de otros golpes. Volví con mis hombres y les indiqué donde se encontraba el botín. Dos días después, nos infiltramos en el pueblo para ejecutar el plan.

—Espera un momento —dijo Mathius intrigado— ¿dos días después? ¿Qué hiciste hasta entonces?

—Esperar —respondió Gaulton algo inseguro.

—Esperar ¿a qué? —preguntó Marc abiertamente.

Gaulton lo miró fijamente y solo contestó tras unos instantes de duda.

—A que el veneno hiciera efecto.

Los compañeros quedaron en silencio un momento antes de estallar en una sonora barahúnda pidiendo explicaciones.

—¡Había hablado sobre esta posibilidad con Jean, días antes de partir! —contestó Gaulton con gesto hosco—. Cuando nos despedimos, me entregó un pequeño frasco con un veneno lento.

—Es una creación de los maestros herbólogos de la Catedral. Generalmente se utiliza con otro tipo de objetivos, especialmente cuando se quiere difuminar la fecha de ingesta o aplazar la muerte de la víctima —explicó el más pálido de los cinco—. No manifiesta ningún síntoma hasta la fase final del proceso y apenas tiene sabor. Especialmente si se diluye en mucha agua.

—¿A qué te refieres con mucha agua? —preguntó Philippe con un cierto temor en la cara.

—Al aljibe del pueblo —respondió precipitadamente Gaulton, apretando los dientes.

—¿Qué? —Mathius estaba atónito—. ¿Envenenaste a todo el pueblo?

—¡Maldita sea! —respondió él—. Vi como sacaban agua de allí y se me ocurrió esa idea. Por el Roble, tenía una tropa de piratas con los que acabar, un tesoro que devolver al Imperio y unos rehenes que podían ser rescatados ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Alguno habríais tenido una idea mejor? En el pueblo había doscientas personas, quizá más. Al menos la mitad lucían tatuajes de guerrero, no podíamos entrar allí sin más...

Mathius estaba fuera de sí, mientras que Philippe tenía la boca abierta, estupefacto.

—Continúa —dijo Marc con gesto sombrío, mientras trataba de apaciguar al mestizo.

—Al atardecer del segundo día, los síntomas del veneno eran tan evidentes y se habían extendido tanto, que todo el pueblo sabía que algo terrible había pasado. La piel se les llenó de heridas que comenzaron a supurar; la fiebre acudió con tal fuerza que oíamos los lamentos desde donde estábamos y gran parte de la población tuvo que guardar cama. Unos lo achacaban al castigo de sus dioses; otros, al conjuro de una tribu rival. Así que, en medio de la confusión, nos escabullimos por el pueblo hasta la cabaña en que guardaban el botín de los piratas. Tomamos los cofres y todo lo que pudimos llevar y lo cargamos en dos carretas que encontramos en un cobertizo. Sin embargo, cuando me deslizaba con dos de mis hombres hacia el centro del pueblo para rescatar a los nuestros, nos descubrieron.

—En nombre de Thomenn —susurró Mathius apoyando la frente en su mano.

—¡Deja de lloriquear como una plañidera! —estalló Gaulton, incapaz de contenerse más—. ¡Deberías sentirte orgulloso del coraje de tu hermano! Sí, desenvainamos y acabamos con varios de ellos antes de llegar hasta los rehenes. Después intentamos huir, pero estaban por todas partes, así que tuvimos que seguir matando.

—Pero era un pueblo —señaló Philippe con terror en sus ojos—. ¿Acaso todos eran guerreros?

—¡Por Gillean, no! —rugió Gaulton, frotándose con fuerza el parche—. Pero hasta los niños nos acosaron con los puñales que llevaban.

—¡Eres un maldito carnicero! —gritó Mathius—. ¿Cómo es posible que hayas

asesinado con esa frialdad y quieras hacer creer a alguien que eres un héroe?

—¡Eran el enemigo! —rugió Gaulton poniéndose en pie—. Y te diré más: a Jhaunan no ha parecido importarle lo más mínimo, pues me ha felicitado.

—¡Eran mujeres y niños, independientemente de lo que él opine! —contestó el otro, alzándose también.

Al momento los otros tres se interpusieron entre ellos para evitar que la discusión pudiera ir a más.

—Nuestro hermano hizo aquello que le habían encargado —dijo Jean con suavidad, mientras Mathius y Gaulton se miraban con expresión feroz—. Solo buscó los medios más adecuados para lograrlo.

—Pero eran niños. Y mujeres. Eso no es una lucha, es una masacre —dijo Philippe con el rostro congestionado.

—Nuestros compatriotas habían sido degollados mientras dormían. Y los que teníamos en frente llevaban encadenados días —escupió Gaulton—. Quizá podrías hablarles a ellos de masacres.

—¡Eran inocentes! —Gritó Mathius—. ¿Cómo puedes culpar a un niño uruthiano de los delitos de ese pirata?

—Entonces habría sido mejor dejar vivo al hijo de Mkall ¿verdad? —preguntó Gaulton cerrando los puños—. Dejarlo vivir para que dentro de diez años retome el negocio familiar y se cobre venganza por la muerte de su padre ¡pues no! —rugió—. Lo reconocí entre la muchedumbre y le clavé un virote en el cuello. Y a su padre le corté la cabeza con la misma espada con la que acababan de dar muerte al segundo de Julien, el Creador lo tenga en su Gloria. Se la corté y la lancé contra los que nos perseguían. ¿Eso también te parece mal?

Mathius hacía esfuerzos por controlarse, mientras Philippe lo sujetaba por el pecho. Jean refrenaba a Gaulton y Marc permanecía entre los dos bandos, con los ojos muy abiertos y sin dar crédito a lo que oía.

—Dile algo, hermano. Dile que ni siquiera los animales se comportan con esa crueldad —le pidió el mestizo.

Marc tomó aire y luego lo dejó escapar lentamente.

—Gaulton atacó al enemigo. *El Código* lo dice: todo lo que hay más allá de las fronteras es el enemigo. —Sin embargo, el espanto que reflejaba su rostro dejaba claro que aquello no le tranquilizaba lo más mínimo—. Pero, hermano, tus métodos son... terribles.

Mathius lo miró decepcionado y se soltó de Philippe con un tirón. Después se sentó y vació su jarra de un trago.

—¡Más! —gritó al tabernero—. No creo poder acabar de oír esto si no estoy completamente borracho.

Tras unos momentos de tensión, todos volvieron a sus asientos y bebieron en silencio durante unos instantes.

—Evidentemente, todo uruthiano en kilómetros a la redonda se nos echó encima

enseguida —dijo Gaulton, retomando de pronto su relato—. Perdí un hombre más en la huida del pueblo y tuvimos que forzar los caballos hasta el extremo. Pese a que cargábamos con los baúles y que los rehenes estaban heridos no tardamos en divisar la costa. Entonces, el mestizo que Julien había puesto bajo mi mando ató las riendas de las monturas y se marchó al galope, para confundir a nuestros perseguidores. De su suerte nada sé, pero espero que consiguiera escapar, pues su valentía fue digna de admiración. Entre los siete hombres que quedaban y yo ayudamos a los heridos y cargamos los bultos a través de un arroyo para cubrir nuestras huellas. Ya era noche cerrada cuando llegamos a un pueblo costero, algo más grande que aquel del que veníamos. Allí, esquivamos a los pocos uruthianos que estaban despiertos y, poco a poco, logramos alcanzar el muelle. Al cargar con tanto peso y con los heridos, nuestro avance fue muy penoso, pero la noche era oscura y llegamos a unos metros del mar sin percances. El capitán que acabábamos de rescatar eligió uno de los barcos que estaban atracados y dos de mis hombres se deslizaron adentro conmigo. Solo había cuatro tripulantes, que murieron en sueños.

—En tales circunstancias, la discreción es muy importante —dijo Philippe, como si tratara de justificar más muertes ante Mathius, que escuchaba con los brazos cruzados.

—¿Por qué utilizar nuevamente un barco? —preguntó de repente el mestizo.

—Porque todos supondrían que iríamos por tierra. A lo largo de la costa uruthiana hay multitud de pueblos y varias pequeñas ciudades con capacidad de interceptarnos. Precisamente por eso íbamos de nuevo en un bote de pesca. Para pasar desapercibidos y avanzar por la ruta menos probable. Por eso y porque el segundo de *bajoancho* me había dado una buena idea para la huida.

—Desde luego, tienes agallas —dijo Jean.

—Una vez en el barco —continuó Gaulton algo más decidido—, los hombres de Julien se transformaron en eficientes marineros. Los dos heridos insistieron en permanecer en cubierta y, de vez en cuando, daban alguna indicación a los otros. Con el capitán manejando el timón, nos alejamos del puerto sin llegar a oír ninguna señal de alarma. Los hombres desplegaron unas velas, arriaron otras y, pronto, estuvimos navegando a buen ritmo hacia el sur. Cuando todo estuvo dispuesto, bajé a la bodega con un par de hombres y comenzamos a desmontar a hachazos los muebles y todo lo que no era estrictamente necesario. Tiramos por la borda maderos, sillas, mesas, cacerolas, todos los aperos de pesca e incluso los jergones. Después, seguimos desmontando todo aquello que no hiciera peligrar la integridad de nuestra embarcación: el bote que llevábamos amarrado, casi toda la comida, los barandales que rodeaban la cubierta e incluso les insté a que desclavaran el mascarón de proa. Los marineros son supersticiosos y tienen miedo de sus fantasmas, así que me miraron como si les hubiera dicho que se acostaran con Gillean. Afortunadamente, tenían más miedo a las siluetas que comenzaban a divisarse al norte, por lo que accedieron a eliminar la figura del Roble. Al final, solo dejamos lo indispensable para



llegar al Puerto de la Frontera y dos tablones que seguramente necesitaríamos más adelante. Cuando acabamos de hacer todo aquello, el capitán aseguró que el barco se movía sensiblemente más rápido.

»Sin embargo, nuestros perseguidores comenzaron a recortar distancia. Pese a que navegábamos con gran rapidez, ellos avanzaban en veloces barcos, más grandes que el nuestro. Mis hombres se desesperaron y temieron que nos alcanzaran, pero estábamos a menos de un día de camino de nuestro destino y yo había previsto aquella situación. Viendo que nos ganaban terreno, corté el ancla y ordené retirar más maderos de la cubierta pero, aun así, seguían acercándose.

—Maldición —rugió Philippe en aquel momento— ¡me tienes con el alma en vilo!

Los jóvenes escuchaban absortos el relato de su hermano. Incluso Mathius parecía, de nuevo, concentrado en la historia por completo.

—Avanzamos muchos kilómetros tratando de alejarnos de ellos, hasta que se hizo evidente que iban a darnos alcance. En ese momento, ordené que nos internáramos mar adentro. Los hombres de Julien me miraron espantados, pero no replicaron. Demonios, he de reconocer que nuestro amigo los había entrenado bien. El capitán giró suavemente el timón y, poco a poco, comenzamos a alejarnos de la costa.

—¿Os siguieron? —preguntó Marc.

—Por supuesto —contestó Gaulton—, estaba en juego el oro, los rehenes y el honor de vengar a su pueblo. Aunque las aguas se iban tornando más oscuras ellos siguieron tras nosotros. Pronto comenzamos a ver alguna inquietante aleta, incluso el reflejo de escamas brillantes bajo nosotros.

—Internarse en aguas más profundas es una temeridad, hermano —dijo Mathius con suavidad—. ¿Qué tenías en mente?

—Desde antes de coger aquel bote sabía que si nos perseguían en barcos de guerra nos darían alcance, pero me pareció mejor opción que atravesar medio Uruth a caballo, con todos los bárbaros de la nación buscándonos. Por eso, tenía pensadas varias cosas. Uno de los hombres de Julien me entregó una enorme ballesta imperial que habíamos rescatado junto con el oro. En cuanto el primero de los barcos estuvo a tiro, me situé en la popa y acomodé el arma. Otro de los hombres me trajo unos virotos a los que habíamos cosido y pegado con cera unos hatillos del tamaño de un puño.

—¿Qué llevaban? —preguntó Philippe mordiéndose las uñas.

Gaulton no contestó inmediatamente, sino que bebió con tranquilidad y siguió contando su historia.

—Esperé un poco más hasta que el tiro me pareció seguro. Entonces apreté el gatillo y la ballesta envió el proyectil hacia el primer barco, hundiéndose en el agua bastante cerca de la proa. El mascarón, con la forma de un guerrero alzando dos hachas gemelas, parecía burlarse de nosotros.

—Siempre fuiste un patán con las armas de proyectiles —rio Philippe.

—Recargué el arma, volví a disparar —dijo Gaulton, como si no hubiera escuchado la pulla de su hermano— y las vísceras de pez con que iban cargados los virotos se desparramaron desde la imagen del guerrero que antes se había burlado.

Los compañeros lo miraron extrañados. El pelirrojo abrió la boca y la volvió a cerrar. Solo Jean comenzó a sonreír lentamente.

—Hermano, tengo que reconocer que, tras ese parche, hay una cabeza pensante.

—Seguí disparando sobre el primer y el segundo barco, cuando se ponía a tiro, durante un par de minutos antes de apreciar resultado alguno —dijo él con suficiencia—. Los uruthianos se agolpaban sobre los barandales de la primera nave, sin entender lo que hacía. Pero, de pronto, fueron sacudidos con violencia y varios de ellos cayeron al mar. Inmediatamente, las aguas comenzaron a bullir y se convirtieron en un infierno de chapoteos y gritos. Las voces dejaron de oírse pronto, pero el mar no se calmó. En vez de eso, el barco soportó una nueva sacudida que hizo que el velamen se agitara como si fuera de juguete.

—En nombre de Thomenn —dijo Philippe estrujando su túnica—, hay que tener coraje para soliviantar a los seres que viven bajo el agua, especialmente si estás encima de ellos.

—Sigue —dijo Marc echándose hacia adelante.

—Continué disparando sobre el primer y el segundo barco, llenándolos de olor para los depredadores que viven más allá hasta que de pronto el mismo Gran Mar pareció alzarse. Del agua emergieron varios tentáculos, gruesos como troncos, y más largos que un mástil.

Los inquisidores ahogaron una exclamación, pero no interrumpieron a su compañero.

—Al principio, capturaron a algunos marineros, como si pudieran verlos. Pero, después, comenzaron a golpear el casco con una fuerza tremenda, hasta que lo partieron.

—Por la rosa de Lám —dijo Mathius—, que estás cambiando mi concepto del agua.

—Ya te dije que no era tan poética como tú suponías —contestó Gaulton en tono conciliador—. Viendo la suerte que habían corrido sus compatriotas, los demás barcos viraron el rumbo precipitadamente. Sin embargo, para la segunda embarcación fue demasiado tarde. Del mar emergió, como dando un gran salto, una segunda criatura que se abalanzó sobre los tentáculos. Tenía un cuerpo alargado, similar al de un pez, pero sus aletas delanteras eran gruesas extremidades que terminaban en una especie de mano palmeada con garras. Los ojos eran enormes y su piel relucía tanto que hacía daño a la vista. Aquel titán, al menos tan grande como el barco que acababa de hundirse, se cebó en la otra bestia, dando dentelladas y arrancando apéndices con aterradora facilidad. Sin embargo, cuando sintió la cercanía de la otra embarcación se volvió hacia ella con violencia y sus golpes resonaron hasta donde nosotros estábamos. La nave se movía como si fuera un juguete y los bárbaros caían al mar

entre alaridos, donde otras criaturas más pequeñas daban cuenta de ellos. Para cuando aquella bestia se volvió de nuevo hacia los tentáculos que le agredían, del navío no quedaban más que los restos.

—Demonios —susurró Philippe— no quiero hacer misiones en el mar. Nunca.

—Opino lo mismo —dijo Jean.

—Viendo la suerte que habían corrido los otros dos, decidí que mi atrevimiento ya había ido demasiado lejos —continuó Gaulton—, por lo que ordené seguir avanzando al sur por aguas menos profundas. Pronto las otras embarcaciones se lanzaron de nuevo en nuestra persecución, tomando las mismas precauciones que nosotros. No tardamos en vernos acosados por los uruthianos, que continuaron su marcha con furia renovada.

—Habías hecho que perdieran dos barcos con sus respectivas tripulaciones, sin duda estaban enfadados —comentó Philippe entrechocando sus jarras.

—Cuando todo parecía perdido, uno de mis hombres avisó de que había una fragata delante de nosotros pero ordené mantener el rumbo. Al momento anunció que estaban avanzando en nuestra dirección, aunque todavía no podía divisar su bandera.

—¡Oh, fatalidad! ¿Os rodearon? —gritó Philippe aporreando la mesa.

El muchacho estrujó sus ropas con nerviosismo, como si en cualquier momento le fueran a decir que Gaulton había perecido y era otro quien le estaba contando aquella historia.

—No, hermano —contestó Gaulton con una fiera sonrisa—. Yo había previsto una persecución y ordené que las fuerzas imperiales estuvieran esperando un punto perdido en el horizonte. Al cabo de unos momentos de tensión, uno de los hombres de Julien gritó que la espada dorada adornaba las banderas.

Los otros cuatro suspiraron aliviados, casi sin ser conscientes de ello.

—Sin permitirnos un momento de descanso, les ordené preparar aquellos dos tablones que habíamos acondicionado y que subieran las dos cajas en las que habíamos empacado las riquezas.

Gaulton apretó los dientes y los labios se retiraron, para dejar entrever una mueca fiera.

—En cuanto aquellos bellacos vieron las banderas y lo que se les venía encima decidieron hundir nuestra embarcación y renunciar al oro. Inmediatamente comenzaron a lanzarnos proyectiles en llamas desde sus balistas. Pero para entonces mis hombres y yo ya estábamos flotando a salvo, enganchados a los maderos que habíamos ajustado a la proa, con las cajas flotando a nuestro lado. Habíamos dejado el timón bloqueado y el barco nos hacía de escudo. Solo teníamos que preocuparnos por estar tan próximos al agua que veíamos siluetas que pasaban desagradablemente cerca.

El rostro de los compañeros era la viva imagen de la tensión.

—Por Thomenn, acaba ya —gritó Philippe—. ¡Empiezo a pensar que caíste en esas aguas y es tu fantasma quien está contando esto!

Gaulton sonrió y les hizo esperar mientras daba un largo trago de su jarra.

—Nos rescataron junto al oro y estábamos tan cerca de la costa que ningún monstruo más emergió del mar. Sin embargo, las cuatro naves enemigas no tuvieron tanta suerte. Todas fueron hundidas por los nuestros, así que las criaturas del agua se dieron un festín.

—Es una gran historia —exclamó Philippe, aplaudiendo sin poder contenerse—. ¡Toda una hazaña!

—Creo que Jhaunan dijo algo parecido —respondió Gaulton, sin ocultar el orgullo que sentía.

—Así que, averiguaste donde estaba el oro, rescataste a los rehenes y les infligiste un golpe tras otro a las huestes de Uruth. Estoy impresionado —dijo Jean con la misma inexpressión de siempre.

—Hice todo eso y volví aquí a toda prisa, por lo que creo que los días de descanso que me tomaré en la mansión de Julien son más que merecidos —dijo Gaulton cruzándose de brazos con parsimonia—. Y he de decir que los placeres que allí conoceré no tienen nada que envidiar a los que tú saboreaste en Seléin.

Philippe se echó hacia atrás, dominado por fuertes carcajadas, mientras que Jean imitaba los aplausos hacia Gaulton. Mathius, en cambio, no sonreía. Marc tampoco.

—Hermano —dijo el primero dirigiéndose hacia Jean—, es tarde y debo marchar. ¿Querías alegrar mis últimos momentos junto a vosotros con el relato de tus aventuras?

Jean dejó su copa y se frotó los labios con la manga.

—Claro —contestó en un susurro— aunque ya sabes que nunca he sido buen narrador y temo que mi relato tampoco te agrade.

—Somos hermanos —dijo Marc alzando su bebida—. Las aventuras de uno incumben a los otros cuatro. No creo que tengamos a muchos que lloren nuestras penurias, así que seamos los unos el apoyo de los otros.

—Marc —dijo Philippe dándole una sonora palmaba en la espalda—, ¿eres tú o el alcohol quien ha pronunciado esa cursilería?

—Sin duda él —dijo Gaulton con una carcajada.

—Cuéntanos tu historia —insistió Marc, algo azorado.

—Llegué a las inmediaciones de la Espina del Mundo antes de tener que preguntar en una de las tabernas que controla la Orden. La aldea de montaña en la que me esperaban está perdida en el norte y tardé en encontrarla, aún con indicaciones.

—Nunca corriste muy rápido —dijo Gaulton con presunción.

—Incluso la base de la Espina presenta un paisaje más roto de lo que tú has visto nunca —contestó Jean sin alterarse—. Ya en estas fechas, la nieve cubre parte del terreno a esa altura. Aventurarse más allá sin un guía es un suicidio y los caballos no tienen cabida en medio de ese pedregal. El contacto del que me había hablado el Gran Maestro fue quien me acompañó.

—Otro que ha necesitado ayuda —le dijo Philippe a Marc, sin ser capaz de vocalizar con demasiada claridad.

Jean contempló a su hermano sin mover un solo músculo de la cara y continuó.

—Las montañas que conforman la cordillera son tan altas que, cuando se está en medio de ellas, las direcciones se pierden y las referencias del terreno no tienen significado. En ocasiones avancé por un camino de cabras muy cómodo para toparme, dos cuestas más allá, con un precipicio insalvable. En otras, donde no se ve más que una pared vertical, aparece un resquicio que permite atravesar en varios metros lo que se tardaría días en rodear. Y eso fue antes de internarnos en la Espina, propiamente dicha. Allí, el paisaje estaba ya totalmente nevado y, de noche, el frío era tan peligroso que debíamos perder todo el tiempo que fuera necesario durante la tarde para buscar un refugio en el que pasar la noche.

—Dicen que hay bestias que habitan esas montañas —comentó Mathius.

—Y debe haberlas, porque vi varios esqueletos de esas enormes cabras que viven allí. Son animales huraños y esquivos, pero en una ocasión vimos a dos de ellas a lo lejos, luchando a cabezazos. Os aseguro que era una imagen que impresionaba. No puedo imaginar, por tanto, qué bestia se les podría oponer en las cumbres. Sin embargo, mi guía hizo bien su trabajo, y avanzamos con rapidez sin toparnos con nada fuera de la normalidad. Al menos hasta que llegamos algo más cerca de nuestro destino.

—¿Trolls? —preguntó Philippe con avidez.

—No hay trolls allí, al menos que yo sepa —contestó Jean esbozando una sonrisa—. Estábamos descansando cuando, a lo lejos, me pareció ver que una roca se había movido. No sé exactamente por qué, pero tomé conciencia de que la situación, de repente, era más peligrosa de lo que pensábamos. Dije en voz alta que iba a al excusado y mi guía rio. No obstante, una vez que me aparté de la vista, corrí rodeando la posición donde había visto aquella roca. Estaba ya cerca cuando, súbitamente, un hombre se alzó y comenzó a correr. Su capa tenía un tono grisáceo, difuminado en algunos puntos, que usaba sin duda para camuflarse.

—¿Qué demonios hacía un hombre allí? —Preguntó Gaulton extrañado—. No creo que organicen excursiones desde Stromferst.

—En efecto, no —contestó Jean—. Era un agoriano.

—¿En medio de la Espina del Mundo? —preguntó Marc echándose hacia adelante.

—Por lo que parece, y al margen de los resultados de la misión, hemos descubierto algo muy interesante sobre nuestros enemigos —dijo Jean desplegando una siniestra sonrisa—. Ágarot cuenta con exploradores que patrullan la cordillera, suponemos, hasta territorio uruthiano.

—¡Demonios! —Rugió Philippe limpiándose una mancha de cerveza del cuello de su túnica—. Esa insidiosa nación es una fuente continua de sorpresas.

—¿Por qué puede querer Ágarot patrullar la Espina? —preguntó Mathius—. Las

montañas ya son de por sí una barrera formidable. Ningún ejército podría penetrar por ahí ¿Por qué perder hombres y esfuerzo en algo así?

—Entre otras cosas —contestó Jean abriendo las manos— para evitar golpes como el que yo iba a dar. Si algo ha de reconocérsele a Dolente, es que no da puntada sin hilo.

—¿Y cómo supiste que era agoriano? —preguntó Gaulton.

—Sus rasgos eran pálidos y finos —respondió Jean— y tenía la lágrima marcada a fuego en el pecho.

—Marcada a fuego... —repitió Marc—. Nunca habíamos oído algo así.

—Tampoco habíamos oído acerca de los exploradores —respondió Jean— y te aseguro que su pericia ha de ser tenida en cuenta. Aquel hombre casi escapó de mí y tuve que buscar mucho hasta que di con sus compañeros. Uno a uno, los aceché hasta que acabé con todos, cinco en total. Todos valientes y diestros.

Los inquisidores asintieron, asimilando las palabras de su compañero.

—Escondí sus cuerpos y seguimos avanzando por senderos de montaña con precauciones redobladas. Permanecíamos a la sombra o al abrigo de rocas y cortes en la montaña siempre que nos era posible. En ocasiones vi a algunos más de aquellos agorianos, pero no me atreví a darles muerte por miedo a que declararan una alarma generalizada. Una cosa era escabullirse furtivamente de un hombre en medio de la montaña y otra muy distinta tener tras de mí a los ballesteros de Ágarot. De modo que fuimos descendiendo de las alturas hasta llegar a una zona arbolada. Desde allí, según mi guía, la finca a la que debía llegar no estaba a más de quince kilómetros. Le dije al hombre que me esperara algo más arriba y me marché.

—Jean, todavía no sabemos exactamente cuál era tu cometido —dijo Marc.

—En los pergaminos que me entregaron decían que debía eliminar a la hija de Dolente.

—¿Asesinar a la princesa? ¿A eso se refería el Gran Maestro cuando dijo que les dieras recuerdos? —exclamó Gaulton. Soltó una carcajada y palmeó la espalda de su compañero—. Y yo que pensaba que le había infligido un severo golpe al enemigo.

Marc y Philippe se miraron. Mathius permanecía con los brazos cruzados y sus labios se apretaban en una fina línea.

—Había numerosas patrullas, guardias bien adiestrados —dijo Jean tras un momento—. Tuve que esforzarme más que nunca para llegar hasta el palacete donde encontraría a mi objetivo. O eso suponía.

—¿Qué sucedió entonces? No te veo muy satisfecho —preguntó Philippe.

—La información no era del todo precisa. Aquella era la residencia de unos comerciantes de telas, cuya hija era amiga de la pequeña de Dolente, por lo que pude averiguar de las conversaciones que escuché. Esta solía visitarla a menudo. Fue una lástima que en los manuscritos que me entregaron no se especificaba cómo era cada una.

—Creo que no me va a gustar esa historia, Jean —murmuró Philippe mirando el

fondo vacío de su jarra.

—No hay mucho más que contar —respondió su compañero—. Sencillamente, no sabía cuál era cada una, así que envenené la comida de ambas y me aseguré de que las dos la probaban.

—¿Te aseguraste de que el veneno hiciera efecto? —preguntó Gaulton, insensible a las miradas de consternación de los otros tres.

—Utilicé un veneno rápido —respondió Jean encogiéndose de hombros— y observé escondido, tras un ventanal del comedor. Quince personas se sentaron a la mesa, entre ellas cinco muchachas jóvenes. Os puedo asegurar que ninguno llegó a los postres.

—Madre de Lám —susurró Mathius.

—Me marché lo más rápidamente que pude tras ver como caía el primero de todos, pero el estado era de alarma generalizada. Me descubrieron varias veces y he de decir que los agorianos hacen bien su trabajo. Hui, maté y, como dijo el Gran Maestro, me escondí como un maldito conejo varias veces. Para cuando llegué a la zona donde esperaba encontrar a mi guía, se había congregado allí un pelotón completo de soldados. El hombre estaba herido y lo estaban interrogando, torturándolo sin compasión.

—No creo que tuviera mucho que decir —comentó Gaulton antes de pegar un trago—. A esas alturas ya sabían que debía de haber actuado un inquisidor.

—¿Pudiste rescatarlo? —preguntó Marc.

—Eso habría sido un suicidio —contestó Jean, negando con la cabeza—. Sabía que sin él, adentrarme en la cordillera era una locura, pero no tenía más remedio que hacerlo. O al menos hacer que ellos lo creyeran. Sin duda, mi guía les iba a relatar nuestro viaje por la Espina, por lo que me encargué de apoyar esa versión.

—Bien, y ¿qué es lo que hiciste? —preguntó Philippe.

—Dejé varias señales que apuntaban hacia la senda por la que habíamos venido, pero luego volví y me adentré algo más en Ágarot. Viajé escondido en un carromato lleno de telas, avancé a la sombra de bosques centenarios e incluso robé un caballo con el que llegué hasta la Espina del Mundo, cerca ya de la frontera. Desde allí, hasta Stromferst me guie por las referencias que había tomado a la ida. Creo que Jhaunan me mandó a mí a esta misión no solo por las habilidades que pueda tener, sino por mi piel pálida. Si no hubiera sido por ese detalle habría sido imposible salir de allí.

Jean se encogió de hombros con indiferencia y pegó un trago.

—Vaya —dijo Gaulton con una risotada—. Comprendo que no te diera tiempo a visitar ningún burdel.

—Hermano. —Philippe, evidentemente ebrio, alzó su jarra y adoptó la expresión más solemne que pudo—. Proclamo que eres el conejo más escurridizo y letal que nunca ha existido.

—Que no es decir mucho —contestó el otro entre las carcajadas de sus compañeros.

Sin embargo, Mathius no había vuelto a sonreír como al principio de la velada.

—¿Por qué querría nuestro Emperador ver muerta a una niña, sea quien sea? — Preguntó.

—No somos quienes para responder a eso —dijo Marc con inseguridad—. Vemos solo un trozo del tapiz que forma el Imperio. Gobernar tan vastos territorios y defenderlos de las naciones enemigas debe ser algo casi imposible.

—Somos herramientas, es nuestro trabajo —dijo Gaulton con vehemencia— y actuamos en nombre del Creador ¿Quiénes somos para cuestionar esas órdenes? Nuestro hermano tiene razón: tenemos una restringida visión de la realidad. Debemos seguir las indicaciones de nuestro Emperador y de aquel que representa al Altísimo. La Catedral es nuestra casa y debemos proteger a nuestros hermanos del mal en todas sus formas.

—Si no fuera porque conozco tu cinismo —rio Philippe aporreando la mesa—, me llevaría un puño al corazón y te saludaría como mi comandante.

Todos rieron, aunque unos con menos convencimiento que otros. Tras unos momentos de silencio, el mestizo volvió a tomar la palabra.

—Hermanos —dijo poniéndose en pie—, mi corazón se alegra de haberos vuelto a ver y deseo que nos juntemos pronto, pero ahora he de partir. Mucho he demorado ya mi partida y nuestras tareas no esperan.

—¿Hacia dónde te encaminas? —preguntó Marc estrechándole la mano.

—Me mandan a Seléin. Hay indicios de que la desaparición de un niño puede estar relacionada con la actividad de una bruja.

—Suerte, entonces —dijo Philippe. Se levantó tambaleante y le dio un tremendo abrazo—. Las brujas son, de entre todos, nuestros peores enemigos. Amordázala para que no pueda engatusarte y átale el pelo a la cola de tu caballo. Que Cometa la cocee de vez en cuando si se porta mal. Y no dejes de visitar los burdeles del Camino Viejo. Hay uno en especial cerca de Cordes... espera, te daré instrucciones.

—Maldita vaca —dijo Gaulton dándole un puñetazo en el hombro—, nuestro hermano se tiene que marchar, ¡calla de una vez!

Todos rieron una vez más y se fundieron en un sentido abrazo. Finalmente, se despidieron de Mathius y salieron a la puerta para verlo partir. Un mozo de la Catedral le trajo su caballo en cuanto lo vio aparecer. El mestizo se puso su sombrero, montó y, dedicándoles una última mirada, se marchó con un trote vivo.

—Entonces, un troll anciano, una bestia de sangre, unos carroñeros venidos de alta mar, medio Uruth y un buen bocado de Ágarot —rio Gaulton minutos más tarde, alzando los dedos de una mano con gestos presuntuosos—. Se puede decir que hemos hecho más por el Imperio en unas semanas que el resto de nuestros compañeros en un año.

Los otros desviaron las miradas y solo Jean permaneció como si tal cosa.

—No creo que inquisidores más veteranos, como Adler, estén de brazos cruzados —murmuró Philippe, con la cabeza apoyada en la mesa, sobre sus brazos cruzados.



—Bueno, todo eso me importa poco ahora mismo —contestó el otro apurando su última bebida—. Me voy a dormir. Creo que me lo he ganado.

—Yo también me marcho —dijo Jean levantándose.

Los compañeros se abrazaron una vez más y se despidieron. Marc y Philippe se quedaron en silencio sumidos en sus propios pensamientos.

—Así que, como tenías tiempo te dedicaste a investigar los burdeles de Seléin —dijo Marc con una sonrisa, tras largos minutos.

Su compañero estaba recostado sobre la mesa y, su enorme corpachón, se movía suavemente al respirar.

—¿Has visto la frialdad con que Jean contaba cómo mató a unas niñas? —La respuesta de su compañero dejó helado a Marc—. No digo que no cumpla la maldita misión, pero hacerlo así, de una manera tan vacía de compasión, me da escalofríos.

—Somos inquisidores —dijo Marc tras unos momentos— y cumplimos órdenes.

—Sí —dijo Philippe sin levantarse—, pero hace unos meses los cinco éramos iguales. Prácticamente acabamos de salir del Monasterio y ya apenas nos parecemos en algo.

Su discurso se perdió poco a poco para dar paso a sonoros ronquidos. Sin embargo, Marc sintió como un escalofrío le recorría la espalda, pues había entendido perfectamente sus últimas palabras: «la inocencia se desmorona».

## Tercera Parte

# I

Con infinita pena, nuestro Cuarto Emperador, El Sabio, viendo a su padre agonizar, tomó sus manos y depositó en ellas la espada dorada que tantas victorias había dado al Imperio.

—Descansa junto a ella, padre, pues la guerra ha acabado para nuestro pueblo.

—*El Manual*, apéndices.

Los suaves bosques del sur de Seléin dieron la bienvenida al jinete. Aquella región, mucho menos oscura y misteriosa que el resto de la provincia, tenía un clima bondadoso incluso en invierno. En aquellos días de verano, el sol se filtraba con alegría entre las copas de los árboles y todo lo que crecía bajo ellas era dichoso.

También allí había árboles centenarios, aunque no llegaban a los abetos gigantes del oeste que, según se decía, ya estaban allí cuando Thomenn hollaba esas tierras.

El jinete avanzaba por aquellos caminos marcados por el paso de los animales. El rostro, parcialmente oculto bajo un sombrero de ala ancha, transmitía energía, fortaleza y juventud. La mirada, en cambio, era dura y severa, más propia de un hombre mayor. O de uno que ha visto demasiado.

Su montura, un bayo precioso de larga crin, se movía con seguridad entre el musgo y las raíces. Tenía una elegancia que la abultada musculatura de sus patas no podía disminuir. Iba al paso, con la testa alta, y respondía con rapidez al menor gesto de las riendas.

El joven iba vestido de oscuro, con una túnica ajustada al cuerpo que tenía varias bandas de cuero alrededor del pecho. No llevaba armadura, al menos no a la vista. No obstante, alguien que estuviera muy cerca, podría apreciar en los brazales unos grabados de gran calidad que representaban la cabeza de una bestia aullante.

A la cintura portaba una espada larga con una empuñadura que terminaba con la forma de una hoja de roble. Una pequeña rodela de metal, cuyo brillo se había vuelto apagado por el uso continuo, le cubría la espalda.

Todo su equipaje consistía en un fardo enganchado a la parte de atrás de la silla y unas delgadas alforjas. Sin embargo, no necesitaba más, puesto que las posadas a lo largo del Camino Viejo habrían de proveerle de todo lo que necesitara. Solo se había internado por aquellas sendas para recortar distancia hasta salir a un antiguo camino bien conservado que bordeaba la costa apenas a un kilómetro del agua.

Algo más allá, el bosque iba perdiendo densidad y, pronto, se encontró avanzando entre soleadas huertas bien atendidas y árboles frutales perfectamente cuidados.

Los labriegos con que se cruzó no le dirigieron la palabra. Algunos agacharon la cabeza y siguieron con su trabajo. Otros se inclinaron respetuosamente y se marcharon en dirección contraria, como si hubieran recordado algo de repente. La mayoría volvía la vista, con precavida curiosidad, una vez que había pasado.

Él sabía por experiencia que, a menos que lo necesitara, les haría más bien si pasaba de largo sin decir nada. Cualquier otra cosa les causaría un gran sobresalto.

De ese modo, el jinete siguió avanzando por el camino, cruzándose cada vez con más personas que acudían o se marchaban del castillo que comenzaba a verse a lo lejos.

Los pescadores llevaban sus capturas tempranas hacia allá, para venderlas en el patio de armas o en el mercado del pueblecito que se extendía cerca de la fortificación.

Algo más al sur, se veía la playa, salpicada aquí y allá con modestas chozas muy cerca del agua. El mar, de un azul intenso, era una imagen bellísima que no permitía entrever los peligros que acechaban en las profundidades.

Dejando a su izquierda la línea de la costa, el viajero siguió su camino sin detenerse hasta llegar a las mismas puertas del castillo. Allí, varios guardias lo miraron asombrados y se apresuraron a saludarle con respeto.

—En seguida os recibirá el primer consejero —dijeron con nerviosismo.

Él asintió, aunque todos sabían que no era a un representante a quién quería ver.

Uno de los hombres se apresuró a hacerse cargo de su montura, mientras otro lo acompañaba hacia el interior.

—Necesita herraje nuevo —dijo el forastero—. Procurad que le rebajen los cascos y le den algo de comida fresca.

—Por supuesto, señor —respondió el aludido.

Lo condujeron hasta una sala circular que seguramente se utilizaba para que las visitas oficiales esperaran. En la pared se veían varios óleos de grandes dimensiones que narraban la gloriosa historia de Agua Clara. Mientras contemplaba unos tapices que hablaban de aguerridos pescadores y luchas contra monstruos marinos, unos sirvientes trajeron bebidas frías, golosinas y aperitivos. El joven esperó a que se fueran para servirse un vaso de agua.

Apenas un minuto más tarde un hombre de avanzada edad entró en la sala.

—Os saludo inquisidor, sois ley —dijo haciendo una profunda reverencia—. Soy el primer consejero de la Baronía de Agua Clara. Estoy a vuestro servicio.

El forastero lo miró durante unos instantes. Tenía la cabeza despejada y la piel morena. Las manos parecían más las de un hombre acostumbrado a manejar las redes que las de un cortesano de vida cómoda. En contra de lo que era costumbre, llevaba pantalones en vez de una túnica larga. Sus ojos eran claros y de mirada limpia.

—Saludos, consejero —contestó al fin—. Me gustaría departir con vuestro señor.

—Por supuesto. ¿Deseáis algo antes de que os lleve ante él? Puedo ofreceros comida. ¿O deseáis refrescaros, quizá?

—No, vayamos ahora.

—Seguidme entonces, señor —el primer consejero se volvió y sujetó la puerta.

Cuando pasó por delante, el hombre no pudo evitar una mirada a la rodela que llevaba a la espalda. Tenía multitud de melladuras y golpes que se entremezclaban con ornamentos y grabados. Entre todos, destacaba una inscripción que daba fe de que el inquisidor había acabado con un Caballero imperial cuando apenas contaba

diecinueve veranos.

El castillo de Agua Clara era una modesta construcción, al menos si se la comparaba con otras. Sin embargo, sus espacios eran amplios y por los ventanales entraba la intensa luz del día.

Aquí y allá se movían criados y cortesanos. Todo aquel con el que se cruzaban se inclinaba ante el inquisidor y se apartaba respetuosamente de su camino.

Cuando llegaron a las puertas que bloqueaban la entrada al salón de audiencias, los guardias saludaron con una inclinación de cabeza y abrieron las dos hojas. Ante ellos apareció una sala rectangular con amplios ventanales en la pared del fondo. La luz natural mostraba un suelo decorado con miles de teselas que conformaban un mosaico con el escudo de la baronía: un barco sobre las olas con un arpón a la derecha.

Las paredes estaban decoradas con frescos en los que se veían escenas de la historia de Thomenn y del Imperio, así como las gestas de los principales señores que habían vivido en aquel castillo.

Al fondo, sobre una tarima, se alzaba un austero trono de madera noble pulida. Los brazos estaban adornados con tallas que simulaban escamas. El respaldo, que finalizaba con dos puntas en forma de arpones, apenas sobresalía tras el hombre que estaba sentado en él.

—Saludos, inquisidor, espero que vuestro viaje haya sido agradable y tranquilo —dijo el barón de Agua Clara—. Sed bienvenido a mis tierras.

El forastero avanzó, seguido por el primer consejero, observando la estancia. Una docena de cortesanos se mantenían a una prudente distancia del pasillo central. Lo miraban con cierta preocupación, pero inclinaban la cabeza respetuosamente a su paso. Algo más adelante, varios guardias se mantenían firmes, sujetando ante ellos los arpones que eran tradición en la baronía. Se trataba de armas largas y estilizadas cuyo final, semejante al gancho de un anzuelo, se antojaba más que molesto una vez que se hubiera clavado en su víctima. A la espalda del trono, otros dos guardias vigilaban que nada supusiera un peligro para su Señor.

—Saludos, Ventura, barón de Agua Clara —dijo el inquisidor quitándose el sombrero—. Viajar por estas tierras es siempre un placer, especialmente en esta época del año.

—Me alegro de que encontréis agradable el sur de Selén —contestó el otro—. Quizá no podamos compararnos con la magnificencia de otras regiones del Imperio, pero nuestras costas siempre son benignas y la hospitalidad franca.

—Sin duda —contestó el joven esbozando una sonrisa.

Le gustaba aquel hombre. Tenía una mirada penetrante de ojos claros, como su primer consejero y la mayoría de su pueblo. El cabello, peinado hacia atrás, era castaño y corto. La discreta diadema de plata que llevaba en la frente era su única distinción.

Bajo la túnica, remangada de un modo algo informal, los antebrazos se veían

fuertes y morenos. Las botas de piel eran de excelente factura, pero estaban más gastadas de lo habitual en un hombre de su posición.

—Decidme ¿qué tal van las cosas en la capital? Ojalá la salud de nuestro amado Emperador sea buena y siga así durante mucho tiempo.

—El Emperador se encuentra bien, con salud y lleno de fuerza.

—¿Y el Embajador? Me enteré de que había inaugurado un nuevo templo en Rock-Talhé hace unos meses, coincidiendo con aquellas terribles lluvias que azotaron la tercera provincia.

—También goza de salud. Pero sin duda sabéis que no he venido para hablar del tiempo —dijo Marc sin prescindir de un tono amable.

—Sí, es cierto. —Ventura bajó la mirada con gesto cansado—. Sé que algunas voces me tildan casi de traidor en Hÿnos. Incluso aquí llegan los rumores.

—El edicto imperial requería de vos trescientos hombres armados y cien caballos —contestó él—. Que no habéis respondido al requerimiento del Emperador es un hecho, no un rumor.

Los presentes en la sala estaban tensos. En sus ojos no había más que temerosa devoción por el barón. Miraban al forastero como a un extraño que estuviera a punto de herir al Señor de Agua Clara, al que parecían profesar una gran lealtad.

Marc sintió que cualquiera de ellos daría un paso adelante para defender a Ventura, y eso no era frecuente. Sin embargo, para nadie había pasado inadvertido el hecho de que el barón no había bajado de la tarima cuando él entró. Ni siquiera se había levantado, arriesgándose a entrar en un juego muy peligroso.

—Cierto. No he satisfecho los términos del edicto —contestó el aludido—, pero quiero haceros una pregunta: ¿por qué no se moviliza a la legión de Seléin? De ese modo, no habría necesidad de que las baronías aportaran hombres y armas. ¡Demonios, el ejército imperial existe para defender a las cuatro provincias del enemigo!

—Señor, ni vos ni yo somos los indicados para decidir quién ha de movilizarse o no en este caso. Vos tenéis vuestros deberes y yo los míos. De momento, todo lo que sé es que no habéis cumplido con lo que se os ha ordenado.

—Tenéis razón —contestó el otro finalmente—, pero únicamente porque no me es posible.

—Explicaos.

—Mi señor inquisidor, yo no tengo ejército propio. Hace ya mucho tiempo que me encomendé a la protección de la Legión de Seléin. Existe un cuerpo de alguaciles que ponen orden en mis tierras, sí. También tengo una guardia personal de cincuenta soldados en el castillo, pero no hay más tropas en mis dominios.

El inquisidor paseó la vista por la sala y no vio más que miradas que apoyaban incondicionalmente a su Señor.

—La vida no es fácil cuando se depende tanto de la pesca. Nuestros ingresos provienen de ella, no me puedo permitir un ejército sin esquilmar a mi pueblo. Y me

niego a hacerlo.

—Comprendo vuestra postura, pero sin duda hay hombres en vuestras tierras y tenéis dinero para armarlos.

—Agricultores y pescadores —declaró Ventura con vehemencia, apretando los puños—. Si los campesinos se fueran, no habría cosecha que recoger cuando volvieran. Si los hombres de mar abandonan sus arpones tan solo una semana, los seres más agresivos volverían pronto a nuestras costas. Las especies de las que nos alimentamos y que tanto nos ha costado proteger y hacer medrar, se perderían. Sin su aceite, su carne y sus escamas ya no tendríamos nada con lo que comerciar.

—Escucho vuestras palabras y me parecen sensatas, pero eso no cambia el hecho de que habéis desobedecido al Emperador —dijo Marc con solemnidad.

—¡Nuestro Señor solo protege a su pueblo!

El grito se oyó desde la parte de atrás de la sala. Cuando se giró, Marc vio a una mujer que se tapaba la boca con la mano. Consciente de lo que acababa de hacer, el color había abandonado sus mejillas y tenía los ojos muy abiertos. El inquisidor aguardó unos segundos antes de responder. Sentía admiración por la valentía demostrada y un respeto aún más hondo por el noble que generaba tal fidelidad, pero no parecía dispuesto a permitir una falta de respeto semejante contra su cargo. Sin embargo, cuando iba a hablar, el barón tomó la palabra.

—¡Silencio! —rugió Ventura poniéndose en pie como un rayo—. Nadie osará ofender a mi invitado en esta casa. ¡Sal de aquí inmediatamente!

La mujer se fue corriendo con lágrimas en los ojos y todos se volvieron hacia Marc, a la espera de su reacción. A nadie le pasaba inadvertido que, al intervenir, el Señor de Agua Clara había intentado protegerla, aun a riesgo de despertar para sí mismo la ira del inquisidor.

—Ruego la perdonéis —le dijo bajando rápidamente de la tarima—. Ha sido una inconsciente. Os pido disculpas personalmente.

Ventura lo miró con sus ojos claros y pareció perder algo de su aplomo.

—Señor, en estas tierras el barón siempre ha sido un padre para los súbditos. Soy exigente y estricto; demando un duro trabajo de todos, pero velo también por que vivamos en paz y con felicidad. No dudéis que esa mujer será castigada como merece. No obstante, eso no cambia el hecho de que ese edicto no se podía asumir sin acabar con lo que tanto esfuerzo nos ha costado tener.

Marc no contestó enseguida, sino que se tomó unos momentos para digerir la sorpresa: las palabras del barón le habían recordado extraordinariamente a aquel libro que encontró en la capilla de Sebastien, El buen padre, tanto tiempo atrás.

—Como decía antes, habéis desobedecido un edicto imperial. —El inquisidor trató de que su voz sonara neutra y no revelara la simpatía que comenzaba a sentir por Ventura—. Aunque entiendo los motivos y me parecen razonables.

La sala misma pareció expulsar el aire retenido hacía tiempo. Algunas personas suspiraron e incluso la mirada del barón pareció dulcificarse, tras un momento de

sorpresa.

—Sin embargo, la incursión que se prepara contra Ágarot necesita de un esfuerzo colectivo, pues la seguridad del Imperio recae sobre los hombros de todos los ciudadanos, cada uno en la medida de sus posibilidades.

Ventura lo miraba fijamente, ya no con hostilidad contenida, sino con el respeto que se gana tras el reconocimiento.

—Aportaréis a la campaña quinientos emperadores de oro. Además, enviaréis al cuartel de intendencia mil sacos de trigo y veinticinco hombres que servirán allí. Vuestro pueblo comerá menos pan durante una temporada pero, al menos, no tendrá que desatender sus quehaceres.

Ventura lo miró por unos segundos, sin dejar traslucir lo que pensaba.

—Puedo ofreceros quinientos emperadores, pero ningún hombre. Todos son más que necesarios aquí. En cuanto al trigo...

El discurso de Ventura quedó interrumpido cuando Marc se puso el sombrero y echó a andar hacia la salida.

—Barón, vuestro amor por esta tierra es digno de elogio y veo que el pueblo os lo profesa a vos de igual modo. Pero no penséis, ni por un momento, que estáis hablando con un mercader. No hay nada que regatear en mis palabras.

Marc estaba a punto de salir de la sala, acompañado por el primer consejero, cuando Ventura corrió hasta él. Marc se detuvo y enfrentó la mirada el barón, tan clara como el agua que daba nombre a sus tierras.

—Mi señor —dijo ofreciéndole la mano— vuestra sentencia es justa y os doy las gracias por haberme escuchado. No solo sois ley, sino también justicia.

El joven estrechó la mano que le ofrecía.

—Salud, barón. Seguid cuidando así de vuestro pueblo —dijo Marc.

Cuando salió de allí, una sonrisa franca cruzaba su rostro.



## II

El Primer Emperador llegó a sangre y fuego allí donde las brujas habían clavado a Thomenn. En sus manos refulgía la espada dorada que el Creador le había entregado.

Lysanna se enfrentó a él usando toda clase de hechizos diabólicos, pero el Piadoso tenía su fe como escudo y no sufrió daño. Sin embargo, cuando él contraatacó, el metal divino no tuvo piedad. Allí donde rozaba a la bruja, su piel se abría y los tendones saltaban como cuerdas demasiado tensas.

—Este es el poder de mi Señor —dijo él, avanzando hacia Thomenn con gran majestad.

—*El Manual*, tercer capítulo.

Marc cabalgaba de nuevo por Seléin, aunque esta vez no lo hacía por los bosques, sino por el Camino Viejo. Tampoco llevaba su atuendo de inquisidor, que había cambiado por ropas elegantes de mangas anchas y colores cálidos, similares a las que usaría un noble de Louisant. Montaba muy erguido, con la diestra a la cintura y las riendas muy llevadas a la mano. Noble, siempre receptivo a lo que su jinete le pedía, avanzaba con la cabeza alta y un trote orgulloso. Ambos eran la viva imagen de la elegancia y la gallardía.

Sin embargo, su rostro no reflejaba otra cosa que un profundo pesar e inquietud.

Los colores de los árboles eran muy vivos en el comienzo del otoño. El camino parecía un pasillo infinito de castaños, abetos, robles y los resistentes sauces de Seléin. Sin embargo, tal regalo para los ojos no conmovía esta vez al inquisidor.

Solo habían pasado dos meses desde que había estado en la baronía de Agua Clara. Dos largos meses de agónica inactividad.

A su regreso a Hÿnos, había acudido al palacio para informar personalmente al Emperador. Recordaba haber entrado con una sonrisa satisfecha al Salón del Trono. Gaulton, que estaba recibiendo instrucciones, se apartó discretamente a un gesto de su Señor y lo saludó con una inclinación de la cabeza. Sus ojos traslucieron una sombra de envidia al verle llegar exultante por el triunfo.

—Vuestra voluntad ha sido cumplida —dijo, y el Emperador le obsequió con esa sonrisa plena que solo componía para él.

Marc lo había visto en muchas ocasiones atendiendo tanto a gentes sencillas como a nobles y casi siempre era magnánimo con sus interlocutores. Amaba a su pueblo y respetaba a los hombres que eran admitidos por Septem, su delegado principal, en el salón del trono. Sin embargo, esa expresión de orgullo con que lo recibió, únicamente se veía cuando Marc informaba de un éxito rotundo.

El joven de ojos azules se quitó el sombrero y se arrodilló ante él.

—Levántate, hijo mío —dijo el Emperador inmediatamente, con profundo cariño en su voz.

Marc se puso en pie y comenzó a desgranar el relato de su misión. Su voz dejaba entrever el entusiasmo que el cumplimiento de la tarea le suponía. Estaba feliz por haber solucionado aquello de la forma en que lo había hecho. No hubo violencia ni había tenido que humillar al barón con ningún tipo de reprimenda. Ventura parecía un

buen gobernante, lo último que Marc habría querido sería desprestigiarlo a ojos de los suyos. De modo que, según su modo de verlo, el problema se había solucionado de la mejor manera posible. Pero, a medida que avanzaba el relato, el rostro del Emperador iba ensombreciéndose, para su desazón.

Cuando llegó a la parte en que Ventura había intentado regatear con él, la mirada del Emperador se apartó y sus dientes se apretaron, marcando los músculos de la mandíbula. La fuerza de su Voluntad comenzó a extenderse rápidamente, pese a que trataba de contenerla.

Marc no entendía qué era lo que disgustaba a su Señor, pero se esforzó por terminar, lleno de incertidumbre y desconsuelo.

Cuando acabó, el Emperador de las Cuatro Provincias, el descendiente del hombre que había salvado a Thomenn y, después, le había dado piadosa muerte, quedó en silencio. Con él, toda la sala pareció retener el aire, llena de tensión, como si cualquier ruido pudiera desatar su cólera. Tenía el ceño fruncido y agarraba con tanta fuerza los brazos dorados del trono que tenía los nudillos blancos.

—Bien —dijo simplemente. Y luego repitió—. Bien.

El silencio se prolongó unos instante más hasta que la rudeza de Gaulton lo rompió con violencia.

—¡Se te envió allí para acabar con él! —gritó adelantándose con enérgicos pasos hasta el trono.

—Se me envió para acabar con un problema —contestó Marc con voz serena, aunque algo inseguro—. Creo que el acuerdo es justo, pero se pueden discutir los términos.

—¿Qué términos? ¡Ventura se ha reído de ti y, por tanto, has dejado en ridículo a nuestro Emperador! —dijo Gaulton con la voz más cortante que le había escuchado nunca—. Se pidieron hombres, no panes. Y tú has dado legitimidad a su desobediencia.

—¡Pero la realidad es que no tiene ejércitos! Sus hombres son pocos, apenas suficientes para mantener las aguas a raya —repuso Marc mirando con esperanza al Emperador.

—¡Pues que cambien de dieta! —Gaulton se le acercó aún más—. Ventura ya ha desafiado los edictos imperiales otras veces. No es él quien debe decidir cómo se vive y se ha de gobernar en el Imperio, sino nuestro Señor.

—Gaulton —dijo el Emperador con suavidad—, está bien. Tu hermano ha salvado la situación.

Sin embargo, Marc no pudo ignorar el decepcionado rictus con que se pronunciaron dichas palabras.

Desde ese día, Marc acudió cada mañana a ver al Gran Maestro de la Orden para que le asignase una nueva misión, pero la respuesta siempre era misma:

—De momento no se requiere tu intervención, ya te avisaré.

De vez en cuando, el joven iba incluso a última hora de la tarde, por si algún

imprevisto hubiera hecho necesario su concurso, pero el resultado era siempre el mismo. Los inquisidores llegaban, dos o tres cada día como mucho, entraban al despacho de Jhaunan y se iban con nuevas órdenes. Sin embargo, no había ninguna misión para él.

El Gran Maestro estuvo aplazando sus encargos tanto tiempo que Marc pensó que la Catedral se le caería encima en cualquier momento.

Durante esas largas semanas, paseó horas y horas por Hÿnos, incapaz de apreciar su belleza, mientras trataba de aprehender los errores que había cometido en Agua Clara. Todos los días dedicaba largas sesiones a entrenar y ejercitarse en las dependencias de la Orden. Después se aseaba y volvía a preguntarse qué hacer con tanto tiempo libre.

Estuvo a punto de ir al palacio varias veces para humillarse a los pies del Emperador e implorar su perdón, pero nunca se atrevió, por miedo a incomodarlo nuevamente con su presencia.

Por fin, cuando pensaba que ya nunca volverían a contar con él, Jhaunan le mandó llamar. Habían tenido que pasar dos meses para que le encargara una nueva misión.

La brisa fresca lo acompañaba en su viaje, meciendo ligeramente los árboles. El viento transportaba los olores de la tierra mojada, las hierbas aromáticas o del fuego que ardía en la chimenea de una taberna que veía a lo lejos. El sonido de los cascos de su montura se mezclaba con el de los pajarillos o el rumor de las hojas de los árboles. Pero toda esa belleza, que había disfrutado tanto en otras ocasiones, no le conmovía lo más mínimo. Se había prometido cumplir su encargo de forma impecable, pero aún se sentía decepcionado consigo mismo.

El Emperador dijo que había salvado la situación, no que hubiera sido un éxito. No podía quitárselo de la cabeza. En ningún momento lo había calificado de hazaña o de gran habilidad en la negociación, como otras veces. Dijo que había salvado la situación. Y no le llamó hijo mío, sino que se refirió a él, a través de Gaulton, como tu hermano.

Marc dejó a Noble al cargo de un muchacho sin abrir la boca y entró en la posada. Dentro, un infierno de ruidos y olores demasiado humanos e intensos le golpeó como un bofetón.

Se sentó en la mesa más apartada que pudo encontrar, junto a la pared, y pidió algo de comida imitando sin demasiadas ganas las formas de un noble altanero.

¡Cómo le gustaría poder hablar con Sebastien en aquellos momentos! Hacía ya al menos cinco años que se habían despedido en el Monasterio, y nadie sabía nada de él. Era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Había sido declarado prófugo, pero Marc estaba seguro de que tenía que haber alguna explicación que lo exonerase de tales cargos. Él siempre había tenido unas palabras sabias cuando buscaba su consejo. Siempre parecía juicioso y vivía para su música. Ante todo, Marc hubiera jurado con su mano sobre un fuego que el anciano

era una buena persona. ¿Qué demonios podía haber sucedido para que el Embajador requiriera su presencia? Y, aún más, ¿por qué había decidido fugarse?

Unos gritos al lado de la mesa le hicieron girarse y abandonar sus pensamientos.

—¡Te digo que sí! —vociferó de pronto un hombre borracho poniéndose en pie. Tenía un rostro feo y sucio. La mirada estaba vidriosa por el alcohol y ni siquiera había soltado su jarra al levantarse.

—¡Y yo te digo que no! —le chilló una mujer alzándose al otro lado de la misma mesa.

—¡Te vieron con él! —respondió el hombre echándose hacia atrás. Al hacerlo, su silla chocó con la de Marc, que ahogó una maldición.

—Bueno ¿y qué si fue así? —dijo ella componiendo una mueca de desprecio—. Al menos él tiene algo entre las piernas.

Marc se volvió de nuevo hacia el rincón, tratando de aislarse de las bravatas que siguieron a las palabras de la mujer. Los otros compañeros de mesa reían con voces chillonas, al igual que la mayoría de los parroquianos.

Echaba de menos a Sebastien, sí, pero a quien más añoraba era a Aurore. Su recuerdo estaba muy vivo dentro de él.

Todavía soñaba con ella. La recordaba con mirada severa en las clases. O sonriéndole, con ese gesto poco frecuente y más bello que cuando el sol doraba las murallas del Monasterio tras un chaparrón. Sin embargo, en los sueños, ella siempre intentaba decirle algo que no conseguía comprender. Marc se acercaba todo lo que podía, miraba sus labios, trataba de acallar el ruido a su alrededor... hasta que, por fin, se daba cuenta de que no conseguía entender sus palabras porque ella tenía el rostro fracturado. Sin que se hubiera dado cuenta antes, su cara se había cubierto de sangre. A veces, incluso, estaba tan deformada que sus rasgos se parecían más a los del poseído de Melquior que a ella misma. En ocasiones, casi creía entender que le pedía ayuda, pero él no la alcanzaba pese a que sus esfuerzos. Cuando despertaba, sentía que la cólera y la impotencia le invadían al pensar que, tal vez, ella simplemente le hacía responsable de su muerte.

Fuego, cólera. Eso era lo que se desataba en su interior cuando pensaba en Melquior. Ella era una bruja, pero el trato que se le había dado no era propio ni siquiera de animales.

Y él había salvado la situación, recordó de pronto. Fue él quien le cambió el Símbolo y por eso el Señor del Monasterio se cebadó en ella. Marc se había equivocado. Se le suponía un aspirante a inquisidor, no un Lám para con las brujas.

—Ni siquiera salvé la situación —se dijo en un susurro, apretando los puños con rabia—. Fallé al Emperador y maté a Aurore.

El rostro de Gaulton acudía también a su memoria con frecuencia. Su hermano se había dirigido a él con un desprecio que le había herido casi tanto como las palabras de su Señor. Quizá porque, en tal agravio, se escondía la verdad.

—¡Te voy a matar! —chilló el borracho tras él y Marc ya no pudo contenerse.

El hombre tenía los brazos en alto, como muestra culminante de su enfado, y el contenido de su jarra chorreaba por la cabeza y las lujosas ropas del inquisidor.

Sus compañeros de mesa, así como buena parte de los parroquianos, miraban expectantes al supuesto noble, entre risillas de burla y comentarios de recochineo.

Prácticamente todos los que se encontraban en esa parte de la posada estaban mirando hacia Marc, por lo que el borracho se volvió para ver qué ocurría tras él.

Observó, sin conseguir enfocarlos bien, los dos ojos azules que lo miraban sin parpadear. Después miró su jarra y cerró un ojo para ver mejor el interior. Volvió la vista al joven, se rascó la entrepierna y se giró de nuevo, con manifiesta indiferencia, hacia la mujer con la que discutía.

—Eres una ramera. Me debes una jarra.

Marc estalló en un grito desgarrado y pateó al hombre en la espalda. Este salió despedido contra la mesa, que se derrumbó en una lluvia de astillas. Al instante, varios de los presentes se levantaron intentando detener lo que hacía unos momentos había parecido muy gracioso. Sin embargo, descubrieron de la peor manera posible que no era fácil controlar a alguien acostumbrado a batirse en situaciones mucho más peligrosas que aquella.

Marc se vio de pronto inmerso en los automatismos de su entrenamiento: El primero que intentó detener su avance recibió un puñetazo que le rompió la nariz; el segundo cayó al suelo y perdió la respiración sin saber muy bien cómo. El inquisidor estaba fuera de sí.

—¿Que la vas a matar? —le gritó al hombre cuando llegó hasta él. Lo agarró por la pechera y lo puso de pie solo para golpearle de nuevo—. ¡Yo te enseñaré modales!

Un fuerte golpe en la espalda le hizo trastabillar. Al darse la vuelta vio a un hombre, pequeño y con unos kilos de más, que sujetaba una silla con mirada torva.

—Déjalo amigo, no quiero hacerte daño —dijo mientras lo miraba con unos ojillos oscuros y valientes.

Marc amagó un puñetazo al vientre para patearle la sien antes de que el otro supiera de dónde venía el golpe. El hombrecillo cayó inconsciente como un saco de patatas. Dos más que se dirigían hacia él retrocedieron al ver la suerte que había corrido.

Marc llegó de nuevo hasta el borracho que le había tirado la cerveza encima y se agachó sobre él. Tenía la nariz y los labios partidos y sangraba por un corte en la mejilla, pero Marc no había tenido suficiente. Sentía su sangre ardiendo de un modo que no podía aplacarse.

Lo golpeó en la cara y volvió a bajar su puño varias veces, aunque no habría podido decir cuántas. Solo paró cuando, en uno de los vaivenes, unas manos lo agarraron del brazo. Él se escabulló, sin darse la vuelta, y golpeó con el codo.

La muchedumbre ahogó una exclamación.

Al mirar hacia atrás vio a la mujer que había estado discutiendo con el otro. Estaba sentada en el suelo, con las piernas extendidas y sangre en la boca. Lo miraba

aterrorizada, sin atreverse a hacer ningún movimiento.

Marc se levantó lentamente y se miró las manos. Las tenía llenas de un desagradable color rojo.

En cuanto se apartó unos pasos, la mujer se abalanzó sobre el hombre y lo protegió con su cuerpo.

—¡No lo matéis, por piedad! Es mi marido ¡no le hagáis daño! —gritó rompiendo a llorar mientras extendía sus brazos para cubrir al caído.

El otro alzó una mano con dificultad y le acarició el cabello, sin que pareciera saber muy bien qué es lo que estaba pasando.

Marc recobró de pronto el control. A su alrededor, un buen puñado de personas lo miraban con hostilidad. En el suelo, unos cuantos hombres comenzaban a moverse poco a poco. Otros dos permanecían inconscientes.

—Lo siento —dijo saliendo apresuradamente de la posada—. Lo siento mucho.

Dejó unas monedas de plata en el mostrador y corrió hacia las cuadras. Nadie mostró la menor intención de detenerle.

—Nunca más —le dijo a Noble a la mañana siguiente—. Nunca más volverá a pasar algo así.

El caballo cabeceaba con frecuencia y se movía con cierto nerviosismo, captando la tensión de su habitualmente templado jinete.

La noche pasada Marc le había hecho cabalgar hasta que el sudor había cubierto el pelaje bayo. Después se internó en el bosque y le dio mucha cuerda para que pastara y descansara a su antojo.

Él, en cambio, apenas había dormido. Tardó bastante en conciliar el sueño y se despertó varias veces, perseguido por los rostros de Aurore, Gaulton o del mismísimo Emperador. En ellos no vio más que muestras de desdén, cuando no de abierto desprecio.

—Eres un fraude —dijo Gaulton, ya de madrugada—, no vales para nada. No eres más que un puñado de bonitos cabellos rubios, no vales para esto. No tienes lo que hay que tener, todos lo saben. También nuestro Señor.

—Cumplí la misión, no tuve que herir a nadie —dijo Marc, tratando de explicarse—. Ventura aceptó las condiciones, todo fue bien. ¡Hermano, tienes que creerme!

—No lo llames así —dijo el Emperador, algo después—. No merece que alguien como tú lo llame hermano. No eres más que un inútil.

—Mi señor, solo quiero hacer vuestra voluntad —rogó Marc con lágrimas en los ojos—. Perdonadme. ¡Os lo imploro!

—Tú tienes la culpa —anunció Aurore poco antes del alba—. He muerto por tu culpa.

—¡No! ¡Yo quería ayudarte! —había gritado el muchacho.

Pero cuando despertó, incorporándose sobresaltado, únicamente el cielo nocturno

le devolvió la mirada.

Apenas comenzaba a clarear cuando ensilló a Noble. Poco después ya estaba de nuevo en camino.

El sol se había hecho un tímido hueco en un cielo plagado de nubes. El ambiente era fresco y húmedo y daba la impresión que no tardaría en llover.

Marc avanzaba taciturno, embozado en su capa de viaje y con el sombrero, del que había retirado la hoja de roble, bien calado.

Sentía la cabeza pesada y los ojos rojos por las pocas horas de sueño. Sin embargo, los fantasmas habían quedado atrás. Sabía que tenía que concentrarse en la misión y hacia ella dirigió todas sus energías.

En aquellos momentos podía ver claramente que el bendito Emperador, en su infinita sabiduría, lo había ido alejando cada vez más de los asuntos mundanos. Quizá porque no era diestro al juzgar esas cuestiones.

—Puede que no esté hecho para tratar los asuntos de los hombres —se dijo, ensimismado en sus pensamientos.

En lugar de eso, Jhaunan lo había encaminado cada vez más a la lucha contra la oscuridad, donde había demostrado ser mucho más competente.

Más de cuatro años habían pasado desde que cumpliera su primera misión, allá en Valle Sombrío, en Quiles. Desde entonces, había cosechado un éxito tras otro sin errar ni desfallecer. Aún no comprendía qué era lo que había salido mal en Agua Clara, pero no pensaba dar motivos a nadie para desacreditarlo de nuevo ante el Emperador. Cumplir su voluntad y triunfar en la empresa que le había sido confiada lo redimiría ante Él y sus hermanos, sin que importara cuál hubiera sido su fallo.

Solo evocar el recuerdo de sus cuatro compañeros le hizo sentir una punzada en el pecho, especialmente debido al último encuentro que tuvo con Gaulton.

Nada le gustaría más en esos instantes que compartir una charla amigable con Philippe para sentirse rodeado de su franca bravuconería y desahogarse con él. Hacía varios meses que no lo veía y la añoranza iba haciéndose presente poco a poco.

En aquellos años, el gigantón pelirrojo había hecho estragos entre las hordas bárbaras de Uruth y los infieles de Ágarot. Siempre que podía, se unía a los ejércitos imperiales en las campañas que con cierta frecuencia tenían que llevar a cabo. La soldadesca lo conocía como la avalancha pues, allí donde se encontraba, las huestes enemigas caían como si fueran arrasadas por un alud.

Todo el mundo quería a Philippe. Bebía y cantaba con los hombres como si fuera uno más. Se emborrachaba y disfrutaba de la vida a bocados, ya fuera en la batalla, persiguiendo alguna bestia o en la cama. En cambio, los asuntos más delicados le interesaban cada vez menos. Todo el mundo en la Orden comentaba aquella vez que se le mandó a investigar las acusaciones de traición del barón de Rockenwert hacia su esposa. El resultado fue una mujer cortejada con absoluta desfachatez y un barón

arrojado desde una ventana de la torre del homenaje de su propia fortaleza.

Ni que decir tiene que el revuelo fue tremendo. Alguien le contó que el Gran Maestro había gritado tanto y se había puesto tan rojo cuando Philippe acudió para informar, que temieron que le diera un infarto.

—¡Pobre de mí! —le había dicho unas semanas más tarde, cuando coincidieron en una posada de Rock-Talhé, no lejos de la susodicha baronía—. Soy un inútil, mi cabeza está hueca ¡Tonto, tonto y mil veces tonto! —había exclamado mientras se daba unos golpecillos en la frente.

Sin embargo, a Marc no le pasó desapercibido que, cuando volvió a alzar su jarra, Philippe sonreía con disimulo.

En el fondo, sospechaba que luchar y vencer con el poder de sus tendones era lo que más disfrutaba su hermano en la vida. Y hacia eso se le encaminó, vistos los resultados.

Jean se había convertido, finalmente, en el asesino más mortífero de las cuatro provincias. Actuaba en la sombra y, como una silenciosa araña que se descuelga desde el techo, clavaba unos colmillos emponzoñados para desaparecer al instante siguiente.

Su piel se había vuelto más y más blanca, a fuerza de no ver la luz del sol.

Aunque siempre había sido algo huraño y parco en palabras, se había retraído aún más con el paso del tiempo. Pasaba horas estudiando los distintos efectos de las plantas e ideando nuevos compuestos. Algunos compañeros de la Orden, incluso, afirmaban que lo habían visto dirigiéndose al Monasterio para estudiar junto a los sacerdotes oscuros.

—Vaya estupidez —había respondido cuando Philippe se lo preguntó abiertamente una noche.

—Su rostro era tan inexpresivo —le había contado el gigantón—, como si le hubiera pedido información acerca del tiempo en Quiles.

Gaulton, en cambio, solo ansiaba el poder y la gloria. Sus acciones únicamente se encaminaban a ser recordado como el más grande inquisidor de todos los tiempos. Luchaba a brazo partido contra hombres y bestias por igual hasta que cumplía escrupulosamente con el objetivo de su misión. Mathius había dicho una vez que, si se lo pidieran, acabaría con una enfermedad matando a todos los enfermos. Marc nunca estuvo seguro de si aquello fue realmente un chiste o no.

Su antiguo compañero cumplía la voluntad del Emperador con una estricta exactitud, llevando sus encargos al extremo y, como solía decir, cumpliéndolos dos veces si era posible.

Cada vez más, había sido enviado a controlar los excesos de los poderosos y, a fe de Thomenn que desde que él se encargaba mayoritariamente de esas cuestiones, nadie osaba escatimar una sola moneda de los impuestos.

Todo el Imperio pareció sacudirse cuando, apenas hacía un año, acudió para investigar las cuentas del barón de Cerro Viejo, en Quiles.



Dos días después de llegar al castillo, Gaulton mató al primer consejero en la sala de audiencias, tras encontrar pruebas que lo incriminaban en un importante desfalco. No llevaba una semana allí cuando volvió a entrar en aquella estancia, se dirigió hasta el sobrino del barón y lo decapitó ante el estupor de todos los presentes.

—En virtud de *El Código* que nos fue entregado y que rige nuestra legalidad, nombro Señor de Cerro Viejo al hijo del barón. Espero que vos elijáis mejor a vuestros administradores. —Y, sin más, se fue.

Evidentemente, toda la nobleza de Quiles alzó la voz contra aquel ultraje. Sin embargo, apenas unos días después, un comunicado imperial llegó a la sede de cada baronía quileña. En él se aclaraba que Gaulton solo había sacado a la luz los embrollos financieros de Cerro y que cualquiera que traicionara la confianza imperial sería obsequiado con el mismo trato.

Mathius, mucho menos polémico, había aprendido a amar las olas y, siempre que podía, cumplía misiones cerca del mar. Las gentes no se explicaban cómo era posible que acostumbrara a echar la siesta en una barca, en medio del agua. Por alguna misteriosa razón, los seres que vivían más allá de la costa siempre lo respetaban.

Los años lo habían convertido en un poeta, alejado cada día más de la dura vida del inquisidor. Mathius no dudaba en enamorarse de un joven al que, días después, debía abandonar para dirigirse a una nueva población, donde encontraría algún otro. Tenía, además, varias flautas que siempre llevaba consigo y practicaba a diario. Corría el rumor de que, en una ocasión, ganó un prestigioso concurso de música en Pasevalle, disfrazado de bardo. También se decía que una vez había sido asaltado en medio del bosque mientras tocaba. El mestizo acabó con dos bandidos sin utilizar nada más que el instrumento que tenía en las manos.

—Poco a poco se va haciendo más humano —le había dicho una vez Philippe, en uno de esos alardes de sabiduría que protagonizaba tras unas cuantas jarras de más—. Y lo envidio por ello, pese a su estilo un tanto bohemio e invertido.

Marc no le había dado importancia en aquella ocasión, pero no fueron pocas las veces que, al recordarlo, pensó que quizá Mathius era el más feliz de todos.

Realmente desde que Aurore murió se había sentido más solo en la vida. Tenía a sus hermanos, aunque ya no era posible verlos tanto. También había conocido el cuerpo de otras mujeres pero sabía, con solo mirarlas a los ojos, que no encontraría en ellas lo que había sentido con la bruja.

En medio de esa comezón, Marc había ido creciendo hasta convertirse en un hombre de porte elegante que, tan solo unos días antes, entraba ilusionado en las dependencias que la Orden tenía en la Catedral.

Los guardias lo saludaron nombrando su rango y él contestó con un movimiento de cabeza. Avanzó con seguridad ante las inclinaciones de todo el que se cruzaba con él y entró en el despacho del Gran Maestro tras golpear la puerta con los nudillos.

—Comandante —lo saludó el anciano sin levantar la vista.

—Gran Maestro, me alegro de veros —contestó Marc inclinando la cabeza—, espero que os encontréis bien y gocéis de salud.

—¡Por favor! —dijo el otro clavándole sus ojos saltones—. Déjate de pamplinas, Marc. Llámame por mi nombre cuando esos untuosos mojatintas de afuera no puedan oírnos.

—Como quieras, Jhaunan.

El anciano se volvió de nuevo hacia sus papeles.

Los hombros anchos, otrora fuertes y musculados, estaban hundidos. Sus rasgos, que se pronunciaban de manera tan exagerada como de costumbre, se encontraban en aquellos momentos en un rostro cansado y lleno de preocupaciones.

Antes de continuar, Jhaunan cerró los ojos y se los frotó con las manos. Después inspiró profundamente.

—Han surgido complicaciones en Seléin —dijo en un extraordinario esfuerzo comunicativo.

Generalmente el anciano se limitaba a despachar con una o dos frases a sus subalternos. Sin embargo, aquel asunto parecía más grave de lo habitual.

—Un árbitro ha desaparecido mientras investigaba en un pequeño pueblo del oeste. Y, junto a él, la cohorte de quince hombres que lo acompañaba. —La expresión de su cara era de honda preocupación.

—¿Quién era? —preguntó Marc.

—Dubois, de Louisant.

Marc lo conocía de oídas. Decían que era un hombre que disfrutaba con su cargo. Le encantaban las recepciones oficiales, las muestras de respeto y rodearse de toda la parafernalia que su gran ego requería. Recordaba haber escuchado que mandó que le hicieran un peto brillante con adornos de oro puro.

—No gozaba de muy buena fama en la Orden —comentó al fin.

—¡Demonios, no! —respondió el Gran Maestro dando un puñetazo que hizo crujir la mesa—. ¡Era un puñetero figurín, pero cumplía sus misiones! Y ahora ha desaparecido como si toda la estupidez que llevaba encima lo hubiera engullido.

—¿No hubo testigos?

—Si los hubo, prefieren morir antes que hablar.

—¿Han aparecido sus joyas o sus armas en algún mercado?

—No, nada. Ninguna señal, Marc, y ese es el peor indicio que podríamos tener. —Jhaunan se masajeó las sienes, mirando al vacío durante unos instantes—. Escúchame: Dubois comenzó a investigar la desaparición de unos volúmenes que se custodiaban en Pasevalle. Había sentado su arbitrazgo hacía ya años en la capital de Seléin, así que se tomó el asunto muy en serio. Su reputación estaba en juego.

—No entiendo por qué un árbitro abandona su puesto para investigar la desaparición de unos libros —respondió Marc, perplejo.

—Sencillamente porque estaban almacenados bajo llave en el Templo de

Thomenn victorioso.

—El que se erigió en las ruinas del palacio del Rey Brujo —murmuró el joven, frunciendo el entrecejo.

—Exacto. Antes de partir, Dubois nos envió un mensaje. Los manuscritos habían desaparecido sin dejar ninguna pista tras ellos. Los sacerdotes que los tenían a su cargo no habían visto nada raro, pero le aseguraron que databan de la época del mismísimo Rey Brujo. Nuestras investigaciones confirmaron que cabía la posibilidad, incluso, de que fueran encargados por él mismo; y ya sabes lo nervioso que se pone todo el mundo cuando algo relacionado con ese bastardo escapa a nuestro control.

Aquello, desde luego, era cierto. Los actos del antiguo líder de Seléin y verdugo del Segundo Emperador todavía tenían sus repercusiones. Las intrigas urdidas hacía ya siglos de vez en cuando volvían para golpear de nuevo al Imperio.

—¿De qué trataban? —preguntó Marc con interés.

—Nos falta información. —Jhaunan se rascó la rala cabellera con impotencia—. La biblioteca es inmensa y los sacerdotes solo dijeron que tenían que ver con temas de geografía, mapas antiguos y esas cosas. El caso es —dijo el anciano mirándolo a los ojos— que Dubois encontró algo que le hizo abandonar Pasevalle y viajar hasta Regia apresuradamente.

—Supongo que no sabemos por qué tomó esa decisión.

—No, pero debió de ser lo bastante grave como para dejar su puesto en pos de esos volúmenes. Tenemos motivos para pensar que siguen todavía en el pueblo al que se dirigió, junto a lo que acabó con él.

—¿Una bruja?

—Con toda probabilidad —contestó el Gran Maestre mirándolo bajo sus pobladas cejas.

Sus ojos tenían una sombra de preocupación que el inquisidor no había visto antes.

—Marc, ten cuidado. Todavía no has tenido que luchar contra ellas. Son taimadas y poderosas y nunca suelen mostrarse tanto en sus actividades, deben tener razones importantes para ello. Un árbitro con quince hombres bien adiestrados no desaparece así como así. Puede que nos estemos enfrentando a algo más peligroso que lo que hemos visto en los últimos años.

Marc se mostró dubitativo por unos segundos.

—¿Hay algo que yo deba saber? —preguntó Jhaunan con impaciencia.

—Señor, me preguntaba por qué me entregan a mí esta misión. Tras lo que ocurrió en Agua Clara pensé que no gozaría de suficiente crédito para encargarme de una tarea de este calado.

—¡Qué Gillean te lleve! ¡Eres un comandante inquisidor, todo el mundo sabe lo que vales! ¿Quieres encargarte de esto o tendré que llamar a otro?

—En unas semanas estaré aquí con la tarea cumplida —contestó Marc alzando el mentón.

—Eso espero, por el bien de todos nosotros. Quizá deberías llevarte a alguno de tus hermanos o, por lo menos, una cohorte. Este asunto podría ser demasiado para un solo inquisidor.

—Primero investigaré. Puede que, si hacemos demasiado ruido, nuestros objetivos huyan. Después, para la confrontación, quizá mande mensajes a los hermanos que se encuentren cerca.

—Como quieras —contestó el otro.

El Gran Maestre le había parecido realmente preocupado, mucho más que de costumbre. En todo caso, aquel era un asunto extraño: cualquiera de ellos estaba expuesto a multitud de peligros y no era infrecuente que, cada cierto tiempo, les llegara alguna terrible noticia. Pero, un árbitro y quince hombres desaparecidos sin más no era algo común en el Imperio. Desde luego, no presagiaba nada bueno.

El Camino Viejo estaba impregnado del aroma de los pinos. El otoño venía fresco y otros árboles menos afortunados comenzaban a perder sus ropajes. A lo largo de la calzada, el viento había arrastrado miles de hojas de los poblados bosques de Selén. Tanto era así, que apenas se podía ver la piedra bajo la mullida alfombra.

El cielo estaba encapotado y, aunque tan solo sería mediodía, el ambiente era húmedo y el sol no parecía querer asomarse con más insistencia durante aquella jornada.

Marc no estaba disfrutando ni del viaje ni del campo. Su mirada se perdía a lo lejos, concentrado como estaba en los acontecimientos de los últimos días y en la importante misión que tenía entre manos. Ni las nubes oscuras ni el ocasional golpeteo de unas gotas contra su sombrero parecían tener el más mínimo efecto en su ánimo.

Solo faltaban unos kilómetros para llegar a la posada donde pasaría la noche cuando un virote salió disparado de la espesura para clavarse en su espalda.

Marc lanzó un grito de dolor y se derrumbó hacia adelante, en un claro estertor de muerte. Al instante, aparecieron dos asaltantes por delante y otros dos por detrás. Uno de ellos todavía sostenía una ballesta.

Avanzaron hacia el caballo, que piafaba ruidosamente en medio de un nervioso caracoleo. Su jinete estaba encorvado y tenía los brazos caídos.

Sin embargo, el primero que se acercó fue obsequiado con un generoso tajo en la garganta, en medio de un revoloteo de tela oscura. Cuando la capa del inquisidor cayó al suelo, quedó a la vista una bella coraza decorada con hojas de roble y la cabeza de una bestia en el frente. El proyectil solo había abollado el metal.

Marc se alzó sobre Noble, empuñando su espada y la rodela.

—Rendíos y os perdonaré la vida —dijo.

Esperaba que los bandidos comprendieran su error pero, en lugar de eso, empuñaron con más fuerza las armas y comenzaron a rodearle. En sus ojos había

miedo y sorpresa, pero también decisión y un absoluto desprecio por sus vidas.

—Deponed las armas —pidió de nuevo, con voz serena—. Os aseguro que tendréis un juicio justo.

Ninguno de ellos abrió la boca.

Marc se preguntó qué tipo de convencimiento podía llevar a unos hombres a lanzarse así contra un inquisidor, aun a sabiendas de su poder. Pero, en vez de aceptar la poco frecuente misericordia que les ofrecía, el que estaba situado tras él le atacó con la espada en alto.

Marc paró el golpe con la rodela y le disparó en plena cara con la pequeña ballesta que llevaba cogida tras ella. Después, se volvió a tiempo de bloquear una espada con su propia arma y girarse para evitar lo peor del otro ataque.

Instintivamente, Noble se encabritó y golpeó a uno de los dos con sus cascos, relinchando con furia.

El que quedaba en pie se sintió momentáneamente confundido y cayó al suelo con un tajo en el vientre antes de saber qué había pasado. Marc retrajo la Voluntad a tiempo de calmar a Noble y evitar que pisoteara al único que había sobrevivido. El caballo cabeceaba con violencia y, por momentos, parecía que fuera a lanzarse de nuevo contra él.

—¿Quiénes sois? —preguntó el inquisidor desmontando.

El caído tendría veinte años escasos pero, pese a su juventud, la mirada era fiera y apretaba los dientes con desafío. Cuando Marc se acercó intentó clavarle un cuchillo, pero lo apartó con la espada sin dificultad.

—¿Por qué me habéis atacado? —preguntó de nuevo—. Vosotros no sois salteadores.

En vez de contestar, el muchacho miró el bolsillo que tenía en el chaleco. Antes de que Marc pudiera evitarlo, cogió un pequeño objeto y se lo llevó al cuello, donde apareció un minúsculo punto de sangre.

—Muérete, siervo del demonio —le dijo antes de que la boca se le comenzara a llenar de espuma.

En cuestión de segundos, puso los ojos en blanco y comenzó a tener convulsiones. Marc ni siquiera tuvo tiempo de echarse sobre él antes de que quedara inmóvil.

Con una mueca de decepción comenzó a registrar los cuerpos en busca de cualquier indicio que pudiera servirle. No encontró nada significativo hasta que, casi por casualidad, descubrió un tatuaje en el pecho de uno de ellos. Era una espada, como el símbolo imperial, pero en este caso estaba rota por la mitad.

Sin saber qué pensar de todo aquello, Marc se dirigió al pueblo más cercano, donde se ocupó de su herida y ordenó al alguacil despejar el camino. Después, envió un mensaje a Hýnos informando del ataque y, especialmente, del símbolo que había descubierto.

Al día siguiente, la lluvia arreció desde primera hora. Pronto, el Camino Viejo se encharcó y casi todos los viajeros retrasaron su partida. Marc en cambio ensilló y, con el sombrero puesto y la pesada capa de viaje bien embozada, partió rumbo a Regia.

Durante dos días llovió como si el océano estuviera entre las nubes y al día siguiente, oscuro y desapacible, se levantó una niebla muy densa desde primera hora.

Los árboles, bellos y amables tan solo hacía unas jornadas, resultaban lóbregos y amenazantes al percibirlos entre la bruma. Los pocos viajeros que transitaban el Camino Viejo se arrebujaban en sus ropas para protegerse del frío y la humedad. Ninguno dirigió al solitario jinete ni una palabra.

Para cuando llegó a Regia, la lluvia caía de nuevo desde hacía un par de horas.

Marc se dirigió directamente a la casa de su contacto, Hollis, situada en las afueras. Era una cabaña, vieja, discreta y algo apartada de las demás. En la parte trasera había un pequeño cobertizo donde acomodó a Noble.

Antes de llamar a la puerta, el joven echó un vistazo alrededor, pero no encontró miradas curiosas. Las calles estaban desiertas, como si los habitantes del pueblo supieran que tenían poco que ganar en la oscuridad del anochecer, especialmente con el aguacero que estaba cayendo.

Un anciano de ojos vivos abrió tras escuchar los tres golpes pausados contra la puerta maciza. Sin palabra ni gesto, se apartó y franqueó la entrada al huésped.

Tenía el pelo blanco, escaso y alborotado. Era delgado y débil en apariencia, pero algo en la manera de moverse y mirar le confería vitalidad y astucia.

Sirvió caldo de pollo aguado en dos tazones y después se sentó, aguardando al otro.

La estancia era la más grande de las dos habitaciones que tenía la casa. Una pequeña mesa cuadrada se alzaba cerca de la chimenea, cuyo calor se agradecía nada más entrar. En las paredes había estantes con libros y aperos de cocina, así como varias armas antiguas colgadas.

Por la puerta entreabierta se atisbaba un dormitorio, sobrio y espartano, cuya cama estaba presidida por una talla de la Espada y el Roble.

Marc echó un vistazo y después se quitó la pesada capa, el sombrero y se sentó.

—Un tiempo de perros.

—De demonios, en realidad —contestó el viejo con una sonrisa maliciosa—. Se huele la magia en el ambiente ¿no creéis?

Marc asintió gravemente y tomó el caldo en silencio, ante la atenta mirada del otro.

—¿Necesitáis que os mire esa herida?

—No es más que un rasguño —dijo Marc, quitándole importancia.

—Esta lluvia —dijo Hollis al cabo de unos minutos— se da solo por aquí. Durante días, llueve como si no pudiera ser de otra manera. No vemos el sol durante todo ese tiempo. Las noches son lóbregas y se escuchan los aullidos de los lobos y otros sonidos que a un forastero le helarían la sangre en las venas.

Marc pidió un segundo cuenco y Hollis se apresuró a llenárselo.

—Pero, al fin y al cabo, esto es Seléin —continuó el hombrecillo—, aquí estamos acostumbrados a ver y oír cosas. Demonios, si cada vez que una extraña luz baila entre los árboles hubiera que movilizar a los regimientos acantonados, pasarían más tiempo de servicio que respirando.

Marc volvió a asentir y miró las llamas.

—Sin embargo, vivimos tiempos extraños por aquí. —Hollis se rascó la cabeza, pensativo—. Todo ese tema de Dubois; libros robados por las brujas; la desaparición de tantos hombres y, encima, aquel tema de Agua Clara que todavía colea.

—¿A qué te refieres? —preguntó Marc alzando la cabeza, súbitamente interesado.

—¿No lo sabíais? El Señor de Agua Clara fue acusado de traición por no cumplir un mandato imperial en el que se le requerían hombres para ayudar en una empresa contra Ágarot. Hubo algunos, aquí en Seléin, que estuvieron a punto de tomar las armas y colgarlo. Al parecer, las cosas se calmaron, pero el barón se libró de enviar a sus súbditos al combate, así que todavía hay quien murmura contra su audacia en las negociaciones.

Marc asintió, recordando con incomodidad todo aquello.

Ambos quedaron sumidos en sus pensamientos durante unos instantes. Después, Hollis miró también hacia el fuego y continuó.

—Sin embargo, fue una desgracia lo que le pasó a su hijo. Ningún padre debería ver cómo entierran a sus vástagos. Es antinatural. Es cierto que algunos dicen que fue un castigo del mismísimo Creador, alabado sea. —El anciano se llevó una mano al corazón e inclinó su cabeza un momento—. Pero a mí me parece que fue una desgracia.

—¿Qué es lo que has dicho? —Marc tenía la cuchara agarrada con tanta fuerza que los nudillos habían quedado blancos. Sus ojos estaban abiertos como platos y parecía que la comida ya no le interesara en absoluto.

—Oh, no me hagáis caso —contestó Hollis—, con la edad uno se vuelve más sensible y proclive a la divagación. No obstante, me niego a pensar que el Creador pudiera haber deseado esa muerte. Es mi opinión, claro está, pero es firme.

—Lo del hijo de Ventura ¿Qué es lo que ha pasado con él? —insistió Marc.

—El muchacho, sí —contestó Hollis haciendo memoria—. Era un joven apuesto y saludable, yo lo vi una vez, cuando era poco más que un niño. Ya se le veían buenas formas, un carácter bondadoso y una naturaleza fuerte. Nadie se explica cómo pudo enfermar tan rápido. Por lo que cuentan, sufrió mucho durante algo más de una semana y después murió.

Marc empezaba a tener una mala sensación con este tema y no pudo evitar la pregunta:

—¿Cuáles fueron los síntomas?

—Dejadme pensar —contestó el otro mientras apartaba la mesa para acercar dos viejos sillones a la chimenea. Después de indicar al inquisidor que se acomodara,

tomó una pipa de un cajón—. Los comerciantes con los que hablé me dijeron que tuvo fiebres cada vez más fuertes y que llegó a delirar.

El anciano cargó el tabaco en la cazoleta y la encendió con una ramita que prendió en las llamas. Realizó unas cuantas aspiraciones enérgicas antes de sacudir el fuego.

—Al parecer, lo más terrible fueron las llagas. La piel se le comenzó a llenar de heridas y supuraciones. Dicen que, hasta que el muchacho perdió el conocimiento, sufrió mucho. Pobre Ventura, me pregunto cómo no se ha vuelto loco.

Marc se llevó una mano a la cabeza y trató de disimular un escalofrío. Aquellos síntomas le recordaban demasiado bien al veneno lento que solía usar Jean.

Tuvo que tomarse unos minutos de silencio antes de volver a hablar.

—Cuéntame todo lo que sepas del tema de Dubois.

—Dubois —repitió el anciano. En su voz había un regusto de amargura que no se molestó en disimular—. Lo conocía desde hacía mucho tiempo. ¡Ramas del Roble, incluso participamos en algunas empresas juntos! Siempre fue el más listo y el más audaz, o eso creía él. Nunca respetó ni la veteranía ni los consejos. Si hubiera tenido un poco más de cabeza, todavía estaría aquí. Si tan solo me hubiera escuchado...

—¿Qué es lo que pasó? —preguntó Marc.

Hollis pegó unos vigorosos tiros a la pipa antes de cruzarse de brazos.

—Salí a su encuentro antes de que llegara al pueblo. Fui andando, pues no tengo montura. Caminé durante más de una hora hasta que me lo encontré, avanzando muy erguido por medio del Camino Viejo.

El anciano gruñó y chasqueó la lengua antes de seguir hablando.

—Me despachó como si fuera un viejo ignorante. Desoyó mis consejos y ni siquiera detuvo su montura para decirme que se encargaría de que los ladrones recibieran su merecido castigo. —El anciano miró a los ojos al inquisidor—. Era todo ambición. Apuesto mi espada a que en esa cabeza no había otra cosa que la recepción que le organizarían en Hÿnos para celebrar su éxito.

—¿Qué le dijisteis? —preguntó Marc—. ¿Cuál era vuestra información?

—La Orden me había informado desde Pasevalle del robo de los libros y de que el árbitro ya había salido hacía aquí. Marc —dijo llamándolo por su nombre por primera vez—, yo he nacido en Seléin. No tuve fuerza para ser inquisidor y no he sido de los árbitros más famosos, pero he pasado en la Cuarta Provincia todo el tiempo que he podido. Considero este pueblo mi hogar y no me fue difícil percibir que algo no iba bien.

Hollis se levantó para asegurar los postigos de la ventana y, de paso, se aseguró de que no había nadie mirando. Afuera, la lluvia seguía cayendo con fuerza.

—Aquí la gente no habla, no cuenta lo que sabe. Podrías tener por vecino a un colaborador de las brujas y convivir junto a él durante décadas sin enterarte. No hubo ningún comentario, pero vi forasteros cuya voluntad les precedía al llegar. Gentes de mirada más dura que los brazos de Elías. ¡Por el sagrado Thomenn, no he sentido



tanto miedo en años! —dijo el anciano mirándose las manos con desazón—. Ahora soy viejo y vulnerable, lo sé, pero he visto mucho en mi vida para asustarme por cualquier cosa. Te aseguro que hay algo en el ambiente que me pone los pelos de punta.

—Bien —dijo Marc—. Pero ¿qué le dijiste a Dubois?

—El muy imbécil entró en el pueblo con toda la parafernalia de su rango —dijo el otro golpeando súbitamente la mesa—. Ya sé que nuestro cometido tiene un marcado componente político, pero eso fue precisamente lo contrario a lo que yo le dije. Le ofrecí traerlo discretamente aquí y él se rio. «Tranquilo abuelo, yo me encargo», me dijo dándome una palmada en la espalda. Procedió de la peor manera posible.

—Dejemos las opiniones —pidió Marc tratando de llegar al meollo del asunto—. ¿Cómo sucedió?

—Dubois entró en el pueblo a la cabeza de sus hombres. —El viejo se revolvió molesto en el butacón—. Uno de ellos incluso llevaba un estandarte con su escudo de armas. ¡Un escudo de armas! ¿Puedes creerlo? No es un noble, pero hizo que alguien confeccionara un escudo con sus gestas más loables.

—¿Qué hizo, una vez en el pueblo? —preguntó Marc con un tono apremiante.

—Sí, sí, lo siento —contestó Hollis—. Fue directo a la posada y pidió la mejor habitación que tuvieran. Después, anunció que dormiría a pierna suelta, pues a la mañana siguiente quería interrogar al delegado y a cuantos vecinos necesitara. Sin embargo, esa misma noche salió por la puerta de atrás con gran sigilo y dejó dicho a sus hombres que lo siguieran unos minutos después, divididos en dos grupos. Lo sé porque ocupé una habitación cerca de la suya, disfrazado de comerciante.

El hombre sonrió con expresión satisfecha pero se apresuró a continuar su relato ante la severa mirada de Marc.

—El caso es que todos encontraron la muerte en un callejón cerca de la plaza. Dubois había oído rumores que hablaban de un sótano usado por adoradores de Gillean y se dirigió hacia allá para investigar, pero alguien lo siguió desde la posada. Sus hombres y yo, que estaba a prudente distancia, oímos el sonido del combate. Ellos salieron corriendo para ayudarlo y cayeron de cabeza en una emboscada. Fue una carnicería digna de un matadero.

—¿Qué es lo que viste? —preguntó Marc—. ¿Alguna bruja?

—No —contestó el otro sin dudar—. Sentí que la Voluntad era esgrimida, pero no con la intensidad que delataría la presencia de una bruja. Dubois estaba luchando contra un solo oponente, por lo que pude deducir del sonido. Cuatro hombres más salieron tras los del árbitro y los atacaron con ballestas. Casi al mismo tiempo otros tantos se sumaron a la lucha desde otra calle. Cuando escuché que Dubois gritaba de dolor hui sin atreverme a volver la vista.

—¿No hubo testigos?

—No lo creo. Si alguien oyó algo, prefirió esconderse entre sus mantas antes que salir a la calle a buscarse problemas.

Marc asintió lentamente y se quedó mirando las llamas. Ambos se sumieron en el silencio, perfumados por el agradable humo de la pipa.

—Es curiosa la vida —dijo Hollis tras un buen rato—. He servido muchos años como árbitro, hasta que el peso de la edad me invitó a descansar. Casi siempre estuve centrado en temas políticos o de orden, siempre discreto en el escalafón. Supe ser un buen espía y rara vez tuve que batallar abiertamente, por lo que era poco conocido. Todo lo que yo quería era una residencia en medio de la tranquilidad encantada de algún pueblecito de Seléin.

—Y, en vez de tranquilidad, te ves envuelto en estos asuntos —dijo Marc con una sonrisa.

—Una bruja, Marc, me dijeron que sospechaban que había una bruja. Aquí, en Regia. Por Thomenn, cada vez que vemos la carreta de algún buhonero es noticia durante una semana. ¿Te imaginas el estado de agitación que ha creado todo esto? Una bruja al mando de un buen puñado de hombres. ¡En este pequeño pueblo!

—Los lacayos no me asustan, pero una bruja capaz de robar en el Templo de Thomenn Victorioso de Pasevalle es otra cosa. Eso sin tener en cuenta la desaparición de tantos cuerpos.

Marc seguía mirando fijamente el fuego. Él todavía no se había enfrentado al archienemigo del Imperio y la situación le preocupaba.

—¿Qué vas a hacer entonces?

—Iré a ese callejón. Tuvo que quedar algún indicio en medio de la refriega. Trataré de percibir algún uso de la Voluntad.

—Yo he pasado por allí varias veces y no he encontrado nada.

—De todos modos iré.

—Bien, pero la noche todavía es joven y deberías esconderte en las sombras.

—Por supuesto —contestó él, tomando un apartado tizón para manchar su coraza—. Dime, Hollis ¿has matado a alguna bruja?

—Solo dos. Ya te he dicho que nunca fui un árbitro famoso. Una de ellas era una anciana decrepita a punto de morir de vieja, no tuve más que ayudarla. Pero la otra...

Marc se volvió, sorprendido por el tono melancólico que había notado en su compañero.

—Bien, era joven y bella. Y era de las poderosas, Marc. Muy fuerte, demasiado para mí, así que opté por una táctica poco directa. Ruin, en honor a la verdad.

—¿Qué hiciste? —preguntó Marc con curiosidad.

—La cortejé. —El viejo ya no sonreía, sino que miraba hacia las llamas con un semblante impasible, duro, propio de una época ya pasada—. Me hice pasar por un noble bohemio y artista y me trasladé cerca de su casa, a una pequeña aldea de Sauce. Allí, entre romero y trigo, arrullados por la brisa del sur, la poseí muchas noches y logré su confianza. Entonces, un día, mientras descansaba su cabeza en mi hombro, le clavé una daga en el corazón. —El viejo se llevó las manos a la cara y comenzó a sollozar—. ¡Apenas tenía veinte veranos! Todavía recuerdo su cara, con los ojos muy

abiertos, mirándome atónita, sin atreverse a creer lo que había hecho. Y, mientras escupía sangre, me pidió que la besara por última vez.

Marc miraba al anciano sin dar crédito, sin saber qué decir pese a su experiencia y su rango.

—Pero, ella era una bruja. Tú, un árbitro.

—En todas las tardes que paseamos y jugamos; en los amaneceres en los que quedé dormido abrazándola; durante las horas que hablamos y vivimos juntos, nunca vi maldad en ella. —Hollis hablaba con los ojos rojos y húmedos—. Averigüe que en ocasiones se reunía con otros de los suyos, pero jamás hizo nada que pudiera censurar. Nunca causó mal ni a mí ni a nadie. Era solícita con los que necesitaban ayuda, no había en ella malicia de ningún tipo. Y lo único que me pidió, al final, fue un beso.

—¡Era una bruja!

El viejo calló durante unos segundos y se enjugó las lágrimas.

—Lo sé. Lo sé, compañero, mi comandante, lo sé. Nunca osaría cuestionar las órdenes de la Orden o del Emperador, pero lo cierto es que se me escapa la moralidad de aquel acto. Matar a una niña de esa manera. No sé. Aún hoy me remuerde la conciencia. Pero no me hagas caso, solo soy un viejo que desvaría —dijo, recuperando la compostura y tratando de volver a sonreír—. Descansa unas horas, necesitarás todas tus fuerzas si llegas a batirte con un siervo del mal.

—Sí, tienes razón —musitó él, algo confundido.

Hollis le hizo pasar a la habitación y le ofreció su modesta cama.

Marc se tumbó y, poco a poco, se sumió en un sueño intranquilo en el que recordó a Aurore.

Unas horas después, la mano tranquilizadora de Hollis le hizo abandonar una pesadilla para llevarlo a un mundo en el que el cielo seguía nublado y apenas se intuía la luna. Hacía poco que había dejado de llover y casi no soplaba el viento.

—Una noche perfecta para cazar —dijo el anciano ofreciéndole un vaso de té.

—Veremos —respondió Marc tomando un sorbo y sacudiendo la cabeza para despejarse.

Minutos después, una sombra que no hacía ruido al caminar se deslizaba por las oscuras calles de Regia.

La población era, en efecto, pequeña y modesta. Si bien la cabaña de Hollis era de las más humildes, las otras no eran mucho más lujosas. Solo el centro del pueblo mostraba un pequeño arrebató de ostentación en forma de casones antiguos. Las fachadas estaban adornadas con tallas de madera en forma de volutas y grandes ventanales que todavía conservaban algunos escudos de armas sobre ellos. La plaza estaba decorada con una bella fuente de mármol blanco y unos pilotes de forja en los que, alguna vez, habría ardido algún tipo de iluminación.

Sin embargo, la poca gloria que hubiera tenido Regia, hacía ya tiempo que había pasado. De la nobleza que le había dado nombre, solo quedaba el recuerdo: los frontales de las residencias más señoriales tenían desconchones y la pintura estaba desvaída; la fuente no tenía más agua que la de la lluvia y daba la impresión de que no la habían limpiado en mucho tiempo; el adoquinado de la plaza se veía deslucido y, en los puntos en que se había parcheado, las piedrecillas o incluso el barro le otorgaban una apariencia triste y estropeada.

Al llegar allí, Marc se detuvo unos instantes pegado a una pared para escrutar los alrededores y asegurarse de que nadie lo seguía. Todo parecía tranquilo hasta que giró la vista hacia la entrada del callejón. En el lugar en que muriera el árbitro, parcialmente oculto por unos viejos toneles rotos, había un hombre.

—Algo de verdad tiene que haber en los rumores sobre ese sótano —murmuró Marc, agachándose para disimular aún más su presencia.

En ese instante, el centinela se giró hacia él. Con un mal presentimiento, el inquisidor miró en rededor y descubrió que otras dos siluetas surgían en la noche. Se le acercaban desde detrás de la fuente, agazapadas en las sombras. Ante ellos, tal y como había dicho Hollis, se sentía la Voluntad. Sondeaban torpemente a su alrededor, como se tantearía con la mano en la oscuridad hasta encontrar una vela.

Sin esperar más, Marc saltó el murete tras el que se escondía y corrió, huyendo por una callejuela lateral. Enseguida oyó gritos y pisadas que lo perseguían.

Pensando con rapidez y recordando sin poder evitarlo el triste destino de Dubois, se apostó contra una esquina y trató de ocultar su presencia.

Cuando las pisadas estuvieron cerca, se volvió súbitamente y disparó su ballesta al que avanzaba primero. Otras dos figuras, también embozadas y vestidas de negro, saltaron por encima de su malogrado compañero casi antes de que cayera.

Marc desenvainó con un movimiento fluido y se enfrentó a las afiladas hojas que cortaron el aire hacia él.

En el mismo momento en que los aceros chocaron, quedó claro que ninguno era un aprendiz. Los atacantes esgrimían una espada en la diestra y un delgado estoque en la siniestra. Se movían con agilidad, fintando y esquivando con la seguridad que da la experiencia.

Uno de ellos evitó el ataque de Marc y aprovechó el movimiento para situarse tras él, fuera de su ángulo de visión. Casi al mismo tiempo, el inquisidor tuvo que rodar para colocarse de modo que pudiera cubrirse la espalda contra una pared.

Individualmente, ninguno de ellos suponría un reto para Marc, pero juntos lo acosaban de tal modo que nunca podía llevar la iniciativa del combate. Cuando se lanzaba con más decisión a por uno de ellos, el otro lo atacaba insistentemente por detrás, obligándolo a protegerse de nuevo. Marc no tenía más remedio que luchar a la defensiva.

El entrechocar del acero llenaba la noche. Los hombres gruñían y jadeaban por el esfuerzo, pero no pronunciaron ninguna palabra. Se batían con destreza rodeados de

la oscuridad, donde cualquier sombra podía esconder un obstáculo con el que tropezar o una hoja cuyo ataque no se percibiera.

En medio del combate, digno de los más reputados salones de esgrima del Imperio, Marc consiguió extraer la suficiente concentración para utilizar la Voluntad. Súbitamente, uno de los agresores trastabilló, conmocionado por un instante. Ese escaso momento de tregua fue, no obstante, lo único que el inquisidor necesitaba para cambiar las cosas: se lanzó de golpe a por el otro con toda su fuerza, atacando con la espada y parando con la rodela. Su contrincante se defendió bien, pero no pudo evitar que una finta de Marc se convirtiera en un tiro a fondo que lo hirió profundamente en un brazo.

Su compañero ya se estaba levantando y sacudía la cabeza para despejarse, pero el herido comenzaba a tener verdaderos problemas. Reculaba e intentaba mantener lejos las armas del inquisidor con movimientos demasiado abiertos de su espada. Viendo una oportunidad, Marc cargó con decisión y volteó el cuerpo. Mientras su espada bloqueaba el ataque, la rodela giró ampliamente para asestar un tremendo golpe en la cabeza con el borde afilado. El otro llegó corriendo, solo para precipitarse contra la espada de Marc y recibir un palmo de acero en el pecho.

Fue en ese momento cuando una figura se precipitó desde las alturas, después de atravesar una ventana. Marc rodó para evitar el golpe pero, antes de poder hacer frente a la nueva amenaza, cayó de rodillas, boqueando.

La Voluntad que le atacó era mucho más fuerte que cualquier otra a la que se hubiera enfrentado en años. El inquisidor tuvo que utilizar toda su energía para rechazar el ataque y sobreponerse a las náuseas.

Consiguió levantar su hoja justo a tiempo de bloquear un ataque y saltar hacia atrás, evitando por poco el barrido de una espada muy ancha.

Ante él se alzaba un hombre que, aunque casi tendría cincuenta años, se veía lleno de fuerza y vigor. Sus hombros, amplios como una puerta, anclaban los brazos a un tronco tan grueso como el de Philippe. La espada, pese a la anchura de su hoja, parecía pequeña en unas manos tan grandes.

El rostro mostraba unos rasgos duros y cuadrados que componían una expresión de absoluta severidad. La mandíbula era ancha y el mentón pronunciado. El cabello, largo y liso, le caía hasta la espalda, totalmente cano.

Vestía una túnica oscura con extraños símbolos bordados en plata, ajustada al cuerpo por medio de un fajín de piel. Más abajo, asomaban unos holgados pantalones de lana que le permitían una gran libertad de movimientos. Al cuello llevaba un colgante que tenía la forma de una espada rota.

—Me gustaría saber qué significa eso —dijo el inquisidor, señalándolo.

Tras esquivar los dos primeros ataques, el recién llegado permitió que Marc se tomara un momento de respiro, pero de repente se lanzó de nuevo hacia él, atacando con golpes fuertes y precisos.

De este modo dio comienzo un combate en el que se luchaba tanto con las

espadas como con otras artes más sutiles que no serían perceptibles para el ojo no entrenado.

El brujo hostigaba a Marc con unas energías que parecían no tener fin. Continuamente intentaba confundir sus sentidos o hacerle perder pie hasta tal punto que, por dos veces, consiguió rozarle con su arma.

Aquel hombre no era tan fuerte como otros que Marc conocía, ni tan rápido. Sin embargo, su técnica con la espada era perfecta y la maestría con que manejaba la Voluntad en medio de un combate resultaba sorprendente.

Tal era su pericia que el inquisidor tuvo que rodar varias por el suelo para salir de la trampa en que se había convertido el muro que cerraba el callejón.

Su oponente atacaba una y otra vez, sin florituras ni movimientos gratuitos. Se apoyaba con firmeza en unas piernas que se adivinaban recias y musculadas aun bajo la ropa, e imprimía a los golpes una fuerza que no menguaba.

Marc comenzó pronto a sospechar que aquel hombre potenciaba sus capacidades físicas con el uso de la Voluntad. Teniendo en cuenta que tampoco dejaba de acosarle sutilmente con esas mismas fuerzas aquello podía considerarse tan preocupante como digno de admiración. El control que se requería para hacer algo así era mucho más elevado de lo que estaba al alcance de un hombre cualquiera. Desde luego, más allá de las habilidades de un árbitro y puede que, incluso, de las de un inquisidor.

—Eres muy bueno —susurró con una sonrisa fiera.

Marc pensó, con creciente desasosiego, que el cansancio y la fatiga por los sucesivos combates iban haciendo mella en él, mientras que su oponente parecía tan fresco como al principio. Con un escalofrío se dio cuenta de que no sobreviviría luchando de esa manera. Por fortuna, el joven había sido entrenado por muchos maestros y su destreza no se debía únicamente a la esgrima tradicional.

Pidiendo un nuevo esfuerzo a sus músculos, Marc comenzó a atacar con renovado vigor, utilizando lo mismo la espada que la rodela, como si fuera uno de esos guanteletes de púas uruthiano.

La avalancha de golpes tomó por sorpresa a su enemigo, que tuvo que recular, cediéndole la iniciativa del combate. De este modo, Marc avanzó hasta que, de pronto, dio una patada a un charco y lanzó una lluvia de barro. Tal ataque pareció no tener efecto, pues el otro se cubrió sin dificultad, pero permitió al joven el espacio que necesitaba para finalizar su acometida estirando la pierna en un fuerte golpe al tobillo. En medio de la noche se oyó un feo chasquido seguido de un gruñido de dolor.

Ferdinand solía decir que había batallas cuya pérdida no supone una merma en el honor, sino la misma muerte, «así que ganadlas, sin que importe cómo», recalcaba a menudo.

Marc prefería no utilizar trucos tan sucios, pero era consciente de que si aquel hombre triunfaba en el enfrentamiento correría la misma suerte que disfrutó Dubois. Así pues, aprovechó el dolor de su enemigo para tomarse unos segundos de descanso

y volvió a atacar.

La refriega continuó, pero había cambiado radicalmente. Los golpes del brujo habían perdido fuerza y sus movimientos no eran tan rápidos. El dolor le impedía utilizar la Voluntad como antes y las heridas iban mermando su energía. Cada vez se hacía más evidente cuál sería el resultado del combate.

—Ríndete —dijo Marc bajando la guardia mientras el otro jadeaba por el esfuerzo—. No puedes vencer. Depón tu arma y se te juzgará.

—Tu Emperador me juzgaría ¿verdad? —preguntó el otro.

Su voz era grave y resonaba como si las mismas piedras pudieran hablar. Era la voz del que no está acostumbrado a pronunciar sonido alguno.

—Es nuestro Emperador. El de todos nosotros y se te juzgará según las leyes.

—No hay leyes en su Imperio que puedan hacerme justicia —declaró el otro, apoyándose sobre la espada.

—¿Dónde están los cuerpos del árbitro y sus hombres? —preguntó Marc.

—Nunca los encontraréis.

—Eres un brujo, sabes que si no colaboras, la Orden te arrancará las respuestas por la fuerza. No hay necesidad de eso.

—Tu Orden nunca me atrapará —dijo el otro, alzando con orgullo la cabeza—. Todavía no me has vencido.

Lo cierto era que había sido un oponente formidable y que se había batido con fuerza y valentía. Sin embargo, Marc no alcanzaba a comprender cómo, ni acompañado por sus hombres, había conseguido acabar de una manera tan abrumadora con Dubois y su cohorte. Su Voluntad era sólida pero incluso un árbitro negligente debería haber sido capaz de dar la voz de alarma o dejar algún rastro tras de sí en caso de no vencer.

—Ríndete, no lo repetiré —dijo finalmente—. Todo acaba aquí.

—No, te equivocas —contestó su adversario alzándose con una sonrisa desafiante—. Todo comienza aquí. Cuando cuenten la historia dirán que este fue el principio.

Y, sin esperar más, se lanzó hacia la muerte.

Marc esquivó con facilidad su ataque y bloqueó el siguiente pero, después, no tuvo más remedio que contraatacar.

El hombre cayó de rodillas, con la espada atravesándole el cuerpo. Su mirada se clavó un momento en la de Marc, sin dejar de enseñar los dientes en una valiente sonrisa de desafío. Después cayó pesadamente.

Marc quedó sumido en un reflexivo silencio, preguntándose qué habría querido decir. Quizá se refería a los libros. Era posible que ya estuvieran muy lejos de allí, Gillean sabía con qué propósito. Pero, en ese caso ¿por qué tentar a la suerte permaneciendo en el pueblo cuando ya habían sido atacados por Dubois?

—A menos que... —susurró Marc abriendo mucho los ojos.

Tarde, demasiado tarde pese a la rapidez de sus reflejos, Marc reaccionó. Se giró con presteza, reuniendo todo el poder de su Voluntad para encontrarse con una red de

luz que se le echaba encima, envolviéndolo e introduciéndose en su cuerpo.

En su pecho, el Símbolo se puso rojo sin emitir ningún calor.

«A menos que estuviera tratando de ganar tiempo», pensó Marc sintiéndose más y más pesado.

Se revolvió sin saber qué estaba pasando. A través de la luz que se cernía sobre él y que, a la vez, salía de su cuerpo, atisbó una figura femenina que se acercaba.

Su visión se iba nublando, pero pudo sentir una poderosa Voluntad que se desplegaba cerca de él. Aquello no tenía nada que ver con el hombre al que acababa de dar muerte. Él no era el causante de todo aquello. Era ella.

Era, sin duda, una bruja.



### III

Thomenn observaba el sufrimiento de los mortales y sus lágrimas creaban estrellas fugaces en el cielo.

Los hombres se creían solos en el mundo y cargaban con una gran angustia porque desconocían al Creador y que, tras la muerte, hay un nuevo comienzo a su lado.

Thomenn veía esto y su dolor era más grande aún que el de los mortales. Sin embargo, su hermano Gillean también observaba, astuto y paciente, presto para descender tras nuestro Salvador, pues su naturaleza es malvada y encarna el mal absoluto.

—*El Manual*, Primer Capítulo.

Los sollozos despertaron a Marc.

Estaba tumbado y alguien lloraba junto a él. Llevaba ya un rato escuchando ese sonido pero solo en ese momento tomó conciencia de que no era parte de ningún sueño.

La cabeza le dolía y se sentía desorientado, pero se arriesgó a entreabrir los ojos. Vio una ventana por la que comenzaba a entrar algo de luz. Estaba en una habitación atestada de cajas, rollos de tela y todo tipo de cacharros. Parecía algún tipo almacén.

A su derecha había una forma femenina de la que procedía el sonido.

Súbitamente los recuerdos acudieron a su cabeza y se incorporó de golpe, echando mano a un arma que ya no llevaba encima.

—¡Quieto! —ordenó una voz y él obedeció sin saber por qué.

La mujer se puso precipitadamente en pie, apartándose de él. El vestido verde disimulaba un cuerpo acostumbrado al esfuerzo físico. Una sencilla diadema de metal le apartaba del rostro el cabello, que caía como una cascada de rizos pelirrojos por la espalda. Dos enormes ojos verdes lo miraban con dureza.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

—Marc —contestó él sin poder evitarlo.

El rostro de la mujer se vio cruzado por la sorpresa.

—Dime tu nombre completo.

—Marc, no tengo otro nombre —repitió él—. No sé qué me has hecho, ¡pero este hechizo no me detendrá para siempre! —gritó revolviéndose por la impotencia.

—Hechizo —murmuró la bruja sin pestañear—. Sí, podríamos llamarlo así, si quieres. Estás bajo un hechizo de una complejidad que ni siquiera podrías imaginar. Gracias a él vas a hacer todo lo que yo te diga y no podrás resistirte ¿lo has entendido?

—Sí —respondió inmediatamente Marc.

La mujer lo miraba con desconfianza, incluso con odio. Sin embargo, parecía sentirse desconcertada por algún motivo. Sus ojos estaban enrojecidos y constantemente hacía esfuerzos para que su mandíbula no temblara.

Marc percibió pronto que las maneras y la pose, excesivamente rígida, no eran sino un vano intento por parecer más imponente de lo que realmente se sentía.

—Deberías liberarme. Sabes que esto no me detendrá mucho tiempo —dijo en un

tono algo más suave.

—No, no lo hará. Pero siempre puedo ordenarte que te claves tu propio cuchillo ¡así que no me provoques! —respondió ella con furia, enjugándose los ojos—. Te llevará semanas, probablemente meses, desmantelarlo, desenredar los nudos con que está tejido. Pero, para entonces, todo habrá terminado.

—¿Qué es lo que habrá terminado?

Ella no respondió. En lugar de eso, volvió a preguntar.

—¿Cuál es tu rango?

—Comandante inquisidor —respondió Marc maldiciendo su boca traidora.

—Oh, vaya. —La bruja alzó las cejas, simulando sorpresa—. De modo que han enviado tras de mí a uno de los mejores. Me siento halagada, pero ¿tan joven? Debes de ser muy bueno. ¿Qué edad tienes?

—Veinticuatro años.

Marc apretó los dientes y la miró, sombrío. En medio de la oscuridad, le costaba entrever la expresión de su captora cuando se giraba, pero hubiera jurado que todavía mostraba cierta sorpresa.

—Puedes llamarme Alba.

—No necesito saber tu nombre más que para decírselo al sacerdote que oficiará tu entierro —respondió él.

Por su rostro cruzó una sombra de miedo que disimuló rápidamente.

—Parece que tu arrogancia te ha traicionado. Olvidas que ya no estás en posición de amenazar a nadie. Explícame cómo has llegado hasta aquí —ordenó entonces.

Marc lo hizo, muy a su pesar. Le habló del robo de los libros, de la investigación de Dubois y de cómo había partido de Pasevalle para dirigirse a Regia.

—Lo demás ya lo sabes: tú y los tuyos les tendisteis una emboscada y los matasteis sin piedad. Fue una carnicería digna de tu ralea.

—«El que busca peligro perece en él», dijo el Bufón. Él vino a matarme —replicó ella—, yo solo me defendí.

—Mataste a un árbitro y a todos sus hombres. A fieles servidores del Imperio que habían venido para proteger a estas gentes de seres como tú. Pero yo acabaré el trabajo, tenlo por seguro. —En sus palabras no había atisbo de duda.

—Esta noche ya has causado mucho dolor —respondió ella y Marc creyó ver como las lágrimas acudían de nuevo a sus ojos—. Esos hombres que has matado eran buenas personas. Algunos tenían hijos.

—Eran siervos de la oscuridad.

—¡Eran mis amigos y nunca hicieron mal a nadie!

—Adoráis al demonio. ¿Es eso, acaso, lo que indicó Thomenn?

—¡Yo no sirvo a ningún demonio! Te sorprenderías si... —En ese momento, la mujer calló, haciendo un gran esfuerzo.

Alba respiró hondo y trató de contener los sollozos antes de volver a tomar la palabra. El joven la miraba, desafiante, mientras trataba de forzar el hechizo que lo

retenía.

—A partir de ahora, Marc, serás mi guardián y te ocuparás de que no me pase nada malo. Me vas a ayudar en mi empresa y en ningún momento me harás daño ni tratarás de perjudicar mis intereses. No dejarás mensajes ni te darás a conocer ante nadie si yo no te lo pido. Vamos a ser discretos y hacer todo lo posible para que nuestra condición pase desapercibida.

—Cuando me libere...

—Cuando te liberes —le interrumpió ella—, intentarás matarme y yo trataré de que no lo hagas. Pero, hasta entonces, yo soy tu dueña. Ahora tumbate e intenta descansar, saldremos de viaje al atardecer.

Sin dejar de mirarla con odio, Marc se recostó en el jergón. Luego, la bruja se fue, dejándolo solo e incapaz de levantarse.

Unas horas más tarde, Marc despertó sobresaltado cuando ya atardecía.

Esta vez los recuerdos acudieron inmediatamente y trató de ahuyentar el sueño con premura. Se levantó sin hacer ruido y descubrió todas sus pertenencias en un rincón. Tomó su cuchillo y la ballesta. Si la bruja lo había dejado vivir era para utilizarlo en algo siniestro, no cabía duda. Así pues, debía intentar matarla en ese momento, aprovechar la oportunidad de sorprenderla.

Descalzo y silencioso como un felino, Marc abrió la puerta y subió una pequeña escalera. Entonces lanzó su Voluntad hacia adelante para tratar de percibir su presencia, pero no obtuvo ningún resultado.

Aquello lo tenía confundido. Aurore les explicó, mucho tiempo atrás, que cuanto mayor es la Voluntad que alberga una persona, más difícil le resulta ocultarla de otros.

«Dicen que cuando El Segundo despertó la cólera del Rey Brujo, todo aquel que estaba en Seléin sintió cómo su vista se nublaba por unos instantes», les había dicho una vez. Sin embargo, la noche anterior su captora había pasado desapercibida hasta el último momento.

Con esos pensamientos en la cabeza, Marc abrió la puerta sin hacer ruido. La casa parecía tener dos plantas, así que dedujo que los dormitorios estarían arriba. Una vez cargada la ballesta registró las habitaciones cercanas y subió.

Seis habitaciones se despleaban a lo largo de un pasillo. Una de ellas tenía la puerta entreabierta. Marc se acercó para echar una furtiva mirada. Allí estaba la mujer. Dormía sobre una cama alta, arropada hasta el cuello.

El inquisidor se coló con cuidado en el interior, alzó el arma y apuntó al corazón.

No pasó nada. Si el mecanismo del gatillo hubiera estado soldado le habría resultado más fácil disparar. Pensó que quizá con el cuchillo tendría más suerte, puede que lanzándose de repente sobre ella. Pero algo le dijo que sería inútil. Solo pensar en dañarla de cualquier modo le producía una inabarcable sensación de

esfuerzo. Ni siquiera fue capaz de indagar en los muebles de la habitación. Entonces pensó en Hollis.

—¿Habría alguna manera de dejarle un mensaje sin escribir nada? —murmuró Marc para sí—. Al menos una marca, o algún detalle.

Sus esperanzas también pasaban por que alguien hubiera escuchado los ruidos del combate nocturno y diera aviso a las autoridades. Pero, tal y como se habían sucedido los acontecimientos tras la muerte de Dubois, dudaba que la fortuna estuviera con él en ese asunto.

—Buenas tardes. —La bruja se incorporó de pronto, frotándose los ojos. A la escasa luz que entraba a través de los postigos, Marc pudo ver claramente su rostro. Esos ojos verdes eran, pese a la mueca de somnolencia, penetrantes e inteligentes. Su piel, allí donde la ropa se retiraba con picardía, era pálida y limpia de toda marca. Su rostro era bonito, aunque el llanto había dejado unas marcadas ojeras tras de sí. Los rizos pelirrojos enmarcaban su cabeza y se desbordaban por la espalda. Era joven, más de lo que había supuesto la noche anterior. Difícilmente pasaría de los veinte años.

—No hacía falta que subieras a cuidarme, aquí estamos a salvo —dijo bostezando.

Con un escalofrío, Marc se dio cuenta de que, en realidad, no había dejado de mirar furtivamente hacia el pasillo o de aguzar el oído en busca de posibles amenazas. Turbado y sin contestar al saludo, la dejó en su dormitorio y bajó a la cocina.

Su estómago rugió en cuanto le llegó el olor del queso. Partió unos pedazos y lo acompañó de una generosa hogaza de pan. Llevaba sin probar bocado casi un día, eso teniendo en cuenta la sopa aguada que le había dado el antiguo árbitro, así que estaba hambriento. Pero, en el instante en que se llevaba la comida a la boca, como invocado por algún extraño poder, sintió la presencia de Hollis.

Lo vio pasar a través de una de las ventanas, por pura casualidad. Se movía tan silencioso como se lo había imaginado en sus relatos. Avanzaba despacio, mirando a uno y otro lado antes de dar el siguiente paso, pero era imposible que viera a Marc recostado contra la pared de la cocina, en medio de las sombras.

El viejo se detuvo tras la puerta trasera y sondeó torpemente con la Voluntad. Después empezó a hurgar en la cerradura con algún instrumento metálico hasta que consiguió abrir la puerta. Tras asegurarse de que nadie lo seguía, entró.

Marc salió a recibirlo con el corazón en un puño. El antiguo árbitro no sabía que, en esos momentos, era tan peligroso para él como un cuchillo envenenado.

—¡Por el Roble! —dijo Hollis sorprendido cuando lo vio—. ¿Dónde demonios estabas? Ya comenzaba a temer que hubieras corrido la misma suerte que Dubois, así que me acerqué a investigar. Debe de haber sido un baile interesante el de anoche, todavía quedan restos de sangre y, pese a ello, nadie se atreve a decir nada.

—La gente tiene miedo —contestó Marc, tratando de encontrar una salida a

aquella situación.

—El panadero me ha confesado, en susurros, que anoche oyó gritos y ruido de espadas, pero lo único que hizo fue cerrar mejor las ventanas y poner una silla encajada tras la puerta. Algunos vecinos incluso se han marchado a las cabañas que tienen en las huertas en cuanto ha salido el sol. ¿Qué pasó ayer, Marc? He seguido los indicios durante horas. El rastreo nunca fue mi fuerte pero, sin duda, todas las pistas que he encontrado apuntan hacia esta casa.

—Todo está bien —dijo Marc, haciendo un esfuerzo inmenso para dejar la ballesta encima de la mesa—. Maté a la bruja y me quedé a dormir aquí. Es más acogedor que tu cuchitril.

—Vaya, tuviste que decirlo —dijo el otro con una risilla—. Venga, muéstramela.

—No hace falta, te aseguro que está totalmente muerta.

—Pero aun así debo verla —insistió el otro con el ceño fruncido.

—¿Dudas de mi pericia? —preguntó Marc enarcando una ceja.

—¡Por supuesto que no! —replicó Hollis, ofendido—. Pero yo conozco a todos los habitantes de este pueblo. Podemos deducir muchas cosas sabiendo su identidad. ¡Debemos indagar en los círculos en que se movía!

—Claro, viejo —contestó palmeándole la espalda y forzando una sonrisa—. Solo bromeaba. Está arriba.

Marc dejó que Hollis subiera primero y puso la mano en la empuñadura del cuchillo que llevaba oculto a la cintura.

—Debo confesar que te admiro. Acabaste con ¿cuántos? ¿Tres? ¿Cinco lacayos? Y, además, triunfaste allí donde Dubois falló pese a estar acompañado por sus hombres. Realmente tu fama es merecida —iba diciendo el anciano mientras subía por la escalera.

Apurando hasta el último momento, forzando el poder que lo azuzaba, Marc aguantó hasta que Hollis llegó al dormitorio. En ese momento empuñó el cuchillo y lo alzó para clavárselo en el cuello.

—¡Vaya! Jamás lo hubiera dicho. ¡La joven Alba! Dulce Creador, yo he compartido más de una taza de té con esta muchacha.

Hollis entró en la habitación salvándose de una muerte certera por muy poco. Afuera, Marc enfundaba apresuradamente, confundido. Pese a que encima de la cama estaba tumbada tranquilamente la joven bruja, el anciano parecía ver un cadáver.

—Qué pena. Ver su cuerpo ensangrentado de esta forma me duele, aun sabiéndola culpable, no me malinterpretes. Esta muchacha era tan dulce... —Hollis parecía consternado—. Me resulta increíble que pudiera albergar un corazón maligno.

—El mal toma distintas caras —sentenció Marc, siguiendo la farsa.

—Solía ir acompañada de un hombre ya entrado en años, creo que era su tutor. —Hollis tenía los ojos entrecerrados y hacía esfuerzos por recordar—. Si tuviera que apostar diría que en algún momento oí hablar de la pérdida de sus padres, hace ya muchos años. ¿Dónde están los cuerpos de sus lacayos?

Marc miró al árbitro durante unos instantes y luego trató de fingir incomodidad.

—Después de enfrentarme a ella volví a donde habían caído —Marc se rascó la cabeza con indiferencia—, pero ya no estaban.

—Pero, entonces... —Hollis abrió mucho los ojos.

—Sin duda hay más —terminó Marc.

—¡He de ponerme a trabajar de inmediato! —Hollis comenzó a andar de un lado a otro—. Creo que puedo tener un informe preparado en unas horas. Se me ocurren varias líneas de investigación relacionadas con esta muchacha.

—Prepáralo cuanto antes y mándalo a través de un emisario imperial. Yo debo descansar unas horas. Después me marcharé para entregar el cadáver.

—Sí, por supuesto, incluso lo que queda de ella ha de ser custodiado. Entonces, aquí nos despedimos.

—Ten cuidado, Hollis, este asunto es peligroso. No te expongas demasiado.

—No lo haré —contestó el otro estrechando su mano y sonriendo con cierta altanería—. Todavía queda algo del hombre que fui, comandante.

—No lo dudo, viejo. Espero verte pronto sano y salvo. —En las palabras de Marc no había más que sinceridad y esperanza.

—Yo también. Adiós.

Hollis se fue rápidamente, muy agitado al conocer la identidad de la bruja. Marc vio desde la ventana cómo se alejaba por la calle adyacente. Todavía sentía el impulso de asaetearlo por la espalda.

—Nunca hubiera dicho que Hollis sirviera a la inquisición —dijo Alba levantándose algo más descansada—. Era un anciano tan atento y amable...

—Tenemos que marcharnos —dijo Marc, odiándose por la facilidad con que el hechizo lo dominaba.

Sentía, no obstante, cierto agradecimiento por la actuación de la bruja, que había evitado la muerte del árbitro.

—¿Cómo es que nadie ha visto nada? —preguntó de repente—. Ayer había cuerpos y sangre por todas partes ¿Dónde están tus secuaces?

—Quizá deberías tener más respeto por los muertos —dijo ella con gesto de dolor—. Lo limpié todo anoche lo mejor que pude. Te traje aquí, arrastré los cuerpos y eliminé rastros y señales hasta donde me fue posible. La gente tiene miedo, como tú has dicho. Aunque más de la mirada inquisitiva de tu Orden que de las brujas, me temo.

—No tengo por el momento ninguna intención de tener una batalla dialéctica con una bruja —dijo él, abandonando la habitación.

No podía, empero, sino admirar la fuerza y el coraje que había demostrado la mujer para arrastrar los cuerpos de sus compañeros en medio de la noche y cargar con él hasta la casa.

Las siguientes horas las pasaron descansando o recogiendo los enseres que iban a necesitar para el viaje que Alba preparaba. La bruja ya tenía empacadas raciones de carne seca, pan, y un saquete de avena machacada para preparar gachas.

Junto con la comida, prepararon ropas de recambio, utensilios de viaje, una pesada manta y otros bultos que Marc no alcanzó a identificar. En una bolsa de cuero había varios volúmenes muy envejecidos encuadernados en piel. Sin duda, eran los ejemplares que llevaron a Dubois hasta allí.

Alba fue a buscarlo a su cuarto cuando la tarde ya estaba muy avanzada. Llevaba unos pantalones de suave cuero y ropas cómodas y resistentes.

—Nos vamos —dijo escuetamente.

Así que cargaron todo en una carretilla y se dirigieron a unas cuadras cercanas, donde había dos caballos. La bruja le dio unas monedas a un muchacho que sonrió al reconocerla pero que pareció algo amedrentado, en cambio, cuando vio a Marc. No obstante, les ayudó a ensillar las monturas, cargar los bultos y los despidió cuando se marcharon.

Ya estaban a punto de abandonar Regia cuando Marc chasqueó la lengua y gruñó algo.

—¿Qué es lo que has dicho? —preguntó la bruja.

—Mi caballo —murmuró él azorado—. Todavía está en el establo de Hollis.

—¿Te gustaría recuperarlo?

Marc se encogió los hombros. Luego, ante la mirada de la Bruja, acabó por asentir.

—Si hubiera tenido que apostar por el cariño que le tuvieras a un animal, habría perdido —dijo ella con una sonrisa ácida. Después, tras un momento de duda, contestó—: Bien, ve y pídeselo al anciano. Nos vendrá bien otra montura, llevamos mucha carga.

Marc no se movió. Miró a un lado y después al otro, mordiéndose un labio hasta casi hacerlo sangrar. Apretó los ojos con fuerza y, por fin, exasperado, las palabras huyeron de su boca.

—Quizá debería matar al viejo. Podría acabar atando cabos.

Alba miró al inquisidor en silencio. Parecía furioso consigo mismo y maldecía en silencio.

—No te voy a pedir que lo hagas —dijo por fin, con voz serena—, aunque podría. Confío en la seguridad de los míos y no le deseo ningún mal a Hollis. Siempre fue correcto y educado. Supongo que solo hace aquello a lo que se debe.

Su respuesta sorprendió a Marc. De todas las reacciones que esperaba de la bruja, aquella era la menos probable. Casi había dado por hecho la muerte de su contacto cuando entró en la casa, horas antes. Y en ese momento, en que él mismo aconsejaba acabar con él, la piedad de Alba acababa de salvarlo por segunda vez.

Finalmente, con un casi imperceptible asentimiento de cabeza, Marc desmontó y se dirigió con paso vivo hacia la cabaña del antiguo árbitro.

Cuando Hollis abrió la puerta, tenía unos papeles a medio escribir en sus manos.

—Saludos Comandante. Casi he terminado mi informe ¿crees que debería incluir algo sobre los acontecimientos de anoche? Sin duda todo eso quedará cubierto cuando des parte.

—Haz lo que creas, tengo prisa —contestó Marc escuetamente—. Vengo a por mi caballo.

—Oh, ya pensaba que habrías cogido alguno más descansado de algún establo.

—Le tengo cariño a este —dijo el inquisidor dirigiéndose hacia el cobertizo.

Alba vio llegar a Marc unos minutos más tarde montado en Noble. El bayo olisqueó a la yegua blanca de Alba y cabeceó con alegría.

—Tienes un hermoso animal, comprendo que no quisieras deshacerte de él.

—Hemos pasado muchas cosas juntos —contestó el inquisidor en un tono cortante.

La bruja se encogió de hombros y taconeó suavemente a su montura, iniciando la marcha. Sin ninguna indicación, los caballos se pusieron pronto a la par, pero sus jinetes no cruzaron una sola palabra.

Cuando llegaron a la salida del pueblo, Alba tomó un camino secundario, cada vez más agreste, que acabó por conducirlos a los bosques. Allí distribuyeron la carga de modo que el tercer caballo llevara la mayor parte de los bultos y continuaron.

Avanzaron por sendas que ella conocía, evitando así los caminos principales y las miradas curiosas. Unas horas después ya estaban lejos de Regia.

Las lluvias de las últimas jornadas habían dado paso al sol, de modo que la luz del atardecer se filtraba entre las tupidas ramas. En medio de un dosel de hojas, la magia de Seléin creaba una atmósfera misteriosa llena de cantos de pájaros y otros sonidos menos identificables.

—Me gustaría saber adónde demonios nos dirigimos —dijo Marc sin poder contenerse, casi una hora después—. Veo que avanzamos hacia el este.

—Vamos a la vieja Quiles. Pasaremos a la primera provincia por el sur, alejándonos lo más posible de Hÿnos.

—¿Qué mal vas a hacer allí?

Alba se encogió sensiblemente ante la dureza de la pregunta pero cuando se giró, tenía una leve sonrisa, algo forzada, en los labios.

—Puede que te lleves una desilusión si esperas encontrar en mí a un monstruo sanguinario. De todos modos, no veo necesidad de que conozcas todos los detalles del plan.

Permanecieron unos segundos en silencio hasta que decidió añadir algo más:

—Hay algo que debo investigar allí. Algo muy importante.



—¿Para las brujas? —La voz de Marc rezumaba desdén.

—Para toda la gente de esta y otras tierras —contestó ella con cansancio.

—Supongo que tiene que ver con esos libros que llevas guardados. ¿Son los que desaparecieron de Pasevalle?

Alba lo miró de frente, sin ocultar una cierta molestia.

—No vas a dejar de indagar en este asunto, ¿verdad? No, supongo que no, ese es tu trabajo. Pues bien, sí. En respuesta a tu pregunta estos son los libros que recuperé de Pasevalle.

—¿Tu ralea ahora dice recuperar cuando roba algo?

—Fueron tus queridos emperadores los que robaron estos libros y otras muchas cosas cuando entraron a sangre y fuego en Seléin. Tú no puedes imaginar siquiera las crueldades que sufrió mi pueblo.

—El Segundo Emperador puso fin al maligno reinado del Rey Brujo —sentenció Marc—. Incluso tú deberías estarle agradecida.

—¡Tu Emperador aplastó a un país pacífico en su afán de conquista! —gritó Alba, respirando agitadamente—. ¡Seléin vivía feliz y libre hasta que el Imperio llegó!

Quedaron en silencio unos instantes, mientras la bruja trataba de serenarse.

—Escúchame —dijo por fin—, te voy a contar esto no porque me lo pidas, sino porque quiero que comprendas hasta qué punto tu Emperador no es ni tan omnipotente ni magnánimo como crees. El Rey Brujo sabía que no iba a ser capaz de defender sus tierras ante los vastos ejércitos que se le echaban encima, así que se ocupó de preparar mecanismos que pudieran ayudarnos en el futuro. Los antepasados de tu querido líder estuvieron muy ocupados tratando de desbaratar todos esos planes, pero algunos pervivieron.

—De sobra son conocidas sus insidias —murmuró Marc.

—Comprendo que tu adoctrinamiento te haga pensar así, pero mi gente conserva algunos de sus escritos. En ellos leemos acerca de su sabiduría y honestidad.

—¿Honestidad? ¿Hablamos del monstruo que convirtió a sus propios soldados en seres demoníacos para lanzarlos contra sus enemigos?

—Hablamos —dijo Alba con suavidad— de un hombre increíblemente poderoso que reconoció que no podría derrotar a los emperadores. Pese a toda su gloria y todo su poder; pese a toda su ambición también, sí, dejó escrito que no sería él quien vencería en esa lucha. Por eso se preocupó de dejar ayuda a quien le fuera encomendada esa tarea.

—¿Me estás diciendo que tú pretendes acabar con el Emperador? —preguntó Marc soltando una carcajada.

—No, yo no. Pero estos libros ayudarán a aquel que deba hacerlo. —Alba dio una palmada a la bolsa de piel que llevaba colgada de la silla—. Fueron escritos por su mano. ¿Sabes de qué tratan, inquisidor?

—Me hablaron de algo acerca de mapas. Geografía, tratados sobre las provincias,

o algo así.

Alba lo miró con cierto orgullo.

—El Rey Brujo escribió, con sus propias manos, tres volúmenes.

—Ahí hay cuatro —señaló Marc enseguida.

—En efecto. —En el rostro de Alba se fue componiendo una sonrisa—. Porque todas estas palabras, todos los mapas, las ilustraciones e incluso los títulos de cada uno, forman parte de un código tan complejo que sería imposible descifrar.

Marc enarcó una ceja, mirándola sin comprender.

—Imposible, si no tuvieras ciertas pistas desde las que partir, ciertos conocimientos que obran en poder de mi gente porque los han ido encontrando con el correr de los siglos.

—¿Cuánto tiempo os ha llevado descifrar ese código? —preguntó Marc, realmente sorprendido.

Alba hizo un gesto impreciso con la mano y siguió hablando.

—El Rey Brujo escribió tres volúmenes relativos a las provincias, eso es de sobra conocido por todos. Lo que no es tan conocido es que, en ocasiones, abandonaba su palacio de Pasevalle para descansar en una pequeña villa del oeste.

—¡Regia! —exclamó Marc de pronto—. Entonces los rumores sobre aquel lugar de confabulación eran ciertos.

—Lo único cierto es que fue donde escondió el cuarto volumen, necesario para descifrar los otros tres.

—Por eso te encontrabas allí —completó Marc—. Estabas desentrañando el misterio cuando llegó Dubois.

—Sí —Alba asintió con gravedad.

—Lo que no puedo entender es por qué te quedaste, una vez fuiste descubierta.

—Por dos razones —contestó ella—. La primera, porque solo en ese lugar podía descifrar la parte final del código; la segunda, porque ya conocía bastante acerca de mi tarea y determiné que la mejor manera de asegurar el éxito era contar con alguien como tú de mi lado.

—¿Tenías planeado capturar a un inquisidor? —preguntó Marc sin dar crédito a lo que escuchaba.

—No pienses que hablas con una prestidigitadora de tres al cuarto. —La mujer alzó la cabeza con orgullo—. Soy respetada entre los míos y mi tarea es de gran importancia. Por eso había tantos protegiéndome.

Pese al aplomo con que había hablado, su rostro se giró y, por unos momentos, quedó oculto en la profundidad de la capa.

—Supongo que los que me atacaron cuando iba hacia Regia eran de los tuyos.

—Un intento inútil de apartar el peligro de mí. Les dije que no lo conseguirían, que estaba preparada para cuando vinieras, pero ellos insistieron. Dijeron que podían protegerme de ti y encargarse de todo durante el transcurso de la misión.

—Parece que se dieron de bruces con la realidad —dijo Marc encogiéndose de

hombros.

—¡No hables así de ellos! Esos hombres habían consagrado su vida a un objetivo. Al menos muestra respeto a eso.

Marc trató de descubrir si estaba llorando. La mujer llevaba la capucha echada y su rostro permanecía, de nuevo, totalmente oculto. No obstante, el matiz tembloroso de su voz parecía indicar el dolor que sentía al hablar de sus compañeros.

Poco a poco, el sol había ido bajando y en esos momentos las sombras del bosque resultaban ya más abundantes que la luz. Los sonidos también habían ido cambiando y el canto de los pájaros había dado paso a un creciente rumor en las hojas de los árboles.

—Me gustaría saber qué decía ese código —murmuró el inquisidor tras unos minutos en silencio.

—Por supuesto que te gustaría —contestó ella con voz neutra—, pero no lo sabrás hasta el último momento.

—¿Puedes decirme, al menos, qué eran esos símbolos que llevaban tus hombres?

—No contestaré más preguntas sobre la misión o sobre los míos.

—Como quieras. —Marc miró a su alrededor y luego continuó—: Quizá deberíamos detenernos ya. Apenas hay luz y nuestros caballos podrían tropezar.

—Avanzaremos algo más, conozco estos caminos —dijo tajante.

El anochecer se iba precipitando sobre ellos sin descanso. Las sombras, que ya estaban muy alargadas, iban convirtiéndose en oscuridad. Sin embargo, Alba abría la marcha sin mostrar ninguna duda.

Los últimos retazos de la tarde fueron dando paso al sonido de los grillos y al perfume del bosque. A su alrededor se desplegaba el olor de los pinos y el romero. El tomillo crujía bajo los cascos de los caballos y lo llenaba todo con su aroma.

Al oeste, oculto ya por la frondosidad del bosque, el sol estaba a punto de desaparecer hasta la próxima jornada.

—Una última pregunta —dijo Marc tras un buen rato en silencio— ¿para qué me necesitas y qué haremos una vez que llegemos a tu destino?

—¿Te refieres a qué haré contigo después? Apuesto a que te gustaría saber si te ordenaré clavarte un puñal o te dejaré libre.

Sin contestar, Alba taconeó enérgicamente a su montura para situarse más delante.

Marc quedó sumido en sus propios pensamientos, mientras miraba la espalda de la bruja.

—Qué fácil sería clavarte a ti ese puñal —murmuró, tan bajo que ni siquiera Noble le oyó.

No obstante, era innegable que Alba era muy fuerte, más de lo que el inquisidor hubiera oído de una bruja en los últimos años, y el modo en que lo había capturado era totalmente desconocido. Lo que había hecho lo mantenía irremediabilmente atado a sus órdenes sin que sus esfuerzos por resistirse tuvieran la menor trascendencia.

—¿Qué podría llegar a hacer si capturara así a un general o a un barón? —se preguntó Marc.

Ni siquiera se atrevía a plantearse la posibilidad de que el más importante de todos cayera en sus manos. Era un poder tan inmenso que esa muchacha, por sí misma, sería capaz de iniciar una guerra dentro del Imperio.

Por un momento sopesó la posibilidad de que realmente le ordenara matarse. ¿El hechizo sería tan fuerte como para forzar los deseos de una persona hasta tal punto? Llegado el momento, ¿podría resistirse?

Intentando no pensar más en ello, Marc decidió abordar aquella situación paso a paso. Se caló aún más el sombrero y continuó, atento a posibles peligros.

La noche había caído por completo cuando la bruja decidió parar.

—Debemos detenernos ya, estoy exhausta —le dijo mientras desmontaban.

—Como desees —contestó Marc con un gesto de condescendencia—. Ha sido una dura jornada.

—Esgrimir la Voluntad como lo hice ayer requiere un alto esfuerzo —respondió ella, ligeramente ruborizada.

Marc no dijo nada, pero tomó nota de sus palabras.

Poco después, cuando volvía de atar a las monturas con mucha cuerda, para que pudieran pastar a su antojo, ella ya había encendido un fuego. Comieron en silencio al calor de la hoguera, hasta que Alba le preguntó:

—Dime, Marc, los inquisidores tenéis fama en todo el Imperio, pero nadie parece conoceros realmente. ¿Cómo es vuestra instrucción?

—Mi nombre suena a ponzoña pronunciado por tus labios —contestó él, mirándola fijamente—. No te diré nada si no me lo ordenas.

Alba quedó muda un momento, pero recobró la compostura.

—No pretendía ofenderte, solo sentía curiosidad por ese tema —su voz estaba cargada de desdén—. Vamos a estar juntos muchas jornadas, así que deberíamos hacer lo posible para que ese tiempo pasase lo antes posible.

Los ojos verdes de la bruja le devolvieron la mirada sin que pudiera atisbar la más mínima debilidad en ellos. En cierto modo, tenía que reconocer que le recordaba ligeramente a Aurore.

—Para mí esto no es una excursión. Como ya he dicho, si no me lo ordenas, no contestaré.

Ella asintió y se encogió de hombros. Después acabó su frugal cena y se perdió en las profundidades de la capa.

Marc habría jurado que en algún momento, a través de la capucha, la había oído sollozar.

Al día siguiente Alba despertó con el amanecer.

Le dolía todo el cuerpo y tenía el rostro demacrado, pero se esforzó por mostrarse fuerte y vigorosa.

Marc tenía encendido el fuego y el agua hervía alegremente en una pequeña olla. Mientras la mujer desentumecía el cuerpo, él preparó unas gachas. El único lujo que se permitieron fue la pizca de pegajosa azúcar con que Alba las endulzó.

Comieron en silencio y luego echaron agua y tierra sobre el fuego. Después, ella fue a ensillar los caballos mientras Marc borraba las evidencias de su estancia allí.

De nuevo cargaron al tercer caballo con la mayoría de los bultos y reemprendieron la marcha.

No tardaron ni una hora en detenerse.

—Paremos —dijo Alba—, necesito descansar.

Sus ojos estaban apagados y, al bajar de la yegua, los movimientos fueron débiles e imprecisos.

Marc ató a los caballos sin decir una palabra y se alejó un poco para rellenar el agua de sus cantimploras en un arroyo cercano.

Cuando volvió, la mujer mordisqueaba sin ningún apetito una tira de carne seca.

Descansaron un buen rato antes de volver a montar.

Aquella jornada se detuvieron no menos de seis o siete veces más antes de que Alba decidiera que habían encontrado un buen sitio para acampar. Al sol todavía le quedaba un buen trecho por recorrer antes de esconderse en el horizonte.

Mientras el inquisidor encendía un fuego, ella se envolvió en la capa, asomando apenas la cabeza.

Las sombras ya se habían alargado mucho cuando Marc habló.

—Ayer dijiste que lanzar un hechizo tan potente es muy fatigoso.

Alba asintió.

—Estoy exhausta por el uso de la Voluntad y las piernas y la espalda me duelen como si tuviera agujas clavadas.

—Eso sucede cuando no estás acostumbrada a montar.

—He viajado a caballo otras veces —replicó ella—, pero no a esta marcha.

—¿A esta marcha? —preguntó Marc, burlón—. Hay quien recorre con frecuencia Louisant de extremo a extremo sin detenerse más que para tomar caballos de refresco.

—Pues perdonadme, poderoso inquisidor, pero lo que hice hace dos días requiere una cantidad de energía que no podéis llegar a comprender y estoy agotada.

—Tranquila. Quizá para cuando el siguiente Emperador acceda al trono lleguemos a nuestro destino, sea cual sea.

Ella lo miró con odio.

—Mañana nos dirigiremos al pueblo más cercano. Al menos por un día

dormiremos en una posada.

—No lo recomiendo —dijo él sin poder evitarlo—. Deberíamos alejarnos lo más posible de cualquier local si queremos pasar desapercibidos.

—No te preocupes —contestó ella con una sonrisa—, no ha habido durante el reinado de este emperador nadie más dispuesto a defender a una bruja que tú. Seguro que no me pasa nada malo bajo tu protección.

A la mañana siguiente, tal y como había dicho Alba, pararon en la primera posada que pudieron encontrar.

Se alojaron haciéndose pasar por una pareja de recién casados que se dirigía a Quiles y, antes de la hora de comer, Alba ya estaba dormida.

Marc veló su descanso durante horas. Estuvo todo ese tiempo sentado en un viejo butacón a los pies de la cama, sin apenas apartar la vista de ella.

Sentía el hechizo forzándolo a vigilar, a protegerla mientras dormía. Alejarse de la bruja se le antojaba una tarea titánica; llamar la atención de los suyos, imposible pero, mientras permaneció allí, no estuvo ocioso. Poco a poco iba comprendiendo cómo lo aprisionaban las hebras de Voluntad con que estaba tejido el conjuro. Aquí y allá, en un plano muy alejado de la carne, sentía cómo pequeños zarcillos de poder se enterraban en él, guiándolo como el bocado obliga a girar o detenerse a un caballo.

Se sentía como un bebé, gateando con titubeos, al intentar aprehender la esencia que con tanta soltura manejaba ella. Era frustrante sentirse tan inútil en el manejo de la Voluntad. Sin embargo, intentaba darse fuerzas repitiendo una y otra vez, como si fueran letanías, las palabras que había escuchado una vez a Adler: «si alguna cualidad debe destacar en un inquisidor es, sin duda, la perseverancia. Casi todo lo demás puede aprenderse, pero la virtud de seguir obstinadamente adelante, por muy difíciles que se pongan las cosas, es lo que nos da verdadera fortaleza».

Y, de ese modo, Marc estrellaba una y otra vez su Voluntad contra el muro que suponía el hechizo.

Desde el momento en que partieron, se esforzó por desbaratarlo cuanto antes, porque la alternativa parecía demasiado terrible. Pensar que la bruja triunfara en su misión, fuera la que fuera, contando con su concurso hacía que se le helase la sangre en las venas.

Así pasó el inquisidor su estancia en la posada hasta que, a última hora de la tarde, Alba despertó. Todavía se encontraba cansada y con el cuerpo pesado y débil pero, al menos, tenía un hambre muy saludable.

Bajaron al comedor agarrados de la mano y se sentaron cerca de la chimenea.

A su alrededor, el posadero y algunos parroquianos los miraban entre risillas. Mientras estuvieron allí, algunas palabras como fogosidad, aguante o ardor les llegaron claras y nítidas a los oídos.

En cuanto acabó su plato, Alba se levantó, con las mejillas encendidas, para

volver rápidamente a la habitación.

Marc la acompañó, no sin antes dirigir una mirada furibunda a su alrededor.

Al día siguiente se levantaron antes de que hubiera amanecido. Empacaron sus cosas y bajaron para desayunar un trozo de bollo y leche endulzada con miel. El somnoliento posadero les entregó varios paquetes con nuevas provisiones. Alba incluso le dio unas monedas más a cambio de una pequeña vasija de barro llena de carne guisada. Después, se marcharon cuando apenas empezaba a despuntar el sol.

El otoño había llegado frío y los caminos estaban desiertos a esas horas de la mañana, así que avanzaron hasta perderse de nuevo en la espesura sin encontrarse con nadie.

Daba la impresión de que Alba se había recuperado bastante tras el descanso. Montaba con la espalda más recta e incluso tenía algo más de color en las mejillas.

Ambos seguían manteniendo el silencio salvo cuando tenían que darse alguna indicación, pero la bruja no tardó en cansarse de aquello.

—He cambiado de idea —anunció de pronto aquella noche.

La hoguera ardía alegremente mientras Marc calentaba la olla llena de carne que les había entregado el posadero. Apenas habían comenzado a comer cuando la mujer se dirigió a él.

—Quiero que me cuentes sobre tu estancia en ese Monasterio en el que os entrenan.

Marc la miró con sorpresa.

—Sabes mucho sobre los inquisidores.

—«Conoce a tu enemigo para vencerlo».

—Eso lo dijo el Cuarto Emperador.

—«Aprende hasta de tus enemigos» —sentenció entonces la bruja.

—Eso también lo dijo él.

—Hay muchas cosas que desconoces, Marc. Y otras tantas que yo sé —añadió con una sonrisa taimada—. Y ahora, habla.

—No hay mucho que contar —dijo él encogiéndose de hombros—. Entrenábamos, aprendíamos... nos enseñaban.

—Es una versión demasiado escueta ¿cuánto tiempo estuvisteis allí?

—La mayoría teníamos en torno a cuatro años al llegar. Creo que los había mayores, aunque algunos ni siquiera llegaban a esa edad.

—Cuatro años —susurró ella, atónita—, qué crueldad.

—Era necesario —repuso él, aunque no pudo evitar que acudieran a su cabeza las imágenes que había visto cuando visitó el Monasterio por última vez.

—Evidentemente, no comparto esa opinión. Pero sigue.

—A los dieciséis años, aquellos que van a ser árbitros se marchan.

—Y los campeones aguantan un poco más ¿no? —repuso ella en tono burlón.

Marc iba a contestar, pero ella le interrumpió—. ¿Cuántos quedasteis en esa última parte?

—Cinco.

—¿Tan solo? —preguntó Alba sorprendida—. Tenía entendido que los inquisidores se formaban en mayores grupos.

Marc se encogió de hombros.

—¿Cuántos llegasteis a ese lugar?

—No lo recuerdo bien —dijo Marc frotándose la frente—, pero al menos treinta.

—Entonces ¿todos los que no se quedaron hasta el final son árbitros ahora?

—La mayoría cayeron. La instrucción es dura.

Alba miró al suelo, consternada.

—¿Cómo era esa instrucción? —preguntó entonces.

—Al principio nos hacían correr —contestó Marc—. Nos sometían a privaciones y cada clase acerca de la vida de Thomenn, cálculo o cualquier otra materia, era un examen. Fallarlo era —el inquisidor buscó las palabras adecuadas durante unos instantes— peligroso.

—Y, más adelante, ¿qué os enseñaban?

—Estás aprovechando el hechizo para sonsacarme información sobre la Orden. Eso es tan honorable como esperaba de alguien como tú.

—Te aseguro que no necesito sonsacarte nada, ya sé suficiente sobre vosotros —contestó ella con presunción—. Contesta.

Marc se removió, incómodo, antes de responder.

—Nos enseñaron muchas cosas: idiomas, geografía, linajes, ciencia y mecanismos, táctica militar... sobre todo a combatir en cualquier situación y a defendernos contra las artes oscuras.

—Pues debiste prestar poca atención en esa última materia —rio Alba—; no te sirvió de mucho el otro día.

Él bufó con fastidio.

—No te enfades, poderoso Marc, tu fuerza no está en cuestión aquí. —La bruja todavía sonreía pícaramente—. El caso es, que tras todo eso, el Imperio tuvo un nuevo inquisidor en que ampararse. Y, ahora, ese hombre es nada menos que un comandante. ¿También tus compañeros ascendieron tan rápido?

—Más o menos —contestó él, deliberadamente ambiguo pues, lo cierto era que la realidad se mostraba mucho más compleja.

Los cinco habían sido ascendidos a caballeros inquisidores poco antes de su primer año de servicio y tan solo hacía unos meses les habían otorgado nuevos cargos a casi todos.

Philippe fue nombrado Adalid de la Inquisición, siendo su representante por tanto en las principales campañas militares del Imperio. «Ahora no me perderé ninguna de las fiestas importantes», les había dicho, encantado con aquello.

A Gaulton se le nombró Voz del Emperador, lo que le facultaba para hablar



directamente en su nombre y representarlo en cualquier lugar. El más fiero de los cinco no había tardado en protagonizar alguno de los episodios más sonados de los últimos tiempos al destapar las corruptelas de varios nobles.

Jean no había obtenido honores especiales, pero cada vez lo reclamaban más a menudo como el asesino más capaz dentro de las fronteras.

Mathius tampoco recibió distinción alguna, por lo que vivía feliz vagando de acá para allá.

—No quiero más gloria que la que pueda conseguir en mis viajes —le había dicho a Marc con una sonrisa sincera cuando se encontraron por última vez.

Sin embargo, a Marc le habían nombrado Comandante Inquisidor, lo que lo convertía, inevitablemente en el superior de todos ellos. Aquello era algo a lo que no conseguía acostumbrarse.

El Gran Maestro lo había citado en su despacho, meses atrás, para dispararle la noticia sin quitar ojo a sus papeles, como si le entregara un encargo más. Pero lo que estaba diciendo en realidad era que solo él estaría por encima de Marc en la Orden.

La mayoría de sus hermanos lo habían celebrado de manera muy efusiva; otros, con poco más que un brindis; Gaulton casi a regañadientes.

—Me da vértigo pensar que algún día tendré que convocar a hermanos mucho mayores y con más experiencia que yo —había dicho ese mismo día, bebiendo con Mathius—. ¿Cómo puedo ordenarle algo a quien ha visto cosas de las que yo solo he oído hablar?

—Escúchame —le había respondido el otro—, si ha de haber un comandante en la Orden, ese eres tú, no tengo la menor duda. Además ¿sabes de alguna ocasión en la que Jhaunan haya hecho algo improvisado?

Sin embargo, todo aquello eran cuestiones que Marc no quería compartir con la bruja, así que calló cuanto pudo.

—Me niego a pensar que, en todos esos años de formación, no haya buenos recuerdos —dijo de pronto Alba, mientras se recostaba, bien tapada con su manta—. Cuéntame algo que recuerdes con cariño.

Marc se volvió hacia ella, sin saber muy bien qué responder, pero luego fijo su mirada en el fuego y trató de recordar.

—Lo primero que me viene a la memoria es el pan —dijo por fin.

—¿El pan?

—Sí. Estábamos pasando mucha hambre. Un niño, del que ni siquiera recuerdo su nombre, llegó a comerse un trozo de tela que encontró. Entonces, una mañana después de correr, encontramos la mesa del comedor repleta de hogazas de pan recién horneado y mantequilla salada.

Los ojos del inquisidor estaban brillantes y sus labios se apretaban con fuerza.

—No hay un pan más delicioso que el del Monasterio, da igual dónde lo busques, y tiene tantas variedades que continuamente descubríamos alguno nuevo. Los hay con semillas o pasas por dentro. Otros están hechos con crema dulce. Uno de los más

deliciosos tiene trozos de aceitunas traídas de Rock-Talhé.

—Es un bello recuerdo —dijo Alba con voz suave.

Marc frunció el entrecejo, con los ojos todavía fijos en las llamas.

—Aquel día comimos como si el mismísimo Thomenn nos hubiera invitado. Nos atiborramos y, después, nos hicieron correr casi dos horas.

—Te había pedido recuerdos felices. —Alba lo miraba con una sonrisa triste. Estaba ya tumbada y apoyaba la cabeza en un brazo—. ¿No hay nada que compartieras con tus amigos inquisidores?

—Mis hermanos —la corrigió él—. En realidad lo compartimos todo en aquellos días. Cuando las heridas eran demasiado severas, nos curábamos unos a otros; si había castigos, a menudo eran colectivos. Pero sí, esa camaradería es algo que se llega a echar de menos.

Marc sonrió con franqueza, recordando escenas que parecían difuminadas por el paso del tiempo.

—Sí, hay buenos recuerdos, aunque quedan ya demasiado lejanos. Parece que fueran de otra vida. Guardo un afecto especial por los momentos agradables que pasé con mis hermanos; de las escasas fiestas que nos pudimos permitir. También de la música que ejecutaba el maestro organero. —Marc cerró los ojos inconscientemente, tratando de recordar alguno de esos complejos sistemas de melodías que Sebastien era capaz de crear—. Las voces del instrumento se entrelazaban entre sí. Se enfrentaban y se superponían en una estructura perfecta.

El inquisidor sonrió con tristeza, recordando al que seguía considerando su amigo. Ya no conseguía aprehender en su memoria ningún fragmento de aquellas obras que había tenido el privilegio de escuchar. Su arte se había desvanecido y solo quedaba el recuerdo de las sensaciones que provocaba.

—Pero, sin duda, de quién más me acuerdo es de una profesora... —En ese momento, Marc abrió mucho los ojos y quedó callado, consciente de lo que estaba punto de decir.

Ni siquiera estaba seguro de que hubiera sido el hechizo lo que lo había forzado a llegar hasta ese punto. Por suerte, al otro lado del fuego, Alba dormía plácidamente.

El joven se pasó una mano por la frente y trató de calmarse,

Al día siguiente, cuando el sol despuntó, ya estaban en marcha.

Marc iba delante, aunque era Alba la que decidía qué camino tomaban cuando había alguna bifurcación o la senda se tornaba demasiado difusa.

El inquisidor volvía continuamente la mirada hacia ella. Pese a que intentaba no prestar atención a cada sonido ni a los peligros que pudieran amenazarla, aquello era imposible. Era incapaz de actuar según sus propios deseos. Se sentía como si solo fuera un títere en manos de la mujer.

Si por él fuera, la atacaría en un momento de descuido o, al menos, trataría de

escapar. Sin duda podría vencerla si contaba con la ayuda de alguno de sus hermanos, pero todo aquello no eran más que quimeras. La realidad era que estaba cautivo por sus órdenes con más efectividad que si cien guardias lo llevaran cargado de grilletes.

Sentía una impotencia que le secaba el fondo de la boca y le hervía en las entrañas. Cuando Alba montaba por delante de él, lo hacía con una tranquilidad indolente, sin dignarse a mirar hacia atrás para asegurarse de que la seguía, o de que no preparaba nada malo. Tal era su confianza en el hechizo.

De este modo, siguieron avanzando hasta divisar a lo lejos una pequeña aldea, apenas unas cuantas cabañas amontonadas en un terreno despejado.

La rodearon sigilosamente por el bosque, siguiendo una elevación desde la que vieron las chimeneas humeantes, un pequeño huerto e incluso algunos rediles. Sin embargo, amparados en la espesura, no se toparon con nadie.

Antes de perder de vista aquella población, pasaron por un pequeño claro donde un árbol se alzaba a duras penas, parcialmente calcinado. En el suelo, todavía se podía apreciar un trozo de cuerda ennegrecida.

—Mira —dijo Marc con una sonrisa fiera— aquí trataron hace poco con una de las tuyas. Pero no temas, a ti no te pasará eso. Mi Orden tendrá para ti otro destino menos clemente.

Alba se volvió, herida y furiosa. Sus ojos ya se habían humedecido cuando comprendió qué significaban los restos de aquel fuego y, tras el comentario de Marc, unos gruesos lagrimones rodaban por su cara.

En un acceso de cólera, el joven se dejó llevar por la frustración que sentía y continuó hablando.

—Dentro de poco, mi ausencia se hará notar y la inquisición mandará que se investigue exhaustivamente. Mis hermanos removerán cielo y tierra hasta dar conmigo. Pronto, antes de lo que imaginas, alguno de los míos caerá sobre ti.

—Espero que no —replicó ella secamente, enjugándose las lágrimas con energía—, porque, de ser así, tendrías que acabar con él.

La bruja se irguió de nuevo, tratando de sobreponerse.

—Hice todo lo posible cuando Hollis se presentó porque, aunque no lo creas, no os deseo ningún mal. Tampoco pienses que me produce satisfacción alguna usarte como a una marioneta. Pero necesito ayuda y tú me vas a escoltar hasta mi destino, cueste lo que cueste.

—Y, si hace falta, organizarás una carnicería, como ya hiciste con Dubois y sus hombres —respondió Marc con la voz cargada de resentimiento.

—¡Vosotros atacasteis primero! —gritó ella—. Vino a Regia con sus aires pomposos, dispuesto a llevarme ante los vuestros con el pelo atado a la cola de su caballo. ¡Y tú mataste a mi protector! —De pronto, Alba ocultó el rostro en sus manos, arrasado ya por las lágrimas y el llanto se desbordó, más allá de su aguante.

Marc torció el gesto, incómodo. Recordaba bien a aquel hombre de pelo cano, que había luchado con valentía y destreza pese a saber, quizá, que no tenía la menor

oportunidad.

—Él había cuidado de mí desde que era una niña —sollozó la bruja—. Era casi un padre. Y tú me lo has arrebatado. Me lo has arrebatado —repitió con amargura.

—Vosotras os habéis llevado la vida de muchos inocentes. —Marc se revolvió entre sus ropas—. No tienes derecho a quejarte cuando la ley acude en tu busca.

—¿Ley? ¿Inocentes? —Alba se dio la vuelta nuevamente, hecha una furia—. No te gustaría saber cuántas veces os habéis equivocado en vuestras persecuciones, la frecuencia con la que tu Orden ha matado por error a niñas inocentes. ¡Esa es la ley que defiendes!

Marc se echó hacia atrás, horrorizado por aquella idea, pues no había percibido ninguna duda en el siseo en que se había convertido la voz de Alba.

—Sí, inquisidor ¿no te lo habías planteado? La inquisición también se equivoca, aunque la creas infalible. —El rostro de la mujer se ensombreció aún más—. Yo haré lo que sea por los míos y por acabar con tu Emperador del mal. Tanto da si yo misma termino como la que ardió allí.

La bruja se giró, sollozando en silencio, y continuaron sin una palabra más.

El siguiente día también se presentó soleado, sin embargo, el ánimo de los dos viajeros estaba plagado de nubes oscuras.

Desayunaron sin cruzar palabra y recogieron todo. Marc volvió a borrar las huellas de su paso sin que la bruja lo ordenara, aunque no paró de maldecir para sus adentros.

—Qué fácil sería dejar un rastro sin que se diera cuenta —murmuró varias veces. Pero el hechizo lo mantenía sujeto como si fuera una cadena de hierro, tensa y siempre vigilante.

Alba recuperaba sus fuerzas a ojos vista y, aunque ya se la veía saludable, todavía estaba muy cansada.

Tuvieron que detenerse mucho más de lo que el inquisidor hubiera necesitado pero, cuando ella dijo que buscaran un lugar para pasar la noche, Marc no replicó. Simplemente, ató a los caballos cerca de donde Alba se había sentado y fue a recoger algo de leña sin perderla de vista. El camino había sido agradable, pero aquella noche haría frío.

Para cuando terminó de asar un conejo que había cazado por pura suerte, ella ya estaba dormida.

A la mañana siguiente, cuando Alba despertó, Marc la miraba sin parpadear.

—Buenos días —murmuró ella estirándose con satisfacción. Sin embargo, un escalofrío le recorrió la espalda al darse cuenta que el inquisidor empuñaba firmemente su cuchillo.

Comieron unas tristes gachas en silencio y, poco después, se pusieron en camino.

No hablaron nada más aquella jornada, ni tampoco en unas cuantas más. Marc se mostraba huraño y meditabundo. Ella, por su parte, trató varias veces de iniciar una conversación con cualquier comentario trivial, pero sus intentos fueron caminos que dieron de bruces contra un muro.

Marc descubrió a la joven llorando en silencio varias veces, cuando pensaba que sus lágrimas pasaban desapercibidas, pero tampoco en esas ocasiones le dirigió la palabra.

Al llegar la noche, iba a por leña y encendía fuego. Recostado contra un árbol, vigilaba lo mismo a la bruja que los alrededores.

Ella, antes de tumbarse para dormir, solía sacar un pellejo de piel clara y lo desdoblaba con cuidado sobre sus piernas. Después, tomaba pluma y tintero de una de sus bolsas y comenzaba a dibujar.

Trazaba, con gran lentitud, una finísima línea y luego otra. Después las repasaba antes de pintar una nueva.

En esas ocasiones, Marc la observaba en silencio, notando con desasosiego cómo la Voluntad de la bruja se agitaba casi imperceptiblemente. Aquello le ponía los nervios de punta. Los símbolos, empero, no significaban nada para él, por mucho que escudriñara disimuladamente en la lejanía.

Una fina llovizna los acompañó durante casi todo el día.

El ánimo de ambos había sido más bien taciturno desde su última conversación pero, en aquella jornada triste y oscura, ni siquiera llegó a eso.

Alba montaba encogida sobre sí misma. Se había embozado con la capa de viaje y tenía la capucha bien calada sobre el rostro.

Marc se protegía de igual modo, pero había retirado ligeramente la capucha para poder vigilar los alrededores.

El camino estaba enfangado y no parecía que fuera a parar de llover, por lo que el avance se fue complicando a medida que pasaban las horas. Los caballos cabeceaban y resoplaban, hastiados de aquella penosa marcha, pero sus jinetes los obligaron a seguir hasta que la lluvia convirtió la tarde en noche. Solo en ese momento decidieron buscar un refugio para pasar la noche lo más resguardados posible. Un afloramiento rocoso que se destacaba en una ondulación del terreno fue lo mejor que pudieron encontrar.

Marc ni se molestó en tratar de encender fuego. Ató a los caballos bajo uno de los enormes sauces de Seléin y volvió bajo el escaso parapeto que suponía la pared de piedra.

Ese día la bruja no pintó en el pellejo de piel, ni tampoco cenó nada. Simplemente se quedó acurrucada contra las rocas, hecha un ovillo, hasta que se durmió.

El inquisidor daba por hecho que, pese a que trataba de aparentar fortaleza, no se

había recuperado de los recientes acontecimientos.

«Bruja o no, no es más que una joven», se dijo a sí mismo.

En ese momento alzó la cabeza con sorpresa. Aquella era, con mucho, la vez que más tiempo había estado a solas con una mujer.

—Y, de entre todas las que hay en el Imperio, es una bruja. Me pregunto qué diría Philippe de esto —rezongó Marc, sin poder evitar una sonrisa.

A lo lejos, un trueno pareció querer simular las carcajadas de su hermano.

Dos días más duró la lluvia hasta que de repente el cielo escampó y volvió a salir el sol. Casi sin poder creerlo, vieron cómo sus rayos comenzaban a filtrarse a través de las copas de los árboles, agradablemente cálidos tras las penurias pasadas.

La mañana había sido gris y triste, pero la tarde fue convirtiendo el lóbrego bosque en un paisaje de verdes intensos y brillantes. Los pajarillos, desaparecidos hasta entonces, volvieron a cantar e incluso el ánimo de los dos viajeros pareció despejarse un poco. Ambos se retiraron las capuchas y respiraron aliviados. No hubo ninguna discusión a la hora de dedicar las últimas horas de luz para tender las capas y tratar de secarse lo mejor posible.

Marc consiguió encender un fuego encima de unas gruesas rocas, de modo que pudieron comer caliente por primera vez en días.

Cuando se hizo de noche, las llamas los confortaron y acabaron de secar sus ropas.

Alba se quedó dormida poco después de comer, con el pellejo de piel en las manos sin haber sido capaz de trazar una sola línea.

Marc permaneció cerca, disfrutando de la calidez de la hoguera mientras vigilaba.

Unos gritos despertaron a la bruja cuando todavía era noche cerrada. Apenas unos metros más allá, Marc se mantenía agazapado, mirando hacia adelante con ojos de halcón. La fogata había sido pisoteada y no se apreciaba ni un rescoldo.

La luna, alta y pequeña, estaba casi oculta por las nubes, así que apenas había luz.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Alba sobresaltada.

Él se volvió ligeramente y se puso un dedo ante los labios.

Se oían varias voces graves y estridentes en la dirección hacia la que miraba Marc, aunque no era posible distinguir sus palabras. A ellas se oponía otra mucho más aguda, claramente de mujer, que sonaba aterrorizada y lastimera.

Tras unos momentos en silencio, Alba apartó su manta y se acuclilló al lado de Marc.

—Vamos a ver qué pasa —susurró.

—No lo recomiendo —dijo él—. No sabemos a ciencia cierta cuántas personas hay ahí delante, ni sus intenciones, ni si hay más en los alrededores. Deberíamos

retirarnos.

—He dicho que vamos —dijo Alba, avanzando sin esperarle.

Marc ahogó una maldición y la sujetó por el hombro.

—Si no vas a hacerme caso, deja al menos que vaya yo delante.

La bruja se hizo a un lado y el inquisidor comenzó a avanzar, tratando de seguir los consejos que solía darle Jean, mucho tiempo atrás.

«Pisa con delicadeza, pero asegúrate de pisar bien. Debes sostener tu peso, no bambolearte hacia los lados. Flexiona las rodillas y, siempre que haya hierba, elígela por encima de cualquier otra superficie. Apoya el pie lentamente, a tiempo de retirarlo si notas una rama quebradiza debajo».

Philippe, con intensos coloretos en el rostro, había reído en esa ocasión antes de replicar: «O, si no tienes paciencia para tanta sutileza, lánzate hacia adelante y aplasta a tus adversarios».

«Me gustaría veros en esta situación, teniendo que proteger al enemigo de una amenaza desconocida a la que os ordena dirigiros» pensó Marc torciendo el gesto.

Tratando de concentrarse en lo que tenía delante, apartó con cuidado las ramas altas de un arbusto y le hizo un gesto a la bruja para señalar un hoyo en el suelo. Se agachó todavía más para confundirse con el follaje y siguió avanzando con precaución, buscando siempre el manto de hierba. Algo más atrás, Alba trataba de imitar sus movimientos lo mejor posible.

Los gritos se iban haciendo más intensos cuanto más avanzaban y el relumbrar de las antorchas pronto se hizo evidente. Poco a poco, comenzaron a identificar algunas de las palabras, que hablaban de sangre y muerte. La que más se repetía, no obstante, era Gillean.

Marc se dirigió hacia un tronco caído, ascendiendo por una suave cuesta. Cuando Alba llegó hasta él, pudo ver cuál era el origen del alboroto.

Ante ellos, en medio de un claro, tres figuras con hábitos negros gritaban y gesticulaban con amplios ademanes. Muy cerca de ellos había un tocón que alguna vez habría pertenecido a un gran árbol. A él habían atado a una joven, que gritaba aterrorizada.

—¡Señor, acepta este sacrificio humano que te brindamos! —gritó el más alto de los tres.

—¡Gloria a Gillean! —corearon los otros dos.

—¡Señor, saborea su pureza!

—¡Gloria a Gillean!

Marc se volvió hacia Alba, con una mueca de desprecio.

—Parece que los tuyos están muy ocupados esta noche.

—¡No digas tonterías! —repuso ella—. Nosotros adoramos a Thomenn, no a su hermano.

—Matar a los inocentes es una curiosa manera de predicar su fe.

—Creo que no es el momento adecuado para tener esa discusión teológica de la

que hablabas.

—Quizá no —concedió Marc mirando de nuevo al claro.

El que parecía ser el líder empuñaba una daga de hoja curva y hacía gestos extraños en el aire, como si escribiera en un idioma largo tiempo olvidado.

—Concedéndonos tu gracia —pidió alzando las manos al cielo.

—¡Danos tu poder! —contestaron los otros.

—Toma esta vida a cambio de tu favor.

—¡Danos tu poder!

—Regaremos con sangre a esta muchacha antes de verter la suya en tu nombre.

—¡Alabado seas!

—No deberíamos permitir esto —susurró Alba, con el rostro congestionado.

—Debemos pasar desapercibidos —replicó Marc, sin que esas fueran las palabras que pensaba realmente.

—Es solo una niña.

—Corremos peligro aquí, podrían venir más.

Alba miraba al claro con preocupación, mientras se estrujaba las manos.

—No podemos dejarla morir —susurró.

—Y ¿qué pasa con el hechizo si incumplo la orden de protegerte? —preguntó Marc con una mueca.

—No podrías hacerlo —contestó ella sin sonreír.

El joven mantuvo la mirada baja un momento y luego, de repente, se lanzó hacia el claro.

Uno de los adoradores, que voceaba a lado del líder, cayó sin saber siquiera que un cuchillo le había atravesado la garganta. El otro se giró a tiempo de ver el filo de una espada acercándose hacia su cabeza.

El más alto trató de defenderse lanzándole su antorcha a Marc. Pero su adversario estaba más que curtido en esas lides y la esquivó sin problemas.

—¡Apártate de mí! El Príncipe Oscuro me protege —amenazó agitando el arma ceremonial ante él.

Marc esquivó con desgana un par de tajos y después lo atravesó sin dificultad.

—Parece que su protección no es muy fiable —dijo limpiando su hoja en el cuerpo.

En ese momento, apareció un cuarto hombre en el claro, tras la joven. Tenía el mismo atuendo que los otros pero en él quedaba ridículamente pequeño. Era altísimo y muy robusto. Llevaba un corderillo al hombro y un garrote en la otra mano.

Cuando vio el espectáculo que lo esperaba dejó caer el animal, atónito. Miró de hito en hito a Marc y a los cuerpos que estaban en el suelo, sin comprender. Después, una expresión de rabia infantil se apoderó de su rostro.

—¡Yo mato! —gritó y comenzó a correr hacia él—. ¡Yo mato!

Sin embargo, a mitad de camino se detuvo en seco. La boca se abrió con sorpresa y cayó hacia atrás, con los ojos en blanco. En ese momento, Alba salió de la espesura,



tambaleándose y con una mano en la cabeza.

—Creo que todavía no me he recuperado del todo —musitó parpadeando con lentitud.

—¡Gracias, gracias! ¡Que el Creador os bendiga! —gritó entonces la joven—. Por favor, desatadme cuanto antes, os lo ruego.

—¿Estás bien? —preguntó Marc cortando sus ataduras.

—¡Temía por mi vida! —chilló ella, lanzándose a sus brazos—. ¡Estaba segura de que iba a morir!

—Ahora estás a salvo —contestó él.

—¿Quiénes sois? —preguntó entonces—. ¿A quién debo agradecer mi salvación?

—Yo soy Isabell —dijo Alba imitando perfectamente el acento de la segunda provincia— y él es mi esposo, Ricard.

—Mi nombre es Celine y soy hija del delegado de Tres Lunas —dijo la muchacha soltando a Marc y frotándose las muñecas—. Os estoy profundamente agradecida. Y también asombrada por la facilidad con que os habéis deshecho de mis captores.

—No encontraréis un maestro de esgrima mejor en todo el este de Louisant —contestó Alba abrazándose a Marc con una risilla.

—¿Sois de Louisant? —preguntó ella mirando significativamente a Alba.

—Oh, perdonad mi apariencia —dijo la bruja señalando su ropa—, no son más que burdas prendas para viajar más cómoda.

—Pero ¿qué hacíais en medio del bosque?

—Oh —dijo Alba y el rubor le cubrió las mejillas—, estábamos cansados y buscábamos...

—Lo que mi esposa quiere decir —dijo Marc sonriendo ampliamente y agarrándola de la cadera sin pudor— es que acabamos de casarnos y, bueno, no quiero hablar de más, pero a veces nos gusta dormir al raso, lejos de oídos curiosos.

El inquisidor rio a carcajadas ante la cara de sorpresa de Celine.

—¿Qué es lo que pasaba aquí? —preguntó Alba sin poder evitar una mirada sorprendida hacia Marc.

—Esos son los hermanos DeValle —contestó ella con desprecio—. Siempre han sido unos alborotadores, pero nunca habían llegado tan lejos. Supongo que la endogamia que los engendró ha acabado por dementarlos totalmente. Os aseguro que sus muertes no serán lloradas, mi padre os lo confirmará.

—Lo siento, si señora —dijo Marc poniéndose muy serio—, pero no podemos acompañaros hasta él. Tenemos una gran urgencia en nuestro viaje y ahora que solo faltan unas horas para el amanecer ensillaremos para partir cuanto antes.

—¡Pero no me podéis dejar aquí! En estos bosques hay fieras y cosas peores. ¡No puedo quedarme sola después esto!

Alba se acercó a ella y la abrazó con ternura.

—Tranquila, ahora estás a salvo. No creo que perdamos mucho tiempo si te acompañamos hasta tu hogar.

La joven la miró con radiante esperanza y se estrechó contra ella, llorando de alivio.

De nada sirvieron las protestas que el hechizo vertió por boca de Marc. La decisión estaba tomada.

Apenas una hora más tarde llegaron al pueblo de Tres Lunas.

Muchos de sus habitantes estaban reunidos en pequeños corrillos a la luz de las antorchas o rezando en el modesto templo.

Cuando vieron llegar a los tres jinetes y reconocieron a la hija perdida estallaron en aplausos y gritos de inesperado júbilo. Rápidamente, toda la población se concentró a su alrededor, saludando y jaleando a los salvadores de Celine.

Apenas unos momentos después, un pasillo se abrió entre las gentes y el delegado del pueblo llegó corriendo para fundirse en un abrazo con ella. El hombre lloró durante largos minutos antes de separarse de su hija.

—Gracias, mil gracias, que Thomenn os bendiga —les dijo entrecortadamente, entre lágrimas—. Algunos ya la daban por muerta cuando nos enteramos de que los DeValle la habían capturado, pero yo no. Sabía que el Creador, nuestro Señor, pondría los medios para que volviera sana y salva y a través de vosotros su voluntad se ha cumplido. Os debo su vida y la mía, pues si algo le hubiera sucedido realmente no lo habría soportado.

—Sois muy amable —contestó Marc.

—Y vos un bravo guerrero, por lo que puedo deducir. ¿Qué pasó con los hermanos?

—Muertos —dijo Marc encogiéndose de hombros—. Aunque he de reconocer que tuve mucha suerte.

—¡Tonterías! —dijo Celine poniendo los brazos en jarras—. Desde donde estaba vi como despachó a los tres mayores sin que ni ellos mismos supieran lo que se les venía encima. Y, cuando el pequeño iba a atacar desde atrás, él se movió raudo y lo liquidó también.

Su padre miró a Marc maravillado y le dio un firme apretón de manos.

—¡Escuchadme todos! Vayamos descansar ahora. Mañana organizaremos una gran fiesta en honor del salvador de mi hija y su acompañante.

—Esposa —dijo Alba con timidez.

—Claro, disculpadme —añadió mesándose la barba cana—. Venid conmigo, os hospedaréis con nosotros.

De nada sirvieron las educadas protestas de los aludidos. El delegado los llevó hasta su casa poco menos que a empujones, para que durmieran allí el resto de la noche.

Celine los condujo a la planta de arriba, donde les ofreció un modesto dormitorio.

—Es una estancia humilde para dos habitantes de Louisant de vuestra posición,

pero el lecho es cómodo y no pasaréis frío —les dijo antes de cerrar la puerta.

No había, en efecto, ningún ornamento lujoso en la habitación, pero estaba limpia y un ramillo de lavanda la perfumaba agradablemente.

El inquisidor y la bruja permanecieron un momento allí de pie, sin saber muy bien qué hacer. Entonces, Marc se giró hacia una esquina, dándole la espalda, y se sentó cruzando las piernas, muy interesado de pronto en limpiar y afilar su hoja. Mientras, Alba se quitó parte de las ropas de viaje y se metió en la cama.

Cuando se quedó dormida, el joven se relajó sensiblemente y decidió tumbarse cerca de la ventana con la espada junto a él. Mientras el sueño le iba venciendo, acariciaba los detalles de la empuñadura, distraído.

—Hoy he hecho lo mismo que tantas otras veces —musitó para sí— y, sin embargo, no he visto temor ni suspicacia en las miradas de la gente.

A la mañana siguiente, el delegado y Celine se encargaron de que tuvieran un baño caliente listo para cuando despertaran. Después les dijeron que celebrarían una gran fiesta al caer la noche, pero Marc se dirigió al padre para rechazar amablemente esa idea.

—Mi señor, agradecemos vuestras atenciones más de lo que podéis suponer, pero debemos partir.

—¡No puedo permitirlo! Habéis salvado la vida de mi hija, no me perdonaría que os tuvierais que marchar sin habérselo reconocido —respondió el hombre tomándole la mano entre las suyas.

Marc las notó fuertes y ásperas. Sin duda, las manos de un hombre acostumbrado a trabajar el campo.

—Mi padre se muere en Louisant —dijo bajando la cabeza—. Esa es la razón por la que viajamos al este con tanta premura. Me llegó el mensaje hace tres días. Soy su primogénito y desea hablarme antes de que Thomenn venga a buscarlo.

Alba le puso la mano en el hombro, con cariño, mientras el delegado mudaba su expresión, al comprender la gravedad de tales noticias.

—No se hable más —dijo haciendo un gesto tajante con la mano—. Ahora mismo pediré que se prepare un almuerzo mientras empacamos vuestras provisiones. Os garantizo que en tan solo dos horas estaréis en camino. Pero permitidnos al menos compartir unos minutos con el hombre al que tanto debo.

Marc asintió.

—De acuerdo, delegado. Os acompañaremos un poco más.

No había pasado una hora cuando fueron conducidos a la plaza del pueblo. Allí, los vecinos habían dispuesto una serie de mesas y sillas y cada familia había aportado algo de comida para honrar a sus huéspedes.

Les trajeron leche hervida que había sido ordeñada tan solo unas horas antes. Hogazas de sabroso pan que uno de los vecinos tostaba al fuego y otro untaba con

mantequilla salada o nata dulce. Varias de las mujeres más mayores de Tres Lunas trajeron cuencos de barro con deliciosa mermelada, miel y dulce de membrillo. Otros les presentaron unas láminas de fina carne ahumada de un sabor delicadísimo e infinidad de cosas más.

En medio de la celebración, varios de los vecinos sacaron instrumentos y comenzaron a entonar alegres canciones, propias de aquella tierra.

Cuando llegó el momento de despedirse, todos quisieron abrazar a los héroes. Entre besos y achuchones, le entregaron a Alba un suave pañuelo bordado, una faltriquera de piel con figuras cinceladas y un precioso broche para la capa con la forma de tres lunas idénticas. Celine se acercó a ella antes de que montara y le ofreció una chaqueta de piel vuelta, que ya tenía algunos brillos en los codos y el cuello.

—La he usado mucho tiempo, pero te aseguro que tiene una factura impecable. Te resguardará del frío. —Después guiñó un ojo y añadió—. A mí también me gusta vestir cómoda cuando viajo por el campo.

—¡Gracias! —exclamó Alba, y las dos muchachas se abrazaron con fuerza.

A Marc le entregaron un pequeño puñal forjado en Rock-Talhé y tan afilado como una navaja de afeitar. También le dieron unos preciosos guantes de piel negra, un colgante con la figura de las tres lunas y una bolsa de cuero para colgar en la silla de su caballo.

Cuando todos se hubieron despedido de él, el delegado de Tres Lunas se acercó y lo abrazó solemnemente.

—Me has devuelto lo que más quiero en esta vida. No tengo palabras para mostrarte mi agradecimiento, pero sirva esto como una mínima muestra. —Y le entregó un pañuelo negro.

Marc lo desdobló, observando las intrincadas bordaduras y dándose cuenta de que estaba tejido con la seda más suave que hubiera tocado jamás.

—Mi señor, ¡esto es seda agoriana de la mejor calidad! —Marc miró alternativamente al delegado y al presente que le entregaba—. No puedo aceptarlo, ¡vale más que mi caballo!

El joven sabía que aquel pañuelo era un pequeño tesoro a cuyo valor había que sumar la dificultad que suponía encontrar una pieza de factura tan soberbia. Solo los nobles o comerciantes más acaudalados podían permitirse semejante ostentación.

—Tómalo —repitió el hombre sin ambages. Sin dudarlo le tomó las manos y las cerró sobre la seda—. Quiero que el hombre que salvó a mi hija lo lleve.

Marc insistió algo más, antes de aceptarlo con profundo agradecimiento.

Entonces montaron y saludaron con cierto rubor el aplauso de aquellas gentes. Después, se marcharon como héroes, llevando con ellos el cariño de todo el pueblo y las alforjas llenas.

Montaron unos cuantos minutos por un amplio camino que salía de Tres Lunas antes

de que Marc diera un fuerte tirón a las riendas, para penetrar en la espesura.

Noble cabeceó, poco acostumbrado a un trato tan brusco, y él maldijo en silencio por pagar su enfado con el pobre animal.

—¿Te das cuenta de que hemos salvado una vida? —dijo Alba tras él, risueña.

Se había puesto la chaqueta de Celine y la miraba por uno y otro lado con expresión satisfecha.

—De lo único que me doy cuenta es de que cualquiera de los habitantes de ese pueblo podría describirnos en detalle.

—No te enfades, inquisidor —contestó ella, sin que su voz dejara de sonar alegre—. A fin de cuentas, no podíamos hacer otra cosa.

—Pues debimos hacer algo distinto. Permanecer en ese pueblo y exponernos así fue una temeridad.

Marc chasqueó la lengua, pues lo que decía era lo contrario a lo que pensaba realmente.

—Puede que fuera algo temerario —concedió ella—, pero teníamos que hacerlo. Y me alegro: nunca me había sentido tan reconocida.

—No era sino un agradecimiento formal —el muchacho soltó un bufido—. Estaban contentos por recuperar a su hija perdida, nada más.

—A mí no me pareció una gratitud fingida. Había verdadera emoción en sus ojos.

—Yo hago esto continuamente y, créeme, una vez terminas, lo único que quieren es que te marches cuanto antes. —Marc trató de hablar con aplomo, pero su voz sonaba algo insegura.

Alba dejó pasar casi un minuto antes de decir lo que estaba pensando:

—Quizá los inquisidores no gozáis de muy buena fama.

—¡No sé por qué debería ser así! —rugió él, crispándose sobre la silla—. ¡Nos dejamos la piel luchando por las gentes! ¡Vivimos para servir al Emperador bajo la ley que Thomenn nos legó!

—Vuestros métodos pueden ser criticados largamente. Pero no pretendo discutir sobre eso ahora, estoy de demasiado buen humor —dijo Alba adoptando un tono burlesco—, pese a que te has llevado todo el mérito. No había nadie en Tres Lunas que no pensara que has acabado tú solo con el enemigo, rescatando a la dama en apuros y defendiendo a tu esposa con gran valor.

—Podría haber dicho que usaste la Voluntad para fundir por dentro la cabeza del gigantón, pero no me pareció apropiado.

—No, quizá no —concedió ella, riendo.

Avanzaron durante toda la mañana por sendas forestales. Pese a que no hubo muchas palabras entre ellos, el ánimo de la bruja había mejorado notablemente desde lo ocurrido en el pueblo: se mantenía por delante de Marc si el sendero era estrecho y, con frecuencia, canturreaba distraída. Cuando había alguna desviación, indicaba el camino sin dudar.

—He preparado este viaje durante mucho tiempo —comentó con una risilla—. Te

aseguro que puedo guiarte hasta Quiles sin pisar un solo camino principal.

A su alrededor, se desplegaban los bosques de Selén, sin duda los más frondosos del Imperio. La gran variedad de árboles de la cuarta provincia y el ambiente, siempre místico, dotaba al paisaje de una belleza particular. No obstante, en esa época en que el invierno se siente cercano, muchos árboles habían perdido ya sus hojas y el suelo estaba tapizado con ellas. Las ramas desnudas se doblaban a veces por el frío viento que llegaba desde el oeste, procedente de las Colinas Eternas y el cielo se había ido cubriendo a lo largo del día.

Cuando la oscuridad se hizo demasiado pronunciada, buscaron un lugar adecuado para descansar y desmontaron.

Marc volvió a encargarse de los caballos y recoger leña pero, cuando llegó hasta Alba, un tímido fuego bailaba ya en medio del campamento.

El inquisidor echó unas cuantas ramas más y se sentó frente al mismo, quitándose los guantes y extendiendo las manos para calentarse.

Poco después, ambos comían con deleite, agradeciendo en silencio las provisiones que les habían entregado las gentes de Tres Lunas.

Al terminar, Alba sacó el pellejo de piel sobre el que dibujaba. En apenas un minuto, ya estaba trazando líneas, círculos y otros símbolos menos conocidos.

Para el inquisidor, resultaba evidente que aquellos gestos movilizaban la Voluntad de algún modo, pero todavía no sabía cómo.

De repente, ella alzó la vista con una sonrisa.

—¿Te das cuenta de que no te ordené que atacaras?

—¿Qué? —Exclamó Marc, tomado por sorpresa—. ¿A qué te refieres?

—Cuando descubrimos a Celine, en medio de aquel claro. Actuaste por tu propia iniciativa, yo no te ordené hacerlo. ¿Va a resultar que el inquisidor es un hombre tan virtuoso que sus principios sobrepasan las ataduras del hechizo?

Marc se encogió de hombros.

—Supongo que pensé que aquello no podía poner en riesgo tu misión.

Pero era cierto que, de algún modo, había desobedecido las indicaciones del hechizo, descubriéndose ante los DeValle para ayudar a Celine.

—¿Cómo es posible? —musitó para sí mismo.

Sin embargo, lo que realmente le sorprendía es que ella en ningún momento le hubiera ordenado dejar a la joven, aun sabiendo que ignorar aquello sería lo mejor para la misión.

## IV

Un Caballero Imperial ha de cumplir dos requisitos: por una parte, debe haber destacado de manera extraordinaria en el campo de batalla; por otra, tiene que constituir un ejemplo de fidelidad, inteligencia y constante trabajo en pro del Imperio.

Esta es, posiblemente, la mayor distinción que pueda otorgársele a un hombre y, generalmente, viene precedida por un hecho tremendamente meritorio.

—*Gran Historia del Imperio.*

Ya llevaban más de dos semanas atravesando los bosques de Seléin cuando comenzó realmente el frío. Un viento gélido que de vez en cuando arrastraba copos de nieve llegó sin ninguna intención de marcharse. Alba pasó toda una noche tiritando, acurrucada en su manta y con la capa de viaje echada por encima. Marc, sin sentirse cómodo en absoluto, se acercó a ella y la tapó con su propia capa. Después de permanecer unos instantes inmóvil, acabó por sentarse a su lado para darle calor.

A la mañana siguiente, cuando ella despertó, se encontró al inquisidor más cerca que nunca, sentado con las piernas cruzadas, escuchando y vigilando. Al verse tan abrigada sonrió.

—Gracias, Marc —dijo tomándole un momento la mano—. Me gustaría pensar que hiciste esto por tu propia voluntad.

—¡Lo hago porque estoy obligado! —respondió él.

El inquisidor se levantó precipitadamente para echar algo de madera al fuego.

—Sí, supongo que ha sido el hechizo, pero aun así te lo agradezco.

Marc la observó un momento, con los labios apretados, y finalmente preguntó:

—¿Qué es ese pellejo en el que dibujas cuando nos detenemos?

—Oh, eso. —Alba sonrió divertida y se estiró—. Ya empezaba a pensar que no lo preguntarías nunca.

Marc se encogió de hombros, tratando de parecer indiferente, pero ella no se hizo de rogar.

—Es, digámoslo así, un uso de la Voluntad poco frecuente y de ejecución muy complicada.

Desayunaron sin prisas mientras el inquisidor escuchaba a la bruja. Alba, contenta por encontrar al fin algo de qué charlar con él, comenzó a explicarle en qué consistía aquel asunto.

—Según tengo entendido, todos los inquisidores tenéis una cierta afinidad con la Voluntad, así que habrás notado que, cuando dibujo en el pellejo, mi energía se moviliza.

Él asintió en silencio, masticando sin mucho entusiasmo sus gachas.

—Evidentemente, existen otras maneras de utilizar nuestro poder. Me han dicho que vuestros sacerdotes pronuncian eternas letanías pensando que así acceden a los favores del Creador. Hay clérigos en Uruth que bailan en torno a una hoguera hasta

que entran en trance. —La bruja se encogió de hombros y creó una pequeña llama sobre la palma de la mano—. Y otros, simplemente, hacemos que nuestras capacidades se muestren con facilidad.

Marc recordaba cómo Aurore en una ocasión había lanzado a Philippe más allá de su pupitre por estar hablando con Mathius. Lo había hecho sin ningún tipo de preparación ni gestos y sin que ninguno de ellos pudiera anticipar nada. En un momento estaba agachada sobre un libro y, al siguiente, su sola mirada había derribado al voluminoso joven.

—Sé que tú también puedes esgrimir estas energías con soltura, o no habrías podido con él. —Por el rostro del Alba pasó una sombra, pero sacudió la cabeza tratando de sobreponerse a los recuerdos—. En esencia, todo es lo mismo. Sin embargo, esta manera de tratar la Voluntad es especial.

Los jóvenes acabaron de recoger las cosas y montaron para proseguir la marcha.

—Cuando yo dibujo, mi Voluntad fluye por la tinta y se asienta sobre la piel. Cuando está completo, el resultado es —Alba buscó las palabras adecuadas— algo que no podría hacerse de una vez. Es mucho más que la suma de los pequeños esfuerzos que lo conforman.

—¿Me estás diciendo que con ese procedimiento podrías hacer cualquier cosa? —preguntó Marc, visiblemente alarmado.

—No es tan sencillo —respondió ella—. Cada línea es más difícil de fijar que la anterior. Cuando el tapiz de tinta está casi acabado, cada nuevo trazo puede suponer horas de esfuerzo. En añadidura, una parte de mi poder se va con cada línea que dibujo y no regresa hasta que no hago uso de él.

Marc tomó nota, tratando de que sus pesquisas no fueran demasiado evidentes. Miraba a su alrededor con tranquilidad y tenía el semblante relajado, pero en su interior estaba haciendo un gran esfuerzo por memorizar cada una de sus palabras.

—¿Quién te enseñó a dibujar de esta forma?

—Alguien me guio en algo que yo descubrí por mí misma —respondió ella, escuetamente.

Alba tenía la vista fija en algún punto muy lejano y parecía recordar hechos que habían sucedido mucho tiempo atrás.

—Es un procedimiento que ya se había olvidado, pero que redescubrimos por pura casualidad. Al dibujar, incluso cuando era muy pequeña, una parte de mí quedaba asentada en el papel. Puedo asegurarte que aquello nos dio más de un susto.

Marc observó que la bruja parecía sentir cierto dolor al desempolvar recuerdos tan antiguos, pero no la interrumpió, ávido de conocimientos que pudieran ayudarle a vencer la fuerza que le mantenía encadenado a su Voluntad.

—Sí, una vez tuve una maestra, aunque el tiempo que permaneció junto a nosotros siempre me pareció escaso. La recuerdo claramente, pese a los años transcurridos. A veces incluso sueño con ella, como si se pudiera comunicar todavía conmigo desde una distancia inconcebible.



Tras unos momentos de silencio, se giró hacia él y lo miró fijamente.

—No creas que soy tan ignorante, Marc, veo lo que haces. —El verde de sus ojos refulgía entre unos párpados entrecerrados que formaban una clara expresión de inteligencia—. Pero te puedo asegurar que mido lo que te cuento y también lo que callo.

El joven enfrentó su mirada unos instantes y entonces su rostro se relajó.

—Deberías dejarme marchar. La inquisición sabe ser benevolente con aquellos que capitulan —mintió.

En su cara, una amable expresión de complicidad la invitaba a confiar en él. Sin embargo, la respuesta no fue más que una sonora carcajada.

—¡Por favor! —Alba rio, no sin cierta fiereza—. Después de tantos años luchando contra vosotros ¿esperas que me deje seducir por algo tan burdo?

Las manos de Marc se crisparon sobre las riendas al ver que la empatía que reinaba hacía tan solo unos momentos se evaporaba.

—Tu orden no representa más que al mal absoluto. En cuanto a ti, sé que si te liberara tratarías de matarme aquí mismo o de huir para organizar mi captura en Quiles.

—¡Este hechizo no me va a detener por siempre! —rugió Marc con el rostro congestionado.

—Lo sé —respondió ella—. Puedo notar desde hace días cómo has empezado a deshacer su tejido. Pero son únicamente unas pequeñas hebras deshilachadas de un entramado que permanece firme.

Marc apretó con fuerza los dientes y trató de dominar la impotencia que le abrasaba por dentro.

—Pero tengo una duda. —El tono de la bruja se dulcificó al tiempo que iba componiendo una sonrisa—. Te observo durante todo el día y percibo cada amago que haces con la Voluntad. Sin embargo, no he podido notar en ningún momento que intentaras liberarte. Por la noche, estás despierto cuando yo ya he caído en brazos del sueño. Y no hay mañana que me levante antes que tú. ¿Es que acaso no duermes nunca?

—Los inquisidores no dormimos —contestó el joven girándose y dando la conversación por finalizada.

—Claro, Marc, claro —rio ella. Después, con un tono condescendiente añadió—. Sigue deshilachando hebras durante la noche. Quizá cuando la Espina del Mundo se haya reducido a polvo con el correr de los siglos consigas liberarte.

Sin embargo, pese a la convicción que mostraba, Alba tuvo que disimular un escalofrío.

Aquella tarde llegaron a las inmediaciones del Río Largo. Desde su posición, a salvo en el borde de la espesura, divisaron el puente que los habría de llevar a Quiles. Tres

soldados charlaban tranquilamente en el extremo más cercano. Permanecían junto a una pequeña garita cuya chimenea humeaba. Dentro se intuía un alegre fuego pero, en el exterior, el frío hacía que los hombres expulsaran nubes de vaho mientras charlaban en voz baja. Uno se frotaba las manos mientras los otros dos intentaban abrigarse mejor con las capas para protegerse de los envites del viento. Sus lanzas, que deberían estar firmemente asidas, se apoyaban con desgana contra la pared. No daba la impresión de que quisieran alejarse lo más mínimo del pequeño refugio y su promesa de algo de calor.

Apenas a unos metros, el Río Largo se precipitaba con violencia a lo largo de una depresión del terreno que dificultaba notablemente la navegación. Kilómetros más allá se iría calmando, a medida que la distancia entre las orillas se ensanchaba y el Mar del Sur iba acercándose.

Cerca de la desembocadura, el delta configuraba bellas marismas llenas de juncos que se extendían en dirección oeste. Siguiendo por la costa de Selén, se llegaría hasta la baronía de Agua Clara y el borde meridional de las Colinas Eternas. En la parte más oriental, sin embargo, el agua se estancaba hasta crear la peligrosa ciénaga que ponía límites a la parte perdida de Quiles.

Pero allí donde ellos se encontraban el río bajaba con mucha fuerza y dividía sin compasión los bosques de las dos provincias.

—Este es el único puente medianamente discreto en más de cuarenta kilómetros a la redonda —anunció Alba con la mirada fija en la imponente construcción de piedra—. Al norte hay muchas poblaciones y el cauce es demasiado ancho más al sur.

—Es decir —contestó Marc— que tenemos que cruzar por aquí si no queremos desviarnos mucho. No me gusta la idea de desfilar delante de tantos soldados.

El puente era lo bastante ancho para que pasaran cuatro jinetes a la vez sin que sus monturas tuvieran apenas que rozarse. Sin embargo, estaba desierto.

—Generalmente tiene más tráfico. —La bruja estiró el cuello para mirar hacia el camino principal que llegaba desde Selén. No había ni un solo viajero a la vista—. Parece que estos fríos tempranos han desanimado a más de uno. No habrá más remedio que atravesarlo sin compañía.

—No me gusta —repitió el inquisidor.

Hacía tiempo que ya no luchaba contra las órdenes del hechizo. El constante pulso que había mantenido se estaba cobrando su precio. Cada vez tenía más ojeras y apenas descansaba durante la noche; se encontraba tan exhausto que al final había decidido racionar su esfuerzo: en vez de oponerse de manera continua, cada jornada dosificaba sus fuerzas para ir desbaratando el tejido mágico durante buena parte del tiempo que ella dormía.

«Tendré que colaborar», se decía una y otra vez. «Pero solo para alzarme contra ti en cuanto mi Voluntad pueda atravesar el hechizo».

—No sé muy bien qué hacer —decía Alba mientras se mordía el labio inferior y miraba a uno y otro lado con nerviosismo.

—Sería muy fácil si me descubriera —comentó Marc con una sonrisa taimada—. Abrid paso al inquisidor y todos nuestros problemas serían resueltos. Puede que, incluso, nos invitaran a alguna bebida caliente.

—Creo que no —contestó ella sin volverse, siquiera.

—¿Qué tenías planeado para esta parte del viaje?

—Nada.

—¿Nada? —El inquisidor la miró, entre ofendido y divertido—. Has planificado una ruta que te obliga a pasar por aquí y ¿no has pensado en cómo sortear a los soldados que vigilan el puente?

—¡Yo no era la experta en esas cosas! —siseó Alba—. Mi protector se encargaba de esto. Y ahora que no está, ¿acaso el poderoso inquisidor no tiene recursos para solventar esta pequeña dificultad?

—Espero que no me pidas que acabe con ellos.

—No creo que ni siquiera tú pudieras acabar con todos sin que los del otro extremo dieran la alarma. —Alba señaló la otra garita, que también tenía una humeante chimenea.

—Si uno solo escapara, tendríamos patrullas encima en cuestión de horas. Cosa que me gustaría —añadió el joven.

—¿Qué harías tú en este caso? Contesta sin rodeos.

—Si queremos evitar problemas y muertes innecesarias, lo mejor sería volver atrás y buscar otro camino.

—Eso no es una opción —contestó ella con firmeza.

—Entonces sígueme.

Minutos después, los guardias que custodiaban el penúltimo puente del Río Largo divisaron a una pareja que se acercaba al paso. Él montaba un soberbio bayo que parecía la viva imagen de la elegancia. Pisaba con autoridad y llevaba la cabeza tan alta como los legionarios que desfilan en Hýnos el día del cumpleaños del Emperador.

Cuando llegaron a su altura, el jinete se dirigió a ellos con una sonrisa.

—¡Saludos!

Su voz era clara y resuelta, propia de un hombre que está acostumbrado a dirigirse a otros. Vestía ropas de factura impecable, un pañuelo negro de seda en el cuello y llevaba el puño en la cadera, al uso de los nobles de Louisant.

Su acompañante mantenía la cabeza baja y un discreto pañuelo claro se ocupaba de proteger su cabeza del frío. Montaba una yegua blanca que tenía atada a la silla las riendas de un tercer animal, más cargado de bultos.

Un soldado, bastante más mayor que los que vigilaban afuera, entreabrió la puerta y les echó un vistazo. La insignia de su hombro aseguraba que era sargento, aunque el aspecto era más propio del borracho de alguna pequeña aldea de Quiles.

Sin decir una palabra, los miró de arriba abajo e hizo un gesto con la mano antes de volver a cerrar la puerta.

—Adelante —dijo uno de los otros.

—Gracias, amigos, espero que no cojáis mucho frío. —El joven de pelo rubio los saludó con simpatía y clavó los tacones en su animal.

Los soldados contestaron con un gruñido.

—Parece que todo ha ido bien —dijo Alba en voz baja, mientras avanzaban por el puente.

En su rostro comenzó a dibujarse una sonrisa. Sin embargo, bajo la máscara de suficiencia con que se había investido, la mirada de Marc reflejaba tensión.

—Todavía no hemos cruzado —contestó en voz baja.

Aparte del fluir del agua, no se oía más que los cascos de los caballos. Los golpes sonaban secos y fuertes en medio del silencio, amplificadas por la piedra grisácea con que se había construido el puente.

Antes de que llegaran al otro extremo, los guardias que vigilaban la orilla de Quiles se volvieron hacia ellos. Un sargento que lucía la insignia de la primera provincia los esperaba tras dos soldados. Vestía un uniforme impecable y permanecía erguido en medio del puente. Uno de los otros les hizo un gesto con la mano para que se detuvieran y avanzaron unos pasos sin soltar las lanzas.

—Saludos —dijo de nuevo Marc, igual de sonriente y encantador que antes. Su voz sonó con un marcado acento de Louisant—. Parece que hoy va a hacer calor.

—Más bien un frío de Gillean —contestó el que les había dado el alto, correspondiendo a su sonrisa.

Era poco más que un niño, con una pelusilla oscura bajo la nariz, sin duda un soldado bisoño recién salido del cuartel.

El mayor, de rostro serio y bigote bien recortado, gruñó ante la iniciativa del subalterno. Se adelantó apartándolo sin miramientos y se dirigió directamente a Marc.

—Saludos. ¿Qué los trae a Quiles?

—Vamos a visitar a mi madre —dijo Alba, pero en ese momento Marc alzó su mano como si fuera a propinarle un cachete.

—¡Calla, mujer! Deja que hablen los hombres. —El joven se volvió hacia los guardias con disgusto en el rostro—. Discúlpela, el Señor la ha maldecido con una lengua demasiado larga. —Se volvió de nuevo hacia ella, enfadado—. Pero aprenderá.

El guardia pareció distenderse un poco, asintiendo con aprobación.

—¿Motivos familiares, entonces?

—Así es, señor. Mi suegra. Está enferma.

El sargento comenzó a caminar pausadamente alrededor de ellos sin mudar su expresión severa.

—Vos no sois quileño, creo entender.

—No, señor, nací en Louisant.

—Pero venís de Seléin ¿vivís allí?

—En efecto. —Marc se tomó unos instantes para componer a la perfección una mueca de cierta vergüenza—. Soy... escribano del delegado de Palko.

—Es un noble cometido —puntualizó Alba.

—¡He dicho que te calles! —gruñó Marc volviéndose.

Después, se apartó el pelo de la cara y añadió, como si quisiera justificar algo:

—Pero mi padre es consejero, allá en Louisant. Algún día, yo también tendré un cargo.

El otro asintió, con indiferencia, y se adelantó para abrir una de las alforjas del caballo de carga. Allí solo había ropas de recambio.

—¿Qué noticias hay de Quiles? —preguntó el inquisidor—. Hace tiempo que no venimos por aquí.

—No gran cosa —respondió el otro, con evidente desgana—. Los potentados del sur se quejan de que las ciénagas hieden y los barones de que tienen que enviar regimientos a Abadía. Lo habitual.

Entonces, abrió otra de las bolsas de piel y otra más. La casualidad quiso que, en medio de las provisiones que llevaban en la última, asomara la empuñadura de la pequeña ballesta de Marc. La calidad del mecanismo y un pequeño engaste de metal en forma de roble resaltaban como hogueras en medio de la noche.

El sargento se giró disimuladamente para mirar de reojo la impecable apariencia de la espada de Marc, desapercibida hasta entonces entre los pliegues de la capa. Sin ningún comentario, completó la vuelta para colocarse junto a sus hombres.

—Buen acero lleváis, joven —dijo entonces, poniendo la mano sobre la empuñadura de su arma.

—En estos tiempos, nunca se sabe —contestó Marc, manteniendo la sonrisa.

Sin embargo, se sabía descubierto.

En ese momento, cuando comenzaba a pronunciar unas palabras como explicación, dio un brusco tirón de las riendas y Noble se puso de manos al instante.

Los soldados se echaron hacia atrás, acobardados por la violencia repentina del garañón.

—¡Atrás! —gritó Marc.

Rápidamente, volvieron grupas y se lanzaron hacia el otro extremo del puente, pero los soldados ya los estaban esperando allí también.

—¡Daos presos! —gritó el desmañado sargento, refugiado entre las lanzas de sus hombres.

Blandía torpemente su arma sin darse cuenta de que llevaba el uniforme mal abrochado y se le veía parte de la oronda barriga.

Marc cargó hacia ellos, lanzando su capa sobre uno y desviando con la espada el ataque de otro. Sin embargo, tuvo que retroceder para proteger a Alba, pues los

enemigos del otro lado también se les echaban encima.

Viendo que la situación empeoraba por momentos, Marc apretó los dientes, dispuesto a proteger a la bruja con su vida. Alzó la espada, hizo acopio de toda su Voluntad y se lanzó al ataque. Sin embargo, su embestida no llegó a culminar.

—¡NO! —gritó Alba. Y la negativa tuvo una potente resonancia, como si se golpearan dos enormes campanas de hierro. Una súbita columna de aire se alzó desde el fondo del barranco y sus cabellos se agitaron. El agua les salpicó; la boca se les llenó de sabor a metal y, por un momento, pareció que una pálida luz rodeaba a la mujer.

El eco, extraño y deformado, se mantuvo unos instantes de más flotando en el aire, y sus matices paralizaron a los hombres.

Entonces, Alba avanzó entre ellos.

—Sígueme, rápido.

Marc, aturdido y confuso, obedeció sin entender nada.

A su alrededor, los soldados tenían los ojos abiertos, pero miraban con la vista desenfocada, sin ver. Permanecían en el mismo sitio que estaban antes de que la bruja hubiera gritado, con los brazos caídos y una expresión ausente en el rostro.

Marc pasó entre ellos sin atreverse a tocarlos por miedo a romper su estado. No obstante, cuando ya dejaban atrás el puente, pudo ver cómo comenzaban a moverse de nuevo, volviendo con tranquilidad a sus puestos como si nada hubiera pasado.

Una hora más tarde, con las sombras ya muy largas, Alba decidió parar en un discreto claro, no lejos del sendero que seguían en esos momentos.

Marc ató a los caballos y preparó una pequeña fogata enseguida, mientras ella estiraba la espalda y se dejaba caer, exhausta.

En su rostro se veía un cansancio que no era capaz de disimular. Casi parecía imposible que hubiera aguantado la marcha hasta ese momento. Sus ojos estaban entrecerrados y parecía a punto de quedarse dormida en cualquier momento. Pese a todo, su agudeza no había menguado en absoluto y no tardó en dirigirse a su acompañante.

—Veo en tu rostro que hay algo que te preocupa ¿qué es? —Su voz sonó débil, pero las palabras eran como flechas directas al centro de una diana.

Marc torció el gesto y apretó los labios antes de ceder al hechizo.

—Aquel hombre, el sargento, lo sabía. Creo que estaba sobre aviso. Si no, no habría inspeccionado nuestras alforjas de esa manera.

—Te refieres a que... —El semblante de Alba perdió color de manera inmediata.

—Creo que ya nos están buscando —dijo él, asintiendo con la cabeza.

—¿Cómo es posible que suceda tan pronto? ¿Qué crees que ha pasado?

—No lo sé. —El joven se encogió de hombros—. Quizá Hollis percibió algo y dio la voz de alarma, o alguien nos ha reconocido. Es posible, incluso, que me hayan

empezado a echar de menos.

Marc sonrió con malicia, deseando con todas sus fuerzas que cualquiera de esas posibilidades fuera cierta.

—Pero, aun así, yo pensaba que no habría tiempo suficiente para que una sospecha llegara a vuestro cuartel general y dieran la orden de alertar hasta a los guardias de un puente perdido en el sur del Imperio.

—La inquisición es muy eficiente —sentenció Marc con cierto orgullo—. ¿Qué demonios es lo que pasó con aquellos soldados?

Alba suspiró y se acercó un poco más a las llamas. Por encima de ellos, la luna se alzaba impenetrable y su resplandor se adivinaba entre las copas de los árboles. El frío aumentaba a medida que caía la noche.

—La Voluntad tiene muchas manifestaciones. —La bruja se frotó los ojos antes de proseguir—. Aquel grito no fue más que una de tantas. La voz, en ocasiones, puede transportar el poder.

—Pero, aquellos hombres —Marc trató de buscar las palabras exactas— ¿sufrieron algún daño?

—No —dijo Alba tajantemente—, solo quedaron desorientados. Por un momento mi Voluntad los desconectó de la consciencia, como si estuvieran en ese instante en que abandonas el sueño, sin saber siquiera dónde te encuentras.

—Pero, cuando nos alejábamos, parecían volver a sus puestos sin preguntarse qué hacían en medio del puente.

—Sí, e incluso es posible que alguno recuerde algún detalle, pero tan difuso y lejano que le parecerá más propio de un sueño que de algo que pasó en la vida real. Te aseguro que, cuando volvían a sus posiciones, ninguno era muy consciente de lo que hacía. Solo se guiaban por el instinto o un nivel de pensamiento muy básico.

Marc sopesó sus palabras, dando por fin nombre a las sensaciones que llevaba experimentando durante toda la tarde.

Sin duda, el poder de Alba era temible si era capaz de aturdir a tantos hombres hasta el punto de dejarlos en ese estado por unos instantes. Pero lo más importante en aquellos momentos era que la extenuación que se reflejaba en su rostro, se había traducido en un debilitamiento palpable del hechizo que lo mantenía preso. Puede que la bruja se hubiera resistido a utilizar sus fuerzas hasta el final porque, de algún modo, ese dispendio afectaría a la estabilidad del mismo.

Sin duda, era mucho más poderosa de lo que su aspecto inocente dejaba entrever pero, poco a poco, Marc veía más cerca el momento en que conseguiría romper sus ataduras.

El fuego los acompañó mientras cenaban en silencio.

Apenas tenían provisiones para unos días más y la caza era casi una cuestión de suerte, habida cuenta de la prisa que llevaban. De ese modo, acabaron con lo que

quedaba de las deliciosas viandas que les dieron en tres lunas, reservando para otro momento la carne seca, el pan duro y algunas otras cosas. Al menos, el frío reinante les iba a permitir conservar mejor lo que tenían.

Mientras atizaba el fuego, preparando el espacio para un par de gruesas ramas, Marc comentó:

—Quiles es una provincia eminentemente machista. En las familias más tradicionales golpear a una mujer es habitual e incluso recomendable. —Alba se volvió hacia él con curiosidad en el rostro—. Esta tarde, solo estaba interpretando mi papel.

Ella se acercó un poco más al fuego, mordisqueando el último trozo de empanada, y Marc aprovechó para levantarse apresuradamente y dirigirse hacia los caballos. Mientras les daba un cepillado más breve de lo que le gustaría, Alba abrió una de sus bolsas y sacó el pellejo de piel.

Cuando el joven volvió junto a las llamas, todavía pasó un rato antes de que ella se volviera hacia él con una incipiente sonrisa:

—Antes ¿te estabas disculpando?

Marc miró hacia otra parte, incómodo.

—No está bien pegar a una mujer.

La risa de Alba sonó ágil e imprevista, pero Marc apenas suavizó el gesto con una cierta dubitación.

—Perdona, perdona, inquisidor —dijo ella intentando dejar de reír—, pero es que me resulta irónico que me hayas amenazado de muerte y tortura tantas veces y hoy te disculpes por el amago de una bofetada.

—Tienes razón —contestó él con dureza—. Al fin y al cabo no eres más que una bruja.

—¿Bruja? ¿Sigues usando esa palabra como un insulto? —preguntó ella, demasiado divertida para dejar espacio a la ofensa.

—Las brujas son siempre lo mismo, todas poseen las mismas características despreciables que hacen que su destrucción sea ineludible —recitó Marc de carrerilla.

—Ah, las palabras. —La muchacha se recostó hacia atrás y dejó de dibujar en la piel—. A veces pensamos que, solo porque no podemos adjudicar una palabra a un pensamiento, este no existe. Las palabras solo son códigos que representan cuestiones concretas. Pero no se pueden poner ese tipo de barreras a un concepto que no acaba de crecer con el uso y el tiempo, que nunca abarcará todas las connotaciones que lo forman.

—De nuevo tratas de embaucarme, pero no lo conseguirás.

—¡No! —rio ella, y su voz tuvo el timbre del agua cristalina que cae en un estanque—. En realidad es muy sencillo. ¿Crees que la palabra bruja significa lo mismo para ti que para mí? ¿Crees que sería lo mismo enfrentar esa suposición con la que tendría un campesino? Ni siquiera yo sé todo lo que es una bruja. Incluso entre nosotras pensamos de distinta manera y nos enfrentamos a veces.



—Sois seres demoníacos y eso es todo lo que importa. —Marc se encerró dentro de su capa dejando que solo el reflejo del fuego en sus ojos fuera visible bajo la capucha.

Ella soltó una nueva risilla, pero no contestó. En vez de eso, dobló con cuidado el trozo de piel y lo guardó en su zurrón. Después, se tumbó de cara al fuego, arropada por su manta y usando la bolsa como almohada. Con los ojos ya cerrados, habló de nuevo.

—Piensa por ejemplo que en Uruth cuanto más morenos son los individuos más atractivos se los considera. La belleza es un concepto concreto y entendible, pero sus formas pueden ser múltiples y lo que es bello para unos podría no serlo para otros.

—Intentas decirme que las brujas no lo seríais ante vuestros iguales. Que, para vosotras, las brujas seríamos los inquisidores.

—Eso es evidente —contestó ella bostezando—. Lo que trato de hacerte ver es que, sin importar que sea intrínsecamente buena o mala, en el país de la piel bronceada, la palidez sería... —Alba quedó en silencio, respirando plácidamente.

Marc estuvo rumiando sus palabras durante un buen rato. Sabía cómo seguía la frase, pero no era capaz de ver más allá. De hecho no quería hacerlo, le asustaba reconocer o poner palabras al sentimiento que se agitaba en su interior. Sí, realmente sabía a qué se refería Alba y también era capaz de ver el paralelismo que le quería mostrar con la realidad, aunque no lo reconocería. Ni eso ni todos los prejuicios que sufrían los individuos más pálidos en Uruth. Los albinos, de hecho, eran dejados a su suerte o directamente asesinados nada más nacer.

Turbado y nervioso, se dedicó a deshilar un fragmento del hechizo durante un buen rato, hasta que el cansancio acumulado terminó por vencer y se durmió.

Lejos de disfrutar de las horas de descanso, la noche fue intranquila y tuvo sueños en los que alguien dibujaba palabras incomprensibles sobre un trozo de piel.

Cuando despertó, la cabeza le dolía y se sentía aún más fatigado.

Durante las siguientes jornadas el frío se fue apoderando de Quiles.

Habían decidido atravesar la baronía de Nublada avanzando cerca de las montañas que la limitaban por el sureste. De este modo, aunque la marcha fue lenta y fatigosa, también resultó discreta y evitaron las peligrosas ciénagas del sur.

Fue por aquellos lares cuando las primeras nevadas los alcanzaron, tímidas al principio, y en forma de fuertes ventiscas después.

Marc abría la marcha desde que entraron en la primera provincia, pues Alba había reconocido que no dominaba aquel territorio tanto como Seléin. De ese modo, según sus indicaciones, el joven la había guiado por sendas discretas en dirección sureste hacia el pequeño pueblo de Espino Partido.

Avanzaban todo lo que podían durante las horas de luz y después intentaban encontrar algún refugio que los cobijara del frío, ya fuera una vieja cabaña

desvencijada, un tronco caído o una estrecha cueva.

Alba iba mostrándose más y más ansiosa a medida que se acercaban a la meta de su búsqueda. Por el contrario, Marc estaba cada vez más fatigado. Las escasas horas de sueño se iban traduciendo en unos rasgos demacrados, dolor de cabeza y una cierta sensación de lentitud en sus pensamientos. Aun así, cada noche seguía dedicando todo el tiempo que podía a desbaratar el hechizo.

«No sé qué es lo que busca, pero debo estar preparado para cuando lo encuentre», se decía a menudo.

Una mañana, mientras atravesaban un lóbrego bosque, no muy lejos ya de Espino Partido, Marc se volvió hacia Alba:

—¿Cómo fue tu encuentro con Dubois?

Ella suspiró antes de contestar.

—Cuando mi protector vivía, era él quien se encargaba de esos asuntos, mientras yo seguía investigando los manuscritos del Rey Brujo. Me mantuvo apartada de sus sospechas hasta el mismo momento en que uno de los nuestros llegó corriendo, asombrado por lo que acababa de ver.

—La entrada triunfal de Dubois —apuntó Marc.

—Así es. —Alba asintió, con la mirada perdida en los recuerdos—. Tu árbitro llegó con una pompa inusitada incluso para su cargo. Llevaba una coraza brillante sobre una túnica de mangas cortadas, al uso de la nobleza, y entró al pueblo precedido por un estandarte. Mientras, uno de sus hombres hacía sonar una corneta desafinada. Parafernalia y circo, si quieres mi opinión.

—Menudo imbécil —murmuró Marc.

—¡Vaya! Me preguntaba si en esto tampoco íbamos a estar de acuerdo. —Una leve sonrisa iluminó el rostro de la bruja—. Pero sí, así es. Entró en Regia como si lo estuviera esperando el mismísimo Emperador. El brillo de la armadura marcaba el camino a sus hombres, todos erguidos y marchando en formación, como en un desfile. Solo faltaba el sonido de una verdadera fanfarria de trompetas.

—Pero la noche convirtió todo en una carnicería —añadió Marc con una mirada funesta.

—Él me atacó. No fui yo la que acudió a su encuentro —dijo Alba, torciendo el gesto.

—Él servía a la ley.

—No hay ley si no la respalda la justicia.

—¡Es el Emperador y Thomenn quienes la han dictado! —rugió Marc—. Pese a que se comportara como un idiota, Dubois era un agente imperial que actuaba regido por ellas.

—No. Thomenn no dictó esas leyes —dijo ella con suavidad—. Son los emperadores quienes redactaron ese código que os guía.

—Las Brujas no hacéis más que verter infamias, pero fue nuestro Primero quien sostuvo al moribundo Thomenn después de que lo torturarais. Tú y los tuyos no merecáis otra cosa que el exterminio.

—Supongo que matar a una bruja debe suponerte una gran satisfacción ¿no es así?

La pregunta cogió a Marc por sorpresa. Sin saber qué decir, se quedó en silencio, con la incomodidad sobrevolándolo claramente.

—¿Qué es lo que ocultas? —preguntó ella con mirada suspicaz—. Respóndeme.

Marc chasqueó la lengua y consiguió resistirse unos segundos antes de hablar, con el rostro rojo por la vergüenza.

—En realidad no he matado nunca a ninguna bruja —murmuró con voz neutra—. Eres la primera que encuentro.

—¡Vaya! —exclamó Alba, con una sonrisa burlona—. Qué contrariedad, la primera y ya derrotado.

—¡Si no fuera por este hechizo estarías hace tiempo bajo el cuidado de la inquisición!

—Tranquilo, Marc, no pretendo poner en cuestión tu fuerza. Tan solo me resulta curioso que hables con tanta seguridad y ligereza de algo que nunca antes habías visto.

—«No hace falta bajar al infierno para comprobar la vileza de Gillean» —sentenció Marc.

—En eso estás en lo cierto —contestó ella, zanjando la conversación.

No hablaron más aquella jornada.

A la mañana siguiente, Marc se despertó con la cabeza despejada. Era consciente de que se había quedado dormido antes de lo que esperaba pero, por algún motivo, no se sentía culpable. Recordaba vagamente un sueño inquieto, que no conseguía aprehender del todo, y haberse despertado varias veces sobresaltado. Pese a todo, se sentía lleno de fuerza y con la mente ágil. Un ligero hormigueo le corría por el cuerpo.

Mientras llevaba a los caballos a un arroyo cercano se dio cuenta de lo que sucedía: en el breve trayecto desde el campamento hasta allí no se había girado ni una sola vez hacia el bulto que formaba Alba, envuelta en la manta. El hechizo se debilitaba de manera evidente.

Contento, casi eufórico, le costó impedir un grito de alegría pese a saber que era importante que lo mantuviera en absoluto secreto.

«Por fin los esfuerzos comienzan a dar sus frutos», se dijo apretando los puños.

Regresó al claro antes de lo que le hubiera gustado y no pudo evitar cerciorarse de que la bruja estaba bien pero, aun así, estaba satisfecho.

«Pronto, muy pronto». Marc estuvo canturreando un buen rato esas tres palabras

mientras afilaba su cuchillo.

Cuando Alba despertó, no pudo evitar fijarse en su sonrisa. Un escalofrío le recorrió la espalda, pese a darle los buenos días estirándose y fingiendo normalidad.

Poco después ya estaban en camino.

Marc sostuvo una lucha agónica durante la siguiente jornada.

Durante todo el día estuvo convenciéndose a sí mismo de que los rodeos por donde conducía a la bruja eran necesarios para avanzar con más seguridad. El hechizo lo vigilaba de cerca, como si se tratara de una conciencia propia que no tuviera del todo claras sus intenciones.

Cuando ya iba llegando el mediodía, sintiéndose más seguro de sus posibilidades, el inquisidor se volvió hacia Alba:

—Las provisiones comienzan a escasear. Quizá deberíamos acercarnos a algún pueblo para comprar algo. —Marc notó como el hechizo se le agarraba al vientre, poniéndose alerta ante un posible peligro.

—No quiero arriesgarme a que nos topemos con una patrulla Imperial —respondió Alba, negando con la cabeza—. Si los guardias de aquel puente estaban avisados, podríamos encontrar problemas en cualquier sitio. Habrá que aguantar con lo que tenemos, nuestro destino está ya próximo.

Marc asintió, pero en su rostro se dibujó claramente la disconformidad. Tras unos segundos de silencio, decidió jugar la baza en la que había estado horas pensando.

—Hay otra cosa: tu yegua lleva cojeando desde ayer. —En esta ocasión, el hechizo pareció dejarle vía libre—. Necesita que le cambien los herrajes. Y al caballo de carga tampoco le vendría mal.

Y era cierto. Los cascos habían crecido desde que fueron rebajados por última vez y, en el caso del primer animal, comenzaban a abrirse sobre la protección de las herraduras.

—Supongo que podrían aguantar unas cuantas jornadas más ¿no? —Alba parecía dubitativa—. No quiero que nuestros animales sufran por nosotros, pero apenas nos queda una semana de viaje.

—El caso —Marc midió sus palabras, para dar importancia a aquel tema sin llegar a parecer ansioso— es que podemos llegar a necesitar la velocidad de nuestras monturas. No sé lo que vamos a hacer, pero es posible que debamos movernos con rapidez después de hacerlo. Y tal y como estamos, los caballos podrían sufrir una lesión en el momento más inoportuno.

Alba sopesó su explicación por unos instantes, paseando la mirada a su alrededor.

La nieve estaba firmemente asentada en el paisaje de la vieja provincia y suavizaba las formas del terreno. Los árboles parecían estar cubiertos de nata que, de vez en cuando, dejaban caer súbitamente.

—Sé que las horas corren en mi contra —dijo como para sí misma—. Desde el

momento en que secuestré a un inquisidor comenzó una cuenta atrás y, a estas alturas, medio Imperio puede estar ya tras nosotros.

Sin embargo, las palabras de Marc habían sonado muy convincentes y no dejaba de ser cierto que podían llegar a necesitar los caballos para una huida. Finalmente, Alba asintió.

—Supongo que no nos vendría mal dormir en una cama, para variar —dijo palmeando el cuello de su yegua—. Y seguro que ellos nos lo agradecen. ¿Conoces algún sitio apropiado?

—Por supuesto. —Marc fingió sentirse ofendido por la pregunta solo para disimular la tremenda satisfacción que sentía por haber ganado esa pequeña batalla.

En cuanto retomaron la marcha, después de un breve descanso para comer, se desviaron hacia el sur.

Marc abrió la marcha a través del bosque durante unos kilómetros hasta llegar a un camino que mostraba unas antiguas marcas de carros. Salieron de la espesura con desgana, como temiendo dejar atrás las discretas sendas de animales por las que habían estado avanzando.

Pronto vieron tierras de cultivo y el humo de las chimeneas a lo lejos, difuso contra un cielo cada vez más plomizo.

Era primera hora de la tarde cuando entraron en Zarzal, un pequeño pueblecito alejado de las rutas más transitadas de Quiles.

—Aquí no encontraremos guarnición ni funcionarios imperiales —susurró Marc mientras saludaba con la cabeza a un anciano que los miraba fijamente desde el porche de su vivienda—, solo gente sencilla y una taberna donde sirven deliciosa carne de caza.

Lo que no dijo, y para ello tuvo que utilizar hasta el último ápice de Voluntad que tenía, es que el local estaba regentado por un agente de la inquisición.

«Si no puedo luchar directamente contra ella, me encargaré de que otros lo hagan», pensó sin mudar la expresión de su rostro.

De este modo, fueron internándose en el pueblo, entre las viviendas robustas y achaparradas tan típicas de las zonas rurales de la primera provincia. Ninguna pintura disimulaba la crudeza de la piedra con que estaban construidas. Las paredes eran sólidas y frías, creando un paisaje monótono y deprimente, muy alejado de la magia de Selén.

La posada estaba en medio del pueblo, es decir, cerca del final del mismo por cualquier lado. Lo habían levantado con el mismo estilo que los demás, salvo por el mayor tamaño y sus dos alturas. Las vigas de madera asomaban por la fachada, señalando los contrafuertes y el comienzo de la planta superior. En la parte de atrás, tenía un sencillo cobertizo que hacía las veces de cuadra. Aunque la techumbre necesitaba una reparación y el espacio era más bien escaso, estaba limpio y cubierto

de paja seca. El muchacho que los recibió les aseguró que cepillaría a sus monturas y se encargaría de descargar los bultos y llevarlos a sus habitaciones. Solo hicieron falta unas monedas más para que se comprometiera a rebajar los cascos y herrar de nuevo a los caballos, así como a conseguirles algo de verdura fresca y avena.

Pese a que por fuera la posada era tan fría y deprimente como el resto del pueblo, su interior era cálido, luminoso y las voces fluían alegres. Al menos hasta que entraron.

En ese momento, se hizo un silencio casi absoluto, acentuando las miradas inquisitivas de los parroquianos. Marc se adelantó, señalándole a Alba una mesa discreta en un rincón y se dirigió hacia el encargado.

Poco a poco las conversaciones se fueron recuperando, aunque sin evitar constantes miradas curiosas.

Tal y como Marc suponía, el posadero lo reconoció nada más verlo pero, cuando iba a dedicarle una discreta inclinación de cabeza, el joven se giró sin hacerle caso. Ordenó bebida y algo de comer sin mirarle a los ojos y pidió que les prepararan una habitación arriba. No hubo palabras en clave ni gestos conocidos. Ni siquiera el breve intercambio de noticias que era habitual en tales encuentros. Marc, simplemente, se dio la vuelta y volvió junto a la bruja sin decir nada más.

Durante el tiempo que estuvieron en la sala común, el inquisidor notó la mirada del hombre fija en su espalda, pero no volvió a dirigirse a él. Ni siquiera a la mañana siguiente, al pedir provisiones, dejó de mostrarse ausente e intratable. Como colofón, Marc puso sobre el mostrador un generoso puñado de emperadores para saldar la cuenta, algo impensable en un miembro de la Orden.

Al inquisidor le hubiera gustado dejarle un mensaje oculto o incluso cruzar alguna palabra fugaz, pero el poder del hechizo no se lo permitió. Durante todo el tiempo que estuvieron bajo ese techo, lo había sentido tirando de sus entrañas, tratando de arrastrarlos fuera de allí.

«Espero que mostrarme de este modo haya sido suficiente, porque no creo que pueda volver a hacerlo», se dijo Marc, recordando cómo había resistido a duras penas el impulso de salir huyendo en medio de la noche.

A la mañana siguiente, Marc condujo a Alba fuera de Zarzal montando al paso, aunque lo que realmente sentía era la imperiosa necesidad de partir a galope tendido.

Estaba exhausto por haberse resistido al hechizo durante toda la noche y sabía que, en aquellos momentos, su Voluntad era solo una luz débil y trémula dentro de sí.

Estuvo callado y taciturno durante toda la jornada, sin fuerzas para poder mantenerse concentrado si tenía que hablar con la bruja. Sin embargo, se sentía optimista por todo lo que había conseguido en las últimas horas. Al menos hasta que trataba de imaginarse lo que podían estar pensando en aquellos momentos el Emperador o sus hermanos, sin noticias de él desde hacía semanas. Después de su

fallo en Agua Clara, aquello podía llegar a suponer el repudio de su Señor.

Con un escalofrío, Marc se dio cuenta de que si realmente lo llegaban a creer culpable de una traición tan aberrante como aliarse con las brujas, sería condenado a muerte. Pero ¿podría llegar alguien a pensar que él hubiera traicionado lo que más amaba? Había demostrado durante años su lealtad a Thomenn y al Emperador y que su fe era inquebrantable. ¿Era posible que alguno de los suyos diera pábulo a las infamias que, como era habitual, alguien se habría ocupado de verter?

No pasó mucho tiempo antes de que Alba se diera cuenta de que su acompañante tenía la mirada perdida y una profunda preocupación en la cara.

—¿Qué estás pensando? Veo que sufres.

—¿Acaso no estoy inmerso en una pesadilla? —murmuró él con un gruñido—. Sigo a una bruja mientras prepara alguna infamia. No creo que haga falta mucho más para hacer sufrir a un hombre.

—Aun así, me gustaría saber qué pensabas —insistió ella—. Creo que nunca había visto el dolor tan marcado en tu rostro.

—No era nada —contestó Marc—, solo recuerdos. Recuerdos de un fracaso.

—Insisto. —Alba parecía decidida a que hablara, pese a su reticencia—. No me gusta usar el poder del hechizo para forzarte de este modo, pero creo que debo hacer una excepción. Dime lo que estabas pensando ¿corremos algún peligro?

Marc torció el gesto y no intentó ocultar su malestar.

—¡Claro que corremos peligro! Seguro que ya me están buscando por todas partes —dijo sin faltar a la verdad.

—Y ¿respecto a lo otro? ¿Qué era tan grave para tener esa expresión de agonía?

Marc bufó de impotencia, sabiendo que no podía hacer nada ante una pregunta directa de Alba.

—Hace unos meses fui a la baronía de Agua Clara para ocuparme de un asunto del Emperador.

El inquisidor le contó, de la manera más resumida que fue capaz, los hechos que le habían llevado ante Ventura, su conversación y el arreglo al que llegaron.

—Cuando volví al Palacio Imperial, empero, la forma en que se zanjó el conflicto no pareció la más apropiada.

—¿Qué quieres decir? —Alba escuchaba con atención, fascinada por todo lo que tenía que ver con el Emperador, la Orden y su manera de actuar.

—Se me señaló que el acuerdo había sido demasiado favorable para el barón.

—No resolviste el conflicto de la manera más adecuada, señalaron que el acuerdo era demasiado favorable... —Alba frunció el entrecejo con una mueca burlona—. Todo eso me suena a eufemismo ¿Me estás diciendo que te reprendieron por tu actuación?

Marc abrió la boca para protestar, pero luego apretó los dientes y asintió, en silencio.

—Pero ¿por qué? El acuerdo me parece bueno y justo ¿en qué sentido era

negativo?

Marc se encogió de hombros para no decir que Gaulton esperaba poco menos que la cabeza de Ventura metida en un saco. Lo que no tenía claro, ni siquiera en esos momentos, era la postura del Emperador.

—No lo sé —dijo en cambio—. Según alguno de los presentes, el barón había insultado gravemente al Emperador al no acatar sus órdenes. Creo que por eso cualquier arreglo que no fuera cumplir de manera estricta lo estipulado en el edicto y disculparse públicamente habría sido insuficiente.

—Entonces ¿me estás diciendo que te reprendieron por actuar con justicia? —La voz de Alba estaba llena del desprecio que sentía por el Imperio—. Marc, tú actuaste bien. Es cierto que Ventura no tiene ejército y sus nobles adscritos tampoco. ¿Acaso debía mandar a su guardia personal al mando de agricultores y pescadores desarmados?

Marc resopló, hastiado por la conversación.

—¿Sabes qué creo? Que lo que realmente te duele es no saber qué has hecho para ganarte esa reprimenda. Fuiste allí para solucionar aquello de la mejor manera posible y a fe de Thomenn que lo hiciste. No es fácil tratar con Ventura, es astuto e inteligente. Tú le arrancaste un trato beneficioso para el Imperio y sin perjudicarlo.

—Es suficiente —dijo Marc con voz cortante.

Su rostro estaba rojo por la rabia y sus labios apretados en una fina línea.

—No debes culparte —insistió ella—. Quizá para tu Emperador aquello fuera un fallo, pero yo creo que demuestra tu buen corazón, Marc. Las órdenes que te llevaron allí estaban cargadas de odio y deseo de venganza, pero tú lo hiciste mejor de lo que podían esperar.

El inquisidor miraba hacia otro lado, tratando de aplacar los sentimientos encontrados que le provocaban las palabras de la bruja. Sin embargo, ella se atrevió a ir un poco más allá.

—Lo que realmente te quema por dentro, es que sabes que tienes razón. Lo que se te recrimina es no haber sido ciego en tu juicio y brutal en tus actos. —Alba extendió el brazo para darle un afectuoso apretón en la mano—. Y sé que la verdad duele más que cualquier mentira.

—¡Deja ya de adularme con palabras melosas! —gritó él, apartándose con violencia—. ¡No conseguirás nada difamando a mi Señor! ¡Eres una bruja y tu discurso no puede nada contra mí!

Alba asintió y permaneció en silencio unos minutos. Después, como si se hubiera olvidado de algo, se volvió de nuevo hacia él.

—Sabes que el hijo de Ventura fue asesinado no hace mucho, ¿verdad?

—Sé que murió. ¡Nadie ha demostrado otra cosa!

—Si te repites eso lo suficiente, quizá te lo acabes creyendo. —La voz de Alba estaba cargada de reproche—. El muchacho era hijo de su padre: fuerte, nervioso, tenía la salud de un toro. Uno de los míos estaba en Agua Clara cuando todo



comenzó. De la noche a la mañana, el joven tuvo que quedarse en su cuarto, incapaz de levantarse. Guardó cama durante varios días y pronto los gritos comenzaron a oírse desde sus habitaciones, incluso fuera del castillo. La fiebre acudió con una virulencia inusitada y la piel se le llenó de pústulas y supuraciones. Después, las heridas comenzaron a sangrar. Por lo que cuentan, un dolor inhumano lo acompañó durante sus últimas horas.

Marc no contestó, aunque tampoco pudo evitar la certidumbre de que había sido el veneno lento de Jean el causante de esa muerte. Los detalles eran demasiado precisos para tratarse de una coincidencia.

No obstante, pensar en el motivo, más que en el hecho, de que hubieran mandado envenenar al hijo del barón era lo que realmente lo llenaba de nerviosismo.

Tan enfrascado estaba en sus pensamientos, que vio demasiado tarde la partida de exploración. Los tres soldados imperiales iban a pie y, quizá por eso, todavía no se habían percatado de su presencia. Pero el sabueso que iba con ellos marcaba con insistencia su dirección, más estrepitosamente que cualquier campana.

Sin poder resistirse al impulso, Marc le clavó los tacones a Noble y salió disparado hacia adelante, imponiendo el ruido del galope a los incipientes ladridos.

Uno de los hombres lo miró con sorpresa y se descolgó un arco de la espalda. Fue el primero en morir. Marc disparó a más de quince metros y le clavó un virote en medio de la garganta. El imperial, que cayó de rodillas, todavía intentaba colocar una flecha en el arco, sin saber que ya nunca volvería a levantarse.

—El Emperador nos guarde —susurró el que estaba más cerca de él.

Mientras, el inquisidor enganchó la rodela con un hábil movimiento justo cuando llegaba hasta donde estaban los enemigos. La ventaja que le daba su montura hizo que la lucha estuviera decidida incluso antes de comenzar.

Paró el sable del primer soldado con facilidad, se inclinó para esquivar una lenta estocada y le estrelló el filo de su defensa en la frente. El golpe estaba alejado de los refinados movimientos oscilantes que solía utilizar, pero tuvo el mismo y terminante efecto.

Noble apenas necesitó cambiar el paso para hundir el cráneo del escandaloso perro con sus cascos, antes de dar la vuelta. Ni siquiera se movió del sitio cuando Marc desenvainó y saltó al suelo para luchar en igualdad de condiciones contra el que quedaba.

En el momento en que sus aceros se cruzaron, el inquisidor pudo ver que el soldado que quedaba ya conocía cuál sería su destino, pese a la valentía con que se enfrentaba a él.

—¡Por el Emperador! —gritó y Marc sintió que se revolvía por dentro.

Era muy joven, puede que incluso de su misma edad. Los ojos, claros y aterrorizados, todavía deberían haber visto muchas cosas. Sin embargo, lo único que le quedaba por hacer aquella jornada era ejecutar dos torpes bloqueos antes de que el acero rival penetrara por entre sus costillas.

Marc liberó la hoja y recogió entre sus brazos el cuerpo que caía.

—Reúnete con Thomenn en paz —le dijo mientras lo recostaba en el suelo—. Él ya te espera, no lo dudes.

El soldado lo miró con los ojos muy abiertos mientras la vida lo abandonaba y se agarró a él con sus últimas fuerzas.

—Has luchado con valentía —añadió Marc, tratando de que no le temblara la voz—. Ahora descansa. Todo está bien.

Unos metros más allá Alba contemplaba la escena, tapándose la boca con la mano y con los ojos arrasados por las lágrimas.

El inquisidor acunó al soldado hasta el final, deseando que la muerte hubiera sido más rápida e indolora. A su alrededor, la nieve estaba teñida de rojo. Apenas unos espasmos era lo único que quedaba de la partida de exploración.

Sintiendo cómo la rabia crecía en su interior, Marc apretó los puños hasta que le dolieron. Después gritó con todas sus fuerzas, olvidando toda precaución y odiándose por su tremenda ineptitud.

Sin darse cuenta de lo que hacía, se volvió hacia la bruja e hizo que desmontara con algo que quedaba en los límites del cuidado que el hechizo le imponía. Entonces, alzó la espada y con un brutal movimiento, cercenó el cuello de su yegua.

Alba cayó hacia atrás, aterrorizada y sin poder moverse. Incluso Noble reculó unos cuantos pasos, piafando con nerviosismo.

—¡Te colgaré de tus propias tripas cuando me libere! —gritó él mientras seguía golpeando el cadáver de su animal—. Te mataré. ¡Juro que te mataré!

Marc apenas sentía las manos, amoratadas bajo los guantes.

Había enterrado los cadáveres bajo la nieve asegurándose a sí mismo que lo hacía por respeto y no porque el hechizo le impulsara a borrar cualquier rastro que pudiera delatarlos.

Alba se había mantenido aparte en todo momento, demasiado afectada por las muertes y la reacción de Marc para intervenir. En vez de eso, lloró en silencio mientras recolocaba los bultos al caballo de carga o desechaba parte de los mismos, procurando no mirar los restos de su yegua.

—No te guardo rencor —musitó cuando reemprendieron la marcha—, pues sé que he puesto tu vida del revés. Te he secuestrado y obligado a luchar contra lo que has defendido siempre. No quiero ni imaginarme por lo que estás pasando.

Marc no contestó. Se embozó la cara con el pañuelo agoriano que le había regalado el padre de Celine y permaneció mudo.

Avanzaron entre la nieve de Quiles, encorvados sobre sus monturas, con un ánimo aún más frío que el ambiente que reinaba a su alrededor. Su respiración formaba nubecillas blancas y, en algunos momentos, llegaban a tiritar pese a que se abrigan con varias prendas gruesas.

Tuvo que transcurrir toda una jornada antes de que Marc hablara de nuevo.

—Me hiciste matar a esos soldados —dijo de pronto, mientras seguían un riachuelo—. Espero que esas muertes pesen por siempre en tu conciencia.

—Ya cargo con esas y otras, lo creas o no —respondió ella, mientras sus ojos se enrojecían por momentos—, pero lo que tenemos que hacer está por encima de eso.

—No hay nada que pueda justificar lo que hemos hecho. —Marc tenía la vista fija al frente—. Pude ver un sencillo anillo de oro en la mano del arquero. Seguramente los otros también estarían ya casados. Es muy probable que tuvieran hijos. Y los hemos matado.

Alba sintió como las lágrimas comenzaban a rodar por sus mejillas. El sol de la tarde hacía que destellaran sobre su piel pálida, cuando conseguía alcanzarla a través de las ramas.

—No sé si te sirve de algo, Marc, pero lo lamento. —Su voz sonó trémula y entrecortada y tuvo que esforzarse para no sucumbir al llanto—. Lamento profundamente esas muertes.

—Da igual. —El rostro de Marc mostraba una mueca de desprecio y amargura—. Están muertos. Ese es el resultado de este viaje sinsentido.

Alba no respondió, sino que guardó silencio durante unos minutos, tratando de serenarse.

Recorrieron un buen trecho por los bosques de Quiles antes de que Alba volviera a hablar. Lo hizo con el rostro protegido entre los pliegues de su capa, debido al frío y la vergüenza que sentía.

—Supongo que, durante tu formación, te enseñaron acerca de todo tipo de temas relacionados con las brujas.

—Tortura, muerte rápida, interrogatorio, la manera de ataros y amordazaros con dolor para que no podáis invocar vuestro poder... —respondió él entre dientes.

—Sí, supongo que sí, pero por lo que realmente te quería preguntar es por nuestra religión.

Marc la miró sorprendido durante un instante.

—Vuestras heréticas enseñanzas hablan de un Thomenn distinto, que se hacía acompañar por una caterva de brujas y hechiceros. Tampoco respetáis la figura del Piadoso.

—Nosotros pensamos que el Primer Emperador no acabó con el sufrimiento de Thomenn, sino que lo mató a sangre fría. Además, el Salvador contaba entre sus más fieles seguidores a brujas y hechiceros de tremendo poder. Esos son los hechos, según la historia que nosotros conocemos.

—Eres una blasfema que no respeta ni lo más sagrado.

—El caso —continuó ella haciendo caso omiso a sus palabras— es que ni tú ni yo estuvimos allí para ver lo que ocurrió realmente. Y, no obstante, ambos creemos firmemente nuestra versión sin más pruebas que la fe.

—El Creador habla a aquellos que escuchan —murmuró Marc con una mirada

sombría.

—Claro, pero seguro que nunca has sostenido una conversación con él. Ni yo tampoco —se apresuró a añadir antes de que él respondiera—. E incluso las manifestaciones del Creador que nosotros reconocemos son, como poco, ambiguas. Es por eso que me he propuesto descubrir la verdad.

Marc alzó la cabeza y la miró incrédulo.

—¿Es ese el motivo de este viaje?

—En efecto —contestó ella. Sus ojos verdes lo miraban fijamente—. Por eso nuestra misión tiene tanta importancia. Puede que incluso encontremos más de lo que esperaba inicialmente.

El inquisidor se removió inquieto dentro de sus ropajes.

—Creo que me ocultas demasiadas cosas —dijo haciendo un gran esfuerzo por aparentar inocencia.

—Te oculto muchas. Más de las que crees, pero en absoluto son demasiadas. Al menos, todavía no.

La primera evidencia que tuvieron de que la búsqueda de Marc se había intensificado en la zona vino en forma de huellas: las de un buen grupo de jinetes, uno de los cuales montaba un pesado corcel, a juzgar por la profundidad a la que se habían hundido los cascos en la tierra blanda.

Encontraron las marcas al cruzar por un camino apartado que atravesaba el bosque, varios días después del suceso con la partida de exploración.

—Es posible que sean un noble y su escolta —sugirió Alba.

Marc no contestó, pero su rostro mostraba claramente sus dudas. Aquellos no eran caminos demasiado transitados y estaban lejos de las fincas que conocía. Además, el tamaño de aquel animal estaba bastante alejado de los esbeltos caballos que solía montar la nobleza cuando iba de caza.

Eso le hizo recordar, irremediablemente, a la yegua blanca que había montado Alba hasta hacía bien poco. Un sentimiento de vergüenza y culpabilidad lo atenazaba cada vez que miraba al caballo que les había servido para cargar los bultos hasta entonces. Marc comprendía que su actuación no había sido sino la vía inmediata que la explosión de rabia había encontrado para atacar a la bruja. Pero se sentía absolutamente defraudado consigo mismo por haber permitido que el animal pagara las consecuencias de su propia incapacidad.

Sea como fuere, las huellas que habían visto no pertenecían a ese tipo de monturas.

—Es mucho más probable —dijo intentando olvidar aquel funesto recuerdo— que se trate de un árbitro y su cohorte.

—Pues debemos darnos prisa —contestó Alba, nerviosa—. Estamos cerca de nuestro objetivo, no podemos fallar ahora.

Marc no dijo nada, pero redobló sus esfuerzos por echar abajo el poder del hechizo.

Aquella noche no encendieron fuego y, por indicación de Alba, mantuvieron turnos de guardia, pero Marc durmió poco. Notaba alterada a la bruja y su preocupación crecía.

Pese a todo, se encontraba animado: cuando levantaron el campamento, antes de que el sol saliera, fue capaz de dejar caer un trozo de tela. Aquello debería dar una pista casi definitiva a los rastreadores del Imperio que, seguramente, ya estaban tras ellos.

No llevaban ni una hora de marcha cuando Alba se quedó mirando un ciprés seco que, presumiblemente, había sido incendiado por un rayo. Se alzaba por encima de otros árboles, liso como una piedra pulida. En algunas secciones era de un tono blanquecino, como un hueso deslucido; en otras, oscuro como el carbón.

Tras aquella señal, la bruja estuvo buscando el sur con la mirada hasta que, al subir una loma, se detuvo de pronto. Pareció descubrir algo en el terreno y abrió mucho los ojos, visiblemente emocionada.

—Creo que, si todo va bien, llegaremos esta noche a nuestro destino —dijo con voz trémula, como si le diera miedo poner palabras a lo que pensaba.

—Y ¿vas a decirme por fin cuál es? —preguntó Marc, con la voz más cansada que de costumbre.

La tensión de los últimos días le estaba pasando factura. Tenía los ojos enrojecidos y sus pómulos sobresalían más que antes. Cualquiera que lo conociera de tan solo unas semanas atrás, aseguraría sin dudar que había perdido peso y ganado años.

El inquisidor se notaba cansado y mentalmente exhausto; su acompañante, en cambio, sonreía sin poder evitarlo. Parecía que sus energías se hubieran ido intercambiando desde que salieron de Regia.

La joven tenía el rostro iluminado y cada poco se aupaba sobre los estribos, más por nerviosismo que por descubrir alguna otra señal.

Apenas había pasado una hora desde que vieron el ciprés cuando, sin mediar más explicación, Alba se volvió hacia Marc y le confesó de golpe el motivo de su viaje.

—Buscamos la tumba de uno de los Compañeros de Thomenn.

—¿Qué? —Marc la miró incrédulo, sin dar crédito a sus palabras.

Desde que lo secuestrara, había estado elucubrando cuáles podrían ser los objetivos de Alba, pero aquello era algo difícil de concebir.

—¿Te atreverás a mancillar incluso el descanso de los muertos más sagrados? —barbotó sin poder contenerse.

Alba lo miró con dureza y, como respuesta, sacó *El Manual* de sus alforjas. Buscó una página concreta y recitó:

—«Cuando aquellos diez seres malignos llegaron a la ciudad, seguidos por sus lacayos, el que sería Primer Emperador acudió extrañado por la algarabía y esto fue lo que vio: mientras algunos tiraban del cuerpo de Thomenn por medio de cadenas prendidas a su piel, otros lo golpeaban o le escupían. Pero la más perversa era sin duda Lysanna, que azotaba sin parar al Salvador».

Alba lo miró durante unos momentos antes de continuar.

—Supongo que esta es la versión que conoces. Pero, según las enseñanzas que yo he recibido, Lysanna fue una de las más queridas de Thomenn. Ella lo protegía de todo mal y llegó a interponer su cuerpo entre Gillean y su Señor.

—¡Mentiras! —Estalló Marc, desenvainando—. ¡La madre de todas las brujas lo capturó cuando vino a liberar las cuatro provincias! Ella fue quien organizó su tortura y lo clavó al roble, fue quien le hizo sufrir hasta que el Piadoso Primer Emperador puso fin a su martirio. ¡No existe bondad en vuestra raza! ¡Solo tratas de confundirme con mentiras!

Alba mantuvo un estoico silencio mientras él se desahogaba. Cuando el inquisidor envainó la espada, sin saber muy bien cómo había llegado a su mano, le respondió:

—Creo que te equivocas —dijo con voz tranquila—. Los míos dicen que Gillean y tu Emperador se permitieron, incluso, desfilan con los despojos de Thomenn y sus seguidores ante los quileños. Luego, cambiaron la historia a su antojo.

Marc la miró con los labios apretados, intentando controlar la rabia que sentía.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué Thomenn bajó al mundo de los hombres?

—Para salvarnos de vuestra raza e investir a un hombre con el poder del Creador.

—Y por ese motivo emprendieron sus guerras los emperadores ¿verdad? Hicieron correr la sangre a lo largo de las cuatro provincias para llevar la palabra de Thomenn. ¿Alguien puede realmente creer eso?

—La Santa Guerra... —comenzó a decir Marc con voz airada.

—Es una farsa —contestó ella, tajante—. Pero, en todo caso, esta noche descubriremos quién tiene razón. Te propongo, inquisidor, que tú y yo, situados en las posiciones más antagónicas, comprobemos lo que ocurrió realmente en aquellos tiempos.

Marc no contestó. Las palabras de Alba eran demasiado enormes para asumirlas tan fácilmente. Sin embargo, en medio de la incertidumbre, había un rayo de esperanza, pues el hechizo se debilitaba por momentos: había estado a punto de atacar a la bruja.

Ya era prácticamente de noche cuando llegaron a un claro cercano a Espino Partido.

Llevaban algo más de una hora conduciendo los caballos a pie, pues la senda que seguían se había ido difuminando hasta desaparecer en la espesura.

Alba se mostraba ansiosa y buscaba constantemente signos a su alrededor que solo ella conocía.

Marc, por su parte, se estaba esforzando al máximo para vencer las últimas resistencias del hechizo cuanto antes. Si la bruja había oído los ladridos a lo lejos, minutos atrás, no había hecho ningún comentario, pero ambos sabían que la situación estaba a punto de decidirse, de uno u otro modo.

Cuando por fin abandonaron el bosque fue para entrar en el pequeño claro, cubierto de suave hierba y apenas tocado por la nieve. En medio del mismo había una enorme roca blanca medio enterrada que parecía fuera de lugar en aquel entorno.

Mientras Marc se encargaba de los caballos, Alba comprobó la posición de las estrellas y musitó unas palabras. Por un momento, el inquisidor creyó percibir por el rabillo del ojo cómo la piedra resplandecía tímidamente.

—Aquí Marc —dijo ella con la voz embargada por la emoción—. Hay que cavar por aquí.

Sin una sola queja, el inquisidor se remangó y comenzó a apartar tierra apenas un metro al sur de la roca, ayudándose de su espada. Mientras, luchaba en su interior contra el hechizo. Lo notaba débil, incompleto, a punto de rasgarse definitivamente, como una prenda vieja que tuviera que soportar un cuerpo demasiado grande.

Alba, a unos pasos de él, sostenía uno de los volúmenes del Rey Brujo y pasaba las páginas con nerviosismo. Era evidente que miraba más hacia el agujero, que se agrandaba por momentos, que al libro.

Marc tardó casi veinte minutos en toparse con algo duro, mucho más grande que las piedras que había encontrado hasta entonces. Tras secarse el sudor y despejar un poco más el agujero, una losa de piedra oscura con extraños símbolos tallados apareció a la vista.

Alba ahogó un jadeo de asombro, pero no pronunció ni una palabra. Si entendía lo que allí estaba escrito, no lo expresó en voz alta.

Perdieron un buen rato tratando de encontrar un hueco sobre el que hacer palanca con la espada hasta que tuvieron que admitir que aquello sería mucho más difícil.

—Está bien, sal de ahí —dijo la bruja, visiblemente irritada.

Entonces cogió una roca del suelo, se situó encima del montón de tierra desocupada y la sostuvo en alto.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Marc con desdén.

—Aprovechar lo que la naturaleza nos da —dijo ella escuetamente.

Cuando separó sus manos, la roca cayó sin que el inquisidor pudiera verla, tal fue su velocidad. El ruido que hizo al golpear fue como si uno de esos bloques de piedra que se solían guardar cerca de los matacanes hubiera caído desde lo alto de una muralla sobre el tejado de una casa.

La bruja bajó con cuidado a inspeccionar la losa. No hizo falta que señalara a su

acompañante la profunda grieta que había aparecido.

La segunda vez que Alba dejó caer su proyectil, la losa se partió limpiamente y dejó al descubierto una abertura.

A la escasa luz de la noche, vieron unos escalones tallados en piedra que bajaban hacia una negrura impenetrable.

La bruja creó una llama sobre la palma de la mano y apartó los fragmentos que le impedían pasar. Después, se introdujo con decisión por el hueco y descendió, encendiendo a su paso varios braseros que flanqueaban la escalinata. Marc, por el contrario, se quedó arriba.

Una extraña sensación había ido creciendo dentro de él. Se sentía extraño y algo le resultaba confuso.

Sin conceder al principio demasiada confianza a sus sentidos, fue tomando conciencia de que el hechizo lo había abandonado. Por primera vez en semanas se veía capaz de cumplir su propia voluntad. En cierto modo, era como si un polizón se hubiera marchado de su cabeza.

Tan absorto estaba en las nuevas sensaciones que, de pronto, se dio cuenta de que llevaba ya unos segundos oyendo los ladridos, esta vez de forma clara y mucho más cerca.

Consciente de que la posibilidad de frustrar los planes de la bruja estaba al alcance de la mano, se apresuró a bajar los escalones silenciosamente.

Estos conducían a un estrecho pasillo que finalizaba en una cámara cuadrada. Allí estaba la mujer, inclinándose sobre alguna reliquia de tiempos lejanos.

Con pasos cortos y suaves, alejándose de la luz de los viejos braseros, Marc se acercó a ella, desenvainó y permaneció en silencio hasta que entró en la pieza. En ese momento, alzó su hoja y cargó, vomitando toda la rabia contenida en un grito de ansiada venganza.

La espada estaba hecha añicos, como si se hubiera tratado de un pedazo de hielo demasiado pretencioso.

Alba temblaba, hecha un ovillo tras el escudo; Marc estaba paralizado por lo que veía ante él. A su derecha, un sarcófago con la tapa de cristal mostraba un esqueleto, allí donde los restos del sudario blanco lo permitían. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho y, entre ellas, lo más sorprendente que Marc hubiera visto jamás: en una cripta que podía llevar cerrada siglos, donde probablemente no había llegado nunca la luz del sol, una pequeña rama de rosal mostraba varias hojas verdes y un pequeño brote a punto de florecer.

—Líam —susurró con respetuosa admiración.

Sin embargo, lo que realmente lo dejó paralizado fue que, en el escudo tras el que se protegía la bruja, se veían imágenes que no se correspondían con la historia que siempre había dado por cierta.



Pese al polvo que lo cubría, se veía claramente que Lysanna acompañaba a Thomenn. Lám, con la mano en el hombro del Salvador, vestía una túnica que lo identificaba claramente como brujo. En la parte alta de la defensa habían sido talladas dos palabras: «LA VERDAD».

—¿Es Lám? Pero ¡no puede ser! —Marc miraba el escudo estupefacto.

—Lo sé —contestó Alba poniéndose en pie lentamente, con temor—. Se supone que fue descuartizado por las brujas y enterrado en la Catedral cuando el Primero firmó la paz con Louisant. Pero no es así. Los restos de Lám descansan en este lugar desde entonces. Y este es el escudo de Thomenn, forjado por Elías a petición suya, para adoptarlo como símbolo. La espada dorada del Imperio nunca tuvo nada que ver con nuestro Salvador.

Marc giró la cabeza. En los grabados del escudo se podían ver a varios hombres y mujeres junto al hijo del Creador, pero ninguno era como debía.

Lysanna, la flageladora de Thomenn, era fácilmente identificable por el fuego que recubría sus manos; Shacon, el bufón, llevaba puesto su gorro de varias puntas con cascabeles y hacía cabriolas; Elías sobresalía entre todos, como una montaña entre colinas; Lám, por supuesto, portaba la Siempreverde pero, al igual que otros, vestía unos ropajes adornados con símbolos arcanos. Incluso Lugh parecía estar tocando un laúd que flotaba en el aire ante él. Todos permanecían amigablemente cerca del Salvador, pero no se veía al Primero por ningún lado.

—Se supone que fueron las brujas quienes lo clavaron al árbol —balbució Marc con lágrimas en los ojos.

—Eso es lo que el Primero de los Emperadores hizo que se creyera. Pero en realidad lo hizo él. Gillean y él.

—Pero el Primer Emperador fue el Piadoso. Fue él quien dio descanso a Thomenn. La piedad de su mano...

Marc miraba fijamente el escudo, como si fuera posible cambiar sus relieves solo con desearlo suficientemente. Casi parecía esperar que la bruja le fuera a dar la razón de un momento a otro, pero eso no ocurrió.

Alba se puso en pie y tomó al inquisidor del brazo.

—Nada de Piadoso, Marc. Sé que hay mucho por explicar, pero ahora no tenemos tiempo. Debemos coger varias cosas y marcharnos de aquí rápidamente.

Sus prisas toparon con la torva mirada de Marc, que se reponía poco a poco de la conmoción que le causaba todo aquello.

—¿Todavía no me crees? ¿Tan fuerte es el adoctrinamiento que, ni teniendo la verdad ante tus ojos te atreves a verla? —preguntó ella enojada—. Está bien, entonces mira.

La bruja se acercó a él con resolución y, despacio, para que el desconfiado inquisidor no lo tomara como una amenaza, cogió su cuchillo. Lo limpió y echó vaho para después frotarlo contra sus propias ropas. Acto seguido se lo entregó.

—Adelante —dijo ella— mírate.

Marc accedió a observar su reflejo a regañadientes.

Sus ojos expresaban dureza y su ceño fruncido parecía reflejar una eterna preocupación. Las ojeras hablaban de angustia y noches sin dormir. Sus pómulos, mucho más sobresalientes de lo que recordaba, indicaban que había perdido peso durante aquellos días de incertidumbre. Pero, entonces, inclinó un poco más el arma y quedó boquiabierto. Sus rubios cabellos, revueltos y ensortijados por la suciedad, habían dejado claramente paso a un mechón de pelo blanco.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó llevándose la mano a la cabeza.

—Justo lo que parece. Un generoso mechón de pelo cano que ha ido formándose durante estos días.

—Pero ¿qué me has hecho?

—¿Yo? Yo no he hecho nada, pero quizá debieras preguntarle a tu padre. El Emperador.

Marc abrió la boca para contestar con dureza, pero se dio cuenta de que Alba no mostraba el menor atisbo de burla. El joven miró el reflejo y luego, de nuevo, a Alba. El tiempo pareció detenerse.

Sus ojos estaban abiertos de par en par en una muda expresión de asombro y las palabras no llegaban a unos labios que seguían separados.

¿Cómo era posible que todo aquello estuviera pasando de verdad? Ante él tenía un escudo centenario que hablaba de un Thomenn distinto, con unos Compañeros que nada tenían que ver con lo que se narraba en *El Manual*. Y por otra parte estaba, además, la Siempreverde.

—Tiene que haber una explicación para todo esto. Incluso para lo del mechón. Sin duda me has hecho algo sin que me diera cuenta. ¿Cómo voy a ser hijo del Emperador? Es una idea ridícula, como todas las demás. ¿No te das cuenta de que es imposible que los grabados de ese escudo sean ciertos? Y Lám, el bendito Lám, vistiendo una túnica de mago... —Pero de repente acudieron a su memoria unas palabras que el Caballero Ferdinand les había dicho tiempo atrás, en ese gracioso gesto que hacía levantando el índice:

«No lo dudéis, amigos míos: muchas casualidades juntas funcionan como una certeza».

Y, desde luego, aquella cámara sumaba un buen número de despropósitos, empezando por la mirada de tristeza con que lo observaba la bruja.

En esos momentos, unos fieros ladridos y voces cercanas sacaron a Marc de su ensimismamiento y, de nuevo, el mundo continuó su curso.

—Antes de que decidas qué hacer con todo lo que hoy has visto y oído escucha una cosa más. —Alba comenzó a recoger algunas cosas de la habitación, empezando por el escudo—. Aurore fue la que inició todo esto. Y también tú estabas en sus planes.

Para cuando salieron, los sabuesos ya habían llegado al claro. Junto a ellos había media docena de hombres que los sujetaban firmemente. Vestían ropajes sencillos de campesino, pero su mirada era dura e iban armados. Entre ellos se situaron diez jinetes que vestían armadura imperial y mostraban el acero desnudo.

Rápidamente hicieron hueco para que el inquisidor Gerall se adelantase.

Marc apenas había hablado un par de veces con él, pero Adler mencionó en una ocasión que habían estado juntos en el Monasterio.

«Es un petulante pavo real, tan ambicioso como el segundo hijo de un barón y el doble de astuto», habían sido sus palabras.

Marc recordaba bien la conversación y la manera en que su colega se pavoneaba sobre el corcel confirmó la información que Adler le había dado.

—¡Saludos, comandante! —dijo alzando la mano cuando salió del agujero que conducía a la cripta. En su muñeca tintinearón varias pulseras de oro macizo.

Los cabellos, de una tonalidad castaña excesivamente intensa, hablaban de tintes procedentes de Louisant. Sobre el oscuro atuendo del inquisidor se veían varios colgantes que brillaban a la luz de las antorchas y sus manos mostraban anillos capaces de despertar la envidia de cualquier noble.

Tenía unos rasgos delicados y exentos de toda mácula, gracias al maquillaje. Todo eso junto a una nariz afilada y a unos labios muy finos le otorgaban un aspecto regio que, en conjunto, resultaba ligeramente ridículo.

—¡Marc, querido amigo! —Insistió—. Me congratulo de ser el primero en encontrarte. Has hecho un trabajo soberbio con esta bruja. La has seguido hasta su guarida y ahora, los dos juntos, la atraparemos para mayor honra del Emperador y el Altísimo.

Una risa afectada brotó de sus labios, pero todos los presentes pudieron notar el nerviosismo que se escondía tras ella.

Quizá las informaciones contradictorias, unidas a la mirada de incertidumbre del comandante inquisidor hacia la mujer que apareció tras él sembraran dudas acerca de sus intenciones.

—¡Marc! —gritó de nuevo—. ¡Prende a la bruja! Yo te ayudaré. No importa cuán poderosa sea ¡juntos prevaleceremos!

—Cállate —contestó el otro secamente—. Tengo que pensar.

Gerall quedó inmóvil y lo observó a través de dos rendijas, apretando los dientes. Una mano se crispó sobre las riendas, mientras que la otra se apoyaba, como sin querer, en la pequeña ballesta que llevaba al cinto. En ese momento pareció reparar en que Alba tenía los ojos en blanco. En sus manos sostenía un pellejo de piel del que manaba un flujo creciente de Voluntad.

—¡Vamos, Marc, ganemos gloria para ambos! —le urgió.

—He dicho que tengo que pensar —repitió Marc, con irritación, sacudiendo la

cabeza.

—No hay nada que pensar, está a punto de lanzar un conjuro. —El tono del inquisidor había abandonado toda elegancia y en él se notaba la urgencia y una creciente sensación de peligro.

Alba alzó los brazos, lentamente, mientras el trozo de cuero comenzaba a irradiar una pálida luz violácea.

—Vamos, Marc, debemos detenerla.

—Estate quieto —respondió él, todavía confuso.

—No hay tiempo, comandante ¡debemos detenerla ahora, sería de necios no hacerlo! —gritó Gerall con un apremio no exento de cierta grosería.

Marc se giró hacia Alba y su mirada topó de nuevo con el escudo. Lysanna también tenía las manos alzadas, en un gesto de protección hacia Thomenn.

—Marc ¡no seas estúpido! —rugió el otro con impertinencia—. ¡Debes obediencia al Emperador!

Marc se volvió hacia él con el ceño fruncido, en una expresión de creciente enfado.

—¿Estás poniendo en cuestión mi lealtad? Obedecerás mis órdenes. —Marc se volvió hacia Alba, sin saber todavía qué hacer—. Pero hay cosas que deben ser... aclaradas.

Sin embargo, esa indecisión era todo lo que Gerall necesitaba. Tras un último momento de duda, empuñó su ballesta y gritó.

—¡A por ellos! ¡Los quiero vivos!

Marc quedó petrificado con un rictus de estupefacción, sin poder concebir lo que estaba pasando.

—Pero ¿qué crees que estás haciendo? —dijo, y casi al mismo tiempo comprendió que las líneas de luz que se extendían por el suelo partían del pellejo pintado de la bruja.

Sabía, de algún modo, que contenían el mismo fundamento que semanas atrás le habían hecho preso a él y pensó, como si fuera una observación sin importancia, que Alba debía de haber utilizado un pellejo similar con él.

En cuestión de segundos, el poder de la bruja se desbordó entre ellos.

Casi como en un sueño, Marc vio las caras de asombro de los otros. Los miraban con una mezcla de sorpresa y espanto. Entre ellos, Gerall apuntaba con la ballesta, intentando permanecer estable sobre su montura. Seguramente, la expresión de ansiedad de su rostro se debía más a la certeza de que iba a perder su trofeo que al empeño por cumplir con sus deberes.

—¡No dejéis que escapen! —gritó con una voz cercana a la histeria.

Marc tomó aire lentamente y vio como el virote lanzado por el inquisidor, y alguna flecha, pasaban cerca de él. Sin embargo, los atacantes estaban cada vez más preocupados por un suelo que comenzaba a parecer demasiado inestable.

En la siguiente respiración ya no hubo inquietudes. Una agradable sensación de

ingravedez fue adueñándose de su cuerpo, mientras un aire cálido lo envolvía.

Pronto, el claro, los árboles cercanos y luego todo el bosque, fueron quedando muy abajo, como si los viera desde el ojo de un ave poderosa que viajara cerca de las estrellas.

Junto a la cripta, tan lento como si estuviera sucediendo dentro de un nebuloso recuerdo, el poder de Alba comenzó a arrasar el terreno hasta formar un cúmulo informe. A tal altura no estaba seguro, pero Marc habría jurado que dentro se agitaban piedras, tierra, y hombres por igual.

Súbitamente la amalgama comenzó a elevarse, giró a gran velocidad y, después, se estampó contra el suelo, provocando oleadas de escombros en muchos metros a la redonda.

Sin embargo, allí arriba, mecido entre lunas y estrellas, todo carecía de importancia.

Rodeado de nubes y sueños, Marc era consciente de la presencia de Alba, e incluso notó las caricias de Aurore, que lo protegía en su regazo como a un niño.

A su alrededor solo se escuchaba la tímida música de las estrellas y la canción que traía un viento capaz de surcarlas. Todo estaba en paz.

Tras la eternidad deforme que tardaría en caer en aquel lugar la última gota de un vaso de vino, Marc sintió que las tripas se le subían al pecho. Con somnolienta inquietud vio como el suelo comenzaba a acercarse a creciente velocidad. Después no vio nada, pero Aurore estaba allí y lo protegía.

## V

El Creador vendrá y ese día responderemos por nuestros crímenes. No puede ser de otra manera, pues su hijo Thomenn murió por nuestra mano, clavado a un árbol y sufriendo tortura.

Cuando ese día llegue, solo el heredero del Primer Emperador tendrá legitimidad para alzar la voz, humildemente, y pedir clemencia. No en vano, fue el Piadoso quien rescató a nuestro Salvador, concediéndole la muerte y el descanso.

—*El Manual*, cuarto capítulo.

Cuando despertó, se sintió helado y entumecido hasta un punto que rebasaba el dolor.

Estaba en medio del remanso de algún río, parcialmente cubierto por un agua oscura y helada. Alba estaba inconsciente algo más allá y, como él, tenía el cuerpo cubierto de barro.

Con la indiferencia propia de los sueños, Marc se levantó lentamente y miró a su alrededor, con una profunda sensación de irrealidad.

Aquello era poco menos que un lodazal. La frondosa vegetación de ribera brotaba con profusión y, excepto donde se adivinaba el curso del río, los árboles típicos de los oscuros bosques de Quiles los contemplaban.

Poco a poco, el frío fue haciendo que su cabeza comenzara a funcionar con rapidez y, tras comprobar que no existía peligro inmediato, corrió hasta Alba.

La bruja respiraba con regularidad, pero su rostro mostraba un color macilento y la piel estaba fría al tacto. No tuvo la menor reacción cuando la incorporó. Sin duda, utilizar su Voluntad de una forma tan poderosa la había dejado exhausta.

—¿Qué demonios pasó en aquel claro? —preguntó Marc en voz baja. Pero, incluso en tales condiciones, comprendía que las dudas comenzaban mucho antes—. ¿Cómo es posible que esa cripta exista de verdad? Solo eso basta para poner del revés todo lo que nos enseñaron, todo lo que dábamos por sentado.

Había, empero, mucho más: una bruja acompañaba a Thomenn. El escudo que Alba todavía sujetaba entre los brazos mostraba ni más ni menos que a Lysanna, la torturadora, como una de los diez Compañeros.

Marc levantó a la mujer y se la echó al hombro preguntándose en qué lugar dejaba aquello a las brujas y dónde lo situaba a él. Casi con sorpresa, se dio cuenta de que había estado buscando una justificación razonable desde que entró en la cripta. Sin duda la inquisición podría explicar todo aquello. Siempre lo hacía. O quizá el mismísimo Emperador había ocultado alguna terrible verdad para proteger a su pueblo.

Pero, pese a todo, su mente analítica no paraba de golpearse una y otra vez contra los hechos. Se daba cuenta, con dolor, de que las preguntas tenían un origen anterior a lo que había sucedido recientemente. Tenían su raíz en el mismísimo día en que se presentó en el salón del trono después de tratar con Ventura de Agua Clara.

Eran dudas que se habían acrecentado cuando la bruja ejerció su poder para

ocultar la verdad a Hollis y evitarle así morir a manos de su compañero.

Alba había decidido arriesgarse para salvar a aquella joven, Celine, en vez de proseguir el viaje con la mayor celeridad posible; no le había ordenado matar a los guardias del puente. Ni siquiera lo había forzado más allá de lo estrictamente necesario, aunque su control sobre él había sido absoluto. Lo cierto era que, pese a todo, no había visto durante aquellas semanas ninguna de las terribles conductas que, según se decía, caracterizaban a las de su especie.

Como dijo Hollis, hablando también de una bruja, había empezado pronto a cuestionarse la moralidad de todo aquello.

—Y, para rematarlo, has tenido que mencionar a Aurore —susurró el joven.

Incluso en esos momentos, cuando Alba descansaba lánguida en sus brazos, era evidente que había algo en ella que le recordaba a su antigua profesora. Quizá, simplemente, el aura de orgullosa Voluntad que la rodeaba; puede que fuera el modo en que sus palabras habían mostrado fortaleza durante todo el viaje, pese al dolor que la acompañaba; o, más probablemente, esos ojos verdes, que tenían una profundidad capaz de desnudar el alma de un hombre.

Con la cabeza trabajando ya a marchas forzadas, Marc se alzó y comenzó a andar. No sabía dónde estaban, pero sí que necesitarían calor y ropa seca. Decidido a no pensar de momento en que había sido atacado por sus propios compañeros, la acomodó sobre él y avanzó en medio de la noche hacia el norte, hacia Louisant.

Marc nunca supo si la bruja lo había planeado así o si la fortuna había decidido apiadarse del exhausto joven pero, tras algo más de una hora, se topó con una desvencijada mansión.

La luz de la luna le mostró lo que seguramente fuera la antigua residencia de verano de algún noble. El terreno circundante, que alguna vez debió estar despejado, era una maraña de matorrales que casi habían asaltado por completo la edificación. Sin embargo, dadas las circunstancias, su hallazgo se le antojó el más bello palacio imaginable.

La mansión tenía una sola planta practicable, cuyo perímetro estaba cimentado en gruesas paredes de piedra, según la usanza quileña.

El techo no conseguía ocultar las estrellas en varias de las habitaciones y ninguna ventana cerraba bien. El suelo del segundo piso se había derrumbado en muchos puntos y una pesada capa de polvo lo cubría todo. Pero, por lo demás, el hallazgo superaba con creces lo que el inquisidor se habría atrevido a esperar.

Tras un breve registro, Marc depositó a la bruja en el suelo y cerró todos los accesos lo mejor que pudo. Después, colocó sillas o maderos tras las puertas. Si alguien pretendía entrar en la casa, debía enterarse al momento.

—Lo más importante ahora es conseguir un fuego —se dijo mirando a su alrededor.

La caminata a través del bosque cargando con el cuerpo de la bruja le había hecho sudar, transmitiéndole a ella parte de su calor. Pero en aquellos momentos Alba volvía a estar aterida de frío y la ropa de ambos todavía estaba húmeda.

Ignorando las punzadas de sus cansados brazos y la multitud de rasguños y magulladuras, Marc la cogió de nuevo y la llevó hasta el otrora ostentoso salón.

Allí, en medio de ajados arabescos de madera, la acomodó en un diván que había caído sobre sus carcomidas patas largo tiempo atrás. Después, acercó la improvisada cama a la chimenea, en la que apiló piezas del mobiliario, cubiertas por pequeñas astillas y algo de pergamino.

Con un poco de Voluntad consiguió unas chispas que originaron una reconfortante fogata. Rezando para que la chimenea no estuviera obstruida, Marc se dedicó entonces a tapar las ventanas con trozos de tela apolillada y tablones. Esperaba conseguir algo más de calidez o, al menos, que el resplandor no se viera desde fuera.

Tras tomar algo de agua del pozo que había en la parte de atrás, rebuscó por toda la casa hasta que encontró varias sábanas cuarteadas y amarillentas. Tendrían que arreglarse con aquello.

Entonces, volvió hasta donde estaba Alba y la limpió lo mejor que pudo. Después, tremendamente azorado, le quitó los ropajes húmedos y la envolvió en una sábana, tratando de no apreciar su piel pálida y suave ni las bellas formas de su cuerpo.

En uno de los armarios había encontrado una manta desgarrada con la que la arropó y la acercó un poco más al fuego. Pese a esto, la bruja siguió tiritando largos minutos, pues la estancia estaba helada.

Tras asearse y limpiar cuidadosamente sus heridas, Marc tendió la ropa de ambos cerca de la chimenea y se envolvió en otra sábana, sentándose a los pies del diván. En la mano, sostenía firmemente su cuchillo.

Pese a sus esfuerzos por permanecer vigilante, Marc durmió a cabezadas. Ante sus ojos pasaron, como en un recuerdo fragmentado, la oscuridad de la noche y el amanecer. A su lado, Alba descansaba en silencio, sin que la respiración fuera apenas perceptible.

Marc permaneció junto a ella todo ese tiempo, echando alguna pieza más a la chimenea cuando el fuego se debilitaba.

Al atardecer, el hambre le hizo abandonar la casa.

Ya vestido con sus ropajes, secos y calientes, echó algo más de madera al fuego y salió empuñando el cuchillo. Echaba de menos la ballesta, pues sabía que podría hacer bien poco con su arma a la hora de cazar, pero esta había quedado en las bolsas que llevaban los caballos. Aquello le hizo pensar irremediabilmente en Noble, pero sacudió la cabeza antes de abandonarse a las elucubraciones.



—Los lamentos son inútiles —se dijo decidido a no pensar en nada más que en el presente. Al menos por el momento.

Cuando volvió, no lo hizo con las manos vacías: había descubierto varios castaños muy cerca del pozo que todavía tenían frutos para él. Además, en un pequeño huerto también quedaban los restos de unas parras. Varios de los racimos le sorprendieron con unas uvas aceptablemente dulces.

Alba despertó al olor de las castañas asadas.

—Agua —pidió con voz ronca.

Estaba débil y más pálida que de costumbre, pero su salud no parecía preocupante.

Tras beber un trago, se arrebujó en la manta de nuevo.

Marc echó el respaldo de una vieja silla al fuego agradeciendo que la joven no hiciera referencia a su improvisado pijama. En vez de eso, Alba revolvió en la bolsa que había quedado a los pies del diván. De ella extrajo con reverencia la Siempreverde y la contempló en silencio.

Marc vio por el rabillo del ojo la expresión de profundo respeto que inundó su rostro.

—Esta rama ha sido tocada por Lám. Puede que el mismísimo Thomenn la sostuviera alguna vez en sus manos. No me siento digna de cogerla —musitó dejándola aparte.

—Solo espero que hayas hecho lo correcto robándola de aquella cripta —respondió Marc con voz neutra.

Ella no contestó, pero algo en su mirada hacía pensar que también deseaba que así fuera.

Alba estuvo ojeando los volúmenes del Rey Brujo, que también habían salvado en su huida, hasta que Marc le acercó un improvisado plato de madera.

La mujer aceptó la frugal cena con un gesto de agradecimiento y comieron en silencio, deleitándose como si se tratara del más exquisito manjar de los cocineros imperiales.

Poco después, con el apetito ya calmado, incluso la desvencijada habitación pareció mucho más acogedora.

Permanecieron unos minutos más en silencio, sumidos en sus propias reflexiones, hasta que Alba, mirando a lo lejos, comenzó a hablar:

—Ella era... —Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Era una mujer extraordinaria. Incluso entre mi gente.

Marc agachó la cabeza, sin poder evitar sentir dolor ante la evocación de Aurore.

—Su poder rivalizaba con el de las más poderosas brujas de todos los tiempos y pensaba de un modo distinto a las demás. Encontraba soluciones a los problemas que ninguna otra era capaz de imaginar e incluso redescubrió técnicas ya olvidadas. Dicen

que fue Lysanna la primera que utilizó un tapiz de piel para asentar en él la Voluntad, pero hizo falta el genio de Aurore para aprender a hacerlo de nuevo.

—¿También usaste uno de esos entramados para capturarme a mí? —preguntó él.

Alba asintió lentamente y Marc frunció el entrecejo, en una mueca de incompreensión.

—Pero nosotros todavía éramos pequeños cuando ella llegó.

—Lo sé. Nuestro aprendizaje siempre ha sido bastante precoz. Tal y como vivimos, no tenemos mucho tiempo para perderlo. Ella me lo enseñó como un juego cuando yo solo era una niña. Me habló del fundamento de esta técnica y me enseñó a plasmar mi Voluntad en un trozo de piel. Al menos de un modo muy simple. Ya he dicho que ella era excepcional, no solo por su poder, sino por como enriquecía a los que estaban cerca de ella.

Alba bajó la mirada.

—Pero era sin duda su capacidad de percepción lo que la distinguía de los demás. Tenía la capacidad de observar un curso de acción y anticipar sus consecuencias. Podía mirar a los ojos a una persona y leer sus intenciones como si estuvieran escritas en un libro. —La bruja quedó unos instantes en silencio, sin saber muy bien cómo continuar—. Aurore parecía tener, también, otro tipo de capacidades.

—¿A qué te refieres? —preguntó él con cautela.

Alba se tomó su tiempo, antes de hablar.

—Marc, lo que te voy a confiar es uno de los mayores secretos que las brujas atesoramos. Nadie fuera de nuestros círculos conoce esto.

Marc enfrentó su mirada sin contestar.

—En ocasiones, el Imperio ha proclamado el acontecimiento de milagros; de manifestaciones divinas del Creador.

—Tales declaraciones no me parecen hoy tan sólidas. —Marc notó que su propia voz tenía un matiz de amargura que nunca antes había conocido.

—Nosotras, sin embargo, hemos recibido ciertas señales en las que sí creemos firmemente.

—¿Mensajes del Creador? —preguntó él, burlón.

—La manifestación de sus deseos —contestó ella con absoluta seriedad—. No se trata de una voz que venga de la nada, ni de apariciones místicas, como los emperadores han proclamado a veces. Son pequeñas señales, una cierta forma de comunicación muy sutil.

—Suenan ambiguo. Como las supercherías de los santones que pueblan las plazas de todo el Imperio.

—Es cierto que son mensajes ambiguos, pero no son invenciones. Están ahí, nos han llegado de manera clara e inapelable. Y Aurore parecía tener una cierta facilidad para percibirlos.

Tras unos segundos, Marc torció el gesto y preguntó:

—¿Por qué me estás contando esto?

—Porque tú fuiste señalado en dos ocasiones —contestó ella mirándolo directamente a los ojos—. Una vez en tu nacimiento. Y otra cuando te llevaron al Monasterio. Aurore fue la que percibió esta última y afirmó ante nuestros líderes que el Creador había apuntado nuevamente hacia ti.

—¿Esa señal le llegó a Aurore por medio de la intercesión del Creador?

—De algún modo, sí. Es por esto que Aurore, desoyendo las órdenes de nuestros líderes, se dejó atrapar por un inquisidor de tres al cuarto para poder llegar a ti y... — La voz de Alba se perdió, sin saber cómo continuar.

—¿Qué? —exclamó Marc—. ¿Por qué se preocupó tanto por mí en vez de combatir directamente al Emperador? ¿Cuáles fueron las órdenes que le dieron?

—Nuestro Consejo decretó que había que estudiar el asunto con detenimiento. Valorar todas las posibilidades. Pero Aurore insistía en que era necesario actuar con rapidez. Creo que la idea de un heredero al Imperio, entrenado como inquisidor, era demasiado terrible. Ella pensaba que el Emperador se estaba preparando para llevar a cabo una ofensiva terrible contra nosotras. Todos los descendientes del Primero han sido hombres fuertes y poderosos, pero Aurore no paraba de decir que tú serías una amenaza demasiado grande.

—Entonces... —Un escalofrío recorrió la espalda del muchacho—. Me estás diciendo que...

Alba lo miró detenidamente durante unos segundos antes de contestar.

—Ella fue allí para matarte. Esa era la misión que se impuso a sí misma. Acabar contigo sin importar el coste.

El inquisidor estaba estupefacto. No podía creer que la mujer que tanto había amado hubiera ido al Monasterio para acabar con él.

—Sin embargo, cuando llegó el momento, no solo no lo hizo, sino que permaneció allí y te ayudó lo mejor que pudo.

Marc se inclinó hacia adelante y escondió la cara entre las manos.

—De modo que yo la condené ¿no es cierto? —Su voz sonó apagada. Cuando volvió a alzar la cabeza, lentamente, tenía una mirada de profunda tristeza—. Murió por mi culpa.

—Ella no lo veía así —contestó Alba—. Varias veces encontró la manera de comunicarse con nosotras. En tales ocasiones habló, sobre todo, de ti: de tu gran corazón; de tu inteligencia; de la fuerza de tu brazo y la destreza que mostrabas con la Voluntad; de cómo debíamos tenerte en cuenta en los planes que se hicieran. Había llegado a la conclusión de que, efectivamente, estabas señalado por el Creador. Pero no como una amenaza, sino porque te correspondería un papel de gran trascendencia en los hechos que están por venir. Nos dijo que su llegada al Monasterio no era sino una pieza más del puzle que se estaba completando poco a poco.

Alba se envolvió un poco más en la manta, todavía muy débil tras la huida.

—Los miembros de nuestro Consejo clamaban al cielo. Contraviniendo las órdenes dictadas, una de las más poderosas brujas se había dejado atrapar para

cumplir aquella misión y, en aquellos momentos, no era capaz ni de acabar contigo ni de huir. —Alba alzó la mirada, para encontrarse con los ojos claros de Marc—. Pero ella estaba decidida a mantenerse a tu lado tanto tiempo como pudiera. Quería enseñarte y también contribuir de algún modo a preservar todo lo bueno que había visto en ti. Temía que la dureza y la hostilidad de ese entorno acabaran por convertirte en otro ser sin cerebro al servicio del Imperio.

El fuego crepitó durante los instantes que Alba estuvo en silencio.

—Me consta que, además, sentía algo muy especial por ti. Ella no era muy dada a muestras de afecto y casi nadie notó nada, pero la calidez de sus palabras al mencionarte no nos pasó inadvertida a los más cercanos.

Marc enrojeció visiblemente y sus ojos se humedecieron.

—Ella fue para mí lo más querido allí dentro. —La voz sonó ligeramente trémula por primera vez en muchos años—. Y fuera.

Alba lo observó con ternura, viendo por primera vez al hombre que se escondía tras el inquisidor. La tristeza se marcaba en su rostro de manera evidente, sin ningún intento de esconderla. El sufrimiento que había sentido por su pérdida y por años de incertidumbre al servicio del Imperio se apreciaban claramente. Cualquiera que no lo conociera pensaría que tenía tantos años como aparentaba en esos momentos.

—Yo podía haber hecho algo —murmuró—. Podía haberla salvado.

—No lo creo, Marc. Si ella se quedó allí después de tu partida fue porque no había más remedio.

—Y yo seguí haciendo mi trabajo, ajeno a todo mientras ella sufría.

—Sí. Pero eso permitió que un buen día llegaras a Regia.

Marc bufó y miró hacia otro lado.

—Cuando apareciste no podía creerlo —dijo Alba girándose hacia las llamas—. Mis hombres me avisaron de que acudiría un inquisidor tras la muerte del árbitro, pero nunca me imaginé que pudieras ser tú. Parecía demasiada casualidad para no ser algo predestinado.

—No somos tantos —contestó él con desgana— y la investigación requería a uno de los nuestros.

Alba sonrió débilmente, pero con un matiz de ironía en los labios.

—Piensa lo que quieras, pero Aurore sabía que nuestros caminos se cruzarían en alguna ocasión. Ella lo sabía —repitió.

—Y lo hicieron, precisamente, cuando te disponías a demostrar la mentira que he vivido.

—Sí —murmuró Alba con nostalgia—, ella era así. Sus planes producían resultados asombrosos e inesperados. Al menos para todos los demás. Ella siempre parecía tenerlo todo bajo control.

Permanecieron unos minutos en silencio en los que el rostro de Marc se fue ensombreciendo aún más, si es que eso era posible. De pronto, el joven ahogó un juramento y se puso en pie con evidente desazón.

—¡Ahora lo entiendo! —exclamó apretando los dientes. Poco a poco comenzaron a marcarse las venas de su cuello hasta que, súbitamente, estrelló el puño contra los restos de un mueble—. ¡Ahora entiendo sus últimas palabras!

—Cálmate —pidió Alba incorporándose con precaución—. ¿A qué te refieres?

—¡Ella dijo que su tarea allí había concluido, que nada de aquello tenía ya sentido! —Marc gritaba, fuera de sí—. ¡Yo siempre pensé que se refería a su labor con nosotros! ¡Que ya había terminado de formarnos a mí y a mis hermanos!

—Pero en realidad —concluyó ella— se refería a lo que la había llevado hasta allí.

—Ya no tenía sentido permanecer más tiempo en el Monasterio, cautiva. No lo podía soportar más. Se enfrentó a Melquior porque no había otra cosa que hacer para liberarse del dolor —dijo apretando los dientes.

Marc comenzó a andar por la habitación, agitado y furioso consigo mismo. Alba le dejó unos instantes de desahogo antes de dirigirse de nuevo a él.

—Marc, lo que me has contado no cambia nada, por mucho que me duela decirlo. —Su voz sonó tranquila y conciliadora—. Tú llevas sus esperanzas contigo. Ella confiaba en ti y en que tu papel bien valía su sacrificio.

—¡Yo no soy nadie! —rugió el joven—. No lo era entonces y no lo soy ahora. Ni siquiera hice bien mi trabajo y resulta que, finalmente, hasta eso era una farsa.

—Eres el hijo del Emperador —apuntó ella, tratando de recordárselo con la mayor suavidad posible.

—Y ¿cómo es posible que no me haya enterado hasta ahora?

—No creo que yo esté capacitada para decir lo que le pasa por su regia cabeza —contestó ella encogiéndose de hombros—, pero entiendo que no quisiera desvelar algo así hasta que no fuera realmente necesario. Desde luego, es un golpe de efecto. Puede que ni siquiera esté seguro de qué hacer contigo. Quizá incluso suscites cierto temor. Es posible que tenga miedo de un hijo capaz de esgrimir la fuerza de un inquisidor.

—Tú no le has visto —contestó Marc, sombrío—, ese hombre no le tiene miedo a nada.

—Es posible —contestó ella—. Pero las intrigas son típicas de la realeza. Los usurpadores y oportunistas no son nuevos en el imperio. Incluso en una ocasión un padre derrocado ha matado a su hijo para volver al trono.

—Entonces ¿por qué no me mandó asesinar directamente? —preguntó Marc cambiando de postura—. Habría sido lo mejor para todos.

—Como ya he dicho, no me considero capacitada para adivinar los pensamientos del Emperador. Solo sé que es astuto y que convertirte en inquisidor le permitía ganar una herramienta y tenerte siempre controlado.

—No hay nada más peligroso que un enemigo desaparecido —murmuró Marc, recordando las sentencias que Ferdinand repetía constantemente mientras les instruía.

El silencio se impuso de nuevo entre ellos durante unos minutos. A su lado, las

llamas crepitaban suavemente y creaban luces danzarinas en la pared.

Marc volvió a sentarse, cerca de la chimenea, y arrojó una pequeña tablilla al fuego. Después, inspiró hondo.

—Todo lo que dices tiene sentido y creo a Aurore capaz de lo que me has contado y más. He visto el escudo y la Siempreverde. También la cripta y un cadáver que podría ser el mismísimo Lám. Y luego está lo del mechón cano. Pero, aun así, todavía me resulta difícil dudar de todo lo que he considerado bueno en mi vida.

—Lo entiendo. Han sido unas semanas bastante insólitas —contestó ella, amagando una sonrisa.

—Sin embargo, hay algo que todavía no consigo explicarme. —Alba lo miró inquisitivamente—. Gerall no me obedeció cuando le ordené esperar.

—Y tú eres su comandante —apuntó la bruja.

—Es cierto que dudé —contestó él, asintiendo—, no supe qué hacer. Pero incluso así, no me explico esa desobediencia.

—Creo que es bastante sencillo: tratándose de ti y de las brujas, el Emperador debe de haber puesto patas arriba sus dominios buscándote. No me cabe la menor duda de que las órdenes eran capturarte si no colaborabas. Imagínate el peligro que podría acarrear que uno de sus agentes incorruptibles llegara a ser consciente de las mentiras.

Marc la miró espantado. Aquello era inconcebible: no sabía de ninguna ocasión en que se hubiera ordenado la captura de un inquisidor. Sin embargo, lo que preguntó fue algo distinto:

—¿Qué demonios pasó en aquel claro? ¿Cómo conseguiste acabar con ellos y que nosotros apareciéramos aquí?

—El trozo de piel en el que trabajaba cada vez que nos deteníamos fue lo que permitió nuestra huida. Nuestros escritos aseguran que, cuando Thomenn y sus Compañeros sufrieron por primera vez el ataque de Gillean y el futuro Emperador, Lysanna utilizó para huir un pellejo en el que había dibujado extraños símbolos. Supongo que, en cierto modo, el que viste era una versión del suyo. El mío no puede ni compararse, claro, pero la esencia es la misma.

—No teníamos la menor noticia de algo así —murmuró él—. Resulta una práctica extraña.

—Cierto —contestó ella, no sin cierto orgullo—. Se dice que incluso Thomenn quedó asombrado ante un uso tan insólito de la Voluntad.

—No obstante, creo que hemos viajado cientos de kilómetros en cuestión de minutos y pude ver desde los cielos como la tierra se tragaba a Gerall y a sus hombres ¿Qué poder se requiere para lograr algo así? —preguntó Marc, tomando conciencia por primera vez de lo suponía todo aquello.

—Este hechizo tiene dos partes —explicó ella, sin que una leve sonrisa la abandonara—. En primer lugar, aquellos que están representados en el mismo son los que ascienden.

—¿Representados?

—El primer día que nos encontramos, tomé una gota de tu sangre después de la lucha. Tanto la tuya como la mía impregnaban la piel.

Marc la miró con sorpresa, ante una visión de futuro tan certera.

—Todo lo que no se incluye de este modo en el entramado del dibujo sufre la segunda parte —afirmó ella y, con la mirada mucho más sombría, añadió—. No creo que los que estaban en aquel lugar nos vuelvan a perseguir nunca más.

Marc asintió lentamente mientras Alba buscaba una posición más cómoda en el diván antes de seguir hablando.

—Todavía te cuesta creer todo esto ¿verdad? —preguntó la bruja.

Marc se miró las manos y luego las cerró en dos nerviosos puños.

—He luchado durante años con más esfuerzo del que creerías. Y ahora se me dice que todo aquello que he defendido es falso. No puedo hacerme a la idea con facilidad.

—Aquello por lo que luchabas era falso, pero los valores que defendías no. Aurore nos dijo que eras justo y que tu corazón albergaba la bondad. Eso es lo que importa. —Alba se movió para apretarle el brazo con afecto—. Marc, no te pido que creas ciegamente lo que te he contado, solo que tengas en cuenta todo lo que has visto. Hay, no obstante, otras pruebas indiscutibles de que lo que digo es cierto. La primera es que existe otro *Manual* distinto al que conoces.

—Eso no quiere decir nada —objetó él, torciendo el gesto—. Seguro que hasta un niño podría escribir un buen puñado de líneas y proclamar que son fruto de la inspiración divina.

—No me refiero a eso —contestó ella muy seria—, sino al original. El que escribió el mismísimo Thomenn.

Marc abrió mucho los ojos, sin atreverse a contestar.

—Existe la creencia entre los nuestros de que vuestro Primero lo arrebató de las manos muertas del Salvador. Después, lo redactó según sus intereses, ensalzando su propia figura y cambiando cuanto se le antojó. El hecho de que existe se considera una certeza.

—Y ¿dónde está? —preguntó Marc.

—Se dice que el Emperador no se aleja nunca de él, así que debe de estar en el mismísimo Palacio Imperial. Sin embargo, suponemos lo guardará a salvo de las miradas, porque la Voluntad de Thomenn todavía se podría percibir entre sus hojas.

—Es algo inaudito —murmuró Marc. Me pregunto qué repercusiones tendría que algo así fuera de dominio público. Si estáis en lo cierto, sin duda demostraría ante el Imperio todo lo que dices ¿nunca habéis intentado haceros con él?

Alba lo miró enarcando una ceja.

—¡Claro! —contestó al fin con una carcajada—. Entraríamos en Hýnos saludando a la legión y la guardia de pretorianos que vigilan la puerta de Seléin. Después, pasaríamos rápidamente frente a la Catedral para que los inquisidores no nos vieran y nos colaríamos delante del Emperador para rebuscar en su alcoba.

Marc chasqueó la lengua y asintió con cierta desilusión.

—Sin embargo, lo que hemos conseguido es igual de importante. —Alba tomó de nuevo la Siempreverde, admirada.

—No lo creo —contestó él—. No deja de ser una rama de rosal. Tú y yo hemos visto donde estaba, pero las gentes a las que se la llevemos no. ¿Cómo podríamos demostrar que es la verdadera?

—Bueno. —La bruja se mostró dubitativa unos instantes. Luego, se encogió de hombros y la dobló hasta que las puntas se tocaron—. Supongo que solo hay una manera.

Y, dicho esto, la arrojó al fuego.

—¡No! —gritó él lanzándose hacia adelante.

Cuando consiguió sacarla de las llamas, se volvió furioso hacia Alba.

—¿Por qué has hecho algo así?

—Verás —contestó ella sin poder evitar que la sonrisa se extendiera por su rostro—, entre los míos se dice que la mano de Thomenn hizo a Lám ajeno al daño. Parece que la suya hizo a esta rama igual de resistente.

Marc volvió la vista para descubrir, con profundo asombro, que bajo el polvo y la ceniza, la rama permanecía indemne.

—¡Por el Roble!

—Esta reliquia, según vuestros escritos, está en la tumba del Primero, en la Catedral, donde también descansan los restos de Lám. Pero lo que hemos visto lo desmiente. —Alba se recostó nuevamente y se arropó mejor—. El tiempo nos dará la razón respecto a la Siempreverde, Marc. Esta rama nunca se marchitará. Pero será el camino que recorramos, el que te irá mostrando una realidad distinta a la que conoces. No harán falta palabras. Lo verás en la gente.

Marc se removió, nervioso.

—Ahora debemos descansar, pero... —Alba dudó unos instantes para, finalmente, incorporarse y alcanzar la bolsa en la que estaban los volúmenes del Rey Brujo—. Antes quiero mostrarte algo.

La bruja abrió uno de los libros y sacó un pequeño paquete hecho con tela blanca que le tendió a Marc. El joven lo tomó, reticente. Tenía un cierto peso.

Tras apartar cuidadosamente el pañuelo, encontró un Roble de plata y una carta cerrada con cera sin sellar. Marc rompió el lacre y sintió como le daba un vuelco el corazón. Conocía aquella letra.

—¿Por qué no me la enseñaste antes? —dijo con voz ronca.

—¿Me habrías creído? —Repuso ella—. Probablemente habrías pensado que alguien había profanado su tumba o algo peor.

Él tuvo que asentir.

—Ella me hizo saber, de un modo que ni siquiera comprendo, que quería que te la hiciera llegar. Sé que tú la enterraste y te doy las gracias en nombre de mi gente, pero no podíamos dejarla allí, a la sombra del Monasterio. Casi nos cuesta la vida rescatar



sus restos, pero ahora está en un lugar seguro. En cuanto a la carta, no ha sido abierta, como ves. Espero que encuentres respuestas. —Hizo una breve pausa antes de añadir—: Y que estas no sean demasiado duras. Buenas noches.

Alba se giró sobre el diván y dejó que la manta la tapara casi por completo.

Marc quedó unos momentos inmóvil, con el Símbolo en una mano y la carta en la otra. Después, encendió las velas de un antiguo candelabro y se retiró a otra habitación.

*Querido Marc:*

*Cuando leas esta carta, y sé que lo harás, el mundo que te parecerá irreconocible. Muchas cosas habrán cambiado desde que yo era la profesora y tú el alumno, pero otras no. Ese es mi deseo y mi esperanza en el momento en que escribo esto. Tú seguirás teniendo un corazón noble y bondadoso y, espero, los acontecimiento que llevamos largo tiempo esperando estarán a punto de precipitarse.*

*Al Primer Emperador se le podrían atribuir muchos calificativos pero, sin duda, el de inteligente, a su perversa manera, más que cualquier otro. Por medio del asesinato y el engaño acalló la verdad sobre Thomenn. Mantenido durante suficiente tiempo, la farsa fue asumida como verdad por las generaciones siguientes. Alguna vez me oíste decirlo: «la historia la escriben los vencedores».*

*Largos siglos hemos estado luchando las brujas contra los emperadores sin obtener nada más que una incierta supervivencia. Pero todo cambia esta vez. Nunca había habido tantos indicios. Nunca se habían mostrado tantas señales. Tienes sobre ti no solo responsabilidad, sino las esperanzas de muchos.*

*Marc, mañana moriré y no creo que estés preparado para oír todo lo que necesitarás saber cuando leas esta carta. Me hubiera gustado poder explicártelo, ser yo la que te abriera los ojos. Pero, por el momento, el conocimiento te condenaría. Uno de tus peores defectos es que eres honesto y demasiado transparente. La verdad habría atraído hasta ti al enemigo como si llevaras la amenaza escrita en el rostro.*

*Por eso dejo este escrito a una de las dos personas en quien más confío. Alba te encontrará cuando llegue el momento. Esto también lo sé con certeza, pues me ha sido revelado.*

*Confía en ella como habrías hecho conmigo. Es noble y comprensiva pero no la subestimes por ello: atesora un gran poder del que todavía no conoce su capacidad real. Tú, sin embargo, sí puedes llegar a averiguarlo. Siempre tuviste alma de estratega. No le menciones estas palabras, ya soporta demasiada carga, pero esfuérzate en comprender sus capacidades. Estoy convencida de que en algún momento se jugará una baza trascendental a través de ellas.*

*Alba, además, te mostrará cosas sobre ti mismo que desconoces. Sobre tu pasado y también tu futuro. Seguro que ya te ha sorprendido con cuestiones que, en otra situación, habrías tomado por cuentos.*

*Mi querido Marc, no he tenido la oportunidad de despedirme de ti. No sabes*

*hasta qué punto he sufrido este presidio voluntario sin poder hablarte con franqueza. En ningún momento pensé pasar aquí más que unos meses. Solo hasta que encontrara la manera de matarte y huir. Pero no pudo ser. En el mismo momento en que te vi me di cuenta de que eras distinto a todo lo que había conocido. Vi en ti una bondad que resultaba imposible en aquel lugar y me hiciste más bien del que te imaginas, pese a tu juventud. Me has hecho sentir como nunca antes. Puede que en alguna otra realidad incluso hubiéramos llegado a ser felices, juntos de algún modo. Pero, por encima de todo está el deber. Tienes que luchar por las gentes, Marc. Y por las brujas. Has de vengar a Thomenn y contar la verdad.*

*Por mi parte, ha llegado la hora. Afronto mi decisión sin miedo, pero sufro pensando que te dejo solo con las contradicciones de un mundo que no conoces. Debes perdonarme por haber estado tan distante y fría contigo. No era eso lo que sentía por dentro. ¡Me hubiera gustado explicarte tantas cosas! Pero eso ya no es posible. Debo callar para no ponerte en peligro. Eres demasiado puro. Si te conozco algo, sé que cuando leas esto todavía te esperarán tiempos difíciles. Perdóname por no estar a tu lado cuando lleguen, pero no puedo soportarlo más. Tú no tienes la culpa de esto.*

*Sé fuerte y no llores por mí. Me voy con felicidad, pues dejo este mundo habiendo cumplido mi parte y con el convencimiento de que Thomenn vendrá a buscarme.*

*Allá donde esté, velaré por ti hasta lo imposible.*

*Aurore*

Marc rompió a llorar.

Las lágrimas corrieron por su cara como la lluvia de Seléin y los ojos le dolieron por la falta de costumbre.

Añoraba a Aurore más de lo que había imaginado. Su pérdida era una desgracia para él. Se sentía solo en el mundo sin saber qué creer realmente. Todo parecía desordenado y le resultaba imposible saber qué reglas regían siquiera los fundamentos más elementales. Saborear en aquellas palabras la seguridad y la sabiduría de Aurore había sido lo peor que había sentido, tras la soledad de perderla.

En medio del llanto, no oyó a Alba. La bruja se arrodilló ante él y lo abrazó, llorando quedamente.

—Tú también la has perdido —musitó Marc—. Y yo te arrebaté a alguien más.

Sin poder contenerse, se abandonó sobre el abrazo que la joven le ofrecía, agradeciéndolo como si fuera un tesoro.

Ella lo acunó hasta que, exhausto y conmocionado por todo lo que había tenido que afrontar, su propio cuerpo le obligó a abandonar la consciencia.

Cuando despertó, lo primero que notó fue la agradable tibieza de un cuerpo junto a él.

Alba estaba recostada contra la pared y él descansaba sobre su regazo. La manta era apenas suficiente para cubrirlos a ambos.

La mortecina luz de la tarde entraba por los resquicios de las ventanas, pero no sabría decir de qué día. A juzgar por sus sensaciones, podría llevar durmiendo una semana, tan repuesto y a la vez pesado se sentía.

Notaba el cuerpo distendido y el pensamiento claro, como si se acabara de quitar un peso de encima. Entonces se estiró y de pronto vio la carta de Aurore, todavía en su mano. Toda la magnitud del día anterior cayó de golpe sobre él. A su mente acudieron los rostros de Gerall y del Emperador, el Escudo de Thomenn y la Siempreverde.

Recordó haber llorado y sentido cómo las lágrimas le suponían más desahogo del que nunca había experimentado. También acudió a su memoria el modo en que Alba le había abrazado, en un mutuo conocimiento de la pérdida que sentían.

Marc se levantó con cuidado y tomó en brazos a la bruja para llevarla al diván. Ella, todavía débil por el tremendo ejercicio de la Voluntad, apenas hizo algún gesto y siguió durmiendo.

Entonces volvió atrás y sacó la carta de entre su ropa. La releyó y, después, se quitó el Símbolo. Era la primera vez que lo hacía. Estuvo tentado de ponerse el de Aurore pero al final los depositó juntos sobre una mesilla desvencijada. En su cuello, una ridícula marca pálida se asemejaba a una cicatriz.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que los pájaros no cantaban. No se oía ni el silbido del viento.

—Por favor, aquí no —dijo en un susurro—. Por lo que más quieras, aquí no. Me lo debes, aunque solo sea por la camaradería.

Esperó unos minutos y, cuando volvió a oír tímidos sonidos en el bosque, salió.

Su cuchillo estaba clavado en el suelo, algo más allá de la puerta. Lo recogió y miró a su alrededor sin que en sus ojos se pudiera ver la aprensión que sentía realmente.

—El poderoso comandante inquisidor tomado por sorpresa mientras duerme plácidamente. —La voz de Philippe resonó por todas partes, como si proviniera de varios lugares a la vez.

Marc dio gracias porque se tratara de él, y no de Jean.

—¡Si me lo hubieran contado no les habría creído!

—Las cosas no son como nos han sido enseñadas, amigo. Tenemos que hablar.

—Hablar... siempre pensaste que era un poco simple ¿verdad? Demasiado grande para razonar —respondió él sin dejar que continuara—, pero no te planteaste la posibilidad de que quizá sí que tuviera también algo de músculo dentro de la sesera ¿eh?

—No es cierto —contestó Marc—. Tú fuiste el primero en ver que los caminos que seguiríamos cada uno eran inciertos. Me avisaste contra las insidias, incluso de los nuestros, y yo no supe ver más allá de tus palabras.

—¡Por el trasero quemado de Gillean! —rugió el bosque—. Me sigues tomando por un cabeza hueca y, maldita sea, lo soy. ¡Lo soy con orgullo y conocimiento! Como, bebo, fornico y cumplo con mi deber, pero eso no quiere decir que sea imbécil. ¿Cómo demonios esperabas que reaccionaran ante tus actos? Vas por ahí, paseándote con una bruja y durmiendo en sus brazos. ¿Realmente te extraña haber puesto nerviosa a tanta gente?

De repente, Philippe surgió de detrás de un árbol centenario. Su cuerpo, totalmente desarrollado, sobrepasaba los dos metros. La armadura de cuero, a la que habían fijado gruesas placas de metal, resaltaba su tremenda complexión. En la cabeza llevaba el aterrador yelmo que le habían hecho a partir del cráneo de aquel troll, tiempo atrás. Las cuencas vacías del monstruo parecían mirar a Marc anhelando verter su sangre.

En la mano, Philippe sostenía un arco monumental. Era un arma con remaches metálicos que parecía demasiado grande incluso para un gigante como él. En la otra tenía una flecha con una gruesa punta de hierro que más bien parecía una jabalina por su tamaño. La colocó en un segundo y, ejerciendo una fuerza sobrehumana, tensó el arma para disparar.

Marc se tiró al suelo y rodó casi al mismo tiempo que se oyó el tañer del arco y un crujido aterrador. Cuando levantó la cabeza, vio que al árbol que estaba detrás de él tenía un corte enorme a la altura de su pecho. Se mantuvo un instante inmóvil y luego, con un desagradable sonido, cayó hacia un lado. La flecha estaba clavada en otro árbol, más allá.

Marc se giró, realmente impresionado, a tiempo de recibir un puñetazo metálico que le hizo caer a varios metros.

—¡Maldita sea! —rugió el pelirrojo—. ¿Qué demonios te pasa? En el Monasterio hay religiosas agonizantes con más vitalidad que tú.

Marc se levantó con esfuerzo, chorreando sangre por la nariz. Se encontraba tan débil por la escasez de comida y los últimos acontecimientos que tuvo que agarrarse a un árbol para no volver a caer.

—Amigo mío, no quiero hacerte daño.

—¿Hacerme daño? —Philippe cogió su cuchillo del suelo—. ¿Con este alfiler?

A una velocidad sorprendente, corrió hasta él, lo levantó con una mano y le golpeó en el estómago.

—¿En qué estabas pensando? —Philippe escupió al suelo, con disgusto—. Acostarte con una bruja, ¡qué insensatez!

—No es lo que crees —gimió Marc, casi sin aire.

Philippe lo estrelló contra un árbol y pateó el suelo con frustración.

—Podías habérmelo dicho, ¡maldición, somos hermanos! ¡Te habría llevado a los mejores burdeles de Louisant!

Marc volvió a levantarse trabajosamente.

—¿Qué vamos a hacer ahora, amigo? —preguntó el grandullón—. Hará falta una

maldita buena excusa para congraciarte de nuevo con el Emperador. Está furioso, no te haces una idea de cuánto.

Philippe volvió a golpearle en la cara y le pateó cuando cayó al suelo.

—Hasta la tomó con Gaulton. Nuestro hermano hizo acto de presencia para proclamar tu pronta captura y él lo arrojó a la otra punta del salón del trono con solo una mirada. Muy gracioso.

—Philippe —gruño Marc escupiendo sangre—, las cosas no eran como pensábamos. He recibido noticias últimamente.

Un puñetazo lo hizo caer de nuevo pero cuando Philippe lo iba a levantar, Marc se le escurrió entre las piernas y se puso tras él. En el mismo movimiento le pasó un lazo por el cuello y apretó. Philippe intentó agarrarlo con sus manos enguantadas, pero la cuerda era demasiado fina y se le escapaba entre los dedos. Entonces, Marc se subió a su espalda rápidamente, mientras esquivaba sus brazos.

El rostro de Philippe comenzó a ponerse más rojo que de costumbre. Manoteaba golpeando el torso de su hermano, pero los golpes llegaban amortiguados por la posición y los pliegues de la armadura. Entonces, empezó a girar bruscamente, pero Marc no cayó.

—Escúchame, hermano, ahora mismo no te lo puedo explicar todo, no lo entenderías —jadeó Marc mientras le golpeaba en la sien con el codo y en el centro de la cabeza con la Voluntad—. Además, supongo que debe estar a punto de llegar una maldita legión de árbitros, así que deja que te de unas breves indicaciones.

El gigantón se tambaleó un momento y, después, corrió hacia atrás hasta estamparse contra un árbol. El más pequeño de los dos escupió sangre de nuevo, pero aguantó.

—Ve a la Catedral y descubre los restos del Primero. —Marc aguantó con dificultad una nueva acometida, amortiguando el golpe con las piernas—. Allí debería estar la Siempreverde, como nos han contado, pero dudo que sea así porque, si no me equivoco, la tengo yo. Si algo no es como debería, puede que sea porque hemos estado engañados. Búscame donde ya sabes y te contaré cosas que harán callar esa boca. —Marc sonrió mientras soportaba un nuevo golpe, algo más débil—. Y si por el contrario todo estuviera como cabría esperar, házmelo saber y me entregaré. ¿Lo has entendido?

Philippe cayó de rodillas y gruñó pesadamente. Cuando por fin se desplomó medio inconsciente, Marc le golpeó en la cabeza con la empuñadura de su cuchillo.

Dejó a su amigo en el suelo, lo más cómodo que pudo, y avanzó en medio de la creciente oscuridad hasta que oyó a Furioso. El gran caballo de batalla lo observaba fijamente y resoplaba con desconfianza. Cuando el joven se acercó algo más, relinchó con fuerza mientras pateaba amenazadoramente el suelo.

Marc adelantó la mano para permitir que el animal le olisqueara mejor. Entonces, hizo uso de la Voluntad para intentar tranquilizarlo.

—Amigo, si los caballos podéis sentir orgullo, sin duda tú eres el mejor ejemplo.

Furioso agrandó los ollares con precaución y luego pareció relajarse.

Poco a poco, Marc llegó hasta donde estaba y lo acarició afectuosamente. En las alforjas encontró una zanahoria y se la ofreció.

—Sin duda, Philippe tiene una gran suerte al tenerte. Sois tal para cual —dijo viendo como el animal la devoraba en un instante.

Una punzada de dolor lo atravesó cuando el recuerdo de Noble volvió a hacerse presente; lo más probable era que no volviera a verlo nunca. Luego, regresó hasta donde estaba su hermano llevando a Furioso de las riendas.

Cogió algunas cosas de las alforjas y tomó prestadas también una espada y la ballesta de Philippe. Entonces, lo cargó sobre sus hombros y, con gran dificultad, trató de tenderlo como un fardo sobre la silla de montar.

Tuvo que mover a Furioso varias veces y colocarse en un desnivel hasta que fue capaz de conseguirlo. Después, enganchó la placa pectoral y el cinturón del pelirrojo a ambos lados de la silla.

Rezando para que todo saliera como esperaba, Marc desenfundó y se puso a un lado del caballo. Súbitamente lo golpeó con la parte plana de la espada mientras aullaba todo lo fuerte que podía con su Voluntad. El animal se encabritó, coceó, y salió desbocado con su pesada carga. Marc compadecía al que se encontrara con Philippe cuando despertara. Su dolor de cabeza sería de leyenda.

Alba lo vio llegar entre sueños. Se quedó quieto, como escuchando, y su silueta se recortó contra la escasa luz que entraba de afuera, otorgándole un carácter difuso en algunas partes.

Avanzó cojeando para tomar unos trapos y humedecerlos. Cerca de ella, a un lado de la chimenea, las brasas revelaron un cuerpo atlético perfecto. El inquisidor mostraba una musculatura cincelada que hablaba de potencia y agilidad. Sin embargo, pese a estar medio dormida, la bruja sabía que esos músculos no habían sido trabajados con simple ejercicio físico. La sangre y dolor los habían modelado hasta hacerlos duros como la mente que los impulsaba y angulosos como el acero que esgrimían a diario.

El joven, no obstante, no mostraba su precisión de movimientos habitual. Se lavaba lentamente, como si le costara permanecer de pie. El pelo, desgreñado y sucio, le caía sobre unos hombros demasiado hundidos.

Alba se incorporó, somnolienta, al ver una vaina que no reconocía atada a la cintura. Entonces, comprendió que lo que el joven estaba haciendo era curarse unas heridas recientes.

Su cabeza se despejó inmediatamente, a tiempo de ver como Marc caía al suelo.

Era noche cerrada cuando despertó.

Sabía que Alba estaba junto a él, aunque le costaba enfocar la vista. Estaba tendido en el diván, cerca de la chimenea, y a su alrededor había varios paños ensangrentados. La cara le palpitaba por el dolor y sentía en su boca un regusto metálico.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alba por tercera vez, con voz ansiosa.

Marc miró a su alrededor, algo confuso, antes de intentar incorporarse. Al momento, un dolor agudo en el torso le hizo apretar los dientes. Tenía varias costillas rotas, pero aquello le hizo sonreír. Sabía que era afortunado de que no hubiera más lesiones tras enfrentarse a su hermano.

Al fijar por fin su mirada en Alba, se dio cuenta de que esta tenía los ojos enrojecidos y una expresión de ansiedad en la cara.

—Tenemos que irnos ahora mismo.

—¿Cómo? ¡Pero si estás hecho un desastre! ¿Qué es lo que ha pasado ahí fuera?

—Me he encontrado con un amigo —contestó él forzando una media sonrisa—. Es igual. Coge solo lo imprescindible. Comida. La manta. No cargues con peso innecesario.

—Los libros son necesarios —declaró ella de inmediato.

Al ver la mirada decidida de la bruja Marc asintió.

—Iremos al norte. Seguramente esperen que vayamos hacia Seléin.

La bruja llenó el odre de Philippe, mientras él echaba agua en la chimenea. Un fugaz reflejo en el cuenco que utilizó le reveló varios cortes en la cara. Uno de los ojos estaba casi cerrado.

—Al menos no he perdido ningún diente —se dijo, encogiéndose de hombros.

El dolor le hizo lamentar ese gesto. La espalda y las costillas le dolían como si el mismísimo Gillean se las estuviera retorciendo. Realmente dudaba de que hubiera algún punto del cuerpo que no tuviera magullado.

Antes de salir, Marc reparó en los dos Símbolos que había dejado sobre la mesilla. En un súbito impulso, los tomó para enterrarlos afuera, juntos. Después, le entregó su cuchillo a la bruja y acarició la reconfortante forma de la espada, enfundada al cinto.

Partieron en silencio.

Alba iba envuelta en la manta y llevaba casi todo el peso, pues no permitió que Marc cargara con casi nada.

Avanzaron en dirección norte, campo a través, hasta que sus fuerzas no dieron más de sí. Marc sabía que habían cubierto poca distancia, pero ambos estaban extenuados cuando decidieron detenerse. Para entonces ya estaba subiendo el sol así que, en cuanto vieron el tronco hueco de un enorme pino, se refugiaron en él y no salieron hasta que la tarde estuvo avanzada.

Pese a las horas de reposo, descansaron mal y apenas consiguieron dormir. Para cuando reemprendieron la marcha, casi se sentían más fatigados que cuando pararon.

Marc no se quejaba, pero el dolor en las costillas, que ya habría sido suficiente guardando reposo, resultaba un infierno en medio de aquella marcha. Cada vez que tomaba aire, sentía como si se le clavaran docenas de agujas en el pecho.

Alba, por su parte, trató de no frenar el avance, pero estaba muy pálida y las piernas le dolían como si tuviera fuego en las venas.

Cuando se detuvieron en un pequeño hueco que formaban unas rocas, apenas tenían fuerzas para hablar.

—No puedes seguir así, Marc, esa lesión requiere que descanses.

Marc sonrió al ver la bravura con que ella disimulaba su propio sufrimiento.

—No podemos hacer otra cosa —dijo—. Si él nos encontró, pronto habrá muchos otros buscándonos por los alrededores. No hay más opción.

Alba asintió, demasiado débil para preguntar de quién estaba hablando.

Marc abrió una de las bolsas y sacó un trozo de empanada de carne. El agradable aroma le hizo pensar en lo afortunados que eran de que Philippe fuera el glotón más grande que había conocido.

—Creo que debemos ponernos en contacto con la Compañía de Liam —dijo Marc mientras saboreaban la comida—. Es a ellos a quien corresponde velar el cuerpo que encontramos en la cripta.

—Si hicieron caso a mis indicaciones, deberían haber llegado al claro poco después de que nos fuéramos.

—¿Cómo es posible? —preguntó él sorprendido.

—Mandé un mensaje desde una de las posadas en las que paramos. Tengo un contacto dentro de la Compañía que estaba sobre aviso. Cuando nos fuimos acercando a nuestro objetivo comencé a dejar pequeñas señales impresas con mi Voluntad.

—Pero ¡eso podría haber ayudado a nuestros perseguidores! —exclamó Marc.

—No, solo él sabe cómo revelarlas y apenas duran unos días. La última vez que sentí su presencia estaba relativamente cerca del claro.

Marc asintió, impresionado.

—Espero que pudieran acceder a la cámara, tal y como tuvimos que marcharnos.

Estuvieron unos minutos en silencio, dejando que la respiración se les calmara y las piernas dejaran de dolerles. Pronto, sin embargo, el sudor comenzó a convertirse en frío y se tuvieron que arrimar para darse calor mutuamente. La manta que habían encontrado apenas era suficiente para los dos, pero carecían de otra ropa de abrigo.

—Quizá deberíamos avanzar por caminos —propuso ella—. La marcha campo a través es demasiado lenta y va a acabar con nosotros.

—No podemos hacer eso —contestó Marc con un suspiro—. En los caminos hay muchos más ojos que en medio de la espesura. Además, las huellas son más difíciles de seguir de esta manera.



Alba ni siquiera contestó. Su pecho subía y bajaba lentamente.

Avanzaron de este modo durante varios días. Descansaban durante las horas de luz, turnándose para hacer guardia, y renqueaban por la noche, tratando de combatir el frío invernal con el movimiento.

Marc notaba que su lesión empeoraba y, cuando Alba no lo veía, revisaba los puntos en que las costillas se habían quebrado. Dos gruesos moratones se le habían formado en el pecho en las últimas jornadas.

Ella, por su parte, comenzó a toser casi en cuanto abandonaron la destartada mansión. El frío, unido al agotamiento, le estaban suponiendo un trance demasiado severo.

—Mi vida no ha sido fácil ni cómoda —le había reconocido en una ocasión al muchacho.

Su cuerpo daba fe de que el esfuerzo físico no le era ajeno, pero no podía estar preparada para los rigores que un inquisidor, incluso herido, podía sobrellevar.

Pronto, las provisiones de Philippe se acabaron y al cansancio se unió el hambre. El desgaste comenzó a hacerles mella y se vieron obligados a parar con más frecuencia y avanzar menos durante las horas de marcha.

Marc recogía de vez en cuando hojas o raíces de ciertas plantas que podían masticar, pero aquello no llenaba el estómago más de lo que lo haría el aire.

Durante aquellas jornadas, Alba se alimentó de cosas tan repugnantes que, cuando Marc encontró un lagarto bajo unas rocas, dio gracias al Altísimo. El muchacho lo cocinó sobre un ridículo fuego que encendieron en un hoyo, oculto contra unas piedras.

—Es lo más deliciosamente asqueroso que he comido nunca —dijo ella.

Sin embargo, cuando llegó la lluvia, todo rastro de vida pareció abandonar el campo. Los días se convirtieron en noches y las noches en cuevas oscuras donde no se veía más que algún relámpago ocasional.

La segunda jornada que llevaban soportando el aguacero, Alba dio un mal paso en un profundo charco y el dolor de su tobillo les impidió continuar.

—A fe de Thomenn que he tenido viajes más cómodos —comentó Marc, empapado, bajo el hueco que creaban unas raíces que sobresalían en una ladera.

Lo único que tenían a su favor era que el hechizo de Alba los había hecho volar lejos, al norte de Quiles, por lo que pronto se encontraron en territorio de Louisant. El clima, algo más suave a medida que dejaban atrás la primera provincia seguía, no obstante, siendo demasiado frío para avanzar como lo estaban haciendo.

En cuanto la lluvia amainó, Marc comenzó a reconocer algunos lugares, hasta el punto de guiar a Alba por sendas que discurrían por medio de los bosques.

—Estamos en la baronía de Mulars —le dijo a la bruja cuando el amanecer recortó a lo lejos una pequeña ermita, en lo alto de una loma—. Conozco estos

territorios.

Desde ese momento, avanzaron con algo más de seguridad, siempre al norte, pero desviándose alternativamente hacia el este o el oeste.

Marc procuraba abandonar cada poco tiempo la senda que seguían, tomando bifurcaciones o atajando unas horas campo a través. Esperaba despistar así a los posibles rastreadores o, al menos, ponérselo más difícil.

—Avanzaremos con más lentitud, pero es mucho más seguro. Espero —dijo aquella noche, mientras se llevaba un puñado de bayas a la boca.

—Si estamos en la baronía de Mulars, Champs d'Or no queda lejos —comentó Alba, distraída—. Una vez estuve allí. Me pareció una ciudad demasiado grande: algunas partes no contenían más que miseria; otras, en cambio, estaban llenas de adornos absurdos y gente estrafalaria.

—Nosotros visitamos uno de sus templos, donde aseguran custodiar un hueso de Lám —respondió Marc con un amago de sonrisa—. Es curioso que puedan tenerlo, pues nosotros hemos visto su esqueleto entero tan solo hace unos días.

—Quizá sea esa la imagen más clara de las mentiras del Imperio —contestó Alba mirándole a los ojos.

Una tarde, mientras atravesaban aquellas tierras, llegaron a las inmediaciones de un pequeño pueblo.

Ya había oscurecido y apenas llevaban un rato de marcha cuando Marc se desvió en dirección a las cabañas. De ellas salía humo blanco por las chimeneas, en una clara promesa de calor.

—¿Por qué nos detenemos aquí? —Susurró Alba—. ¡Debemos volver a la espesura!

—Necesitamos comida y ropa de abrigo —respondió él—. No me agrada la idea de robar a estas gentes, pero dadas las circunstancias no veo otra solución.

Tenía la mirada fija en un marco que había frente a una cabaña, en el que habían extendido la piel curtida de un ternero. Pese a la distancia y la creciente oscuridad, daba la impresión de que la pieza estaba prácticamente lista para fabricar alguna prenda.

—Quédate aquí —le dijo a la bruja.

—No. Voy contigo.

—Escúchame, uno se oculta mejor que dos.

—¡Pero si no puedes ni andar!

—Aun así —contestó él dirigiéndose hacia su objetivo sin mirar atrás.

Marc se escabulló, amparado en las sombras, hasta llegar a la primera de las cabañas. Algo más allá, en la parte trasera de la siguiente, estaba la pieza de piel.

Apenas había movimiento. Desde su posición, Alba solo pudo ver a unos pocos campesinos que iban de acá para allá. Dos de ellos se pararon, no lejos de donde

estaba el inquisidor y comenzaron a hablar. Aprovechando el ruido, Marc corrió agazapado hasta llegar a su destino. La bruja vio, claramente, cómo boqueaba por el dolor.

Sin perder un segundo, el joven cortó las cuerdas que tensaban la piel y la guardó entre sus ropas. Entonces, se acercó hasta los postigos de una de las ventanas.

Cuando Alba lo vio desaparecer en su interior sintió un nudo en la garganta y estuvo a punto de ir en su ayuda. Pero, al cabo de unos segundos, vio como volvía salir, llevando con él un bulto envuelto en un trapo.

En ese momento se oyó un gran alboroto y Marc quedó congelado, mirando hacia las afueras de la aldea. La bruja sintió como la ansiedad le secaba la boca y se quedó petrificada, por miedo a que un solo movimiento pudiera delatar su presencia.

A la algarabía se sumaron campanillas y sonajas, que se acercaban con rapidez, acompañadas por la luz de las antorchas. En apenas unos segundos fueron visibles los Símbolos y estandartes imperiales que portaban al menos una docena de hombres.

Entraron al pueblo gritando alabanzas al Emperador y a Thomenn, a la vez que lanzaban exabruptos hacia todo aquello que tenía que ver con las brujas. Pisaban el suelo con fuerza y algunos esgrimían espadas desenvainadas. Hizo falta, sin embargo, que Marc viera a los primeros niños antes de entender lo que estaba pasando.

Los pequeños llevaban ostentosas túnicas a las que habían prendido símbolos de todo tipo. Los había con lunas de colores, letras deformadas, rayos, y otros que solo podían obedecer a la imaginación infantil.

Los muchachos salieron corriendo por todo el pueblo, perseguidos por los adultos y Marc aprovechó para llegar hasta donde estaba Alba y buscar una posición más resguardada.

—Es la fiesta de la Conquista —dijo ella, todavía con nerviosismo—. Por un momento pensé que nos habían descubierto.

—Sí —contestó Marc, mirando hacia las gentes, totalmente ensimismado—. Hoy es diez de noviembre. Mi cumpleaños y el de mis hermanos.

Más allá, los niños comenzaban a arrancarse los supuestos símbolos arcanos, a cambio de dulces y chucherías que les entregaban los adultos. Ellos dos, sin embargo, se marcharon rápidamente de allí, con el temor de que las carreras y los juegos llegaran hasta su posición.

Solo tras una larga caminata, decidieron parar.

Se ocultaron bajo las ramas de un enorme roble y Marc desenvolvió la empanada de carne, todavía tibia, que había robado.

Mientras se echaba la piel de ternero por los hombros y la anudaba con un trozo de cuerda, Alba le sonrió, no sin cierta tristeza, desde la profundidad de la manta.

—Feliz cumpleaños —dijo antes de empezar a comer.

—Sí. Feliz —contestó él con la vista perdida en un punto muy lejano.

Al menos transcurrieron un par de días hasta que se toparon con un pequeño fuerte, poco más que una serie de barracones rodeados de una empalizada. En lo alto, sobre unas torres de vigilancia, se apreciaba el resplandor de varios braseros.

—¡Eso es un cuartel! —susurró Alba alarmada.

—Lo sé, los hay a docenas por todo el Imperio —contestó él en voz baja—, pero no conocía este. Agáchate, lo rodearemos.

Era de noche pero, por fin, las nubes habían abandonado el cielo y la luna brillaba con fuerza. De este modo pudieron ver que, alrededor de la empalizada, había una generosa porción de terreno despejado. Más allá, sin embargo, los matorrales crecían altos antes de dar paso a los árboles.

Con suma cautela, avanzaron hasta que el tenue brillo de los fuegos les pareció lo suficientemente lejano. Agachados, entre matorrales y arbolillos, cruzaron en dirección a una zona más frondosa.

Antes perderlo de vista, Marc se detuvo para comprobar que todo estaba tranquilo en el cuartel. Podía ver las siluetas de dos soldados que charlaban en una de las torres, en lo alto de la empalizada, pero la siguiente estaba vacía.

—Es extraño que en una situación como esta no haya más guardias —murmuró para sí mismo.

Entonces cayó en la cuenta de que todo estaba demasiado silencioso. Ningún sonido les había llegado desde el cuartel ni había escuchado, desde hacía rato, el menor indicio de vida animal. Ninguna criatura volaba o se movía entre el follaje e incluso daba la impresión de que hasta el viento trataba de contener la respiración. Sin embargo, unos ruidos tras ellos, que habían resultado imperceptibles hasta ese momento, se le hicieron entonces claros como el sonido de una trompeta.

Sin esperar más, Marc agarró la mano de Alba y tiró de ella.

—¡Corre! —gritó.

Al momento, comenzó a ver antorchas que se encendían y figuras borrosas que se alzaban por todos lados.

Pese a que las costillas le dolían como si le estuvieran clavando puñales en el pecho, Marc apretó los dientes y forzó su cuerpo un poco más. Alba, jadeando para mantener su paso, arrojó la manta y una de las bolsas, mientras apretaba contra su pecho los libros.

Corrieron tanto como les permitían sus fuerzas, entre tropezones y rasguños, hasta que comenzaron a oír relinchos delante de ellos.

Rápidamente un grupo de jinetes les cortó el paso y quedaron rodeados entre ellos y casi una veintena de soldados a pie.

La luz amarillenta de las antorchas alumbró inmediatamente la llegada de otros dos caballos.

Uno era Gerall, lleno heridas y con un brazo en cabestrillo. Parte de la cabeza se

veía lacerada, como si le hubieran arrancado la piel, y la nariz estaba torcida. Echaba fuego por los ojos y tenía la boca congelada en una mueca de profundo odio.

El otro, mucho más siniestro, vestía rigurosamente de negro, sin más adornos que un Símbolo al pecho. Era delgado en extremo y su rostro anguloso y de ojos saltones. Destacaba sobre los demás como lo haría un adulto entre los niños. Con la armadura y montado en un poderoso ruano, parecía mucho más alto de lo que el inquisidor podía recordar.

—Gran Maestro, me alegro de veros —saludó Marc con una fiera sonrisa.

—Tirad las armas —dijo este, escuetamente.

Por toda respuesta, Marc y Alba las empuñaron con más fuerza.

—No podrás hacer otra vez lo del vuelo ¿verdad? —preguntó el joven en un susurro.

—Me temo que no —contestó ella—, pero puedo amenazarlos con echarles un mal de ojo.

Él la miró con una franca sonrisa, por primera vez, y se giró con decisión.

—Marc, antiguo comandante de la Orden —dijo el otro sin mudar la expresión de su rostro—. El Emperador ha ordenado vuestra detención. Daos preso.

—¿Ni siquiera sé de qué se me acusa pero ya me han degradado? —repuso Marc, sin dejar de sonreír.

Los penetrantes ojos del Gran Maestro lo taladraron con furia contenida. Sus exageradas facciones, no exentas de cierta antinaturalidad, se perfilaban a la luz de las antorchas como si se tratara de una grotesca escultura.

—Siento asco por tener que mancharme las manos con algo tan despreciable como tú —respondió—. Has insultado a aquellos que te concedieron gran honor y te burlas de los que alguna vez confiamos en ti. Tu sola existencia mancilla el nombre de la Orden. Hagamos que esto no sea más desagradable para ambos.

—Pero Jhaunan, no puedo rendirme ¿cuándo volveré a tener la oportunidad de bailar con tanta gente?

El otro bufó con desdén y desmontó, imitado por un ansioso Gerall. Entonces, desenvainaron y, sin mediar más palabras, atacaron.

Antes de que los aceros llegaran a encontrarse, un avezado balletero le clavó un virote en el muslo a Marc. Ahogando un grito de dolor, el joven esquivó el primer ataque de Gerall y bloqueó el espadón del Gran Maestro. Un fuerte dolor se le extendió por el pecho debido a la potencia del golpe.

Gerall lanzó hacia adelante su Voluntad y Marc la rechazó, boqueando por el esfuerzo. A duras penas consiguió parar el ataque del otro, debido a la tremenda fuerza que imprimía a su arma. Sin embargo, el siguiente tajo de Jhaunan le arrancó la espada de las manos.

En segundos, Marc cayó bajo las acometidas de sus atacantes mientras otros ataban y amordazaban a Alba, que se debatía furiosa entre sus captores.

Cuando la redujeron, el Gran Maestro puso un pie en la espalda de Marc y le

escupió. El joven ni siquiera pudo moverse, tan lamentable era su estado.

—Traidor. Te procuraré todo el sufrimiento que pueda antes de entregarte al Emperador. Pero, antes de eso, me aseguraré de que presencias como arde en la hoguera la perra que te acompaña.

—Querido amigo —balbució Marc, tirado boca abajo—, qué idiota eres.

Dicho esto se giró con una rapidez imposible y apretó el gatillo de la ballesta de Philippe.

Jhaunan se movió a la misma velocidad que lo haría el más ágil de los inquisidores pero, pese a todo, el virote entró limpiamente en su cabeza por el ojo derecho.

Al momento, Gerall se abalanzó sobre él y lo dejó inconsciente con el pomo de su espada. Después, siguió pateándolo un buen rato.

## VI

Thomenn solía mirar a Shacon y decir:

—Suerte que hay un loco a nuestro lado, pues sus labios dicen lo que otros callan y su ingenio es sabio como el de un niño.

Shacon reía entonces y preguntaba:

—¿Quién está menos cuerdo, el loco o quienes lo siguen?

Pero un día una sombra ocultó su risa.

—¿Quién decide sobre la cordura, sino la mayoría? Porque, si se volvieran las tornas, el cuerdo sería considerado loco.

—*El Manual*, segundo capítulo.

Justo antes de abrir los ojos pensó que debía estar en la otra vida, pero apenas un instante después llegó a la conclusión contraria: no era posible que más allá hubiera tanto dolor.

—¡Buenos días, dormilón! —Gerall lo saludó con una sonora bofetada y sus pulseras tintinearón ostentosamente.

Marc se encontró en una sala oscura cuyas paredes eran de piedra húmeda. Un par de tristes antorchas apenas conseguían aportar algo de luz a la estancia.

—¿Has descansado? —le preguntó Gerall con fingida preocupación—. Porque hoy tenemos preparadas muchas actividades para ti.

El joven tardó todavía unos instantes en darse cuenta de que estaba colgado de unos grilletes anclados al techo. Tenía los tobillos aprisionados del mismo modo con unas cadenas que pasaban por una gruesa argolla clavada al suelo.

—Espero que te gusten los aposentos que te hemos preparado —continuó el otro, con un amplio ademán.

—Bueno —contestó Marc fijando en él su mirada más dura—, supongo que tienes buen ojo para estas cosas. Como Jhaunan.

A Gerall se le congeló la sonrisa en la cara, pero apretó los dientes y contestó.

—El Gran Maestre agoniza, camino a la Catedral. Probablemente no llegará vivo, pero tú no tendrás la suerte de morir. Vas a pagar cara tu traición.

El inquisidor tenía una parte del rostro, hasta bien entrado el cuero cabelludo, completamente lacerada. Encima de la enorme herida estaba apareciendo ya piel nueva, pero eran futuras cicatrices que ya nunca le abandonarían.

La rotura de la nariz, además, le daba un aire grotesco, pues contrastaba enormemente con la delicadeza de los rasgos del otro lado de la cara. Alguien había arreglado en parte el destrozo, pero el resultado dejaba mucho que desear.

El brazo izquierdo seguía en cabestrillo, así que tuvo que utilizar el otro para hacer un gesto y, al momento, un hombre se adelantó.

Era casi tan delgado como su antiguo señor, pero de una estatura mucho más moderada. Ya contaba un buen número de inviernos a sus espaldas y los hombros cargados atestiguaban una vejez prematura. Tenía un rostro serio e inexpresivo,

enmarcado por un cabello grisáceo muy corto. Encima de la ropa, un mandil de color parduzco no contribuía a mejorar el aspecto tétrico que presentaba.

—Tenemos aquí al maestro torturador que vino con Jhaunan al que, por cierto, tenía en gran estima —dijo Gerall volviendo a sus maneras grandilocuentes—. Pero también hay otros que desean saludaros en esta gloriosa jornada.

Con un ademán, Gerall indicó a alguien que se adelantara de entre las sombras. El hombre se acercó hasta que su cara quedó iluminada por las antorchas.

—Barón de Mulars —dijo Marc.

—Sí —susurró el noble—. El mismo.

Estaba claro que había perdido peso. Mucho. Para el ojo avezado era evidente que sus ropas habían sido arregladas varias veces, debido al rápido adelgazamiento. Los ojos estaban rodeados por unas desagradables ojeras y la cara, anteriormente rellena y lustrosa, mostraba en ese momento arrugas de ansiedad y rencor.

Miró a Gerall y este asintió, con una sonrisa maliciosa.

—No sabes cuánto he soñado con este momento, —le dijo a Marc al oído—, cuántas noches me he revuelto en la cama con el ridículo que me infligiste quemándome como fuego. Pero el Altísimo ha tenido a bien traerte hasta aquí, y vas a recibir todo lo que te mereces.

Sin esperar más indicaciones, el barón alzó la fusta que llevaba y golpeó a Marc una y otra vez hasta que el sudor comenzó a correrle por la cara. Después, escupió sobre él.

—Mañana volveré —le aseguró antes de marcharse, henchido de satisfacción.

Gerall sonrió y se acercó de nuevo a su compañero para darle unas palmaditas en la espalda.

—Parece que has hecho enfadar a mucha gente, ¿verdad que sí? Te dejo en buena compañía —dijo señalando al maestro torturador—. Disfruta.

En el último momento, Marc le llamó con un hilillo de voz.

—¿Qué vas a hacer con ella?

El otro se acercó de nuevo, risueño.

—¡Tu amiga! ¡Es cierto, lo había olvidado! Verás, la vamos a poner muy guapa. La lavaremos, le pondremos ropa bonita y me ocuparé personalmente de que le echen algo de perfume. Así, dentro de una semana, cuando desfile hacia la hoguera, resaltará mucho más todo lo que le lance la multitud. Jhaunan dijo que debíamos quemarla en la Festividad de El Sabio, a fin de cuentas fue el cuarto Emperador quien dio la voz de alarma ante el mal que anidaba en nuestras tierras. —Gerall puso su cara a unos centímetros de la de Marc—. ¿Crees que antes deberíamos enviarla a los barracones para que los soldados pudieran conocer más de cerca cómo son las brujas?

Marc alzó lentamente la cabeza y lo miró con una expresión aterradora. Su voluntad comenzó a irradiar oleadas de un odio tan concentrado como el filo de una navaja, hasta el punto de que Gerall dio un paso atrás sin darse cuenta.

—Te juro por el sagrado Thomenn que, si tocas a la bruja, la muerte de Jhaunan



será como una fiesta al lado de lo que te haré a ti.

El otro lo miró de hito en hito y después se marchó rápidamente, disimulando un escalofrío.

—He viajado mucho junto a mi señor —dijo el maestro torturador de Jhaunan en cuanto Gerall se fue— y he aprendido mucho. De él y de otros como yo.

Su voz era monótona y neutra, sin ningún tipo de inflexión emotiva, casi como un pastor que hablara para sí mismo delante del ganado.

—Algún día, sueño con estudiar con esos sacerdotes que subliman mi arte, allá en vuestro Monasterio.

Mientras hablaba, comenzó a acercar unas mesillas auxiliares hasta donde estaba Marc. En ellas fue depositando el contenido de varias cajas de madera que estaban apiladas algo más allá.

—Los míos siempre han soñado con poder trabajar en un inquisidor. Es el reto supremo al que un maestro torturador puede enfrentarse —dijo mientras colocaba ordenadamente unas varillas metálicas puntiagudas de distintos calibres.

»Son fuertes, saludables, poseen una gran resistencia gracias a la Voluntad que los impulsa y han sido entrenados para resistir todo tipo de penurias. —Se detuvo un momento, mirando hacia un lado, como si recordara algo—. Pero no tengo noticias de que tal situación se haya producido antes. Por lo que sé, esta es la primera vez.

En la siguiente mesilla continuó poniendo instrumentos con sierras, curvaturas de aguzados filos, tenazas, un pequeño mazo e incluso ungüentos, en cuyo propósito Marc prefería no pensar.

Cuando todo estuvo listo, el maestro torturador apretó solemnemente el Símbolo que colgaba de su cuello.

—Debo dar gracias, pues solo tengo dos indicaciones en cuanto a vos: causar el mayor dolor posible y que mis lesiones no os hagan morir. Comencemos.

Marc pasó los días siguientes en compañía del maestro torturador de Jhaunan.

El hombre trabajaba de una manera meticulosa, midiendo los tiempos y las intensidades de una forma tremendamente eficaz. Escuchaba con atención los gritos de Marc, así como la manera de apretar los dientes o retorcerse cuando ya no podía más. Después, utilizaba todas esas señales para causarle aún más dolor.

Le desinfectaba las heridas cada poco tiempo para, acto seguido, esparcir sal sobre ellas. No pasó apenas tiempo antes de que el inquisidor tuviera que reconocer que, en efecto, aquel hombre poseía técnicas que serían avanzadas incluso en el Monasterio.

En un primer momento, habló poco con Marc, pero después le hizo preguntas frecuentemente: le inquirió sobre su relación con Alba, sus propósitos, lo que habían

ido a hacer a Quiles o lo que habían descubierto. En esa faceta, tenía tanta pericia como en la otra, pues detectaba la mentira con la misma facilidad con que un perro olería un plato de carne delante de él. En aquellas ocasiones en que Marc trató de ganar tiempo inventando complicadas historias, el hombre acababa por darle varios golpes secos en las costillas fracturadas. Marc entonces veía una infinidad de luces blancas tras sus párpados cerrados y acababa con la respiración cortada por el intensísimo dolor. De este modo, acabó por permanecer en silencio y soportar a duras penas el lento pasar de los minutos.

Dos o tres veces al día, el maestro dejaba sus instrumentos a un lado y se sentaba frente a él. Durante unos minutos admiraba su obra y planificaba las siguientes sesiones. Después, se las describía y le preguntaba cuál de sus técnicas le resultaba más dolorosa, o si quería hablarle ya acerca de las brujas. Marc dejó pronto de contestar, así que el otro se limitaba a hacerle beber una especie de papilla de sabor horrendo y, después, continuaba.

Marc ya no recordaba que era posible sentir dolor hasta el punto de que el propio cuerpo decidiera desvanecerse para no enloquecer. Cuando esto ocurría, su acompañante le echaba agua por encima, o le daba a oler algún aceite que lo despertaba enseguida.

El inquisidor llegó a pensar que a Melquior no le faltaba algo de razón al haberlos preparado para este tipo de trances, tiempo atrás. Sin la resistencia que les habían aportado los sacerdotes oscuros, sin duda ya habría sucumbido. Eso no quería decir, no obstante, que aquello fuera una experiencia grata. Marc sintió varias veces que llevaban su cuerpo a un límite desconocido. El sufrimiento que soportaba era tan grande que, cuando el barón acudía para golpearle con la fusta, llegaba a agradecerlo como un descanso.

Marc durmió poco durante aquellos días pero, en cuanto lo descolgaban del techo, se quedaba tendido allí mismo, hecho un ovillo, hasta que comenzaba de nuevo la tortura.

Al segundo día, el barón de Mulars trajo un compañero.

—Puede que recordéis a este hombre —le dijo con una sonrisa sádica.

Marc alzó un poco la vista y, entre la neblina con que comenzaba a percibir el entorno, reconoció una figura delgada.

—Ah, sí —contestó dejando caer de nuevo la cabeza—, es aquel alfeñique que robaba a vuestros súbditos sin que os enterarais siquiera.

El barón hizo un teatral gesto de disgusto y anunció:

—Este caballero ha sido nombrado mi primer consejero recientemente y ha tenido una gran idea para ayudarnos con vuestra testarudez.

Con una mirada ávida, el hombrecillo se acercó a Marc y abrió un bote lleno de alfileres.

—La dificultad estriba en causar un gran dolor sin provocar lesiones permanentes, a menos que ese fuera nuestro objetivo. Y, sobretodo, debemos huir de las infecciones.

El maestro inquisidor hablaba con una voz carente de toda humanidad. Sentado tras él, en un ángulo que le permitía contemplarlo todo, el primer consejero de la baronía de Mulars escuchaba extasiado.

—Una infección causará fiebre, con lo que nuestro invitado podría incluso llegar a delirar. No hace falta decir que, en ese estado, gran parte del efecto que buscamos se perdería.

El hombrecillo se levantó entonces y observó al inquisidor algo más de cerca.

—¿Os importa que me quede con esto? —le preguntó al otro, señalando el pañuelo que Marc todavía llevaba al cuello.

El torturador hizo un gesto de desdén con la mano y se dispuso a preparar la papilla con que alimentaba al prisionero.

El joven, que colgaba desmadejado de los grilletes, vio con impotencia como le arrebataban el regalo que le hiciera el padre de Celine. El pañuelo estaba sucio y rígido por las manchas de sangre. Sin embargo, el consejero conocía bien su valor.

—Un perro como tú no debe llevar sedas —le dijo con una sonrisa taimada antes de sentarse de nuevo.

Marc ni siquiera tuvo fuerzas para contestar.

—Muchos de mis compañeros carecen de sutileza —continuó el maestro mientras daba de comer al prisionero. La cuchara había sido limpiada con pulcritud—. Suelen arrancar uñas. Yo prefiero golpearlas hacia adentro. Obviamente, con el tiempo acaban por caer pero, mientras duran, el dolor es más intenso y se corre menos riesgo de infección.

El maestro removió la papilla y le dio una nueva cucharada al inquisidor.

—Otro tema importante es la alimentación —siguió diciendo—. Un prisionero bien alimentado tiene menos riesgo de morir o de perder la consciencia. Personalmente prefiero darles esta pasta. Si se negara a comer, siempre puedo hacérsela tragar con aquella caña flexible —dijo señalando una de las mesas.

—Creo que tratáis a los prisioneros con demasiada consideración —contestó el consejero.

—Oh, ¿esa impresión os doy? —El hombre se paró en seco y miró al otro, casi ofendido—. Veréis, el anterior maestro torturador que acompañaba a mi señor Jhaunan, que ahora mismo ya descansará en paz, era conocido por ser muy sanguinario. Hacía que los prisioneros aullaran de dolor desde el primer momento. Les machacaba los huesos o les cortaba sin dudar. Pero eso solo es efectivo con hombres pobres de voluntad. Lo más probable es que con esas condiciones no aguanten suficiente tiempo. Y no hablemos de los casos en que hay que preservar las apariencias. ¡Imposible! Las heridas se infectan, la sangre satura el cuerpo por dentro y al final pierden la consciencia. ¡No podemos trabajar si no están despiertos!

El primer consejero se sacó el dedo de la nariz y asintió, poco convencido.

—Había pensado en partírlle un brazo hoy —continuó el otro—. Es una maniobra muy útil porque, además de lo obvio, nos permite provocar dolor en la misma lesión con posterioridad. Debe ser una rotura limpia, sin fractura externa ni cortes en ninguna vía de sangre importante. Pero, si os dais cuenta, tenemos estas dos costillas a medio curar ¿veis?

El consejero se adelantó, para observar mejor el pecho de Marc.

—En este estado, a mitad de proceso, con hueso tierno formándose en torno a la fractura, la manipulación resulta incluso más dolorosa que una nueva. —El maestro dudó un momento y luego le preguntó—. ¿Queréis probar?

El hombrecillo lo miró un momento, asombrado, y luego una sonrisa de sádica expectación se extendió por sus labios.

—Claro —contestó.

El consejero, al que Marc había mandado castigar hacía ya tiempo, tomó el instrumento que se le ofrecía y lo observó con curiosidad. Era similar a las baquetas que usaban los músicos del barón para tocar el pandero, pero tenía la cabeza totalmente redondeada y cubierta de una tela almohadillada.

—Nuestro objetivo es presionar un punto concreto —le explicó el otro—, no realizar nuevas lesiones. Esto nos permite hacerlo con precisión. Ahora ponédlo encima de la primera costilla.

Marc bufó solo con sentir que le rozaban en ese punto.

—Así, con cuidado, no hace falta que apretéis mucho, dad pequeños golpes.

Marc gruñó por el intenso dolor que inundó su cerebro. Aquello era más de lo que un hombre podía resistir sin pedir clemencia. Sin embargo, se obligó a abrir los ojos y mirar de frente a su agresor. Sabía que, si continuaba compadeciéndose de sí mismo, acabarían por derrumbar su determinación.

El primer consejero también lo miraba fijamente, con una mueca perversa. Parecía disfrutar enormemente con aquello y no daba la impresión de querer detenerse. Sin embargo, Marc también estaba decidido a no darle el privilegio de una queja, así que apretó aún más los dientes y lanzó hacia adelante su Voluntad, en un instintivo gesto de desafío.

—Cuidado, señor, creo que estáis provocando una hemorragia interna —dijo de pronto el maestro, mirando con aprensión el pecho del inquisidor.

El rostro de Marc estaba rojo por el esfuerzo y el sudor comenzaba a perlar su frente. El primer consejero lo miraba con insana delectación y continuaba apretando más y más. Hasta tal punto llevó su esfuerzo que incluso se echó hacia adelante para apretar con más fuerza.

En ese momento, sonó un crujido.

Marc sintió como el mundo quedaba inundado por una luz brillante de puro dolor y algo, mucho más profundo, se rompió también.

El inquisidor fue vagamente consciente de que una parte de sí mismo se rendía,

perdiéndose en un océano de olvido, y otra, mucho más oscura, acudía para recomponer los trozos devastados por el dolor. Una rabia antigua lo hizo hervir por dentro, dándole fuerzas cuando todo lo demás se había perdido ya.

Lo último que vio fue al consejero cayendo hacia atrás, con cara de sorpresa, y al maestro torturador corriendo hacia él con un trapo húmedo.

Marc se desvaneció con una fiera sonrisa en la boca: dadas las circunstancias, aquello le había sabido a victoria.

En ocasiones, pese a todos los cuidados del maestro torturador, Marc comenzaba a delirar. Aunque en esos momentos intentaba no abrir la boca, era consciente de que su mente adormecida podría decir algo inadecuado. Sin embargo, la sensación era deliciosa: a veces, su mente lo alejaba del dolor llevándolo a lugares donde había estado tiempo atrás. Veía de nuevo los hermosos bosques de Seléin o la sobria planicie de Rock-Talhé. Casi parecía que hubiera pasado una vida de aquello. En otras ocasiones, su cabeza incluso inventaba paisajes donde podía dormir al sol, bañarse en charcas en medio de los bosques o cabalgar con sus hermanos.

Cuando no tenía esa suerte, Marc trataba de observar con cuidado la estancia y trazar algún plan, pero era imposible. No tenía ni la fuerza ni la concentración suficiente para usar la Voluntad. Apenas contaba con más tiempo de respiro que el que tardaba su torturador en dejar un instrumento y coger otro. Cuando le descolgaban, se quedaba dormido inmediatamente y, aunque no hubiera sido así, la puerta de la pieza estaba construida con sólidos barrotes de metal. Más allá, no había más que piedra y guardias.

En un momento dado, tras la aciaga experiencia con el consejero, Gerall acudió a la celda.

—¡No pienso tolerar que ese hombre arruine mi trabajo! —gritaba el maestro torturador con airados ademanes.

—Estad tranquilo, os aseguro que el primer consejero no volverá —contestó él, tratando de apaciguarlo.

No obstante, tardó un buen rato en conseguir que el hombre se serenara lo suficiente para continuar con su tarea. Para entonces, el barón de Mulars había ocupado el puesto de su consejero. Estuvo allí casi todo el tiempo, disfrutando con una mueca cruel. A veces, incluso le sugería algo, con una risilla divertida.

Sin embargo, a medida que pasaban los días, se iban poniendo más nerviosos. En una ocasión, cuando pensaban que había perdido la consciencia, Marc pudo oír de sus labios el motivo:

—¿Todavía no ha habido progresos? —preguntó con hastío el barón.

—Aun no, señor, pero es cuestión de tiempo.

—Tiempo es algo que no tenemos, maestro. Se lo tiene que llevar dentro de poco y, para entonces, debe habérselo contado todo.

—¿Qué problema habría en que continuara mi trabajo una vez llegado a Hÿnos?

—¡El problema es que queremos ser nosotros los que presenten al Emperador esa información! Fuimos Gerall y mis hombres los que lo capturamos, no lo olvides.

—Según creo, mi antiguo señor tuvo también algo que ver.

—¡Jhaunan no habría podido con él si no os hubiera apoyado con mis soldados! Este hombre casi lo mata estando en el suelo ¿qué crees que hubiera pasado de encontrárselo solo?

—Lo cierto es que eso ya no tiene mucha importancia. —El maestro comenzó a perder interés en la conversación—. Y no me concierne en absoluto.

—Exacto. Tu trabajo es hacer que este hombre sufra y que nos cuente todo. Y de momento no lo estás haciendo.

Un silencio demasiado largo se impuso en la sala.

—Barón —dijo al fin el maestro torturador con un tono que Marc no le había escuchado todavía—, acepté ponerme a vuestras órdenes tras lo que le pasó a mi señor; permití que vuestro patético consejero presenciara mis sesiones; me comprometí también a devolveros a este hombre medianamente presentable. Pero lo que no voy a tolerar es que se desprecie mi trabajo.

—No pretendía ofenderos —comenzó a decir el otro.

—Os aseguro que lo que este hombre está soportando y el tiempo que lo está haciendo es algo inaudito. Ni los más viejos de mi gremio podrían contaros algo similar. No creo que nadie haya pasado por algo así jamás.

—Lo comprendo —dijo Jacov de Mulars—, pero daos cuenta de que cuando el Emperador reciba a este traidor, puede que ni siquiera quede algo para vos. Dicen que está furioso. Me han contado que se pasea arriba y abajo por el Salón del Trono, gritando de rabia. Y tampoco podemos ocultárselo más tiempo. Respetaremos la fecha que Jhaunan fijó para la quema de la bruja y su deseo de que el traidor lo contemple, pero después habremos de informar inmediatamente de su captura y trasladarlo a Hÿnos. Ese es el tiempo que tenemos.

En ese punto, las voces se alejaron algo más y Marc ya no pudo entender lo que decían. Poco después, sin embargo, el maestro volvió y reanudó su tarea con mayor denuedo, si es que eso era posible.

Con el paso de los días, Marc abandonó toda esperanza y se limitó a esperar la muerte. Tal y como se sucedían los acontecimientos, daba por hecho que no tardaría en llegarle.

Alba debía estar ya en otro lugar mejor, pues llevaba en aquella cámara una eternidad, así que no le quedaba nada que abandonar. Ni siquiera había podido protegerla a ella.

No obstante, en ningún momento cedió al dolor para confesar o suplicar. Gritaba cuando no podía más, y su reseca garganta se lo permitía, y esperaba la oportunidad de dar muerte a alguna de esas bestias, antes de caer fulminado. Si tenía que morir allí lo haría con el orgullo de no haberse rendido. No iba a confesar nada de lo que sabía o había visto. Esperaba que, al menos, Thomenn estuviera satisfecho con su esfuerzo.

—Es demasiado atractivo —dijo el barón, sacándole de su ensimismamiento.

—Me dijeron que no causara lesiones demasiado graves —contestó el maestro.

—Pero podríamos provocar una herida semejante a la que pudiera haber causado una espada durante la refriega. Eso es plausible ¿no es cierto?

—Sí, sin duda —concedió el maestro torturador—. Y no es menos cierto que existen distintos elementos que atormentar. De acuerdo, hoy quebraremos la imagen que tiene de sí mismo.

Marc sintió como las entrañas se le encogían por dentro, ante la incertidumbre de lo que iba a suceder.

El maestro torturador comenzó a rebuscar entre sus utensilios hasta sacar una especie de cuchillo, muy corto, pero con un filo que se engrosaba mucho. La hoja estaba tan limpia como cualquiera de sus otros instrumentos.

—Con esto puedo simular fácilmente el corte ancho de un arma.

—Bien, ¡pues hagámoslo! —el barón dio una palmada de entusiasmo.

Tras unos instantes, el maestro torturador se situó directamente ante Marc, con una regla metálica en una mano y el cuchillo en la otra.

—Cierre el ojo con fuerza, comandante, o se lo cortaré como si fuera la yema de un huevo.

Un espeluznante grito resonó entre las paredes de piedra.

## VII

Si eres diestro simula torpeza. Si eres rápido finge ser lento. Si eres débil aparenta fortaleza. De este modo, no solo contarás con tus virtudes, sino con la sorpresa. Pero, si no eres inteligente, mejor que no hagas otra cosa que golpear con fuerza.

—Ferdinand, Caballero imperial.

El ruido de la puerta apenas resultó audible entre el jolgorio. El chasquido al cerrarse fue incluso más disimulado y, tras unos instantes de duda, solo unas cuidadosas pisadas revelaron que había unos cuantos hombres bajando por las escaleras. Sin embargo, sus voces no eran las que se habían escuchado últimamente entre aquellas paredes.

—Vosotros quedaos aquí. Si alguien viene intentad entretenerlo.

—Claro, pero ¿cómo hacemos algo así?

—¡No lo sé, improvisad algo! —siseó la primera de las voces.

Se oyó un gruñido y, después, más pasos que bajaban.

—La droga ha funcionado. ¡Por los brazos de Elías, están todos dormidos!

—Pues claro que ha funcionado —respondió otra voz distinta, más grave que la primera—. Ella lo preparó todo.

—Pero, aun así, es impresionante. Míralos, parecen casi muertos. Ya no son tan duros ¿eh?

—¡Deja de hacer el idiota! Ya sabes lo que tenemos que hacer. Coge alguna de sus armas y deja por ahí los instrumentos del torturador.

—Y ¿cuándo les pego?

—¡Hazlo cuando quieras, esa parte del plan te ha tocado a ti!

—¿No se despertarán?

—Ella dijo que no.

Se oyeron unos cuantos ruidos sordos y también el tintineo del metal mientras uno de ellos se acercaba hasta la celda. Cuando el hombre giró por el estrecho pasillo, para llegar hasta los barrotes, no pudo evitar llevarse las manos a la cabeza.

Era alto y desgarbado. Sus humildes ropas estaban manchadas de tierra aquí y allá y el pelo pajizo le caía desordenado hasta la nuca. Una expresión de profundo temor le cruzaba la cara.

—Santo Thomenn... ¡lo han destrozado! —exclamó en voz alta.

Rápidamente su compañero corrió hasta él. Solo le llegaba a los hombros, aunque tenía una constitución considerablemente más robusta. Sus brazos se veían fuertes y acostumbrados al trabajo diario. Vestía, como el otro, ropas sencillas en las que había más de un remiendo y su cabello oscuro estaba alborotado.

—Dulce Lám —murmuró—. ¿Está vivo?

—Creo que sí, parece que todavía respira.

—Fíjate, ¡le han destrozado la cara!



—Vamos, aparta, voy a abrir la puerta.

Los dos hombres entraron en la celda y se acercaron al cuerpo que permanecía en el suelo, encogido sobre sí mismo. Sus ropas estaban hechas jirones y la suciedad se confundía con la sangre coagulada. Los vendajes que le colocaba rutinariamente el maestro torturador tenían manchas rojas.

—Amigo ¿estás despierto? —preguntó el más alto—. Voy a quitarte los grilletes de los tobillos y después te sacaremos de aquí. No temas nada, estamos de tu lado.

—No sé por qué le hablas —murmuró el otro—, está claro que no puede oírte.

El más alto masculló una respuesta y sacó varias llaves.

Una vez liberado, lo cogieron por las axilas y lo levantaron entre los dos. En ese momento, el prisionero hizo un gesto brusco y estuvo a punto de caer.

—¿Por qué ha movido así el brazo? —dijo el más robusto—. Creo que se está despertando.

—Lo que yo creo es que ha intentado golpearte —respondió su compañero.

—¿Seguro? Amigo, ¿me oyes? —dijo el otro, hablándole al prisionero muy cerca del oído—. No muevas el brazo. Creo que lo tienes roto.

—Somos amigos, inquisidor —insistió la voz más grave—. Vamos a ponerte a salvo. Deja que te saquemos de aquí y no hagas ruido, por favor. Nuestra vida está en juego.

El prisionero tenía los ojos medio abiertos, pero miraba sin ver y apenas podía sostener la cabeza erguida. Algo en las voces de sus acompañantes, no obstante, pareció tranquilizarle.

Dieron unos titubeantes pasos antes de cogerlo mejor y avanzar con más seguridad. Cuando llegaron a la sala donde se habían encontrado a los guardias el más alto se detuvo.

—¿Has herido a esos con un cuchillo? —dijo señalando las manchas de sangre que se podían percibir en los cuerpos a la mortecina luz de un par de antorchas.

—Ella dijo que tenía que parecer real —se defendió el otro—. Les he clavado un poco una de sus armas, sí, pero luego he empapado la herida con sus propias ropas. No se desangrarán.

El otro resopló y le indicó con un cabeceo que siguieran.

Al llegar más allá los otros tres que estaban esperando se apresuraron a ayudarles, pero el más moreno de los dos negó con la cabeza.

—No, no, abrid la puerta, lo tenemos bien cogido.

—Vosotros dos id por delante para asegurarnos de que no nos cruzamos con nadie —dijo el más alto—. Tú quédate más atrás y silba una canción si ves que alguien se nos acerca.

El interpelado asintió, profundamente impresionado, y esperó pacientemente a que se alejaran unos cuantos pasos antes de seguirlos. Su rostro, lleno de pecas, era el de un muchacho de apenas diez años.

Lo que siguió fue una angustiada sucesión de carreras y súbitas paradas. En un

par de ocasiones, incluso, permanecieron escondidos entre las sombras, aguardando a que algún guardia se apartara de la ruta que habían planeado.

A su alrededor, la música no dejaba de sonar, acompañada por gritos y risas. A veces podían ver, por los ventanales de algunos pasillos, como las gentes bailaban, comían y bebían alegremente en torno a un enorme fuego. Los chiquillos correteaban de acá para allá manchando las mejores ropas con que sus madres les habían podido vestir para tal ocasión.

El prisionero, sin embargo, apenas había vuelto a abrir los ojos un par de veces, y percibía el entorno de manera difusa. La mayor parte de tiempo permaneció inconsciente o en un estado de duermevela en que el tiempo no pasaba. Pudo sentir durante horas un picor en la mejilla, pese a que se la frotaba de vez en cuando, antes de que uno de los hombres que cargaban con él se detuviera, alarmado.

—Para, para ¡se va a desangrar!

—No se va a desangrar por una herida en la cara.

—No me quiero arriesgar, está muy débil. Ponlo en el suelo y dame tu pañuelo.

El prisionero sintió como una tela le rozaba el rostro y trató de rascarse de nuevo.

—No, inquisidor, no os llevéis la mano a la cara, la herida se ha abierto.

—Nos tenemos que ir —dijo otra voz algo más allá—. ¡Los soldados suelen pasar por aquí!

—¡Ya voy! —gruñó el otro, vendando como podía el rostro del prisionero.

De nuevo volvieron a avanzar, apresuradamente. La música ya no se oía.

Un tiempo indeterminado después Marc percibió como descendían por varios tramos de escaleras, avanzando en ocasiones por pasillos oscuros, hasta que, de pronto, se sintió sobre una superficie blanda tremendamente acogedora.

—Descansa amigo, ahora estás a salvo —dijo uno de los hombres que lo había llevado a cuestas.

—Bueno, todo ha salido bien —dijo el otro.

—Todavía faltan muchas cosas —respondió su compañero.

En ese momento, la mano del inquisidor salió disparada y agarró el brazo del hombre que estaba más cerca de él.

—Ella... —logró articular.

—¿Qué? —dijo el de cabellos más claros, con evidente sobresalto.

—¡Ella! —Contestó él, insistentemente.

—¡Ah! Debe referirse a la bruja —dijo el otro.

—Tranquilo, está encerrada. La van a quemar, no tienes nada que temer.

—¡No! —graznó Marc, con la garganta seca—. Tráela. Aquí.

—Pero... es una bruja, amigo.

—Está delirando —replicó la otra voz.

El joven aumentó la presión de su mano y trató de levantarse pese a que no veía más que formas borrosas.

—Ella... aquí. No estoy... —Marc se ahogaba por el esfuerzo, pero consiguió a

duras penas acabar la frase—. No estoy delirando. Tráela. Por favor.

Tras unos segundos, el más robusto preguntó:

—¿Qué hacemos?

—No hacemos nada, hay que ceñirse al plan —respondió el otro.

—Pero a lo mejor es importante.

—¿Cómo va a ser importante una bruja?

—Pero ¿y si lo es, idiota? Dicen que el inquisidor viajaba con ella cuando los atraparon.

El otro se rascó la cabeza de nuevo, sin saber qué hacer.

—Deberíamos ir a montar el muñeco —respondió al fin.

—Pero esto puede ser más importante y no hay mucho tiempo. Otros pueden encargarse de eso.

Tras unos instantes de duda, su compañero suspiró sonoramente y asintió.

—No queda más alternativa, hay que decírselo a ella.

Podía notar cómo unas suaves manos le limpiaban las heridas y luego se las vendaban.

En ocasiones, esas mismas manos le retiraban un paño húmedo de la cabeza o, simplemente, reposaban sobre él, confortándolo con un agradable calor.

En sus sueños o en la semiinconsciencia, era Aurore quien lo cuidaba con cariño, sin por ello dejar de mostrar su burlona sonrisa y un aura de maligno misterio.

Sin embargo, cuando fue volviendo en sí, cada vez durante intervalos más largos, se dio cuenta de que era Alba la que lo cuidaba y le dedicaba palabras tranquilizadoras.

Cuando por fin pudo ver con normalidad, comprobó que se hallaba en un diminuto cuartucho atestado de cajas. Había embutido y queso envuelto en trapos, barriles, unos cuantos sacos de trigo e incluso otro que parecía estar lleno de diversos frutos secos.

Un par de velas en unos candeleros le permitieron ver que, junto a su modesto catre, Alba dormía en un destartado butacón.

Satisfecho por sentir que estaban a salvo, al menos de momento, intentó levantarse. Al momento, un dolor agudo le hizo desistir de tal idea. Prácticamente sentía magullado todo el cuerpo.

Con movimientos lentos comprobó que, bajo las mantas, estaba vendado casi por completo. El brazo izquierdo estaba entablillado y habían cruzado su pecho con gruesas tiras de tela, seguramente para proteger las costillas. Tenía moratones o heridas por doquier y le dolía la cara. Cuando se llevó una mano a la frente, se dio cuenta de que tenía vendado todo un lateral de la cabeza. Todavía tardó unos instantes

en recordar el momento en que el maestro torturador le había cortado.

Marc apretó los dientes y sintió como la rabia lo inundaba. Sabía que, cuando la herida cicatrizara, el resultado sería un rostro desfigurado. No era eso, sin embargo, lo que le enfurecía, sino el hecho de que esas alimañas le hubieran puesto en la cara, para el resto de su vida, un recordatorio de sus acciones.

En ese momento, una sección de la pared se deslizó hacia adentro y luego a un lado. Por ella entraron dos hombres vestidos con ropas humildes que tenían manchas de tierra. Uno era alto y desgarbado; el otro mucho más bajo y de torso ancho.

Sorprendidos al verlo despierto y sin saber muy bien qué decir, cerraron la puerta, dejaron una cesta de mimbre en el suelo y quedaron unos segundos en silencio, agarrándose las manos con nerviosismo. Entonces, Alba despertó.

—¡Marc! —gritó al verlo despierto—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —contestó él, escuetamente—. ¿Quiénes son?

Alba se giró hacia ellos y la cara se le iluminó con una sonrisa. Después les animó con un gesto, aunque ellos la miraron con desconfianza.

—Mi señor —comenzó el más alto de los dos con una voz conocida—. Nosotros...

El hombre tragó saliva, sin saber muy bien cómo comenzar.

—Somos Luc y Pascal. Vos nos ayudasteis hace mucho tiempo —dijo el otro.

Marc frunció el entrecejo, sin comprender de qué hablaban.

—El segundo, es decir, ahora primer consejero, nos expulsó de nuestras tierras.

—Y vosotros quisisteis asaltar la carroza de la recaudación con unos garrotes —terminó Marc, sonriendo por primera vez en mucho tiempo—. Y ahora, por lo que veo, me habéis salvado de la muerte más terrible.

Alba notó como la emoción embargaba al joven. Sus ojos se humedecieron y la voz le tembló.

—No sé cómo mostraros mi agradecimiento —dijo Marc—. ¿Cómo podría llegar a pagaros algo así?

Los campesinos quedaron mudos ante sus palabras pero, enseguida, el más alto respondió:

—Mi señor, vos salvasteis a varias familias del hambre.

—Y de la estupidez de sus maridos —añadió Luc.

—Sí, eso también —concedió el otro—. Sois un hombre bueno. Poco agradecidos seríamos si os hubiéramos dejado morir.

Marc tragó saliva e intentó parecer alegre.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo lograsteis burlar a un inquisidor?

Los dos hombres hincharon el pecho con orgullo y se sentaron en unas cajas, como si estuvieran en una taberna.

—Habéis de saber, señor, que hemos perdido la cuenta de todas las personas que participaron en vuestro rescate —dijo Pascal.

Marc frunció el entrecejo, sin comprender.

—¿Tomasteis mi prisión por la fuerza?

—Yo propuse eso, pero no me hicieron caso —reconoció Luc encogiéndose de hombros.

—¿Recordáis a la hija del cuidador de la residencia de verano? —preguntó el más alto, rascándose su pelo pajizo—. La mocosa ha crecido hasta convertirse en una muchacha endiabladamente inteligente. Laurell lo planeó todo.

—Espera un momento, ¿cuánto tiempo he pasado aquí?

Alba se giró hacia él y le tomó de la mano.

—Nos capturaron un domingo de madrugada. Estas nobles gentes nos rescataron y nos trajeron aquí el sábado por la noche. Has pasado otros seis días dormido desde entonces.

Marc abrió mucho los ojos, sorprendido.

—Y ¿dónde estamos?

—Tiene gracia que lo preguntéis —sonrió Luc—. Apuesto una pinta a que nunca lo habríais adivinado.

—Veréis —dijo el otro con una sonrisa—, cuando volvimos a nuestras antiguas casas, gracias a vos, nuestras tierras ya estaban siendo cultivadas por otros campesinos, así que el temeroso barón nos puso a su servicio, en el castillo.

—La mayoría de los nuestros trabajan allí también, en las cocinas o limpiando. Otros somos carpinteros, albañiles, cuidadores de los animales, o un poco de todo —añadió el de cabellos más oscuros.

—Son buenos trabajos. No pasamos frío y la paga es aceptable pero, aun así, no nos fiábamos. A diferencia de vos, y pese a vuestra intervención, conocemos bien al señor de estas tierras y sabíamos que podía volver a las andadas.

—Por eso —continuó el más pequeño— Pascal y yo construimos este cuarto, disimulado al fondo de la última bodega, tras una enorme cuba.

—Fuimos escamoteando algunas cosas aquí y allá y las guardamos —concluyó Pascal señalando las cajas a su alrededor.

Marc alzó la vista, sin dar crédito a lo que estaban diciendo.

—No me digas que estamos... —sus palabras fueron interrumpidas por Luc.

—¡En lo más profundo del castillo de Mulars! —anunció con una sonrisa llena de dientes torcidos.

—Pero —Marc trató de incorporarse nuevamente— ¡no dejarán de buscarnos hasta que nos encuentren! ¡Darán con nosotros!

—Túmbate —ordenó Alba poniéndole las manos sobre los hombros—. Lo tienen todo bajo control.

Los hombres sonrieron satisfechos.

—Se nota que no conocéis a Laurell. Ella lo planeó todo —dijo Pascal como si no hiciese falta más explicación.

—Hizo un guion con instrucciones para cada uno de nosotros —anunció su compañero—. «Espera a que comience el baile; cuenta hasta doscientos lentamente;

baja a los calabozos; cuenta cuarenta más y asegúrate de que los guardias están dormidos...». Es una muchacha increíble.

—Eso ya lo habéis dicho —contestó Marc impaciente—. Será mejor que me contéis todo cuanto antes.

—Participamos no menos de treinta o cuarenta personas en esto, todos a sus órdenes —comenzó Pascal—. Ella se encargó de estudiar un libro sobre hierbas que encontramos en la biblioteca del barón. Con la ayuda de varias ancianas, confeccionó un brebaje para drogar a los guardias que os custodiaban.

—Lo cual resultó fácil, puesto que nuestras esposas cocinan para ellos —añadió Luc con una risilla.

Rápidamente, los dos hombres le pusieron al corriente acerca de cómo lo habían rescatado. Le resumieron el modo en que habían llegado hasta su celda y habían preparado todo para que pareciera que había escapado él mismo. Le hablaron también de cómo corrieron, cargados con él, a través de medio castillo. Mencionaron llaves y también varios instrumentos del maestro torturador robados por las mujeres que trabajaban en la limpieza.

El inquisidor, empero, no podía compartir la satisfacción de sus rescatadores.

—Pero —dijo con perplejidad— ¡los guardias se darían cuenta al despertar de que los habíais drogado! ¡Investigarán y llegarán a la conclusión de que fuisteis vosotros!

—No necesariamente —contestó el de menor estatura juntando las yemas de los dedos. Había visto hacer aquel gesto a Laurell y esperaba que pareciera sofisticado a ojos del inquisidor—. No estuviste durante casi una semana en manos de aquellos malnacidos por pereza. El sábado fue la víspera de nuestra fiesta más importante, el nacimiento del Cuarto, nuestro patrón. Durante la noche, encendemos hogueras en el patio de armas y la bebida corre a raudales. Hay música, baile y mucha gente yendo y viniendo.

—Laurell dijo que era el momento ideal para el rescate —continuó Pascal—. Estuvo días planeándolo y nos insistía continuamente en que debía parecer que te habías liberado tú solo.

—Por eso herimos a los guardias y dejamos por el suelo dos de los instrumentos afilados del torturador.

—Como si los hubiera robado y utilizado a modo de ganzúa —dijo Marc, sorprendido.

—De ese modo, incluso los guardias drogados creerían que habías escapado realmente —añadió Alba con admiración.

—Laurell también dijo que se entregara a los soldados varias botellas de vino junto con la comida, con motivo de la festividad. Aquello haría que ninguno sintiera ninguna gana de desmentir las conclusiones de quienquiera que investigara lo sucedido.

—Las botellas nunca aparecieron —rio Luc—. Los mismos guardias las

escondieron por miedo a que los acusaran de beber en horas de servicio.

—Uno, incluso, afirmó que había intentado desenvainar antes de que cayeras sobre él con gran fuerza. —Pascal se frotó las manos con satisfacción.

—Es brillante —concedió Marc, que no salía de su asombro—. Pero, aun así...

—Espera, todavía hay más —le interrumpió Pascal—. Cuando ya os teníamos a salvo, los caballos salieron desbocados y se te vio abandonando el castillo en uno de ellos. —Marc lo miró, inquisitivo. Sí, ropajes oscuros, espada al cinto y una melena rubia al viento.

—¿Construisteis un muñeco parecido a mí?

—En la oscuridad y sobre un caballo al galope te aseguro que se te parecía bastante. Además, un caballo que lleva un tizón ardiente en el trasero corre muy rápido. Sabemos que no dieron con él hasta por la mañana.

—Pero ¿y cuando vieron el muñeco?

—Verás —continuó Pascal—, teníamos indicaciones de que el muñeco fuera burdo, que se pudiera fabricar rápidamente y llevara tus ropas. El pelo no era más que unos trapos cortados muy finos comida.

—Realmente no habría hecho falta tanto esmero —señaló Luc rascándose la barriga—. Cuando los caballos salieron en estampida, se armó un revuelo tremendo. Muchos de los nuestros se encargaron de gritar, asombrados, que un hombre vestido de oscuro iba en uno de ellos.

—A quienquiera que se le preguntara, respondía convencido que eras tú. Algunos porque estábamos involucrados en todo esto. Otros, porque creían haber visto lo mismo que los demás. Al final, un buen número de los soldados del castillo salieron en tu persecución.

—¿Y Gerall?

—¿El inquisidor? Sí, también.

—Y para cuando volvieron —completó Pascal—, el encargado de las cuadras había aparecido amordazado y con un chichón enorme en la cabeza, sin haber visto siquiera quién le había golpeado.

—Entonces, ¿por dónde se supone que escapé si todo aquello fue una farsa?

—Veréis, por la tarde, cuando las sombras estaban ya largas, encontraron unos jirones de vuestra ropa en unos zarzales cerca del río —dijo pascal—. Justo en dirección a Selén.

—Eso suena plausible pero ¿no podrían rastrear las huellas del que se encargó de aquello y descubrir el engaño?

—Oh, sí —completó Luc con una carcajada—, claro que hay huellas. De hecho, hay muchas. Las mujeres van allí a lavar la ropa. Mi propia esposa se encargó de esa parte.

El joven suspiró, con una mezcla de alivio y admiración.

—Sin embargo, en medio de todo aquello, cuando ya te teníamos aquí, a salvo, insististe en que trajéramos a la bruja contigo —dijo Pascal dedicando una mirada

sombría a la mujer.

—Pensamos que estabas delirando, pero Laurell insistió en que teníamos que hacer lo que decías —añadió Luc, mostrando abierta hostilidad hacia Alba.

—Aquello era un imprevisto con el que nadie había contado y ninguno de nosotros estaba disponible, así que Laurell tuvo que improvisar.

—Debéis hacerle llegar mi más profundo agradecimiento —dijo Alba—. Pero lo que hizo fue demasiado arriesgado.

Luc la miró con una animosidad nada disimulada.

—Ella mandaba en todo este asunto —señaló Pascal.

—Nadie podía haber planeado esto salvo ella —apostilló el otro—. A ninguno nos gustó la idea de sacarte a ti también, pero Laurell dijo que debíamos hacerlo, así que lo hicimos.

—Obrasteis acertadamente pero ¿estamos hablando de una niña de trece años? ¿Catorce? —preguntó Marc, desviando la atención de la bruja.

—Todavía no ha cumplido doce —contestó Luc, como si fuera algo de lo más normal.

—Pero ¿cómo es posible que todos la sigáis de este modo?

—Tú no la conoces —dijo Pascal de nuevo—. No es una muchacha común. No lo es en absoluto, ya lo verás.

Marc mostraba la incompreensión en el rostro.

—Bien y ¿cómo demonios la rescatasteis a ella también? —preguntó señalando a Alba.

—Ninguno sabíamos qué hacer. Cuando nos pediste que la trajéramos todo se descontroló. —Pascal sonreía ligeramente, pero algo en su mirada daba a entender que aquellos fueron momentos de gran angustia.

—Ella nos había prohibido atacar a los guardias porque era muy importante mantener la farsa de que habías escapado. De ese modo, a ninguno se nos ocurría la manera de sacar a la bruja de un agujero parecido al tuyo, cerrado a cal y canto y protegido por varios soldados.

—Laurell dijo que nos calmáramos y que la dejáramos pensar unos minutos. —Luc hablaba sin poder evitar el orgullo en la voz—. Ella había medido los tiempos a la perfección, así que esto lo cambiaba todo. Tú estabas ya aquí así que, si alguien entraba en los calabozos, se daría inmediatamente la voz de alarma.

—Algunos de los nuestros estaban cerca de tu celda, por si podían impedirlo; otros seguían en el baile, controlando a los guardias y al barón, que también estaba por allí; varias mujeres permanecían por el castillo, encargadas de avisar si el inquisidor o el torturador bajaban hasta tu celda.

—Entonces, ella se levantó y nos dijo que trajéramos a uno de sus primos, cuerdas, manteca y limas —continuó Luc, con una mirada ferviente al recordar la escena.

—Nos llevó a la parte de atrás del castillo y dijo que levantáramos una rejilla y la



descolgáramos por el agujero. Era muy estrecho y ninguno de nosotros habría cabido. Sin embargo, aquella no era la abertura que buscaba, así que tuvimos que repetirlo dos veces más, hasta que encontramos la que ella quería.

—Era una cloaca —bufó Luc— y hedía como las otras.

—Laurell se descolgó por el tragaluz de su celda —explicó Pascal, señalando a Alba— y luego pidió que bajara su primo, también atado a una cuerda.

—¡Nos dijo que nos fuéramos un rato al baile! —exclamó Luc—. Que se nos viera por allí. ¡Que bailáramos!

—Estaba previsto que nos dejáramos ver en medio de la multitud, para que nadie sospechase nada. Así que los dejamos en aquella ratonera, limando en silencio y cerramos la rejilla.

Marc tenía la boca abierta.

—Entre los dos limaron varios barrotes del ventanuco que daba a la celda. No me los quiero imaginar allí, encajados en medio de la oscuridad y sin espacio ni para respirar.

—¿Cuánto tiempo estuvieron así? —preguntó Marc en un susurro—. ¿Cuánto tiempo necesitan dos niños para limar unos barrotes de duro metal?

—No lo sé —dijo Luc—, pero tienen ganado el cielo del Creador. A nosotros, los nervios casi nos matan. El plan se estaba retrasando por todo aquello y, en cualquier momento, alguien podía entrar a los calabozos y descubrirlo todo.

—Fuimos a verlos un par de veces —dijo Pascal—, pero ella nos mandó de vuelta.

—Cuando la muchacha bajó hasta la celda y me quitó la venda y la mordaza casi no podía mover los brazos del esfuerzo que había estado haciendo —dijo Alba con aprensión, reviviendo de nuevo aquellos momentos—. Me dijo rápidamente lo que habían conseguido contigo y que habías reclamado mi presencia. Después, me explicó cómo me iban a sacar de allí y que tenían poco tiempo. Ni siquiera se preocupó por estar... —Alba dudó un momento—. Por estar en presencia de una bruja.

—Laurell la untó con manteca de cerdo —dijo Luc con el ceño fruncido— y entre los dos niños y nosotros al otro lado logramos sacarla del calabozo.

—Nunca pensé que pudiera caber por ese hueco —susurró Alba mirándose varias heridas que todavía tenía por los brazos.

—Apenas unos instantes después, los caballos salieron desbocados y, en medio de la confusión, fue fácil movernos.

Marc estaba tan maravillado como perplejo.

—Es increíble —dijo simplemente, sin saber qué más añadir—. No puedo concebir siquiera todo lo que tuvo que tener en la cabeza esa niña.

—Mi señor, hubo mucha gente trabajando esa noche. ¡Hasta los más viejos se vistieron de fiesta y se movieron de acá para allá para que pareciera que había más gente en el baile!

Marc sonrió, emocionado, antes de contestar.

—Habéis corrido un gran peligro por mí. Vuestro esfuerzo ha sido totalmente desproporcionado.

—Vos os enfrentasteis a gente poderosa para salvarnos —dijo Luc muy serio—. Además, os interesabais continuamente por nuestra situación.

—Cierto —apostilló Pascal—. Aquella vez, cuando el barón comenzaba a tratarnos mal de nuevo, vos mandasteis al gigante, que levantó el trono de Mulars, con él encima, y le amenazó con arrojarlo a la fuente del patio.

Marc conocía esa historia. Lo cierto era que Philippe pasaba por allí por pura casualidad, camino a Quiles, y echó una ojeada a petición suya.

—No sé cómo daros las gracias —dijo finalmente.

—Ya lo hiciste, inquisidor —contestó Luc acercándose al catre para darle unos suaves golpecitos en el hombro.

Sus manos eran ásperas y tenían callos, pero el joven pensó que eran las manos de un hombre honrado.

Tras unas cuantas palabras más, les ofrecieron la comida que traían en la cesta y prometieron volver pronto.

Marc los miró con cariño mientras se despedían.

—Estas familias se han portado con bravura y yo solo puedo traerles problemas —susurró.

—Y tú ¿cómo estás? —preguntó Marc cuando los dos hombres salieron del cuarto.

—Bien. Son buena gente. Trajeron comida y agua todos los días, pero me temen y no están tranquilos sabiendo que te dejan a solas con una bruja.

—Han tenido una vida dura —contestó Marc mirando al techo— y solo conocen la mentira que se les ha contado.

Alba lo miró con una ceja enarcada. A la luz de las velas, el verde de sus ojos parecía oscuro e insondable.

—¿Por fin me crees?

—No te ofendas —contestó Marc con precaución—, pero vi la letra de Aurore y sentí la impronta que su Voluntad había dejado en ella. Además, se dan demasiadas circunstancias añadidas. Pero lo que hemos pasado en los últimos días ha sido... — Su rostro se ensombreció poco a poco.

Alba observó con preocupación que en su mirada, perdida en el vacío, había algo que antes no estaba allí.

—¿Qué te pasó mientras estuve prisionero? —preguntó él.

—Lo cierto es que nada —dijo ella encogiéndose de hombros—. Estuve encerrada, no lejos de ti, en una cámara aislada. Una gruesa puerta, con una ventanilla de inspección, fue todo lo que vi cuando me encerraron. A veces te oía gritar, pero no podía ayudarte. Me cubrieron la cabeza con una capucha desde el

primer momento y unos grilletes me mantenían encadenada a la pared. Una anciana me daba de comer una vez al día, mientras los soldados nos apuntaban con ballestas desde la puerta.

—Gerall dijo que te llevaría... —comenzó a decir Marc—. Que te harían algo.

—No —contestó ella con una sonrisa cansada—. Los guardias me tenían tanto miedo que ni siquiera se me acercaban si podían evitarlo. Laurell incluso me dijo que no me habían metido en una celda normal para que no tuvieran que verme a través de los barrotes. Somos seres terribles, ¿recuerdas?

Marc sonrió y, poco a poco, se fue relajando, permitiendo que una cierta sensación de seguridad, ya casi desconocida, le embargara.

—Me gustaría leer de nuevo la carta de Aurore —pidió entonces.

Alba miro al suelo, apesadumbrada.

—Estos hombres recuperaron muchas de nuestras cosas, todo lo que aún estaba en los calabozos, pero la carta y los manuscritos del Rey Brujo se los llevó el inquisidor.

Marc chasqueó la lengua con desagrado al imaginar cómo su antiguo compañero mancillaba con sus dedos el escrito de Aurore.

—Los recuperaremos —sentenció.

—No antes de que te mejores —dijo ella levantándose.

Tomó un pequeño mortero que estaba encima de unas cajas y echó el contenido en un cuenco de madera. Después, añadió agua.

—Bebe. Paliará el dolor y evitará que tosas. Tenemos que cuidar esas costillas o no volverán a estar bien.

Marc sonrió por el uso del plural, y se bebió de un trago el preparado que le ofrecía. Era cierto, se sentía frágil y el dolor del pecho era una permanente punzada sorda que no acababa de calmarse. Podía notar un apósito encima de donde el primer consejero le había lesionado. No tenía ninguna duda de que alguien había tenido que operar esas costillas para que no terminaran clavándose en el pulmón.

—Cuando estés algo mejor —seguía diciendo Alba, ajena a sus cavilaciones— comenzaremos a hacer ejercicios de respiración, para reactivar la musculatura del pecho.

—Hay que empezar a hacer planes —dijo Marc mirándola con seriedad—. La recuperación es solo cosa de tiempo, pero cuando salgamos de aquí, debemos hacerlo con un objetivo claro.

—Bien —contestó ella. Tras unos momentos en silencio preguntó—. Entonces, ¿qué hacemos?

—Me gustaría saber qué planes teníais las brujas para cuando hubierais explorado la cripta de Lám.

Alba miró al suelo, con cierta reticencia.

—No se me permite hablar de los planes que tiene nuestro Consejo —dijo lentamente—, pero sí te puedo decir que dependía en gran medida de lo que

encontráramos allí.

—Bien, tenemos la Siempreverde y el Escudo de Thomenn. Hemos visto la tumba y los restos de Lám. ¿Qué pensáis hacer con esos resultados?

Alba permaneció un momento en silencio.

—Lo cierto es que no lo sé. Hay que volver para informar a los míos.

—¿Estás hablando de ir a Seléin? ¿En estas circunstancias?

Alba asintió.

—Pero ¡eso es inviable! ¡Nos buscará medio Imperio!

—Lo sé —contestó ella mordiéndose un labio con nerviosismo—. No nos queda más remedio que huir a alguna parte, pero antes hay que informar. Es muy importante.

Marc comenzó a sentir como el inapreciable dolor de cabeza que notaba desde que había despertado iba aumentando de intensidad.

—Pero ¿qué es lo que esperan los tuyos? Podemos informarles de algún modo de lo que hemos visto, no hace falta que vayamos hasta allá.

Alba se retorció las manos, pero su respuesta fue la misma.

—No puedo contarte más.

El joven bufó, sin fuerzas para ser paciente. El dolor comenzaba a ser más que una molestia y se sentía profundamente cansado. Al final, resopló con fuerza y se cubrió los ojos con el brazo.

—De todos modos no sé para qué debemos preocuparnos tanto. Tenemos una rama y un escudo. ¿Cómo demonios va a cambiar eso el curso de los acontecimientos?

—Marc, ahora debemos confiar —dijo ella mirándole a los ojos—. Nosotras creemos que el Creador nos da las herramientas para servirle, cada una a su debido tiempo.

—Empiezo a dudar de que al Creador le importe algo nuestra situación —dijo él, apartando la vista.

—No. ¡No, Marc! No puedes perder la fe, ahora no. Esto es mucho más de lo que hemos tenido nunca. Se juntan muchos factores con los que jamás habíamos contado: la posibilidad de demostrar la mentira del Primero; dos reliquias; un inquisidor.

—Si todo lo que me has contado es cierto, probablemente seamos dos —dijo él lacónicamente.

—¿Aquel amigo tuyo con el que bailaste en los bosques? —preguntó ella con una sonrisa.

—Exacto.

—Bien, más a mi favor, pero hazme caso, Marc. Ahora es necesario que tengas esperanza. Más de la que has tenido jamás en tu vida.

—Esperanza —repitió él, mirando de nuevo al techo—. Eso es algo de lo que nunca nos hablaron en el Monasterio.

—La esperanza es lo que puede determinar el resultado de una contienda que

lleva siglos librándose —sentenció Alba.

—No me queda nada en el Imperio —contestó Marc tras unos segundos—. He sido repudiado. El mismísimo Emperador, sea o no mi padre, ordenó mi captura, no que me rescataran. Probablemente, deseaba darme muerte él mismo. Ayer, yo era ley. Hoy no tengo nada.

—Creo que nunca has tenido más que ahora —lo contradijo ella, con ternura—, porque por primera vez tus ojos están abiertos.

Marc apretó los labios con fuerza antes de contestar.

—Estás en lo cierto: he sido un ignorante toda mi vida y en estos momentos, en que se me considera un traidor, me doy cuenta de la complacencia con que he actuado siempre. Un antiguo profesor dijo una vez en el Monasterio que era fácil llegar a ser un traidor si la fidelidad supone renunciar a la razón. Fue justo antes de morir ajusticiado —dijo recordando a Ferdinand—. Puede que mis hermanos y yo hayamos obviado desde hace tiempo la moralidad de nuestros actos, como decía Hollis, para limitarnos a cumplir las órdenes que nos daban sin más.

Por lo que Marc sabía, tan solo Mathius había puesto objeciones a las mismas en alguna ocasión. Él hacía tiempo que consideraba al Emperador o a Jhaunan poco menos que fuentes de una verdad absoluta y no los cuestionaba jamás.

—Comprendo que esto sea un trago más que amargo, pero piensa que, por primera vez, tienes la oportunidad de actuar sobre lo que está por venir.

Marc contuvo una durísima réplica y cerró los ojos. Pese a la desazón que le embargaba, poco a poco se fue quedando dormido.

El ruido de la pared los sorprendió.

Por el hueco, encorvándose para poder pasar, entró un hombre de anchas espaldas y mirada amable. Tras cerrar cuidadosamente, se volvió hacia los dos ocupantes de la habitación y se quitó el gorro que llevaba.

Lo sostuvo entre las manos unos segundos antes de hablar.

—Buenas tardes —dijo azorado—. Venía por si necesitaran alguna cosa.

—Lo cierto es que estamos bien —respondió Alba con una sonrisa.

—Dime, amigo —inquirió Marc rápidamente—, ¿por qué me resultas tan familiar?

En los dos días que llevaba despierto, Marc no había tratado más que con Pascal o Luc. Sin embargo, estaba convencido de que ya había visto antes a aquel hombre.

—Mi nombre es Julien —contestó con timidez—. Vos nos rescatasteis a mi esposa, a mi hija y a mí de la calzada y me devolvisteis mi antiguo empleo.

—Y creo que os debo mi más sincero agradecimiento —contestó él, ubicando por fin aquellas facciones—. A vos y al agudo ingenio de vuestra hija. ¿Cómo se encuentra la pequeña?

El hombre agachó la cabeza, con las mejillas ardiéndole.

—Ella quería venir a veros, pero controlamos rigurosamente estas visitas. La mayoría de nosotros puede pasar inadvertido, pero una niña sola no. Además, estaba... —Julien miró hacia uno y otro lado, nervioso—. Estaba indispuesta, ahora mismo.

Alba percibió la preocupación del hombre y preguntó:

—¿Se encuentra bien?

Julien retorció el gorro entre sus manos antes de contestar, mirando a Marc.

—Ella no quería que vos lo supieseis. Me ha pedido que no os lo dijera.

—¿Decirme qué?

—Hace un par de días, el primer consejero llegó a la residencia con varios hombres. Él... —Julien calló, mientras sus ojos iban humedeciéndose.

—¿Qué sucede? —Le apremió Marc, incorporándose en el lecho—. Estás entre amigos, puedes hablar en confianza.

Sin poder soportarlo más, el humilde jardinero se echó a los pies de la cama y rompió a llorar amargamente.

—Señor ¡mi hija ni siquiera cuenta doce veranos! Aquellos hombres... ¡aquellos malnacidos! —La voz del hombre se quebró por el llanto.

Marc quedó en silencio, consternado.

—Sabía que mi rescate os iba a costar caro —masculló, sintiendo como se ponía rojo de furia.

—No, mi señor, no es por eso —se apresuró a decir el cuidador de la residencia de verano, limpiándose las lágrimas—. El primer consejero siempre mostró un gran odio hacia mí. Además, desde que vos hicierais justicia, la venganza se ocultaba bajo su mansa mirada.

—¿Está ella herida? —preguntó entonces Alba, escuetamente.

—Esos bastardos —a Julien le temblaban los labios y su gorro no era más que un harapo entre sus manos— la destrozaron por dentro. Sufre terribles dolores.

La magnitud de lo que el hombre callaba abofeteó a Marc, haciéndole hervir la sangre. No obstante, pese a la agitación, comprendió que el motivo por el que había acudido hasta allí era para solicitar la ayuda de la bruja.

A un gesto suyo Alba asintió, comprendiendo al momento.

—¿Habría alguna posibilidad de que saliera de aquí? —le preguntó a Julien.

—Bueno, eso es muy peligroso —respondió él mirando al suelo, cohibido al hablar directamente con ella—. Os podrían ver y...

—Creo que puedo ayudar a vuestra hija —dijo ella con aplomo.

Julien la observó, esperanzado, y acto seguido sus enrojecidos ojos se desviaron hacia Marc. Este asintió, tratando de tranquilizarlo.

—Puedes confiar en ella —dijo con voz serena—. Hará lo imposible por tu hija.

Julien se tomó unos segundos antes de contestar.

—Debéis seguirme en silencio. Luc está fuera. Él nos ayudará.

Alba se levantó inmediatamente y se puso por encima una capa que le habían

dado cuando la rescataron.

Tras asegurarse de que Marc tenía a mano todo lo que podía necesitar, abrieron la puerta. Julien dejó pasar primero a Alba y, justo cuando iba a salir, el inquisidor le agarró de la muñeca. Su mirada tenía tal intensidad que parecía que el fuego que anidaba en su interior fuera a acabar desbordándose.

—Te juro por los clavos del Roble que esto no va a quedar así.

Julien parpadeó para evitar las lágrimas y asintió, profundamente emocionado.

Marc estuvo muchas horas en vela, preocupado por la suerte de la Laurell y Alba.

Durante todo ese tiempo no dejó de cavilar, buscando explicaciones para lo que había sucedido en las últimas semanas y maldiciendo al primer consejero.

Pese a que había visto un buen número de escenas insólitas recientemente, seguía sin saber qué hacer.

—Daría lo que fuera por poder escuchar la opinión de Aurore en estos momentos —se dijo apretando los puños.

Aquello le hizo pensar también en los consejos de Sebastien, que era capaz de decir tantas cosas con tan solo una pequeña insinuación. «Permanece fiel a tu sentido de la justicia», habían sido sus últimas palabras.

—Puede que traicionara hace ya mucho tiempo las esperanzas que parecía tener puestas en mí —se dijo con amargura.

Transcurrió casi una eternidad antes de que oyera de nuevo la puerta corrediza. Con el pasar de las horas su preocupación había ido en aumento por lo que, cuando vio aparecer la sonrisa cansada de Alba, suspiró aliviado.

La joven tenía la fatiga marcada en el rostro pero un pequeño matiz de satisfacción suavizaba sus facciones. Aun así, Marc no pudo evitar fijarse en que sus ropas mostraban, pequeños restos de sangre.

—¿Cómo está la niña? —preguntó mientras Alba se quitaba la capa y se derrumbaba sobre el butacón.

—Mejor. Se recuperará pronto. —La sonrisa se extendió por su cara y los ojos se convirtieron en dos rendijas—. Es una criatura sorprendente, realmente sorprendente, Marc. Y muy dura.

—¿A qué te refieres?

—Oh, bueno, no tardarás en verlo por ti mismo. Está deseando venir. Te idolatra. Marc resopló.

—Idolatra a un inquisidor fallido que no pudo protegerla.

Alba estiró el brazo hasta alcanzar su mano y la apretó afectuosamente.

—Estas personas no se han portado así por cualquier cosa. Jamás había visto una muestra semejante de movilización. Sea lo que sea lo que pasó con ellos tiempo atrás, te aprecian como si les hubieras salvado la vida.

Marc suspiró y le devolvió el apretón en la mano. La piel de Alba era suave y

cálida.

—¿Cómo fue el viaje? Recuerdo que la residencia de verano estaba a varios kilómetros.

—Todo fue bien. Julien me escondió entre los bultos de su carreta y me cubrió con unos sacos vacíos. Era de noche y hacía frío, así que apenas nos cruzamos con nadie. Los guardias de la puerta ni siquiera le devolvieron el saludo. Pascal se ocupó de acompañarme a la vuelta, para que nadie sospechara. Nos mezclamos entre varias mujeres que venían a trabajar al castillo, y no hubo complicaciones.

Marc asintió.

—Ha sido muy valiente por tu parte. En otro tiempo, una muestra semejante de generosidad me habría sorprendido viniendo de una bruja.

Alba dudó un momento y luego se sentó a su lado, en la cama.

—Con la niña he actuado como debía. Pero, mientras estaba allí, he estado pensando. Creo que todavía te debo una disculpa.

—No me debes nada —replicó Marc llevándose una mano al vendaje de la cara—. He estado viviendo en una mentira y tú me has abierto los ojos.

—Dentro de esa mentira eras importante y respetable. Tenías un propósito en la vida.

—Nadie debería vivir engañado —gruñó él, apretando los dientes—, por terrible que sea la verdad que ignora. Tú querías mostrarme la realidad y yo, a cambio, te arrebaté a tu protector y solo pensaba en herirte.

—Las circunstancias —respondió ella esquivando su mirada— eran muy duras. Necesitaba la asistencia de un inquisidor y no había otra manera de conseguirla. Confié en poder detenerte antes de que acabaras con él, pero fui incapaz.

—Ese hombre luchó con bravura —sentenció Marc—. Se enfrentó a mí sin importarle cual fuera el resultado y sin dejar de mostrar otra cosa que no fuera valor. ¿Cuál era su nombre?

—Aníbal —contestó ella, apesadumbrada.

—Honraremos su memoria cuando todo esto acabe. Y pediré de nuevo tu perdón ante su sepultura.

Alba le sonrió con tristeza y parpadeó con rapidez para disimular las lágrimas.

—Seguramente las cosas habrían sido distintas si él hubiera guiado nuestro viaje y no yo. Era sabio y prudente —añadió señalando los vendajes del joven.

—No era posible hacerlo mejor —contestó Marc, enternecido por el sufrimiento con que la muchacha había cargado sin una sola queja.

—Pero ¿cómo lograremos que esto acabe? —Preguntó ella, terriblemente abatida de pronto—. Estamos encerrados en un agujero y no tenemos forma de volver a casa.

Marc le puso una mano en el hombro y no la dejó continuar.

—Ahora eres tú la que no está teniendo esperanza.

Alba sonrió débilmente, cansada, pero entonces volvió a ver en sus ojos ese matiz desconocido que parecía acompañarlo desde que lo rescataron.



—Una vez leí una historia en el Monasterio. Se encontraba en un libro que un amigo me dio. Era viejo y no creo que nuestros instructores aprobaran lo que allí se podía leer. El tomo describía las vivencias de un soldado imperial de tiempos pasados, sobre todo a lo largo de una campaña militar contra Ágarot. Pero en las últimas páginas alguien había guardado unos pergaminos doblados que no pertenecían a dicha obra. Era un breve escrito acerca de una operación de castigo contra Uruth.

—Marc, no estoy demasiado lúcida en estos momentos, ¿a dónde quieres ir a parar? —preguntó Alba frunciendo el entrecejo.

—Casi diez mil hombres penetraron en la nación enemiga y arrasaron todo lo que se les puso por delante —continuó Marc, sin responder—, pero apenas encontraron resistencia. Pequeños grupos de bárbaros se estrellaron contra las líneas imperiales como unos granos de trigo contra una pared. Seguros de sus fuerzas, siguieron adelante destruyendo los poblados que encontraban a su paso, hasta que llegaron a las inmediaciones de Ounlund, la capital de Uruth. Allí observaron que cientos de soldados se arracimaban en las almenas.

—No sabía que los uruthianos construyeran murallas —comentó Alba extrañada.

—Creo que nadie está seguro de quién las construyó —respondió él—. Por lo que sé, la ciudad está emplazada en lo alto de una colina y sus defensas se alzan imponentes. A la vista de semejante bastión, los imperiales decidieron regresar de su audaz aventura. Pero, allá donde miraran, de pronto surgieron más y más bárbaros. Finalmente, aplastados contra las puertas de la capital y asaeteados por sus defensores, murieron todos.

—Es una historia asombrosa, pero no sé a dónde quieres llegar.

Marc se miró las manos, todavía con pequeñas heridas a medio curar, durante unos instantes. Todas las uñas mostraban unas manchas negras que el maestro torturador le había causado con unas tenacillas.

—De aquel relato saqué una conclusión, hace ya mucho tiempo. Ante grandes problemas necesitamos soluciones igualmente grandes. Los Uruthianos permitieron al enemigo penetrar en su nación. Los imperiales mataron, destruyeron pueblos y cultivos pero, al final, el ejército invasor fue aniquilado hasta el último hombre. Nosotros tenemos al Imperio entero tras nosotros y ni siquiera sabemos realmente qué debemos hacer ahora, solo que tu Consejo ha de saber lo que vimos. Necesitamos una solución desproporcionadamente grande.

—¿Qué haremos? —preguntó ella—. Tenemos que presentar nuestros hallazgos, eso es prioritario.

—Bien —contestó Marc—. Por ahora descansemos. Ya habrá tiempo, más adelante, para concretar todo.

Alba se recostó en la silla y estiró las piernas. Antes de dormirse, sin embargo, pensó que la mirada de concentración del joven no era la de alguien que aplaza sus problemas.

Cuando despertó, Marc estaba de pie.

Tenía una pierna estirada en ángulo recto, sobre unas cajas, y se inclinaba sobre ella.

Alba parpadeó, sin tener muy claro qué era lo que más le desconcertaba de aquello. El inquisidor llevaba el torso descubierto. Aquí y allá se veían heridas a medio curar o, incluso, casi cicatrizadas. Varios moratones obstinados se negaban todavía a disolverse del todo. A través de sus cabellos ensortijados también se intuía el rastro de varios golpes en la cabeza.

Justo entonces, Alba, se dio cuenta de que Marc se había quitado todos los vendajes, también los de la cabeza.

Pese a que le daba la espalda, cuando movía el cuello se apreciaba parte de la escalofriante herida de su rostro.

—¿Qué haces? —preguntó tratando de mostrar normalidad.

—Hola —respondió él—, ¿cómo te encuentras?

La línea nacía en la frente, casi a la altura del cabello, y le atravesaba el rostro hasta acabar a un lado de la barbilla. Era recta, como si la hubieran trazado haciendo tope con un listón, y le cortaba limpiamente la ceja izquierda. A lo largo de los laterales, tenía el color rojizo de las heridas a medio curar y, en medio, todavía mostraba una postilla de sangre coagulada. Cuando la miró, con rostro alegre, lo que la herida simbolizaba desvirtuó totalmente su expresión.

—Bien, pero no has respondido a mi pregunta —dijo ella sentándose en la cama y fingiendo enfado.

—Son unos ejercicios que solíamos hacer cuando estábamos en el Monasterio. No podía aguantar más tiempo ahí tirado.

Alba no sabía quién le había dado los puntos, pero estaban trazados magistralmente. Eran simétricos y del mismo tamaño. Quienquiera que se hubiera encargado, lo había hecho con esmero. Mientras Marc estuvo inconsciente, ella misma había preparado una pasta hecha con hierbas curativas que aplicó en la herida. Si era posible tratarla mejor desconocía cómo, pero no por ello dejaba de ser un recuerdo terrorífico. El rostro de Marc, otrora proporcionado y atractivo, había cambiado para siempre. No cabía la menor duda de que, cuando la herida se curara del todo, dejaría tras de sí no una línea de distinto color, sino un surco más parecido al que haría un arado sobre el campo.

—Tienes heridas por todo el cuerpo, no creo que eso sea aconsejable —dijo señalando la pierna alzada.

—Tranquila, el Emperador nos guarda —contestó él con una fiera sonrisa.

Pese al optimismo del joven, era evidente que la recuperación no había hecho más que comenzar. Todavía daba la impresión de sentir fuertes dolores pero se esforzaba por ejercitarse y andar con pasos cortos por el reducido espacio.

—He estado pensando —dijo al fin.

—Es decir, que no has dormido.

—Sea como fuere —contestó él, descartando el asunto con un gesto de la mano—, tenemos que hablar.

—Hablemos pues —dijo ella, desmerezándose.

—Justo antes de salir de la cripta de Lám, dijiste que Aurore había iniciado todo aquello. ¿Cuáles eran sus planes?

Alba se miró las manos y reflexionó un momento.

—Nosotros recuperamos los manuscritos del Rey Brujo de Pasevalle porque Aurore indicó que eran necesarios. Ella estuvo mucho tiempo estudiando el otro volumen, el que ya obraba en nuestro poder. De ese modo se dio cuenta de que podríamos necesitar los otros tres para descifrar los mensajes ocultos. El descubrimiento de la cripta fue la culminación de uno de ellos, pero hubo más. Creo que, en esencia, hablan de cómo destruir el Imperio, tal y como se lo conoce. Cuando ella nos abandonó para ir a tu Monasterio, los míos siguieron investigando y, al final, la tarea recayó en mí.

Marc asintió, pensativo.

—Pero ¿qué esperaba conseguir revelando el paradero de Lám? Está claro que es un hallazgo importante, demuestra que muchas cosas son mentira en el Imperio. ¡Pero no podemos ir por las plazas mostrando el escudo y arrojando la Siempreverde al fuego!

—No puedo contestar a eso —admitió ella—. Pero, quizá, el Consejo que rige a los míos sí pueda. ¡Por eso debemos llegar hasta ellos! Sin duda tendrán una visión más amplia de todo lo que obtuvimos en Quiles.

—La cuestión es más compleja —dijo Marc rascándose en la cara, alrededor de la herida.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella disimulando un escalofrío.

—Después de lo que ha pasado, creo que todo cambia. Tú tenías razón, hay demasiados factores que no se han dado nunca. El descubrimiento de la cripta; la Siempreverde; el escudo; la colaboración de un inquisidor y una bruja; mi ascendencia. Pero ¿en qué lugar me deja todo esto a mí?

—Puedes unirte a nosotros —contestó ella poniéndose en pie—. La palabra de Aurore todavía tiene un gran peso entre los míos y yo te apoyaré. ¡Encontrarás cobijo entre mi gente!

—No os traería más que problemas —contestó él, en cambio—. Me conocen muchas personas, me buscan demasiadas. Y no puedo unirme a las brujas sin más, siento que no es eso lo que debo hacer.

—¿Entonces? —preguntó ella, con cierta decepción.

—Lleváis años intrigando contra los emperadores. Ahora veo que con la razón de vuestra parte, pero infructuosamente, en todo caso —dijo Marc sin tratar de suavizar la cuestión—. Necesitamos cierta perspectiva.

—Insisto en que puede que los nuestros aporten luz a todo esto.

—Bien, iremos a ver a tu gente. Pero después debo salir del Imperio y creo que lo más aconsejable sería que tú también lo hicieras. Te han visto conmigo, los esfuerzos por encontrarme no serán menores que para dar contigo.

Alba abrió mucho los ojos.

—El exilio —murmuró—. Nunca pensé que llegaría este momento.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas, pero su mandíbula se adelantó, mostrando valentía. Se pasó una mano por la cara y, después, alzó la vista, esforzándose por sonreír.

—Creo que también yo opino así. No es frecuente que el Emperador movilice a tantos inquisidores por un mismo asunto. Es demasiado peligroso continuar aquí. Después de acudir al Consejo nos marcharemos.

Marc sintió un orgullo inexplicable ante el coraje de Alba.

—Bien, y ¿a dónde nos dirigiremos?

—A veces he soñado con tomar un barco y descubrir nuevas tierras, más pacíficas y amables —dijo ella con la mirada perdida en sus recuerdos—, pero no creo que los seres que moran en las profundidades se mostraran más amistosos solo porque fuéramos prófugos.

—Tampoco yo lo creo —reconoció él, pensando en algunas de las historias que le habían contado sus hermanos—. Y explorar las Colinas Eternas es, posiblemente, incluso más peligroso.

—Los desiertos del sur están vedados, igualmente —comentó ella.

Entonces, Marc quedó pensativo unos segundos, antes de plantear la verdadera cuestión:

—¿Uruth o Ágarot?

Alba asintió, con un suspiro.

—En ocasiones, ha sido aceptada por las autoridades la entrada de refugiados, tanto en una como en otra nación. No me refiero al movimiento más o menos habitual de mercenarios o buscavidas, sino a personajes más o menos conocidos que han buscado cobijo. Sé de algunos que se han establecido satisfactoriamente en ambas naciones. De hecho, algunas brujas también han huido hasta allá —añadió algo insegura.

Marc comprendió que Alba todavía no se sentía cómoda al hablar de su gente.

—Solo necesito saber cuál de las dos es la mejor opción. No tienes por qué hablarme darme más detalles.

Alba sonrió, agradecida, antes de contestar.

—Las gentes de Uruth suelen ser impulsivas. Incluso mandar un emisario a parlamentar entraña riesgos. Podrían atacar sin que tuviéramos tiempo de explicarnos. Además, sus fronteras no están claramente delimitadas. Las tribus se mueven dentro de sus territorios y, en ocasiones, hay kilómetros y kilómetros de pradera totalmente despoblada.

—Sería fácil que el Imperio nos rastreara en esas circunstancias. Podrían entrar en

territorio enemigo y dar con nosotros antes de que las fuerzas de Uruth se decidieran a agruparse para atacar.

—Eso me temo. Por el contrario, las gentes de Ágarot acostumbran a un trato frío, aunque noble. Dolente casi nunca ha aceptado la entrada de extranjeros, pues le obsesiona el peligro que suponen los espías, y con razón. Es posible, no obstante, que al menos seamos escuchados por las autoridades, antes de que decidan. Conozco a alguien en Rock-Talhé que nos podría ayudar a ponernos en contacto con ellos y a cruzar la frontera —añadió con prudencia—. En todo caso, nos encontramos en una situación difícil. No sé qué pasaría si te reconocieran como inquisidor.

—Si llegamos a la frontera nos separaremos, sola tendrás más oportunidades —murmuró él, pensativo.

—He dicho que estábamos en una situación difícil. Los dos —contestó ella con aplomo—. Si llegamos hasta la frontera la cruzaremos juntos. No dejaré al niño mimado de Aurore solo, podría perderse.

Ambos sonrieron con franqueza, sintiendo por primera vez una incipiente amistad, impensable tan solo unas semanas atrás.

Los rizos de la muchacha se hallaban ensortijados y tenía ojeras pero, aun así, Marc se dio cuenta de que no había valorado su belleza hasta ese momento.

—Fuiste muy valiente yendo a curar a Laurell —susurró.

—Por lo que la gente cuenta de ti, tú lo eres siempre —contestó ella.

La mirada quedó prendida un instante más de lo habitual. Luego, ambos se giraron.

—A Ágarot, entonces —dijo Marc encogiéndose de hombros.

Marc pasó allí dos semanas más antes de salir por primera vez. Cuando por fin cruzó la puerta del cuarto y lo sacaron de la bodega, sintió el aire del exterior frío y aromático. Se le erizó el vello de la nuca y sintió escalofríos por el nerviosismo. Para la ajetreada vida de un inquisidor, estar tanto tiempo allí encerrado había sido casi inaguantable. No obstante, estuvo un buen rato de mal humor, hasta que consiguió encadenar fluidamente un paso tras otro.

Desde ese día comenzó a hacer breves escapadas del cuarto, embozado y siempre de madrugada. Cuando sintió que las costillas ya no le molestaban tanto, convirtió sus salidas en expediciones de exploración, como cuando eran niños en el Monasterio. Se movía sigilosamente por el castillo de Mulars durante horas, sintiendo como recuperaba poco a poco las fuerzas. Pese al frío invernal, agradeció profundamente aquellos momentos pues, tan solo unas semanas antes, estaba convencido de que moriría en su celda.

Días después, cuando se sintió preparado, pidió a Pascal que convocara en el cuarto secreto a tres personas que pudieran hablar en nombre de su gente.

El hombre lo miró extrañado, pero prometió que lo haría.

Dos noches más tarde, Marc recibió a los invitados en sus exiguos aposentos.

Para la ocasión, Luc se había encargado de levantar el catre y colgarlo de la pared, así como de retirar parte de las provisiones hasta un rincón de la bodega.

Los primeros en llegar fueron Pascal y Rosa.

La mujer se detuvo ante él y lo miró detenidamente con unos ojos de ese color gris apagado, tan típico de Quiles. Llevaba el pelo corto, no más allá de la nuca, y era negro como el carbón, aunque cruzado aquí y allá por vetas plateadas. Tenía la piel morena y curtida por los elementos, como la de esas personas que llevan trabajado los campos toda una vida. Sus manos tenían alguna quemadura y durezas, pero la piel del dorso era lisa y fina, con las uñas redondeadas. Eran las manos de una persona noble y humilde, como reflejaba su mirada. Cuando respondió al apretón del inquisidor, lo hizo con energía y firmeza. No había debilidad alguna en aquella mujer.

—Me alegro mucho de conocerte por fin —le dijo con una sonrisa de dientes blancos—. Me llamo Rosa.

—Es un honor —contestó Marc.

Pascal trabajaba en el castillo cumpliendo toda clase de tareas, desde reparaciones hasta montar decorados en el patio de armas. A ella, por su parte, la habían destinado a las cocinas, así que a ninguno de los dos le supuso ningún problema acudir a la reunión que Marc había convocado de madrugada.

Julien, en cambio, había tenido que dejar a Laurell escondida en los cuartos que ocupaba la familia de Luc, en el taller del castillo. Desde allí, la acompañaron directamente a las bodegas para reunirse con el inquisidor.

Cuando Marc la vio entrar, tomó su mano entre las suyas y echó una rodilla a tierra, permitiendo que quedaran a la misma altura.

—Te debo todo. No sé cómo demostrar el agradecimiento que siento.

—No me debes nada —contestó ella, con demasiada firmeza para su edad—. Tú nos ayudaste hace años. Nosotros solo hicimos lo correcto.

Sus ojos, de un suave color azul, eran capaces de mirar con una intensidad que Marc no acababa de comprender.

—Aun así, arriesgaste tu vida y la de los tuyos.

—Los amo profundamente, pero no podría vivir sin dignidad. Me habría avergonzado toda la vida si te hubiéramos dejado morir.

Marc sonrió, maravillado, y solamente contestó:

—Gracias. Espero aprender de tu valentía.

Laurell se sonrojó y tomó asiento, bajando la cabeza. Tenía el pelo recogido en una sencilla cola de caballo y era del mismo color castaño que el de Julien. Su rostro, fino y de rasgos agudos, en cambio, tenía más de su madre y estaba presidido por una mirada seria y atenta. Llevaba un sencillo vestido que había manchado con hollín para pasar desapercibida en la noche pero, pese a la holgura, la prenda no conseguía disimular del todo su delgadez.

Alba le dio un cariñoso abrazo y se colocó junto a ella en el círculo de sillas que habían preparado. Entonces Pascal cerró la puerta.

—Gracias a todos por venir —dijo Marc cuando se hubieron sentado.

La herida destacaba en su cara, con la piel todavía roja y brillante, a la luz de las velas. Los puntos, simétricos a ambos lados, hacían que pareciera un colgante de rubíes como los que solían usar las bailarinas de Uruth.

Ante él estaban los tres delegados que las familias implicadas en su huida habían elegido como representantes. Por su boca hablarían muchas más personas.

Marc sonrió al comprender por qué eran ellos los que estaban allí esa noche.

Rosa representaba la experiencia de la madurez. A Alba le habían contado que, en ocasiones, acudían a ella para que actuase como mediadora en las pequeñas disputas, pues los lugareños confiaban más en su juicio que en el de las autoridades.

—Tal respeto no se gana con oro o bravuconadas —había dicho la bruja—, sino con sabiduría y bondad.

Pascal era un héroe entre los suyos. Había arriesgado su vida varias veces junto a Luc para traer alimento a los desterrados de Mulars. En una de aquellas expediciones, sin embargo, lo que consiguieron fue la intercesión de Marc, años atrás. Los dos eran inseparables y sus méritos idénticos, pero el mismo Luc había desestimado la posibilidad de acudir a la reunión.

—Yo no tengo cabeza para esas cosas. Escucharé lo que nos digas —le había dicho a Pascal—, pero no me pidáis que asuma esa responsabilidad.

Laurell, en cambio, fue la persona en quien todos pensaron inmediatamente. Hacía ya tiempo que los campesinos admiraban su increíble inteligencia y el protagonismo que tuvo en el rescate de Marc había hecho que la consideraran más que apta para valorar cualquier tema que se planteara. La muchacha no solo era conocida por su privilegiado intelecto, sino también por encontrar soluciones allí donde otros solo veían problemas insalvables. Todos coincidieron en que, si debían acudir varios delegados a aquella reunión, sin duda ella era la primera.

La noticia de su curación había corrido entre las gentes, por lo que la postura hacia Alba se había suavizado considerablemente. Los allí presentes la habían saludado con una sonrisa y parecían sentirse algo más cómodos en su presencia. Laurell incluso había estado charlando con ella con evidente complicidad.

Marc paseó la mirada entre ellos y sonrió, satisfecho por lo que veía. Entonces se sentó también, entre Alba y Rosa, y comenzó.

—Amigos, gracias por acudir a mi llamada —dijo—. La razón por la que os he convocado aquí es que necesito vuestra aprobación. Habéis de ser vosotros los jueces que confirmen o rechacen lo que me dispongo a llevar a cabo.

Los presentes lo miraron con extrañeza. Incluso Alba parecía sorprendida por sus primeras palabras.

Marc, ajeno a su asombro, se tomó un momento para organizar sus ideas antes de proseguir.

—He estado años al servicio de un Imperio que, ahora puedo verlo, no velaba por el bien y la justicia. Tampoco por las leyes que el Salvador nos dejó. Eran otros actores, fuertes y poderosos, los que han dictado el devenir de nuestras gentes, y yo participé de esa falacia. Por eso os necesito. —Marc tomó aire y anunció—. No os pido que asumáis la responsabilidad de lo que voy a hacer, pues solo puede recaer sobre mí. Solicito, en cambio, que seáis vosotros, a quienes debo la vida y quienes habéis sufrido por culpa de este Imperio que defendí, los que juzguéis mi plan, los que le deis la legitimidad moral de la que yo carezco.

A su alrededor todo era incompreensión y ceños fruncidos. Ni siquiera Alba, que había compartido mucho más tiempo con él, tenía ninguna certeza acerca de sus planes. Laurell, junto a ella, lo observaba fijamente, absorbiendo detalles con sus ojos azules, pero sin abrir la boca.

—Desde que desperté, hace ya demasiados días, no he hecho otra cosa que planear la forma de vengarme de los responsables de lo que pasó en aquella mazmorra. El maestro torturador; el barón; el inquisidor Gerall; el primer consejero. —Marc apretó mucho los dientes antes de añadir—: El Emperador.

Sus ojos estaban fijos en el suelo y las manos se habían ido convirtiendo en dos temblorosos puños.

—He ansiado su sangre con toda mi alma y, cuando por fin pergeñé un plan, solo esperaba el momento de estar totalmente recuperado para salir de aquí, acabar con ellos y golpear al Imperio con más fuerza de lo que se ha hecho nunca.

Los presentes lo miraban con expresiones que iban desde la alarma hasta la misericordia. Marc resopló, visiblemente agitado, antes de proseguir.

—Por suerte he tenido mucho tiempo para meditar y he recapacitado. No creo que sea justo seguir adelante con lo que me propongo sin contar con nada más que mis propios deseos. No tengo derecho a hacerlo. Vosotros tres —dijo señalando a los habitantes de Mulars— representáis hoy no solo a todos vuestros vecinos, sino a los ciudadanos del Imperio mismo. El círculo que formamos en esta pequeña habitación ha de decidir si mi plan debe tratar de llevarse a término o no.

Marc adelantó la balanza que había pedido a Luc hasta ponerla en medio de las sillas. Entonces tomó uno de los cinco pesos idénticos que había sobre la base y lo colocó en uno de los platillos. El fiel se ladeó totalmente en su dirección.

—Esta es mi postura: abordarlo hasta sus últimas consecuencias. Ya la conocéis incluso antes de haberos explicado nada. Vuestra decisión habrá de confirmar la inclinación de esta balanza o cambiarla por completo. Somos cinco. No puede haber equilibrio a este respecto.

Alba lo miraba con suma preocupación, pues desconocía por completo lo que tenía en la cabeza, pero el tono de sus palabras la asustaba. Los otros, en cambio, tenían expresiones de desconcierto o suspicacia.

El joven suspiró un instante antes de proseguir.

—Amigos, os preguntaréis cómo es posible que un inquisidor haya acabado en



los calabozos de un castillo, capturado por sus antiguos hermanos y sufriendo tortura. Bien, os diré que la mayoría de las cosas que daba por sentadas han resultado no ser ciertas. Puede que, cuando acabemos de hablar, compartáis esa impresión conmigo. —Marc cerró los ojos un instante antes de comenzar su explicación—. Hace unos meses me dirigía hacia una población de Seléin llamada Regia, para investigar la desaparición de un árbitro.

De ese modo les relató someramente los hechos más importantes de sus pesquisas y el posterior viaje con Alba, que los llevaron hasta Quiles. Entonces les habló de lo que habían encontrado.

—La cripta no había sido abierta en siglos, os lo puedo asegurar. Allí encontramos esto —añadió sacando el escudo y la Siempreverde.

—¿Qué es eso? —preguntó Pascal mirando la rama de rosal.

La flor casi se había formado del todo, aunque todavía era pequeña y estaba cerrada.

—Esto amigo mío, es la Siempreverde de Lám.

—¡Pero si está enterrada junto al Primero! —exclamó Rosa.

—Pues parece que no es así —respondió Marc poniendo una vela bajo la reliquia, que no dio la menor muestra de combustión, para sorpresa de los otros.

Cuando la tomaron, de uno en uno y con suma reverencia, comprobaron que, en efecto, estaba indemne.

Entonces, Marc les habló del esqueleto que habían visto y les mostró los relieves del escudo. Los tres campesinos observaron asombrados como Lysanna acompañaba a Thomenn y Lám vestía los ropajes de un brujo. Pascal y Rosa se removieron con inseguridad en sus asientos al ver las dos palabras que había sobre los grabados: «LA VERDAD».

—Lám ni siquiera está enterrado en la Catedral —dijo Laurell tomando la palabra—, ¿en qué lugar deja todo esto a nuestro Primer Emperador?

—El Piadoso no aparece reflejado en el escudo —señaló Rosa—, pese a que *El Manual* cuenta que fue el más querido seguidor de Thomenn.

—Si tenemos en cuenta estas imágenes y los escritos que Alba me enseñó, la conclusión es clara —sentenció Marc—. El Primero no solo fue quien inició la línea de los emperadores, sino el primer embustero de una larga saga.

—¡Cuidado con lo que dices! —dijo Pascal, levantándose como un resorte, rojo de furia—. ¡El Piadoso dio descanso a Thomenn y nos salvó de las brujas! ¡Todos le debemos respeto!

—Siéntate, Pascal —dijo Laurell con voz suave.

Sus palabras actuaron sobre el más alto de ellos con más fuerza que si Philippe le hubiera empujado hacia abajo. Algo azorado, pareció tomar conciencia súbitamente de que estaba en compañía de una bruja que nada tenía que ver con lo que siempre se había contado.

—Lo que tenemos aquí son pruebas mucho más creíbles de lo que pasó antaño

que lo que nos hayan podido contar los sacerdotes —añadió la pequeña.

—Pero *El Manual*... —susurró Pascal con voz trémula.

—*El Manual* no es más que un libro antiguo que bien podría haber sido escrito por cualquiera —dijo Laurell, interrumpiéndolo con dureza—. ¿Acaso estuviste delante cuando el Primero lo escribía, inspirado por esa voz celestial?

—Todo el Imperio cree en lo que narra —apuntó Rosa con suavidad.

—También en las leyes de Thomenn, que prohíben conductas como las que hemos sufrido aquí, sin que el Emperador haya hecho nada por ayudarnos. Además, que todos crean en la maldad de las brujas no parece haber sido prueba de nada —replicó la niña.

Los campesinos miraron hacia Alba, incrédulos, mientras Marc se tomaba un momento antes de volver a dirigirse a ellos.

—Ahora que habéis escuchado todo esto, comprenderéis por qué es necesario que tome una determinación.

—Pero ¿estás hablando de unirse a las brujas? ¿De luchar con ellas contra el Emperador? —preguntó Pascal, agitado.

—No exactamente —respondió él—. Si decidimos seguir adelante con esto, golpearé el Imperio como no se ha hecho nunca o moriré intentándolo.

—¿Qué es lo que nos pides, entonces? ¿Simplemente votar si estamos de acuerdo con un plan que no conocemos? —preguntó Laurell.

La muchacha lo miraba fijamente, con las yemas de los dedos juntas en un gesto de profunda concentración.

—En primer lugar, si fuéramos adelante con él, serían necesarios quince jinetes que conozcan bien los caminos secundarios y sean capaces de montar de sol a sol durante varias jornadas. Lo prepararé todo para que puedan robar caballos y partir hacia el sur de Quiles mientras alertan a todas las poblaciones hasta Abadía.

—Alertarles ¿de qué? —Preguntó Rosa alarmada.

Marc pidió paciencia con un gesto de las manos.

—Esos jinetes llevarán misivas escritas por vosotros, cada uno a las gentes que conozcáis en la primera provincia. En ellas, les avisaréis sobre un terrible peligro que asciende desde el sur y pediréis que hagan correr la voz entre sus vecinos y las poblaciones cercanas.

—¿A cuánta gente querrías que avisáramos? —Preguntó Pascal.

Marc lo miró fijamente antes de contestar.

—A toda.

—¿Pretendes que se movilicen todos los pueblos de Quiles? —preguntó Laurell sin poder evitar la sorpresa.

—Así es —reconoció Marc con gesto sereno.

—Pero ¿por qué? —preguntó de nuevo Pascal, visiblemente nervioso.

—Porque, de ese modo, podrán huir con tiempo de lo que suceda en el sur.

—Pero ¿por qué deberían hacerlo? —preguntó Rosa—. Sea lo que sea lo que te

propones y, por muchas cartas que decidiéramos escribir, no es fácil que una familia abandone su hogar.

—Lo sé —reconoció Marc—. Pero cuando todo empiece, habrá refugiados. Muchos. Los que decidan quedarse se tendrán que marchar sin tiempo de ventaja. Decidles que, por lo menos, lo tengan todo preparado. Que este duro trance será solo para intentar conseguir algo mejor. Quizá incluso podríais plantearos invitar a algunas familias, alojarlas aquí.

Los tres representantes de las gentes de Mulars escuchaban en silencio sin que sus caras dejaran de reflejar la perplejidad que sentían.

—Para ayudar a los refugiados tendríamos que enfrentarnos a la oposición del barón. No nos dejarían traerlos al castillo o a la villa de Mulars sin más.

—Sea cual sea vuestra decisión respecto a mi plan, el barón estará muerto pasado mañana, así como el inquisidor, el primer consejero y unos cuantos más —respondió Marc sin que la expresión de su rostro cambiara un ápice—. En eso no hay nada que discutir —añadió sin concesiones.

Los presentes arrugaron aún más la frente.

—Supongo que sabes que hay batallones destacados en la baronía —replicó Pascal—. No nos dejarán actuar alegremente, ni a ti ni a nosotros.

—Si iniciamos lo que tengo en mente, todas las tropas acantonadas cerca de aquí serán movilizadas pronto. Os puedo garantizar que no tendríais trabas por parte del Imperio.

Los portavoces de la gente de Mulars se miraron estupefactos una vez más. Marc paseó la mirada entre ellos y vio que todos tenían una expresión preocupada y de nerviosismo al sentir el peso que estaba poniendo sobre sus hombros.

—Si he de ir adelante con esto, lo haré con todas las consecuencias —dijo Marc tras inspirar profundamente—. No voy a huir del Imperio sin más. No aspiro a una vida tranquila lejos de aquí. Me sería imposible vivir sabiendo que todo lo que he defendido no era más que la mentira de un tirano. Si he de afrontar esto, lo haré con todas las consecuencias y, si triunfo, las cosas nunca serán como antes. De un modo u otro voy a luchar con todas mis fuerzas contra todo lo que tenga la infecta marca del Emperador. Mi pregunta es: ¿debo abordar lo que he pensado y sumir al Imperio en sus momentos más oscuros? Esa es la cuestión que yo no puedo ni debo responder en solitario y la razón por la que estáis aquí. Vosotros me salvasteis de una muerte segura. Ya os habéis rebelado una vez contra la decisión del Emperador y, por eso, debéis juzgar cual será mi siguiente paso.

En ese momento, Alba se giró hacia él y le hizo, de nuevo, la pregunta que todos tenían en los labios:

—Marc, ¿qué demonios vas a hacer?

El joven tomó aliento y decidió, por fin, explicárselo todo:

—Voy a desatar el infierno sobre Quiles.

A medida que Marc hablaba, sus oyentes iban pasando de la incredulidad a la más absoluta estupefacción o, incluso, la ira.

—¿Nos pides que seamos nosotros los que aprobemos tamaña aberración? —gritó Pascal, olvidándose de que estaban un cuarto secreto celebrando una reunión clandestina—. ¿Y si sale mal? ¿Y si todo se descontrola y tus actos engullen al Imperio entero?

—Lo que propones podría desembocar en un derramamiento de sangre como nunca se ha visto —dijo Rosa tras hacer callar al otro, aunque estaba igualmente agitada.

—Podría desembocar en la liberación de todos nosotros —apuntó Alba que, sin embargo, tenía los ojos muy abiertos y mostraba un gran desasosiego—. No creo que nadie sea tan ingenuo como para pensar que podremos construir un orden nuevo sin luchar.

—Comprendo tu postura —le aseguró Rosa con calma—, pero el punto de vista de los ciudadanos del Imperio es, en la mayoría de los casos, radicalmente distinto al de las brujas. Pese a los atropellos y aunque aceptaran que la verdad de Thomenn no es la que conocemos, difícilmente podrían comprender un acto de esta magnitud.

—Además, ¡no puedes atentar contra el Primero de ese modo! ¡Es una herejía imperdonable!

—Mantener la farsa de *El Manual* que conocéis es una herejía —replicó Alba—. Si no seguimos adelante con esto puedes olvidarte de la fe de Thomenn. Le estarás dando la espalda al mismísimo Creador.

Pascal volvió a gritar, dirigiéndose hacia el inquisidor pero, en medio de la discusión, la suave voz de Laurell los hizo callar a todos.

—Tenemos que hablarlo con alguien más —dijo con la mirada fija en la pared—. No podemos tomar una decisión así solo nosotros.

—Hablar de esto con demasiada gente podría dar al traste con todo —apuntó Marc con mesura.

—No revelaremos tu plan ni concretaremos cual es el peligro, pero sí expondremos las consecuencias del mismo. Si hay que hacer esto por el Imperio, deberán ser sus gentes las que decidan si merece el precio que hay que pagar.

—Cierto —dijo Pascal—. Podríamos convocar cada uno de nosotros una reunión con cuatro o cinco personas que nos sean de absoluta confianza. ¡Ellas también dirán que es una locura!

—A mí me parece buena idea —dijo Rosa—. Quizá deberíamos aplazar esta reunión hasta dentro de unos días, cuando podamos tener un punto de vista más sereno.

—No —replicó Laurell—. Esto ha de hacerse ya. Si hay que poner en marcha lo que ha de venir, mejor que lo hagamos cuanto antes.

—Quizá podríamos hablar con los nuestros en unas horas —apuntó Pascal—. Podríamos estar aquí mañana mismo.

—Entonces quedaremos aquí mañana por la noche ¿estamos todos de acuerdo? — preguntó Rosa.

Los otros dos asintieron solemnemente.

—Es importante —dijo Laurell antes de que se levantaran— que salgamos con las ideas claras. Es posible que lo que el inquisidor propone sea algo tremendo pero quizá sean este tipo de medidas las únicas que puedan cambiar la situación en que vivimos.

Dicho esto se levantó y los otros dos la siguieron.

—Así que esta es tu gran solución —dijo Alba cuando la puerta volvió a cerrarse. Él asintió, mirando fijamente la balanza, pero no dijo nada más.

A Marc le dio la impresión de que habían pasado semanas desde que los portavoces se fueron. Estuvo todo el día siguiente rumiando sus pensamientos, caminando de aquí para allá en el reducido espacio donde se escondía hasta que pensó que iba a estallar de impaciencia. Sin embargo, tal y como habían prometido, los cinco se reunieron con puntualidad al día siguiente.

Afuera volvía a ser de noche, pero algunos de los habitantes de Mulars no dormían plácidamente, habida cuenta de la importancia de lo que estaba a punto de decidirse.

Hacía casi dos días que sus representantes apenas descansaban. Estaban fatigados y ojerosos tras otra jornada más dedicada a reuniones y debates frenéticos, pero había decisión en sus miradas.

El primero en levantarse fue Pascal, pese a que lo que tenía que decir no guardaba relación con el plan de Marc.

—Quería disculparme por lo de anoche. Te debemos todo y, aun así, hablé con ligereza y sin pensar. La bruja, es decir, Alba... —Pascal estaba rojo de vergüenza—. Está claro que ella no es como pensábamos.

—Soy yo el que os debe eterna gratitud —contestó Marc—. Lo que ayer se habló aquí bastaría para espantar al más valiente. No es extraño que hubiera tensiones.

—Espero, en todo caso, que no lo tengas en cuenta —añadió Pascal dirigiéndose a ella.

—No hay nada que disculpar —respondió Alba con una sonrisa.

Una vez aclarado, Rosa tomó la palabra.

—Hemos discutido la cuestión con varias personas cada uno —anunció sin rodeos—. Muchos piensan que es de justicia tratar de destronar al Emperador por la mentira que habéis demostrado. Ningún buen creyente puede vivir tranquilo sabiendo que la historia de Thomenn ha sido pervertida, pero la mayoría no quieren pasar por lo que planteas. Te desean suerte y te apoyan en la lucha, pero no dejarán atrás lo que conocen.

—Sin embargo, las opiniones no son iguales en todos los casos —añadió Pascal

carraspeando.

—Es cierto —concedió Rosa—. Muchos ya fuimos expulsados una vez de estas tierras. En ellas ha corrido nuestra sangre y hemos sufrido dolor e inseguridad. Particularmente no le tengo apego ni me parece mal trato abandonar mi casa bajo la promesa de un futuro mejor. Aun así, la mayor parte de aquellos con los que he hablado, y yo misma, estamos en desacuerdo con tu plan.

Tras sus palabras, la mujer alargó el brazo hacia la balanza que Marc había vuelto a poner entre ellos y tomó uno de los pesos que tenía delante. Sin mostrar la más mínima duda lo puso en el platillo contrario al que había usado el inquisidor. Inmediatamente los brazos se equilibraron y el fiel volvió a marcar el centro exacto.

—Creemos que debes meditar con calma tus pasos, no solo por todos nosotros, sino por ti mismo —dijo entonces, mirándolo fijamente—. Sabes que lo que te propones que es una locura. Pocos se han atrevido a llegar tan lejos y de ellos y ninguno ha vuelto victorioso.

Marc asintió con gravedad.

—Te aseguro que lo he meditado durante días pero, tristemente, no conozco otra manera de hacerlo.

—Te pido que reconsideres una vez más si quieres seguir con esto. Lo que planteas no te granjeará muchos amigos. La mayoría no lo entenderá, te llamarían traidor y asesino. Es muy probable que haya víctimas inocentes, lo sabes. —Rosa seguía mirándolo de frente, sin tratar de rebajar un ápice la dureza de sus palabras—. Tus acciones tampoco garantizan un cambio. Puede que el Emperador consiga frenarlo todo antes siquiera de que empiece y entonces solo se habría ganado más sufrimiento.

—Si pensáramos solo en los inconvenientes y los peligros de nuestras acciones, moriríamos atrofiados en la cama —susurró Laurell con el hastío propio de alguien mucho más mayor.

—Solo digo que es muy poético lanzarse a un conflicto para liberar al pueblo, pero la realidad será cruenta e incierta. En la parte que de mí depende, he de manifestarme negativamente.

Marc escuchó sus palabras en respetuoso silencio.

—Te agradezco tu sabiduría y esfuerzo —contestó cuando la mujer hubo acabado.

—Yo lo veo de igual manera —continuó Pascal—. Muchos de nosotros hemos tenido que arriesgar la vida con frecuencia para proteger o alimentar a nuestras familias. Sabes que hemos sufrido abusos, privaciones y hasta el destierro, por lo que el peligro no nos es desconocido. Nos gustaría apoyarte, pero también tenemos un compromiso con nuestros hijos y familias. Sé que estoy en la obligación de luchar para que la tierra en la que vivan sea mejor que aquella en la que he crecido yo, pero no los puedo arriesgar a esto. Bien sabe nuestro Padre que me gustaría ver al barón e incluso a este Emperador, parodia de sus antepasados, peleando contra el mismísimo

infierno, pero antes que eso está la seguridad de los míos.

El hombre tenía las mejillas encendidas y hablaba con ardor, aunque su cabeza estaba baja y evitaba mirar al inquisidor a los ojos.

—La guerra me da tanto o más miedo que a cualquiera, pero todavía es mayor la ansiedad que siento cuando imagino a mi familia inmersa en ella. —Los ojos del campesino comenzaron a enrojecerse por la pasión con la que hablaba y agarró con fuerza el Símbolo que tenía en el cuello, atado a un sencillo cordel—. Trataré de criar a mis hijos en la verdadera fe de Thomenn, pues está claro que los hechos no fueron como nos han sido contados. Ni siquiera yo soy tan tonto o tan fanático como para no darme cuenta. Luc, además, me pide que diga aquí que nuestra decisión no está reñida con el agradecimiento que sentimos por ti y nuestra voluntad de ayudarte en todo lo que podamos. Sin embargo, lo único que conocemos es el Imperio y no estamos a favor de lo que has planeado —añadió cogiendo precipitadamente uno de los pesos y colocándolo en el mismo platillo que Rosa.

El fiel de la balanza se inclinó hacia ese lado.

—Agradezco tus palabras y las de Luc. Encarnáis la valentía de un modo que no he visto en nadie más —dijo Marc.

—¿Valentía? —rio Pascal, sonrojándose de nuevo—. ¡No encontrarás mucha gente con más miedo que nosotros!

—Es por eso que mostráis valentía —respondió él—, pues solo quien afronta el miedo tiene la posibilidad de ser valiente.

El campesino se encogió de hombros fingiendo indiferencia pero luego se quedó mirando al suelo, meditando lo que el inquisidor había dicho. Una tímida sonrisa de orgullo se fue extendiendo lentamente por su rostro.

—Yo hablaré hoy en nombre de mi gente —dijo Alba tomando la palabra—. Todos sabéis que las brujas hemos sufrido persecución desde hace siglos. Se nos busca y se nos mata simplemente por nacer en una determinada familia o con unas capacidades poco comunes. Poco importa si el objetivo es una mujer madura o una niña que ni siquiera sabe lo que está pasando a su alrededor. Lo que quizá desconocierais fuera el hecho de que, según lo que recuperamos en aquella cripta, son nuestras creencias las que más se acercan a la verdad de lo que pasó antaño. Nosotras mantenemos que el Primero acabó con Thomenn ayudado por el mismísimo Gillean. —Pascal no replicó esta vez, pero agarró el Símbolo con más fuerza—. Podéis ver en ese escudo que no era el Piadoso quien acompañaba al Salvador, sino gentes que vestían símbolos arcanos, incluido el mismísimo Lám. Al margen de lo que sucediera entonces, vosotros habéis sufrido el robo y la violencia de manos de los nobles que deberían protegeros. En eso os diferenciáis poco de las brujas, pero dejadme que os diga que esos ataques han llegado con la connivencia del Emperador, pues es quien en última instancia los permite. ¿O acaso no juran ante él los barones, los generales y los potentados?

Los presentes miraban a la bruja con atención, sin atreverse a contradecir ninguna

de sus palabras.

—Yo, en nombre de los míos, digo que el plan de Marc es extremadamente osado. No tengo conocimiento de que nadie haya intentado jamás una temeridad semejante pero, si él lo ve posible, lo apoyo. Hay que buscar nuevas vías, cuando las que conocemos llevan ya largo tiempo agostadas —dijo colocando su peso en el mismo platillo que el inquisidor.

La balanza volvió a equilibrarse y, en medio del silencio, los ojos se desviaron hacia Laurell. La niña tragó saliva, súbitamente intimidada, pues la responsabilidad de la decisión acababa de recaer únicamente en ella.

—Yo también ha hablado con varias personas —comenzó mirando reflexivamente al suelo—. Con mis padres; con dos de mis tíos y también con tres vecinos de toda confianza. Pero ¿sabéis quién respondió con más claridad a mi pregunta? Un anciano que vive con nosotros en la residencia de verano. Dijo «hemos sido vejados y expulsados de nuestra tierra». —Laurell inspiró lentamente antes de proseguir—. «Hemos sido violados impunemente. ¿Dónde está la duda respecto a lo que ha de hacerse?».

La muchacha tenía los ojos enrojecidos, pero su rostro solo mostraba decisión y dureza.

—¿Es este el mundo en el que queremos vivir? ¿Estamos dispuestos a agachar la cabeza y continuar, sumisos? No se nos está pidiendo que luchemos, al menos todavía no. Será él quien arriesgue todo por nosotros. Solo tenemos que colaborar con las cartas para avisar a la mayor cantidad de gente posible. Si lo hacemos bien no tiene por qué morir ningún inocente.

Laurell se tomó un momento para tratar de tranquilizarse antes de proseguir.

—Decís que queréis proteger a vuestras familias —dijo mirando a Pascal—, pero ¿cómo las protegisteis cuando nos expulsaron de nuestras casas? ¿Qué tipo de seguridad se aportó cuando no teníamos qué llevarnos a la boca, cuando tomaron por la fuerza a la hija de tu vecino?

La voz de la joven se enronqueció y tuvo que detenerse un instante para beber agua y limpiarse los ojos con la manga del vestido.

—Lo que Marc ha planeado es algo de proporciones inconmensurables. Es absurdo aventurar siquiera cómo resultará, pero es un paso adelante. Es hacer algo cuando las gentes llevan siglos, milenios, de sumisión. Yo no tengo hijos, pero os aseguro que no podría decirles que viven en este mundo de mentiras y abusos porque no me atreví a apoyar a un hombre valiente.

Marc intentaba que la admiración que sentía en esos momentos no enturbiara la apariencia estoica y de neutralidad que trataba de mantener, pero se sentía emocionado ante las palabras de la niña. Pascal en cambio, había hundido la cabeza contra el pecho y parecía estar haciendo esfuerzos por no sollozar. Incluso Rosa desviaba la mirada y parecía sentirse mucho menos segura que antes.

—Si hemos de dar crédito a lo que las brujas piensan y a la vista de estas reliquias



—dijo señalando la Siempreverde y el escudo—, el Primero no solo no fue el elegido de Thomenn, sino un embustero y, posiblemente, su verdugo. Siempre hemos soportado los desmanes de los nobles porque estaban nombrados por el Emperador, a quien el mismísimo Salvador había legitimado como gobernante, según nos habían dicho. Pero si las gentes comprenden que su linaje no cuenta con el favor divino, sino que sus antepasados incluso agredieron al hijo del Creador, su fama se desmoronará. Yo también estoy a favor de tu plan —dijo Laurell al fin—. Mi pueblo y el mismo Imperio ya han sufrido lo suficiente a los emperadores. Es momento de plantar cara y parte de la responsabilidad ha de recaer en aquellos que apoyemos el cambio. Seguramente a muchos les costará apartarse del Emperador, pero ante la evidencia de los hechos seguir apoyándolo sería tanto como ser parte del engaño.

La niña que hablaba bien podría ser uno de esos sabios consejeros de las capitales. Sus palabras sonaban llenas de autoridad y conocimiento, muy alejadas de lo que sería habitual en una persona de su edad.

—Pese a todo, no pretendo negaros que el peligro que correremos todos una vez que esto comience, será grande —dijo Marc dirigiéndose a ella.

—Lo sé. Pero, lo cierto es que, incluso los que han decidido no colaborar inicialmente con tu plan, se sienten heridos por el Imperio. No ha habido una sola persona a la que no le brillaran los ojos ante la idea de un cambio. Nos merecemos intentarlo —dijo tomando el último peso y colocándolo junto al de Alba y el inquisidor.

Lentamente, los brazos de la balanza volvieron a desnivelarse hasta quedar inclinados del lado que había escogido Marc.

—Gracias a ti llevaré a cabo mi plan —dijo este, mirando fijamente el peso que acababa de colocar.

—No. Podías haberlo hecho sin consultarnos. Ninguno estamos en posición de detenerte, ni con argumentos ni por la fuerza. Pero, en vez de eso decidiste someter la decisión al juicio de una bruja y tres simples campesinos.

—No hay aquí ningún simple campesino —contestó inmediatamente Marc—. Cualquiera de vosotros, a favor o no de lo que os planteé, tenéis más juicio que muchos hombres que mandan y condenan.

—Entonces seguirás adelante con esto —dijo Rosa con una mirada cansada—. Ya he dicho que a mí no me gusta la idea, pero también hay otros que están de acuerdo contigo. Cuentas, además, con la aprobación de las brujas, cuya voz no debería ser ignorada nunca más en el Imperio. —Alba sonrió, con agradecimiento.

—Lo primero es escribir cartas para nuestros familiares de Quiles —dijo Laurell—. No creo que haya ningún problema en reunir a los quince voluntarios que has pedido para entregarlas. Entre ellos y los que difundan el peligro después podremos movilizar a muchos en poco tiempo.

—Habrà que prepararse para lo peor —dijo Pascal con una mirada abatida—. Puede que nosotros mismos acabemos siendo refugiados.

—Siento abocaros a esto —dijo entonces Marc dirigiéndose a él—, pero no dudes que haré todo lo posible para que vuestro esfuerzo y sacrificios valgan la pena.

—Pierde cuidado, Inquisidor —dijo entonces Rosa—. Desde que decidimos rescatarte de la prisión, teníamos asumido que el riesgo era elevado y podríamos tener que huir. Nunca nos hicimos ilusiones: hemos infringido la ley al liberarte y habría consecuencias.

—Es cuestión de tiempo que las investigaciones den frutos y comiencen a señalar a los responsables de tu liberación —dijo Pascal alzando la cabeza—. Probablemente no habría otra manera para librarnos que huir. Lo que propones puede que hasta suponga una oportunidad para retirar la atención del castillo de Mulars.

Ante la evidente preocupación del hombre, Marc se giró hacia él y le apretó afectuosamente el hombro.

—Un hombre sabio me dijo hace ya unos meses que cuando la gente cuente la historia de cómo comenzó todo, empezaría la narración en ese instante. Yo os digo que este será uno de los momentos de inflexión de dicha historia. Sin lo que se ha hablado hoy, no habría futuro. Sin vuestra ayuda y la de vuestros voluntarios no podría haber iniciado todo esto.

—Y eso que no saben que sirven al hijo del Emperador —dijo Rosa.

Marc dio un respingo y se volvió precipitadamente hacia Alba, que se encogió de hombros.

—¿Por qué se lo has contado? ¡Eso no tiene ningún interés aquí! —exclamó Marc.

—Antes no lo revelaste —contestó Laurell inmediatamente.

—¿A qué te refieres?

—A que nos estabas pidiendo que tomáramos partido en algo tremendo pero, aun así, no lo revelaste. Te confiaste a nuestro juicio sin hacer valer tu condición.

—Lo sabemos desde que Alba curó a Laurell. —Rosa sonreía, con una mirada amable—. Y he de confesarte que me extrañó que no lo usaras como argumento.

—Escuchadme bien. ¡Juro que no quiero ser Emperador! —respondió Marc con gesto obstinado.

—Estoy seguro de que a muchos no nos importaría que lo fueras —contestó Pascal mirándolo de reojo.

—No lo seré —insistió él—. Aquí y ahora comienza el final de la línea que empezó el Primero. No contribuiré a eternizarla.

—Pon en orden tus ideas y comunícanos las instrucciones cuando estés preparado —dijo Rosa, levantándose—. De acuerdo o no con tu plan, al menos la mitad de los campesinos de la villa de Mulars actuará según tus indicaciones.

Marc quedó impresionado y, cuando se levantó para darles un firme apretón de manos a cada uno, intentó mostrar, al menos, una parte del agradecimiento que sentía.

Cuando ya estaban saliendo por la puerta corrediza se dirigió de nuevo a la pequeña.

—Laurell, necesitaré hablar con tu padre.

Ella se volvió, con los ojos entrecerrados, pero no preguntó nada, solo asintió.

En cuanto se fueron, Marc pidió explicaciones a Alba.

—¡Tienen derecho a saberlo!, merecían una prueba de tu honestidad. Además, por muchos motivos, tú serías el más indicado para ocupar el trono de oro.

—¡No me hables de derecho de sucesión! —bufó él—. Su linaje ha perpetuado el mal durante centurias por culpa de eso. El más apto es quien debería gobernar, independientemente de su posición. ¿Qué sentido tiene que el más fuerte se eternice en el trono?

—No me he explicado bien —dijo ella—. Las guerras no se libran solas. Cuando los ciudadanos de Hÿnos se rebelen lo harán en nombre de alguien o algo. Tú puedes ser su inspiración y su guía. Una vez en el trono podrías cambiar lo que es injusto y después abdicar en quien mejor consideraras.

—Escúchame bien —dijo Marc frotándose los ojos—. No seré Emperador. Si las gentes necesitan un símbolo les mostraré la Siempreverde o el escudo de Thomenn. Pero, cuando todo esto acabe, no seré yo el que reine desde Hÿnos.

Alba dejó escapar el aire, extenuada. Tras unos instantes, sonrió de nuevo. En su rostro se leía la satisfacción de quien ha cumplido una pesada tarea.

—Es curioso —dijo—. Hace apenas unos días estabas en manos del Emperador y, sin embargo, ha sido algo totalmente impredecible lo que te ha liberado. Ahora mismo estás desaparecido para el Imperio gracias a unos campesinos. ¿Te das cuenta de qué modo actúan los planes del Creador? Si no fuera por esa familia que te encontraste en medio de un camino, hoy no estarías aquí sino, seguramente, muerto.

—Lo más probable es que por esa coincidencia hoy los esté abocando a una terrible guerra.

—Es posible —concedió ella—, pero no habrá un cambio sin esfuerzo y sufrimiento. La línea de los emperadores está demasiado asentada en el poder para apartarla de otro modo.

—Pero ¿y si me equivoco? ¿Y si decido algo que no es lo correcto? Mis acciones no recaerían solo en mí, sino sobre personas inocentes.

—Esa es la responsabilidad de los que cargan en sus hombros con el destino. Pero no estarás solo en esto, Marc. Eso te lo puedo asegurar.

## VIII

Hay dos maneras de ir hacia atrás: la primera es avanzar en esa dirección; la segunda, quedarse quieto.

—Ferdinand, Caballero imperial.

Había dicho seis días a partir de que todo empezara.

El primero, Marc salió de la habitación vestido con ropas oscuras. La noche estaba ya avanzada, por lo que no le resultó difícil escabullirse de los pocos y somnolientos centinelas que vigilaban. Había ocultado la palidez de su rostro utilizando un tizón y las botas que le había conseguido Pascal permitían que sus pisadas fueran inaudibles.

Llevaba armas y una mochila a la espalda llena con todo aquello que había encargado a los habitantes de Mulars. Sin embargo, cuando se movía, lo hacía con el mismo sigilo que un gato que no desea ser descubierto.

Se descolgó por un balcón para entrar en la galería que había debajo y aterrizó flexionando las rodillas. Avanzó pegado a la pared para saltar por una ventana y poder atravesar el patio de armas por un lateral sin que nadie reparara en su presencia. Entonces entró a los barracones por la puerta que daba al pequeño almacén anexo.

No fue difícil localizar a los soldados que había estado espiando junto a Julien; tampoco hacer lo que debía, en completo silencio.

No se sintió mal, incluso una cierta alegría lo reconfortó, como el licor en una noche fría. Por más que pensara que debía sentir algún tipo de remordimiento por lo que acababa de hacer, le resultó imposible. Tan solo imaginar a los dos hombres que ahora se ahogaban en su propia sangre violentando a Laurell, era suficiente para que cualquier tipo de misericordia se evaporase.

Apretó los dientes y sin perder un segundo, ascendió al tejadillo para escalar por la pared de la torre que estaba detrás. Sin embargo, cuando llegó a la ventana del dormitorio observó, decepcionado, que estaba vacía. Tal y como temía, Gerall no había vuelto desde que saliera en su busca, semanas atrás.

Cuando entró en la habitación, tuvo que concederse unos instantes para recuperar el aliento. Pese a haber salido del cuarto secreto con regularidad, un ejercicio físico tan intenso le resultaba todavía agotador.

En el pecho, allí donde las lesiones habían sido más severas, un dolor sordo comenzaba a molestarle, como un eco lejano del que sintiera semanas atrás.

Marc se apoyó en un escritorio y, de pronto, tuvo una corazonada. Abrió los cajones del mueble, y luego las puertas de un armario. Allí no había nada, pero en cambio encontró lo que estaba buscando en un discreto baúl que había en un rincón: los Manuscritos del Rey Brujo y la carta de Aurore estaban bajo un falso fondo mal disimulado.

Sin duda Gerall, en su ambición por capturarlo, había decidido dejar eso allí para no tener estorbos que dificultasen su búsqueda. Seguramente planeaba volver ante el Emperador no solo con el prófugo, sino con los documentos que portaba.

Satisfecho y algo más recuperado, Marc salió de nuevo afuera y avanzó sobre una cornisa, pegado a la fachada, para entrar por la siguiente ventana.

El maestro torturador de Jhaunan dormía plácidamente, sin que apenas fuera perceptible el movimiento que hacía al respirar.

—Es una verdadera lástima que, tras mi desaparición, no te hayan asignado un nuevo destino —susurró el inquisidor para sí mismo.

Mientras se acercaba a la cama, Marc desenfundó lentamente el cuchillo que le había regalado Luc. Era un arma sencilla, pero que se adaptaba a su mano de un modo sorprendente. Había sido trabajada a partir de un trozo de metal que el herrero del barón había desechado. La hoja resultante era ancha y sólida, sin ningún tipo de adorno, pero su filo era tan agudo como el de una navaja. El mango era un simple trozo de madera basta que se ensanchaba un poco por la parte de abajo. Luc le había confesado que era parte de aquellos garrotes que utilizaron, tanto tiempo atrás, para intentar robar la recaudación del barón. Sin embargo, la madera había sido pulida con amor y el resultado era excelente. El cuchillo era sólido y equilibrado; su hoja, elegante y puntiaguda como el ingenio del Bufón.

Tanto era así que, nada más rozar el cuello del maestro, este se despertó y miró a Marc con los ojos muy abiertos.

—Piedad, señor —dijo en un susurro—. ¡Yo solo cumplía órdenes!

—Lo sé. Todos lo hacíamos. Pero nunca más.

Y, dicho esto, le hundió la hoja en el cuello mientras le tapaba la boca.

Marc mantuvo su mano sobre la cara del hombre unos segundos, hasta que dejó de moverse. Entonces descorrió el cerrojo de la puerta, pero salió de nuevo por la ventana.

No tuvo problemas para llegar a los aposentos de primer consejero.

El hombrecillo comenzó a despertarse justo cuando lo amordazaba, por lo que le golpeó sin miramientos en la cabeza. Una vez inconsciente, ató sus muñecas y recuperó el pañuelo de seda que le había robado mientras sufría tortura.

Hasta entonces, todo había ido bien, pero la siguiente parte del plan le supuso mucho más esfuerzo del que había imaginado.

Marc cargó con el primer consejero hasta la puerta que daba a las almenas. Una vez allí, tuvo que avanzar a hurtadillas por estrechas pasarelas y escalinatas muy empinadas hasta que logró alcanzar el ventanuco sobre el que ondeaban las banderas. La espada dorada y la hoja de roble, una con fondo negro y la otra verde, se encontraban junto a la mula, el campo y la lanza del escudo de Mulars.

Un frío viento las agitaba cuando el inquisidor llegó hasta allí, jadeante.

Marc sentía cómo el dolor de su pecho había ido en aumento lentamente. La respiración se le había acelerado y la sangre bombeaba con fuerza en las sienes.

Sentía punzadas cada vez que llenaba de aire los pulmones, como un aviso de que sus heridas no se habían curado del todo.

Permaneció allí unos instantes, observando las murallas, los campos y, más allá, las tierras que iban a ser arrasadas. El frío de la primera provincia llegaba desde el sur, aunque un fuego rabioso parecía abrigarle el cuerpo por dentro.

Cuando se sintió algo mejor, ató una cuerda a la que ya inmovilizaba a su prisionero y la pasó bajo sus brazos. Después comenzó a descolgarlo lentamente. No muy lejos de allí, un centinela permanecía arrebujado en su capa, cerca de un brasero. El brillo anaranjado de las brasas hacía que, en todo momento, pareciera que miraba hacia Marc, viendo claramente lo que estaba haciendo.

Sin embargo, no fue así. El primer consejero llegó hasta la balconada que había debajo y, acto seguido, el joven se descolgó con agilidad hasta él. Entonces forzó uno de los postigos y entró.

Colocó a su prisionero frente a la puerta y, después, dio un golpe seco en la hoja. Cuando los dos guardias que vigilaban tras ella se decidieron a entrar, Marc ya había desaparecido. En el segundo en que se quedaron mirando, estupefactos, la figura amordazada del primer consejero, Marc los degolló, atacando como una exhalación desde detrás de la puerta.

Apenas se alejó unos minutos de la cámara pero, cuando volvió, el cuchillo estaba manchado de nuevo con sangre fresca.

Marc cerró la puerta tras de sí y arrojó al primer consejero, ya despierto y aterrado, sobre el barón, atravesando las telas del dosel. Tal y como le habían dicho las mujeres que limpiaban sus cuartos, el noble tenía el sueño más profundo que había visto jamás. Marc podría haber añadido que roncaba casi tanto como Philippe.

Tuvo que abofetearlo sin miramientos para que despertara. Al ver el cuerpo de su consejero retorciéndose sobre él abrió mucho los ojos pero, cuando fue a gritar, Marc le embutió un trapo en la boca y lo maniató. Entonces, colocó a los dos hombres espalda contra espalda y los rodeó con una cuerda que ató firmemente a las columnas de la cama. Parecía que el noble había vuelto a coger peso en los últimos tiempos.

Marc contempló sin prisa a los causantes de tanto dolor en aquellas tierras. Sentía un ansia de venganza que no había conocido nunca. El dolor que todavía se agitaba en el costado era un regalo del más pequeño; la cicatriz que brillaba a la luz de un candil, del otro. Sin embargo, ambos habían participado a partes iguales en el sufrimiento y la humillación.

—Buenas noches —dijo con voz neutra, intentando contener la rabia—. Vosotros tuvisteis la gentileza de dejarme vivo en aquellos calabozos hasta que pude huir de allí. Es de justicia, por tanto, que como muestra de agradecimiento, tengáis ahora la oportunidad de escapar a mi venganza.

Los dos hombres lo miraban aterrados desde el lecho. Marc, en cambio, se volvió con tranquilidad y acumuló en el centro de la habitación varias de las prendas que estaban tiradas por el suelo y un montón de pergaminos que había sobre una mesa.

Después, corrió los pesados cortinajes y encendió las velas de la lámpara que colgaba del techo. Por último, sacó de su mochila un cirio con el Símbolo de Thomenn y lo colocó bajo el anclaje de la cuerda que soportaba la lámpara.

—Sé que os gustan los juegos —dijo girándose lentamente hacia ellos—, por lo que creo que este pequeño montaje será de vuestro agrado. Esto es lo que haremos: voy a encender este cirio. En cuestión de minutos, el calor empezará a desgastar la cuerda y, finalmente, la lámpara del techo caerá, prendiendo fuego a todo esto.

Marc se giró varias veces mirando a un lado y a otro.

—Es una verdadera lástima que haya tantos muebles y tapices en la habitación ¿no es cierto? —Hizo amago de marcharse pero, en el último momento, se giró de nuevo—. Pero ¿dónde están mis modales! Prometí una oportunidad y aquí está.

Volvió a abrir la mochila para sacar una imagen en madera de Thomenn clavado al árbol, y la dejó cerca de ellos. Los dos hombres la miraban con los ojos muy abiertos.

—Estoy seguro de que encontraréis algo útil que hacer con ella. Es cierto que, si consiguierais salir de la habitación, estarías a salvo de las llamas —dijo Marc mientras encendía la gruesa vela—. Pero quizá queráis aprovechar el tiempo para confesar vuestros pecados ante nuestro Señor. Al fin y al cabo sois hombres notables del Imperio que han jurado seguir sus enseñanzas.

La cicatriz de la cara dibujó una espantosa mueca que, solo con mucha imaginación, podría identificarse como una sonrisa. Después, se marchó.

Los dos hombres comenzaron a moverse frenéticamente, pataleando y empujando hacia uno y otro lado. Trataban de forzar la cuerda que les ataba a las columnas del dosel para poder retirarse hacia la puerta pero, cuando uno conseguía levantarse, el otro le hacía caer con sus esfuerzos.

En el exterior, en las sombras del balcón, Marc observaba a través de una rendija que quedaba entre las cortinas. Los gritos de sus víctimas, amortiguados por la mordaza, casi resultaban audibles a esa distancia.

La cuerda comenzaba a ennegrecerse peligrosamente en el momento en que el primer consejero tiró la imagen del Santo de una patada, en su intento por liberarse.

Histéricos, las lágrimas corrían por sus mejillas pero, aunque lo intentaban con todas sus fuerzas, no conseguían desatarse.

Cuando los primeros hilos del trenzado se empezaron a soltar, el barón puso los pies sobre el primer consejero e hizo fuerza. El otro trató de quitárselo de encima, pero no pudo con su peso. Segundos antes de que la cuerda se rompiera, el barón casi había conseguido desengancharse de la cuerda que los mantenía unidos aunque, en su desesperación, estaba asfixiando al otro.

Ambos tenían los ojos fijos en la cuerda cuando se rompió.

Y no pasó nada.

No podía ser de otro modo, puesto que Luc había fijado la lámpara al pasador que estaba en el techo con una gruesa argolla.

Únicamente cuando Julien depositó los instrumentos de tortura sobre la mesilla, repararon en su presencia.

El antiguo jardinero de hombros hundidos, sonrisa bonachona y gesto tímido había desaparecido y, en su lugar, solo había hombre consumido por el dolor. Con gestos pausados, cerró la puerta tras de sí y echó el cerrojo. Entonces, ante la atónita mirada de los otros dos, tomó la imagen de Thomenn del suelo y la miró durante unos instantes, musitando algo. Después, la envolvió con una suave tela y la guardó en un cajón. Dirigió una fugaz mirada hacia afuera, en la dirección que estaba Marc y su rostro compuso una mueca feroz. No quedaba nada de la expresión amable que Julien solía mostrar permanentemente.

—Mi hija les manda recuerdos —dijo antes de agarrar una sierra.

Aproximadamente media hora después, Marc desbloqueó el mecanismo que alzaba el rastrillo de la puerta de las murallas. Casi al mismo tiempo, todos los caballos salieron en estampida de las cuadras por segunda vez. Muchos llegaron bastante lejos antes de calmarse, pero otros se encaminaron sin pausa hacia el sur. Los jóvenes jinetes que los montaban llevaban cada uno un corcel de refresco.

Los soldados que custodiaban el castillo dieron la alarma inmediatamente, pero descubrieron que varios de los suyos habían sido asesinados. Algunos estaban aún en su puesto, pero derrumbados en el suelo; otros habían muerto en sus propias camas, antes siquiera de haber tenido tiempo de despertar.

En medio de un terrible caos de voces y antorchas que se encendían en la noche, un virulento fuego se desató en la torre del homenaje donde estaban los aposentos del barón. Apenas unos minutos después comenzó a extenderse la noticia de su muerte y la del primer consejero. Al parecer, el inquisidor huido había acabado con ellos de un modo terrible y después les había prendido fuego.

Marc se escabulló entre la confusión y llegó corriendo al lugar indicado. Allí encontró el semental que Jhaunan no había podido llevarse, y se internó con él en los bosques.

Había dicho seis días.

Al segundo, multitud de patrullas marcharon hacia Quiles en persecución de los criminales que habían huido con los caballos del fallecido barón, colaborando presumiblemente en los asesinatos. Otras salieron hacia direcciones distintas, con la esperanza de descubrir el rastro del traidor.

Algunos jinetes fueron vistos fugazmente por los caminos, pero llevaban rápidos corceles y a menudo avanzaban a través del bosque, así que nadie podía decir con certeza quienes ni cuantos eran.

En la baronía reinaba el desconcierto. Multitud de testigos aseguraron haber visto



una figura que respondía a la descripción del inquisidor partiendo hacia el norte e incluso algunos guardias vieron cómo se marchaba a lomos de un caballo negro. Sin embargo, otros hablaban de al menos dos y hasta tres asaltantes que nada tenían que ver con lo que decían los anteriores.

En medio de la confusión, el segundo consejero alzó la voz y proclamó que asumiría el mando en Mulars hasta que Hynos enviara indicaciones.

El hombre, recto y juicioso según todos los que lo conocían, encabezó una investigación mientras trataba de poner orden en el castillo y las tierras de su antiguo señor.

Al tercer día, apenas una hora después de amanecer, el capitán Trevor estaba tomando té mientras pensaba en aquel asunto del inquisidor.

Se sabía tranquilo, reflexivo e inteligente. No hacía falta más que ver su rango: nada menos que capitán de la guardia de Abadía, la capital de Quiles.

—Un hombre no llega a mi posición cometiendo locuras —dijo en voz alta.

—Sí, señor, es cierto —respondió su secretario solícitamente, mientras continuaba planchando su uniforme de gala.

El capitán se acercó a una de las ventanas de su despacho, situado en lo alto de la torre de guardia de la ciudad. Al sur podía ver a los pescadores, que salían por la puerta principal de la muralla, bordeando las marismas para dirigirse hacia la costa. Iban hacia el este, a las playas que se situaban a la sombra de los imponentes acantilados que limitaban Abadía en esa dirección.

Trevor miró largamente al exterior antes de tomar otro sorbo de té. No había duda de que él era un hombre brillante y, sin embargo, aquello era algo para lo que no tenía respuesta alguna. El Imperio, en su ansia por atrapar al inquisidor, incluso había puesto una recompensa por su captura. Cuatrocientos emperadores de oro. Era algo inaudito. Tanto el hecho en sí como la cantidad ofrecida.

—He estudiado en las academias de Rock-Talhé y Louisant —murmuró—. He estado presente en el salón del trono de Hynos ante nuestro señor, el Emperador; tomé el agua de las mismísimas manos del Embajador en la Catedral; estoy al cargo de la seguridad de Abadía desde hace casi diez años y nunca había visto nada igual. ¡Un traidor dentro de la inquisición! Pero ¿cómo es posible?

En ese momento, el teniente de enlace entró atropelladamente en su despacho, sin llamar y jadeando. Trevor iba a reprenderlo con toda severidad cuando advirtió la expresión de su subordinado.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—El inquisidor —contestó el otro sin resuello—. Acaba de llegar un mensaje. Lo han visto avanzando hacia aquí. Ha acabado con casi toda una patrulla, pero ha dejado marchar a los que se retiraban.

El capitán arrebató de un tirón el uniforme que estaba planchando su secretario:

—Prepara esos dos pelotones de los que hablamos y llama a mi guardia montada. Si aparece por aquí estaremos preparados. Ganaremos gloria. Y oro.

—Sí señor —contestó el otro. Cuando iba a salir se detuvo un momento y se giró, vacilante—. Señor ¿debería avisar al árbitro?

Trevor lo taladró con la mirada antes de contestar.

—Sí, manda un mensajero. Pero no te apresures.

Al cuarto día, por la tarde, los caminos comenzaron a llenarse de viajeros. Las calzadas se saturaron. Familias enteras cargaban con bultos o caminaban junto a carros tirados por mulas o burros. Pueblos enteros se habían vaciado pese al terrible frío invernal de Quiles. Los exhaustos héroes de Mulars fueron transportados por aquellas gentes en lugares privilegiados entre sus pertenencias, lo más cómodamente posible.

Pronto se extendió la noticia de que otros jóvenes distintos cabalgaban rápidamente hacia los cuatro puntos cardinales para dar la alarma en todas las poblaciones. El mensaje se extendió tan rápido como el viento.

Tal fue la avalancha de inesperados viajeros, que las patrullas imperiales que buscaban a Marc o a los otros sospechosos se vieron obligadas a avanzar por los bordes de la Marcha del Emperador.

Más al norte, en la baronía de Mulars, los soldados fueron movilizados hacia el sur, pues nadie sabía muy bien de qué huían los campesinos. Estos solo decían, espantados, que un terrible peligro se acercaba desde el sur, aunque ninguno parecía conocer la naturaleza del mismo.

Casi nada más empezar, la investigación que llevaba a cabo el segundo consejero de Mulars se diluyó en medio de las desconcertantes órdenes que llegaban de Hynos y los cuarteles imperiales. Los mensajes de cuervos y palomas iban y venían en un flujo tan intenso que ni los más ancianos recordaban algo así. En añadidura, esa misma noche llegaron las primeras familias a la villa y cada vez había más viajeros dirigiéndose también hacia allí.

En medio de semejante alboroto, Marc había pasado desapercibido entre los bosques.

Avanzó todo lo rápido que pudo, parando solo para dormir unos momentos mientras el caballo de Jhaunan comía y descansaba. Sin embargo, cuando ya no estaba lejos de Abadía, tuvo un encontronazo con una patrulla. Tras dejar atrás a varios soldados, heridos de muerte, tomó dos de sus caballos abandonando el suyo cerca del camino, donde pronto contribuyó también al éxodo.

Había dicho seis días.

Al quinto, Marc abandonó el caballo que montaba en ese momento, que ya

echaba espumarajos por la boca, y tomó el otro. Durmió en la espesura cercana a Abadía hasta que se sintió recuperado y, cuando estaba a punto de amanecer, se lanzó al galope por medio de las callejuelas de la ciudad.

Atravesó las puertas de la muralla sur justo cuando un numeroso grupo de pescadores salía a faenar. Apenas unos segundos después, partieron en su persecución una docena de jinetes.

Marc los vio tras él, adentrándose en los Desiertos Prohibidos, durante varios minutos. Sin embargo, pronto abandonaron la persecución y volvieron grupas, muertos de miedo.

Al norte, los viajeros comenzaban a amontonarse en los pasos que conducían a Louisant. Ninguna barrera pudo contener tal avalancha de gente. Allí donde se quiso poner algún control al flujo de refugiados, solo se consiguió que estos desplazaran su marcha unos cuantos kilómetros más allá. Las autoridades no se explicaban qué estaba pasando. Cuando preguntaban no recibían más respuesta que confusas explicaciones acerca del terrible peligro que se acercaba desde el sur. Pese al nerviosismo de los soldados, lo cierto era que todos seguían sin saber cuál era la amenaza. Quizá por eso comenzaron a circular todo tipo de rumores.

Ese fue el primer día que se vio pasar a varios pelotones de soldados a caballo, rumbo a Quiles. Cuando, algo más tarde, los siguieron dos regimientos enteros de infantes, los lugareños comprendieron que la situación, por uno u otro motivo, era extraordinariamente grave.

Al atardecer del sexto día, tal y como había dicho, Marc desató el infierno sobre Quiles.

El capitán Trevor estaba en su despacho en lo alto de la torre de guardia de Abadía. Oteaba en la distancia con su catalejo cuando le pareció observar algo. Una inspección más detenida confirmó su sospecha. Era el traidor y se acercaba al galope.

—¿Dónde está el enviado de la Orden? —preguntó con un gesto distraído.

—Está interrogando a las familias que se marchaban de la ciudad. Cada vez son más —dijo su teniente de enlace.

—Cierto, cierto. Llámalo. Esto le interesará bastante más —añadió con una sonrisa satisfecha.

Volvió a mirar por el catalejo para ver cómo aquel inconsciente regresaba de su temeraria huida. Sin duda, cuando atravesó la ciudad para internarse en Los Desiertos Prohibidos no sabía lo que le aguardaba más allá. Él, sin embargo, sí lo sabía. Lo había visto cuando no era más que un muchacho y el recuerdo todavía le provocaba pesadillas de vez en cuando. Sucedió mientras paseaba por los adarves de la muralla con su abuelo, el primero de su familia en alcanzar la capitanía de la guardia. Hacía muchos años de eso, pero Trevor recordaba los gritos y la sangre como si lo estuviera viendo en esos momentos.

—¿Qué sucede? —dijo una voz a su espalda.

El capitán dio un respingo y se volvió con premura. Tan ensimismado estaba en sus recuerdos, que el siniestro personaje había llegado sin que lo oyera.

Vestía de negro y llevaba el sombrero muy calado sobre el rostro. El ala ancha, sin embargo, no podía ocultar permanentemente el parche que lucía sobre un ojo.

—Es su... —Trevor buscó un instante las palabras precisas—. Su antiguo compañero. Ya le dije que volvería.

—¿Lo has visto? —preguntó el otro, inclinándose sobre la ventana.

—Sí. Es él. No había otra opción. Abadía está encajada entre los acantilados y las montañas que llevan a las ciénagas. Mis exploradores llevan todo el día batiendo ambos laterales, no hay otra posibilidad que pasar por aquí para huir del horror que yace en el sur.

—Puedes ahorrarte la lección de geografía —respondió el otro—. Conozco el Imperio mejor que tú.

—Claro, señor. —Trevor se balanceó sobre sus pies, mirando fijamente la espalda del otro—. Con su permiso, voy a transmitir las órdenes.

El inquisidor hizo un seco asentimiento de cabeza, sin apartar la mirada del sur.

—¡Retirad a la guarnición hacia las puertas interiores! —gritó Trevor a su teniente de enlace—. Hay que apostar piqueros en la entrada. ¡Quince! Y también una de las compañías de veteranos. Colocad los pelotones de jinetes tal y como habíamos hablado. Solo por si acaso —murmuró mientras se humedecía los dedos y se alisaba con ellos las patillas, escrupulosamente recortadas.

—Manden aviso al árbitro Thomman —añadió el otro—. Quiero que lo esté esperando en la puerta norte si algo sale mal aquí.

—Sí, señor —contestó el teniente de enlace saliendo apresuradamente del despacho para transmitir las órdenes a los mensajeros.

—No creo que haya problemas —contestó Trevor con una sonrisa—. El muy cobarde vuelve con el rabo entre las patas.

El inquisidor se giró hacia él con deliberada lentitud y alzó la cabeza. El ojo, oscuro como el alma de algunos hombres, lo miró con una intensidad que bastó para que se le revolvieran las tripas.

—Ese cobarde atravesó Quiles en solo cuatro o cinco días y se paseó por tu ciudad sin que pudieras llegar a tocarle.

—Eso no pasará hoy —dijo el capitán de la guardia tratando de no vomitar.

En cuanto el inquisidor se giró de nuevo pasaron las náuseas. Trevor alzó el catalejo, tembloroso y observó de nuevo, contento de poder hacer cualquier cosa que disimulara el terror que le provocaba aquel hombre.

Ya podía distinguir claramente al caballo, que galopaba a toda velocidad. El joven, en cambio, parecía sostener algo metálico en las manos.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó entonces el inquisidor, señalando a lo lejos.

El oficial se fijó, siguiendo la dirección que señalaba el otro, en que había una

nube de polvo que se iba agrandando por momentos. Apuntó su catalejo de nuevo, prestando más atención, y observó que el traidor soplabla una corneta.

Extrañado, se rascó la barbilla y volvió a mirar. A medida que el caballo se acercaba, podía apreciar más detalles. Incluso le pareció escuchar el sonido agudo y estridente del instrumento.

—Esto no me gusta —oyó decir al inquisidor—. ¿Por qué avanza en zigzag?

—Es cierto —respondió Trevor.

El joven guiaba a su caballo con una sola mano mientras con la otra sostenía el instrumento. Tomaba aire y luego soplabla con todas sus fuerzas, una y otra vez.

«¿Se habrá vuelto loco?», preguntó para sí mismo.

Detrás de él, sin embargo, se acercaba una gigantesca nube de polvo tan espesa que parecía una avalancha de tierra, o de agua turbia. Justo entonces, el capitán distinguió las primeras cabezas a lo lejos, entre la polvareda. Muertos putrefactos, eso parecían. Miles de muertos.

El catalejo se le cayó de las manos.

Se quedó congelado un momento y después corrió hacia las ventanas vociferando órdenes sin parar.

—¡Cerrad las puertas! ¡Dejad caer el rastrillo y dar la orden de evacuar la ciudad! ¡Apostad tiradores en las almenas y cubrid toda la línea de la muralla!

—¿Qué? —gritó su acompañante—. ¿Qué crees que estás haciendo? ¡Nuestra prioridad es el inquisidor, deja que entre!

—¡Olvídate de él! —gritó Trevor, histérico, mientras corría escaleras abajo—. ¡Hay que huir de aquí! ¡Enviad mensajes pidiendo refuerzos! ¡Que venga la legión!

El capitán de la guardia, vestido con su uniforme de gala y escrupulosamente aseado, corrió entre la suciedad de la calle, gritando desafortunadamente. Tan solo unos segundos después, un virote le atravesó la nuca.

—¡Volved a vuestros puestos! ¡Apresad al traidor o enfrentaos a mi cólera! —gritó Gaulton dejando que su Voluntad restallase a su alrededor.

Sin embargo, por mucho que su estampa, con la capa ondeando al viento y la ballesta en la mano, fuera impresionante, no había nada que pudiera remediar el caos que se desató en unos segundos.

Los soldados de las murallas comenzaron a huir despavoridos al ver el horror que se precipitaba sobre ellos.

Los vecinos, igualmente alarmados por lo que veían, comenzaron a echarse a las calles. En cuestión de minutos, cundió el pánico en toda la ciudad y las puertas de la muralla norte se colapsaron, impidiendo que tanto civiles como soldados pudieran moverse en una u otra dirección.

Cuando solo estaba a un tiro de flecha de las murallas, Marc observó cómo las puertas comenzaban a cerrarse, empujadas por unos pocos valientes.

Reuniendo fuerzas de donde ya solo había cansancio y miedo, consiguió alzar la mano y concentrarse un momento. Súbitamente, hubo un estallido de pura Voluntad y las pesadas hojas giraron con violencia sobre sus goznes, quedando abiertas por completo.

Cuando atravesó la entrada de Abadía, sintió una fuerte Voluntad cerca de él. Con una sonrisa, miró hacia el origen de la misma y enseñó los dientes en una mueca de desafío.

—O la entrada al Imperio o yo, hermano.

Marc comprobó, satisfecho, como la Voluntad de Gaulton iba quedando atrás a medida que él avanzaba por pequeñas callejuelas que llevaban hacia el lado opuesto de Abadía.

Cuando llegó a la muralla norte dirigió a su caballo directamente hacia una escalinata que ascendía hasta el adarve. Abatió a un par de soldados que se interpusieron en su camino a tiempo de ver como Thomman se dirigía hacia él desde las puertas.

El árbitro de la ciudad, enfundado en una brillante armadura, lo saludó poniendo la cruz de la espada ante su rostro. Sin embargo, Marc rechazó la noble invitación para sostener un combate singular sin dedicarle ni un momento.

Ascendió, en cambio, hasta lo más alto de la muralla, esquivando o abatiendo a los soldados que trataban de llegar hasta él. Entonces, sacó un pellejo de piel que tenía extraños dibujos y se agachó un poco más contra su montura, esquivando las primeras flechas.

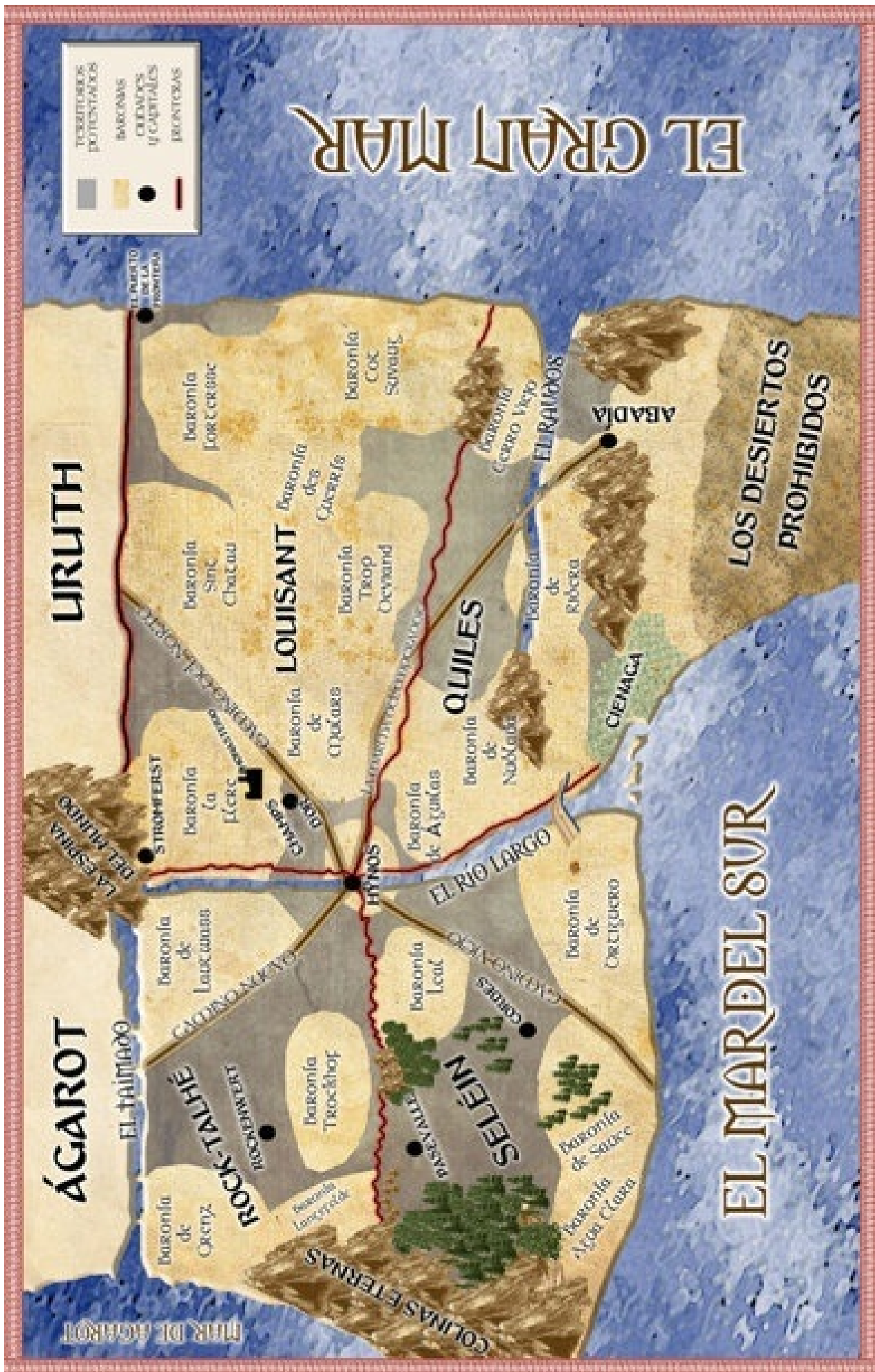
—Ánimo, amigo, un último esfuerzo. No me falles ahora, por favor.

Y, sin más, le hincó los talones con todas sus fuerzas a la vez que le aguijoneaba con la Voluntad.

El animal se encabritó y saltó hacia adelante, más allá de las almenas. Entonces, hubo un fogonazo y, de repente, ya no estaba allí, sino casi cien metros más al norte.

Marc se alejó de Abadía como una exhalación y desapareció entre la bruma.

Tras él, los muertos acababan con los vivos por segunda vez.



## AGRADECIMIENTOS

Han sido muchas las personas que me han ayudado en este largo viaje. Algunas con apoyo; otras con críticas necesarias. Hay, incluso, quien ni siquiera sabe que me ha ayudado al mirarme como si fuera un loco cuando hablaba de escribir, pero así es: incluso a ellos les debo mucho.

Quiero darle las gracias, muy especialmente, a Nacho, porque ha sido un corrector implacable, un informático siempre dispuesto y un gran consejero. Pero, sobre todo, porque ha sabido interpretar muchos papeles distintos cuando yo lo necesitaba, algunos de ellos bastante difíciles. Gracias.

A María, porque es una correctora endiabladamente meticulosa y una profesora que encumbra su profesión. Ella me ha hecho mejor escritor. Me ha enseñado, con una paciencia que yo no habría tenido, porqué las cosas no estaban bien y la importancia de que lo estén.

A Jose, porque me tuvo en brazos cuando era un bebé y también cuando me quedé sin respirar. Metafórica y literalmente. Y solo eso ya es importante, ni siquiera cuento el resto que, probablemente, lo es más.

A Rodolfo, el *alma mater* de Sportula y enorme escritor, porque creyó en La Piedad, me ayudó inmensamente, me concedió todos los caprichos y lo sentí muy cercano durante todo el proceso.

A los lectores BetaTesters, amigos que me han aportado opiniones valiosísimas. Muchísimas gracias también a ellos.

A los seguidores de Twitter y Facebook que me han ayudado con comentarios, sugerencias, risa o apoyo. No sabéis lo importantes que sois en el día a día de quien se embarca en una empresa como esta. ¡Gracias inmensas!

Y, por supuesto, a ti, lector. Porque sin ti nada de esto tiene sentido; las obras monumentales lo son menos; los autores se quedan solos con sus egos; el conocimiento, las historias y las emociones se pierden como el calor de una hoguera en la inmensidad del campo si no hay nadie para recogerlo. Gracias.

Pablo B.

Salamanca, 2014.





PABLO BUENO (Salamanca, 1982). Escritor español. Formado como músico y profesor, su actividad artística le ha permitido tocar con agrupaciones que van desde orquestas sinfónicas hasta grupos de jazz así como impartir clases en diversos centros. Pero su otra gran pasión siempre ha sido la escritura.

Ya desde muy joven comenzó a escribir relatos cortos y novelas que, aunque casi siempre se centran en ambientes fantásticos o de ciencia ficción «...porque a menudo tenemos un exceso de realidad», también exploran otros estilos totalmente distintos: «Creo sinceramente que un buen libro es casi tan válido como un psicólogo o una charla con un amigo».

*La Piedad del Primero*, una fantasía épica cuidadosamente elaborada y narrada con pulso firme y elegancia, es su primera novela publicada y constituye una síntesis perfecta de su estilo: una narración ágil, directa y sorpresiva que se desarrolla en un planteamiento de enormes proporciones abordado con un aplomo sorprendente.

Como él mismo diría: «Creo firmemente que la labor del escritor tiene más que ver con el trabajo de un artesano que con una orgía con las musas».

En la actualidad combina su actividad docente y musical con la preparación de varias obras literarias.